

corneliocornejin@hotmail.com

CITA A CIEGAS

una charla con Campoamor

A Fernando Rodríguez, a pesar de su creencia
en que todos los escritores están locos.

Nuestros mejores pensamientos son los que se mueren con nosotros sin que los hayamos formulado. Y acaso, acaso lo mejor nuestro es lo que de nosotros dicen los demás y lo que hacemos decir a los otros. Mis pensamientos germinan en mí y florecen en otros; yo soy un vivero para ellos.

Miguel de Unamuno, *Mi religión, y otros ensayos breves*

El mucho meditar y el mucho leer sin plan ni medida pueden derretir la razón.

Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel de Montaigne*

Márgenes del estero Santa Lucía, Parque Nacional
Mburucuyá, provincia de Corrientes, República Argentina.
Lunes 12 de febrero del 2001; 8,00 a. m.

CORNELIO CORNEJÍN. --¿Qué hace por aquí, venerable anciano?
RAMÓN DE CAMPOAMOR. --Ya lo ves: cazo pájaros.
CORNEJÍN. --Y ¿qué tal?
CAMPOAMOR. --Muy bien. Mira, dame unas chinitas.
CORNEJÍN. --Y ¿mata usted muchos?
CAMPOAMOR. --¿Que si mato muchos? No, hijo, no; ¡ni por casualidad! Si
matara alguno, me moriría de pena y ¡adiós diversión!
CORNEJÍN. --Pero ¿quién es usted?
CAMPOAMOR. --Me llamo Ramón de Campoamor y Campoosorio.
CORNEJÍN. --Se llama usted igual que el poeta.
CAMPOAMOR. --¿No será más bien que soy ese poeta?
CORNEJÍN. --¿No será más bien que usted está chiflado? Campoamor murió
hace muchos años ya.
CAMPOAMOR. --Exactamente cien, ni un día más ni un día menos.
CORNEJÍN. --¡Y que! ¿Resucitó de entre los muertos?
CAMPOAMOR. --Efectivamente.
CORNEJÍN. --¡A buen puerto ha llegado con su barco!... Yo no creo en esas
cosas.
CAMPOAMOR. --Ya creerás cuando te mueras.
CORNEJÍN. --A ver, a ver... Esto es muy irregular... ¿Puede probarme de
algún modo su condición de muerto vivo?
CAMPOAMOR. --Sí, si conoces mis poemas.
CORNEJÍN. --He leído varios, pero sólo los más breves.
CAMPOAMOR. --Pues dime alguno que te guste que te lo recito. ¡Me
acuerdo de todos hasta en sus más mínimos detalles!
CORNEJÍN. --Me gustó particularmente uno en el que se relata el diálogo
que sucedió al encuentro entre Alejandro Magno y Diógenes el cínico.
CAMPOAMOR. --Ese es el número cuarenta y siete de mis *Doloras*, y se
intitula "Las dos grandezas":

**Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:
--Yo soy Alejandro, el rey.**

--Y yo Diógenes, el can.
--Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? --Yo, nada.
Que no me quites el sol.
--Mi poder es... --Asombroso,
pero a mí nada me asombra.
--Yo puedo hacerte dichoso.
--Lo sé; no haciéndome sombra.
--Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
--¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?
--Mantos reales gastarás
de oro y seda, --¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?
--Ricos manjares devoro.
--Yo con pan duro me allano.
--Bebo el chipre en copas de oro.
--Yo bebo el agua en la mano.
--Mandaré cuanto tú mandes.
--¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y a unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?
--Mi poder a cuantos gimen,
va con gloria a socorrer.
--¡La gloria! Capa del crimen.
Crimen sin capa ¡el poder!
--Toda la tierra iracundo
tengo postrada ante mí.
--¿Y eres el dueño del mundo,
no siendo dueño de ti?
--Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.
--Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.
--Yo impongo a mi arbitrio leyes.
--¿Tanto de injusto blasonas?
--Llevo vencidos cien reyes.
--¡Buen bandido de coronas!
--Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.
--Viviré desconocido,
más nunca moriré odiado.
--¡Adiós, pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol!

**--¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!—
Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable,
¡miserable! dice el sabio;
y el rey dice: ¡miserable!**

CORNEJÍN. --¡Fantástico! ¡Y qué bien recita!... Pero esto lo único que prueba es que usted es un monomaniaco campoamoriano...

CAMPOAMOR. --Vea, jovencito, a mí me importa tres velines si usted me cree o no me cree, que no bajé del cielo para convertir incrédulos, sino porque se me intimó a bajar. ¿Ve que ya no lo tuteó? Cuando me enojo pierdo la intimidad con las personas.

CORNEJÍN. --Cálmese; y vuélvame a tutear, don Ramón: le creo.

CAMPOAMOR. --Sí, me das la razón como a los locos... En fin.

CORNEJÍN. --¡Nooo! ¡Le creo en serio! Dígame: ¿cómo es el cielo? ¿Es cierto que allí la gente vive siempre dichosa?

CAMPOAMOR. --No, te han informado mal. Allí la gente vive feliz.

CORNEJÍN. --¿Y no es lo que yo dije?

CAMPOAMOR. --Tú dijiste que allí la gente vive siempre dichosa, y no se puede ser feliz siendo siempre dichoso: la felicidad se percibe por contraste. Esto lo entendió muy bien el conde de Revillagigedo cuando dijo

**que la dicha, si es colmada,
si nada turba el contento,
suele trocarse en tormento;
porque cansa al corazón
siempre una misma pasión,
siempre un mismo sentimiento.**

CORNEJÍN. --¿Dice usted que existe el dolor o el displacer en el cielo?

CAMPOAMOR. --No, yo no dije eso. Y no te diré más sobre el particular, porque ahora recuerdo que me dijo que tratase de hablar lo menos posible de lo que sucede ahí.

CORNEJÍN. --¿Quién le dijo eso?

CAMPOAMOR. --No sé... uno de barba blanca y túnica también blanca.

CORNEJÍN. --¿Dios?

CAMPOAMOR. --¡Yo qué sé! Tenía un grano en la cara. ¿Le pueden salir granos a Dios?

CORNEJÍN. --¡Increíble! ¿Entonces es verdad eso del Dios antropomorfo?

CAMPOAMOR. --¿Antropoqué?

CORNEJÍN. --Morfo.

CAMPOAMOR. --Lo único que le vi comer, y que por otra parte también yo comía, eran esos benditos maníes crudos. No había gran cosa para comer; y para tomar, agua de lluvia.

CORNEJÍN. --¿Cómo podían tomar agua de lluvia, si la lluvia cae de las nubes y ustedes estaban seguramente mucho más arriba?

CAMPOAMOR. --Las nubes largan agua tanto hacia abajo como hacia

arriba. A nosotros nos llegaba cual chorro de bidé.

CORNEJÍN. --¿Y el maní, donde lo sembraban?

CAMPOAMOR. --Con el maní sucede algo curioso. ¿Conoces el granizo?

CORNEJÍN. --Por supuesto.

CAMPOAMOR. --Bueno: el granizo, cuando cae para arriba, muta en maní.

CORNEJÍN. --¿Y si pasa mucho tiempo sin que granice, qué comen?

CAMPOAMOR. --Comemos nube. Tiene gusto dulce, azucarado.

CORNEJÍN. --¡Esto es... fantástico!... Entonces los que hablan de la nada eterna, del nirvana...

CAMPOAMOR. --¡Por favor! ¡Esas son supercherías! ¿Te han lavado el cerebro los budistas?

CORNEJÍN. --No, pero he leído mucho a Schopenhauer.

CAMPOAMOR. --¡Schopenhauer! ¡Ese monumento a la inconsecuencia!

CORNEJÍN. --¿Por qué dice eso?

CAMPOAMOR. --¿Que por qué digo eso? ¡Si no hubo quien la pasase mejor que Schopenhauer en este mundo! Y esto lo sé de buena fuente, como que él mismo me lo dijo.

CORNEJÍN. --¿Schopenhauer está en el cielo? ¡Qué bárbaro! Entonces yo también tengo esperanzas...

Campoamor.-- Está, y lo disfruta como ninguno, lo que no le impide afirmar a diestra y siniestra que se quiere ir. Cambió la hipocresía física por la hipocresía metafísica.

CORNEJÍN. --¿Y por qué afirma que se quiere ir?

CAMPOAMOR. --Porque sus lectores (que allí también los tiene) se solazan oyendo ese tipo de cosas, y él les da el gusto. Así fue como confirmé la opinión que tenía de él aquí en la tierra, porque no en otro sino en él pensaba cuando escribí eso de que

**vive con la manía
de maldecir de su feliz estrella,
y cual buen pesimista en teoría,
le va en la vida bien y habla mal de ella.**

CORNEJÍN.--¿Ah sí? ¿Y qué me dice de su poema intitulado "Lo que hacen pensar las cunas"?

CAMPOAMOR. --¡Uno de mis favoritos! ¿Se lo recito?

CORNEJÍN.--¡Por favor!

CAMPOAMOR. --Ahí va:

**Después que sobre la losa
recé con amor ardiente
por la que, por fin dichosa,
descansa perpetuamente,
pude a la salida ver
que a una niña, con encanto,
daba besos la mujer
del guardián del camposanto.
Y estremecido al mirar
a la pobre criatura,**

**a quien faltaba apurar
el cáliz de la amargura,
en medio de mi tristeza,
"casi es más triste --pensaba--
mirar la vida que empieza
que ver la vida que acaba".
Por eso al atravesar
esta vida de dolor,
si los sepulcros pesar,
las cunas me dan horror.**

CORNEJÍN. --¿Y con qué cara puede reprocharle a Schopenhauer el ser pesimista en teoría después de haber escrito esto?

CAMPOAMOR. --Hijo mío, este poema lo escribí un día que me levanté cruzado, pero yo nunca sistematicé mis sensaciones pasajeras. Nunca elaboré un cuerpo de doctrinas en base un dolor de muelas.

CORNEJÍN. --Bien por usted. ¿Y en base a qué pudo elaborar, no su cuerpo de doctrinas, que no me interesa por el momento, sino su cuerpo de poemas?

CAMPOAMOR. --Mi cuerpo de poemas lo elaboré... en base a las diferentes circunstancias que se me presentaban.

CORNEJÍN. --¿Coincide entonces usted con el señor Ignacio Anzoategui, quien, desde su prólogo a las *Églogas* de Garcilaso, afirma que "toda poesía es poesía de circunstancias y todo poeta es poeta de circunstancias"?

CAMPOAMOR. --Coincido.

CORNEJÍN. --¿Y a qué categoría de circunstancias le daba usted prioridad?

CAMPOAMOR. --¿De qué categorías me hablas?

CORNEJÍN. --Voy a continuar la cita en donde la dejé: " Es claro que las circunstancias no pertenecen todas a la misma categoría, porque hay circunstancias interiores y circunstancias exteriores. Una circunstancia interior es el amor; otra es la soledad. Una circunstancia exterior es el cumpleaños de la hija de un amigo; otra es la inauguración del pabellón de un hospital. Sólo las circunstancias interiores tienen validez poética, porque sólo ellas tienen movimiento poético: moción y emoción de poesía. Sólo los poetas movidos por circunstancias interiores son poetas, porque sólo ellos acusan moción y emoción de poesía".

CAMPOAMOR. --Sabias palabras.

CORNEJÍN. --Y si son tan sabias ¿por qué se la pasó componiendo poemas a troche y moche para cada una de sus amistades, uno para un tal Tomás Rodríguez Rubí, otro para doña Concepción Fernández de Cadórniga, esotro para el conde de San Luis (con motivo de la fundación del teatro español) y así *ad infinitud*?

CAMPOAMOR. --Es lástima que no te acuerdes del párrafo que sigue inmediatamente al que citaste: "Una consideración exterior puede motivar una circunstancia interior: todo depende de la grandeza de la circunstancia y de la sensibilidad del poeta. La entrada de un rey a una ciudad cualquiera puede constituir un motivo poético, pero no puede constituirlo la llegada de un rey a una estación de ferrocarril cualquiera". Todas las circunstancias exteriores que me

incitaban escribir poemas para mis amigos eran para mí como entradas de reyes en ciudades tomadas, nunca como entradas de reyes en estaciones ferroviarias. Pero ¡¿por qué tengo que defenderme en este terreno del ataque de alguien que se inspira en señores que se sientan frente a él y le trasladan fétidos alientos a la hora de redactar poesía?! ¿Por qué, eh, ¡por qué!?

CORNEJÍN. --Tranquílcese, don Ramón. ¡Qué manera de expresarse!...

CAMPOAMOR. --Yo no me expreso; me vacío.

CORNEJÍN. --¡Entonces apunte para la laguna toda vez que quiera vaciarse! Pero ¿cómo sabe del poema que me inspiró el halitótico?

CAMPOAMOR. --Porque lo leí. Y no me pareció malo.

CORNEJÍN. --¿En dónde lo leyó?

CAMPOAMOR. --En tu diario, hijo; ¿dónde si no?

CORNEJÍN. --¡Muerto voyeurista! ¿Anduvo revisando mis cuadernos?

CAMPOAMOR. --Tus cuadernos fueron editados el 20 de octubre del 2043, y tuvieron gran repercusión y acogida tanto por parte del público como de la crítica.

CORNEJÍN. --¿Estuvo en el futuro?

CAMPOAMOR. --Sí señor.

CORNEJÍN. --¿Así que mis anotaciones gustaron a la gente? ¿Y usted las leyó todas? ¿Qué le parecieron?

CAMPOAMOR. --Tu estilo literario es muy bueno, pero no puedo decir lo mismo de tus ideas. Buena parte de las mismas son harto disparatadas. Si tengo que elegir, me quedo con tus crónicas: ¡son excelentes! Tienes el defecto y la virtud de carecer de la más mínima objetividad cuando relatas algo, y en eso te pareces mucho a mí. Soy el peor cronista posible. Nunca sé decir lo que veo, sino lo que me figuro que veo. Soy un escritor parecido a las arañas; jamás sé hacer telas como no las saque de mi propia sustancia.

CORNEJÍN. --Me preocupa lo de mis ideas. ¿A cuál de ellas calificaría de particularmente disparatada?

CAMPOAMOR. --¡A la principal, a la que anuda todo el conjunto y lo remata con asqueroso monito: a tu panteísmo fatalista! No diré que odio a los panteístas, porque tú eres uno de ellos y me caes muy simpático, pero ¡cómo me repugna el panteísmo como ideología filosófica! ¡Cómo desprecio a ese comunismo del otro mundo! ¡Maldigo los sistemas panteístas, o más bien retrocreadores, que no son más que reminiscencias de ese sueño preexistente y confuso, del cual salimos cuando nacemos! ¿Cómo puede ser que mis obras nos hayan bastado para demoler universalmente todos esos amasijos filosóficos? Es menester que levantemos una cruzada que extermine esos spinozismos vergonzantes con que la Alemania ha entontecido medio mundo, convirtiendo a la robusta Europa en una vieja más chocha y más visionaria que la India.

CORNEJÍN. --Usted atrasa unos cuantos años, don Ramón. ¿No le dijeron que hoy en día en Europa, lo mismo que en cualquier otra parte de Occidente, ya nadie se interesa por la filosofía ni por las consecuencias que de tal o cual filosofía se desprenden?

CAMPOAMOR. --¿No hay filósofos hoy?

CORNEJÍN. --No los hay, como no los hubo tampoco en el siglo en que usted vivió, pero por lo menos, careciendo de filósofos, en la época suya existían los pensadores, y en número ilimitado; mas nosotros... ¡ni pensadores tenemos!

Porque no se puede llamar pensadores a esa caterva de catedráticos que de lo único que se ocupan es de conjeturar acerca del lenguaje... Nadie habla de Dios, ¡ni siquiera para negarlo! ¿Qué clase de pensamientos son esos que no incluyen a Dios, ni para amarlo ni para vituperarlo? Hay excepciones a esta carestía de ideólogos, por supuesto, pero son muy escasas. Einstein fue una, quizá la más grandiosa.

CAMPOAMOR. --Y dale con los panteístas...

CORNEJÍN. --Pero ¿por qué tanta saña contra el panteísmo? ¿Usted no cree que los humanos tenemos alma?

CAMPOAMOR. --¿Y cómo no vamos a tener alma?

CORNEJÍN. --¿Y no coincide conmigo en que esta mi alma es parte de Dios?

CAMPOAMOR. --¡Nooo! ¡Dios nos libre! Eso sería convertir al Creador personal en sarcófago de la personalidad.

CORNEJÍN. --Entonces Dios, ¿qué papel juega? ¿Crea el alma?

CAMPOAMOR. --Sí, el alma, el espíritu, es hechura de Dios, pero no es parte de Dios; así como la estatua de Psiquis es hija del espíritu de Canova.

CORNEJÍN. --Y ¿no prestará Dios a nuestra alma alguna partícula de su sustancia?

CAMPOAMOR. --No; en esta fecundación espiritual Dios presta su *influencia*, pero no su *substancia*. ¿Puede ser Dios menos eficaz que el fósforo, que en una fiesta de bodas comunica su luz sin disminuirse a cien mil vasos de colores?...

CORNEJÍN. --Es que para mí Dios no sería el fósforo, sino el fuego mismo.

CAMPOAMOR. --¿Y el fósforo qué sería?

CORNEJÍN. --¡Qué se yo! La analogía es suya, no mía.

CAMPOAMOR. --¿No ves, hijo querido, por qué es tan peligrosa tu forma de concebir a Dios? Si divinizas la materia te conviertes automáticamente, o bien un místico, o bien en un naturalista, dos personajes altamente desagradables. Los místicos, esos naturalistas de los fantasmas, así como los naturalistas, nuevos místicos de la materia, pretenden, como ellos, embobar al mundo, haciéndole adorar de rodillas ese monumento celeste, porque no comprenden la clave generatriz de esa arquitectura divina.

CORNEJÍN. --¿Y usted la comprende?

Campoamor. --Hasta en sus más mínimos detalles.

CORNEJÍN. --¡Y claro! Yo también la comprendería si hubiera estado comiendo nube con Dios...

CAMPOAMOR. --No; Dios no me dijo nada sobre eso (siempre suponiendo que ese de la bata blanca era Dios, cosa que, te repito, no te puedo confirmar). Eso lo aprendí aquí en la Tierra, cuando estaba vivo. Grábate la siguiente sentencia: lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural. Eso fue lo mejor que aprendí aquí abajo.

CORNEJÍN. --Para mí, lo sobrenatural no existe.

CAMPOAMOR. --¡Ah, so blasfemo! ¡Ahora niegas la metafísica!

CORNEJÍN. --De ningún modo. Para mí, todo lo que sucede sucede naturalmente, pero las causas de los sucesos naturales pueden ser, o bien físicas, o bien metafísicas. La metafísica es como una dimensión paralela en cuyo seno descansa la física y que les sirve de atajo a los sucesos cuando éstos desean liberarse de las trabas espaciales y temporales, pero no veo por qué deban

llamarse naturales los sucesos cuya causación es puramente física y sobrenaturales los de causación metafísica, siendo que tanto los unos como los otros se manifiestan en este nuestro mundo de naturaleza física. Los (mal llamados) milagros que no pueden ser explicados mediante resortes puramente físicos (que son poquísimos en comparación con los físicamente deducibles) se explican metafísicamente, pero no dejan por esto de ser sucesos de lo más naturales, como que cualquiera puede percibirlos mediante sus órganos sensitivos, órganos que nadie firmaría que trabajan metafísicamente o que son capaces de vislumbrar mundos no espaciales ni temporales.

CAMPOAMOR. --¿Y por qué dices que no hay que llamar milagros a los milagros?

CORNEJÍN. --Porque precisamente la definición más acertada de esa palabra es la que dice que "milagro es todo suceso que, al manifestarse, anula dentro de sí y/o de su entorno una o varias leyes naturales que, en condiciones normales, le hubiesen impedido acaecer"; pero las que dejan de intervenir, o por mejor decir, las que, interviniendo como no pueden dejar de hacerlo, son anuladas o contrarrestadas por leyes metafísicas, no son las leyes naturales, sino las leyes físicas. Las leyes naturales no pueden ser anuladas o contrarrestadas por hechos con causación metafísica, pues estas leyes gobiernan todo, tanto la causación física como la metafísica.

CAMPOAMOR. --¿Y cómo deberíamos llamar entonces a lo que viene llamándose milagro desde que el mundo es mundo?

CORNEJÍN. --Debería llamarse "suceso explicable metafísicamente"; pero como esto sería engorroso, lo voy a llamar *metasuceso*, vocablo que tiene la virtud de la brevedad, aunque ganada en desmedro de la precisión de la idea, pues alguien podría suponer que los metasucesos son sucesos que ocurren fuera del mundo espaciotemporal, cosa que no es así: son sucesos *físicos* cuya *causación inmediata* es metafísica.

CAMPOAMOR. --¡Mira la cantidad de artilugios y volteretas que has utilizado tan sólo para salvar la invulnerabilidad de las leyes naturales!

Cornejín. --Si no la salvo se derrumba mi teología, o al menos la omnipotencia que yo le confiero a mi Dios.

CAMPOAMOR. --Eso te pasa por equiparar a Dios con las leyes de la naturaleza. Para mí, las leyes naturales no son Dios, sino la objetivación de sus deseos.

CORNEJÍN. --Usted llama leyes naturales a lo que yo llamo leyes físicas, ¿no cierto?

CAMPOAMOR. --Correcto.

CORNEJÍN. --Y milagro a lo que yo llamo metasuceso.

CAMPOAMOR. --Correcto.

CORNEJÍN. --¡Y que! ¿Los milagros contradicen los deseos de Dios?

CAMPOAMOR. --Sí, tal como nosotros anteponemos a veces a nuestros deseos otros deseos más oportunos.

CORNEJÍN. --Ya veo... Las leyes naturales (para mí las leyes físicas) vendrían a ser algo así como los deseos instintivos de Dios, mientras que los milagros (para mí metasucesos) serían sus deseos racionales, o quizá intuitivos...

CAMPOAMOR. --Mmsí... No la veo tan mala la analogía.

CORNEJÍN. --¿Que no la ve mala? ¡Esto es llevar el antropomorfismo hasta límites infantiloides!

CAMPOAMOR. --No reniegues de los infantes. Recuerda a Isaías: "Pacerá el lobo con el cordero, y un niño los pastoreará".

CORNEJÍN. --Usted cite a Isaías, que yo citaré a otro judío, tan inteligente y piadoso como él: "La total comprobación de un acontecimiento milagroso sería a su vez la total comprobación de inexistencia de Dios".

CAMPOAMOR. --No juntemos a Spinoza con el gran Isaías, porque si bien fueron profundamente religiosos los dos, el segundo avivó con su espíritu el fuego de la religión, mientras que el primero la incendió. Spinoza ha sido un gran incendiario que, por glorificar a Dios, ha pegado fuego a la naturaleza y, después de reducirla a pavesas, a este dios-máquina, a este gran vago de los cielos solitario y sin cuidados, lo está y incensando hasta sofocarle con el humo de su obra, hasta producirle la asfixia. El pensamiento de Spinoza ha quedado en el mundo como una especie de opio atmosférico que adormece todos los entendimientos, que se ha infiltrado en todos los espacios. En el desvanecimiento vertiginoso que produce esta concepción se siente el corazón helado y petrificado el pensamiento. ¡Ah! Si es verdad que mi cuerpo no es más que un átomo de la extensión infinita y mi espíritu un rayo de luz divina; si es cierto que yo no soy más que una partícula de la sustancia universal, que, emanando de ella, por ella existo y en ella me volveré a sumir; si son estos, repito, el principio, el medio y el fin de la creación, ¡maldita sea!

CORNEJÍN. --Es obvio que usted *no quiere* que las cosas sean así, pero no es tan obvio que usted *no cree* que así son.

CAMPOAMOR. --Yo quiero que el panteísmo sea falso, y además lo sospecho falso. Pero si por término de mis aspiraciones inmortales he de ir a sumirme en la *nada* cuando muera, ¡al menos iré divertido maldiciéndola mientras viva!

CORNEJÍN. --Según la ortodoxia panteísta, usted no se sumiría en la nada, sino en Dios.

CAMPOAMOR. --Si todo es Dios y Dios es todo, Dios no es nada. Tengo un horror tan involuntario a esas sustancialidades spinozistas que, si supiera que por término de este calvario que es la existencia terrenal me habría de embeber en su sustancia, renegaría de Dios. Y vos, mocosos barbados, ¿has renegado por completo del Dios justo y benévolo, sabio y fuerte, que premia a los buenos y que castiga a los malos? ¿Cómo tenéis valor de presentaros a mi vista sin la esperanza de una vida futura y mejor, continuación y complemento de ésta, de una vida, en fin, de compensación, de eterna felicidad y de infinito desarrollo? ¿Con qué derecho pretendéis la aquiescencia de los hombres de honor si empezáis por no respetar la libertad y la dignidad humanas? ¡Fuera de mi vista! Mientras que no llames a mi puerta en nombre de un Dios que remunera, de una esperanza que alienta, de una moral que eleva y de una inmortalidad que sonríe, estoy decidido a no daros audiencia y a dejaros pasar la noche entre mis perros. ¡Vándalo del otro mundo! ¿Qué se han hecho en vuestras manos nuestras creencias y nuestras esperanzas?

CORNEJÍN. --¡Otra vez se vació!... ¿En serio quiere que me vaya?

CAMPOAMOR. --No, no... Te pido perdón, hijo mío. Te ruego que me

disimules esta y quizá también otras futuras bruscas salidas propias de mi idiosincrasia. Este defecto es en mí irremediable, pues además de que por temperamento me causan repulsión todos los pensadores que no son calenturientos, tengo la convicción de que no puede haber verdaderas creencias sin un poquito de fiebre.

CORNEJÍN. --Lo perdono, y lo perdono porque perdonar es divino pero sobre todo porque yo también soy así de afiebrado cuando defiendo mis creencias, al menos cuando las defiendo valiéndome de la escritura. Y tengo su misma convicción respecto del carácter necesariamente febril de toda idea fértil. Esta quemazón en el pensar creo haberla heredado, en gran parte, de su compatriota don Miguel de Unamuno, y quién sabe si él no la heredó de usted...

CAMPOAMOR. --Estas cosas se heredan por sangre, no por curiosidad literaria. ¿Tú tienes sangre española, verdad?

CORNEJÍN. --Española por parte de madre e italiana por parte de padre.

CAMPOAMOR. --¡Qué mezcla! ¡Como para no ser un escritor afiebrado con esa fórmula en las venas! Dime: ¿no te sucede, igual que a mí, que cuando escuchas o lees a alguno de esos oradores o escritores que para hablar o escribir empiezan por almidonarse fuertemente el cuello de la camisa, no te parece que estás viendo una de esas estatuas de mármol que están recostadas con negligente dignidad, o, como si dijéramos, fuertemente almidonadas, sobre la tapa de un sepulcro que sólo contiene vacío y hediondez?

CORNEJÍN. --Sí señor, y esta visión se me potencia enésimamente cuando el orador o el escritor, amén de estar almidonados, son almidonadamente abstrusos.

CAMPOAMOR. --Es que cuando el lenguaje se almidona, primero se torna rígido y quebradizo, y si se continúa con la utilización del citado apresto, tiende luego a opacarse, tal como se opaca el colorido de las prendas de vestir sometidas a muy intensos lavajes. Existen los estilos almidonados y comprensibles y los almidonados e incomprensibles, pero el escritor incomprensible, casi sin excepción, escribe almidonadamente. Escucha este párrafo: "La existencia como la esencia puesta es en sí un contenido de existencialidades o modalidades, pues la existencia se distingue en sí primero como originalidad o primordialidad, y bajo la originalidad se distingue como la eternidad (idealidad), por oposición a la efectividad (temporalidad, existencia sensible), y otra vez bajo existencia se refiere como la eternidad en la efectividad y la efectividad bajo la eternidad (la continuidad, la vida)". Como dice aquel juego muy conocido, el desembrollador que lo desembrolle, ¡buen desembrollador será!*

CORNEJÍN. --Me la juego que aquí hay un hegeliano detrás de semejante galimatías.

Campoamor. --No le pifiaste por mucho: hay un krausista. Y un krausista español, que son los peores.

CORNEJÍN. --Yo nunca pude entender muy bien eso del panenteísmo...

CAMPOAMOR. --¿Y quién podría entenderlo, si ni el mismo Krause lo entendía, no digamos ya sus discípulos? Dice la escuela krausista: "Ninguna esencia en el mundo está separada de la divina: ninguna se confunde tampoco con ella". ¿En qué quedamos? Las esencias del ser y de los seres ¿son diferen-

*Cf. las *Obras completas* de Ramón de Campoamor, tomo III, p. 101

tes? Pues *dualismo*. ¿Son idénticas? Pues *panteísmo*. Todos los sistemas pueden estar saturados de panteísmo o de dualismo, menos de monismo ni de panenteísmo, porque esto en la región pura de las ideas es un imposible. Y continúa diciendo la escuela: "La naturaleza no es Dios, el espíritu no es Dios, la humanidad no es Dios, aunque Dios contiene también la naturaleza, el espíritu y la humanidad en la simplicidad de su esencia". Repito que no lo entiendo, no lo entiendo y no lo entiendo* (1).

CORNEJÍN. --Pero ¿no dicen los teólogos católicos que Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia? Según usted, quien dijere algo así es tan panteísta como Spinoza...

CAMPOAMOR. --Los católicos, hijo mío, somos todos decididamente panteístas, pero somos panteístas de *sentimiento*, no de *idea*. Y esto es así porque, para nosotros, el amor lo es todo. El amor, y sobre todo el amor místico, es esencialmente panteísta. El amor todo lo quiere juntar y embeber. Pero este panteísmo de sentimiento es natural, poético y hasta divino, es menester no confundirlo con el panteísmo de las ideas que es siempre antipático, estéril y ateo**.

CORNEJÍN. --Hubiera jurado que eso de que "Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia" era más bien una idea y no un sentimiento...

CAMPOAMOR. --Es una idea, y quien la sostenga es un panteísta de idea; pero no es mi caso, ni el de la gran mayoría de los católicos.

CORNEJÍN. --Pero ¿no era Santo Tomás quien tenía ideas como ésa?

CAMPOAMOR. --Él inicio el camino.

CORNEJÍN. --¡Y qué!: el padre de la teología escolástica ¿era panteísta?

CAMPOAMOR. --No sólo panteísta, también era materialista. El sistema aristotélico de Santo Tomás, que saca lo inteligible de lo sensible, no hace con esto más que equiparar al espíritu con la materia; y si lo inteligible es igual a lo sensible, todo es uno y lo mismo***. De todos modos, a pesar de este capital error considero al Doctor Angélico como el mayor filósofo de todos los tiempos****.

CORNEJÍN. --Usted, que es un teísta a ultranza, ¿considera como el más grande filósofo a quien, según usted, no era más que un panteísta de ideas, o sea, según usted, un ateo? Me parece que esta incoherencia es imposible de salvar...

CAMPOAMOR. --Tal vez sea imposible de salvar por la lógica, pero se resuelve por vía de la intuición. ¡No juegues todas tus fichas a la lógica! ¡No seas tan escolástico!

CORNEJÍN. --¡Ahora discrepa no sólo con Santo Tomás sino con la escolástica toda! Extraño católico resultó ser usted...

CAMPOAMOR. --¡Qué!, ¿tu madre no es católica?

CORNEJÍN. --Si.

CAMPOAMOR. --¿Y tu padre?

CORNEJÍN. --También.

CAMPOAMOR. --¿Y tu hermana?

CORNEJÍN. --También.

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 57.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 58.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 400.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 429.

CAMPOAMOR. --Y ¿tienen ellos, siendo católicos, la más peregrina idea de lo que pensaron y escribieron Santo Tomás y los demás escolásticos? ¿Vez que se puede ser católico sin necesidad de concordar con estos santos señores?

CORNEJÍN. --Se puede ser católico sin conocer el pensamiento escolástico, pero quien tuvo la fortuna o la desdicha de estudiarlo y no coincide con él en su punto capital, en la idea de Dios, no veo cómo pueda seguir asistiendo a misa los domingos...

CAMPOAMOR. --En primer lugar, en la misa no se habla de escolasticismo; se habla del Evangelio, que es lo que a mí y al pueblo católico nos interesa. Y en segundo lugar, si bien es cierto que asistía a misa todos los domingos, lo hacía más para no disgustar a mi esposa que porque me lo pidiera el alma. Prefería tolerar un sermón aburrido del cura que no las acusaciones de impiedad de mi bien amada.

CORNEJÍN. --Insisto en que estar en contra de la escolástica y estar en contra de la Iglesia Católica es todo un mismo paquete para el pensador consecuente, visto y considerando el apego que siempre hubo entre esta institución y este modo de pensar.

CAMPOAMOR. --Apego en las formas, pero nunca en el fondo. Tomás era panteísta, y sin embargo ¿hay religión en el mundo más teísta que la católica? Yo no sé cómo llega la Iglesia a creer en un Dios personal, pero que llega, llega. Y como yo también creo en ese Dios, soy católico, a pesar de que me repugna como pocos ese inmenso pecado de la ociosidad llamado escolástica* (y estoy seguro de que también le repugna a la mayoría de los clérigos, sólo que se guardan muy bien de confesarlo). Yo amo a la Iglesia Católica, pero esto no me impide rechazar como indigna de la inteligencia la lógica escolástica, esa escalera de mano que con un solo peldaño pretende llegar al cielo. Odio con todo mi corazón esa táctica de emboscadas, esa razón de las manos, esa inventora de subterfugios, tan baja y tan aviesa que es capaz de echar la zancadilla al mismo Ser supremo. No, no quiero más lógica que la convicción de aquel que al despertarse halla, sin discurrir, en su pensamiento a Dios; me basta la evidencia de aquel que al morir vuelve confiadamente en su agonía los ojos hacia el cielo**.

CORNEJÍN. --¿Cuál fue, según usted, el mayor defecto del sistema escolástico?

CAMPOAMOR. --El gran defecto de los escolásticos consistió en el uso inmoderado que hicieron de la razón y, por consiguiente, del método deductivo***. Esta demasía en el razonar hizo que sus pensamientos se tornaran caóticos, como si fuesen las cavilaciones de una vieja parlanchina****. Y ahora que lo pienso, ¿con qué otra imagen se podría comparar mejor a la filosofía escolástica que con la de una vieja parlanchina y positivista?

CORNEJÍN. --¿Eran positivistas los escolásticos?

CAMPOAMOR. --Lo eran desde el momento en que sostuvieron que Dios no se puede conocer por la razón *intuitiva*, sino por las argumentaciones, más o menos *difíciles*, de la razón *discursiva*, *subiendo de las cosas visibles a las*

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 695.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 33.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 695.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 698.

*invisibles, de las temporales a las eternas, de las contingentes a las necesarias**. Estos señores ignoraban que la teología acaba donde empieza la metafísica y, faltando inconscientemente a una de las principales creencias católicas, que es la de hacer *distinción real y esencial entre el orden natural y el orden sobrenatural*, mezclaron lo sobrenatural con lo natural, por medio de varios desgarros hechos en la bóveda celeste, y descolgaron a Dios de lo sobrenatural ideológico, para zambullirlo en el cieno de lo natural cosmológico**. Justo sería que algún sacristán amontonase hacia el fogón con la escoba de barrer esos libros de moral casuística y dudosa, y muchos de esos mamotretos de teología escolástica de una pesadez y de una inutilidad indudables. Eso en los ejércitos divinos y humanos es lo que se llama la *impedimenta*, que sólo sirve para perder batallas***.

CORNEJÍN. --¿La escolástica impide el progreso del ejército católico?

CAMPOAMOR. --Lo dificulta, pero no lo impide. El cristianismo, a pesar de todo, seguirá progresando, cual si fuese "El tren eterno" del poeta Revilla:

--¡Alto el tren! --Parar no puede.

--¿Ese tren adónde va?

--Por el mundo caminando

en busca del ideal.

--¿Cómo se llama? --Progreso.

--¿Quién va en él? --La humanidad.

--¿Quién le dirige? --Dios mismo.

--¿Cuándo parará? --Jamás. ****

Esta preciosa dolora sería perfecta si quitásemos de ella la palabra "Progreso" y la sustituyésemos por "Cruzada".

CORNEJÍN. --La palabra Cruzada me suena a imposición, y por eso no me suena bien. Yo creo que lo correcto, a la hora de ganar adeptos para una determinada religión, es la persuasión, nunca la violencia.

Campoamor. --Sería lo correcto para una religión afeminada, pero no para la mía. Un católico *a todo trance* no puede conformarse con ser un mero político persuasivo. No puede ser un buen demócrata, pues siguiendo los impulsos de su conciencia tiene que hacerles renegar a todos de toda creencia que no sea la suya, y en esta parte ¡oh dolor! tendrá que negar por completo a los ciudadanos el derecho de pensar como gusten, la facultad de usar su *autonomía******.

CORNEJÍN. --¿Está usted a favor del inicio de una guerra santa cristiana paralela a la guerra santa musulmana que aún hoy continúa con sus matanzas? ¿Es éticamente cristiano impedir que cada cual piense y crea lo que le venga en gana, e impidiro a palos y bayonetazos?

CAMPOAMOR. --Imponer la fe de uno, valiéndose incluso de medios violentos, es un acto absolutamente moral... siempre y cuando esta fe sea la verdadera, que no es el caso del mahometismo y por eso tu comparación no sirve.

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 445.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 445.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 448.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 18.

*****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 459.

Mahoma, después de creer que el Corán era la verdad suprema, empuñó la espada para hacerla triunfar en el mundo. La premisa era falsa, el medio inicuo, pero la consecuencia legítima; no era verdadero y además era bárbaro, pero a lo menos fue lógico. En cambio, los gobernantes que empiezan por proclamar que el cristianismo es la verdad y luego permiten el culto del error, son verdaderos en la premisa, tontos en los medios e ilógicos en la consecuencia*.

CORNEJÍN. --Serían perfectamente ilógicos si Jesús, al igual que Mahoma, se hubiese dedicado a cortar cabezas en vez de dedicarse a perdonar a los pecadores y a poner la otra mejilla... Además tal vez los gobernantes no estén tan convencidos como usted de que el dogma católico es la verdad absoluta, y mal pueden imponerles a los demás una fe que no es en ellos ciega.

CAMPOAMOR. --La fe puede no ser ciega, pero el catolicismo debe imponerse igual, aunque más no sea por amor a lo sistemático. Podría haber algún ortodoxo que abrigarse dudas sobre si yo, en materias religiosas, tenía toda la fe que es indispensable tener; pero en todo caso, lo que nadie dudaría es que yo soy un doctrinario invariable y que, aunque como particular no tuviera fe, como hombre público se la *impondría* a los demás. Los hombres como yo, de principios fijos, siempre tienen creencias que predicar; cuando al hombre privado le falta la creencia *instintiva*, al hombre público no le puede faltar la creencia de la *lógica*; cuando no tiene fe *orgánica*, halla siempre en su razón la fe *sistemática***.

CORNEJÍN. --Sí, ahora me explico cómo puede creer alguien algo tan extravagante como, por ejemplo, el cuento ese de la infalibilidad del papa... Este artículo le debe de producir a usted arcadas en su fe orgánica, pero se lo traga igual acompañándolo con una buena ración de fe sistemática que atempera su regusto.

CAMPOAMOR. --La razón discursiva, o sea la lógica, está muy por debajo de la razón intuitiva, pero esto no significa que haya que despreciarla o soslayarla. Después que Moisés fundó la ontología cristiana con la revelación de la verdad moral absoluta, nada más lógico que la Iglesia haya establecido como dogma la infalibilidad de su cabeza visible. La infalibilidad es una consecuencia de la verdad y la fe es la consecuencia de la infalibilidad. Siendo depositaria de la verdad suprema, la Iglesia no puede engañarse***. La verdad absoluta es una antorcha que los Pontífices, desde Jesucristo, se transmiten de mano en mano y que nunca podrán apagarla las tempestades del mundo. Esa Iglesia tan perseguida no sólo es la depositaria de la verdad moral, sino que es la clave maestra del orden social. Y ese Papa tan calumniado, ese imprescindible juez de la fe, no puede equivocarse aunque quiera****.

CORNEJÍN. --A mí me enseñaron en el catecismo que el único ser que nunca se equivoca es Dios, y ahora usted me dice que el Papa nunca se equivoca, con lo que obtengo la impecable conclusión de que ¡el Papa es Dios! ¿O será más bien que el Papa es *en* Dios? Si lo primero es lo correcto, estamos en el terreno del papateísmo; si lo segundo, la verdadera doctrina es la del papanateísmo. Yo me inclino por una tercera vía: el papanateísmo.

*Cf. *ibíd.*, t.I, p. 654.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 458.

***Cf. *ibíd.*, t I, p. 656.

****Cf. *ibíd.*, t I, p. 659.

CAMPOAMOR. --No te burles de la fe, que ya veo el tridente del Maligno pendiendo sobre tu cabeza.

CORNEJÍN. --Y usted ayornesé, que me parece que lo de la infalibilidad ya está siendo puesto en duda hasta por los mismos interesados. Lo que no deja de preocuparme, porque si realmente es verdad que la Iglesia no puede engañarse, y sin embargo cree que puede, se está engañando, con lo que se produciría una paradoja que haría estallar al mundo en mil pedazos. Cinchemos entonces para que (a) sea falso lo de la infalibilidad, o (b) los papas no duden nunca ni por un momento de la rectitud de sus juicios. Yo cincho por la opción a, y no por rebeldía contra la ortodoxia, sino porque parece menos increíble que la opción b.

CAMPOAMOR. --Yo voy adonde va la Iglesia. Si la Iglesia dice que ya no corre el dogma de la infalibilidad, entonces tampoco corre para este humilde servidor de Cristo. Está en mí tan arraigada la creencia en que la palabra de la Iglesia es la palabra de Dios que si, en cuanto he dicho y pueda decir en adelante, se halla algo que no esté completamente de acuerdo con la doctrina católica, quiero que se condene como error y que se considere como no hablado ni escrito*1 (2).

CORNEJÍN. --Usted va ciego detrás de la Iglesia movido por un axioma suyo que dice que la voz de la Iglesia es la voz de Dios; pero ¿qué pasaría con su axioma si la misma Iglesia reconociese que no es infalible?

CAMPOAMOR. --El axioma ese no es mío sino de la Iglesia; luego, si la Iglesia, lo invalidase, quedaría también invalidado para mí, pues el único axioma religioso que es realmente mío, que no me lo ha suministrado la Iglesia, es este: "Todo lo que afirma la Iglesia es absolutamente verdadero" (2').

¿O sea que ayer era absolutamente verdadero el Papa era infalible y hoy es absolutamente verdadero que el Papa no es infalible?

CAMPOAMOR. --A mí no me consta que la Iglesia de hoy afirme que el Papa no es infalible. Lo que sí me consta es que tú, atacando como atacas a la Iglesia Católica, estás siendo inconsecuente con tu espíritu, que sé, porque lo veo en tu rostro, que está sediento de Dios. Los libre-pensadores o, más bien, los sueltipensadores como tú necesitan de la religión, lo saben, lo confiesan; saben también que no puede haber religión sin Iglesia; y, sin embargo, toda la soltura de su pensamiento se dedica a zaherir implacable e incesantemente a la Iglesia. Y es que es mucho más fácil pensar con soltura que con lógica**.

CORNEJÍN. --Sí, tal vez en mis pensamientos escasee la lógica; pero la poca que tengo es mía, no se subordina a los decretos de ninguna institución, por divina que se autoproclame. Admito la primera premisa: sí, no podría vivir sin religión. Admito también, aunque medio a regañadientes, la segunda: no puede haber religión sin Iglesia. Sin embargo (y debido sin dudas a mi escasez de lógica), no alcanzó a vislumbrar por qué rara cabriola estas dos premisas deban desembocar en la conclusión de que no podría yo vivir sin Iglesia católica; más bien me parece que la deducción indica que no podría vivir sin *alguna* Iglesia, que no necesariamente tiene que ser católica. Y conste que cuando hablo de "Iglesia" no me refiero ni al edificio ni a la corporación, sino a la comunidad eclesial, de suerte que para mí hay Iglesia allí donde hay un grupo de feligreses contemplando

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 658.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 659.

o intentando contemplar a Dios, así la contemplación sea a cielo abierto y sea ignorada o perseguida por el Estado.

CAMPOAMOR. --¡Claro! Seguramente piensas que el cristianismo ya pasó de moda; que la religión "evolucionará" en otras direcciones más acordes a los tiempos modernos; que el catolicismo, como mucho, tiene alimento para unos 300 años, como era el parecer de Mr. Cousin, esa abeja de la filosofía que en mi época de terrícola elaboró la miel aguanosa del eclecticismo. Pues yo pienso lo contrario; soy de los que opinan que el catolicismo dichosamente será el eterno contemporáneo del género humano*.

CORNEJÍN. --Amén, si es que se va a dedicar a la puesta en práctica de la moral predicada por Jesús. Si es así, que empiece ya, que dos milenios se me antoja demasiado como apronte...

CAMPOAMOR. --La moral cristiana es la verdad absoluta, tan absoluta y tan perfecta que es imposible de toda imposibilidad que no haya sido revelada por Dios**.

CORNEJÍN. --Yo no sé si es perfecta, pero es por lo menos excelente. Aunque dudo que usted opine igual que yo sin hipocresía. Digo, visto y considerando lo abultado de su billetera.

CAMPOAMOR. --¡Por favor!... ¿Qué tiene que ver la piedad con los bienes materiales?

CORNEJÍN. --Lo mismo pregunto.

CAMPOAMOR. --Vete, vete con tus amigos los cínicos si te sienta bien su pauperidad. Admito que en aquellas épocas la indigencia podía ser un título de virtud; pero hoy, que el trabajo está santificado por la religión y ennoblecido por el Estado, la miseria, con raras excepciones de desgracia individual, es el resultado de la ociosidad, del vicio y de la ineptitud. Jesucristo vino a la tierra, entre otras cosas, a honrar el trabajo***.

CORNEJÍN. --¿A honrar el trabajo? ¿Cuándo trabajó Jesús? Y no me diga que trabajaba de carpintero, porque ese no es el Jesús que nos interesa ni del que se ocupa el Evangelio. A partir de que comienza su predicación, ningún evangelista lo pinta jamás trabajando. Ahora me dirá que predicar es trabajar, y no lo niego, pero se sobreentiende que estábamos hablando de trabajo profesional; si no, desaparece la relación trabajo-dinero que usted esgrime como justificación de su opulencia. Eso del "trabajo santificado por la religión y ennoblecido por el Estado" me suena más a protestantismo que a catolicismo; pero aun suponiendo que el catolicismo, o más bien que Jesús, santificara el trabajo, no se deduce de aquí que también santificara el dinero, pues el concepto trabajo, como ya le dije, no lleva implícito consigo al concepto dinero (y viceversa, por si no conoce cómo funciona la Bolsa). Dígame una cosa: los apóstoles, y el mismísimo Jesús, ¿eran todos "raras excepciones de desgracia individual", o su pobreza era "el resultado de la ociosidad, del vicio y de la ineptitud"?

CAMPOAMOR. --Ya te dije que en la antigüedad la indigencia podía ser un título de virtud, pero eso ya no puede aceptarse.

CORNEJÍN. --¿Por qué? ¿Cambió la idea de virtud? ¿Acaso evolucionó este

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 260.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 660.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 460.

concepto? Yo tenía entendido que la virtud es cosa inmutable, que no depende de la época ni del lugar en donde el virtuoso actúa. Yo tenía entendido que la ética es una y la misma en cualquier parte del espacio y del tiempo, a diferencia de la moral social, que sí varía de acuerdo a estas circunstancias. Y lo más curioso de todo es que, después de haber leído su libro intitulado Lo absoluto, me dio la sensación de que usted concordaba conmigo en este punto, pero ahora comprendo que no comprendí muy bien lo que quiso dar usted a entender con el título de su obra.

CAMPOAMOR. --Yo no digo que antes era virtuoso ser pobre y ahora es virtuoso ser rico. La pobreza y la riqueza no hacen a la virtud, son meras circunstancias externas. Lo que yo digo es que, en la antigüedad, la mayoría de los virtuosos eran pobres, mientras que ahora la mayoría son ricos. Y esto es completamente natural y deseable, porque con las técnicas actuales, cualquier persona suficientemente honrada e inteligente no encuentra en general ningún impedimento en su camino hacia el enriquecimiento. ¿Quiénes son los virtuosos?, me preguntarás; son los hombres honrados e inteligentes, te contestaré. Y como los hombres honrados e inteligentes, según lo antedicho, tienden a ser ricos, tengo que concluir no que la mayoría de los ricos son virtuosos, porque esto no se deduce de lo anterior, sino que la mayoría de los virtuosos son, hoy en día, muy ricos o medianamente ricos. ¡Seres que tenéis en vuestra cabeza *rayos de inteligencia* y en vuestro corazón *suspiros de eterno amor*, alumbrad un poco con vuestra cabeza y obrar otro poco con vuestro corazón, y veréis cómo os persigue el oro, ese ciego obediente de la industria!*

CORNEJÍN. --El oro no tiene patas, no puede perseguir a nadie; es uno el que tiene que perseguirlo a él. Pero si nos dedicamos a perseguir al oro, ¿nos quedará tiempo y resto físico para perseguir después a la virtud? No; comenzaríamos la persecuta ya muy fatigados, y esto sin tener en cuenta que cuanto más nos acercamos al oro, más deprisa se nos aleja la virtud, circunstancia que bien supo entrever Platón cuando afirmó en el libro octavo de *La República* que "el oro y la virtud son como dos pesos puestos en una balanza, no pudiendo subir el uno sin que el otro baje".

CAMPOAMOR. --Invocar a Platón, a ese genio de la antigüedad que si hoy viviese no sería más que un boceto de sabio**, invocarlo para refutar el derecho de propiedad privada no es otra cosa más que una petición de principio: todo el mundo sabe que Platón era comunista.

CORNEJÍN. --Yo en ningún momento quise refutar ningún derecho. Para mí, los derechos no existen, son invenciones, o más bien convenciones legales, y por lo tanto dejo a los leguleyos la tarea de sancionarlos o refutarlos. Yo no me ocupo de derechos sino de virtudes y vicios; y en este contexto, afirmo que la posesión de riquezas y propiedades, en un mundo en el que cientos de niños mueren por día víctimas del hambre, y en un mundo en el que las tres cuartas partes de la población no es propietaria de nada que no sean sus zapatos y su camisa; en un mundo así, digo, ser rico o medianamente rico es cosa más inmoral que un asesinato consumado, es el vicio por excelencia de los tiempos modernos, es la aberración más grande que pueda cometer una persona en contra de sus

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 461.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 559.

congéneres...

CAMPOAMOR. --Me causan risa tus invectivas, y es que no puedo entender por quién serían ayudados los pobres si no existiesen los ricos. Argumentando así, ciertamente te pareces a esa clase de pobres que se pasan la vida calumniando a las grandes señoras de la beneficencia que no viven más que para proporcionarles socorros*.

CORNEJÍN. --Si señor: ¡qué grandes y devotas cristianas son esas señoras de la beneficencia!... Aunque ahora que me acuerdo, ¿no le dijo Jesús al rico, en Mateo 19, versículo 21, que si quería entrar en el reino de los cielos debía darles *todo* su dinero a los pobres, no solamente la diezmilésima parte, que es lo que dan estas piadosas y desprendidas señoras?

CAMPOAMOR. --¡Y dale con el comunismo!...

CORNEJÍN. --Usted llámelo como quiera, yo lo llamo igualdad.

CAMPOAMOR. --¡La *igualdad!* Yo también quiero la igualdad, pero la igualdad *legal*, nunca la *social*. La igualdad social sería un amasijo irrefundible, retrógrado, injustificable y bárbaro. ¿Cómo queréis amalgamar vuestras clases inferiores, de pasiones rudas, de moral exigua y de inteligencia obtusa, con las clases elevadas por la educación o la inteligencia, que comprenden la voluptuosidad de la virtud, que gozan con las fantasías de Milton, que admiran el carácter de Sócrates? Y vos mismo ¿tendríais la indignidad de dejaros tutear por vuestros lacayos, que al dirigiros la palabra os estropean el idioma, que se ríen de vuestra civilidades y que os calumnian por envidia?*

CORNEJÍN. --Carezco de lacayos. Mal podría tener lacayos si no tengo propiedades.

CAMPOAMOR. --¿No tienes propiedades? ¿Y en dónde vives?

CORNEJÍN. --En el departamento de mis padres.

CAMPOAMOR. --¡Claro! Y seguramente cuando lo heredes lo abandonarás en beneficio de algún carenciado... ¡No te engañes, hijo! El instinto de propiedad no puede anonadarse, porque lo llevamos bien dentro nuestro, como todos los instintos. Esta inclinación es la hormiga de las pasiones. Con ella poseemos el arca santa donde perpetuamente se salvarán todas las sociedades de todos los diluvios comunistas***. Todos los socialistas modernos que han fundado sus sistemas sobre la base de la propiedad común han partido de un imposible, porque los instintos fundamentales, el ego y el deseo de adquirir, rechazan la propiedad colectiva y tienden naturalmente a apropiarse de las cosas con exclusión de cualquier otro partícipe****. El misántropo Rousseau, el más elocuente de los escritores y el más incoherente y más ilógico de los filosofastros, en uno de sus sistemas fantástico-políticos condena la propiedad individual de esta manera acerba: "El que, rompiendo el primero y cercando un campo, tuvo la ocurrencia de decir *esto es mío*, fue el fundador de la sociedad. ¡Cuántos males hubiera ahorrado al mundo el que, arrancando las estacas y cegando la zanja, hubiese gritado: ¡Guardaos de dar oídos a este impostor; la tierra es de todos y los

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 427.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 149.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 194.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 194.

frutos no son de nadie!" (*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, primer párrafo de la segunda parte). El irónico Voltaire, contestando a estas palabras, las rebatió de este chistoso modo: "En vez de arrancar las estacas y segar la zanja, no tenía más sino imitarle, y pronto se hubiera formado un lugarcito bastante lindo..."*

CORNEJÍN. --Los pensadores pueden ser rebatidos por otros pensadores, pero no por meros literatos. Y respecto de que los socialistas parten de un imposible, admito que existe esa imposibilidad *en el presente*, pero la niego para el futuro. Los instintos no son inmutables, pueden evolucionar o involucionar de maneras diversísimas como bien lo sabe quien comparara los instintos de un gusano con los de un hombre y encuentra las abismales diferencias que hay entre estos cuadros instintivos (o entre sus modos de manifestarse), siendo un hecho casi indudable el que nuestros antepasados han sido alguna vez criaturas gusanescas. Pretender que el comunismo, que el verdadero comunismo, podría establecerse hoy día, es una puerilidad que denota falta de ciencia en el cerebro del que la concibe; pero afirmar que el verdadero comunismo es actualmente imposible no excluye la hipótesis que dice que el comunismo se impondrá en el futuro, ni mucho menos excluye la hipótesis que realmente interesa: la hipótesis moral, no sociológica, que sugiere que el verdadero comunismo, que es el comunismo en el que la gente utiliza sus propiedades *como si no le pertenecieran exclusivamente* (tal como sucede hoy en día en derredor del círculo familiar-afectivo del propietario), que ese comunismo es éticamente deseable, y éticamente indeseable todo sistema capitalista de apropiación exclusiva.

CAMPOAMOR. --¿Éticamente deseable el comunismo? ¡Esas son basuras, nada más que olorosas basuras! Oídlas bien, sacerdotes, niños, mujeres y creyentes, oídlas bien, para que los apedreéis por las calles, como sí los apedrearéis; hay una secta de políticos que os quiere gobernar, y que así como en el orden físico niegan el derecho de propiedad anulando la personalidad humana, en el orden moral niegan la existencia de Dios, dejando a la creación sin creador y a los efectos sin causa**. Oídlas bien, porque la supresión de la propiedad es lo mismo que la del individuo***.

CORNEJÍN. --¿Estar privado del derecho de propiedad privada y dejar de ser una persona es todo un mismo paquete? Eso significa que, según usted, las tres cuartas partes del mundo que hoy están privadas de todo derecho a la propiedad privada... ¡no son personas! Pero usted, como buen cristiano, ¿no haría todo lo humanamente posible para convertir a esas cuasi personas en personas hechas y derechas? Si es así, tendrá que abogar para que todo individuo disponga de por lo menos su propia casa en su propio terreno, lo que sólo será posible cuando las gentes como usted, que tienen tantas fincas como dedos en las extremidades, se dignen a repartir la torta con aquellos que de bizcochuelos nunca probaron ni las migas. ¿No ve cómo es toda cháchara esa su defensa de la propiedad privada? ¿No ve cómo es el derecho a la propiedad privada, como usted lo llama, o el sistema capitalista, como lo llamo yo, lo que precisamente anula el derecho de propiedad de la mayoría de los seres pensantes del planeta? ¿Por qué no deja de

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 194.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 376.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 377.

lado la sistematización racionante, o por mejor decir la hipocresía, y confiesa por fin que le importa un comino la suerte de los millones de niños desnutridos que hay en el mundo, y que lo único que le interesa es ser millonario, por la afición que las riquezas le inspiran directamente* y porque supone que todos sus otros deseos necesitan de la riqueza como medio indirecto de procurarse satisfacción?

CAMPOAMOR. --¿Qué es esto? ¿Estoy muy errado, o adivino un poquito de odio hacia los ricos en tus palabras? ¿Y sigo errado, o adivino, además de odio, un poquito de envidia también? ¿Envidias acaso a los ricos porque supones que no sufren o que sufren menos que los pobres? ¡Ah! Si pudieses medir con el pensamiento todos los dolores morales que sufren las clases acomodadas, probablemente te refugiarías gustoso contra esos dolores tras el broquel de tus harapos**.

CORNEJÍN. --¿Que si odio a los ricos? Intento no hacerlo, pero me temo que tiene usted razón: los odio un poco a veces. ¿Que si los envidio? Sí, y no poco, pero sólo cuando los veo en compañía de sus jóvenes y voluptuosas mujeres y las supongo enamoradas o al menos interesadas sexualmente en ellos --suposiciones que enseguida se desvanecen, y con ellas la envidia, ni bien me detengo a meditar seriamente la cuestión. ¿Que si supongo que los ricos sufren menos que los pobres? ¡Acabado estoy como pensador diletante si supusiera eso! Tendría que modificar casi todo mi edificio ético, que está engarzado casi en su base por el hilo de la afirmación opuesta. Y no sólo afirmo, como dice usted, que los dolores morales suelen ser más fuertes en los ricos que en los pobres, sino que también me destapo con el postulado de que hasta el balance hedonista puramente sensitivo tiende a ser más contemplativo con los pobres que con los ricos, algo a lo que el auge de la medicina prepaga y el consiguiente deterioro de los hospitales públicos, junto con la prodigiosa multiplicación de los medicamentos, parecen desmentir, pero lo desmienten sólo en superficie. Hablando en general, yo digo que los ricos sufren más que los pobres (o sea, que el balance hedonista fisiopsicológico de los ricos tiende a ser inferior al de los pobres), y que sufrirían menos si fuesen menos adinerados; y digo también que los pobres, tendiendo como tienden a sufrir menos que los ricos, sufrirían un poco menos todavía si fuesen un poco más adinerados. Siendo éste mi modo de discurrir, tildeme usted de cualquier cosa, menos de ilógico o de inconsecuente, cuando afirmo que sería deseable que los ricos donasen *voluntariamente* (nunca por medio de la coacción gubernamental) buena parte o la totalidad de sus haciendas.

CAMPOAMOR. --Me alegro de que coincidas conmigo en catalogar como inmoral toda beneficencia que se sustente a punta de pistola. El *dar dinero por nada*, el acto caritativo, es algo hermoso y digno de las más generosas almas cuando se realiza por pura y divina compasión hacia el desposeído, pero cuando el benefactor entrega el dinero motivado por causas externas a sí mismo, como en las expropiaciones comunistas, está uno ante una injusticia elevada a sistema. Esto es usurpar la propiedad de unos en provecho de otros; violar el derecho, conculcar la libertad y consumir un despojo***. ¿No saben acaso que sin

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 195.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 564.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 593.

propiedad no habría ni sociedad, ni familia, ni libertad?* Esto es lo que yo quiero que entiendas, porque sé que tus intenciones son rectas y piadosas; y es que todo el que se pone a divagar en contra de la propiedad privada termina, quiéralo o no, perjudicando a los hombres verdaderamente caritativos y beneficiando a los rapiñadores, a los irresponsables y a los ateos. Los fabricantes de sistemas sociales, comunistas mayores o menores, armados de la ley de *solidaridad*, radicalmente absurda, de que "todos tienen derecho a todo", en la cual confunden la virtud con el vicio, la inteligencia con el idiotismo y el trabajo con la holgazanería, hacen *tabla rasa* de la sociedad, así como los filósofos materialistas, sus dignos progenitores, la hacen del entendimiento; y, suponiendo que el cuerpo del hombre acaba de llegar de un bosque virgen y que nunca tendrá más necesidades físicas que las que ellos les inventen y que estos cuerpos no poseen más corazón ni más inteligencia que el que ellos le coloquen o le vayan inspirando, amoldan y transfiguran, amasan y cuecen a la pobre humanidad como se podría hacer con muñecos de barro en un horno de fundición. Estos hipócritas de la filantropía, que, en sus predicaciones en favor de los desheredados de la tierra, deslizan a torrentes la envidia y la desesperación, convirtiendo una sociedad de Abeles en una hermandad de Caínes, se han dividido el trabajo de ir carcomiendo las instituciones sociales como podría talar un jardín una colección de reptiles. ¡Los sofistas! "¡Todos tienen derecho todo!" Lo cual, bien traducido por un célebre economista, quiere decir: "Tú has producido; yo no he producido; somos *solidarios*; partamos. Tú tienes algo; yo no tengo nada; somos *hermanos*; partamos". Y más claro todavía: yo no tengo valor para coger un trabuco; pues declaremos a la ley un bandolero público, para que éste robe por mí, en nombre de la ley de *solidaridad*, liberándome de este modo de la ley de *responsabilidad*. Más o menos claramente, todos los socialistas dicen a los que sufren: tal vez sufrimos justamente en virtud de la ley de responsabilidad; pero callemos eso. Hay felices en el mundo y, prescindiendo de la ley de responsabilidad *que nos castiga por nuestras faltas*, apelemos a la ley de solidaridad, por la que *todos tienen derecho todo*, y así les robaremos parte de su felicidad. Con tan falaces argumentos se pervierten primero los espíritus para corromper después los corazones**. Suspended, suspended el fuego de los infelices contra los felices de la tierra, hasta que sepamos de cierto si hay algún dichoso en este mundo; pues es muy posible que al fin de la batalla lleguemos a saber que los sitiados eran mucho menos felices que los sitiadores. Dejad en libertad el orden social con sus leyes providenciales y no turbéis las armonías del mundo humano con el ruido babilónico de esas *ciudades del sol* de Campanella, o, de lo contrario, los gobiernos cultos tendrán que pensar seriamente en crear hospitales de locos incurables, aunque esta locura sea hija de la más filantrópica generosidad. ¿Tan difícil os es dejar cumplir la voluntad de Dios?***

CORNEJÍN. --¡Qué! Cuando una revolución socialista violenta triunfa ¿se contraría la voluntad de Dios?

CAMPOAMOR. --Está claro que a Dios no le gustan las revoluciones

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 624.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 624.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 628.

políticas, si no, Jesús habría estado a favor de los zelotes en vez de oponérseles.

CORNEJÍN. --Hay un escritor argentino, el señor Dalmiro Sáenz, que piensa que Jesús fue zelote, y así lo pinta en su novela *Cristo de pie*.

CAMPOAMOR. --¿Y tú crees en esa patraña?

CORNEJÍN. --No creo; pero habiendo personas como Sáenz, que han investigado bastante la cuestión y aun así sostienen esta teoría, lo más científico que uno puede hacer es dejar esta puerta entreabierta para que se asome por ella la duda.

CAMPOAMOR. --Sí, eso es lo más científico que puede hacerse; ¡pero lo más religioso sería cerrarle la puerta en la cara a ese degenerado escritorzuelo! Y si con el portazo le agarramos las narices a él o a esa duda chismosa que siempre se entromete sin pedir permiso, ¡mejor todavía! Así aprenderán a no pisar tierra santa, a no ensuciar territorios que no son de su incumbencia. ¿No estará ese Sáenz en contra del derecho de propiedad privada?

CORNEJÍN. --Lo está, según lo ha manifestado en algunas ocasiones, aunque su postura es un tanto ilógica para mi gusto (afirma, más o menos, que como el derecho de propiedad privada es ilegítimo, el hurto de propiedades es lícito a sus ojos, como si los ladrones no pretendiesen con el saqueo acrecentar sus propias y bien defendidas posesiones).

CAMPOAMOR. --Ya ves entonces que todo ese cuento zelote no tiene nada de sustancia y es harto tendencioso, pues bien se sabe que allí donde hay sólo santos y filósofos, los anarquistas antipropietarios no ven más que revolucionarios políticos.

CORNEJÍN. --¿Usted coincide conmigo en que las revoluciones políticas nunca revolucionan nada más que las cuentas bancarias de quienes las fomentan? (y pido perdón a Gandhi, al Che Guevara y a uno que otro más que no se ha enriquecido, sino empobrecido con el triunfo de su revolución).

CAMPOAMOR. --Las verdaderas revoluciones las hacen sólo los filósofos. Los políticos no promueven más que los motines, así como ciertos pescadores revuelven los estanques para pescar mejor en ellos. Y toda revolución política moderna, explícita o implícitamente, levanta la bandera que Proudhon mostró al mundo con su célebre fórmula de que "la propiedad es un robo". Con la publicación de este inmenso absurdo, todas las clases ricas por el trabajo, por la virtud y por la inteligencia han retrocedido espantadas y se han cobijado bajo el baluarte protector de las monarquías. Hoy es natural aliado de los tronos todo el que, material, moral o intelectualmente, tiene algo que perder**. Al lanzar Proudhon este proyectil de guerra por los aires, en vez de vencer a los amigos de las monarquías, los ha hecho agruparse para siempre y los ha unido por el terror con vínculos que no se romperán jamás***.

CORNEJÍN. --Las monarquías ya no existen, Campoamor; pero no lo corregí durante su discurso primero porque no es correcto interrumpir a la gente cuando habla y segundo porque todo lo antedicho es perfectamente aplicable a este siglo XXI con sólo quitar la palabra "monarquías" y reemplazarla por "capitalismos". Ah,

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 364.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 374.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 374.

y a la palabra "tronos", reemplácela por "mercados". Pero dígame: ¿qué opinión le merece no ya el derecho de propiedad privada, sino el derecho de herencia? ¿No se le hace palpablemente inmoral esta prerrogativa?

CAMPOAMOR. --Decía el jefe de los sansimonianos que "la fortuna por derecho de nacimiento es un privilegio injusto". He leído pocas opiniones más antisociales que ésta*. Después de la religión, nada nos hace morir más felices que la esperanza de que nuestras propiedades pasarán a las personas que han sido nuestra delicia en la vida y que serán nuestros representantes en la muerte**.

CORNEJÍN. --Yo no estoy discutiendo si el desdén por el derecho de herencia es o no antisocial, yo nada más pregunto si es éticamente deseable o indeseable la herencia de propiedades, nada más que eso.

CAMPOAMOR. --¿Es que acaso puede lo antisocial no ser inmoral? ¿No es la definición de acto inmoral: "acto que va en contra de los intereses de la sociedad"?

CORNEJÍN. --No puede haber actos antisociales que no sean inmorales *en relación a la moral social*, pero puede haber actos antisociales que sean perfectamente lícitos en relación a la moral universal, o sea, en relación a la ética. Supóngase usted que hay un hombre que tiene cáncer pancreático, pero que no lo sabe ni siente ningún dolor que se derive de su ponzoñoso estado. Ahora suponga que a este señor lo ha sitiado una fiebre de 42° que lo tiene a maltraer y lo sume en toda clase de delirios y alucinaciones. No sé si usted sabe (no creo que lo sepa, porque ni siquiera los médicos actuales dan crédito a esta gran verdad); no sé si usted sabe que las altas temperaturas corporales actúan como una excelente terapia erradicadora de tumores malignos. No es una terapia infalible, pero suele mejorar la condición del paciente, y hasta es capaz de erradicar el cáncer en su totalidad en algunos casos, como supongamos que fue el caso de nuestro buen señor. Él nunca supo que tenía cáncer, ni sintió dolores por ello, pero sí padeció un terrible cuadro febril que maldijo una y mil veces hasta que desapareció, llevándose al tumor con él. Echemos las cartas en la mesa y digamos que el enfermo inconsciente de su verdadera enfermedad representa a la humanidad toda desde una escapular perspectiva espaciotemporal, y el cáncer pancreático es una representación de los dolores y la putridez que la humanidad deberá soportar en el futuro antes de morir... si es que no la salva esa bendita fiebre de 42 grados, también llamada *desdén por el* (no confundir con abolición del) *derecho de herencia*, que convertiría (hay que admitirlo) a nuestro sujeto en un calenturiento bueno para nada, postrado a veces, a veces peligrosamente agresivo, pero siempre bueno para nada, incapaz de realizar cualquier empresa, incapaz hasta de pensar en cómo realizarlas, hasta que la fiebre, y con ella el cáncer, desapareciesen sin dejar rastros de la pesadilla, habiendo nacido la humanidad a un mundo nuevo. ¿Y sabe lo que vendría a ser usted en esta fábula, usted, junto con toda la clase alta, media y media baja que admiten como intocablemente sagrado el derecho de herencia? ¡Ustedes son las aspirinas, las malditas aspirinas!

CAMPOAMOR. --¡Ea, que no sabía que me hallaba frente a la reencarnación

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 255.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 255.

del viejo Esopo! Mas por fortuna la gente siempre sabe lo que le conviene, y no planifica su moral atendiendo a las dudosas moralejas de cualquier fantástico cuento chino. La abolición, o como tú dices, el "desdén" por el derecho de herencia, no haría más que sembrar la anarquía en el mundo, y en esto creo que coincidimos, más allá de si tu alegoría es verdadera o si carece de toda seriedad. Pero tu extraña pasión por el anarquismo (que no dudo de que seguiría siendo una pasión en ti, pero pasión terrorífica, de esas que aflojan el esfínter, si tuvieses la desgracia de vivir tan sólo un par de días dentro de una sociedad desgobernada); tu extraña pasión anarquista lamento informarte que no fue, no es ni será nunca jamás compartida más que por un puñado de intelectuales sin peso popular; y que los pueblos han preferido, prefieren y preferirán siempre, con razón, el absolutismo a la anarquía*.

CORNEJÍN. --Es extraño que un hombre tan idealista como usted no sienta cuantiménos una oscura y lejana simpatía por los ideales del anarquismo.

CAMPOAMOR. --¡La siento, créeme que la siento! Y no sólo siento simpatía por esta idea, sino que la siento verdadera y deseable *cuando la proyecto hacia el final de los tiempos*, cuando la juzgo dentro del corazón del individuo absolutamente personalista que nos reemplazará dentro de muchos siglos (con un poco de suerte). Al advenimiento del personalismo absoluto, es decir, acaso nunca, cuando no se diga *la especie humana*, sino *los hombres*, no se tendrá más gobierno que el cuidado de que no lo haya; la representación de la comunidad, ese anónimo público, se disipará por sí misma como un sueño; la tutela oficial será relegada al panteón histórico de las instituciones bárbaras. Del personalismo absoluto nacería la negación completa del gobierno, que sería la *anarquía perfecta*, en una palabra, el *orden supremo***. ¿Ves que no pensamos tan distintos? El error tuyo consiste en interpolar los tiempos y en creer que el ideal anarquista es deseable aquí y ahora, cosa completamente anacrónica y que pondría en peligro la normal evolución del hombre hacia el personalismo anarquista. Tu anarquía, querido amigo, está "que se sale de la vaina", como dicen en el campo; y ese apresuramiento por concretizarse podría ser, paradójicamente, lo que le impida concretizarse nunca. Y respecto de lo que significa para mí el personalismo, te remito al libro que escribí con ese nombre, pues sería muy largo explicártelo discusión mediante. Dicho sea de paso, muchos han opinado que tal obra es la mejor de todas las que escribí en prosa.

CORNEJÍN. --Vamos a aclarar una cosa: el anarquismo, o mejor dicho, la creación de una autoridad y de una legislación persuasivo-disuasiva en reemplazo de las coactivo-coercitivas existentes actualmente, ¿es algo éticamente deseable?

CAMPOAMOR. --En la actualidad, eso es algo socialmente indeseable.

CORNEJÍN. --Repito la pregunta: ¿es algo *éticamente* deseable?

CAMPOAMOR. --Lo será cuando el corazón del hombre se purifique, pero no ahora.

CORNEJÍN. --¡Otra vez la incoherencia relativista de quien cree en lo absoluto! ¿Qué son las verdades éticas, panqueques que un día miran para un lado y al otro día se dan vuelta? ¡Dejémonos de joder! Si algo es éticamente

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 493.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 144.

deseable, es éticamente deseable hoy tanto como lo fue ayer y lo será mañana. El día en que el tiempo o el espacio se inmiscuyan en mis postulados éticos, ese día dejaré de ser moralista y me haré político.

CAMPOAMOR. --No me vengas con enredos teóricos. Acá lo único que interesa saber es si el hombre actual está capacitado para vivir en paz y armonía con sus semejantes sin un policía que lo vigile y lo apalee cuando sea el caso y sin un gobierno que lo amenace con el encierro y que en efecto lo encierre si se comporta inmoralmente. La respuesta es evidente: no, no estamos capacitados para vivir así, de lo que deduzco que propiciar el advenimiento de un gobierno persuasivo-disuasivo como tú lo llamas (y es obvio que utilizas este eufemismo porque "anarquía" te suena, como a todos, a mala palabra), propiciar el advenimiento de un gobierno así es algo inmoral, indeseable, repugnante y hasta escandaloso para una mente que se supone civilizada.

CORNEJÍN. --Mi especialidad no es propiciar cosas; yo sólo digo mis verdades subjetivas, y trato de hacerlas coincidir lo más que se pueda con las correspondientes verdades objetivas. Y lo del gobierno persuasivo-disuasivo no es ningún eufemismo; simplemente no existe una palabra que resuma esta idea. Si quiere la invento: ¿qué le parece *preanarquismo*? No; mejor *psicoanarquismo*. O quizá *tolerocracia*. Sí, tolerocracia. Aprovechemos que la palabra tolerancia está de moda y llevémosla hasta sus últimas consecuencias lógicas. Puestos a ser tolerantes, hay que serlo hasta con los intolerantes si se desean evitar contradicciones e hipocresías. "Yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos injustos". Mateo 5. 44-45, ¿se acuerda?

CAMPOAMOR. --El reino de los cielos es el reino de los cielos y la Tierra es la Tierra. Tú dices que no propicias cosas, que sólo escribes lo que parece correcto. ¿Y acaso no escribían así los enciclopedistas, con Rousseau y Voltaire a la cabeza, y terminaron propiciando con sus escritos ese motín sangriento e inmoral que tantas vidas se llevó y que en definitiva no mejoró ni un ápice la condición social del pueblo que lo apoyó? Gracias a Voltaire, ese ignorante agudo que tenía tanta gracia como poco fondo*, y que era un filósofo a los Sancho Panza lleno de picardigüelas**, ayudado por Rousseau, un filósofo sin profundidad y sin principios fijos y que, según sus confesiones, despreciaba al hombre en general, sin duda porque empezaba a despreciarse a sí mismo en particular***; gracias a los elocuentes sofismas de este dúo se gestó y se consumó la masacre; y ya no importa saber si ellos querían propiciarla o simplemente dar a publicidad sus verdades: el hecho es que la propiciaron, quieranlo o no; y lo mismo pasará con tus escritos si no los retocas un poco antes de publicarlos. ¿Quieres ser el responsable de la muerte de otro gobernante? Entonces modifica tus escritos, o arrójalos directamente a la hoguera. ¡Pobre Luis XVI! Aquella revolución que lo decapitó, así como sus hijas legítimas, por más que él las haya perdonado desde

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 518.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 517.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 518.

el cadalso, ¡siempre serán malditas!* Tú puedes considerar indeseables las revoluciones políticas y ser más pacifista que San Francisco, pero ten presente que en filosofía, los principios lo son todo y los buenos deseos nada, y un hombre tan inofensivo como Kant puede muy bien no ser capaz de matar una mosca, y sin embargo, inventar un método con el cual se guillotine al mismo Dios**.

CORNEJÍN. --Yo nunca me sentiría responsable de la muerte de nadie por más que mis escritos, mal interpretados, fuesen la causa detonante de una revolución política que decapitase a todos los integrantes del Congreso de la Nación, y es que sencillamente no creo en eso de la responsabilidad moral, también llamada libre albedrío.

CAMPOAMOR. --Pero tú eres un moralista, o al menos eso declaras; y ¿cómo se puede ser moralista y determinista a la vez? Sólo existe verdadera moral en los sistemas en que se reconoce el libre albedrío***. Nada hay que parezca tan extraño como la pretensión de hablar de moral pura en el marco de una doctrina determinista-panteísta. ¿No es completamente inútil el querer explicar y mejorar un sistema filosófico, tan perfecto en su imperfección, que no admite mejora?**** La Moral, la Historia, el Derecho y la Estética del panteísmo fatalista se reducen a lo siguiente: "El fin o el destino de un ser es realizar sucesivamente todo lo que está contenido en su naturaleza". Por consiguiente, ¡silencio! y no interrumpáis la evolución cósmica de ese principio esencial que, empezando en yema, será después flor y, por último, fruto, y contentaos con cruzaros de brazos y exclamar como la escuela economista: "¡Dejad pasar, dejad hacer!"*****

CORNEJÍN. --El trabajo del moralista consiste en determinar qué acciones le producirán más perjuicios que beneficios al mundo, calificando a estas acciones como malas, y viceversa para las buenas. Ahora bien: ¿qué tiene que ver esta investigación en sí misma con el hecho de considerar o no responsables de sus acciones a los entes accionantes? Si yo, desde mi balcón, le arrojo intencionalmente una maceta a un transeúnte y lo mato, ningún moralista dudará en decir que ha ocurrido algo malo; pero si en vez de ser yo hubiese sido el viento el causante del macetazo, ¿habría cambiado el carácter nefasto del suceso en cuestión?, ¿se habría tornado buena la muerte del sujeto? No: el suceso seguiría siendo malo, independientemente de que en el primer caso hubo intención y en el otro no. Un abismo enorme separa estos dos casos, pero no es un abismo ético sino jurídico, y es en este ámbito, y sólo en éste, en donde sí interesa establecer si hubo responsabilidad moral en el ente que causó la tragedia, y si la hubo, si fue total, parcial, ínfima, etc.. Comprenderá usted que la ética no juzga a las personas sino a los sucesos (tanto a los que son causados por personas como a los que no); y como no existen los sucesos moralmente responsables o irresponsables, nada tiene que hacer el concepto de responsabilidad moral dentro del cerebro de un moralista en tanto que moralista, siendo muy útil y necesaria la dilucidación de

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 521.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 631.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 167.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 169.

*****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 170.

este concepto toda vez que se deja de hablar de moral para dar paso al derecho penal, a la justicia y a todo este tipo de ideas menores que son las que se ocupan de juzgar a los entes accionantes y no a los sucesos que ocasionan. En cuanto a la supuesta incoherencia que usted encuentra en el pensador que afirma que ya todo está determinado para luego afanarse hasta la extenuación por establecer, escribir y publicar cuáles sean los engranajes de la fatal e inmejorable maquinaria universal, le comento que, al menos en mi caso, lo que me mueve a realizar esta colosal e improbable tarea no es el ansia de mejorar el mundo como le sucede a usted y a todos los albedristas, sino el placer que la realización de esta empresa me proporciona, o los dolores que me atenúa, o, en fin, un impulso ciego que no se deja guiar ni por dolores ni por placeres personales y que me acicatea el pensamiento cuando lo ve dormitando, a la vez que lo insta a que se plasme sobre un papel. Quiero creer que este último proceso es causado por una fuerza natural, metafísica y divina por excelencia llamada intuición, que sería la que impide que me cruce de brazos y sea un espectador pasivo de la evolución cósmica, pues mal podrían mis palabras y mis acciones interrumpir un designio que necesariamente las incluye; antes bien es usted quien, guiado por su doctrina indeterminista, debería detenerse a pensar más de una vez si lo que hace puede o no provocar el reventamiento del mundo; y si es un hombre moralmente responsable como afirma que lo es, deberá pensar dos, tres, cien, mil veces en la conveniencia o no de mover un dedo, sin hablar de las decisiones un poco más trascendentes, lo que lo condenaría usted, y no a mí, a la inacción absoluta, tal como está condenado a no moverse aquel soldado que se supone inmerso en un campo minado. Yo pienso que está todo bien, y que haga yo lo que hiciere, no contrariaré en lo más mínimo los planes de Dios. Usted no piensa lo mismo. Entonces me pregunto: ¿quién de los dos se moverá más libremente, y quien tendrán miedo hasta de cruzarse de brazos?

CAMPOAMOR. --Bien debo deducir, por todo lo que afirmas, que soy yo el que vivió cruzado de brazos. Pero hete aquí que yo, a tu edad, ya había caminado tantos caminos como es dable caminar a un par de piernas humanas, mientras que tú... no parece que te hubieses movido mucho. ¿Y a qué atribuyes mi proverbial dinamismo, y a qué tu insípido quietismo? Atribúyelo a lo que quieras, pero la verdad es que yo hago cosas porque siento que tengo la libertad de hacerlas y creo que puedo mejorar mínimamente al mundo con ellas, mientras que tú no haces nada porque supones que ya está todo hecho y entonces ¿para qué molestarse? ¡Si hasta cuando hiciste algo, cuando te fuiste a recorrer tu país de mochilero, lo hiciste porque en esa época creías en tu libre albedrío y en un Dios personal y justo, separado del mundo, que te protegía desde el cielo! ¿Por qué será que desde 1997 a esta parte has querido repetir ese feliz capítulo de tu vida y no has podido? ¡Pues porque ahora eres determinista! El mundo ya camina solo, no necesita de tus hazañas; ¿para qué arriesgarse? Me dirás que te irías igual, por puro placer, o acicateado por alguna misteriosa fuerza divina; y entonces ¿qué estás esperando? La única verdad es la realidad decía ese tal Perón tan idolatrado en estas tierras, y la realidad dice que todos los grandes reformadores y revolucionarios, tanto militares, políticos, filósofos o santos, hicieron lo que hicieron porque se creyeron libres de hacerlo, mientras que los chinos, los hindúes y los musulmanes no hicieron ni la décima parte de lo que Occidente produjo, ya

sea en tecnología como en arte, ciencia o moral, y no lo hicieron porque para eso estaba el Destino, el Karma, el Tao, que trabajaba por ellos, así que ¡a dedicarse al ayuno y a clavarse objetos puntiagudos! Tal vez no seas consciente de ello, pero es tu nueva forma de interpretar a Dios, y no otra cosa, lo que te paraliza. ¿Por qué Jesús fue tan activo y el Buda tan pasivo? Porque Jesús se creía libre mientras actuaba, y creía en un Dios padre providencial que lo cuidaba y que *no* estaba dentro de él, mientras que el Buda... no está muy claro qué es lo que creía y en qué tipo de Dios creía, si es que creía en alguno. El Dios es todo y todo es Dios, panteísmo y politeísmo, anverso y reverso de una misma medalla, es la filosofía idiosincrásica de todos los pueblos afeminados, en los cuales la naturaleza vale más que el hombre, y a quienes les pesa el libre albedrío como si fuese la roca de Sísifo*. Los partidarios de esta filosofía, transpuestos eternamente en una especie de somnolencia sensual y recostados en el seno de la madre naturaleza, con la frente sepultada en un gorro de algodón *panteo*, se abisman en los misterios de la sustancia del fétido Dios cosmos, que como filosofía es la creencia de todos los pueblos cobardes y degradados, y que como religión es un embobamiento que acaba por ser la mistidad del materialismo. Rumiando esta hipótesis, tan vieja como el mundo, de que "la materia es eterna" y sometándose a la incontrastable omnipotencia de las trasmutaciones, los cosmólogos panteístas se resignan a gozar de esa felicidad que consiste en la *apatía*, en la *perfecta inacción* del alma, porque el hombre es tanto más divino cuanto más se parece los vegetales, y acaso, acaso, a los *minerales*. ¡Larvas que jamás llegaréis a ser mariposas! El tiempo para vosotras sigue inmóvil y sereno. ¡Dormid en paz!** Y ni que hablar de la idea que de la virtud tienen estos sujetos. El panteísmo, para enaltecer la virtud, la iguala al vicio; para enseñar la verdad, enseña que es idéntica al error. Si todo es Dios, todo es óptimo, todo es fatal. ¡Panteísmo! condenación de toda religión; ¡optimismo! negación de toda verdad; ¡fatalismo! Tumba de todo amor. ¡Panteísmo y fatalismo! ¡Anulación y vergüenza, sepulcro y sepulcro afrentoso de la inteligencia, de la virtud y de la libertad; principio, medio y fin de la personalidad humana! ¡Qué sonambulismo tan horrible! ¡Vivir sumergido en la substancia sería un tormento más repugnante que el inventado por el poeta cuando metió a ciertos condenados en un lago de sangre tibia! Todo esto es un imposible de ser porque es un imposible de concebir. ¡Dios mío, tan sabio y tan bueno! ¿Podría ser esta creación tan admirable nada más que una inmensa pesadilla? ¿Será este mundo un témpano monstruoso, donde la virtud y el vicio son hijos indiferentes que la nada ha fecundado sobre el hielo? ¡Horror de ser! ¡Cuando me considero como una estalactita de una petrificación universal, siento frío en el corazón y parece como que se me congestiona el cerebro!*** Los díscolos como tú tienen a mucho honor el que la Iglesia los excomulgue por impíos. Los ontólogos como yo debemos hacer una cosa más eficaz que la Iglesia, y es la de probar a esos díscolos, no que son unos impíos, sino que son unos necios****.

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 445.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 436.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 461.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 442.

CORNEJÍN. --Tendría yo que escribir un libro entero para refutar todas y cada una de sus diatribas, pero por ahora me conformaré con refutar dos. Primera: no es cierto que todos los panteísmos deterministas tengan como ideal la apatía y la perfecta inacción. Es más: esta idea de que el hombre debe ir anonadándose lentamente hasta parecerse a una planta o a una piedra, es una idea pesimista, y por lo tanto no puede ser panteísta, puesto que el panteísmo, toda vez que cree en un Dios de puro amor, tiene que ser optimista y estar a favor de la vida y sus correspondientes manifestaciones (sensaciones, emociones, razonamientos); no puede el panteísmo, sin dejar de ser panteísmo, tomar como ideal supremo la negación de la voluntad de vivir; y es por eso que ni Schopenhauer, ni los mismos budistas, tienen derecho de ser catalogados como panteístas. Segunda refutación: usted afirma que el determinismo en la tumba de todo amor, algo que ya escuché otras veces y que otras veces ya me ocupé de analizar, pero no está de más volver sobre el tema debido a su trascendental importancia. Analicemos una de las fuerzas motoras más importantes del universo, el odio, en base a un ejemplo, ya que el ejemplo es la forma más didáctica de dar a entender una idea (y es por eso que quienes tienen ideas abstrusas y rebuscadas, como los escolásticos por ejemplo, no suelen graficarlas con ejemplos o analogías, ya que quien no concibe claramente sus propios pensamientos mal puede colorearlos para que los entiendan los demás). Pensemos en un hombre al que, por equis motivo, le acaban de dar una paliza. Si este hombre cree, como la gran mayoría de los hombres (incluidos los orientales), en el libre albedrío, a menos que sea un santo o un cobarde nacerá en él un profundo sentimiento de odio hacia sus agresores, odio que con el tiempo se transformará en rencor y en resentimiento, pasiones éstas que lo incentivarán a buscar venganza. Pensemos ahora que una paliza similar ha recaído en los huesos de un hombre que *no cree* en el libre albedrío humano. A menos que este hombre sea un santo o un cobarde, nacerá en él un profundo sentimiento de odio hacia sus agresores. Esto es lo mismo que le sucediera al sujeto albedristas. ¿Por qué, se preguntarán algunos, la creencia de que la "culpabilidad" de la tunda no recae sobre los agresores sino sobre su educación y su conformación genética, por qué esta creencia no es capaz de anular el sentimiento de odio hacia ellos? La respuesta es sencilla: ninguna creencia, por arraigada que estuviera en la mente de una persona, es capaz de contrarrestar a un sentimiento que aparece súbitamente, y esto es así porque las creencias llevan tan sólo un puñado de miles de años determinando parte del accionar de los hombres, mientras que las emociones son mucho más antiguas, están como enquistadas en la mente de todo ser, especialmente de los mamíferos, y a la razón se le hace muy cuesta arriba luchar contra ellas en los primeros instantes en que se manifiestan. La voluntad emotiva del sujeto le dice que sus agresores son culpables y que merecen ser odiados, y poco le importa lo que opine al respecto la tímida razón. Sin embargo, muy otra cosa sucede a medida que el tiempo comienza a fluir y el odio tiende a transformarse en rencor y resentimiento. El odio es una fuerza poderosa y primitiva presente dentro de todo ser, incluidos los del reino vegetal y mineral. Es fácil imaginarse por qué, con semejantes antecedentes genealógicos, no nos cuesta mucho experimentar odios ante las más diversas circunstancias. Llevamos el odio en la sangre, lo tenemos incorporado instintivamente. Pero una cosa es el odio y otra muy distinta es el

rencor (aunque bien se ve que son de la misma familia). El rencor y el resentimiento raramente aparecen en algún otro ser que no sea humano, lo que en principio ya nos aclara que su prosapia no es tan arcaica, de lo que se deduce que su influencia en el accionar humano no es ni por asomo tan poderosa como la influencia del odio. Y ¿por qué será que el rencor y el resentimiento no aparecen en el resto de los animales? No aparecen porque los demás seres casi no razonan, y estos sentimientos necesitan del apoyo logístico de la razón para poder manifestarse. (¿Que hay locos rencorosos? No lo niego; pero ¿quien le dijo a usted que los locos nunca razonan? El loco suele razonar en falso, pero razona. Si no razona nunca y de todos modos muestra indicios de rencor, no es rencor auténtico lo que siente, sino odio retrotraído mediante asociación de ideas, que es el "rencor" que experimentan los animales no humanos.) Si la razón, basándose en el axioma del libre albedrío, encuentra culpables a los agresores, se prepara el caldo de cultivo perfecto para la transmutación del odio en rencor y resentimiento; pero si la razón nos sugiere que tal idea de culpabilidad no es más que una ficción jurídica, entonces el odio, lejos de transmutarse, se disuelve para siempre, y no regresa ni siquiera bajo la forma de asociación de ideas. En definitiva, tanto el albedristas como el determinista sienten deseos de dañar a su prójimo, pero el albedristas, a menos que sea un santo, transmutará, quiéralo o no (porque será una consecuencia lógica e inevitable de su albedrismo), trasmutará su odio en rencor y resentimiento, mientras que al determinista que cree con suficiente convicción en este principio, el odio que sintiera se le diluirá completamente para nunca más volver... hasta que una nueva violencia sacuda su odio primitivo. ¿Consecuencias de esto? Muchas, pero la que ahora me viene a la mente dice de toda ideología basada en el rencor o en el resentimiento, como el nazismo por ejemplo, no podría ser concebida ni justificada por hombres que creyesen en el determinismo. Hitler, determinista, no hubiese sido Hitler. Pero vayamos a lo que usted plantea en relación al amor. Usted asegura que la creencia masiva en el determinismo erradicaría el amor de la faz de la tierra. ¡Craso error! El amor tiene la misma potencia primitiva que ya vimos que tenía el odio; ergo, la misma conclusión a la que llegué respecto del odio, a saber, que no puede ser erradicado mediante creencias, es válida para el sentimiento amoroso. Y si el odio, con el paso del tiempo, se transmuta en los albedristas en rencor y resentimiento, ¿en qué se transmuta el amor? El amor se transmuta, o más bien se divide, en compasión y simpatía. Entiendo por compasión... lo mismo que entienden todos sin necesidad de definir esta palabra, con la única y fundamental diferencia de que yo juzgo a esta sensación como placentera, mientras que la gran mayoría de la gente la sospecha dolorosa. En cambio, unos y otros coincidimos en considerar a la simpatía, o sea el alegrarse por la buena suerte de nuestro prójimo, como una emoción placentera. Ahora bien: ¿existe un paralelismo válido entre la relación odio-rencor-resentimiento y la relación amor-compasión-simpatía? No; porque el odio, según expliqué, se *transforma* en rencor y resentimiento con el paso del tiempo, mientras que el amor ya es, desde el mismo instante en que comienza a percibirse, o simpatía, o compasión (o las dos juntas), o sea que no se transforma en nada con el paso del tiempo: sigue siendo sólo amor y nada más que amor. Y como el amor, al igual que el odio, es independiente de las creencias en cuanto a su edificación o destrucción, en nada influye el hecho de que uno crea en el

determinismo o en el albedrismo a la hora del desate de las pasiones amorosas. Sin embargo, hay un sentimiento ligado al amor que sí es comparable con el rencor en el sentido de que depende de la creencia en el albedrismo para manifestarse. Este sentimiento es la admiración, y llevado a sus extremos aparece losa y llanamente como adoración. ¿Por qué odiamos a alguien? No lo sabemos, porque el odio no es un sentimiento que pueda ser discernido racionalmente por quien lo experimenta; no tiene base racional. ¿Por qué amamos a alguien? Misma respuesta. ¿Por qué somos rencorosos o resentidos? Porque recordamos un (supuesto) mal que (suponemos que) alguien nos ha hecho, y creemos que ese alguien fue libre al hacerlo, es decir, que podría haber actuado de otro modo en esas mismas circunstancias. En fin: ¿por qué somos admiradores o idólatras? Porque recordamos alguna o algunas (supuestas) virtudes que le hemos visto poner en práctica a determinado sujeto, y a la vez creemos que tal sujeto es virtuoso libremente, es decir, que su virtud no es el resultado exclusivo de su educación y su conformación genética. Este tipo de admiración, que es la admiración moral, está vedado para los deterministas (siempre según el grado de convicción que tenga el individuo, que en el caso de la idea indemostrable del determinismo no es nunca contundente). El determinista admira las virtudes que se manifiestan a través del individuo virtuoso, pero está impedido de admirar al virtuoso mismo por el hecho de creer que él no ha elegido ser virtuoso, sino que las virtudes, por decirlo así, le anegaron el espíritu sin él quererlo. Claro que hay otro tipo de admiración, fuera de la moral, que sí puede manifestarse tanto en albedristas como en deterministas, y es la admiración estética, la admiración que repara no en las virtudes morales del individuo, sino en su belleza. Bien saben los albedristas que las mujeres hermosas no han hecho ningún esfuerzo para serlo, y no por eso dejan de admirarlas; con más razón entonces los deterministas admirarán no sólo a las bellas mujeres, sino a todo lo que de bello tenga cada uno de los seres animados o inanimados que pueblan el orbe. Pero ¿es que acaso la virtud, o la Virtud con mayúscula, no produce acciones las más bellas que puedan concebirse a los ojos de quienes saben captarla? Luego el virtuoso, en el momento de poner en práctica sus cualidades, será admirado tanto por el albedrista como por el determinista, sólo que el albedrista lo admirará moralmente y el determinista estéticamente, como quien se extasía frente a una pintura o escuchando una melodía. De estos dos tipos de homenaje a la virtud, juzgue usted cuál es el más correcto, que yo ya sé cuál es el más placentero. Y encima la admiración estética tiene la ventaja de no tentar al triste fantasma de la adulación tanto como lo tienta la admiración moral. Si yo admiro al hombre virtuoso de modo análogo a como saboreo una obra de arte, no me parecerá lógico adularlo, como no es lógico adular a una estatua; en cambio quien lo admira no estéticamente sino moralmente se sentirá impulsado a demostrarle sus respetos, con el consiguiente deterioro de la humildad del virtuoso, y ya se sabe que todo virtuoso que pierde la humildad no demora mucho en rodar por el suelo, siendo como es la humildad la más capital de las virtudes. Tenemos entonces el siguiente cuadro amoroso: el determinista ama (es decir, compadece y simpatiza) tanto como puede amar el albedrista, ninguno de los dos se ve impedido de ello por causa de sus creencias. Tampoco están impedidos, ninguno de los dos, de sentir admiración por la gente que consideren virtuosa, pero sí estará impedido el determinista, en tanto que tal,

de admirar moralmente a las personas, teniendo que "resignarse" a admirarlas de un modo meramente estético, razón por la cual será poco propenso a las adulaciones. Le aclaro que la admiración y la adoración, tanto la moral como la estética, si bien derivan del amor, no conservan sino un pálido reflejo de su pasión madre, y tienen muchísima menos incidencia en el desarrollo de la cultura que la que tiene el amor. La admiración no es una fuerza común de toda la naturaleza. Los animales aman, pero no admiran. Y respecto de las relaciones entre padres e hijos y entre hombre y mujer, lo invito nuevamente a juzgar si es deseable que se admiren y adoren o que se amen. El amor nunca se equivoca, la admiración sí. La naturaleza nunca nos bendecirá con una pasión amorosa que cause más desarmonía que armonías a nuestro derredor, mas la admiración, tanto la moral como la estética, suele impulsarnos a admirar cualidades tan repugnantes como el mismo infierno: no tiene parámetros objetivos suficientemente estables como para que podamos guiarnos ciegamente por ellos. Me extendí un poco más de lo debido en esta cuestión de los sentimientos primarios relacionados con las primarias querencias porque me parece que impera una gran confusión, o al menos una gran ignorancia, en este campo del saber filosófico. Usted tiene todo el derecho del mundo de considerar falsa y repugnante la teoría determinista, pero me parece que su repugnancia no debería basarse en eso de que el determinismo es la tumba de todo amor, porque el amante, a diferencia del admirador y del adorador, no tiene (conscientemente) razones para amar, *no sabe por qué ama*, y por eso su amor nunca podrá ser destruido mediante argumentaciones lógicas.

CAMPOAMOR. --Yo lo único que sé es que la doctrina panteísta-determinista, llevada al terreno de la política, necesariamente desemboca en el comunismo. Bien sabrás que así como la ignorancia es una barbarie natural, todo comunismo político es una barbarie oficial*; y entonces, por mera concatenación deductiva, quien está en contra del comunismo político debe oponerse al panteísmo determinista. Tú estás en contra del comunismo político pero a favor del panteísmo determinista; eso es como estar en contra del armamentismo y ser empleado de fabricaciones militares...

CORNEJÍN. --Usted parte de su ideal político (la monarquía) y deduce cuál es la religión que mejor se aviene a él (que sin dudas es el teísmo). Yo no parto en mis razonamientos de una cosa tan superficial como un ideal político para luego deducir de él cuál es la religión que me conviene; yo parto de las ideas supremas, que son las ideas filosóficas y religiosas, y después... ¡que me lleven adonde tengan ganas de llevarme! Y por cierto que no me llevan al comunismo político sino al comunismo ético, o sea al comunismo en el que nadie me obliga a ser compasivo con mi prójimo a punta de pistola, sino que es Dios, y a punta de amor y sabiduría, quien me obliga a desprenderme de mis posesiones en beneficio de otros que las necesitan con mayor urgencia. ¿Qué opina de la tolerancia?

CAMPOAMOR. --La tolerancia es el barómetro de la civilización; todo pueblo, cuanto más salvaje es, es más intolerante**.

CORNEJÍN. --¿Y entonces por qué reniega tanto del panteísmo, que siendo la doctrina que afirma que Dios está en todos los seres, incluso en los malvados, nos invita a ser tolerantes hasta con nuestros enemigos, o sea que nos invita a ser más civilizados, según sus propias palabras ?

CAMPOAMOR. --Una cosa es ser tolerante y otra cosa es ser pusilánime o poco juicioso. Yo puedo ser tolerante con alguien que opina distinto de mí, como estoy siendo tolerante contigo, pero tolerar graciosamente que alguien se meta a mi casa, se lleve mis muebles y alhajas, descuartice mi biblioteca y viole a mi mujer, ¡eso no es tolerancia querido amigo, eso es cobardía!

CORNEJÍN. --Coincido con usted, ya que no hay personas tolerantes que no tengan las puertas de su morada abiertas de par en par para que cualquiera que desee ingresar ingrese, tal como por ejemplo las tenía el gran Thoreau cuando vivía en Walden, sin que por ello le faltase nunca nada de valor. Usted me dirá que nunca le robaron nada porque poco había para robar allí, con lo cual entramos en un círculo vicioso, o mejor en un círculo virtuoso, porque las personas tolerantes, si tolerantes, toleran mucho mejor una vida sin comodidades materiales que la visión de la indigencia del prójimo, y entonces no esperan a que la gente les robe sus muebles y alhajas, sino que los entregan voluntariamente. Respecto de sus mujeres, los individuos tolerantes no las consideran como algo de su propiedad, pero tampoco llegan al extremo de permitir que las utilicen como se podría utilizar el baño del vecino. Si perciben que las están violando, los tolerantes procurarán impedir la violación, pero tratando por todos los medios posibles de no lastimar a

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 122.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 224.

los violadores. La violación, dejando de lado la sociobiología, no es nada más que un maltrato, y los individuos tolerantes están en contra de todo maltrato y siempre procuran impedirlo, mas no al punto de impedirlo a costa de la inconsecuencia de pasar a ser ellos los maltratantes. Esta idea es muy difícil de llevar a la práctica, pero es la idea madre de la tolerancia y todo auténtico tolerante se guía por ella sin importar lo complicado de su ejecución. Los aztecas, cuando guerreaban, tenían un precepto guía que procuraban no defraudar nunca: debían capturar vivos a los guerreros del otro bando. No lo hacían por tolerancia ni mucho menos, sino para tirarlos después a un volcán en honor de sus dioses, pero imagínese usted lo difícil que es para cualquier soldado intentar la captura de su oponente mientras éste se atiene simplemente querer matarlo. Y sin embargo, visto y considerando el poderío que alcanzó su civilización, deduzco que los aztecas no solían ser derrotados en estos curiosos combates; y entonces ¿por qué no podría surgir una nueva civilización que, sin permitir el maltrato, no fuese a su vez maltratadora de los maltratantes? Cuando dejemos de considerar como criminales a todos aquellos seres que nos dañan o pretenden dañarnos, esta nueva civilización amanecerá.

CAMPOAMOR. --Dijo muy profundamente un escritor, cuya opinión acepto con toda mi alma, que "la humanidad tendría por divino el pensamiento del legislador que no viese sino enfermos allí donde la sociedad no ve más que criminales".

CORNEJÍN. --¿Lombroso?

CAMPOAMOR. --No pensaba en Lombroso, pero él también es de los míos en este sentido.

CORNEJÍN. --¡Qué grato es saber que usted tampoco cree en la existencia del crimen!

CAMPOAMOR. --Momentito, momentito. Yo no niego la existencia de todo crimen, solamente afirmo que para que exista el crimen, es menester que el hombre que lo ejecute sea inteligente y libre: cuando no hay inteligencia ni libertad moral, o por carencia, o por enfermedad de los órganos de la razón, el crimen se reduce a una desgracia, cuya repetición se debe evitar, pero que no se puede castigar. Ni el niño que daña, ni el lobo que devora, son delincuentes; causan una desgracia, pero no cometen un crimen; la conciencia los absuelve, aunque la razón les debe coartar la facultad de poder causar más daño. La responsabilidad ha de estar en razón directa del uso que hacemos de los talentos con que nos dotó el cielo. De lo contrario, no se nos castigará por el libre albedrío que tenemos, sino por el que debiéramos tener**. Un hombre dotado de grandes pasiones y de escasa intelectualidad no es un criminal, es un demente; castigar a este homicida es lo mismo que castigar al puñal con que ha herido. Este hombre peca porque es violento, como cae el plomo porque es pesado. En él no puede obrar la razón porque carece de ella***.

CORNEJÍN. --¿Acepta el determinismo orgánico?

CAMPOAMOR. --Lo acepto. Hay hombres que son imbéciles, porque sus

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 235.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 229.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 228.

facultades intelectuales, o son ningunas, o son imperceptibles; ellos no tienen la culpa de esta falta y, por consiguiente, son dignos de lástima, pero no de castigo. Otros hay dementes, porque tienen demasiado exaltados sus instintos, y como ellos no lo pueden remediar, se hacen más acreedores a la compasión que a la pena*. Pero entre la imbecilidad y la demencia está el sentido común del género humano; sólo en esta clase se halla la razón que compara, analiza, reflexiona y decide; y sólo en estos casos de tentaciones medias, el dominio de la razón puede triunfar, porque previendo consecuencias huye del peligro. Mas aun en este estado de libre albedrío, un accidente interno o externo (por ejemplo, una irritación o un éter), hacen delinquir al hombre, porque exaltando uno de sus instintos ciegos, desequilibran su razón y sus pasiones, supeditando la primera a las segundas, y entonces el hombre sucumbe, no porque quiera, sino porque no puede dejar de querer**. Pero que yo acepte todas estas excepciones a la libre voluntad no indica que no crea en ella. Creo en el libre albedrío, lo que me mueve a creer en la existencia del crimen, y por eso no me revelo absolutamente contra todo código penal como te revelas tú***.

CORNEJÍN. --Me revelo contra todo código penal, pero no contra todo código legal: las normas legislativas persuasivo-disuasivas me agradan sobremanera. Pero volviendo al tema de la responsabilidad moral, parecería ser que usted postula una especie de libre albedrío relativo, condicionado, un poco heterodoxo en relación al que se utiliza en las cortes y al del mismísimo catolicismo...

CAMPOAMOR. --Yo no caigo en el error de los teólogos, que con haber elevado a artículo de fe la teoría del libre albedrío absoluto, han sido causa inocente de que se hayan escrito las páginas más sangrientas que manchan la historia del linaje humano. ¡Triste misión la de la religión más santa, servir de pretexto para hacerle cometer al hombre las más cruentas abominaciones! Y los teólogos se han obstinado en sostener este fatal error, sin que les hiciese falta para explicar la justicia de las penas eternas. Si Dios ha dado al hombre diferente grado de razón, claro es que a cada uno sólo le pedirá cuenta de los grados de libre arbitrio que le haya concedido. ¿Puede concebirse que el autor de todo lo justo castigue con el mismo rigor a los idiotas que a los hombres razonables?**** Imposible. Y los jurisconsultos, aceptando el libre albedrío absoluto, han fundado sobre él su derecho penal, padrón de ignominia, que ignoro si hace menos honor a su razón que a su alma*****. En todos los grados del *personalismo*, desde el *instinto* del negro hasta la *razón* del criminalista, no hay dos personas que tengan el libre albedrío, el grado de perfección moral, *igual*; por consecuencia, la *igualdad* de las penas establecidas en todo los códigos del mundo es la más inicua *desigualdad******.

CORNEJÍN. --En resumen, usted afirma que un individuo actúa libremente cuando su accionar es motivado por su razón, y que no es libre, al menos de un

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 228.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 229.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 231.

****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 227.

*****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 228.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 168.

modo absoluto, cuando las pasiones interfieren en sus decisiones. El libre albedrío es, según esto, equivalente al determinismo del intelecto. Pero el intelecto, ¿no está determinado a su vez por factores genéticos y culturales?

CAMPOAMOR. --Los factores genéticos y culturales determinan la razón discursiva del sujeto, pero su razón intuitiva, que es su razón más profunda, es absolutamente libre.

CORNEJÍN. --Ya veo, aunque sabrá que discrepo: para mí la razón intuitiva, o la intuición a secas, no es absolutamente libre: está determinada metafísicamente. Esta determinada directamente por Dios, sin intermediación del mundo físico.

CAMPOAMOR. --¿No era que el mundo físico y Dios son lo mismo para ti?

CORNEJÍN. --El mundo físico es *parte* de Dios, el que es igual a Dios es el mundo natural. Pero dígame: este libre albedrío racio-intuitivo suyo, ¿es mayoría o minoría en el común de la gente?

CAMPOAMOR. --La mayor parte de las veces la voluntad no tiene imperio para sobreponerse a los deseos; y hay mucha diferencia entre el desear de los instintos y el querer de la voluntad. El hombre tiene afectos innatos e ideas adquiridas. Toda acción producida por una idea es voluntaria; mas toda acción que nace de la exaltación de un afecto es involuntaria. Desgraciadamente hay muchos hombres sin razón, pero no hay ninguno sin pasiones. Todas las pasiones, sin exceptuar las más sublimes, como son el amor maternal, el amor divino, la amistad, la pasión por lo bello que tú llamas admiración estética, etc., son instintos esencialmente egoístas y esencialmente ciegos: estos afectos quieren porque quieren; aman por su propia satisfacción*.

CORNEJÍN. --Usted afirma que "el hombre tiene afectos innatos e ideas adquiridas", rematando luego con que "toda acción producida por una idea es voluntaria". Pero ¿cómo puede un idea adquirida, es decir, una idea que no nació en la mente del hombre, como puede producir, o sea, causar, una acción voluntaria? ¿No es lo voluntario lo que no es causado por factores externos al ser como lo son las ideas foráneas?

CAMPOAMOR. --Acción voluntaria es para mí toda acción producida por la razón. Si la razón trabaja en base a ideas adquiridas o no, no me interesa: acto voluntario es equivalente a acto racional, no a acto causado por factores internos al ser que actúa.

CORNEJÍN. --Acá nunca nos vamos a poner de acuerdo, así que volvamos al terreno anterior, menos abstracto, y en el que usted adopta una postura que me atrevo a considerar como sanamente fáctica.

CAMPOAMOR. --Sí, bien sé que pareceré a algunos demasiado materialista al considerar la imperfecta organización del hombre para reclamar en consecuencia más lenidad en los códigos penales. Confieso que al examinar el organismo del hombre me he complacido en disecarle rigurosamente con la piadosa mira de que no se le haga responsable de obligaciones que no puede adquirir. El suponerle siempre dotado de una absoluta plenitud de razón es partir de un principio erróneo, cuyas consecuencias horrorizan. Por muy racional que se crea a un hombre observaréis que nunca le falta un sentimiento que le hace

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 228.

maniático. Sólo a los que son completamente dementes los absuelven las leyes de toda responsabilidad; y ¿por qué entonces respectivamente la legislación no ha de absolver hasta cierto grado las manías o demencia parciales? Es menester ser lógicos: puesto que los dementes os deben una absolución completa, los maniáticos os deben merecer una absolución relativa. No me cerréis el paso, eruditos leguleyos, con la arbitraria red del libre albedrío porque donde quiera que la tendáis para prender criminales, allí declararé a la humanidad fuera de la ley del sentido común; y si no suspendéis el hacha del verdugo en nombre de la humanidad y de la justicia, la detendréis en nombre de la demencia*.

CORNEJÍN. --¡Bravo, bravo! ¡Ese es el Campoamor que yo admiro! (que admiro estéticamente, claro está). ¡Basta de castigar impiadosamente a los desdichados delincuentes!

CAMPOAMOR. --Por desgracia hasta hoy en el mundo no se ha hecho más que castigar los delitos, en vez de corregirlos. A la luz de la moderna filosofía está reservada sin duda la gloria de desvanecer las tinieblas que aún ofuscan la mente de los criminalistas**.

CORNEJÍN. --¿Sabe lo que les falta a los criminalistas de hoy? Les falta generosidad.

CAMPOAMOR. --Y como la generosidad no suele andar muy lejos de la razón...***

CORNEJÍN. --¡Cómo estaremos teniendo en cuenta que en los Estados Unidos, en el supuesto Primer Mundo, son capaces de encarcelar hasta a los niños! Es que es más difícil educar que castigar, y estos señores tienen un amor soberano a lo fácil y a lo cómodo.

CAMPOAMOR. --Lo que no saben es que lo más fácil no es lo más justo, ni lo más cómodo es lo más útil****.

CORNEJÍN. --Ellos piensan que el castigo es útil no tanto para el castigado como para los potenciales delincuentes, que al saber que podrían enfrentarse a esa dolorosa situación si son atrapados, desisten de cometer el delito que tenían planeado.

CAMPOAMOR. --Nuevo error, que denota una gran falta de conocimiento de la psicología del criminal. Para los hombres que carecen de circunspección, que son muchos, el castigo es una fuerza excitativa más que los arrastra al crimen*****. La pusilanimidad no es una cualidad dominante de los criminales.

CORNEJÍN. --Tocó usted el punto exacto, y es que prácticamente no existen los delincuentes cobardes. Es un hecho que la selección natural del mundo del hampa no tiene contemplaciones para con los quisquillosos: o se van ellos voluntariamente, o los más valientes y temerarios los rajan a patadas. Así las cosas, ¿a quién se le ocurre que un delincuente pueda atemorizarse por el potencial castigo que le aguarda si lo capturan? Además, el pensamiento a futuro, el evaluar los placeres y dolores de la vida proyectándolos en el mediano o largo

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 214.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 233.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 215.

****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 215.

*****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 234.

plazo para decidir, por ejemplo, si nos conviene soportar un dolor débil y cercano en vistas a un placer fuerte pero lejano que devendría probablemente gracias a ese dolor, ese tipo de pensamientos requiere de gran inteligencia hedonística, y la inteligencia hedonística, a diferencia de la valentía, es harto escasa en los delincuentes. Hay algo que impulsa a los delincuentes al delito, y esa fuerza instintiva malévola bien puede contrarrestarse con una fuerza instintiva, pero benévola, que el moralista puede hacer surgir hasta del corazón más endurecido, puesto que el amor habita en todos los seres; pero creer que este instinto malévolo puede de algún modo aplacarse con amenazas de castigo, o con el recuerdo de castigos ya sufridos, eso es el colmo de la ingenuidad y la derrota del psicologismo profundo. Pan para hoy, hambre para mañana: eso es lo que representan las cárceles actuales. El sistema se traga el peligro social presente a costa de incubarlo tiernamente para que se reproduzca en el futuro. Algunos criminalistas puede que sean conscientes de tal desatino, pero igual lo callarán hipócritamente. ¡Comed vuestro pan, abogados del diablo, y que os aproveche!

CAMPOAMOR. --Creo que aunque la sociedad no tuviese ningún código penal, se cometerían pocos más crímenes que los que se cometen. La Providencia ha puesto una pena al lado de cada trasgresión de la justicia, y este castigo natural basta para refrenar a la mayor parte de los hombres. Los inconsiderados a quienes no arredra la pena que va aneja a todo pecado, comúnmente no se detienen tampoco, como bien has explicado, ante la consideración de la pena convencional* (3). Es necesario gritarlo bien fuerte, para que nuestro grito penetre por las ventanas de los tribunales: el castigo y la penitencia son dos expiaciones estériles e inmorales**. La reprensión calma, mientras que el castigo exacerba***. La historia y la filosofía prueban que se cometen menos crímenes allí donde menos se castigan****. Yo jamás he visto más desórdenes que en los espectáculos de castigos públicos. Comúnmente el hombre delinque por enfermedad, o por ignorancia, o por miseria. Cuando el hombre delinque por enfermedad no se le castiga, se le cura; porque sería añadir la iniquidad a la desgracia el torturar un miembro porque fuese presa de una fulminante irritación. Cuando el hombre delinque por ignorancia se le educa, pero no se le castiga; porque sería una exigencia absurda el que la sociedad quisiese hacer respetar las leyes escritas a seres a quienes no se había tomado el trabajo de enseñarles ni siquiera las letras con que se escriben. Si delinque el hombre por miseria, se le enseña a remediarla, pero no se le castiga; porque también delinquirían los ángeles si se les obligase a morir de hambre con resignación*****.

CORNEJÍN. --Algunos criminalistas demagógicos adoptan la postura del populacho mal encarado y equiparan venganza con justicia...

CAMPOAMOR. --Los conozco, aunque no sé de ninguno que lo admita explícitamente. En mi época existía un tal Wilhelm Marr que, entre otras

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 234.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 177.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 177.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 178.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 176.

aberraciones, decía que "la venganza es un acto de justicia natural". Suerte tuvo de que nunca me lo dijera en la cara, porque aunque no creo en este principio, creo que, si él hubiese leído en mi presencia semejantes baladronadas, no habría podido dejar de tirarle el libro a la cabeza*.

CORNEJÍN. --¿No será que el Estado se cree Dios? Digo, por eso de que "la venganza es mía"...

CAMPOAMOR. --El ofendido que venga su persona y el juez que venga a un ente imaginario, llamado vindicta pública, son dos asesinos pagados: el primero cobra un interés moral y el segundo lo hace por un interés pecuniario. Si la venganza individual es detestable como uno, la venganza tomada por ciento es tan detestable como uno multiplicado por ciento. Y al fin, la venganza tomada por uno solo la pueden disculpar la pasión y los riesgos, pero la venganza tomada por muchos, no creo que la santifiquen ni su indiferencia ni su impunidad**. Cuando la vindicta pública ve inmejorablemente planteadas la *curación*, la *beneficencia* y la *instrucción*, podrá entonces esa pantera legal pedir la satisfacción de sus instintos de sangre por el más insignificante de sus melindres con alguna mayor plausibilidad***. ¡Y basta! No quiero seguir comparando a uno de los sentimientos que más ennoblece a la especie humana como el instinto de justicia****, con ese sentimiento tan bajo y traicionero que es el deseo de venganza.

CORNEJÍN. --Deseo de venganza que, al estar prohibidas (al menos oficialmente) las torturas, se muestra hoy día en todo su esplendor en aquellos países como China, Irak y ¡Estados Unidos! en donde la pena de muerte todavía se reverencia como en las épocas medievales.

CAMPOAMOR. --La pena de muerte es un castigo insensato, porque es la desesperación de la venganza. El acto de matar a un hombre se parece bastante a la descompostura de un niño rabioso, necio y malcriado, cuando destroza un juguete porque carece de discreción y prudencia para arreglar su mecanismo*****. Y aquí vendrán nuevamente los criminalistas diciéndonos que la pena de muerte no es venganza sino amenaza. ¡Que se vayan por dónde vinieron! A los hombres capaces de ser homicidas, nada, absolutamente nada les puede imponer la amenaza de la pena de muerte. Si fuese real el carácter de Otelo, aunque le amenazaseis mil veces con la pena capital, mil veces clavaría el puñal en el corazón de su adorada Desdémona*****.

CORNEJÍN. --También afirman que tales experiencias tienen un invaluable significado ejemplarizador...

CAMPOAMOR. --¡Es que la pena de muerte, considerada como escarmiento,

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 329.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 176.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 177.

****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 266.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 179.

*****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 236.

también es inconducente! Muchas veces la gloria del martirio ha sido un poderoso aliciente que ha arrastrado al patíbulo a un sinnúmero de ilusos. Al hombre que no se dejase matar con gusto por alguna cosa, no es menester que le arredre de acometer a nadie el temor de la muerte, pues por su temple de alma está exento de toda atrevida voluntariedad. Mas para todos aquellos capaces de arrojarse a alguna empresa difícil, la muerte, dada por un motivo análogo a su pasión predilecta, es una nueva causa que sobreexcita sus cualidades agresivas*. La mayoría de los hombres tiene una manía por lo menos que quisiera inmortalizar a costa de su existencia: para éstos el escarmiento es contraproducente, pues irrita más su locura. Para los espíritus endebles que se apocan ante la idea de su destrucción, el escarmiento también es excusado, pues sólo por no hacer morir a nadie se dejarían ellos matar. Y aun las ejecuciones que se hacen a consecuencia de los crímenes más repugnantes, en vez de atenuar, inflaman los instintos de destrucción innatos a la naturaleza humana. El ejercicio hace a las pasiones más refinadas y más vigorosas. No pudiendo, en fin, servir ni de escarmiento ni de amenaza, las ejecuciones se reducen a unas venganzas legales, y no hay moral que pueda disculpar tan atroces represalias**. El inflexible sentido público llena de oprobio a los que ahorcan, aunque más lógico sería empezar por llenar de oprobio a los que mandan ahorcar***. He caminado a veces por lugares tan despoblados como este parque, custodiado sólo por algún ex-bandolero que se libertó de la pena de muerte por una dichosa eventualidad, y he creído llevar más segura la vida y la bolsa que si hubiese ido resguardado por alguno de los jueces que lo sentenciaron a muerte****.

CORNEJÍN. --¿Caminaba usted con custodia, como los políticos actuales? No lo hubiera creído de un hombre que se batió a duelo más de una vez... Y a propósito, ¿no es incompatible su rechazo a la pena de muerte con su afición duelística?

CAMPOAMOR. --¡Qué afición ni qué ocho cuartos! Yo me batí a duelo cuando no me quedó ninguna otra opción, siempre hice todo lo posible para evitar estos acontecimientos.

CORNEJÍN. --¿Vio la película *Los duelistas*, ópera prima del director Riddley Scott?

CAMPOAMOR. --La vi, y también leí la novela en la que se basó. Excelentes las dos.

CORNEJÍN. --¿Podría compararlo entonces, según lo que me dijo, con el que hacía de rival de Harvey Keitel?

CAMPOAMOR. --Puede ser. Yo nunca hice el papel de Keitel. Nunca la fui de matón.

CORNEJÍN. --Sin embargo fue usted el que retó a duelo al capitán Topete, fue usted el que se sintió ultrajado y ofendido y no al revés como cabría suponerse cuando se baten un civil y un militar...

CAMPOAMOR. --¡Y como para no sentirme ultrajado después del comunica-

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 236.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 237.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 176.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 178.

do que insertó este buen hombre en el periódico *El Contemporáneo*! Si quieres formarte una idea cabal de lo que significa la palabra "destemplado", no dejes de leer este infamante artículo. Estoy seguro de que si alguien escribiere algo así en contra tuya, tu sentido del honor procedería igual que el mío y te verías obligado a retar a duelo al calumniador.

CORNEJÍN. --Lo dudo mucho. Primero porque todavía soy demasiado cobarde como para poner en juego mi vida en forma tan directa, y segundo porque carezco de lo que usted llama "sentido del honor", o si lo tengo, apunta para otro lado y no para ese. Tengo las indignaderas medio atrofiadas.

CAMPOAMOR. --¿Qué son las indignaderas?

CORNEJÍN. --Los órganos que secretan indignaciones. Pero dejemos esto de lado y cuénteme un poco, si no es molestia, cómo se desarrolló aquel famoso duelo.

CAMPOAMOR. --Molestia no es, pero no hay mucho para decir que pueda ser interesante a tus oídos.

CORNEJÍN. --¿Con qué arma se batieron?

CAMPOAMOR. --Con sable. Creyó el célebre mareante habérselas con un aprendiz en el manejo de esta arma, y hecho el saludo, comenzó a amagar distintos golpes, formando a la vez molinetes a fin de deslumbrarme; pero yo, más sereno o más cauteloso, no descompuse mi guardia; esperé el primer golpe verdadero, lo paré, y ligero como la saeta, levanté y dejé caer el acero sobre la cabeza de Topete y Carballo, haciéndole una herida que si no fue grave, fue bastante profunda, en todo lo largo de la frente. Cegado Topete por la sangre que derramaba la herida, no pudo continuarse el combate y cesó la refriega*.

CORNEJÍN. --¿Se quedó usted con ganas de matarlo?

CAMPOAMOR. --¡Qué va!, si hacía días que me había arrepentido de aquel desafío, y me causaba una enorme pesadumbre la certeza de que poco a poco se acercaba el fatídico momento. Fui al terreno lleno de amargura y dolor, y preocupado, más que de mi propia suerte, por la de mi adversario. Cuando vi al glorioso marino con la cara cubierta de sangre, inmediatamente me acerqué a él y sin pronunciar una sola palabra y saltándoseme las lágrimas le abracé con el mayor cariño. En aquel silencio y en aquellas lágrimas iba envuelta la reconciliación y reanudada una estrecha amistad que no volvió a entibiarse nunca**.

CORNEJÍN. --Este no fue su primer duelo, ¿verdad?

CAMPOAMOR. --Ciertamente que no. El primer lance que tuve fue con el senador don José Polo. Lo originó un suelto burlesco que publiqué en *El Herald* cuando me hallaba de jefe político en Castellón de la Plana. Polo juró vengarse, y apenas cesé en dicho cargo, me envió a los padrinos***.

CORNEJÍN. --¿Dónde se verificó el duelo?

*Cf. Marciano Zurita, *Campoamor*, p. 59.

**Cf. *ibíd.*, p. 69.

***Cf. *ibíd.*, p. 66.

CAMPOAMOR. --En Valencia. Las condiciones estipuladas fueron: a la pistola, apuntando y disparando hasta que cayese uno de los dos*.

CORNEJÍN. --¿Como en los duelos del Lejano Oeste?

CAMPOAMOR. --No, porque los vaqueros norteamericanos disparaban ambos a un tiempo, mientras que en este tipo de duelos hay que disparar por turnos: primero uno, luego el otro, vuelta el primero si nadie acertó, y así hasta que se defina. Lógicamente nos situamos a una distancia prudencial, mucho mayor que la que separaba a los *cowboys*.

CORNEJÍN. --¿Y quién dispara primero, el ofendido o el ofensor?

CAMPOAMOR. --Se sortea. En este caso le tocó a Polo disparar el primero. Hízolo así y la bala levantó tierra, salpicando mi rostro. Inmediatamente apunté a mi adversario; pero, arrepentido, levanté el brazo y disparé al aire. "Ahora vuelve usted a tirar", le dije. "¿Cómo quiere usted que lo haga? --me contestó sorprendido--. Usted es el que debe repetir, pero apuntándome". "¡Eso no; yo no tiro más!" le grité, y se armó gran alboroto entre los padrinos Dupoy y Castillo, quienes tenían opiniones diversas sobre cómo continuar el asunto. "No se cansen ustedes --les dije--; no tiró más, porque reconozco que mi contrario tiene razón. Yo he ofendido a Polo y lo siento; por consiguiente, esto se ha acabado y seremos amigos"**.

CORNEJÍN. --Eso de disparar al aire y ceder el turno... ¡Qué gesto memorable! Se nota que usted era una persona muy valiente, tanto por la forma en que se expuso a que lo mataran como por ese reconocimiento público del propio equívoco. ¡Cuénteme de su siguiente duelo, por favor!

CAMPOAMOR. --El siguiente fue aún más original. Junto con un amigo mío nos disgustamos agraviamos a consecuencia de una discusión. Nombramos a los padrinos, concertóse el duelo y cuando todo quedó estipulado para la mañana siguiente, recibí una carta de mi antagonista pidiéndome que aquella misma noche le aguardara en el café Suizo. Acudí y lo hallé sentado cerca de una mesa. " Señor mío --me dijo--, ¿usted desea batirse a todo trance, tenga razón o no la tenga?" "Me bato porque tengo razón", le contesté. "¿Y si no la tuviera?" "Entonces... ¡Pero la razón es mía!" "Eso no lo sabe usted, sino un extraño a quien usted mismo le cuente lo ocurrido y le pida su parecer leal". "¿Pero ese extraño...?" "Será el que usted elija". "Bueno: ¿y qué haremos?", repliqué con candidez. "Convenir en que el ofensor injusto dé satisfacciones al ofendido. ¿No es esto lo más razonable?" "Razonable, sí...; pero, ¿a quién elijo?" Comencé luego a pasear una mirada por el café y distinguí en medio del grupo al poeta García Gutiérrez. "Ya tengo a mi hombre --repuse alegremente--. Vamos a contarle nuestra tragedia". Nos acercamos ambos al autor de *Venganza catalana* y le llamamos aparte. "Escucha Antonio. Este caballero y yo hemos resuelto hacerte árbitro...", y así le conté con exactitud el origen, marcha y desenlace de la cuestión surgida. García Gutiérrez escuchóme atentamente y al terminar me dijo: "Chico, no tienes razón ninguna". "¿Que no?" "Absolutamente. Toda le corresponde a este caballero". "¿Se convenció usted? --exclamó el aludido--. Pues ahora no quiero que me dé usted satisfacciones". "Pero... --le contesté sonriendo-- ¡tomará usted

*Cf. *ibíd.*, p. 66.

**Cf. *ibíd.*, p. 66.

conmigo una taza de café!"*

CORNEJÍN. --Es de sabios reconocer el propio error y pedir noblemente disculpas al adversario. Lo que no es de sabios, sino de incoherentes, es la incoherencia.

CAMPOAMOR. --¿A qué te refieres?

CORNEJÍN. --¿No dijo usted hace un rato que si hay algo en sus palabras que no concuerde perfectamente con la ortodoxia católica, rectificaría su postura todo lo necesario como para que coincida ciento por ciento con la de la Iglesia?

CAMPOAMOR. --Sí señor, dije algo así.

CORNEJÍN. --En ese caso, tengo que concluir que le viene a usted fallando su memoria canónica, algo raro teniendo en cuenta su fervor católico y su estadía en el cielo. Se la refresco: la Iglesia Católica tiene prohibido y castigado el duelo desde antiguo. El Concilio de Valence, celebrado en tiempos del emperador Lotario II (desde el 855 al 869), ordenó que el que matase a otro en desafío, fuese condenado a la misma penitencia que el homicida, y el muerto conducido a la sepultura sin acompañamiento de salmos y sin bendición. Celestino III, allá por el año 1195, declaró irregulares a los clérigos que habiendo sido desafiados aceptasen el desafío. Uno de los concilios de Toledo, en 1473, estableció que los muertos en duelo, *ecclesiastica ipso facto careant sepultura*, y el Papa Julio II, en 1509, amenazó a los duelistas con el destierro y la confiscación.

CAMPOAMOR. --¿Terminaste?

CORNEJÍN. --Todavía no. Un decreto del Concilio de Trento (ses. 25, cap. 19 *De Ref.*), declara que todos cuantos cedan sus tierras para la verificación de un duelo, serán excomulgados y privados de su jurisdicción y dominio en tales tierras si fueran provenientes de la Iglesia, y en cuanto a los combatientes, incurrirían en la pena de excomunión, de proscripción de todos sus bienes y de infamia perpetua, siendo castigados, además, como homicidas, según los santos cánones, y privados de cristiana sepultura si muriesen en el combate. Luis XIII, a instancias del clero francés, publicó en 1627 un edicto contra el duelo, y una asamblea extraordinaria, que celebró el mismo clero en 1655, dirigió una pastoral en materia de duelos y condenó en 1700 dos proposiciones que declaraban la cobardía y el deshonor de quienes no aceptasen los mismos. Por último, le comento que el papa Pío IX, ese mismo que seguramente le caía tan simpático a usted, ya que fue él quien convocó el Concilio Vaticano I que definió en 1870 la infalibilidad pontificia que usted tanto alaba, ese mismo Pío Nono, en su constitución *Apostolicae Sedis*, renovó la pena de excomunión contra los que se batieren en duelo o de cualquier manera provocaren a él, coadyuvaren al mismo, lo apadrinaren o no lo prohibieren cuando el hacerlo estuviere en sus manos, aunque tuvieran dignidad real o imperial.

CAMPOAMOR. --¿Terminaste?

CORNEJÍN. --Ahora sí.

CAMPOAMOR. --Entonces dime ahora en dónde vez la incoherencia, porque yo coincido con todas y cada una de las palabras y normativas expresadas por estos dignísimos pastores.

CORNEJÍN. --¿Ah sí? ¿Y entonces por qué desafiaba o aceptaba los desafí-

*Cf. *ibíd.*, p. 67.

os?

CAMPOAMOR. --Yo soy mi razón, no mis instintos. Mi razón coincide con la postura eclesiástica y se opone al duelo; no así mis instintos primarios, a quienes les fascinan estas inmorales contiendas.

CORNEJÍN. --Vea, don Ramón: un instinto se manifiesta impulsivamente ante algún suceso que lo activa, pero si la diferencia de tiempo entre aquel suceso y nuestra respuesta es significativa, la razón, en el ser pensante, sabe subyugar fácilmente al instinto y obrar tal como ella, y sólo ella, lo desee. El tiempo que va desde que a usted lo ofenden o lo retan hasta que se consuma el duelo es harto suficiente como para que la razón, si no está de acuerdo, suspenda las acciones. Ergo, su razón aprobaba los duelos; ergo, su razón, o sea usted mismo, reprobaba las normativas eclesiásticas; ergo, usted es un incoherente.

CAMPOAMOR. --¿Eso es un insulto?

CORNEJÍN. --Es una verdad, según me parece.

CAMPOAMOR. --Pues a mí me parece un insulto imperdonable. Exijo que me des satisfacciones; si no, ¡al duelo!

CORNEJÍN. --Con gusto le daría satisfacciones si contase yo con un buen caudal de ellas, pero últimamente me son esquivas. Si quiere retarme a duelo, hágalo, pero le aclaro que de ningún modo aceptaría el desafío.

CAMPOAMOR. --¡Cobarde!

CORNEJÍN. --Puede ser; pero ¿qué ganaría yo aceptando el reto de un muerto? No se exponga a que lo remate, querido amigo; a ver si después no lo dejan retornar al cielo...

CAMPOAMOR. --Tienes razón. Mejor no correr el riesgo de que me deriven hacia el infierno.

CORNEJÍN. --¿El infierno existe?

CAMPOAMOR. --No lo sé, pero existe la creencia en él, que ojalá nunca se desvanezca. Si el amor a la gloria hace muchas conquistas para la moral, muchas ha hecho también el temor al infierno*.

CORNEJÍN. --Discrepo completamente. El temor implica cobardía, y la cobardía es cualquier cosa menos una virtud. Además, si el infierno no existe, pero creemos en él y nos aferramos a esta creencia para evolucionar moralmente, estamos admitiendo que nuestro espíritu es susceptible de mejorar gracias a la mentira, lo que repugna profundamente a todo amante de la verdad. Entonces, si el infierno no existe, lo deseable sería que nadie creyese en él, y si existe, lo deseable sería que todos creyesen en él, pero sin tenerle miedo. Si actúo de manera correcta motivado por el temor al infierno, actúo motivado por la cobardía, que es un vicio y de los peores; pero quien actúa motivado por un vicio actúa conforme a su motivación, es decir, actúa viciosamente. Ergo, quien actúa motivado por el miedo al infierno actúa viciosamente, a pesar de que en un principio todo parece indicar que tal accionar traerá más felicidad que infelicidad al mundo.

CAMPOAMOR. --Sigues empeñándote por enredar las ideas con falsos o incompletos ergotismos. Tus artimañas lógicas podrán persuadir a uno que otro principiante del arte de razonar, pero no te darán resultado conmigo. Piensa, no

*Cf. las *Obras completas* de Ramón de Campoamor, tomo I, p. 213.

ergotices: ¿qué sería de la sociedad civilizada si nadie temiese los castigos que el gobierno impone a los desacatados? El resultado sería el caos (4). Y si este caos no sería más que el producto del no temor a la autoridad terrenal, ¿te imaginas hasta dónde se potenciaría si nadie temiese a la Autoridad sobrenatural? ¿Y las mujeres? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Que harían las mujeres si creyesen que habían llegado a descubrir que no hay infierno?*

CORNEJÍN. --¿Y en qué difieren, a este respecto, las mujeres de los hombres?

CAMPOAMOR. --¿Cómo en qué difieren? ¿No sabes que la condición natural de las mujeres es la esclavitud?** Las mujeres han nacido para obedecer, como los hombres vulgares***; y para obedecer, es indispensable temer al castigo que sobrevendría si se desobedece. Si las mujeres dejasen de creer en el infierno, dejarían de obedecer las órdenes de Dios; y como su naturaleza es la sumisión, quedarían acéfalas, deambulando por el mundo sin sentido alguno, o con el sentido de buscar un amo, por inmoral o cretino que fuere, que las someta mediante amenazas de castigo. Escucha este poema, el número 163 de mis *Doloras*, que se intitula "Un dogma inédito":

**No sé si es cuento o no es cuento,
pues duda el que lo contó
si esto pasó o no paso
en el Concilio de Trento.**

**Un hombre de gran doctrina
fue a un Concilio a sostener
"que es por madre, la mujer
una creación divina,**

**y que, en honor al eterno,
que creó tan nobles seres,
se exceptuase a las mujeres
de las penas el infierno".**

**Fue el dogma planteado así,
y al ponerse a votación,
los sabios, sin excepción,
fueron diciendo: "Sí, sí".**

**"Muy bien --dijo el presidente--,
queda este dogma aceptado;
mas se dejará archivado
y oculto, perpetuamente.**

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 520.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 260.

***Cf. *ibíd.*, t. II, p. 261.

**¿Qué paz, orden y gobierno
podría en el mundo haber
si supiese la mujer
que para ella no hay infierno?"**

Y te la remato con este otro, que es el número 210 de la citada obra, intitulado "Moras y cristianas":

**... Y entramos en Tetuán, en donde un moro,
pagándole un favor con su ventura,
le dio una esclava a Juan, que era un tesoro
de gracia, de humildad y de hermosura.**

**Elevada la esclava a compañera,
se hizo altiva y hostil desde aquel día,
y fue dueña del dueño de manera
que con Juan se portó como una arpía.**

**Y es que Juan la elevó, porque ignoraba
que más de una mujer como la mora,
es un ser celestial cuando es esclava
y una loca de atar cuando es señora.**

CORNEJÍN. --¿Las mujeres son inferiores a los hombres?

CAMPOAMOR. --La mayoría de las mujeres tiene una organización más imperfecta que la mayoría de los hombres, y por eso serán eternamente esclavas, porque las leyes naturales se obedecen irremisiblemente, y es una ley natural que los más débiles obedezcan a los más fuertes*.

CORNEJÍN. --Extraña ley natural la suya, de la cual se deduce que los hombres obedecen a los tigres y a los gorilas...

CAMPOAMOR. --Errónea reducción, como casi todas las que has utilizado hasta el momento. Un gorila no es más fuerte que una ametralladora; la ametralladora es un invento del hombre, luego es una extensión del mismo, es parte de él; luego, el hombre es más fuerte que gorila.

CORNEJÍN. --Bueno, bueno, si no definimos la noción de fuerza y nos ponemos a jugar con ella y a estirla como un chicle... Dígame: ¿quién es más fuerte, la pluma o la espada?

CAMPOAMOR. --Ora la primera, ora la segunda. Depende de las circunstancias.

CORNEJÍN. --Y ¿quién somete con mayor facilidad: una ametralladora o una mujer seductora?

CAMPOAMOR. --La mujer seductora puede someternos por un breve momento, pero en cuanto se nos pasa la calentura volvemos a someterla nosotros. Una ametralladora carece de tales vaivenes.

CORNEJÍN. --El problema son los hombres que viven en perpetuo estado de

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 261.

calentura espiritual. A ellos las mujeres los someten día y noche, porten o no porten ametralladoras, y estos ejemplares son mucho más numerosos de lo que usted se imagina. La esclavitud, estimado anciano, está tan difundida en los hombres como en las mujeres. La diferencia está en las armas que utiliza cada uno para someter a quien desea ser sometido. Pero volviendo al infierno, o mejor dicho, volviendo al tema del infierno, ¿no le parece un poco cruel el hecho de que se castigue por toda la eternidad con indecibles tormentos a un individuo que ha cometido, digamos libremente, unas cuantas atrocidades en unos cuantos años?

CAMPOAMOR. --A mi sensibilidad de poeta, el infierno le parece una exageración y hasta una atrocidad, pero a mi raciocinio teológico le parece algo en gratamente necesario, y además indiscutible. Cierta vez unos católicos, amigos míos, me invitaron a que escribiese algunos versos en el álbum dedicado a su santidad León XIII. Pensando sólo en la poesía, y sin cuidarme del dogma para nada, escribí una estrofa en la cual decía que si yo fuese Papa absolvería a todos los pecadores y cerraría el infierno. Los católicos meticulosos discutieron formalmente si convendría romper la hoja en que estaban escritos mis versos, pero con mejor acuerdo se llevó el álbum íntegro al Sumo Pontífice, el cual, después de leer ni estrofa, exclamó con su natural bondad: "¡Poeta, poeta!"*

CORNEJÍN. --Mucho ganaría usted como teólogo si se dejase guiar en sus raciocinios por esa sensibilidad de poeta y no por el dogma duro y enmohecido que se acepta y no se discute.

CAMPOAMOR. --Yo no discuto el dogma del infierno, pero ni aun discutiéndolo podría negarlo, porque se desprende lógicamente del gran axioma de Aristóteles: "La esclavitud es natural". Así como los hombres viciosos son esclavos de sus vicios, y así como los hombres inferiores son esclavos de los superiores, así también los pecadores, una vez muertos, se convierten en esclavos de sus pecados, en esclavos del diablo**.

CORNEJÍN. --No discutamos por ahora si la esclavitud es o no natural; lo que me gustaría saber en este momento es lo siguiente: ¿niega usted que mantener en esclavitud a una persona, a un grupo de personas o a una nación entera, sea un acto decididamente inmoral?

CAMPOAMOR. --Lo niego completamente. Lo mismo que un individuo subyuga a otro individuo, lo mismo que el hombre subyuga a la mujer, un pueblo puede dominar a otro pueblo, sin que el dominador falte a la moral, pues no hace más que ejercer una preeminencia que el cielo le ha concedido, y sin que el dominado olvide ningún deber, pues para él es un placer la obediencia y no puede apreciar el valor de un sentimiento de independencia que el cielo no le concedió. Siempre que una nación de hombres orgánicamente perfectos se acerque a otra nación de hombres moral e intelectualmente degenerados, se efectuará una evidente esclavitud, por más que esta esclavitud se la disimule con los nombres menos acres de coacción, dominio, influjo o ascendiente. Poco importa que un humanitarismo más generoso que filosófico aspire a borrar la palabra "esclavitud" del diccionario de todos los pueblos del orbe, pues aunque se consiga hacer que esta palabra no conste por medio de signos sensibles, no se podrá borrar del cielo

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 376.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 273.

donde está escrita con caracteres, que no por ser invisibles, dejan de ser indelebiles*.

CORNEJÍN. --Cuando usted habla de hombres "orgánicamente perfectos" y de hombres "moral e intelectualmente degenerados", ¿a qué clase de hombres específicamente se refiere?

CAMPOAMOR. --Existen en la humanidad, por lo menos, cuatro razas principales: la *blanca*, la *cobrizo*, la *amarilla* y la *negra*. De estas cuatro, resulta evidente que la raza blanca está mucho mejor organizada en cualquier sentido que las otras tres. Desde el negro hasta el normando, desde el instinto hasta la inteligencia, hay una larga escala de racionalización, cuyos intermedios están ocupados por la raza cobrizo y amarilla, y cuyo puesto lo determina, en el orden físico el color y en el orden moral el mayor o menor grado de inteligencia, la menor o mayor jerarquía de personalidad. Dicen los filántropos que la naturaleza a todos nos ha hecho iguales. ¡Herejía! La naturaleza a todos nos ha hecho diferentes. Nos ha igualado a todos en la cualidad de la inteligencia, pero todos somos desiguales en la *cantidad*. Si consideramos a todo el género humano como un solo cuerpo social, veremos que la naturaleza ha convertido a los negros y cobrizos en los *proletarios* del estado, a los asiáticos en los *menestrales* y a los europeos en los *patricios*. El primero es el *niño*, el segundo el *joven* y el tercero el *adulto*. El negro representa el *instinto*, el asiático la *percepción* y el blanco la *razón***.

CORNEJÍN. --¿Los negros están condenados a la esclavitud por su propia naturaleza?

CAMPOAMOR. --¿Y qué duda cabe? Estos seres, que aun causa rubor llamarlos hombres, sienten mucho, pero apenas piensan***. Con una organización así, no les queda otra, por su propio bien, que someterse al yugo de los más agraciados. Si así no lo hicieren, si quisieren independizarse, terminarán destruyéndose entre sí. Mira si no lo que sucedió y aún sucede en el África libre, en especial en Ruanda. Esas tribus genocidas de hutus y tutsis, ¿merecen llamarse humanas? Se les dio la independencia para que comprendiesen en propia carne que nada bueno pueden hacer con ella. Es hora de que estas gentes admitan que nunca podrán vivir dignamente de otro modo que no sea siendo esclavas de la raza blanca.

CORNEJÍN. --¿Vivir dignamente siendo esclavo? ¿No es esto una contradicción?

CAMPOAMOR. --¿Por qué? ¿Epicteto no era esclavo?

CORNEJÍN. --Y vivió más que dignamente, tiene usted razón. Pero ¿por qué, por ejemplo, los negros norteamericanos no cometen genocidios como los africanos? ¿No será que la "inhumanidad" de los negros es más bien cultural que genética?

CAMPOAMOR. --Los negros se comportan con cierta civilidad fuera del África porque si no los blancos los muelen a palos, así de simple. Nacieron para someterse, y se acabó la discusión.

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 273.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 76.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 76.

CORNEJÍN. --Y ¿qué me dice de los indoamericanos?

CAMPOAMOR. --La raza *cobrizo* no es tan idiota como la negra y es menos inteligente que la amarilla*. Aquí hay una sola verdad trascendente que hay que respetar: la raza blanca es superior a todas las demás, así en fuerzas físicas como en vigor intelectual**.

CORNEJÍN. --¿Los blancos son más fuertes físicamente que los negros? Se nota que usted no ha visto nunca boxear a Tyson o a Muhammad Alí... Se nota que nunca vio correr maratones a los keniatas...

CAMPOAMOR. --¿Qué me importan a mí los deportes? La verdadera fortaleza física se aprecia sólo en los combates; en el campo de batalla difícilmente puedan los negros vencer a los blancos.

CORNEJÍN. --Sí, mientras los blancos les tiren con granadas y los negros con lanzas y flechas... Pónganse los blancos en el mismo nivel armamentista que los negros, y en igual número, y salgan a combatir con ellos. Apuesto diez a uno a que los negros vencen.

CAMPOAMOR. --Está bien: olvidémonos, si tú quieres, de las razas, pero nunca nos olvidemos de que los hombres, según la mayor o menor *cantidad* de su inteligencia, se dividen en tres clases: *vulgares*, *discretos* y *notables*. Los primeros, por ley natural, han nacido para obedecer, los segundos para obedecer o mandar en puestos subalternos y los terceros para mandar en primer término. Si en una nación de hombres *vulgares* no hubiese más que uno *discreto*, la dominaría indudablemente; si en una sociedad de hombres *discretos* no hubiese más que uno *notable*, indudablemente la dominaría también***.

CORNEJÍN. --Eso se parece mucho a lo que decía Nietzsche, ¿no? Evidentemente usted no puede concebir que existan personas *notables* que no se interesen en lo más mínimo por dominar a los menos notables. Para usted, la excelencia de una persona se juzga de acuerdo a su poderío político, de suerte que San Francisco de Asís, por ejemplo, era según su escala de valores una de las más vulgares personas que haya existido.

CAMPOAMOR. --¡Qué! ¿Acaso Francisco no influyó políticamente en el mundo?

CORNEJÍN. --Si influyó, fue a pesar suyo. Él nunca se interesó por la política, nunca deseó dominar a nadie. Y bien que hacía, pues así se comportó Jesús, su maestro. ¿Cómo puede alguien que se dice cristiano interesarse y comprometerse con la política sabiendo que Jesús fue abandonado y vituperado por sus propios compatriotas precisamente por negarse a levantar estas terrenales e intrascendentes banderas?

CAMPOAMOR. --Dominar no significa poner el pie sobre la cabeza del dominado. Dominar significa guiar. ¿Acaso Jesús no dominaba con su carisma a los apóstoles y a la muchedumbre que lo seguía?

CORNEJÍN. --Nunca los dominó políticamente.

CAMPOAMOR. --Pero los dominó.

CORNEJÍN. --Si quiere que admita que los dominó, lo admito, pero usted a-

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 79.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 86.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 138.

firma que las personas notables nacieron para mandar, y yo no me imagino a un Jesús ordenando a su gente que haga tal o cual cosa so pena de apercibimiento. Ser racista, ser amante del poder político y ser nietzscheano es algo no sé si bueno o malo, pero completamente lógico; pero ser racista, amante del poder político... ¡y además cristiano!, es algo tan incoherente como su ya discutida afición por los duelos. ¡Usted es una incoherencia que camina, Campoamor!

CAMPOAMOR. --En primer lugar, cuando Jesús les comunicaba a sus apóstoles que partirían en dirección a tal o cual población, ¿debatía con ellos sobre la conveniencia de ir hacia ese o hacia otro lugar? No; él decía: "Vamos hacia tal sitio, y no hay discusión alguna que haga que mis planes cambien". ¿Eso no es mandar?

CORNEJÍN. --No; eso es sugerir. El tipo decía: "Voy hacia tal sitio, y no hay discusión alguna que haga que mis planes cambien. Quien quiera seguirme, que me siga". Y los demás lo seguían. Él no los obligaba. Eso es sugerir, eso es persuadir. No confundamos la palabra mandato, que lleva implícita la palabra coacción, con la palabra sugerencia, que lleva implícita la persuasión. Entre esas dos palabras está toda la diferencia que separa el pensamiento y el accionar políticos del pensamiento y el accionar filosóficos. Los primeros dos dependen, son esclavos, de la fuerza, mientras que a los otros los maneja la razón.

CAMPOAMOR. --... Y en segundo lugar, ¿quién te dijo que soy amante del poder político? La política es un martirio para todo talento especulativo y soñador*.

CORNEJÍN. --Así lo creo. Pero entonces ¿por qué se dedicó usted a ella durante buena parte de su vida?

CAMPOAMOR. --Porque lo consideré un deber, y porque necesitaba un salario para vivir. Yo no creo que participar en un gobierno que respeta los derechos de la gente sea cosa que contradiga los postulados básicos de la Iglesia. Yo siempre he respetado los tres grandes factores que constituyen la esencia del cristianismo, que son el Dios personal, la inmortalidad del alma y la justicia de las penas y recompensas**.

CORNEJÍN. --¿El sermón de la montaña no es parte de la esencia del cristianismo?

CAMPOAMOR. --No, porque el sermón de la montaña postula verdades éticas, mientras que las que yo mencioné son verdades metafísicas, y la metafísica es infinitamente superior a la ética. De todos modos, siempre intenté, dentro de mis humanas limitaciones, llevar a la práctica las muy sabias recomendaciones de dicho sermón.

CORNEJÍN. --Concuerdo en que la metafísica es superior a la ética, pero afirmo que para llegar a internarse de lleno en suelo metafísico, hay que pisar previamente sin tropiezos el suelo de la ética. La ética viene a ser la llave que nos abre las puertas de la metafísica. Sin la ética, la metafísica se nos presenta brumosa y engañadora. Es por eso que yo le doy más importancia al sermón de la montaña que a cualesquiera de los postulados metafísicos que usted admite como dogmas. Yo no los veo claros, no los veo indudables, y eso debe de ser porque aún no llegue a un nivel de comportamiento ético tal que me permita vislumbrar las

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 31.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 298.

verdades metafísicas con mayor nitidez y seguridad. Por otra parte, usted afirma que siempre intentó llevar a la práctica las recomendaciones que da el sermón de la montaña, pero ¿cómo puede cuando menos "intentarse" practicar este sermón si uno se compromete políticamente? El compromiso político nos ata de pies y manos ante las palabras de Jesús. Por ejemplo: a un país vecino al suyo, digamos Francia, se le ocurre anexarse buena parte del territorio español sin ofrecer siquiera una explicación que justifique la rapiña. Usted, como político, está obligado a defender los intereses de su país y a declarar de la guerra a Francia o a concordar con los que la declararen, y ahí surge clara la incompatibilidad entre la política y el cristianismo, porque "al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa" (Mateo 5.40), o más explícitamente, ya sin metáfora ninguna que pudiese propiciar la chicana: "A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva" (Lucas 6. 30). ¡No dé más vueltas, don Ramón, no defienda lo indefendible! A cualquier político con espíritu lógico tiene que causarle risa o indignación el sermón de la montaña, lo mismo que a cualquier cristiano con espíritu lógico le causa vómitos y diarreas el poder político, hijo legítimo del instinto de territorialidad de los animales no pensantes y padre político del derecho de propiedad privada excluyente que tanto agrada no a los animales no pensantes, sino a los hombres que piensan como animales.

CAMPOAMOR. --Aquí el único que piensa como un animal eres tú. Sin embargo, dices lo que piensas con una gracia tal que hasta podrían pasar por verdaderos algunos de tus conceptos en la mente de quien los recibiere medio distraído, distraído quizá por el florido lenguaje que utilizas y que tiene la propiedad de deslumbrar a los tontos.

CORNEJÍN. --O sea que lo que yo digo son pavadas, pero pavadas elegantemente dichas...

CAMPOAMOR. --Sí señor; y no creas que hay poco mérito en eso. La elegancia más exquisita es la condición primera que exige para presentarse en público lo que podríamos llamar la coquetería de los grandes pensamientos. Casi es más tolerable un buen artista, siendo mal pensador, que un buen pensador, siendo mal artista*.

CORNEJÍN. --¿Pero no le pareció a usted, después de leer mis apuntes, que mi estilo literario es demasiado poco serio?

CAMPOAMOR. --Lo mejor que le puede pasar a un estilo literario es que sea el fiel reflejo de la personalidad del autor. Tú eres una persona poco seria, y como además eres sincero, tu estilo necesariamente será un tanto festivo y muy poco gravoso. Yo aborrezco todos los disfraces, y el de la gravedad afectada me parece más risible que la ligereza sistemática. Admito el tono *épico* en un párrafo, el lenguaje *escogido* en dos, y en tres la *gravedad* cuando es ingénita en el autor; pero en el cuarto párrafo, para que yo no crea que este autor es un farsante y no dice lo que siente, sino lo que representa, es menester que se entrevea en él algún sentimiento cándido, tal frase descuidada y el brillo de la sonrisa mal reprimida. Los libros deben irradiar todo lo expansivo, todo lo *personal*, todo lo espiritual del autor. Comprendo la gravedad en el artículo de periódico, escrito las

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 406.

más de las veces en el paréntesis de un entrecejo; mas un libro, que se tarda meses en escribirlo, es menester que revele lealmente todas las oscilaciones de nuestra alma: la gravedad y la ligereza, la sencillez y la ironía, la flojedad y la inspiración. Dice un autor que "el estilo es el hombre", y esto no es verdad, porque la mayor parte de las veces "el estilo es un comediante"*. ¡Guerra implacable, no diré a esa colección de malos escritores, sino a esa turba de escribidores que, prescindiendo de lo que ellos llaman *delicadezas literarias*, visten las ideas sin tomar por modelo el cómo se vestirían, si se vistiesen, las Gracias y dejan los pensamientos andar por el mundo con unos trajes que causa pena el mirarlos, unas veces por lo mal cortados y otras veces por lo mal cocidos!**

CORNEJÍN. --Nuestro lema es éste: puestos a escribir, ¡a escribir con calentura! Si lo que se desea es difusión, ¡fiebre! La fiebre suele contagiarse muy fácilmente del escritor al lector.

CAMPOAMOR. --La mente es un termómetro que sube cuando se la acerca a un estilo que, aunque sea incorrecto, está lleno de calor, así como hay estilos gramatical y retóricamente perfectos que por su frialdad hielan la sangre en las venas***.

CORNEJÍN. --Unamuno es un ejemplo del primero; déme usted ahora un ejemplo de literatura congelante.

CAMPOAMOR. --¡Salta a la vista!: Jorgito Hegel. Nadie más emblemático que él en este sentido. Cuando leo a este autor, la admiración que me causa acaba por convertirse en un gran dolor de cabeza****.

CORNEJÍN. --La única obra que yo leí de Hegel fue su *Introducción a la historia de la filosofía*. ¡Me costó un huevo y la mitad del otro terminarla! Va a ser muy difícil que alguien me convenza de leer algún otro ensayo de este autor: para muestra basta un botón. "¡Que plúmbeo es Hegel!" decía el gran Schopenhauer, y estaba cien por ciento en lo cierto (5).

CAMPOAMOR. --Tengo que hacerte la confesión de que Hegel me es el autor más antipático de todos los filósofos del mundo. Siempre me ha parecido risible ver a sus innumerables adeptos ocuparse del sistema de Hegel con toda formalidad. Este sistema carece de los dos méritos principales de toda obra científica: de la *originalidad* y de la *claridad*. Hegel es el gran mistificador del género humano. La mayor parte de las veces, no sólo no sabe lo que dice, sino que sabe que no lo sabe. Sentado Hegel en su trípode, expende sin misericordia oráculos sobre oráculos, sin más objeto que dejar hechas un bombo las cabezas del vulgo de nuestros sabios. Con los principios de este gran embaucador se crean *centros, izquierdas y derechas*; constitucionales, demócratas y monárquicos; teístas, ateos y místicos; en una palabra, de este sistema no se puede deducir nada, porque se deduce todo. Jamás puedo leer a Hegel sin que me figure que su sombra está detrás del libro riéndose de mi *credulidad* con un aire pedantesco. Si es así, su respetable sombra está muy equivocada, pues si alguna vez lo leí, no fue por gusto, sino por contagio, porque lo leía todo el mundo

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 281.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 407.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 315.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 111.

y porque algunas veces no tengo presente que la opinión común suele no ser más que la necedad común* (6).

CORNEJÍN. --Algo parecido que con Hegel me sucede con Descartes. Exceptuando el *Discurso del método*, que me parece una obra maestra de la filosofía, lo demás que leí de él me aburre o no lo entiendo, o las dos cosas juntas.

CAMPOAMOR. --Tal vez será por lo limitado de mi inteligencia; pero no comprendo cómo un filósofo tan superficial como Descartes ha impreso una huella tan profunda en la roca de granito de la opinión pública. La gimnasia intelectual creada por el genio de Aristóteles ha podido alguna vez parecer ridícula, pero la oxidación moral que ha producido en las almas la duda metódica las ha hecho caer desalentadas en el método de la duda. Hasta obispos tan sabios como Bossuet, del cual creo, como De Maistre, que "si no se arrepintió, murió herético", no tuvieron inconveniente en su tiempo en apoyar en los principios cartesianos los fundamentos de sus convicciones cristianas. Lo que prueba que esa opinión que en todas las épocas se llama *espíritu moderno* es una atmósfera que arrastra a las más perspicuas inteligencias hasta a ser cómplices del espíritu de Satanás. Lo repito: este espíritu moderno es tan mono del espíritu de Descartes que lo mismo lo imita en la inconsistencia de sus principios que en la variedad de sus consecuencias. Por ejemplo: afirma Descartes que *las ideas generales proceden de la contemplación de los objetos físicos*; y se desarrollan Hobbes, Gasendi, Locke, Condillac y Tracy, hasta dar fin en el naturalista revolucionario Brissot, que decía: *si el lobo tiene derecho a devorar al carnero, el hombre ¿no tendría derecho a devorar a sus semejantes para sus apetitos?* Asegura en otra parte Descartes que *las ideas generales no existen más que en el momento de su percepción*; y se esparce por el mundo desde él hasta Kant, y desde Kant hasta hoy, una plaga de idealistas que suprimen al dios ontológico para suplantarlo con un dios psicológico creado por el yo, en el yo, y para el uso más cómodo yo**. En Descartes se inaugura el psicologismo moderno, que acaba en Kant por un *nosequeísmo* desolador. El primero ha planteado todas las cuestiones, empezando un inmenso litigio; y más adelante estas mismas cuestiones concluyen en las obras de Kant por ser un gran proceso donde todo vuelve a quedar en pleito. Descartes llamó a la filosofía a juicio; y por último sus sucesores, los filósofos críticos, acabaron por escribir el juicio final de la filosofía***.

CORNEJÍN. --¿Es verdad que la frase más famosa de Descartes: "Pienso, luego existo", no es más que un plagio de un autor anterior?

CAMPOAMOR. --Sí señor. Ese entinema está copiado al pie de la letra de este silogismo de Gómez Pereira: "Lo que conoce es: yo conozco, luego yo soy"****.

Cornejín. -¿Gómez Pereira, el médico español que propuso la tesis de la fiebre como defensa orgánica para restablecer el equilibrio a causa de las enfermedades?

CAMPOAMOR. --El mismo. Fue un gran filósofo, aunque como médico

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 313.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 430.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 431.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 409.

sostuviera este tipo de argumentos un poco traídos de los pelos.

CORNEJÍN. --¿De qué pelos me habla? ¡Si ahora la propia ortodoxia de la medicina, cinco siglos después de Gómez Pereira, está empezando comprender que la fiebre cura! ¡Cuánto tiempo perdido, cuánta cavernicolidad empapa nuestra ciencia médica por culpa de los laboratorios Bayer!

CAMPOAMOR. --¿La fiebre cura? ¡Si la fiebre es una molestia!

CORNEJÍN. --Las molestias, y sobre todo las molestias dolorosas, curan. Pero bien comprendo a los médicos que contradiciendo a su profesión, combaten a lo que cura y dejan intacta la enfermedad, porque son los mismos pacientes los que prefieren no sufrir que curarse. Cuando nuestra salud está en juego, todos somos budistas. Pero dejemos esta saludable digresión de lado y retomemos el hilo de nuestra conversación en donde había quedado: en Manuelito Kant. Tampoco le cae simpático este pensador, ¿nocierto?

CAMPOAMOR. --No me repugna tanto como Hegel, pero por ahí anda. Y es que después de malgastar muchas veladas en extraer las últimas consecuencias de todo el retro-psicologismo de Kant, terminé hallándome igual que después de haber leído este argumento de Gorgias: "Lo que es finito y variable es mera ilusión; lo infinito es incomprendible para el hombre; luego nada puede afirmar la razón humana". Este argumento por lo menos tiene la ventaja sobre la última consecuencia de la filosofía de Kant de ser sencillo, claro y, sobre todo, conciso. Kant, discípulo exagerado de Descartes, ha procurado resolver el eterno problema de Hamlet: "Ser o no ser". Pero llevando al extremo el principio de su maestro, ha transformado el hecho de conciencia en el alma de Garibay, ha convertido la psicología en el juego de *quien más mira menos ve*. Buscar en el pensamiento el origen de las ideas, dividiéndolas en *necesarias* y *adverticias*, o, por mejor decir, reconocer, como Kant, el pensamiento bajo sus formas más primitivas y esenciales es dar gusto al entendimiento, que siente un desvanecimiento vertiginoso y agradable contemplando el abismo de sus cualidades infinitas, es escribir una estrategia intelectual que en el campo de la lógica ponen en práctica los más tontos y que desprecian los más discretos, es convertir la cabeza en un taller de manufacturas intelectuales que no pasan en el mercado en cuanto las pasa la moda, es un entretenimiento de juegos de óptica, es encerrarse en un observatorio, el cual, por evitar que ofenda la vista la luz externa, se cierra herméticamente y en conclusión no se ve ni lo externo ni lo interno*. Desde este punto de vista, Kant siempre me ha parecido un iluso y sus adeptos unos benditos. Estos benditos se esfuerzan por defender a su maestro de la acusación de *escéptico*; ¡inútil esfuerzo! Yo creo que, además del escepticismo, no hay crimen filosófico del cual Kant no sea autor o, por lo menos, cómplice**.

CORNEJÍN. --¿El escepticismo es un crimen filosófico?

CAMPOAMOR. --Sí señor.

CORNEJÍN. --¡Qué cosas! ¿Y el criticismo?

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 302.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 303.

CAMPOAMOR. --El criticismo no es, como muchos afirman, un sistema de filosofía, sino un mero análisis del entendimiento; *espiritual*, en cuanto reconoce algo de innatismo en el pensamiento; *escéptico* porque las ideas *necesarias*, el tiempo y el espacio por ejemplo, los *supone* el sujeto en los objetos para poderlos entender; y *materialista* porque cree que la inteligencia no puede tener ideas *adventicias* sin que los objetos externos suministren por medio de la sensación la materia de la intuición, el fundamento de las ideas. Este materialismo de Kant no es ese positivismo sencillo, aunque algo brutal, que precedió a la revolución francesa y que creía a pie juntillas en el cuerpo, si bien dudaba algunas veces del alma; sino que es el escepticismo más perfeccionado, más universal, más profundo que jamás se ha predicado a los hombres, pues en él, no sólo el alma es una *ilusión*, sino que el cuerpo es una *mentira*; mentira e ilusión que nos causarían la más completa de las desesperaciones, si no nos promoviera antes el más profundo de los desprecios*.

CORNEJÍN. --¿Desprecia usted más a los idealistas alemanes que a los materialistas franceses?

CAMPOAMOR. --Efectivamente. Prefiero ver a los filósofos empíricos con mucho egoísmo y un poco de filantropía hablando algo de los demás y haciendo todo para sí, riéndose de lo subjetivo mientras explotan lo objetivo, todo con mucha franqueza y con extremada alegría, que presenciar esos aquelarres tenebrosos donde los brujos de la filosofía, llamando trascendental a lo que a nada trasciende, con unas hipótesis risibles y un charlatanismo dialéctico indigerible, arman unas danzas tan fantásticas que parecen sonámbulos y bailan al compás de unos estribillos mentales ventrílocuamente tateados por algún Pan evocado por algún espíritu invisible!** Entre la sociedad de beodos alegres y la de locos lúgubres, prefiero la compañía de los beodos alegres***.

CORNEJÍN. --Es obvio decir que para usted el solipsismo no es más que otro crimen filosófico...

CAMPOAMOR. --¿Y cómo no? Eso de *producir lo que se ve y crear lo que se observa* me parece, como al vulgo, una inconcebible monstruosidad****.

CORNEJÍN. --Ya que mencionó al vulgo, dígame: ¿es algo inmodificable, e incluso deseable, el hecho de que los pensadores filosóficos no alcancen a llegar con sus mensajes hasta las capas cultural y económicamente más desposeídas?

CAMPOAMOR. --De ningún modo. Es todo una cuestión de pedantería por un lado y vanidad por el otro. Los filósofos fundan su superioridad en no ser comprendidos por el vulgo y el vulgo tiene a vanidad el no comprender a los filósofos. Mientras éstos toman lo vulgar por despreciable, el vulgo tiene a la filosofía por ridícula. El vulgo es un discípulo sin maestros y los filósofos unos maestros sin discípulos*****. Cuando los filósofos se decidan a enseñar y no a jactarse de lo que saben, y cuando el vulgo se decida a pensar en vez de borrar sus pensamientos emborrachándose, ahí la filosofía se conectará por fin con el

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 303.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 333.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 334.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 356.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 361.

pueblo.

CORNEJÍN. --Pero en este instante, ¿cuál está más cerca de la verdad, la filosofía elitista de los académicos o la filosofía simplona de los callejeros?

CAMPOAMOR. --La plebe no cree que hay más criterio de verdad que la evidencia *inmediata* y los iniciados en la filosofía niegan que haya más razón de certidumbre que la evidencia *derivada*. El vulgo llama a su talento *inductivo sentido común*; los iniciados decoran su ciencia *deducida* con el nombre de *filosofía*. El sentido común y la filosofía van a un mismo punto por diferentes caminos. ¿Cuál de ellos es el mejor? Ambos son inmejorables. Sin embargo, entre el vulgo y los filósofos, debo decir que la intuición intelectual de mil millones de hombres vale más que la afirmación o negación arbitrarias de cualquier tonto, por muy filósofo que sea*. Bajemos de la región de las nieves de la inteligencia y, dejando de convertir la filosofía en filosofismo y la superficialidad en sutileza, escribamos con el vulgo y para el vulgo unos sistemas filosóficos que tengan claridad en sus máximas, utilidad en sus consecuencias y dignidad en su carácter. La filosofía puramente especulativa es una iglesia sin fieles y entre los sacerdotes de este culto hay filósofos eminentes que no tienen sentido común. Las cuestiones que suscitan suele ser unos verdaderos bailes de máscara y las divagaciones con que las enuncian se parecen a las líneas formadas en el horizonte por los fuegos fatuos o las sendas trazadas en la arena por los reptiles escurridizos. Acudamos, acudamos a paladear los manjares del banquete de la inteligencia y de la vida, dejando a los marmitones de la filosofía el cuidado de estudiar los sistemas de su composición química. De este modo, si yo no soy un *filósofo* a la moderna o, lo que es lo mismo, un loco que raciocina, seré lo que entendían los antiguos por un *filo-sofo*, un aficionado a saber**.

CORNEJÍN. --Me dejó un tanto inquieto eso de que "la intuición intelectual de mil millones de hombres vale más que la afirmación o negación arbitrarias de cualquier tonto, por muy filósofo que sea". No me habría sorprendido que cualquier político supuestamente democrático de nuestros días hubiese dicho algo similar (me habría sorprendido que lo pensase, nunca que lo dijese). Pero que lo diga usted, un antidemócrata confeso, me suena a una nueva contradicción de su discurso. ¿No estará diciendo eso sólo para "probar" que la cristiana es la verdadera religión por ser la que más difusión ha cobrado en el planeta?

CAMPOAMOR. --Yo no veo ninguna contradicción, porque ahora no estoy hablando de política sino de filosofía (o de filosofía y religión, lo admito). Sí, estaba pensando en el cristianismo cuando dije eso, ¿y qué? ¿No puedo ser democrático en determinados asuntos y aristocrático en otros?

CORNEJÍN. --Puede, pero estos cambios de frente me desconciertan un poco. Mi entendimiento es demasiado rígido, demasiado unidireccional como para comprender estos zigzagueos que más parecen dignos de una veleta que no de un cerebro pensante.

CAMPOAMOR. --Peor para ti si no lo entiendes, pero debes saber que lo más seguro en religión, como en modas, es imitar al mayor número***.

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 361.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 362.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 263.

CORNEJÍN. --Sí; y también como en modas, hay que ser ostentoso hasta el despilfarro, ¿verdad?

CAMPOAMOR. --¿Y por qué no? Si es compatible con vuestro estado económico, haced vuestros templos grandes y ricos; la grandeza satisface nuestro idealismo y la riqueza agrada en extremo a nuestro idealismo y a nuestro instinto de propiedad. Cuanto más grandes son los objetos que nos rodean, más profundamente se sacia en sus éxtasis nuestra veneración*. Parece chocante a veces ver a un pueblo en mangas de camisa adorando a Dios en un santuario riquísimo, pero aquel pobre pueblo es feliz de este modo y ningún legislador debe aconsejar nada contrario a la felicidad de sus semejantes**.

CORNEJÍN. --¿Está seguro de que el pueblo es feliz viviendo en la indigencia y adorando a Dios en riquísimos santuarios ?

CAMPOAMOR. --No me cabe la menor duda.

CORNEJÍN. --¡Qué dogmatismo tan descarado!

CAMPOAMOR. --Descarado no: lógicamente necesario. En ideología, o se sabe todo o no se sabe nada. Lo que no es dogmatizar es tartamudear. Cuando se habla o escribe sobre filosofía o religión hay que ser sistemático, y dentro de un sistema se puede errar, pero no dudar***.

CORNEJÍN. --No dudar implica creerse omnisciente. ¿Usted se cree omnisciente?

CAMPOAMOR. --No tengo la vanidad de la sabiduría, pero si la pretensión de ser lógico. La sabiduría es un don de Dios. La honra de un pensador es la lógica. ¿He sido lógico? Pues he cumplido con mi deber****.

CORNEJÍN. --¿Y a usted le parece lógico decir que dentro de un sistema de ideas se puede errar pero no dudar? Si usted admite la posibilidad de que sus conceptos sean erróneos, ¿cómo hace para no dudar aunque sea mínimamente de eso? Yo entiendo lo que usted quiso decir: quiso decir que, una vez aferrados a una serie de principios básicos, debemos deducir todo lo demás en base a ellos y con rigurosa necesidad; pero ¿es que usted no duda por lo menos mínimamente de su principios básicos?

CAMPOAMOR. --No tengo ninguna duda al respecto de mis axiomas filosóficos y religiosos.

CORNEJÍN. --¿Axiomas? ¿De qué axiomas me habla? Esa palabra es válida en ciencias exactas, pero en filosofía o religión no tiene razón de ser. ¿Acaso me va decir que "el pueblo es feliz viviendo en la indigencia y adorando a Dios en riquísimos santuarios" es una verdad indemostrable por lo evidente?

CAMPOAMOR. --No, no es un axioma. Es una verdad deducida mediante otros axiomas anteriores más generales.

CORNEJÍN. --Y si yo le digo que " el pueblo preferiría que la Iglesia vendiese todas sus iglesias majestuosas y que con el dinero recaudado socorriese a los pueblos asiáticos y africanos, en especial a los niños, que poco y nada tienen para comer y vestirse", ¿qué calificativo lógico le daría usted a esta frase?

*Cf. *ibíd.*, t. II, p. 277.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 278.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 531.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 500.

CAMPOAMOR. --Mentira. La calificaría de absurda mentira.

CORNEJÍN. --Veo que usted no aprueba el ofrecimiento del papa Kiril Lakota.

CAMPOAMOR. --¿Qué papa es ese? ¿El sucesor de Karol Wojtyla?

CORNEJÍN. --No, es un papa ficticio interpretado por Anthony Quinn en la película *Las sandalias del pescador* (*The Shoes of the Fisherman*, dirigida por Michael Anderson en 1968). ¿Quiere saber lo que dijo este papa después de haber sido nombrado como tal, frente a la multitud que se había dado cita en la plaza de San Pedro?

CAMPOAMOR. --Venga.

CORNEJÍN. --"Estamos en una época de crisis. Yo no puedo cambiar al mundo, no puedo cambiar lo que la historia ya ha escrito. Yo... sólo puedo cambiarme a mí mismo. Y empezar a escribir, con manos inseguras, un capítulo nuevo. Yo... soy el custodio de la riqueza de la Iglesia. La ofrezco ahora, toda nuestra fortuna, nuestras posesiones en tierras, edificios, y grandes obras de arte, para el alivio de nuestros hambrientos hermanos. Y si para honrar esta oferta, la Iglesia debe despojarse hasta la pobreza, celébrese; no alteraré este ofrecimiento. Y tampoco quiero reducirlo. Ahora bien; suplico a los grandes del mundo, y a los pequeños del mundo, que compartan y repartan la abundancia con aquellos que no la tienen".

CAMPOAMOR. --¿Y cómo reaccionó la gente ante tan desprendido discurso?

CORNEJÍN. --Primero en silencio, como si se sintiesen aturridos, yoqueados por esas inesperadas palabras; pero luego, pasados unos cuantos segundos, la multitud comenzó a gritar una y otra vez: "¡Viva el Papa! ¡Viva el papa!"

CAMPOAMOR. --Y así termina la historia, ¿no? ¡Claro! Sólo en las películas y en las novelas se puede mentir sin que nadie se sienta engañado. Si algo así ocurriese (cosa que no sucederá nunca mientras el mundo siga cuerdo), si eligiesen a un papa con los tornillos zafados que hiciese semejante declaración, los fieles reunidos frente al Vaticano, si es que realmente son fieles a la Iglesia universal y no a una situación político-económica particular, le tirarían a ese remedo de papa con todo lo que tuvieren a mano, procurando apuntarle a la cabeza para ver si a base de ladrillazos se le acomodan las ideas.

Cornejín. --Kiril Lakota, me olvidé de mencionarlo, comenzó su discurso con aquel pasaje de los Evangelios que si mal no recuerdo pertenece San Pablo, que dice: "Si no tengo caridad, no tengo nada".

CAMPOAMOR. --Y si tengo caridad, pero no tengo inteligencia, tampoco tengo nada. Si les damos a los pobres todos los bienes materiales de la Iglesia, los consumirán en unos cuantos lustros y luego volverán a la pobreza, porque la pobreza es su condición natural. Volvemos entonces al mismo punto de donde partimos, con la diferencia de que la Iglesia lo habrá perdido todo. "Si no tengo caridad, no tengo nada"; pero si no administro responsablemente mis cuotas de caridad, a la larga tampoco tendré nada, y en nada se convertirá mi bienamada Iglesia.

CORNEJÍN. --La Iglesia no desaparecería, simplemente se empobrecería. ¿Es que acaso lo que le dijo Jesús al joven rico en Mateo 19.21, que si quería seguirlo debía deshacerse de todas sus posesiones, ¿es que acaso esto no cuenta

para la Iglesia!?

CAMPOAMOR. --Te contesto con dos silogismos. Ahí va el primero: "En un estado de anarquía social se generan situaciones de incontrolada violencia"; "el desapego al derecho de propiedad privada excluyente genera un estado de anarquía social"; ergo, "el desapego al derecho de propiedad genera situaciones de incontrolada violencia". Silogismo dos: "La Iglesia Católica no desea que se produzcan situaciones de incontrolada violencia"; "el desapego al derecho de propiedad genera situaciones de incontrolada violencia"; ergo final: "*La Iglesia Católica no desea ni podría desear nunca que el derecho de propiedad privada excluyente desaparezca de la faz de la tierra*".

CORNEJÍN. --Pero ¡a ver si nos entendemos, don Ramón! Yo no quiero, al igual que tampoco lo quería Jesús, que desaparezca el *derecho* de propiedad privada excluyente; lo que yo quiero es que desaparezca el *deseo* de la gente de poseer propiedades privadas en forma excluyente. Si a la gente se le quitan sus propiedades por la fuerza, seguramente se producirán escenas de incontrolada violencia; pero si es la misma gente la que por propia voluntad se desprende de sus posesiones, ¿dónde ve usted el factor generador de violencia? Yo no deseo despojar a la Iglesia de su posesiones; deseo que la Iglesia misma, por propia decisión de sus integrantes, se autodespoje hasta la pobreza. Hasta que eso no suceda, seguiré considerando al catolicismo como una inmoral herejía desprendida del cristianismo (7).

CAMPOAMOR. --Lo tuyo es un error tan grueso como una secuoya, pero ya no me tomaré el trabajo de hacharlo. El mejor modo de derribar los templos de los errores es el de levantar al lado el de la verdad*. Y como el templo de la verdad, el templo de la Iglesia, está muy bien erguido y apuntalado desde hace ya veinte siglos, sólo me resta esperar que tu comunista planta se pudra y caiga por su propio peso.

CORNEJÍN. --¿Usted no cree que el hombre llegará a ser lo suficientemente bueno como para compartir sus posesiones con cualquier extraño que las necesitase o solicitase?

CAMPOAMOR. --El hombre es naturalmente bueno. Pocas veces se hace el mal por placer, mientras que casi siempre el hacer bien es una dulce necesidad**. Sin embargo, compartir con cualquier vago mal nacido que en su vida trabajó, los frutos de años y años de sacrificio laborales..., eso no es bondad, hijo mío; eso es idiotez o cobardía.

CORNEJÍN. --Hay muchas personas altamente religiosas que opinan como yo, incluso dentro de las filas del catolicismo. ¿Qué son estas personas, idiotas o cobardes?

CAMPOAMOR. --Idiotez y cobardía son palabras muy fuertes; tal vez estuve mal en emplearlas. Digamos que no son idiotas ni cobardes: son simples bobos. Es un riesgo al que con frecuencia se ven expuestas las almas piadosas. Hay que admitir que cada ideología tiene su agujero negro por donde se desbandan los que la interpretan torcida; y si los materialistas han hecho muchos brutos y los idealistas muchos locos, no podemos ocultar que los partidarios de la fe no han

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 115.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 231.

dejado de ser fautores de muchísimos bobos*.

CORNEJÍN. --Bueno, ya me cansé. Le propongo que nos olvidemos de todo este asunto. En mi ciudad no suelo hablar con nadie acerca del tan controvertido tema de la propiedad privada, y es que todos mis conocidos son de una u otra forma propietarios, por lo que sus opiniones me parecerían tendenciosas. Y hete aquí que paseando por este inhóspito paraje me topo con un muerto, que obviamente no posee propiedades, ¡y sin embargo tampoco puedo discutir este tema con usted! Los vivos no quieren razonar por miedo a que alguien les quite sus propiedades; pero ¿qué temen los muertos? ¿Temen acaso que les expropien sus nichos? Bueno ¡basta! Hablemos de filosofía propiamente dicha: ya que mencionó nuevamente a los materialistas y de los idealistas, dígame: ¿qué opinión tiene usted respecto de la materia?

CAMPOAMOR. --La materia carece de realidad y no es más que la expresión física o temporal del espíritu**.

CORNEJÍN. --¡Coincidimos! Al final usted resultó ser tan idealista como yo.

CAMPOAMOR. --Yo no soy idealista.

CORNEJÍN. --¿Cómo qué no? ¿No es idealista todo aquel que niega la realidad de la materia?

CAMPOAMOR. --Idealista es aquel que afirma que la esencia de los entes es espiritual, y yo nunca dije tal cosa.

CORNEJÍN. --Acaba de decir que la materia es expresión del espíritu...

CAMPOAMOR. --Pero no dije nada de la esencia de los entes. La *esencia* de toda existencia, la substancia prima única, continente y molde de todas las demás sustancias secundarias, es la *cantidad*. La cantidad se divide en intensiva y extensiva, en vida y materia, pero *siempre* la materia está animada por la vida, así como la vida siempre se haya circunscrita por un límite***.

CORNEJÍN. --¿La materia está siempre animada por la vida? ¿Se adhiere usted al hilozoísmo?

CAMPOAMOR. --No me gusta escandalizar a los materiófobos, a los místicos, que tienen horror a la materia como los locos ingratos a la madre que les ha dado el ser; pero si alguien como tú me interroga con sano interés, mi deber es responder con la verdad, y la verdad afirma que el *mundo* y todos los demás *planetas* brotan al individuo pensante, irradian al ser personal, como la tierra se desintegra en flores; y *no hay molécula en el universo que convenientemente depurada, no dé su extracto de razón*****.

CORNEJÍN. --Una idea muy poética, tal vez más poética que filosófica.

CAMPOAMOR. --Los buenos poetas no son más que filósofos que expresan sus concepciones por medio de imágenes*****.

CORNEJÍN. --¿Podría explayarse un poco sobre lo que significa para usted esa esencia que asoció al concepto de cantidad?

CAMPOAMOR. --Me alegro de que de te intereses por este concepto, pues

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 32.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 64.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 599.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 50.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 402.

ya es hora de que le devolvamos a la idea de cantidad la significación *superior* y *ontológico* que le han atribuido los más grandes pensadores de la tierra. La cantidad puede ser *extensa* como los cuerpos e *intensa* como los espíritus. La extensa es medible, la intensa valuable. De estos dos diferentes estados de la *cantidad*, el *intensivo* y el *extenso*, nacen dos diferentes órdenes de ideas, uno de ideas de *grandeza moral* y otro de ideas de *grandor físico*: las ideas de perfección, para ser valuadas, tiene su álgebra especial, que es la lógica; las ideas de magnitud, para ser medidas, tienen su lógica particular, que es el álgebra. Las cosas tienen más o menos *grandor físico* según se aproximan más o menos a lo absoluto de la extensión inteligible; y poseen mayor o menor *grandeza moral* según se acercan más o menos al tipo de la perfección absoluta*.

CORNEJÍN. --¿Cual es la ciencia (si es que la hay) que intenta descifrar o desarrollar estos dos estados diferentes de la cantidad?

CAMPOAMOR. --Todo el saber se encuentra en la metafísica, ciencia de la idea sustancial, de lo supremo intensivo, tipo de lo inmensamente sabio y de lo inmensamente bueno; y después se divide en matemáticas, ciencia que se reduce a combinaciones sobre la idea de cantidad extensiva, cuyo tipo es lo inmensamente sabio, y en moral, ciencia de las combinaciones de la cantidad intensiva, cuyo tipo es lo inmensamente bueno**. Así es como, con la cantidad, Dios *hace* el mundo y como, por la cantidad, el hombre lo *mide*; así es como Dios lo *crea* y así es como el hombre lo *comprende****.

CORNEJÍN. --Esta sustancia suya, ¿no se parece un poco a la de Benito Spinoza?

CAMPOAMOR. --De ningún modo. Yo no hablo en mi sistema de una sustancia, sino de una idea sustancial. El panteísmo dice: Dios se desarrolla de este modo; y yo digo: Dios crea bajo esta forma. El panteísmo asegura que todas las cosas se componen de una misma cosa; yo opino que todas las cosas son creadas bajo el plan de una misma forma. En la emanación panteística la creación es siempre una materia inconsciente, que se aglomera o se espacia según la necesidad; para mí el yeso de las creaciones, lo extenso, lo material, es insignificante, es una sustancia secundaria que pasa, que cae; el armazón, lo intensivo, lo espiritual, que son las ideas, quedan. El mundo material es el mundo ideal petrificado: la piedra se desmorona, la idea subsiste; la creación se desvanece, el molde es eterno. Las cosas existentes son los pensamientos de Dios realizados en el tiempo, las concesiones infinitas del entendimiento divino actualizadas, determinadas y encerradas en los límites de la cosa creada. Las cosas, según mi sistema, han sido creadas bajo una idea sustancial universal común que las hace semejantes y de un sinnúmero de sustancias secundarias y diversas que las hace diferentes. Al establecer la unidad de la sustancia, Spinoza arguye del modo siguiente: "O la sustancia productora y la sustancia producida tienen cualidades diferentes, o semejantes. Si diferentes, ¿cómo la causa ha de dotar al efecto de cualidades que en ella no existen? Si semejantes, ¿cómo podríamos distinguir la causa del efecto?" Aquí Spinoza confunde la *semejanza*

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 488.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 491.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 492.

con la *igualdad* y, de la confusión de las palabras, nace la confusión de las ideas. Las sustancias pueden ser semejantes, siendo diferentes, porque la semejanza no quiere decir la igualdad. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y sin embargo no es Dios, porque la semejanza no quiere decir igualdad, ni menos identidad. Para asegurar Spinoza que, siendo semejantes, no podríamos distinguir la causa del efecto, debía empezar por probar que lo semejante es necesariamente idéntico y no esencialmente diferente. Además, si hay identidad entre el sujeto y el objeto, ¿cómo es que los dos se nos ofrecen cual cosas distintas?; de la unidad ¿cómo sale esta dualidad?; de la identidad ¿cómo podría nacer esta diversidad? Supongamos que Spinoza empieza por asentarnos este principio de identidad: "Una cosa es idéntica a sí misma". Concedido. Pero supongamos que nos sigue diciendo: "Y toda cosa semejante es idéntica". Negado. Lo semejante se puede parecer a lo mismo, pero no puede ser lo mismo*. Lo repito para que te quede claro: la idea ontológica de cantidad es la única sustancia o, por mejor decir, es la única idea sustancial de las cosas. *Con* esta idea Dios las *crea*, *por* esta idea las cosas *son* y *con* esta idea y *por* esta idea el entendimiento *concibe* a Dios y *conoce* las cosas**.

CORNEJÍN. --Está bien, digamos que su sustancia, o mejor dicho su idea sustancial, no tiene nada que ver con la sustancia spinocista; ahora quiero que admita que su sistema es más viejo que Jesús, y que quien lo concibió fue un vegetariano amigo mío llamado Pitágoras.

CAMPOAMOR. --Según los pitagóricos, que conocieron la mitad de la verdad, la aritmética es el más bello conocimiento humano y quien la supiese perfectamente poseería el soberano bien. Y esto es cierto con respecto a la verdad extensa; y si a las *matemáticas*, que en griego significan *ciencia*, los pitagóricos le hubiesen añadido la *lógica*, que es la aritmética de la verdad moral, hubieran poseído los dos órganos indispensables para conocer la ciencia y la moral, de cuyo conocimiento entonces verdaderamente resultaría el supremo bien***.

CORNEJÍN. --¿Dice usted que los pitagóricos sabían mucho de grandores pero poco de grandeza?

CAMPOAMOR. --Correcto. Todas las operaciones de las matemáticas, con relación al tipo infinito de grandor, se reducen al examen del *más* o del *menos* material, así como las de la ética, con relación al tipo absoluto de grandeza moral, se reducen al estudio de lo *mejor* o lo *peor*****. Del mismo modo que las matemáticas son la aplicación de nociones abstractas de cantidad extensa, y que las artes, ciencias y oficios no son más que demostraciones prácticas de nuestras verdades teóricas, así todas las nociones morales, que se deducen de la idea de causa suprema, tipo infinito de bondad, son las reglas especulativas que luego se traducen en acciones buenas o malas en todos los actos que constituyen el culto, la sociedad y el gobierno*****. No puede haber más que estas dos clases o cate-

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 510.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 511.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 518.

****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 518.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 518.

gorías de ideas, las de magnitud y las de magnificencia. Esos escritores que embrollan las inteligencias, confundiendo las ideas de grandor con las de grandeza, o las morales con las físicas, salvando el candor de la fe, me hacen el mismo efecto que las viejas que rezan a los santos de su devoción para que les caiga la lotería*.

CORNEJÍN. --Ahora que lo menciona me doy cuenta de que tal vez yo sea uno de tales escritores.

CAMPOAMOR. --No quería decírtelo sin que tú mismo lo reconocieras, pero era en ti en quien pensaba cuando hablaba de los que embrollan las inteligencias. En el apéndice del libro cuarto de tu diario se nota patentemente la confusión.

CORNEJÍN. --Puede ser. Puede que en el futuro, y en base a lo que aprendí de su sistema metafísico, rectifique un poco lo dicho en ese apéndice. Pero no estoy seguro.

CAMPOAMOR. --Si lo vas a rectificar, rectifica también tu opinión acerca de las ideas innatas y adquiridas. Tu criterio en ese sentido no me convence, y no creo que convenza a nadie.

CORNEJÍN. --¿De dónde surgen según usted las ideas?

CAMPOAMOR. --Del entendimiento. El entendimiento crea todas las ideas, deduciéndolas necesariamente de la idea de cantidad, idea necesaria con que ha sido creado**.

CORNEJÍN. --Y ¿qué es de la vida de las ideas adventicias que proponen los sensualistas?

CAMPOAMOR. --No hay ideas adventicias. Toda idea individual es un cabo suelto de una idea universal. Toda idea relativa es una idea universal particularizada. Los principios absolutos en Dios *son* y en el hombre *aparecen*. En el hombre, por el lado de la razón, se ve lo absoluto y, por el lado de los sentidos, lo relativo; pero siempre lo fenomenal se conoce por lo absoluto. La personalidad humana es el libro de la sabiduría universal que Dios ha escrito con tinta simpática; la experiencia, que se juzga que da esas ideas llamadas adventicias, no es más que la ocasión que hace que el libro se haga legible. La experiencia no da una sola idea, las despierta; es la mano que corre el velo del sagrario. El hombre está naciendo a la vida intelectual hasta que muere; pues, como dice San Pablo, enseñar es engendrar, y así como la vida física nace de la generación, la vida intelectual resulta de la experiencia. Los principios absolutos están en Dios en *esencia*; en el alma humana están en *conocimiento*. Estudiar las leyes del pensamiento es una reminiscencia, es un repaso de las ideas con que hemos nacido, de las leyes con que hemos sido creados***. Así las cosas, sabrás que la posición de Condillac me parece ridícula. ¡Hacer a las sensaciones madres de las ideas! Yo, por mi parte, lo único que estoy dispuesto a conceder, es que el sentido es un aldabón y que la idea puede ser un dormido que la sensación despierta****.

CORNEJÍN. --Digamos que la sensación, más que la madre, sería la partera de las ideas. Pero sáqueme de una duda: ¿no fue el Descartes que usted acusó

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 519.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 501.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 548.

****Cf. *ibíd.*, t. II, p. 641.

hace un rato de ser el mentor de los sensualistas quien más se preocupó por defender la teoría innatista?

CAMPOAMOR. --Que se preocupó, se preocupó, pero esa preocupación redundó en una tergiversación que dañó severamente al antiguo y sano innatismo. El principio de las ideas innatas, tomado por Descartes de Platón, ha sido por aquel groseramente materializado. De las nociones impresas en el alma por el cartesianismo no se puede sacar lógicamente nada de objetivo, nada ontológico; mientras que las ideas platónicas están fuera del alma y son eminentemente objetivas y absolutas. Las ideas de Platón son *innatas* en sí mismas; las de Descartes no son innatas, son *congénitas*. El innatismo de éste es relativo; el de aquél es absoluto*. Y además de las ideas *innatas*, que para él son *nacidas*, Descartes admite otras ideas secundarias que se llaman *adventicias*. Pero lo mismo las primeras que las segundas casi son hijas de las sensaciones; aquéllas nacen con nosotros y éstas las adquirimos nosotros. Todo esto con poca diferencia es la imagen de la *tabla rasa* que, desde Aristóteles hasta nuestros días, ha sido y es el bello ideal de los materialistas y que consiste en el axioma siguiente: "Nada existe en el entendimiento que no haya pasado antes por los sentidos". Éste no es un principio metafísico; esto, a lo más, es el principio de un metafísico. Y más bien que un principio, es sólo una aserción caprichosa; y una prueba de ello es que con la misma o mayor plausibilidad se puede asentar la máxima contraria y es que "no existe nada en los sentidos que no haya estado antes en el entendimiento"***.

CORNEJÍN. --¿Existe algún otro sistema, además del innatista y el sensualista, que proponga una explicación sobre el origen de las ideas?

CAMPOAMOR. --Sí: la escuela *visionaria*. Esta escuela cuenta con tres autores de grande importancia filosófica, que son, además del ya mencionado Platón, San Agustín y Malebranche, los cuales ven las ideas del mundo y de todas partes en la esencia misma de la divinidad. Este sistema se llama el de la *visión en Dios*. En la generación de esta idea, San Agustín ha imitado a Platón, Avicena a San Agustín y Malebranche a Avicena, el cual ya había sido padre de los panteístas en la edad media con su teoría del alma volviéndose incesantemente a Dios, contemplando a Dios y tomando en esta mirada las ideas de las cosas en Dios.

CORNEJÍN. --¿Que opinan los innatistas de este visionarismo?

CAMPOAMOR. --El psicologismo, huyendo tanto de los visionarios como de los sensualistas, dice: hacer venir las ideas de los sentidos es un *materialismo*, es el producto de la filosofía grosera; y verlas en el seno de la divinidad es el delirio de una imaginación calenturienta, es el *panteísmo*; luego las ideas son *innatas*. Estos son los tres sistemas que sobre el origen de las ideas se han debatido desde que hay historia de la filosofía***. Y como ninguno de los tres es completamente verdadero, no tuve más remedio que desarrollar yo mismo el cuarto.

CORNEJÍN. --¿Por qué se detiene? ¿Se lo va a callar? ¡Compártalo conmigo

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 548.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 549.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 554.

por lo que más quiera! Aunque sea en forma resumida...

CAMPOAMOR. --Está bien; si me lo pides así, no puedo negarme. Empezaré diciéndote que los tres sistemas anteriores tienen algo de cierto, siendo todos falsos*. La cantidad, *idea sustancial*, única y necesaria, con la cual Dios *crea*, las cosas *son* y el entendimiento *conoce*, los sensualistas la ven sólo en las cosas, los visionarios en *Dios* y los psicólogos en el *entendimiento*. Todos creen que esta *idea sustancial*, origen de todas las ideas, no se halla más que en un punto, y está en los tres. Y si esta idea sustancial faltase en alguno de estos tres puntos, no habría creación posible, pues ni Dios podría *ser* ni *crear*, nosotros *ser* ni *pensar*, ni las cosas *ser* ni *estar*. Dicen los *sensualistas*: las ideas nacen de la *sensación*. Cierto. Responden los *visionarios*: las ideas las vemos *en Dios*. Cierto. Y replican los *psicólogos*: las ideas son *innatas* en el entendimiento. Cierto. Todo esto es cierto en parte y todo, sin embargo, es falso. Con la *idea sustancial* con la cual Dios *crea*, el hombre *conoce* y las cosas *son*, veo un objeto cualquiera, lo mido por la idea sustancial por la cual *es* y, después de ver si es más o menos grande y más o menos perfecto, apreciándolo en su substancialidad y en sus cualidades, deduzco de ese objeto todas las ideas posibles. Desde este punto de vista los *sensualistas* tiene razón, pues todas las ideas las saco, *si no del objeto*, de la idea sustancial de que se compone el objeto. Pues prescindamos del objeto y subamos al sujeto y propongámonos hacer una crítica del entendimiento como Descartes primero y después Kant, y empecemos diciendo: "Pienso, luego soy"; y resultará que, de la idea sustancial con que mi pensamiento *conoce*, deduciré todas las ideas físicas y morales, y vendremos a parar en que los psicólogos tienen razón, que las ideas son *innatas*, pues las saco todas, *si no de mi pensamiento*, de la idea sustancial de mi mismo pensamiento**. Prescindamos ahora del *objeto* y del *sujeto* y lancémonos de un golpe en el seno de la divinidad; y estudiando el tipo absoluto, la idea sustancial con que Dios *crea*, deduciremos por ella las leyes con que gobierna el mundo el Creador y con las cuales se rigen las criaturas; y veremos que los *visionarios* o *panteístas* tienen razón y que todas las ideas del mundo y de cada de sus partes se ven *en Dios* y solamente en Dios. De lo cual se deduce que los tres sistemas tienen razón en lo que afirman y no la tienen en lo que niegan. O, por mejor decir, y hablando francamente, los tres sistemas no tienen razón ninguna, pues las ideas no salen ni de los *objetos*, ni del *entendimiento*, ni de la *divinidad*, sino que se deducen todas de la *idea sustancial* con que Dios *crea*, las cosas *son* y el entendimiento *conoce*; y que, bajo diferentes formas, esta idea sustancial está al mismo tiempo en la *divinidad*, en el *entendimiento* humano y en los *objetos* materiales; y por eso es posible el tránsito de la idea a la realidad o sea el problema de conocimiento; y por eso es cierto lo que vemos; y, por lo mismo, la verdad puede salir a la vez del *objeto*, del *sujeto* y de la contemplación de *Dios*, pues toda la universalidad de las ideas nace y se origina de una sola idea necesaria, objetiva y subjetiva, madre de todas las cosas, cantera inagotable de todas las ideas, que es la *idea sustancial* de cantidad***. La cuestión del origen de las ideas es el gran caballo de batalla de la filosofía. Para

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 554.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 555.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 556.

mí, este gran caballo de batalla ni siquiera es una cuestión. No es más que un idea necesaria. Todas las demás ideas nacen de esta idea matriz por generación espontánea. La idea de cantidad es la idea necesaria a Dios para *crear*, a las cosas para *existir* y al hombre para *existir* y *entender*. El concepto universal con que todo ha sido creado es la idea constituyente; este concepto necesario y único es la base de todos los demás códigos de ideas constituidas. La idea necesaria de cantidad no sólo es innata, sino que es preconcebida; todas las demás concepciones son innatas, porque vienen en el entendimiento larvadas en la preconcepción. El concepto único, la idea necesaria de todo, con la que Dios *crea*, por la que la cosa *existe* y el hombre *existe* y *piensa*, está en la cosa en *presencia*, en el hombre en *esencia* y en *presencia* y en Dios en *esencia*, en *presencia* y en *potencia**. Listo, terminé.

CORNEJÍN. --¡Válgame Dios, qué poder de síntesis!

CAMPOAMOR. --Y no me costó demasiado realizarla. Tengo una propensión irresistible a concretar mis pensamientos, lo cual no me pesa, porque para los lectores inteligentes están de más los comentarios y, para los no inteligentes, tan de más están los comentarios como los textos**.

CORNEJÍN. --Usted es sistemático (o al menos pretende serlo) hasta para tomar la sopa, y en eso se parece mucho a mí. ¿Qué opina de los "filósofos" del siglo XX que reniegan una y otra vez de la idea de sistematizar su pensamiento escrito?

CAMPOAMOR. --Opino que reniegan porque no saben sistematizar, lo mismo que la zorra de la fábula renegaba de las uvas y se convencía de que no estaban maduras porque no podía alcanzarlas. Todo libro de filosofía, aunque no tenga más que veinte páginas, o es una enciclopedia o no es nada***.

CORNEJÍN. --¿Y si es una enciclopedia similar a la *Enciclopedia* francesa?

CAMPOAMOR. --Entonces será un excelente libro de ciencias, pero no tendrá nada que ver con la filosofía. Al señor Juan Locke, que fue quien más bregó para darle a la ciencia empírica pretensiones de altura filosófica, le debemos más que a nadie la proliferación actual de científicos que, metidos a filósofos, no hacen ni ciencia ni filosofía, sino cientificismo, quedándose a mitad de camino de ambas disciplinas. ¿No has notado que los que estudian demasiado estos conocimientos que da la experiencia, *saben* más, pero acaban por *entender* menos?**** Mira si no al pobre Haeckel, cuyo cerebro se había convertido en una ensalada mixta revuelta y mal condimentada.

CORNEJÍN. --¡Un momento! Yo he leído varias de las obras de Haeckel, y si bien admito que su pensamiento era un tanto simplón y poco profundo, no deja de ser verdad que aprendí mucho de él debido a su estilo claro y preciso y a su espíritu de sistema, dos virtudes que usted y yo bien sabemos no suelen aparecer juntas en un escritor. Además, me ayudó como pocos a dejar de lado mis supersticiones religiosas, y a pensar con mayor seriedad en el evolucionismo biológico y por qué no cósmico, y a no desdeñar mis intuiciones hilozoístas... Y a

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 557.

**Cf. *ibíd.*, t. II, p. 209.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 430.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 473.

tantas otras cosas me ayudó, que no puedo menos que discrepar respecto del carácter ensaladeril que dice usted que tenía la cabeza del susomentado pensador alemán. Ante tanto escritor filosófico que, navegando por arrecifes, contamina el agua para oscurecerla y hacerla parecer profunda, me saco el sombrero ante un guardián de la costa como Haeckel, que si bien, por no saber nadar, no se sumerge más allá de su ombligo, nos compensa de este su andar mostrenco y bajío describiéndonos con palmaria precisión la anatomía, la fisiología y el comportamiento de los innumerables y coloridos peces coralinos que se movilizan por la transparente agua y que alegremente le cosquillean las pantorrillas.

CAMPOAMOR. --De nada sirve la sistematización, querido mozuelo, si se utiliza para construir sistemas infranaturalistas tan hipotéticos y extravagantes sobre lo infinito pequeño, que podrían dar envidia, por sus ergotismos y sus por sus suspicacias subterráneas, a los escolásticos de lo infinitamente grande. Dice Oscar Schmidt: "La teoría de la *descendencia* es el único recurso reservado al hombre a quien no satisface la creencia en *milagros* ni la hipótesis de la *revelación*". ¡La creencia en *milagros*! ¿Y qué fantasmagoría más milagrosa puede haber que la de animalizar los átomos de Leucipo y las mónadas de Leibniz, impregnándolas de un hedor a amoníaco insoportable, y que con los nombres de *célula*, *protoplasma*, *cristalización orgánica*, *monera primordial*, masas todas más o menos albuminosas, sirven de punto de partida para la formación de todas las especies, lo mismo en el reino vegetal que en el animal? ¡La hipótesis de la *revelación*! ¿Y qué mayoral de casa se remonta habrá revelado a Darwin la ley de la *selección*, y a sus discípulos ultrarradicales Haeckel y Büchner el desarrollo de la teoría de la *evolución*, en la cual nunca la hibridación esteriliza las razas para que no pueda haber solución de continuidad en el entronque genealógico del *mono sabio* humano con la ilustre familia del *mono ignorante* animal?*" A este descubrimiento llaman Haeckel y sus cofrades el período de *alta cultura intelectual*. ¡Qué vergüenza! Y en nombre de estos principios hipotéticos de una metafísica bestial inversa, ¿se habla contra los *milagros*, la *revelación*, las creencias religiosas y morales de la humanidad, la libertad del hombre, la personalidad divina, la vida futura y la inmortalidad del alma? Esto ya no es querer elevarnos a la seriedad del mono antropoide, sino rebajarnos, a pesar de su cola, hasta la ridiculez del imperceptible mico *titi***". ¿No es verdad que parece que los evolucionistas dicen en broma las cosas que yo voy refiriendo con tanta formalidad? La ciencia actual sigue los derroteros que le ha trazado la antigua canalización de la tontería humana. Ya Demócrito resucitó la vieja teoría de que los átomos corporales son el principio único de cuanto existe, sin más causa eficiente que el movimiento de que están dotados. Los emanantistas y los panteístas afirman que Dios hizo nacer de sí mismo la materia y la forma del mundo. En todos estos sistemas sobresale lo ontológico o metafísico, considerando al ser en abstracto como una cosa ideal. Pero en la nueva ciencia lo ontológico se convierte en fisiológico, y el ente metafísico en un *ser físico* que, por una fuerza espontánea y material que le es propia, en la *Historia general humana*, con los pies manchados de toda clase de pringues, va subiendo de peldaño en peldaño toda la escala zoológica, desde la monera, que es una especie de ostra que parece mascada y escupida después por su mal sabor, y formada, según Haeckel, por simples *compuestos* inorgánicos como son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el ázoe, monera que es una creación menos ideal y menos limpia que los átomos dotados de fuerza cósmica de Epicuro y de Demócrito, y siguiendo por las *anchoas* y la *babosa* o *caracol sin concha*, hasta llegar al *tiburón*, que creo que es el undécimo abuelo del hombre, mete, por último, en este embutido carne de

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 538.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 539.

sapo, de *cucaracha*, de *rata* y de *abejorro*, y hace así esa inmensa longaniza, que empieza en una destilación membranosa y acaba en el orangután, padre del hombre. Según cuentan los periódicos, esas hipótesis, que dan asco, las aplauden a rabiar todos los científicistas*. Y por supuesto que los hombres de la ciencia positiva hasta fabricar esa larga salchicha de la genealogía del hombre, imitan los procedimientos de la metafísica, inventando paralelamente a la *ley de la evolución* unas leyes auxiliares tan arbitrarias como éstas: ley del *medio ambiente*, ley de la *selección sexual*, ley de la *herencia*, ley de la *correlación* del crecimiento, etc.. ¿Y qué es la ley del *medio ambiente*? Pues debe ser una ley por la cual el que respira un elemento que le es propio, vive, y el que no, se muere. Es decir, que hasta ahora nadie sabía que el ave no puede vivir en el agua, ni el pez en el aire. La ley de *selección* es una especie de tonto discreto, alma ciega de la naturaleza, que así como nosotros los agricultores, a fuerza de exagerar el cultivo, convertimos una clavellina del campo en un clavel reventón valenciano, esa alma *inconsciente* sigue por las entrañas de la tierra separando *conscientemente* lo imperfecto para asimilarse sólo perfecto, hasta llegar a los animales, a los cuales se les cae la cola por obra de la selección**. Esta ley es completamente falsa, porque con la selección, a todos los objetos perfeccionados les sucede lo que a las rosas demasiado grandes y bellas, que, con el esmero en el cultivo, los órganos sexuales abortan y se convierten en pétalos, muy hermosos, eso sí, pero infecundos. Y la prueba de la ineficacia de la *selección* sexual está en los pueblos en que se autoriza la poligamia y donde se escoge para los harenes a las mujeres más hermosas del mundo. Así, ¿qué sucede? Que los mahometanos resultan ser más enclenques y más feos que nosotros. La ley de la *herencia* dicen que es una facultad que tienen los seres de transmitir sus cualidades y *perfecciones*. ¡Mentira parece! Los hijos de los ingleses dejan de ser rubios cuando nacen en la India, y los melones de Foyos, trasplantados a Galicia, se convierten en calabazas a la segunda generación. Los verdaderos factores que constituyen la ley de la herencia, son estos tres progenitores, el padre, la madre y el clima. La ley de la *correlación de las formas* ya es más complicada, y si no fuera porque al gran Cuvier se le escurrieron por los subterráneos del globo ciertas formas intermediarias, no ofrecería duda alguna el proceso natural de esta ley de las cosas, desde el salivazo albuminoideo, llamado protoplasma, siguiendo por ciertos bichos informes que ya tienen ano y boca, y concluyendo por esos animales, padres del hombre, cuyos corvejones se van convirtiendo poco a poco en rótulas o choquezuelas***. La ley de la *evolución*, escogida como base de la filosofía de Spencer, es la más filosófica de todas, pues así como la larva se convierte en gusano, y el gusano en mariposa, los naturalistas se han lanzado al campo de la especulación, imitando a los metafísicos, y de un fenómeno restrictivo y vulgar han querido deducir, o mejor dicho, inducir una ley universal. ¡Pretensiones metafísicas de físicos ilusos! Una síntesis suprema, como la pretendida ley de la evolución, no puede hacerse con hechos, porque los hechos no son ideas, sino cabos de ideas. En el orden de los fenómenos, cada cosa lleva en sí su finalidad especial, y es

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 404.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 405.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 406.

inútil querer enchufar unos objetos con otros para obligarlos a tener una finalidad sintética común*.

CORNEJÍN. --Los evolucionistas ortodoxos dicen que la naturaleza obra por azar, sin finalidad. Yo discrepo con ellos en este sentido, lo mismo que usted. ¿Cuál es, según usted, la finalidad de la naturaleza?

CAMPOAMOR. --La finalidad de la naturaleza es la creación del pensamiento. En toda la escala de principios etereidales, que en ebullición eléctrico-magnética se genera desde la atracción hasta el instinto, la última posición vital de la materia, y desde el instinto animizado, reflejado, hecho personal, hasta la más alta región de la inteligencia, el gran recipiente de la naturaleza tiene por objeto psicológico final la elaboración del *ser pensante*. El ser pensante, cristalización de todas las quintas esencias de las etereidades superpurificadas, ya esté, como actualmente está, representado por el hombre, ya en lo venidero se manifieste bajo otra forma, siempre será el producto natural, la consecuencia lógica de las *elaboraciones* de los universos. Si un día pudiese acaecer el suicidio universal del género humano, el mundo instantáneamente *eflorescería* otro género, o el mismo género de *seres pensantes*, que fuese la síntesis del universo, que complementase el fin de la creación**.

CORNEJÍN. --Y si la finalidad de la naturaleza es la creación del pensamiento, ¿cuál es la finalidad de las finalidades, esto es, la finalidad del pensamiento?

CAMPOAMOR. --El arte. Para mí el arte es el fin de las cosas. Toda idea que no acaba su evolución formando parte de un objeto artístico, es un soldado que muere a mitad del camino de la gloria***.

CORNEJÍN. --¿O sea que, según usted, la ciencia es inferior al arte y debe subordinarse a él si pretende cobrar su real sentido?

CAMPOAMOR. --Correcto. El arte es tan superior a la ciencia como la poesía lo es a la prosa****. ¿Qué es para ti el arte?

Cornejín. --Helarte es cagarte de frío.

CAMPOAMOR. --¡Por favor! ¡Un poco de compostura!

CORNEJÍN. --¡Es que justamente cuando uno se caga de frío le agarra descompostura!

CAMPOAMOR. -- ¡Ah no!... Si vamos a entrar en este terreno, mejor me voy. Me molestan sobremanera las vulgaridades y chabacanerías en el lenguaje. Un gran pensador siempre sabe y puede hablar de todo con decoro*****, y tú venías comportándote así hasta este momento en el cual, no sé por qué, te desbandaste.

CORNEJÍN. --Me desbandé porque me la dejó picando: "¿Que es el arte?" Es imposible resistir la tentación del retruque. Pero descuide, don Ramón: de aquí en más procuraré abstenerme de decir groserías; no sabía que le desagradaban tanto. Eso sí: si me vienen ganas de tirarme un pedo me lo tiro, ¿no?

CAMPOAMOR. --¡Qué insolente!

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 407.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 74.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 371.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 33.

*****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 283.

CORNEJÍN. --¿Y qué quiere, que reprima la abducción?

CAMPOAMOR. --¡Justamente!

CORNEJÍN. --¡Claro! Total el cáncer de colon lo voy a padecer yo, no usted...

CAMPOAMOR. --¿Evitar las ventosidades produce cáncer de colon?

CORNEJÍN. --Y evitar los eructos cáncer de estómago. No es una relación necesaria de causa y efecto, pero aumenta las probabilidades.

CAMPOAMOR. --En ese caso, ¡beerp! ¡Cómo me cuesta digerir esos benditos maníes crudos!

CORNEJÍN. --Volvamos a lo nuestro. Me pregunta usted qué es el arte. La respuesta es: no me acuerdo. ¿Qué es para usted?

CAMPOAMOR. --El arte es convertir en *imágenes* las ideas y los sentimientos*.

CORNEJÍN. --¿Existen diferentes tipos de arte de acuerdo al tema que tratan?

CAMPOAMOR. --Una clasificación que tenga en cuenta los métodos empleados para construir una obra de arte, dirá que el artista puede optar por la poesía, por la música, por la pintura, por la escultura o por la arquitectura; pero el carácter esencial de una obra de arte no se juzga por sus métodos constructivos sino por el tipo de objeto que se pretende describir, y en este sentido, el arte no puede tener más que tres caracteres: el *ontológico*, cuando pinta el mundo *superior*, el *cosmológico*, cuando copia el mundo *exterior* y el *psicológico*, cuando exterioriza el mundo *interior***.

CORNEJÍN. --¿En la poesía usted incluye a la literatura en prosa?

CAMPOAMOR. -- No, porque la prosa no es arte, como no lo son ni el gorjeo ni el balido. Es verdad que hay prosas buenas y con estilo propio, como son las de Melo, Solís y Cervantes, pero el estilo no consiste en la prosa, sino en las ideas; no lo forja el continente, sino el contenido. El verso es arte hasta cuando es malo, pero la prosa no lo es nunca, ni siquiera cuando es buena***.

CORNEJÍN. --Pero ¿no dijo usted que el arte es convertir en *imágenes* las ideas y los sentimientos? ¿Es por ventura imposible realizar esta conversión mediante la prosa? Me parece descubrir aquí una nueva contradicción de su parte, y van...

CAMPOAMOR. --Contéstame a esto: si la prosa es arte, ¿cuál debe ser la colocación de las palabras? ¿Cuál es la ley que determina el enlace y la estructura de las cláusulas? ¿Con qué regla ideológica se pueden disculpar las irregularidades? ¿Qué razón hay que justifique la inversión del orden usual de las ideas y de la frase? Para nada de esto hay cánones determinados****.

CORNEJÍN. --Y ¿quién le aseguró a usted que toda arte debe regirse necesariamente por cánones estrictos? Y aunque así fuera (y yo también creo que así es), el hecho de que aún no se hayan podido precisar esos cánones literarios no significa que no existan. No cometa el mismo error que los físicos cuánticos: incertidumbre no significa indeterminación. ¿No existen acaso en la poesía (arte

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 277.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 278.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 338.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 357.

que según usted tiene sus cánones bien "determinados") los cultores del verso libre, que hacen caso omiso de la rima y de la medida?

CAMPOAMOR. --Sí, como también existen los talentos mediocres que tienen una repugnancia instintiva por todo lo trascendente y aseguran que la poesía no se escribe para hacer pensar, sino para hacer sentir. Pero ¿cómo se puede hacer sentir sin hacer antes pensar? Los grandes sentimientos ¿no están engendrados por las grandes ideas?*

CORNEJÍN. --Si usted se refiere al amor y al odio, le digo que no, que es al revés: nuestros grandes ideales nacen del amor o del odio que somos capaces de sentir.

CAMPOAMOR. -- No señor, una idea no pueden hacer nunca de un sentimiento, porque las ideas son entes independientes, mientras que los sentimientos dependen de un espíritu para manifestarse.

CORNEJÍN. --Las ideas también dependen de un espíritu para manifestarse.

CAMPOAMOR. --Eso es lo que tú crees, y es lógico que lo creas toda vez que te pones del lado de los psicologistas. Todas las ideas provienen de una idea primordial y única que es la idea de cantidad, y a esta idea, o se la concibe teológicamente como ser independiente de todo lo creado, o se la ve formando parte integrante del mundo, o se la juzga dentro de nosotros, creando lo que piensa; de cuyas tres posiciones de la noción de *ser* nacen el Dios *creador*, el dios *Pan* y el Dios *Yo*** . De estos tres sistemas, ontológico, cosmológico y psicológico, el único digno de la metafísica es el primero, porque parte de una *idea*; el segundo es un *hecho* y el tercero un *sentimiento*, y claro es que con los sentimientos y los hechos no se puede constituir ciencia***.

CORNEJÍN. --¿La reflexión es más poderosa que la emoción?

CAMPOAMOR. --No te confundas: la reflexión y la emoción están a un mismo nivel, siendo ambas superadas por la *razón intuitiva*. Este modo de pensar intuitivo se corresponde con el sistema ontológico de concepción de ideas, mientras que el pensamiento sensitivo se corresponde con el sistema cosmológico y el pensamiento reflexivo con el sistema psicológico. Casi todos los escritores confunden las intuiciones de la *razón* con las sensaciones de los *sentidos externos* y las percepciones del *sentido íntimo*; que es como si mezclasen ideas blancas con otras negras, y otras azules con las blancas, resultando de esta confusión colores indefinibles, borrosos, sucios y fantásticos. Una nueva clasificación de los principios metafísicos podría producir el inapreciable bien de difundir la más social de las virtudes, que es la tolerancia. Según el principio metafísico de que se parta, todo el mundo puede tener razón****.

CORNEJÍN. --¡Cómo que todo el mundo puede tener razón! ¿No era que el sistema ontológico "es el único digno de la metafísica"?

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 306.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 433.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 440.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 429.

CAMPOAMOR. --En un sentido estricto, sí, porque los otros dos sistemas nos llevan hacia la duda, y la duda paraliza y ofusca el entendimiento. La fe, la simple fe, es más liberadora, más conservadora y más verdadera que cualquier reflexión o cualquier hecho. Todas las pruebas cosmológico-psicológicas que ha acumulado Kant contra la existencia de Dios valen menos y son menos científicas que la rápida intuición teológica del Dios providente de una niña de diez años*. Como dice mi dolora número 208, hay que tener "Fe sobre todo":

**Nunca olvidéis este consejo dado
por el padre Del Val a un confesado:
"Para aumentar tu religioso celo,
cree con santa ignorancia en lo que creas,
pues, minada una vez por las ideas,
si vacila la fe, se hunde hasta el cielo".**

Y de yapa, una humorada:

**Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?**

CORNEJÍN. --¿En serio está usted a favor de la "santa ignorancia"?

CAMPOAMOR. --A mí lo único que me preocupa, como bien dice mi dolora 209, es la "Sinrazón de la razón":

**Pensando hacer el único modelo
de toda perfección
con aplauso del diablo, dotó el cielo
al hombre de razón.**

**Mas queriendo con ésta, en todo arcano,
descubrir el *porqué*,
siempre encuentra la duda el ser humano,
pero nunca la fe.**

CORNEJÍN. --Todavía no entiendo cómo a un humorista tan fino como usted le desagrada tanto el escepticismo.

CAMPOAMOR. --Y yo no entiendo cómo un humorista como tú puede simpatizar con Pirrón y sus secuaces, y es que el escepticismo y el humorismo no se asemejan en nada, pese a lo que tú puedas creer en este sentido.

CORNEJÍN. --¿Cómo podremos diferenciar a un escéptico de un humorista?

CAMPOAMOR. --Escéptico es aquel que no cree en lo que dice, mientras que el humorista hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice**. "¿Quién sabe si este mundo es la pesadilla de una divinidad enferma?", se preguntaba el pesimista Renan***. ¿Quieres una prueba más contundente de que los escépticos rara vez conocen el humor, o te basta esta patética declaración?

CORNEJÍN. --Puede haber escépticos pesimistas como también los hay op-

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 421.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 240.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 309.

timistas, lo mismo que hay optimistas dogmáticos y dogmáticos pesimistas. Pero todo esto no nos dice todavía nada del sentido del humor de cada cual, pues hay muchas personas pesimistas que tienen este sentido muy bien desarrollado, así como hay optimistas que nunca en su vida carcajearon. Le aclaro que yo utilizo la palabra escepticismo no como la entendía Pirrón (que nunca se inclinaba mínimamente a favor de ninguna creencia) sino como la entienden los que, dudando de todo, tienden a inclinarse por lo menos un poco hacia la idea que les parece más sensata.

CAMPOAMOR. --Yo empecé inclinándome hacia la idea que me parecía más sensata, que es la idea del Dios cristiano, y, de tanto inclinarme, perdí el equilibrio pirrónico y me caí en ella.

CORNEJÍN. --¿Qué será lo que tienen los libros del Nuevo Testamento, que seducen a tanta gente?

CAMPOAMOR. --Al leer el Nuevo Testamento, la gente queda prendida sobre todo de su mensaje moral. La moral del cristianismo, que es la misma de mi personalismo, podemos resumirla en la siguiente fórmula: "¡Desgraciados los felices! ¡Felices los desgraciados!"*

CORNEJÍN. --¿Usted cree que las personas malas son felices y las buenas desgraciadas?

CAMPOAMOR. --En este mundo, sí. ¿Acaso no lees los periódicos?

CORNEJÍN. --¡Nooo! ¡Dios me libre de semejantes lecturas! Yo no juzgo la realidad por lo que dicen esas personas tan poco inteligentes llamadas periodistas; la juzgo mediante otras lecturas mucho más edificantes, o por lo que yo mismo percibo de ella, o por lo que reflexiono en base a lo que percibo, o directamente por lo que intuyo. Y todos estos modos de conocer la realidad me dicen, con algunas intermitencias, que los buenos tienden a ser más felices que los malos aquí en la tierra.

CAMPOAMOR. --¿Cómo es eso? ¿No concuerdas conmigo en que, para ser más o menos feliz, un hombre debe vivir situaciones placenteras muy intensas y/o muy frecuentemente?

CORNEJÍN. --Digamos que sí.

CAMPOAMOR. --¿Y no concuerdas conmigo en que el remordimiento es hartamente doloroso?

CORNEJÍN. --Mmm... Digamos que sí.

CAMPOAMOR. --¿Y no concuerdas conmigo en que las malas personas carecen de remordimientos?

CORNEJÍN. --En general, sí.

CAMPOAMOR. --Y entonces, ¿cómo podría ser feliz una persona decente si para lograrlo debe vivir muchas o muy intensas situaciones placenteras, siendo que detrás de cada placer, sea de la calaña que fuere (con excepción del placer que nos causa el estudio de la verdad), se esconden los más oscuros remordimientos que atormentar puedan a las almas nobles?***

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 371.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 413.

Cornejín. --Pare, pare. ¿Por qué no me preguntó si concordaba con eso de que detrás de todo placer se esconde un remordimiento?

CAMPOAMOR. --Porque me pareció una verdad evidente.

CORNEJÍN. --¿Evidente? ¿Es evidente que yo sienta remordimientos por amar a tal o cual persona, visto y considerando que este amor me produce un singular placer? Esa frase suya, muy religiosa, pero más supersticiosa que religiosa, ese "¡felices los desgraciados! ¡Desgraciados los felices!", ese dogma escatológico que, lo admito, fue propagandeado por el mismísimo Jesús si es que las escrituras no mienten, esa mentira pringosa que se adhiere como asfalto caliente a la crasitud de los resentidos le ha hecho y le sigue haciendo tanto mal al mundo como la explosión de las bombas atómicas, y casi tanto como la invención del rap. ¿Es que usted sigue pensando, como pensaban en la Edad Media, que todos los placeres que el hombre pueda experimentar, especialmente los corporales y exceptuando los del estudio, son de inspiración satánica?

CAMPOAMOR. --De ningún modo. Llamar *pecado* a la materia, llamar *demonio* a la *carne*, a esta nuestra ilustre predecesora en el progreso de la existencia, es tomar el devaneo por la inspiración, es no ver lo más visible de la visibilidad de Dios; no es siquiera el panteísmo de la razón, es el panteísmo de la imaginación enloquecida, es una evocación al caos, es el hecho increado, absolutamente solo, indeterminado, vagando irascible en una atmósfera de espectros!...*

CORNEJÍN. --¿A qué llama usted el "panteísmo de la razón"?

CAMPOAMOR. --El panteísmo de la razón es ese acoplamiento híbrido entre lo psicológico y lo ontológico por sacerdotes completamente paganos, que prueba una confusión de ideas, una ignorancia tan descomunal que lo constituye en un caso patológico digno de ser curado en un tonticomio**.

CORNEJÍN. --¿Se refiere usted a la filosofía de Comte?

CAMPOAMOR. --Me refiero a toda la pseudo filosofía que reinó en el mal llamado "siglo de las luces" y que luego, en mi época terrenal, infectó e infestó las mentes de la mayoría de los pensadores y las dejó secas como trapos escurridos. El siglo XVIII no tuvo una sola hipótesis filosófica, y nada prueba tanto la influencia de la metafísica por *ausencia* como cuando se ve caer en el mapa de la historia la gran mancha de aceite de la revolución francesa***.

CORNEJÍN. --¿La Revolución Francesa es una mancha?

CAMPOAMOR. --Y de las más indelebles. Mezclando un naturalismo repugnante con un psicologismo lúgubre, los revolucionarios establecieron como gobierno la teoría del *contrato social* de Rousseau, que es la anulación del individuo real, para constituir la comunidad del estado, una especie de monstruo impersonal y fantástico que resumía el derecho de robar con el nombre de *desamortización* al clero, a la beneficencia, a los guillotinos, a los municipios, a los emigrados, a los deportados, a todo el mundo, y de matar, *por ser culpables de haber vivido*, a los príncipes, a los nobles, a los sabios y a los ricos****.

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 62.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 524.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 517.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 522.

CORNEJÍN. --Hay gente que opina que la Revolución Francesa tuvo entre sus abanderados a algunos señores de gran hidalguía moral y elevado discernimiento.

CAMPOAMOR. --¿Y tú coincides con esas gentes?

CORNEJÍN. --Desde luego que no.

CAMPOAMOR. --Bien que haces, porque no son más que desequilibrados mentales los que le dan el visto bueno a semejante carnicería. Cuando se le esas historias apologéticas de la revolución, en las cuales se considera a ciertos desalmados, ya como filósofos sentimentales, ya como santos mártires capaces de concebir y sentir idealismos nostálgicos, de seguro que habrá lectores que, como yo, sólo por no faltar a la virtud de la limpieza, no irán escupiendo en cada una de esas páginas de panzurdismo histórico. Ante algunos tipos revolucionarios, Torquemada podría pasar, por su buena intención, como un cordero inmaculado*. Pero ¿no ha habido en la Revolución Francesa, me dirás, ni un solo rasgo de idealismo trascendente que purificarse esa atmósfera en la cual no se respiraba más que átomos de cólera, de odio, de envidia, de desprecio y de venganza? Sí, los hubo, pero sólo entre las víctimas. Cuando llevaban a María Antonieta al cadalso rodeada de ese coro de gente ordinaria cuya única arma ofensiva siempre es un vómito de injurias, dice Lamartine: "Sus ojos buscaban entre estos signos de su caída otro signo de salvación. Se acercaba a la casa que le indicaron en el calabozo y buscaba la ventana de la que debía descender la absolución del sacerdote disfrazado. Cerró los ojos, bajó la frente y se inició bajo la mano que la bendecía; impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola y respetaron su arrobamiento. Desde este instante brillaron en su rostro una alegría *interior* y un consuelo *secreto*". No hay nada comparable en los actos de la revolución a este rasgo de fe y esperanza, cuya delicadeza moral es de una grandeza y un alcance infinitos**.

CORNEJÍN. --Los revolucionarios políticos, con la grata excepción de Gandhi, afirman que la revolución violenta es el único medio pragmático capaz de derrocar a una tiranía.

CAMPOAMOR. --Pero ¿de qué tiranías estamos hablando? Por lo general, en lo que menos se ocupan los tiranos es en tiranizar, y si los revolucionarios tuviesen paciencia, la fruta verde que han machacado en los árboles a fuerza de palos, la hubieran visto caer a sus pies madura. Los pueblos progresan, no a causa de las revoluciones, sino a pesar de las revoluciones***.

CORNEJÍN. --Coincido con esta última apreciación, y también con la alegoría de la fruta. Además tengamos en cuenta que si no hubiera existido la Revolución Francesa, seguramente no habría existido para la historia la figura megalómana de Napoleón Bonaparte...

CAMPOAMOR. --Sí, pero Napoleón es un tema menor comparado con la sucia mancha revolucionaria. Este militar no sabía pensar, no tenía ninguna ideología; y una espada, aunque sea tan larga y tan bien templada como la suya,

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 519.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 525.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 524.

cuando no está al servicio de una idea, siempre es un mal espadín*. Toda la historia se reduce a lo siguiente, a filósofos que inventan ideas, y a héroes que las ejecutan; a entendimientos que piensan y a personalidades que les dan carácter**. Napoleón no basó su accionar en ninguna idea filosófica, y por lo tanto no será siquiera mencionado por los historiadores del futuro. ¡Qué injusticia de la historia el que la gente de hoy se acuerde más de cualquier embrutecido militar que del más refinado filósofo! Los que piensan las ideas suelen ser los olvidados; y los que las realizan, los glorificados. Siempre la materia que pesa, aplastando al espíritu que piensa***.

CORNEJÍN. --Esto se solucionará el día en que los pensadores sistemáticos, además de pensadores, sean poetas.

CAMPOAMOR. --Todo pensador sistemático, si lógico, ya es un poeta. Los sistemas filosóficos, ¿son otra cosa más que unos poemas sin imágenes?****

CORNEJÍN. --Cuando estos poemas sin imágenes devengan en poemas *con* imágenes, la gente común se acercará poco a poco a la filosofía, y los que piensan las ideas ya no serán los olvidados.

CAMPOAMOR. --¿Y a la poesía? ¿Sabes cuándo la gente común se acercará a la poesía? Se acercará cuando los poetas, además de poetas, sean pensadores. En poesía, en pintura, en música, en todas las artes, cuando no tenemos un objetivo racional se nos puede aplicar a los autores lo que llamaba por burla Cicerón "ensalzadores de fórmulas y cazadores de sílabas". Siempre que oigo recitar versos sonoros, muchas veces excelentes pero que no trascienden ni abisman el alma en las regiones indeterminadas de la razón y el sentimiento, se me ocurre repetir aquel proverbio árabe tan conocido: "Oigo el tic-tac del molino, pero no veo la harina"*****.

CORNEJÍN. --¿Tiene usted esperanza de que algún día los poetas lleguen a ser pensadores y los pensadores poetas?

CAMPOAMOR. --¿Y cómo no tenerla, si la esperanza es lo más hermoso que hay en este mundo? Es tan hermosa, que si se me diese a escoger entre la esperanza y la felicidad, escogería la esperanza*****.

CORNEJÍN. --Es que la esperanza es la sustancia con que se fabrican todas las felicidades. Para los espíritus plenos, hay más felicidad en la esperanza que en la concreción misma de un anhelo. Yo, por ejemplo, tengo la esperanza de poder viajar por el mundo, o al menos por América, con mi mochila a cuestas, y esa esperanza es la que me mantiene no digamos feliz, pero sí cuerdo y animoso, en medio del vicio que impera en Buenos Aires y que me contagia con preocupante facilidad aun hoy, cinco años después de haberle declarado la guerra.

CAMPOAMOR. --¿Y para qué quieres vagabundear, si tú has nacido para

*Cf. *ibíd.*, t. III, p. 518.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 423.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 423.

****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 373.

*****Cf. *ibíd.*, t. III, p. 309.

*****Cf. *ibíd.*, t. I, p. 211.

ser un intelectual?

CORNEJÍN. --¡Y qué! ¿No puedo ser un intelectual vagabundo?

CAMPOAMOR. --Puedes, pero no harías bien ninguna de las dos cosas; los títulos te sobrepasarían. Tú has nacido para ser un intelectual y *nada más* que un intelectual. Nos pidas más, porque de lo contrario te pondrás en ridículo. Sé que en tu interior tienes la peregrina esperanza de llegar a ser un santo. Bienvenida sea esa esperanza, pero ¡por favor, no la tomes demasiado en serio! Hay gente que nace con madera de santo y otra que no. Humildemente, yo me incluyo en el segundo grupo, y tú deberías hacer lo mismo. Dios te dotó con el don de la clara escritura, pero puso en ti muy poco del don de la santidad. Y es que la Sabiduría divina no ha criado más que especialidades. La ignorancia humana ha convertido a los hombres o en locos que aspiran a lo que no deben o en tontos que no llegan hasta donde pueden; esto es, o en dementes que en la escala del infinito positivo quieren llegar a un grado superior a su subjetividad, a su energía personal, o en débiles que se resignan a vivir en el fondo de la atmósfera de su inteligencia. Consecuencia: fuera de su esfera de acción, todo hombre o es un *tonto* o es un *loco**. Tu esfera de acción es la literatura; si pretendes sobrepasarla, te convertirás en un loco, y si no la explotas tanto como puedas, serás uno más de los tantos tontos que hay en este planeta. Y encima serás desgraciado. La desgracia no es más que el peso con que la mano de la Providencia nos abrumba para encajonarnos, ya hacia arriba, ya hacia bajo, en nuestras esferas de actividad moral, en la atmósfera de nuestra inteligencia, en las aguas de nuestra personalidad**. Dios nos ha criado para ser felices. ¿En qué consiste, pues, que la mayor parte de los hombres somos desgraciados? En que nos revelamos contra nuestro destino, saliéndonos de nuestra esfera de actividad moral. Aristóteles enseñando a Alejandro pudo ser tan feliz y tan grande como Alejandro avasallando al mundo, porque en su esfera de acción todo hombre ha nacido para ser un César***. Pero saber tanto como Aristóteles y avasallar tanto como Alejandro, esa doble tarea no podrá ser nunca ejecutada por una misma persona; así que baja tus humos, olvida tus infantiles sueños de aventura... ¡y escribe, que para eso naciste!

CORNEJÍN. --Yo lo único que quiero es ser consecuente con mis pensamientos, y esa consecuencia es muy difícil que pueda encontrarla en mi ciudad en estos momentos. No quiero que me pase lo que a Tolstoi, que cuando al fin se decidió a dejar de lado la hipocresía y huir en busca de una vida que concordase con su ideología, ya estaba tan viejo que no pudo resistir el cambio y murió a los pocos días de haber abandonado su mansión. Yo tengo la ventaja sobre Tolstoi de que no estoy casado, ni tengo hijos, ni tengo propiedades, ni soy famoso. A mí se me haría mucho más sencillo escabullirme.

*Cf. *ibíd.*, t. I, p. 156.

**Cf. *ibíd.*, t. I, p. 156.

***Cf. *ibíd.*, t. I, p. 157.

CAMPOAMOR. -- ¡Tolstoi! ¡El ejemplo perfecto del individuo que quiso sobrepasar su esfera de acción! Como novelista y cuentista fue uno de los más grandes, pero como profeta... ¡Dios me libre! Loco, loco y mil veces loco por no haber sabido circunscribirse dentro de los límites del mundo de la literatura.

CORNEJÍN. --¿No leyó usted el libro *La salvación está en vosotros*?

CAMPOAMOR. --¿Quién lo escribió?

CORNEJÍN. --Tolstoi. Estamos hablando de Tolstoi.

CAMPOAMOR. --Sí, claro... Pero no, no tuve el gusto de leerlo.

CORNEJÍN. --El *disgusto* querrá decir, porque dice cosas tan ciertas respecto del cristianismo y tan contrarias a lo que usted opina, que si usted no estuviese ya muerto se moriría de rabia si le contase yo algunos pasajes de tan controvertida obra.

CAMPOAMOR. --Errado estás, jovencito. Tal vez sí me moriría, pero no de rabia, sino de risa. El conde Tolstoi golpeó las puertas del Cielo unos diez años después de que yo entrara, y yo mismo fui el encargado de recibirle. Cuando estuvimos frente a frente, yo puertas adentro, él puertas afuera, le dije: "Querido conde, aquí vivimos todos encima de las nubes. Cada cual tiene la suya propia, que es de su exclusiva propiedad. Ahora bien; usted afirma que la propiedad es un robo, visto lo cual seguramente no aceptará la nube que le tenemos destinada". "Nooo... Esteee... --me interrumpió un tanto inquieto--. No debe usted tomar mis palabras tan literalmente..." "No se abochorne, caballero --le susurré--. Sé que no se sentiría cómodo viviendo aquí, en una nube de su exclusiva propiedad, así que no se disculpe y vaya donde Satán, que allí viven todos juntos, apelonados y chamuscados en un comunitario mar de azufre incandescente". ¡No sabes lo triste que se fue!...

CORNEJÍN. --Tenía entendido que era San Pedro el que se ocupaba de recibir a los recién llegados...

CAMPOAMOR. --Y no te han mentado, pero en ese momento le habían agarrado ganas de ir al baño y me pidió que lo suplantase.

CORNEJÍN. --A mí se me hace que San Pedro hubiese sido más piadoso que usted a la hora de darle a Tolstoi la bienvenida...

CAMPOAMOR. --¿Vas a contarme o no lo que dijo ese seudo cristiano en ese libracó tan admirado por ti? ¡Vamos, que no es malo espetar unas carcajadas de vez en cuando!

CORNEJÍN. --Se lo voy a contar, porque tampoco es malo hacerle saber al criminal que su accionar es inmoral, y que es de sabios reconocer el error y rectificar el camino. Comenzaré con un extracto de la declaración de principios que hace Tolstoi desde las páginas 10 a 13:

Reconocemos que el pueblo no tiene derecho ni a defenderse de los enemigos de fuera ni a atacarles. Reconocemos también que los individuos aislados no pueden tener este derecho en sus recíprocas relaciones, porque la unidad no puede tener más grandes derechos que los de la colectividad. Si el gobierno no debe resistir a los conquistadores extranjeros, cuyo objeto es arrasar nuestra patria y aniquilar a nuestros conciudadanos, tampoco puede oponerse la

violencia a los individuos que amenazan a la tranquilidad y seguridad públicas. Porque la doctrina profesada por las iglesias, según la cual todos los estados de la tierra fueron establecidos y aprobados por Dios, y las autoridades existentes en los Estados Unidos, en Rusia, en Turquía, etc. emanan de su voluntad, es tan estúpida como blasfemadora. Esta doctrina representa a nuestro Creador como un ser parcial, establecedor o impulsor al mal. Nadie puede afirmar que las autoridades de no importa qué país obran con sus enemigos como lo ordena la doctrina de Cristo. De consiguiente, sus acciones no pueden agradar a Dios, y no pueden ser establecidas por Él, sino destruidas, no a la fuerza, sino por medio de la regeneración moral de los hombres. [...] consideramos imposible para nosotros, no sólo todo servicio activo en el ejército, sino hasta toda función cuyo cometido sea mantener a los hombres en el bien bajo la amenaza de prisión o de sentencia de muerte. Excluimos, pues, de todas las instituciones gubernamentales, rechazamos toda política, y rehusamos todos los honores y todos los empleos humanos. [...] consideramos que no tenemos derecho a recurrir a la justicia para que se nos restituya lo que se nos arrebató, y consideramos que, lejos de perseguirle, obligados estamos a darle nuestra túnica al que nos despojó de nuestro manto. [...] la historia de la humanidad está llena de pruebas de que la violencia física no contribuye al realce moral, y de que las malas inclinaciones del hombre sólo puede ser corregida por el amor; que el mal no puede desaparecer sino por el bien; que no se ha de contar con la fuerza del propio brazo para defenderse contra el mal; que la verdadera fuerza consiste en la bondad, la paciencia y la caridad. [...] en una palabra, nos esforzaremos, por cuantos medios nos sean accesibles, en producir una revolución radical en las opiniones, los sentimientos y las costumbres de nuestra sociedad en lo concerniente a la ilegitimidad de la violencia contra los enemigos exteriores e interiores. Al emprender esta gran obra, perfectamente sabemos que nuestra sinceridad nos expondrá a crueles pruebas, que se nos tratará como al Mesías, a quien queremos imitar. Mas ello no nos espanta.

CAMPOAMOR. --Sí, buena falta que le hizo a este ruso una corona de espinas... ¿Qué sigue?

CORNEJÍN. --Siguen algunos trozos del *Catecismo de la irresistencia* de Adin Ballou, citado por Tolstoi desde la página 18 hasta la 22:

Noé, Moisés y los profetas enseñaron que el que mata, mutila o martiriza a un semejante, comete el mal. Para resistir a este mal y suprimirle, quieren que el que le haya cometido sea castigado con la muerte, con la mutilación o con cualquier otro castigo. Quieren oponer la ofensa a la ofensa, el asesinato al asesinato, el sufrimiento al sufrimiento, el mal al mal. Pero Cristo rechaza todo esto. «Os digo -- escribe el Evangelio-- que no resistáis al malo, que no respondáis a la ofensa con la ofensa, aun cuando de nuevo la hayáis de soportar». Lo que está permitido está prohibido. Habiendo comprendido qué clase de

resistencia enseñan Noé, Moisés y los profetas, sabemos exactamente lo que significa la irresistencia enseñada por Cristo. [...] el que ataca a su prójimo o le ultraja, provoca sentimientos de odio, origen de todo mal. Ofender a nuestro prójimo porque nos ofendió, bajo pretexto de castigo, es renovar una mala acción, es despertar o al menos liberar, animar al demonio, que pretendemos haber rechazado. [...] la verdadera *irresistencia* es la única resistencia al mal. Abate la cabeza del dragón. Destruye y hace desaparecer enteramente los malos sentimientos. [...] si todos los hombres observaran el mandamiento de la irresistencia, nunca se verían ofensas ni crímenes. Si los fieles estuvieran en mayoría, pronto establecerían el poder del amor y de la benevolencia hasta con los ofensores, sin emplear jamás la violencia. Si se encuentran en minoría, aun ejercerían tal acción moralizadora y regeneradora en la humanidad, que todo castigo cruel sería suprimido: la violencia y el odio sería reemplazado por la paz y el amor. Si constituyeran una pequeña minoría, raras veces tendrían que sufrir algo peor que el desprecio del mundo, y sin embargo, el mundo, sin sospecharlo y sin agradecerlo, progresivamente se iría tornando mejor y más sabio, a causa de una influencia oculta. Aun admitiendo que estos miembros de la minoría fueran perseguidos hasta la muerte, tales víctimas en aras de la verdad dejarían tras sí su doctrina, consagrada ya por la sangre del martirio.

¿Qué le sugiere todo esto?

CAMPOAMOR. --Me viene a la mente un libro viejísimo, creo que del siglo XV, que se llamaba *Red de la fe* y que tuvo como autor a un tal Kheltchitsky (o Cheltschizki). En él se decía que el cristiano no sólo no puede ser jefe o soldado, sino que ni aun puede tomar parte alguna en la administración: no puede ser comerciante ni propietario de un dominio: sólo puede ser artesano o labrador. ¡Propáguese todo este cristianismo fosilizado en nuestras modernas ciudades, en donde ni artesanos ni labradores hay, y se verá desaparecer a la cristiandad en un abrir y cerrar de ojos! ¿Eso es lo que deseas, que desaparezca el cristianismo?

CORNEJÍN. --Prefiero que desaparezca a que se prostituya como se prostituye hoy. ¿Seguimos con Tolstoi?

CAMPOAMOR. --Sigamos.

CORNEJÍN. -- **Veo que un bandido persigue a mi hija. Tomo una escopeta, apunto, disparo y mato al bandido. Salvo a la joven, pero la muerte del bandido es un hecho cierto, mientras que ignoro qué hubiera ocurrido a la hija mía. ¡Qué inmenso mal debe resultar, y resulta realmente, del derecho reconocido a los hombres a prevenir las desgracias que pudiesen ocurrir! Desde la inquisición a las bombas de dinamita, las ejecuciones y las torturas de decenas de millares de criminales llamados políticos, ochenta y nueve veces por ciento, se basan en dicho razonamiento (op. cit., p. 40).**

CAMPOAMOR. --Ya te dije mi opinión acerca de la inmoralidad e inutilidad de la pena de muerte, y por supuesto que también estoy en contra de las torturas y de los métodos que utilizó la inquisición y que utilizan los gobiernos autoritarios. Pero no puedo estar en contra de los presidios. Los presidios constituyen un mal

menor, muy pequeño comparado con el caos anárquico que nos evitan. Y con respecto a eso de la irresistencia, es gran pérdida de tiempo divulgar tales doctrinas, pues el hombre no cambiará su instinto ni su carácter por causa de un mensaje racional, por repetitivo que éste sea.

CORNEJÍN. --En la página 42 hay algo relativo a eso:

La observancia de tal mandamiento [no resistir al mal] es, dicen ellos [los eclesiásticos], difícilísima. ¿Y cómo no, si su violación, lejos de ser reprendida, es aprobada; si se bendice a los tribunales, y a las prisiones, y a los fusiles, y a toda clase de armas, y hasta a los combates? Luego no es cierto que este mandamiento sea reconocido, como los otros, por los ministros de la Iglesia. No lo reconocen, mas, no atreviéndose a confesarlo, tratan de disimular su modo de ver.

¿Usted reconoce tal mandamiento?

CAMPOAMOR. --Reconozco que es imposible llevarlo a la práctica.

CORNEJÍN. --No se trata de saber si es posible o imposible practicarlo, se trata de saber si es *deseable* o *indeseable* que la gente lo tome como guía. ¿Es deseable o indeseable para usted?

CAMPOAMOR. --Depende de las circunstancias. ¿Qué más dice Tolstoi en este libro?

CORNEJÍN. --En la página 50, se pregunta:

¿Cómo resolver el antagonismo de personas, unas de las cuales tiran hacia el bien y otras hacia el mal? Porque declarar malo aquello que me lo parece, no obstante la seguridad de mi adversario, que lo cree bueno, todo es menos respuesta. Sólo puede haber dos soluciones: hallar un criterio verdadero, indiscutible, o no resistir al mal con el mal.

Estas palabras son a mi juicio sapientísimas, y ofician de nexo entre la ética cristiana y la duda metódica, que se complementan mutuamente como si fuesen dos órganos sinérgicos integrantes de un mismo cuerpo lógico.

CAMPOAMOR. --No desdeñes la primera solución, que fue la que adoptó la Iglesia Católica con tan buenos resultados, y que es la única posible si no se quiere archivar la fe dentro de un oscuro cajón como si fuese un trasto viejo que ya no sirve para nada.

CORNEJÍN. --Hablando de la Iglesia, escuche lo que dice Tolstoi en las páginas 61 y 62:

La palabra Iglesia está empleada dos veces en el Evangelio: una vez en el sentido de asamblea definidora de una cuestión dudosa, otra al mismo tiempo que las palabras oscuras sobre la piedra, Pedro y las puertas del infierno. De estas dos menciones de la palabra Iglesia, menciones cuyo significado es la palabra como conjunto, se dedujo lo que hoy conocemos con el nombre de Iglesia. Pero Cristo no pudo en ningún caso fundar la iglesia, lo que nosotros entendemos por tal palabra, porque nada que se asemeje a la concepción de la Iglesia actual se encuentra en las palabras de Cristo, en el pensamiento de los hombres de su época.

Y lo remata desde las páginas 67 y 68:

Por raro que parezca, toda Iglesia, como Iglesia, siempre fue y no

puede dejar de ser una institución extraña, si no directamente opuesta a la doctrina de Cristo. No sin motivo la llamó infame Voltaire. No sin motivo todas, o casi todas las pretendidas sectas cristianas reconocieron o reconocen a la Iglesia en la gran pecadora de que habla el Apocalipsis. No sin motivo la historia de la Iglesia es la historia de las mayores crueldades y de los peores horrores.

Las iglesias, como iglesias, no son instituciones cuya base es un principio cristiano. Las iglesias, como asociaciones afirmadoras de su infalibilidad, son instituciones anticristianas. No sólo no hay nada común entre las iglesias y el cristianismo, salvo el nombre, sino que sus principios son absolutamente opuestos y hostiles. Las unas representan el orgullo, la violencia, la sanción arbitraria, la inmovilidad y la muerte; el otro la humildad, la penitencia, la sumisión, el movimiento y la vida.

No se puede servir al mismo tiempo a dos amos: se ha de elegir entre uno y otro.

Tolstoi, al igual que yo, eligió la moral de Jesús; usted eligió la moral de la Iglesia. Ríndale cuentas cada uno a su propio amo. Usted se obnubila con la pompa, con las coloridas vestiduras de seda de los curas, con esas monumentales obras arquitectónicas que son las viejas iglesias...; a nosotros, en cambio, más que obnubilarnos, todos esos faustos y suntuosidades nos asquean. Y es que, como dice Tolstoi en la página 74,

el culto exterior y el culto del bien y de la verdad concílianse difícilmente, y con facilidad se excluyen frecuentemente. Esto ocurría entre los fariseos, y es lo que sucede hoy entre los cristianos de la iglesia oficial.

Esta escisión entre lo exterior y lo interior se debe, según Tolstoi, a que la Iglesia no basa sus rituales en las enseñanzas del Evangelio, sino que, por el contrario, intentó ocultar todo lo concerniente a ese libro debajo de otros detalles puramente decorativos e irrelevantes.

Recuerdo haber presenciado, en la librería del convento Optin, la elección de libros religiosos que un viejo mujik analfabeto hacía para su hijo. Un fraile le recomendaba la historia de las reliquias, de las fiestas, de las apariciones de imágenes, el libro de los salmos, etc.. Yo pregunté al viejo si tenía los Evangelios.

--No.

--Dádselos, pues-- dije al fraile.

--Eso no es para él-- me respondió.

He aquí, en pocas palabras, toda la acción de nuestra Iglesia. [...] una iglesia, cualquiera que ella sea, no puede no tender al mismo fin que la rusa, es decir, a velar el sentido verdadero de la doctrina de Cristo, reemplazándola por medio de una enseñanza que no comprometa a nadie y justifique la existencia de los sacerdotes, alimentados a costa del pueblo. (pp. 77-8)

Y para terminar con lo que opinaba Tolstoi de las iglesias, transcribiré íntegro el último párrafo del capítulo tres:

Lo que las iglesias hacen de los hombres es terrible; pero, si se

examina bien su situación, se reconoce que no pueden obrar de otro modo. Ante las iglesias se aparece un dilema: el sermón de la montaña o el símbolo de Nicea. El uno excluye al otro. Si el hombre cree sinceramente en el sermón de la montaña, el símbolo de Nicea pierde para él todo su valor, y, con el símbolo de Nicea, la iglesia y sus representantes. Y si creyera en el símbolo de Nicea, es decir en la Iglesia, o en los que se llaman sus representantes, el sermón de la montaña se torna inútil para él. Por eso las iglesias no pueden dejar de hacer todos los esfuerzos imaginables para oscurecer el sermón de la montaña y atraer a los hombres a ellas. Gracias a esta acción, las iglesias han podido mantenerse hasta hoy. Que, durante el más corto momento, se prescindiera de esta influencia sobre las masas por medio de la hipnotización, y sobre los niños por el de las mentiras, y los hombres comprenderán casi al momento la doctrina evangélica, y la comprensión de esta doctrina destruirá las iglesias y su influencia. Este es el motivo por el que las iglesias no detienen su acción. Y esta acción es la que hace que la mayoría de los hombres que se denominan cristianos no comprenda la doctrina de Cristo.

CAMPOAMOR. --Está bien; sabemos que la especialidad de Tolstoi es denostar a la Santa Iglesia. Ahora me gustaría saber si este señor entiende algo de filosofía religiosa, pues me parece inconcebible que una persona no versada en estudios filosóficos critique a diestra y siniestra a una institución apoyada, a través de los siglos, por los más grandes pensadores de cada época.

CORNEJÍN. --Tolstoi no entendía mucho acerca de la teología universitaria, pero entendía mucho de religión, porque sin estudiarla, o estudiándola poco, la intuía, la vivía, la sentía como una fuerza interna que le mostraba el camino a seguir. Muchos "filósofos" y "teólogos" profesionales no saben cuál es la diferencia básica entre filosofía y religión; Tolstoi la sabía, según consta en la página 85:

La religión fue y es la definición de la acción en el porvenir y no en el pasado.

La religión apunta hacia el mañana; la filosofía, hacia el ayer. Por eso es tan importante para la filosofía el descubrir el porqué de las cosas, mientras que a la religión más bien le interesa el para qué; la primera estudia esencialmente las causas eficientes de los sucesos, la segunda prefiere comprender las causas finales. Y en base a este carácter postrero inherente a toda religión (carácter contrario a toda superstición, que se apoya en hechos pasados), descubrió Tolstoi una gran verdad, la de que *no se puede ser verdaderamente religioso sin ser a la vez un poco profeta*:

La esencia de la religión está en la facultad que los hombres tienen para profetizar e indicar la senda que debe seguir la humanidad, en una dirección distinta a la seguida antiguamente, y de donde resulte una acción nueva de la humanidad en el porvenir (página 85).

Por eso Jesús fue más profeta que los profetas: barrió con toda la moral hebrea del ojo por ojo e instauró la moral de la irresistencia al mal, que ya no es una moral sino una ética, porque no apunta al bien de una determinada comunidad, sino al Bien en general, al bien del universo.

CAMPOAMOR. --¡Y dale con la irresistencia al mal!... ¿No te das cuenta de que no resistir al malo es exageradamente difícil, por no decir imposible, para cualquier persona, con excepción de los cobardes?

CORNEJÍN. --

El decir que el precepto de la irresistencia al mal por medio de la violencia es una exageración de la doctrina de Cristo, equivale a decir que, en la definición del círculo, la afirmación de la igualdad de radios es una exageración. Obran como obraría un hombre que, no teniendo noción alguna de lo que es un círculo, afirmara que resulta exagerado decir que todos los puntos de la circunferencia están a igual distancia del centro. Esto es no saber lo que es el círculo. Y aconsejar que se rechace o atempere, en la doctrina de Cristo, el precepto de la irresistencia al mal por medio de la violencia, es no conocer la doctrina (pp. 90-1).

CAMPOAMOR. --Hay dos situaciones, y sólo dos, en las que una persona no siente deseos de violentar a un malvado que la perturba: (a) cuando siente miedo frente a la perturbación, y (b) cuando siente amor por el perturbador. A mí se me hace imposible sentir cualesquiera de esas emociones frente a un malvado, así que no tengo más remedio que violentarme.

CORNEJÍN. --Todo es un toma y daca: usted se violenta porque no siente amor por el malvado, pero también es cierto que no siente amor hacia él porque se violenta. Si usted intentase refrenar sus ímpetus vengativos ante quien lo agrede o agrede a sus posesiones, automáticamente verá que parte del odio desaparece. No estoy hablando de refrenarlos por cobardía, porque entonces el odio no desaparecerá: mutará en algo peor al odio mismo, mutará en resentimiento. Hablé de refrenar nuestro ímpetu vengativo en base no a un sentimiento sino a una idea en la que creamos con suficiente certeza, que es la idea de que la irresistencia al mal es éticamente correcta. Una vez persuadidos de que este principio es verdadero, nuestra voluntad racional contará con armas suficientes para vencer a nuestra voluntad instintiva que nos aconseja despedazar al malhechor o escondernos de su vista; habremos vencido al odio y a la cobardía. Pero como el odio es un componente primario de nuestro ser, mucho más primario que cualquier creencia, no podremos vencerlo definitivamente sino hasta que lo combatamos no con ideas, sino con amor. Comencemos entonces nuestra lucha con creencias, con principios, que si estos principios son verdaderos, no tardarán en ir hacia lo profundo de nuestro espíritu en busca del amor que nos hará falta para concluir exitosamente nuestra tarea. Y no se imagine que usted no podría ni siquiera simpatizar con ese asesino y violador, o que no está ni estará nunca interesado en amarlo. Si usted se predispone psicológicamente a ello, lo amará. Una vez que la inteligencia golpea las puertas del amor, éstas se abren de par en par y resulta imposible, incluso para la inteligencia misma, detener el aluvión.

El hombre ama, no porque su interés sea amar a éste o a aquél, sino porque el amor es la esencia de su alma, porque no puede no amar (p. 107).

CAMPOAMOR. --Pero si la irresistencia al mal es una verdad ética tan

inapelable como decía Tolstoi, ¿por qué la humanidad no se decide de una vez a practicarla? Si en dos mil años fueron tan pocos los que la pusieron en práctica, ¿no será porque hay algo en esa doctrina que no es tan conveniente como para basar en ella *todo* nuestro accionar?

CORNEJÍN. --Tolstoi le contesta desde los dos primeros párrafos del capítulo siete:

Con frecuencia se dice que si el cristianismo fuera una verdad, debió ser aceptada por los hombres en el momento de su aparición, y desde entonces cambiar las condiciones de vida, mejorándola. Es como si se dijera que la semilla, desde el momento en que puede germinar, a la vez debe dar tallo, flor y fruto.

La doctrina de Cristo no es una jurisprudencia que, impuesta violentamente, pudiera cambiar al punto la vida de los hombres. Es una mera concepción de la vida más elevada que la antigua; y una nueva concepción de la vida no puede ser prescrita; libremente se ha de asimilársela. Y no puede asimilarse libremente sino por dos sendas: una interior, espiritual, y la otra exterior, experimental.

CAMPOAMOR. --Eso es anarquismo, el más puro y desfachatado anarquismo.

CORNEJÍN. --Es anarquismo, pero no anarquismo político, palabras éstas que se contradicen entre sí, que forman el más grande canto a la incoherencia cuando se unen y que Tolstoi desechaba como desechaba cualquier movimiento que aspirase a formar un gobierno coactivo-coercitivo. En la página 145 dice algo al respecto:

Cualquiera que sea el partido triunfador (monárquico, socialista o anarquista), para instituir un nuevo orden de cosas y conservar el poder, necesario será emplear, no sólo todos los medios de violencia conocidos, sino que se habrán de inventar otros nuevos. Los oprimidos no serán ya los mismos, la opresión tomará nuevas formas, pero, lejos de desaparecer, se tornará más cruel, porque la lucha habrá aumentado el odio entre los hombres.

El verdadero anarquismo, el único anarquismo posible, no es ni el de Proudhon, ni el de Bakunin ni el de Kropotkin, sino el de Jesús, el de la irresistencia al mal. Tolstoi fue militar, participó en la guerra de Crimea y mató (lo ha confesado en sus escritos) a varios de sus semejantes; esto le otorga más mérito a su postura en favor de la no violencia, pues quien la enarbola es un converso. No hay mejor defensor de la doctrina pacifista que un ex militar o un ex policía, así como no hay mejor defensor de la doctrina cristiana que un ex sacerdote y mejor defensor del comunismo de bienes que un ex empresario, un ex terrateniente o un ex comerciante. Abandonar las doctrinas y oficios que requieren de posturas y acciones anticristianas para desarrollarse, es el primer paso para librar al mundo de toda cadena opresiva; y este primer paso, para que resulte satisfactorio, debe darse individualmente, por propia voluntad y en el momento en que lo decida cada uno de los interesados. Voy a recitarle tres párrafos que vienen al caso, extraídos de las páginas 149 y 150:

Preguntad separadamente a cada individuo si considera loable y

digno [...] que se exijan al pueblo --miserable con frecuencia-- impuestos destinados a pagar cañones, fusiles y otros instrumentos destructores; o bien consagrar su vida, mediante sueldo, a organizar la guerra o a prepararse y preparar a los demás para semejante carnicería. Preguntadle si es digno y propio que un cristiano tenga por oficio el de apresar a infelices extraviados, bajo pretexto de que se apoderaron de lo ajeno, o porque mataron cuando no se les mandó matar, el de atormentarlos, el de matarlos por tal causa; si es digno del hombre y del cristiano enseñar, siempre por dinero, flagrantes supersticiones, peligrosas y groseras; si es loable y digno apropiarse para gozar de lo que a otro es necesario, o bien obligar a otros a un trabajo excesivo, o bien aprovechar la necesidad de los extraños para aumentar su propiedad, como, respectivamente, lo hacen los grandes propietarios de terrenos, los dueños de fábricas, los comerciantes. Y todos aisladamente, sobre todo si se habla de otro, responderán al punto *no*. Y sin embargo, ese mismo hombre que ve la iniquidad de sus actos, que no le obliga a nadie a cometer, en ocasiones hasta sin provecho, por vanidad pueril, por un trozo de galón, porque se le permita llevar una cinta en el ojal, se comprometerá voluntariamente a servir en el ejército, será juez de instrucción o juez de paz, ministro, comisario, arzobispo o bedel, funciones todas que le obligarán a cometer actos de los que no puede ignorar la parte vergonzosa e ignominiosa.

Sé que muchos de ellos tratarán de probar con seguridad que todo esto es no sólo legítimo, sino hasta necesario. Y para demostrarlo dirán que las autoridades emanan de Dios, que las funciones del Estado son precisas a la humanidad, que la riqueza no es contraria al cristianismo, etc. Pero ningún hombre puede ignorar que tanto las acciones apuntadas como otras que se cometen, son vergonzosas, malas.

Saben que lo que hacen es censurable, y por nada del mundo obrarían de tal modo si pudieran vencer a los que, cerrando los ojos a la criminalidad de sus acciones, les arrastran a cometerlas.

CAMPOAMOR. --¿Cuál es la principal diferencia entre los anarquistas políticos y los anarquistas "cristianos" que ustedes defienden?

CORNEJÍN. --La principal diferencia está en el *modus operandi*. El anarquista político siente un singular aprecio por las bombas, por las emboscadas, por todo tipo de ataques arteros. El cristiano, en cambio,

no se disputa con nadie, no ataca a nadie, no emplea la violencia contra nadie. Por el contrario, soporta la violencia con resignación, librándose y librando a todo el mundo de poderes exteriores (p. 158).

Y una página más adelante, en dos párrafos tan memorables como los anteriores que cité, explica por qué los anarquismos, socialismos y comunismos políticos atraen a tanta gente y el anarquismo cristiano a tan poca: porque los revolucionarios políticos prometen hacernos más felices sin que tengamos que hacer ningún esfuerzo personal para llegar a ese paraíso, mientras que el anarquismo cristiano promete también un paraíso en la tierra, pero a costa del esfuerzo y del dolor individual de cada uno de los aspirantes al automejoramiento.

Los que disfrutan de las cosas sólo cuando alguien se las acerca en bandeja, esos simpatizan con los revolucionarios políticos; mas nosotros, que disfrutamos tanto de la cosa como del recuerdo del esfuerzo que nos costó llegar a ella, nosotros abogamos por el anarquismo cristiano, también conocido como psicoanarquismo. Y no se diga que los revolucionarios políticos son más activos y menos perezosos que los cristianos por el hecho de que van de un lado a otro, sin descanso, modificando y modificando cuanta estructura exterior a su ser que no les cae en gracia obstaculiza su camino. "La verdadera orgía de pereza --dijo David Lawrence-- es el trabajo". Y esto no es ninguna paradoja, porque trabajar modificando estructuras exteriores nos libra del verdadero trabajo, mucho más penoso y mucho más placentero, que es el que realiza el cristiano día tras día modificándose a sí mismo. Pero basta de cháchara: escuche usted a Tolstoi, a este auténtico escritor de raza, que le dirá más o menos lo mismo que acabó de decirle, pero con infinita más categoría:

Uno de los fenómenos más admirables de nuestra época es que la propaganda del servilismo hecha por los gobiernos que la necesitan, hízose igualmente por los partidarios de las teorías sociales, que se consideran los apóstoles de la libertad. Estos hombres anuncian que las mejoras de las condiciones de vida, que el acuerdo entre la realidad y la conciencia se hará, no a causa de los esfuerzos personales de individuos aislados, sino por medio de una violenta reorganización de la sociedad, que se producirá por sí misma, ignórase cómo. Nos dicen que no debemos caminar hacia el objeto con nuestras propias fuerzas, sino que hemos de esperar a que bajo nuestros pies se introduzca un pavimento móvil, que nos conducirá hacia donde hemos de ir. Este es el motivo de por qué debemos permanecer inmóviles, haciendo que nuestros esfuerzos se encaminen a la creación del pavimento imaginario.

Escuche lo siguiente, usted que buscaba diferencias entre unos y otros revolucionarios:

Los enemigos revolucionarios luchan exteriormente contra el gobierno, mientras que los cristianos, sin luchar, destruyen interiormente todos los principios sobre que el Estado se basa (p. 164).

CAMPOAMOR. --Todo Estado, cualquiera que sea, se basa en la violencia, sea violencia directa o simple amenaza. Admito esto, y admito también que la violencia no es el mejor remedio contra los males sociales. Sin embargo, ahora deben tú y tu amigo Tolstoi admitir que si la violencia apenas nos basta para preservarnos de los elementos malos de la sociedad, su reemplazo por la influencia moral de la opinión pública nos dejaría completamente indefensos.

Cornejín. –

Esto es inexacto, porque la violencia no protege a la humanidad, sino que, por el contrario, la priva de la sola posible protección: la difusión del principio cristiano (p. 184).

CAMPOAMOR. --Pero ¿cómo suprimir la protección visible de la fuerza armada para confiarse a una cosa incomprensible, a la opinión pública? ¿Existe, al

menos? Y luego, el orden de cosas actual nos es conocido; bueno o malo, sabemos sus defectos y estamos acostumbrados a él. Sabemos cómo conducirnos y lo que hemos de hacer en las actuales circunstancias; mas ¿qué sucederá cuando renunciemos a esta organización y nos confiemos a algo desconocido?

Cornejín. –

Temen los hombres al desconocido en que entrarían al renunciar a la actual organización de la vida. Seguramente que es bueno tener miedo, pero de lo verdaderamente temible, y no de lo que sospechamos que lo es. Además, el miedo a suprimir la posible defensa del gendarme, es un miedo particular en los habitantes de las ciudades, es decir, en los individuos que viven en condiciones anormales o artificiales. Los que viven en condiciones anormales, pero no en las ciudades, sino en medio de la naturaleza y luchando con ella, no necesitan esta protección y saben lo poco que la violencia nos protege contra los peligros reales que nos cercan. En estos terrores hay algo de enfermizo, que proviene especialmente de aquellas condiciones artificiales en las que la mayoría de los hombres viven y crecen (pp. 184 y 185).

Y pegadito a este alegato en contra de todo lo artificioso que representan los grandes conglomerados urbanos, Tolstoi cuenta una anécdota cuya moraleja le conviene a usted considerar cada vez que su cerebro le plantee la disyuntiva entre gobierno coactivo-coercitivo y caos social:

Un médico alienista refería que en cierta ocasión, en el estío, saliendo del manicomio, los locos le acompañaron hasta la puerta. --¡Venid conmigo a la ciudad!-- les propuso.

Consintieron los enfermos, y una escasa bandada le siguió. Pero cuanto más avanzaban por la calle, entre el libre movimiento de los hombres sanos, más se intimidaban y se agolpaban contra el médico. Finalmente, todos solicitaron volver al manicomio, a su modo de vivir insensato, pero habitual, a su guardián, a sus golpes, a la camisa de fuerza, a las celdas. De idéntico modo se agolpan y quieren volver a su antiguo modo de vivir los hombres a quienes el cristianismo llama a la libertad, a la vida del porvenir, libre y racional.

CAMPOAMOR. --Y ¿cuál será la garantía de nuestra seguridad cuando el orden social existente desaparezca? ¿Con qué organización nueva será reemplazado? Mientras no lo sepamos, no podremos avanzar hacia donde ustedes quieren.

Cornejín. –

Comparable a esto es la declaración de un explorador que solicitase un mapa detallado de la región que quisiera explorar (p. 185).

CAMPOAMOR. --¿Tienes tú cabal conciencia de lo que ocurriría si no se emplease la violencia contra los enemigos exteriores y contra los elementos criminales de la sociedad?

Cornejín. –

Lo ignoramos. Pero sabemos, gracias a una larga experiencia, que el empleo de la violencia no reduce ni los unos ni los otros (p. 182).

Y lo siguiente, redactado en la página 136, concuerda bastante con la opinión suya acerca de los castigos a los delincuentes:

La acción del gobierno con sus medidas de corrección, presidios, guillotina, concurre a la barbarie de las costumbres antes que a su dulcificación, y, por consiguiente, antes que disminuir, aumenta el número de bribones.

CAMPOAMOR. --Cambiemos de perspectiva. ¿Qué opinaba Tolstoi de los ricos y de los poderosos?

CORNEJÍN. --De los poderosos decía que

están muy lejos de ser santos, precisamente porque disponen del poder (p. 131), y juzgando por la inteligencia, la instrucción y la moralidad (sobre todo), los hombres que poseen el poder no son lo escogido de la sociedad, sino al contrario" (p. 129).

Y en esta misma página dice de los ricos:

No se busque hoy entre los ricos a la mayoría de los hombres superiores, y los ricos no son sino groseros acaparadores de dinero, faltos de otro cuidado que el de aumentar sus riquezas, por impuros medios casi siempre, o bien son los herederos degenerados de estos acaparadores que, lejos de desempeñar un importante papel en la sociedad, inspiran un desprecio general.

Al igual que a mí, el lujo en medio de la indigencia mundial era una de las pocas actitudes que lo encolerizaba:

Una sola existencia lujosa, igualmente en los límites ordinarios, de una familia denominada honrada y virtuosa, que depende, para sus necesidades, del producto del trabajo que bastaría para alimentar a miles de hombres que viven en la miseria, pervierte a más personas que las innumerables orgías de comerciantes groseros, de oficiales, de trabajadores entregados a la embriaguez, al desarreglo, etc., etc. (p. 232).

CAMPOAMOR. --Si estos conceptos hubiesen salido de boca de un pobre vago, diría yo sin dudarlo: ¡envidioso! Pero habiendo salido de boca de Tolstoi, un conde más rico que tú y yo juntos, el grito aquél me veo en la obligación de cambiarlo por este otro: ¡hipócrita!

CORNEJÍN. --Yo creo que Tolstoi no era hipócrita, lo que ocurría era que tenía ideas demasiado grandes en comparación con su voluntad. Prefiero esto, prefiero la "hipocresía" del que dice lo que piensa sin atreverse a concretar lo que dice, que la "sinceridad" del que siempre hace lo que dice porque dice siempre trivialidades que nada cuesta practicarlas.

CAMPOAMOR. --Este último vengo a ser yo, ¿no?

CORNEJÍN. --A veces. Y el primero vengo a ser yo, sólo que yo no esperaré hasta los 82 años para huir de mis posesiones (8).

CAMPOAMOR. --¿Hay algo más en ese libro (libro respetable pero erróneo de pe a pa) que creas que vale la pena rescatar del olvido en el que

merecidamente cayó?

CORNEJÍN. --Sí, todavía me quedan un par de párrafos dignos de mención. Escuche éste, que descansa entre las páginas 231 y 232:

Los ladrones, los asesinos, los timadores, que cometen acciones reconocidas malas por ellos mismos y por todos los hombres, son el ejemplo de lo que no se debe hacer y desagradan a los hombres. Mientras que los que cometen los mismos robos y asesinatos, disimulándose por medio de toda clase de justificaciones religiosas o científicas, como los propietarios, los comerciantes, los fabricantes y los funcionarios, provocan la imitación y causan mal no sólo a ellos mismos, sino también a millares de hombres, a quienes pervierten, a quienes extravían, haciendo desaparecer toda distancia entre el bien y el mal.

Y el último párrafo que le voy a referir, consta de una profecía (páginas 193 y 194):

Día llegará --ya llega-- en que el mundo comprenda claramente que las autoridades son completamente inútiles, que no hacen sino molestar, en el que los hombres a quienes molestan les digan: «Por favor, no nos molestéis». Y todos los enviados y ordenadores se verán obligados a seguir el buen consejo, es decir, a cesar de molestar a los hombres.

¡Amén, carajo! ¡Viva la ética cristiana, la ética más profundamente verdadera que hasta hoy se conoce!

CAMPOAMOR. --¿Ya no te quedan más frases que citar?

CORNEJÍN. --De este libro, no. Podría seguir citándolas de otras obras de Tolstoi que leí, sobre todo de *¿Qué es el dinero?*, *Cuál es mi fe* y de sus *Memorias*, pero usted seguiría sin compartirlas y no haría más que aburrirlo.

CAMPOAMOR. --¿Sabías que hace cien años exactamente, el mismo año en que me morí, el Santo Sínodo excomulgó a tu amigo Tolstoi? Si piensas que fue casualidad, errado estás: ni bien llegué al cielo, unos querubines me preguntaron cuál era el mayor hereje que por esos tiempos habitaban la Tierra, y yo les respondí sin vacilar: ¡el conde Tolstoi! (9). Él nunca tuvo el más mínimo respeto por la Iglesia Ortodoxa rusa. A decir verdad, cualquier ortodoxia, rusa o no rusa, le repugnaba, no podía digerirla. Y es por eso que ahora, si tú me permites, seré yo quien cite largamente una obra de uno de mis escritores favoritos: Gilberto Chesterton; obra que destila verdad desde su mismo título: *Ortodoxia*. Y este homenaje a la Santa Iglesia te lo dedicaré a ti, al hartado conde Tolstoi y a todos los heterodoxos en materia de fe, siempre y cuando estés interesado en escucharme con paciencia y discreción como yo lo he hecho contigo.

CORNEJÍN. --Será un placer. Pues debe usted saber que también para mí Chesterton fue un gran escritor. Fue un escritor apasionado (como casi todos los escritores) que a su vez dejaba traslucir su pasión en sus escritos (como casi ningún escritor lo hace). Y creo que por eso, más que por su retorcida lógica o por su notable sentido del humor, lo considero un gran escritor. ¿Con qué párrafo comenzará usted?

CAMPOAMOR. --Comenzaré, tal como tú lo hiciste con la obra de Tolstoi, con una especie de declaración de principios lanzada desde las páginas 15 y 16:

Si hay quien mantenga que la extinción es preferible a la

existencia, o la vida opaca preferible a la variedad y a la aventura, a éste no lo cuento entre los míos, con ese no hablo. Al que escoge la nada, la nada le doy. Pero estoy seguro de que, en principio al menos, la mayoría de las gentes con quienes me he encontrado en el seno de esta sociedad occidental donde me ha tocado vivir, convendrá conmigo en que necesitamos de esta existencia de romanticismo práctico: de esta sutil combinación entre lo indefinible y lo cierto. Que necesitamos, pues, considerar el mundo de tal suerte que podamos fundir la idea del asombro con la idea del bienestar; que, en suma, necesitamos ser plenamente felices en esta tierra de las maravillas, sin conformarnos con pasarlo medianamente. Y esta es la principal excelencia de mi credo, que aquí me propongo escribir.

CORNEJÍN. --Muy meritorio comienzo. Es bueno saber que si Gilberto me hubiese conocido, me habría considerado uno de los suyos.

CAMPOAMOR. --¿Cómo así? ¿No eres uno de los que afirman que la extinción es preferible a la existencia?

CORNEJÍN. --No, esos son los budistas. Yo no adhiero al budismo en ese sentido.

CAMPOAMOR. --Me refiero a la extinción del alma individual después de la muerte corporal.

Cornejín. --Ah, eso... Pues cambié de parecer. Ahora creo que la conciencia individual sí es inmortal.

CAMPOAMOR. --Vaya vaya; ¿y a qué se debe semejante cambio?

CORNEJÍN. --En un terreno estrictamente racional, la hipótesis del total aniquilamiento de la conciencia individual contradecía un poco a la hipótesis más general que afirma que el mundo está gobernado por un dios bueno y generoso. Si Dios es bueno y generoso, creo que no puede negarle una inmortalidad placentera a cada una de sus criaturas. Preferí entonces quedarme con esta hipótesis del dios bueno y descartar la del aniquilamiento. Éstos, como dije, son los planteos que me hice racionalmente, pero también influyeron en mi cambio de perspectiva los planteos emocionales.

CAMPOAMOR. --Te desconsolaba la idea de no volver a ver a tus seres queridos, ¿verdad?

CORNEJÍN. --Correcto. Por más que en cierto sentido es verdadero eso de que vivimos en nuestros hijos y en nuestras obras, eso no es inmortalidad, porque no soy yo, sino mis genes o mis memes, los sobrevivientes. "¡Yo quiero inmortalidad de bulto!" gritaba Unamuno. Ahora lo comprendo.

CAMPOAMOR. --¿Qué son los memes?

CORNEJÍN. --Las unidades de replicación cultural. Lea *El gen egoísta*, de Richard Dawkins, que fue quien inventó el término.

CAMPOAMOR. --La sociobiología no me interesa demasiado, pero si tú me lo recomiendas lo leeré. Ahora dime una cosa: ¿crees tú en el mismo paraíso en el que creo yo?

CORNEJÍN. --Supongo que su paraíso debe de ser verdadero, puesto que usted afirma que de allí viene. Pero la lógica me impide concordar con su punto de vista.

CAMPOAMOR. --¿Qué dice la lógica en contra de mi paraíso?

CORNEJÍN. --¿En su paraíso existe el dolor o el displacer?

CAMPOAMOR. --No estoy autorizado a contestar ese tipo de preguntas.

CORNEJÍN. --Entonces hagamos suposiciones. Si en su paraíso no existen los dolores ni los displaceres, la lógica me sugiere que, al menos a la larga, los espíritus que allí vivieren terminarán por desconocer también los placeres. Y como estamos hablando de un paraíso eterno, lo que sucederá a la larga con cada espíritu es lo que realmente cuenta. Un paraíso sin placeres no es precisamente lo que promete la Iglesia, pero es lo que se deduce de un paraíso sin dolores. Supongamos ahora que en su paraíso sí existen los dolores o los displaceres. Tengo que admitir que, en este caso, no hay impedimento lógico que niegue tal edén, pero tampoco es un edén así el propagandeado por los obispos.

CAMPOAMOR. --No cometes el mismo error que Hegel. La lógica está muy bien y es imprescindible a la hora de pensar el mundo de los fenómenos, el mundo físico; pero nada tiene que hacer cuando se habla de metafísica.

CORNEJÍN. --¿La metafísica es ilógica?

CAMPOAMOR. --Ilógica no: alógica.

CORNEJÍN. --Yo no puedo concebir la existencia de algo ilógico o alógico.

CAMPOAMOR. --La metafísica es abstracta, como los números. Los números no tienen lógica.

CORNEJÍN. --Pero tienen funcionalidad. Su paraíso no tiene lógica ni funcionalidad.

CAMPOAMOR. --¿Y el tuyo las tiene?

CORNEJÍN. --¡Y cómo le va!

CAMPOAMOR. --A ver, cuéntame un poco lo que sucede allí.

CORNEJÍN. --Con mucho gusto. Yo pienso que al morir el cuerpo de cualquier ser viviente que posea un mínimo de conciencia, automáticamente, o mejor dicho por voluntad de Dios, la conciencia selecciona de su acervo los mejores momentos, los más placenteros, que cada ser disfrutó en su vida en la tierra, y se los pasa a sí misma, sin solución de continuidad y por los siglos de los siglos, pero no a modo de grato recuerdo, sino como si fuesen episodios que nunca nos han sucedido.

CAMPOAMOR. --¿Quieres decir que la conciencia del difunto no tiene conciencia de que está en el paraíso?

CORNEJÍN. --En nuestras más grandes alegrías, en nuestros mayores placeres, ¿no solemos decir que tocamos el cielo con las manos? Luego, la conciencia intuye que se ha fabricado un poco de su propio y particular paraíso, que será revivido una y otra vez cuando el cuerpo muera, pero siempre con la misma pasión e incertidumbre que la primera vez.

CAMPOAMOR. --¿No es un poco muy rebuscada esta idea?

CORNEJÍN. --Puede ser, pero es la única que se me ocurrió capaz de salvar el problema de una felicidad duradera que no se perciba por contraste con los dolores.

CAMPOAMOR. --¿Y qué sucedería con aquellos cuyos mayores goces provienen del sadismo, la crueldad o cualquier otro repugnante vicio?

CORNEJÍN. --Estos placeres evidentemente quedan vedados. Dios permite que los placeres escogidos para cada inmortalidad sean o bien espirituales, o bien

carnales, pero nunca inmorales. Los sádicos, los vengativos, los borrachos, etc., deberán escoger por otro lado, a pesar de que tal vez sus mayores alegrías hayan estado relacionadas con sus pecados.

CAMPOAMOR. --¿Escuché bien? ¿Placeres carnales en el paraíso?

CORNEJÍN. --Sí señor, a falta de los otros, o en ausencia de placeres espirituales nobles suficientemente intensos. ¿Cómo se piensa que sería el paraíso, por ejemplo, para una tortuga si no pudiese revivir en él sus placeres sensitivos? Casi no hay otra cosa que placeres sensitivos en algunos animales, incluidos algunos hombres también; no tendría sentido que Dios los privase de tales momentos. Además ¿no dijo usted que ahí arriba suelen comer nube y que las nubes tienen gusto azucarado?

CAMPOAMOR. --Eso fue metafórico, como cuando se dice de alguien que tiene un carácter "dulce". ¿Y las plantas? ¿Cómo es el paraíso de las plantas?

CORNEJÍN. --No lo tengo muy en claro. Con las plantas sucede algo raro, muy raro. Sobre todo con los árboles. ¿Y? ¿Qué le parece mi paraíso?

CAMPOAMOR. --Demasiado psicológico para mi gusto. Me quedo con el mío (10).

CORNEJÍN. --Allá usted, y que lo disfrute con salud. Pero ¡pobre Chesterton! ¡Lo dejamos abandonado en pleno apronte de su artillería dialéctica! Volvamos a él, por lo que más quiera, antes de que se ofenda y nos mande al infierno en el que, como buen católico, creía ciegamente.

CAMPOAMOR. --¿Y tú? ¿Volviste a creer en el paraíso, pero aún dudas de la existencia del infierno?

CORNEJÍN. --La hipótesis de la existencia del infierno está en palmaria contradicción con la hipótesis más general que afirma que el mundo está gobernado por un dios bueno y generoso.

CAMPOAMOR. --Pero se aviene con la hipótesis de un dios justo...

CORNEJÍN. --Esa hipótesis no forma parte de mi sistema. La justicia, para mí, o es compasión o no existe. ¿Volvemos a Chesterton?

CAMPOAMOR. --Volvamos, y volvamos con un párrafo que seguramente será de tu agrado, extractado de la página 64:

Cuando el hombre de negocios discute el idealismo del chico en su oficina, lo hace en estos o parecidos términos: «Sí, claro está; cuando se es joven se tienen idealismos abstractos y se construyen castillos en el aire; pero en llegando la edad madura, todo eso se desvanece como las nubes en el viento, y entonces le nace a uno esa creencia en la política práctica, ese gusto de operar con la máquina que Dios nos dio, y de habérselas con el mundo de las realidades». Así, al menos, solían predicar me en mi mocedad ciertos filantrópicos viejos, que a estas horas duermen en sus honradas sepulturas. Pero algo he crecido de entonces acá, y en todo este tiempo he podido descubrir que mis filantrópicos viejos mentían a más no poder. Porque me ha sucedido precisamente lo contrario de lo que ellos me profetizaban. Decían que acabaría por abandonar mis ideales para enamorarme de los métodos de la política práctica, y es el caso que de mis ideales no he perdido uno sólo, y que mi fe en los estímulos superiores es la misma de siempre. En cambio he perdido por completo la escasa y pueril

confianza que pude tener en la política práctica.

CORNEJÍN. --Ya lo dijo usted: "La política es un martirio para todo talento especulativo y soñador".

CAMPOAMOR. --Ahora escucha lo siguiente, escrito entre las páginas 84 y 85, y dime si tus entrañas no son invadidas por la emoción:

Posible es que salga el sol todas la mañanas porque no se cansa de salir; de suerte que su rutina puede venirle no de escasez de vida, sino de superabundancia vital. Esto puede observarse muy bien en los niños, cuando dan con algún juego que les entretiene. Un niño se pasa horas enteras saltando, y no por falta, sino por exceso de vida. Porque a los muchachos lo que les está sobrando es la vida; porque sus ánimos son libres y audaces, y por eso necesitan repetir siempre los mismos actos. Constantemente están gritando: «¡que lo haga otra vez!» Y las personas mayores tienen que seguir insistiendo una y otra vez hasta que se mueren de cansancio. Porque las personas mayores no son bastante fuertes para regocijarse con la monotonía. Pero parece que Dios sí lo fuera. Tal vez Dios le vuelva a decir al sol todas las mañanas: «¡que lo haga otra vez!»; y a la luna todas las noches: «¡que lo haga otra vez!» [...] La repetición en la naturaleza bien puede no ser una simple coincidencia, sino algo como el «bis» que se pide a los actores del teatro. El cielo pide el «bis» del número en que el pájaro pone un huevo, y así se hace.

CORNEJÍN. --Confirmando lo del regocijo de los niños en la monotonía: ¡lo sufro en carne propia con mis sobrinos! Y a propósito de mis sobrinos, ¿sabe usted que con ellos mantengo conversaciones mucho más inteligentes que las que podrían suscitarme cualesquiera de los seres maduros que a menudo trato?

CAMPOAMOR. --Suele suceder. A mí los jóvenes, en mi ancianidad, me veían como una especie de sabio bueno, como un patriarca, sobre todo los niños. Por eso escribí alguna vez que

**las hijas de las madres que amé tanto,
me besan ya cómo se besa a un santo.**

CORNEJÍN. --Usted tenía fama de tipo bueno, ¿no?

CAMPOAMOR. --No está en mí decidir si esa fama se correspondió o no con la realidad, pero que la tenía, la tenía. Escucha si no la rima que cierta vez me dedicaron:

**¡Hombre, no inspires amor!
Te lo ruego por Dios vivo,
¡hazte malo, por favor;
pues no serás tan nocivo
en siendo un poco peor!**

Creo, al igual que tú, que Dios es un ser infinitamente bueno, y por eso trato de imitarle, no sé si con acierto. Pero dije mal: no *creo* que Dios sea infinitamente bueno: estoy *convencido* de ello.

CORNEJÍN. --¿Y de dónde le viene tal convencimiento?

CAMPOAMOR. --De todos lados, y precisamente por eso es que mi dogmatismo no es tan sencillo de defender como tu escepticismo.

Muy difícil es defender aquello de que se está convencido profundamente; al par que es relativamente fácil hacer la apología de lo que sólo se cree a medias. Porque cuando se cree a medias en algo es porque se ha dado con esta o aquella prueba, que pueden ser explicadas a los demás. Pero mientras creemos que una teoría filosófica admite prueba particular, no estamos realmente convencidos de ella. Sólo está realmente convencido de su creencia el que la ve comprobada por todas las cosas a la vez. Y cuando sienta su convicción apoyada por más y más razones, más y más pasmado se quedará ante la dificultad de exponerlas de pronto (p. 116).

CORNEJÍN. --A mí también mis creencias se me confirman mirando cualquier punto cardinal, pero eso no quita que deseche yo la posibilidad de que mis miradas, todas ellas, no se correspondan exactamente con la realidad.

CAMPOAMOR. --Si empiezas a mirar más con el alma y menos con el pensamiento, verás que todas esas dudas se te disipan. Ablándate por dentro si deseas que la verdad de Dios te penetre, porque

todo el que no deja que se ablande su corazón, tendrá que sufrir que se le reblandezca el cerebro (p. 60).

CORNEJÍN. --Mi corazón se ablanda cada vez que perdono al que me ofende. ¿Cómo hace usted para ablandar el suyo si nunca pone la otra mejilla?

CAMPOAMOR. --Yo no perdono la ofensa, pero sí perdono al ofensor, y esto, ni más ni menos, es lo que recomienda el Evangelio. Chesterton aclara muy bien este punto en las páginas 131 y 132:

De un modo general, la caridad significa una de estas dos cosas: el perdón para lo imperdonable, o el amor para lo no amable. Pero si nos preguntásemos lo que sentiría sobre esta materia un pagano virtuoso, habríamos ahondado un poco más. Un pagano virtuoso nos diría que hay gentes a quienes se puede perdonar, y otras a quienes no se puede. Un esclavo que roba el vino, es digno de risa; pero uno que mata a su protector, merece la muerte, seguida de la maldición. Hasta donde el acto es perdonable, lo es el autor. Y no cabe duda de que esto es racional y aun edificante; pero es una disolución. No deja lugar para un puro horror de la injusticia, como esos que embellecen tanto al inocente; ni para la compasión sencilla de los hombres, que tanto embellece a los verdaderamente caritativos. Le tocó su turno al Cristianismo, desenvainó su sable y dividió una cosa de otra, separando el crimen del criminal. A éste debemos perdonarle mil y mil veces; el crimen es imperdonable. No basta que los esclavos ladrones de vino inspiren una mezcla de tolerancia y de disgusto; hay que tener más ira ante la perversidad, pero más bondad para el perverso. La ira y el amor tienen campo abierto.

CORNEJÍN. --¿Así justifica usted la violencia interior y exterior a una

sociedad, diciendo que si el soldado mata por amor a la humanidad y por odio al pecado es una persona éticamente intachable?

Campoamor. –

Algún bien ha de haber en la vida de los combates, cuando cantidad de hombres buenos se complacen en ser soldados (página 135).

CORNEJÍN. --Complacerse en ser soldado y ser un hombre bueno es para mí contradictorio. Hubo muchos hombres, como Tolstoi por ejemplo, que *primero* fueron soldados y *después* se hicieron buenos, pero nunca se dieron en un hombre tales condiciones en forma simultánea. ¿Supone usted por ventura que existieron más de un puñado de soldados que hayan amado a sus enemigos mientras los liquidaban? No señor: al soldado se lo prepara para odiar al que tenga enfrente, porque con el odio crece la temeridad, cualidad necesaria en todo combatiente (con excepción de los actuales, que nunca ven cara a cara a sus adversarios).

CAMPOAMOR. --Tu apoyas el pacifismo, y está muy bien si es que va de acuerdo con tu personalidad; pero no le pidas a quien nació para ser un hombre de acción que se vuelva monje tibetano, porque no sólo él, sino el mundo todo lamentará esta desviación vocacional. Siempre que se respeten los dogmas de la ética cristiana, a cada cual le conviene tomar el camino que más satisfaga a sus naturales inclinaciones. Anacoreta, a tu ermita; cruzado, a luchar contra la herejía (no contra los herejes). Así, cada cual en lo suyo, estará homenajeando al Creador. El camino de Tolstoi es sano, pero ¡qué triste sería este planeta si todos nos metiésemos a monje!

Los monjes dicen cuanto ha dicho Tolstoi, y lanzan elocuentes anatemas contra la crueldad de las batallas y la vanidad de la venganza. Pero los tolstoianos no parecen adecuados para correr el mundo, y en la era de la fe no se les permitió semejante cosa (página 135).

CORNEJÍN. --Un tolstoiano puede perfectamente "correr el mundo"; se lo demostraré yo mismo, con mi propio ejemplo..., cuando aumente mi fe y disminuya mi cobardía.

CAMPOAMOR. --¿Y cuándo será eso?

CORNEJÍN. --No lo sé. Tal vez el año que viene, pero lo mismo había pensado hace dos años y aquí estoy, tan burgués como antes.

CAMPOAMOR. --Estudia, hijo, estudia que para eso naciste; no desperdicies tu vida vagabundeando. ¿Acaso no te gusta estudiar?

CORNEJÍN. --Me gusta.

CAMPOAMOR. --¡Ya lo ves! Esa es una prueba más de que Dios quiere que estudies:

Dios hace saltar a la rana; pero saltar es lo que más le gusta a la rana (páginas 76 y 77).

CORNEJÍN. --Me gusta estudiar, pero también me gusta vagabundear. ¿No dice más nada Chesterton sobre los tolstoianos como yo y los cruzados como usted?

CAMPOAMOR. --Dice. ¿Te acuerdas de la famosa profecía de Isaías que figura en el capítulo 11, versículo 6?

CORNEJÍN. --¡Y cómo olvidarla!: "Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará".

CAMPOAMOR. --Muy bien. Y ¿cómo interpretas estas palabras?

CORNEJÍN. --Tal como las escucho: los carnívoros, cuando llegue a la Tierra el reinado del Mesías, no tendrán que sobrevivir a costa del dolor ajeno.

CAMPOAMOR. --Está bien, siempre que no pienses que para llegar a esta utopía el precio a pagar es que nos transformemos todos en manso rebaño. Muy acertado está Chesterton cuando afirma en la página 136 que

suele interpretarse este texto con excesiva ligereza; porque se asegura --sobre todo entre nuestros actuales tolstoianos-- que al reposar junto al cordero, el león mismo se volvió algo cordero. Esto no sería más que una brutal anexión y un desarrollo de imperialismo por parte del cordero: el cordero habría absorbido al león, en lugar de que éste devorase al cordero. El planteo del problema es éste: ¿puede el león dormir junto al cordero sin abdicar de su ferocidad?

CORNEJÍN. --Error. El planteo del problema no es ése sino éste: ¿puede el león dormir junto al cordero sin abdicar de su *valentía*? A este interrogante, me respondo que sí: se puede ser valiente y compasivo sin ser a la vez feroz. "Hay que endurecerse, pero sin perder la ternura jamás", decía el Che Guevara. Él fue un león al que muchas veces le tocó andar entre corderos, y nunca se lo comió.

CAMPOAMOR. --¿Un tolstoiano citando a un guerrillero?

CORNEJÍN. --Guevara no fue sólo un guerrillero. Es más: lo que tenía de guerrillero en su personalidad no es sino anecdótico; vocacionalmente, era un asceta, menos asceta que Tolstoi en la teoría pero superándolo por mucho la práctica.

CAMPOAMOR. --No me imagino al ateo ése deleitándose con una obra de Tolstoi; más bien me parece verlo gozando de los escritos de Nietzsche, pensador antitético del ruso. A propósito de Federico, ¿te interesa saber qué opinaba Chesterton de él?

CORNEJÍN. --Como diría Calculín: "¡Me interesa, me interesa, de los pies a la cabeza!"

CAMPOAMOR. --¿No era Petete, el del libro gordo, el que decía eso?

CORNEJÍN. --No importa. ¿Qué opinaba Chesterton de Nietzsche?

CAMPOAMOR. --En la página 124 dice que algunos ven en este alemán

un modelo de pensador valiente y enérgico. No cabe duda de que fue un pensador muy poético y sugestivo; pero fue casi el polo opuesto de la energía, así como tampoco era audaz; nunca se atrevió a reducir a términos abstractos su pensamiento para considerarlo objetivamente, como lo hicieron Aristóteles, Calvino y hasta Karl Marx, los pensadores sin miedo y sin blanduras.

CORNEJÍN. --Reducir a términos *generales* (no a términos abstractos, que resulta imposible), reducir a términos generales nuestro pensamiento es tarea muy

virtuosa, pero la virtud que se requiere para ello no es la audacia, sino la inteligencia. Cualquier cobarde como quien le habla, de tener la suficiente madurez intelectual, es perfectamente capaz de sistematizar su ideología, así que no hay derecho a llamar miedoso a Nietzsche basándonos en el hecho de que no supo o no quiso redondear una síntesis con todo lo que creía saber(11).

CAMPOAMOR. --Dejemos, pues, en suspenso el veredicto sobre si era o no Nietzsche un pensador pusilánime y preguntémosnos si su idea central, la del futuro superhombre, se compatibiliza con la moral del progresismo. Yo digo que no, y lo mismo dice Chesterton en la página 152. Te sugiero que prestes especial atención a este comentario, porque tu conjunto de ideas (que no sé si deseas que lo llame sistema) cae también en la bolsa:

Algunos creen en un progreso automático y natural, que procede de la naturaleza de las cosas. Pero este progreso natural e inevitable no podría ser un gran estímulo para nuestras actividades políticas; no es una razón de actividad, sino una justificación de la pereza. Si hemos de prosperar necesariamente, no nos torturemos por ello. La doctrina pura del progreso es la mejor razón para no ser progresista.

CORNEJÍN. --El hecho de que la creencia en un progreso inevitable no sea un gran estímulo para las actividades políticas, este hecho, visto y considerando la corrupción que a todo nivel impera en la política, nos indica claramente que la idea determinista es mucho más sana que la que sugiere que nuestra voluntad es libre. "Si hemos de prosperar necesariamente, no nos torturemos por ello". ¿Y esto le parece malo? ¡Qué va, si matamos dos pájaros de un tiro: acabamos con el asqueroso vaho del remordimiento y evitamos que todos esos albedristas prácticos que se desesperan viendo las llagas del mundo dejen de tocarlas con la intención de curarlas y con el resultado de infectarlas! Llámenme justificador de la pereza si así lo desean vuestras mercedes, pero sepan que mil veces prefiero fomentar el ocio creativo, y aun la pereza propiamente dicha, que santificar la ideología que ha puesto al mundo al borde del suicidio ecológico: la ideología, inglesa por excelencia, del trabajo como filosofía de vida; la manía de querer modificar, alterar, trastornar, artificializar tanto como se pueda el mundo exterior a los hombres por no saber cómo hacer para modificar su mundo interno. Léase cuando tenga tiempo la *Psicología política del pueblo inglés* del francés Emilio Boutmy; tengo la esperanza de que así caerá en la cuenta del lavado de cerebro que Chesterton y sus amigos "progresistas" les vienen haciendo de consuno a las sociedades con el objetivo (en parte ya logrado) de transformarlas en meras sociedades de consumo. No digo que a mí nadie me ponga el cerebro en remojo, pero ¿cómo es posible que usted, que se considera con buen criterio un hombre de Dios, haya terminado en uno de esos neblinosos lavarropas que carecen de centrifugado metafísico?

CAMPOAMOR. --Yo no sé nada de lavajes ni de lavarropas, pero sí estoy cierto de una cosa: de que los deterministas están equivocados. Sigo citando desde la página 152:

Si se admite que hay un progreso natural, semejante progreso tendrá que ser muy elemental y sencillo. Es concebible que el mundo se mueva de por sí hacia un objeto determinado; pero no es posible que se

esté operando en él, mecánicamente, un arreglo particular entre múltiples cualidades. Podrá la naturaleza irse volviendo azul de por sí, mediante un proceso tan sencillo que bien puede ser impersonal. Pero no es posible que la naturaleza esté pintando un cuadro con acabados matices y exquisitos colores, a menos que en la naturaleza haya un ente personal. Si el término del mundo fuese llegar a la plena sombra o a la plena luz, se podría llegar a esto de un modo tan inevitable y gradual como se llega al crepúsculo o al amanecer; pero si el término ha de ser una artística elaboración de claroscuro, entonces habrá en el mundo algún designio personal, divino o humano. Por el sólo curso del tiempo, el mundo puede irse oscureciendo como los viejos cuadros, o aclarando como los gabanos viejos; pero para que se transforme en una combinación especial de blanco y negro es necesario que intervenga un artista.

CORNEJÍN. --¡Y me lo dice como si yo no creyera en ese artista!...

CAMPOAMOR. --¿Crees en un dios personal?

CORNEJÍN. --Creo en un dios racional y emocional, es decir, espiritual. No me animo a decir que creo en un dios personal porque la palabra "personal" me suena a jugo gástrico, pero por supuesto admito que la evolución está guiada inteligentemente hacia determinado fin. Y ahora que admití esto, quiero que admita usted que si la evolución no es azarosa, entonces está determinada, así concluye de una buena vez que el determinismo es el mejor aliado de Dios.

CAMPOAMOR. --Esta determinada por Dios, *metafísicamente*. Cada vez que optamos libremente por algo, forzamos a la causalidad física, desordenamos el orden de lo inanimado, gracias a una fuerza proveniente del mundo de lo intenso, del mundo moral. No se puede hablar de ningún tipo de regularidad cósmica cuando permanentemente se están introduciendo en el cosmos de lo extenso nuevas intensiones que desbaratan todo el andamiaje.

CORNEJÍN. --Yo creo que Dios, cuando mete su mano metafísica en nuestro mundo físico, no lo desbarata; antes al contrario, la mete cuando el andamiaje zozobra para evitar que se desregule.

CAMPOAMOR. --Es inútil; nunca nos pondremos de acuerdo sobre tan controvertida cuestión. Sin embargo, a falta de acuerdo en el tema del libre albedrío, veo con sorpresa y agrado que ya no eres el mismo panteísta empedernido del principio de la charla. Ahora me hablas de un Dios espiritual, de un Dios que "mete su mano metafísica en nuestro mundo físico"... Una imagen así nunca hubiese sido utilizada por Spinoza.

CORNEJÍN. --Sí, pero tenga en cuenta que es una imagen y nada más que una imagen.

CAMPOAMOR. --Una imagen que separa a Dios de sus criaturas, o sea que niega al panteísmo.

CORNEJÍN. --Pero no niega al panenteísmo.

CAMPOAMOR. --¡Nooo! ¡No me vengas con eso que me da un infarto y me remuero acá mismo!

CORNEJÍN. --Yo no leí ni un solo libro de Krause, pero usted me habló tanto de su sistema, de sus "incoherencias", de su estéril hibridez..., que terminé

interesándome. Además yo cursé mis estudios secundarios en una escuela técnica llamada "Otto Krause"; tal vez era una premonición ideológica...

CAMPOAMOR. --No es serio adherir al pensamiento de un escritor que jamás has leído.

CORNEJÍN. --He intentado leerlo, pero me aburre. Me sucede con Krause lo mismo que con Kant, a saber, que sin haber leído sus ideas fundamentales directamente de sus escritos, no por eso me cierro a la sospecha que tengo de que son en alto grado verdaderas. Que un pensador no sepa transmitir con claridad sus ideas significa que su estilo es defectuoso, no que sean defectuosos sus pensamientos. Por eso admiro hasta el hartazgo a un Schopenhauer o un Berkeley, que aunaron a un gran discernimiento una literatura precisa y alcance de todos.

CAMPOAMOR. --Si buscas grandes discernimientos en altas literaturas, mejor sigamos con Chesterton. ¿Tú te consideras humanitarista?

CORNEJÍN. --Sí señor.

CAMPOAMOR. --Entonces escucha lo que dice desde la página 153, en donde critica magistralmente todo tu estoico y ascético evolucionismo, evolucionismo humanitario que, en la práctica, y debido a su tendencia a la inacción, provocará una involución o un estancamiento del progreso humano si es que logra masificarse con toda la austeridad y tacañería con que tú lo recubres. El párrafo es extenso, pero vale la pena citarlo íntegro:

Los humanitaristas --y uso la palabra en su sentido ordinario, para designar a aquellos que ponen los anhelos de todas las criaturas por encima de los anhelos de la humanidad-- han formulado frecuentemente cierta creencia cósmica, según la cual, cada vez nos vamos haciendo más humanos; es decir, que todos, unos tras otros, los grupos o secciones de seres, esclavos, niños, mujeres, vacas, y todo lo demás, van siendo gradualmente admitidos a las comuniones del perdón y de la justicia. Hubo un tiempo --añaden-- en que considerábamos lícito el comer gente. No es verdad; pero, en fin, no discutamos su visión de la historia, que es completamente antihistórica. Porque se sabe que la antropofagia es más bien un estado decadente que no un estado primitivo. Más fácil es que el hombre moderno coma carne humana por afectación, que no el pobre hombre primitivo por ignorancia. Pero preocupémonos sólo de las líneas generales del razonamiento, según las cuales los hombres han sido cada vez más tolerantes; primero con los ciudadanos, después con los esclavos, más tarde con los animales y, finalmente (es de esperar), con las plantas. Ya me parecía mal sentarme sobre un semejante; pronto me pareció mal montarme en un caballo; pronto me parecerá mal acomodarme en una silla. ¿No es eso? Este proceso puede considerarse como tipo de la evolución inevitable. Esta tendencia a usar cada vez de menos cosas, claro se ve que es una tendencia bruta e inconsciente, como la de ciertas especies animales a producir cada vez menos hijos. Trátase aquí de un impulso propiamente evolucionista; es decir: estúpido.

Y cierra la idea dos páginas adelante:

Posible es que alguna tendencia nos estreche paulatinamente a no

inquietar con la menor discusión el alma de un hombre; o a no turbar ni con la tos el sueño de un pájaro. La apoteosis final nos descubrirá entonces al hombre en la más completa inmovilidad, temeroso de asustar a las moscas con el menor movimiento, y no osando comer por no molestar a un microbio. Posible es, repito, que un impulso ciego nos arrastre a semejantes extremos. Pero ¿podemos deseárselo?

CORNEJÍN. --Exageraciones al margen (a una silla no le molesta que me siente en ella; a un microbio casi no le duele que mis anticuerpos lo destruyan), digamos que Chesterton nunca podría haber deseado este estado de cosas siendo como era un inglés, es decir, un capitalista, un consumista, un hombre negado para la vida interior, para los placeres espirituales y para las grandes generalizaciones. La gordura de Chesterton, lo mismo que la suya, Campoamor, no son casuales: quien carece de papilas gustativas en el alma suele hacer trabajar a destajo a las que tiene sobre la lengua.

CAMPOAMOR. --Vete, vete a la caverna del comunista Platón y quédate a vivir allí si quieres ser consecuente con tus ideas. El hecho de que Chesterton haya sido progresista no significa que aprobara el desarrollo del capitalismo tal como se viene dando en las grandes ciudades. No estaba de acuerdo, por ejemplo, con que la vitalidad de una sociedad sea medida en relación directa con su estrechidad:

Son frecuentes las quejas contra lo ruidoso y grosero de nuestra época. Con todo, si algo tiene ya de característico es más bien su dejadez y pereza. Todos sus ruidos aparentes son productos de su pereza real. Tómese un ejemplo objetivo: las calles, las calles alternadas por autos y motocicletas. Mas todo ese escándalo ¿se debe acaso a la actividad o al reposo humanos? Menos escándalo habría si hubiese mayor actividad, si las gentes anduviesen simplemente a pie. Más silencioso sería nuestro siglo si fuese, en verdad, más enérgico (página 170).

CORNEJÍN. --Eso me gustó mucho.

CAMPOAMOR. --Aquí hay otro párrafo que sé que será de tu agrado, pues conozco tu aversión hacia el periodismo y hacia las clases económicamente privilegiadas:

Hasta nuestros días se ha considerado a los periódicos como órganos de la opinión pública. Pero, muy recientemente, algunos nos hemos convencido, y de un modo súbito, que no gradual, de que no había tal cosa; de que, por su naturaleza misma, los periódicos no son más que el instrumento de los ricos (página 158).

CORNEJÍN. --Coincido.

CAMPOAMOR. --Ahora viene una cita con la que no coincidirás:

Si queremos destronar al próspero tirano, inútil es intentarlo con la nueva doctrina de la perfectibilidad humana: hay que acudir al viejo dogma del Pecado Original. [...] para provocar en los pueblos la vigilante inquietud social y el arrebató de la acción, difícilmente nos

servirían el Dios Inmanente o la teoría de la Luz Interior, porque todo eso conduce más bien a la conformidad. De mucho nos servirá, en cambio, el Dios trascendente, el rayo fugaz y volador: porque esto implica el descontento divino (página 191).

CORNEJÍN. --Está usted equivocado: coincido completamente con este párrafo, es decir, creo que la idea que expresa es correcta. Lo que pasa es que Chesterton, al menos en teoría, quería derrotar a los tiranos, mientras que a mí no me interesan esos asuntos.

CAMPOAMOR. --Bueno sería que también coincidieras con esto que saqué de la página 198:

De Cristo se ha dicho siempre, acaso con razón, que es dulce y sumiso. Pero las cosas que Cristo ha dicho son siempre gigantescas: su estilo está lleno de camellos que pasan por el ojo de una aguja y de montañas que se precipitan en el mar. Moralmente, no es menos terrorífico: él se ha llamado a sí mismo sable de matanzas, y aconsejaba a los hombres que comprasen sables, si es que querían conservar para sí las sayas que compraban.

CORNEJÍN. --¿Se autollamaba "sable de matanzas"?, ¿aconsejaba la compra de sables para defender las túnicas que después, en Mateo 5.40, recomienda dejárselas a los ladrones sin ofrecer resistencia? ¿De dónde sacó Chesterton estos datos? Me parece que se equivocó y leyó el Corán en vez de los Evangelios: ¡ese no es Jesús, es Mahoma! ¡Imagínese: Jesús aconsejando comprar cosas, como si fuese uno de esos mercaderes que salen en la televisión! Imagínese a Jesús diciendo: "¡Llame ya! Si llama dentro de los siguientes cinco minutos, recibirá con su sable una funda de cuero elegantísima para poder llevarlo sin peligro en la cintura. ¡No lo dude, estamos esperando su llamado!" ¡Herejía, herejía y mil veces más herejía en lo que dijo en este párrafo Chesterton que todo lo escrito por Tolstoi en su vida!

Campoamor. –

Quise ensayar alguna herejía por mi cuenta y, al darle los últimos toques, me encontré con que mi herejía era la ortodoxia (pág. 17 y 18).

CORNEJÍN. --Efectivamente: la ortodoxia católica recomienda comprar sables. ¿Cómo defender si no los tesoros del Vaticano y los billetes del Banco Ambrosiano? El sable y la riqueza siempre van de la mano. Pero tanto el sable como la riqueza son herejías para la verdadera ética cristiana.

CAMPOAMOR. --Hay una nueva frase de Chesterton que niega esto, pero figura en otro libro suyo, uno dedicado *San Francisco de Asís*.

Cornejín. --Igual me gustaría escucharla, si es que la recuerda.

CAMPOAMOR. --¡Cómo no!

No existe, como se imaginan los pacifistas y los necios, la menor inconsecuencia entre amar a los hombres y combatir contra ellos, mientras se les combata noblemente y por una causa justa (página 47).

CORNEJÍN. --Y ¿qué será "combatir noblemente"? Y ¿qué será una "causa

justa"? ¿Acaso Chesterton combatió alguna vez? No; por eso no sabía que en todo combate, o en el 99% de ellos, la nobleza para con el enemigo se desconoce olímpicamente. Tolstoi si combatió; tuvo la oportunidad de ver en vivo y en directo los horrores de la guerra, y eso hizo que terminase detestándola. Chesterton se me hace parecido en este aspecto (y en el aspecto físico también, pues ambos son gordulentos) a un amigo mío llamado Ángel Russo a quien no le agradan los judíos y aplaude a Hitler por haber matado y torturado a unos cuantos millones. Conozco demasiado el carácter de mi amigo como para sospechar que si le tocase a él empalar a un israelita, o no ya empalarlo sino presenciar cómo lo empalan, se negaría de plano (un poco por compasión, otro poco por miedo) a ser partícipe del espectáculo, y todo su teórico apoyo al Holocausto se le iría por el inodoro en un abrir y cerrar de ojos. Eso mismo, si es que había un poco de compasión en su alma, le habría ocurrido a Chesterton de haber tenido la oportunidad de participar en una guerra. Su amor teórico por las "nobles" matanzas hubiérase trocado, o bien en relajamiento de esfínter, o bien en tormentosa repugnancia inmediatamente después de haber visto rodar las primeras cabezas. Y ya que mencioné a los judíos, ahí tiene la prueba más irrefutable de lo difícil (por no decir imposible) que se le hace al hombre más sensato establecer cuándo una causa es justa y cuándo es injusta. Los judíos matan y torturan palestinos aduciendo que lo hacen por una causa justa, pero a su vez los palestinos, también por una "causa justa", no se cansan de dinamitar cuanto edificio judío aparece ante sus ojos. ¿Cuál es, de las dos versiones antitéticas, la verdadera "causa justa"? Chesterton, al igual que los judíos y los palestinos, utilizará para medir esta justicia la vara de la conveniencia, de suerte que la causa justa resulta ser siempre la que mejor se aviene con los intereses morales, económicos o religiosos del juzgador. Nosotros los Tolstoianos, ante semejante contrapunto en el que los dos bandos afirman ciegamente tener la razón, suspendemos el juicio, nos negamos a decidir cuál de las dos es la verdadera causa justa, o mejor: afirmamos que ninguna de las dos lo es, sencillamente porque las causas justas no existen ni jamás existieron, porque el concepto "justicia" no es otra cosa que un eufemismo que oculta tras de sí al concepto "venganza", y por eso, si bien nos repugnan tanto los unos como los otros, por horror a la hipocresía preferimos a quienes, después de maltratar a sus enemigos, admiten que lo hicieron por venganza, que a esos otros que asesinan, encarcelan o empobrecen a su prójimo para luego decir que lo hicieron en nombre de la justicia. ¡Justicia las pelotas, señores! ¡Eso es venganza corporizada! A mí me gusta llamar a los objetos por su denominación; al producto planificado, producto planificado, y al fermento de uva, fermento de uva. ¿Por qué no llamar "Ministerio de Venganza" al Ministerio de Justicia, así nos quitamos las caretas de una buena vez y para siempre? ¡Oh, justicia!... ¡Cuántas atrocidades se cometen en tu honor, cuántos sangrientos homenajes tributados por la humanidad a un ente abstracto que ni siquiera en el universo de las abstracciones existe! ¡Escupo sobre ti, justicia, y quisiera estar tuberculoso para que mi escupitajo contuviese algo más ponzoñoso que el moco y la saliva! Que Chesterton haya dicho semejante taradez ya es cosa digna de mención, pero que la diga en un libro que trata del cristiano más santo y pacífico, eso ya ofende con ofensa incurable no a mí, que casi nunca me ofendo por nada, sino a su propia lógica, la cual, o lo que

quedaba de ella, se acaba de desmoronar ante mis ojos como un castillo de naipes. Ahora sé que todo lo que hay de verdadero en el pensamiento de Chesterton apareció allí de carambola o lo tomó prestado de alguien, porque no concibo que un hombre que admira tanto a San Francisco como a las guerras justas piense con el cerebro, sino más bien con el estómago, con la nalga derecha o con una uña encarnada.

CAMPOAMOR. --Calma, calma, compañero; no te desafiores así que me asustas. Tienes los ojos inyectados en sangre, y las venas que pasan por tus sienes te sobresalen tanto que ya te pareces a Ernesto Sábato. Te recitaré un pasaje tranquilo, ameno, que sé que disfrutarás, para ver si puedo hacer que vuelvas a tus cabales.

CORNEJÍN. --¿Y usted piensa que no disfruté con lo que acabo de decir?

CAMPOAMOR. --Si lo disfrutaste, lo disfrutaste como el sádico que disfruta despedazando a su víctima...

CORNEJÍN. --Es que a mí me revienta la gente inconsecuente, y más todavía los que, siendo inconsecuentes, se jactan de lo contrario. Vea por ejemplo el asunto este de la tolerancia. La idea de la tolerancia se puso de moda, razón por la cual el pensador de rebaño, ese que por nada del mundo contradice a las mayorías, la levanta como ineludible bandera. (Sirva esto, entre paréntesis, para decir que no siempre las modas están equivocadas.) Ahora bien: ¿qué pasa con la tolerancia cuando se la quiere practicar hasta sus últimas consecuencias? Pasa, le respondo, que se debe ser tolerante con todos, incluso, y principalmente, con los intolerantes. Pero no, los tolerantes rebañeros no llegan a esto, porque son sordos a esa voz de la razón que los intima con un "ea, ¿por qué te detienes aquí? ¡La tolerancia no discrimina!" *No discriminarás*; he ahí el principal mandamiento que las sociedades actuales adoran. "¡No nos discriminen!" gritan los negros, y el hombre civilizado aplaude; "¡a nosotros tampoco!" se pliegan los judíos y el aplauso se acrecienta. Pero ¡guay de los amantes del Ku-Klux-Klan o de los nazis que se atrevan a confesar su ideología! Todo el rebaño de tolerantes, con su irracional principio de no discriminación a cuestas, la emprenderá contra ellos con la más descarada intolerancia, discriminándolos como al más judío de los judíos alemanes de la preguerra o como al más negro de los negros cosechadores de algodón de la Norteamérica secesionista. La tolerancia, señor Campoamor, no tiene límites; y si alguno que dice ser tolerante los pone, es porque le gusta cómo suena la palabra en sus oídos, sin haber escuchado jamás con el espíritu la música interior que la idea de la tolerancia lleva consigo.

CAMPOAMOR. --¿No estás siendo un poco intolerante con quienes no concordamos con este tu principio de tolerancia absoluta?

CORNEJÍN. --Estamos hablando de un principio práctico. Mis palabras, por hirientes que sean, viven en el terreno de la teoría, en donde los términos tolerancia y discriminación carecen de validez. Esté usted seguro de que si me topo con uno de estos intolerantes encubiertos, no utilizaré (excepto si me surgiese una motivación instintiva) la *acción* violenta para reconvenirlo; me limitaré, a lo sumo, a la reconvención violenta *de palabra*, y acaso al insulto, actitudes que de ningún modo pueden calificarse de intolerantes, si bien suelen ser el prelude del acto violento.

CAMPOAMOR. --¿El insulto no es un acto de intolerancia?

CORNEJÍN. --El insulto a secas, sin apoyo del puño, suele indignar a los necios y despertar a los sabios; pero indignar a los necios no es lo mismo que ser intolerante con ellos, y no dejaré de intentar sacudir a los buenos dormilones por más que usted piense que hay algo de intolerancia en esta actitud. Diógenes insultaba descaradamente y Sócrates mayéuticamente, pero nunca se iban a las manos contra un oponente, y no se peleaban porque con el insulto no querían provocar, sino educar. ¡Si hasta cuando Diógenes, habiendo sido intimado a no escupir en el piso, escupió la cara de su anfitrión, lo hizo tan sólo con fines didácticos! "Creo más a quien me insulta que a quien me adula" dijo no recuerdo quién. Es frecuente que el insulto y el acto discriminatorio vengán juntos, pero es posible tanto insultar sin discriminar como discriminar sin insultar. Yo insulto y me atengo a las consecuencias sin reaccionar; si me patean, que me pateen (y ahí es donde se medirá mi nivel de tolerancia); y si me agradecen, que me agradezcan nomás (aunque no mucho para no tentar a mi soberbia...). Hace unos años se me había dado por no bañarme muy seguido. Pensaba que era perder el tiempo, o mostrarse por demás afeminado, eso de lavarse dos o tres veces por semana. No me sentía mal en la suciedad, y mis anticuerpos, fuertes como siempre, se encargaban de mantenerme sano. Quién sabe si hoy no seguiría inmerso en esa política emersiva de no ser por el diplomático insulto que Guillermo Crespo, otro de mis incondicionales, me profirió con gran clase cierta vez que visitábamos la casa de nuestro común amigo Javier Zapata. "¿Así que en estos momentos no estás trabajando con tu viejo?", me preguntó, a lo que respondí con un "no. Tengo bastante tiempo libre para leer y escribir y hacer lo que se me cante". "¿Y entonces por qué no utilizás ese tiempo libre para bañarte?" No recuerdo cuántos días hacía que no me higienizaba, pero él no tenía por qué saberlo... a menos que alguien me hubiera delatado. Y ese alguien... era mi olor. Mi olor a linyera podrido que por supuesto yo no percibía y que debieron soportar quién sabe por cuánto tiempo mis padres y mis hermanos sin atreverse a echármelo en cara, *sin atreverse a insultarme*, por temor a ofenderme o avergonzarme. Tampoco Guillermo quería ofenderme o avergonzarme, pero corrió el riesgo con tal de *informarme* respecto de la situación que se había planteado, a saber, el estar molestando con mis vahos a un grupo de personas que no tenían por qué tolerarlos pudiéndose fácilmente destruir con una ducha. Ahora le pregunto a usted: ¿fue un acto de intolerancia ese insulto? Y le contesto que no, que más intolerancia hubiese habido si Guillermo, en vez de insultarme, hubiese comenzado de ahí en más a evitarme, a esquivar mi presencia, sin informarme acerca del porqué de su proceder. Lejos de eso, mi amigo me planteó el problema con la esperanza de solucionarlo; y así como hace instantes le hablé de la bondad de carácter de mi amigo Ángel, ahora le comento que conozco tan bien el espíritu ecléctico y tolerante de Guillermo, que, aunque me hubiese negado a ducharme de inmediato en ese baño ajeno como efectivamente lo hice después de que me lo suplicaran, estoy persuadido de que igual habría permanecido junto a mí tolerando mis olores (al menos por ese día). Y tampoco habría sido la fuga un acto intolerante toda vez que yo supiera por qué se retiraba y tuviera las herramientas necesarias (la ducha) para evitar la evasión. En este caso, la intolerancia hubiera

existido si Guillermo, indignado por mi oloroso estado, me hubiese propinado una golpiza, sea que me hubiese o no anoticiado del suceso que lo indignaba. Nunca le agradecí explícitamente a mi amigo por aquel insulto solapado, pero a cada rato se lo agradezco desde mis interiores, porque su insulto me despertó. Y lo que posibilitó que Guillermo se animara a insultarme fue la informalidad que tengo con él en el trato, informalidad que al parecer no tengo en el trato con mis familiares, pues ellos seguramente habían percibido mis olores mucho antes que mi amigo. Con esto quiero significar que el insulto, que el indignante o despertador insulto, no podrá venir nunca de una persona que no se haya tomado nuestro decoro en solfa. Aquellas personas ante las cuales no nos animamos a rajarnos uno de nuestros estruendosos pedos, esas personas no suelen insultar, pero suelen discriminar con mayor intensidad que los "poco serios", porque los insultos que se guardan se les maceran por dentro y se les transforman en rencor, base de toda intolerancia. Insultemos, pues, cuando sintamos esa necesidad. El insulto es catarsis para el insultador, llamado de atención para el insultado y poderoso buque rompehielos para los dos bandos. Romper el hielo, tirar abajo el muro que el trato formal construye y que impide la proliferación de las grandes amistades, he ahí una tarea muy sencilla para quien cuenta con el zapapico del insulto. Dos personas que nunca se insultan podrán estar unidas por cualquier tipo de vínculo, excepto por la amistad.

CAMPOAMOR. -- Estoy anonadado. Me has dejado anonadado.

CORNEJÍN. --Por nada, gordito.

CAMPOAMOR. --¿Te recito ahora ese pasaje ameno del que te hablé?

CORNEJÍN. --Llamándose *San Francisco de Asís*, el libro todo debería ser tranquilo y ameno. ¡Venga!

CAMPOAMOR. --Está en la página 82, y sé que te gustará porque apoya tu tesis de que la bienaventuranza sólo podrá ser alcanzada mediante la pobreza. Dice mi amigo Chesterton (y lo sigo considerando mi amigo, pese a que nunca lo insulté) que San Francisco

se había sumergido en la pobreza como se sumergen los que cavan locamente en busca de oro. Y es precisamente la calidad positiva y apasionada de este aspecto de su personalidad lo que constituye un reto a la mentalidad moderna en todo el problema de la persecución del placer. Ahí está, innegablemente, el hecho histórico; ahí está, junto a él, otro hecho moral casi igualmente innegable. Es cierto que prosiguió en su carrera heroica y nada natural desde el momento en que se fue, vistiendo su camisa de crin, por los bosques de invierno, hasta que, en su misma agonía, decidió yacer desnudo sobre la tierra desnuda para mostrar que nada poseía y nada era. Y podemos decir, casi con la misma onda certidumbre, que las estrellas, al pasar sobre aquel cuerpo enjuto y consumido, yaciendo en el suelo roqueño, pudieron (siquiera una vez en sus brillantes rodeos sobre el mundo de la humanidad que lucha) contemplar a un hombre feliz.

CORNEJÍN. --Sufrió mucho, pero gozó muchísimo más que lo que sufrió. No se puede ser feliz sin padecer, excepto después de la muerte corporal, como ya le expliqué. Quien poco sufre, poco goza; para un sujeto así, el paraíso escatológico

que yo planteo no es demasiado interesante. Sí para San Francisco y para todos los que no desean apagar su voluntad de vivir, quienes volverán a saborear una y otra vez cada uno de sus mejores momentos sin tener que pasar por el peaje del dolor que aquí en la tierra, si queremos gozar, se nos hace infranqueable. ¿Se acuerda de alguna otra cita que relacione la pobreza con la felicidad?

CAMPOAMOR. --No, pero sé de una que relaciona la pobreza con el pacifismo (página 101):

El buen obispo de Asís expresó como un horror ante la áspera vida que llevaban los Frailes en la Porciúncula, sin comodidades, sin bienes, comiendo lo que encontraban y durmiendo de cualquier modo sobre el suelo. San Francisco le contestó con esa curiosa y casi aplastante rudeza que los no mundanos pueden manejar a veces como una maza de piedra. Díjole: «Si poséyeramos bienes, nos serían indispensables armas y leyes para defenderlos». Esta frase constituye la clave de toda la política que persiguió. Se apoyaba sobre un fundamento de lógica innegable, y con respecto a ella no dejó nunca de ser lógico. Estaba dispuesto a confesar su error en cualquier otra materia; pero en cuanto a esta regla especial estaba seguro de que llevaba la razón. En una sola ocasión viósele iracundo, y fue cuando le propusieron una excepción a esta regla.

CORNEJÍN. --Regla que copió de Jesús y que el Vaticano esconde debajo de sus tapetes.

CAMPOAMOR. --Y que se complementa con lo escrito en las páginas 103 y 104:

La idea global de San Francisco consistía en que los Frailes fuesen como peces que pueden entrar y salir libremente de la red [del mundo feudal]. Pudieron hacerlo precisamente porque eran peces pequeños, y, en tal sentido, aún peces resbaladizos. Nada tenían en ellos para que el mundo pudiese asirles, pues el mundo nos ase, generalmente, por los bordes de nuestros vestidos, por las exterioridades fútiles de nuestras vidas. [...] al imaginar la vida de aquella especie de visionario vagabundo, podemos ya echar una ojeada sobre el aspecto práctico de aquel ascetismo que choca a quienes se consideran a sí mismos como gente práctica. Para pasar entre barrotes y salir de la jaula, se impone que uno sea delgado; y debe tenerse el cuerpo ligero para poder andar tan deprisa y tan lejos. Todo el cálculo de aquella astucia inocente, por decirlo así, estaba en que el mundo debía verse flanqueado y burlado por él, encontrándose en la perplejidad de no saber qué hacerse con él. No podía rendirse por hambre a quien siempre ayunaba. No podía arruinarse y reducir a la mendicidad a quien ya era un mendigo. Y se hallaba sólo una satisfacción muy tibia en pegarle bastonazos, por cuanto él contestaba sólo con pequeños brincos y gritos de alborozo, ya que la indignidad era su dignidad única. No podía ponerse una soga en torno a su cabeza sino a riesgo de que la soga se convirtiese en halo.

CORNEJÍN. --Después de esto, no creo que Chesterton pudiese haber dicho de los franciscanos lo que dijo de los tolstoianos, que "no parecen adecuados para correr el mundo"...

CAMPOAMOR. --Nunca diría eso de los franciscanos. Lo dijo de los tolstoianos porque identificaba a Tolstoi con la vida monástica, segura y aburrida, y no con la vida errante.

Lo importante en un monje consistía en tener resuelto su problema económico: sabía dónde encontrar su cena, aunque fuese una cena muy frugal. Pero lo importante en un fraile estribaba en que no sabía dónde encontrar su cena. Siempre existía para él la posibilidad de no encontrarla. Había en ello algo novelesco, como para los bohemios o los aventureros (página 108).

CORNEJÍN. --Tolstoi quería imitar a Jesús; luego, no quería ser monje. Los monjes tienen propiedades; ¿cómo haría Tolstoi, con su pacifismo auestas, para evitar que se las robaran?

CAMPOAMOR. --A propósito de los amigos de lo ajeno, ¡singular modo de tratarlos tenían los franciscanos!:

Nadie se sorprendería al leer que Fray Junípero corrió en pos del ladrón que robara su capucha, rogándole que tomase también su hábito, porque así lo ordenara San Francisco. Nadie se sorprendería si San Francisco hubiese dicho a un joven noble, a punto de ser admitido en su compañía, que, lejos de perseguir a un bandido para recuperar los zapatos que le robara, debía perseguirle para regalarle las medias. Puede gustarnos o no la atmósfera que esas cosas implican; pero sabemos qué clase de ambiente es. Reconocemos en él una nota determinada, tan clara y natural como la de un pájaro: la nota de San Francisco. Hay en ella algo de amable burla ante la idea de posesión; algo de la esperanza de desarmar, con generosidad, al enemigo; algo del sentido humorístico de sorprender al mundo con lo inesperado; algo de la alegría de llevar una entusiasta convicción hasta su extremo lógico (página 121).

CORNEJÍN. --A mí nunca me han robado cara a cara, pero sospecho que tarde o temprano me sucederá, y entonces... ¡cómo me gustaría tener el coraje suficiente como para perseguir al ratero tal como lo persiguió Fray Junípero!

CAMPOAMOR. --Te recomiendo que no lo hagas: en el siglo XIII los rateros no usaban revólveres... Pero me parece que ya empiezo a extrañar tus "tolerantes" insultos; voy a recitarte un párrafo de la página 126 que confío soltará tus invectivas:

No queda espacio en este libro para explicar cómo San Francisco, al igual que Santo Domingo, hubiera en último término justificado la defensa de la unidad cristiana por medio de las armas. Se requeriría, en verdad, de un libro voluminoso, y no un libro como el presente, para desarrollar este punto solo, desde sus principios.

CORNEJÍN. --¿Y escribió Chesterton ese voluminoso libro?

CAMPOAMOR. --Me parece que no.

CORNEJÍN. --¿Por qué habrá sido, por qué se privó de desarrollar esa hipótesis tan interesante?

CAMPOAMOR. --Tal vez le faltó tiempo.

CORNEJÍN. --O tal vez le faltó cerebro al decir lo que acabo de escuchar, y luego volvió en sí, olvidándose del asunto. O tal vez le faltó sofistería, que no otra cosa hubiera necesitado para llevar a buen puerto semejante baladronada. ¿Satisfecho?

CAMPOAMOR. --Satisfecho. Y más satisfecho quedarás tú con Francisco después de que te cuente este episodio (páginas 129 y 130):

Se había establecido en Bolonia una magnífica casa de misiones franciscanas; y un gran número de frailes y simpatizantes formaba a su alrededor como un coro de aclamaciones. Su unanimidad tuvo una singular interrupción. Un hombre solo, entre aquella multitud, volvióse de improviso, increpando al edificio como si hubiese sido un templo babilónico, y preguntando con indignación desde cuándo se escarnecía a Nuestra Señora la Pobreza con el lujo de los palacios. Era Francisco, figura extravagante, regresando de su Cruzada oriental, y fue aquella la primera y última vez que habló a sus hijos con enojo.

CORNEJÍN. --Me hace acordar al incidente entre Jesús y los mercaderes del templo de Jerusalén, aunque éste me perturba un tanto, y es que no me lo imagino a Jesús revoleando las mercancías y rompiendo a palazos los jarrones. Si en verdad sucedió, esto demostraría que Jesús era simplemente humano, porque dejó que la ira traicionase a sus ideas.

CAMPOAMOR. --¿Te parece bien que termine de citar este libro con una nueva incursión en el siempre pantanoso terreno de la propiedad privada y el colectivismo?

CORNEJÍN. --Me parece fantástico. Poco y nada se habla de estos temas en la actualidad; todos prefieren pisar la "tierra firme" del capitalismo. ¡Embarrémonos nosotros, pues!

CAMPOAMOR. --Entonces prepárate, que viene el párrafo más extenso de todos cuantos he citado (páginas 149, 150 y 151):

Este libro es un ensayo sobre San Francisco, y no sobre la Orden Franciscana, y menos aún sobre la Iglesia Católica, o el Papado, o la política seguida con respecto a los franciscanos radicales o *Fraticelli*. Es sólo necesario, por tanto, anotar en muy pocas palabras lo que fuera la naturaleza general de la controversia que se levantó después de muerto el gran santo, y que turbó, hasta cierto punto, los últimos días de su vida. Su detalle predominante fue la interpretación del voto de la pobreza, o la renuncia a toda clase de posesiones. Nadie, que yo sepa, se propuso nunca contrariar el voto del fraile que le obligaba a no poseer cosa alguna como pertenencia personal. Es decir: nadie se propuso contrariar su renuncia a la propiedad privada. Pero algunos franciscanos, invocando en su favor la autoridad de San Francisco, llegaron más allá de esta renuncia, y aún más allá de donde, en mi opinión, nadie haya llegado. Propusieron abolir, no sólo la propiedad

privada, sino la propiedad en general. Esto es, se negaron a ser corporativamente propietarios de nada; ni de edificios, ni de provisiones, ni de utensilios; se negaron a poseer aquellas cosas colectivamente, aun cuando usaban de ellas en colectividad. Es perfectamente cierto que muchos, especialmente entre los primeros partidarios de aquella idea, fueron hombres de espíritu magnánimo y desinteresado, consagrados plenamente al ideal del gran santo. Es cierto también que las autoridades eclesiásticas no consideraron viable aquel arreglo y, al modificarlo, llegaron a suprimir aun algunas cláusulas del testamento del santo. Pero no resulta fácil ver que aquél *fuese* un arreglo visible, ni siquiera un arreglo; porque era, en realidad, una negación de todo arreglo. Todo el mundo sabía, naturalmente, que los franciscanos eran comunistas; pero aquello tenía más de anarquista que de comunista. Seguramente, por encima de todo argumento, algo o alguien debe ser responsable de lo que pase con ciertos edificios históricos y bienes y posesiones corrientes. Muchos idealistas de carácter socialista, especialmente los de la escuela de Mr. Shaw o de Mr. Wells, han tratado de esta disputa como si fuera, simplemente, una anécdota de la tiranía de los pontífices opulentos y perversos aplastando a la verdadera cristiandad o a los socialistas cristianos. Pero en realidad, aquel ideal extremado era, en cierto sentido, contrario a lo socialista, y aun a lo social. Precisamente a lo que aquellos entusiastas renunciaban era a aquella propiedad social sobre la que está basado el socialismo; lo que ellos se negaban a hacer principalmente era lo que constituye la razón de ser de los socialistas: poseer legalmente en su capacidad colectiva. Tampoco es cierto que el tono que usaron los papas hacia aquellos entusiastas fuese sólo duro y hostil. El Papa mantuvo durante largo tiempo un convenio que había dictado especialmente para resolver las objeciones de conciencia formuladas por los disidentes; un convenio por el cual el propio Papado conservaba la propiedad como en una especie de garantía para los propietarios que renunciaban a usar de ella. La verdad está en que este incidente demuestra dos cosas muy corrientes en la historia católica, pero muy poco comprendidas por la historia periodística de la civilización industrial. Demuestra que los santos eran, a veces, grandes hombres cuando los papas eran hombres de poca talla. Pero demuestra también que los grandes hombres se equivocan, a veces, y los hombres de poca talla llevan razón. Y sería muy difícil, después de todo, a un observador honrado y clarividente, negar que el Papa llevase razón cuando insistía en que el mundo no se hizo solamente para franciscanos.

CORNEJÍN. --No hay duda de que Chesterton conocía muy bien la diferencia de criterio que divide a los socialistas de los anarquistas: mientras que los primeros, negando el derecho a la propiedad privada, admiten como lícita la propiedad colectiva, los segundos no desean poseer bienes materiales ni privada ni colectivamente. Esto está muy claro. Ahora bien: ¿quién le dijo a Chesterton

que San Francisco era socialista y no anarquista? De haber sido socialista, de haber considerado a la propiedad colectiva como algo lícito para el cristiano, habría tenido que armar a sus hombres o contratar policías para defender esas posesiones. Francisco nunca hizo eso; luego, su ideal era el anarquismo y no el socialismo; luego, los fraticelli estaban en lo cierto y el papado, errado (12).

CAMPOAMOR. --Lo único que querían los fraticelli era separarse del cristianismo. Chesterton nos cuenta (página 151) que muchos de los seguidores de San Francisco

se sentían más o menos dispuestos, en el fondo de su alma, a considerarle como fundador de una religión. Deseaban que el espíritu franciscano se saliera del cristianismo como el espíritu cristiano se salió de Israel. Deseaban que eclipsase al cristianismo, como el espíritu cristiano eclipsara a Israel.

CORNEJÍN. --Los franciscanos, tanto los comunistas como los anarquistas, no deseaban eclipsar al cristianismo, sino al catolicismo. Los papas, con su pompa y su boato, eran los verdaderos tránsfugas del cristianismo; ellos, y no los fraticelli, fundaron una nueva religión, la religión católica, salida de las entrañas del cristianismo pero que poco y nada respeta los principios éticos de su progenitor. El padre de los judíos es Moisés; el padre de los cristianos es Jesús; el padre de los católicos es Constantino.

CAMPOAMOR. --Yo no concibo que un problema tan terrenal como es el de determinar si la propia privada, o la propiedad colectiva, son compatibles o no con el espíritu cristiano, no concibo que un asunto así te lleve a abjurar del catolicismo. La metafísica, y no la política o la economía, es lo que debes juzgar con detenimiento para decidir si una religión es o no verdadera. Pero aun así, aunque desdeñes la metafísica y te sumerjas en estas pequeñas cuestiones, puedo probarte, citas mediante, que la Iglesia no se ha equivocado ni siquiera en esto de defender el derecho de propiedad. El Evangelio recomienda el desapego de los bienes de la tierra, pero ese desapego no significa que el hombre debe evitar su uso, sino apenas que los debe usar con superioridad y fuerza de alma, así como con templanza cristiana, en lugar de dejarse esclavizar por ellos. Cuando el hombre no procede así y hace mal uso de sus bienes, el mal no está en los bienes, sino en él mismo. Así, por ejemplo, el mal del borracho está en sí mismo y no en el vino precioso con que se embriaga. En el universo todo fue admirablemente dispuesto por Dios, y no hay nada que no tenga su razón de ser. Sería inconcebible que el oro, las piedras preciosas, la materia prima de los tejidos finísimos, fueran una excepción a esta regla. Ellos existen por un designio de la voluntad divina para justo deleite de los sentidos, tanto como un bello panorama, el aire puro, las flores, etc.. Y además de eso son medios para adornar y elevar la existencia cotidiana de los hombres, refinarlos en la cultura y hacerlos conocer la grandeza, la sabiduría y el amor de Dios. Te darás cuenta, mozalbeta anarquistoide, de que siendo los bienes buenos en sí mismos, puede encararse su uso con espíritu perfectamente sano, y no egoísta. Fue en este espíritu que la Iglesia siempre utilizó todos estos bienes para lo que ella tiene de más sagrado, que es el culto divino. Lo que no habría hecho de modo alguno si se transgrediese con esto la voluntad de su Fundador. Y en todos los tiempos ella estimuló a los

individuos, a las familias, a las instituciones y a las naciones a que, con la misma templanza, siguiesen su ejemplo, adornando y dignificando así, para la grandeza espiritual y el bien materia de los hombres, los ambientes de la vida doméstica o de la vida pública. Es por esto mismo que se le ha concedido a la Iglesia con toda justicia el título de benemérita de la cultura, del arte y de la civilización. Una de las ventajas de permitir una armoniosa desigualdad de bienes está precisamente en permitir en las clases más altas un florecimiento particularmente espléndido de las artes, de la cultura, de la cortesía, etc., que después dimana de ellas hacia todo el cuerpo social.

CORNEJÍN. --Estoy conmovido por su discurso, pero acláreme una duda: si en la mansión de alguna de estas familias de las clases más altas se metiese un ladrón que pretendiese llevarse algunos objetos de valor, ¿qué actitud debería tomar el susodicho magnate si desease no traicionar las enseñanzas de Jesús? Si llama a la policía o lo corre a balazos, ¿de qué sirvió el sermón que dio Jesús en la montaña? El rico asaltado, si además de rico pretende ser cristiano, no debería querer frustrar el asalto; muy por el contrario, le prestaría su automóvil al ratero para que pudiese cargar en él los objetos que no podría llevar en su bolsa. Vemos así que la riqueza, como dice usted, no es contraria al espíritu cristiano; lo que sí es contrario a él es la defensa de la riqueza por medios violentos, es el no poner la otra mejilla cuando nos abofetean, es el no darle nuestra capa a quien nos quita nuestra túnica. Pero ¿podrían, hoy día, existir las clases altas si los ricos no defendiesen sus posesiones por medio de la violencia? Rotundamente, no. Habiendo tantos ladrones, las posesiones de los ricos serían robadas inmediatamente. De lo que se deduce que, hoy día, las clases altas e incluso las clases medias mantienen su condición de tales mediante amenaza o defensa violentas, o sea que ningún integrante de estas clases respeta las enseñanzas de Jesús. La conclusión es clarísima: *no se puede, o hoy día, ser cristiano si se dispone de posesiones valiosas o apetecibles para los demás.* ¿Qué me haría el Papa si me metiese yo en el Vaticano y pretendiese, cortafierro en mano, llevarme un recuerdo de mi paso por ese sagrado recinto? ¡Me patearía los cuartos traseros, quién lo duda! Lo que demostraría, una vez más, que ni el Papa y la Iglesia toda comprendieron nada de lo que dijo Jesús acerca de la licitud o ilicitud de nuestras posesiones. Pero usted dijo que probaría su punto de vista mediante citas; ¿a quién citará?

CAMPOAMOR. --Por empezar, te puedo citar a Pío XI, quien en su encíclica *Quadragesimo Anno* (1931) afirma que "deben siempre permanecer intactos el derecho natural de propiedad y el que tiene el propietario de legar sus bienes". Incluyo en la cita el derecho de herencia porque sé que también te desagrada.

CORNEJÍN. --No me desagrada el derecho de herencia, sino las personas que se acogen a él. ¿Puedo citar yo también?

CAMPOAMOR. --¡Cómo no!

CORNEJÍN. --Entonces voy a citar de un pasaje de la *Carta de Bernabé*, documento que data de comienzos del siglo II: "Comunicarás en todas las cosas con tu prójimo, y no dirás que las cosas son tuyas propias, pues si en lo imperecedero sois partícipe en común, cuanto más en lo perecedero".

CAMPOAMOR. --Ahora me toca a mí, y a León XIII y su encíclica *Rerum novarum* (1891): "Poseer algunos bienes en particular es [...] derecho natural al

hombre; y usar de ese derecho, mayormente cuando se vive en sociedad, no sólo es lícito, sino absolutamente necesario".

CORNEJÍN. --No estaría de acuerdo con eso San Basilio (siglo IV), quien, desde su homilía intitulada *Desarmaré mis graneros*, número 7, le pregunta al rico insensato (Lucas, 12. 13-21): "¿Qué cosas, dime, son tuyas? ¿Las tomaste de alguna parte y te viniste con ellas a la vida? Es como si uno, por ocupar primero un asiento en el teatro, echara fuera a los que entran, haciendo cosa propia de lo que está allí para uso común. Tales son los ricos, por haberse apoderado primero de lo que es común, se lo apropian a título de ocupación primera".

CAMPOAMOR. --Vuelvo a la *Rerum novarum* de León XIII: "La autoridad de las leyes divinas [...] prohíbe gravísimamente hasta el deseo de lo ajeno: No desearás la mujer de tu prójimo, ni la casa, ni el campo, ni la esclava, ni el buey, ni el asno, ni nada de lo que es suyo" (*Deuteronomio*, 5. 21). Si se prohíbe desear lo ajeno, se está admitiendo que nuestro prójimo tiene derecho a poseerlo.

CORNEJÍN. --Siempre me intrigó ese asunto de prohibir ciertos deseos. A mí pueden prohibirme que *haga* tal o cual cosa y castigarme si no cumplo, pero prohibirme que *desee* tal o cual cosa no tiene sentido. Yo puedo evitar hacer cosas, pero ¿cómo evito desearlas? El único medio eficaz para evitar el deseo, como bien decía Oscar Wilde, es el de sucumbir a él, pero no creo que pensara en esto el autor del Deuteronomio cuando escribió los famosos diez mandamientos...

CAMPOAMOR. --Quien no puede controlar sus deseos no merece llamarse ser humano.

CORNEJÍN. --Yo puedo controlarlos en el sentido de no concretarlos en la práctica, pero no puedo evitar desear lo que deseo. Puedo hacer lo que quiero, decía Schopenhauer, pero no puedo no querer lo que quiero.

CAMPOAMOR. --Si no te molesta, preferiría volver a nuestro asunto que continuar esta discusión.

CORNEJÍN. --Volvamos entonces. Era mi turno, ¿no? Pues aquí voy: "Todos los que formamos un solo corazón y una sola alma no dudamos en comunicarnos los bienes materiales. Todas las cosas son comunes entre nosotros, excepto las mujeres" (Tertuliano, *Apologético*, número 39, principios del siglo III). Permítame aquí una nueva digresión: ¿por qué rara inconsecuencia los cristianos primitivos no incluían al sexo en su sistema comunitario? ¿Consideraban a las mujeres como propiedad privada de cada cual?, porque si es así cometían no uno sino dos errores: violaban su desprecio a la propiedad privada y trataban a las mujeres como meros objetos de uso cotidiano. Para nosotros los sicoanarquistas, las mujeres son tan comunes a cualquier hombre como los hombres lo somos a cualquier mujer. Si una mujer me desea, y yo la deseo a ella, la ética no tienen ningún reparo en que nuestro deseo se concrete sexualmente por más comprometidos que estuviésemos con otra persona, siempre y cuando no le ocultemos a esta otra persona el triángulo, el cuadrado o el polígono que fuere que se ha formado y del que participa para ver si desea seguir participando. ¿Sabe por qué la monogamia tiene tanta prensa? Porque el hombre es egoísta. Quiere asegurarse de que el hijo que está criando es suyo, que no está invirtiendo su tiempo y su dinero en el cuidado de unos genes que nada tienen que ver con él. Yo postulo una sociedad en la cual todo sea común a todos, incluidos los maridos, las esposas... y los hijos. Hoy cada pareja cuida a los que supone son

sus hijos y se desentiende del resto; mañana, un poco porque el amor de la gente no se limitará a su prole, otro poco porque, al ser la sexualidad libre, ningún hombre sabrá con certeza cuáles son sus hijos, la crianza de los niños será comunitaria; querremos a todos los niños de nuestra comunidad por igual, lo que redundará en beneficio de todos, sobre todo de aquellas criaturas cuyos padres biológicos hoy en día no les prestan la más mínima atención. De este modo, el ser humano se perfeccionará con mayor fluidez bajo sus dos aspectos: genético y educacional. Mejorará su genética porque los niños serán el fruto del amor o al menos en la pasión y no del hecho de no tener nada mejor que hacer un sábado en la noche; y como el amor apasionado, y luego la pasión sin amor, recombinan la genética de la pareja de modo muchísimo más armonioso que cualquier laboratorio, el resultado será una casta de jóvenes *predispuestos* a la revolución, a la santidad y/o a la sabiduría, predisposición que se confirmará en mucho mayor porcentaje que el actual debido a que los hombres y mujeres realmente interesados en la educación de los jóvenes tendrán la oportunidad de cuidar de cuanto niño se les cruzare por delante, mientras que los padres negligentes harán sus cosas y se olvidarán de sus hijos, lo que ambas partes agradecerán. (Y ni que hablar de las solteronas y de las viejas ávidas de nietos que no llegan: ya no serán los gatos callejeros, sino verdaderos infantes, los que se beneficiarán con todo ese cariño que hoy se desperdicia.) En resumen, el amor libre, y la educación comunitaria de los hijos provenientes del amor libre, es algo mucho más deseable que la familia monogámica que propugna el catolicismo y que los harenes oligárquicos del islamismo. De más está decir (pero igual lo digo) que si una pareja tomase la decisión de vivir en una fiel monogamia, ningún sicoanarquista se lo impedirá. Bien por ellos, que serán la excepción que confirma la regla. Y lo mismo para la poligamia y la poliandria.

CAMPOAMOR. --Dime algo: ¿por qué tus digresiones tienen que ser tan heréticas?

CORNEJÍN. --Yo no tengo la culpa de que, a los ojos de la Iglesia, la ética sea herética.

CAMPOAMOR. --Por el bien de tu cordura y de tus lectores, no publiques nunca lo que acabas de decir en contra del santo sacramento del matrimonio. ¿Acaso tú no estás enamorado? ¿Cómo te caería la noticia, de boca de tu propia amada, de que ha estado revolcándose con otro?

CORNEJÍN. --Creo que me excitaría un poco...

CAMPOAMOR. --Volvamos a nuestras citas. Esta conversación me asquea, me descompone...

CORNEJÍN. --¿Se siente mal? ¿No tendrá hipocresitis?

CAMPOAMOR. --¿Qué enfermedad es esa?

CORNEJÍN. --Es cuando se inflama la glándula hipocrésica, que es la encargada de segregar ese humor nauseabundo llamado hipocresía.

CAMPOAMOR. --No, nunca sufrí esa enfermedad, ni mi señora tampoco. Retomo el hilo con Pío XII y su radio mensaje *Oggi* de 1945 (párrafo 22): "La conciencia cristiana no puede admitir como justo un ordenamiento social que, o niega en absoluto, o hace prácticamente imposible o vano el derecho natural de propiedad, tanto sobre los bienes de consumo como sobre los medios de producción".

CORNEJÍN. --Yo le voy a San Juan Crisóstomo (siglo IV), quien en su homilía VII intitulada *Sobre los Hechos de los Apóstoles* dice que "no se daba entre ellos esa fría palabra de «mío» y «tuyo»".

CAMPOAMOR. --Tampoco se da esa palabra entre los animales, pero bien que la respetan. Escucha con atención a León XIII con otra de sus encíclicas, llamada esta vez *Quod Apostolici Muneris* (1878): "La Iglesia reconoce [...] que la desigualdad existe entre los hombres, naturalmente desemejantes por las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y que esta desigualdad existe también en la posesión de los bienes; por lo cual manda, además, que el derecho de propiedad y de dominio, procedente de la naturaleza misma, se mantenga intacto e inviolable en las manos de quien lo posee".

CORNEJÍN. --A esto le opongo nuevamente a San Basilio con otro párrafo de la citada homilía: "... ¿Conque hay que llamar ladrón al que desnuda al que va vestido, y habrá que dar otro nombre al que no viste a un desnudo, si lo puede hacer? Del hambriento es el pan que tú retienes; del que va desnudo es el manto que tú guardas en tus arcas; del descalzo, el calzado que en tu casa se pudre. En resolución, a tantos haces agravios, a cuantos puedes socorrer".

CAMPOAMOR. --Ese apologista de la subversión que fue San Basilio no puede ni siquiera opacar a nuestro Pío XII y sus sensatas oraciones, esta vez extractadas de la homilía *Benignitas et humanitas*, número 20 (1944): "Si los hombres, valiéndose de su libertad personal negaran toda dependencia de una autoridad superior dotada con el derecho de coacción, socavarían con esta desobediencia el fundamento de su propia dignidad y libertad, es decir, aquel orden absoluto de los seres y los fines". Esto viene al caso porque tal autoridad coactiva es la única que puede garantizar la desigualdad en la posesión de los bienes.

CORNEJÍN. --Lo sabemos. Me viene a la mente Clemente de Alejandría (siglo II y comienzos del III), que desde su *Epístola 5* me hace pensar que no creía demasiado en las bondades de una desigualdad basada en el monetarismo: "El uso de todas las cosas que hay en este mundo debió ser común para todos los hombres; pero a causa de la iniquidad, uno dice que es suyo esto, y otro aquello, y de este modo se realizó la división entre los mortales".

CAMPOAMOR. --¿Recuerdas lo que citaste de Tertuliano?

CORNEJÍN. --Sí: su *Apologética* número 39, en donde dice que todas las cosas, excepto las mujeres, son comunes entre su grupo.

CAMPOAMOR. --Entonces recordarás también otro pasaje de este mismo documento, que no has mencionado porque contradice de plano lo que tú supones que pensaban los Santos Padres sobre la desigualdad económica. Cuenta Tertuliano que "aunque tenemos una especie de caja, sus ingresos no provienen de cuotas fijas, como si con ello se pusiera un precio a la religión, sino que cada uno si quiere o si puede, aporta una pequeña cantidad el día señalado de cada mes, o cuando quiere. En esto no hay compulsión alguna, *sino que las aportaciones son voluntarias*, y constituyen un fondo de caridad".

CORNEJÍN. --Esto no me choca para nada, porque yo nunca supuse que los Santos Padres *obligasen* a los individuos de su comunidad depositar una suma fija en la caja común, ni deseo, como desean los comunistas políticos, *obligar* a los ricos a que aporten buena parte de su riqueza para incrementar el haber

comunitario. Ni yo ni Tertuliano somos quienes para coaccionar a los pudientes, pero ambos pensamos que los pudientes que no depositan en alguna institución social no el diezmo que sugiere la Iglesia, sino *todo su capital menos el diezmo*, pensamos que tales personajes no merecen llamarse cristianos.

CAMPOAMOR. --Si los ricos diesen a la comunidad el 90% de sus capitales, ya no sería ricos, y entonces ¿quién administraría el mundo? "Son honorables -- dice Pío XII en su homilía *Sertum laetitiae*, número 14 (1939)-- los pobres que temen a Dios, porque de ellos es el reino de los cielos y fácilmente abundan las gracias espirituales; los ricos, en cambio, si son rectos y probos, *son los dispensadores y administradores* de los bienes terrenales de Dios; como auxiliares de la Providencia divina socorren a los necesitados".

CORNEJÍN. --No es necesario ser rico para dispensar y administrar enormes capitales. Gandhi lo hizo, y bastante bien, viviendo en una modesta pobreza. ¡Qué mal habla de la Iglesia el hecho de que el mayor cristiano del siglo XX haya sido un hindú!...

CAMPOAMOR. --Gandhi basó su accionar en el sabio precepto que dice: "Amarás a Dios por sobre todas las cosas", y en el no menos sabio "amarás a tu prójimo como a ti mismo"; pero Gandhi, que yo sepa, nunca lanzó contra la propiedad las diatribas que tú y tu amigo Tolstoi no se cansan de lanzar, y eso es porque el Mahatma seguramente concordaba con lo expresado por el papa Urbano V (siglo XIV) en la Constitución *Ex supremae clementiae dono*: "Es falso, erróneo y herético afirmar que esta bendita ley del amor quita toda propiedad y dominio".

CORNEJÍN. --Gandhi escribió un libro intitulado *Mi socialismo*; le recomiendo que lo lea, así se dará cuenta de que aborrecía tanto como yo a la propiedad privada, sólo que su lenguaje no era tan provocativo. Y respecto a la propiedad colectiva, admito que no le caía tan mal, pero no podía ser de otro modo: era político.

CAMPOAMOR. --Quien está en contra del derecho de propiedad privada está en contra de la familia. Como bien dijo Pío XII en *La solemnidad de Pentecostés*, número 22 (1941), es la propia naturaleza "la que ha vinculado íntimamente la propiedad privada con la existencia y el desarrollo de la familia".

CORNEJÍN. --Una familia que se desintegra cuando se desintegran sus propiedades... no fue nunca una familia en el sentido real del término. ¿Es que acaso los no propietarios no forman familias? Sí que las forman, y en general están mejor constituidas que las familias de los ricos. Pero déjeme citar algo a mí, que ya me hizo perder tres turnos: "¿Una vez más, me decís, te revuelves contra los ricos? ¡Una vez más estáis vosotros contra los pobres! ¡Una vez más atacas a los rapaces! ¡Una vez más os ponéis vosotros contra los que sufren la rapiña! Vosotros no os hartáis de devorar y tragaros a los pobres, y yo no me harto de echároslo en cara. Apártate tú de mi oveja, apártate de mi rebaño. No me lo destruyas. Y si me lo destruyes, ¿me acusas de que te persigo? Si fuera pastor de ovejas, me acusarías de no perseguir al lobo que invadiera mi rebaño. Soy pastor de una grey espiritual; no persigo a pedradas sino con la palabra. O, por mejor decir, no te persigo sino que te llamo". San Juan Crisóstomo, *Sobre el hombre que se hizo rico*, Hom. 1,4.

CAMPOAMOR. --Te cedo mi turno, a ver si nos ponemos a mano.

CORNEJÍN. --Muchas gracias: "En común ha sido creada la tierra para todos, ricos y pobres; ¿por qué os arrogáis, oh ricos, el derecho exclusivo del suelo? [...] El mundo ha sido creado para todos y unos pocos ricos intentáis reservároslo". San Ambrosio de Milán, *De Nabuthe*, 2 y 11 (siglo IV).

CAMPOAMOR. --Una más y me toca a mí.

CORNEJÍN. --De acuerdo: "Puesto que nuestros bienes no son nuestros, sino que los hemos recibido de Aquel que ha hecho que existamos, tanto menos los debemos retener privadamente para nosotros solos cuanto más consideremos que nos los ha concedido nuestro Creador para utilidad común". San Gregorio Magno, *Sobre el profeta Ezequiel*, II. Hom. 7 (fines del sigloVI).

CAMPOAMOR. --¡Habrán cancha, que llega Juan XXIII!: "La historia y la experiencia demuestran que en los regímenes políticos que no reconocen a los particulares la propiedad, incluida la de los bienes de producción, se viola o se suprime totalmente el ejercicio de la libertad humana en las cosas más fundamentales, lo cual demuestra con evidencia que el ejercicio de la libertad tiene su garantía y al mismo tiempo su estímulo en el derecho de propiedad". Encíclica *Mater et magistra*, número 109 (1961).

CORNEJÍN. --Le aclaro una vez más que a mí me repugnan tanto como a usted los regímenes políticos que obligan a los propietarios a deshacerse de sus posesiones. Dicho esto, continúo con San Ambrosio de Milán: "Abundan para las aves los forrajes naturales, porque habiendo recibido en común los frutos para su sustento, no saben exigir un dominio particular. Nosotros perdemos lo común cuando reivindicamos lo propio [...] ¿por qué, pues, aprecias tus riquezas cuando Dios quisiera que también para ti el sustento fuera común como para los demás animales?" *Sobre San Lucas*, 7,124, y *Sobre las viudas*, 1,5.

CAMPOAMOR. --Sólo queda una cita en mi memoria que apoye mi tesis de la legitimidad del derecho de propiedad privada, y pertenece una vez más a la histórica *Rerum novarum* de León XIII (número 16): "A nadie se manda a socorrer con lo necesario para sus usos personales o de los suyos; ni siquiera a dar a otro lo que él mismo necesita para conservar lo que convenga a su persona y a su decoro: «Nadie debe vivir de manera inconveniente». Pero cuando se ha atendido suficientemente a la necesidad y al decoro, es un deber socorrer a los indigentes con lo que sobra. «Lo que sobra dadlo de limosna». No son éstos, sin embargo, deberes de justicia (*stricto jure*), salvo en los casos de necesidad extrema, sino de caridad cristiana [...] la cual ciertamente no hay derecho de exigir la por ley".

CORNEJÍN. --¿Usted no calificaría de "necesidad extrema" la inanición y la hipotermia?

CAMPOAMOR. --Por supuesto que sí. En mi vida en la Tierra, toda vez que yo reparaba en alguien famélico o desabrigado, le daba lo necesario como para que recompusiera su situación.

CORNEJÍN. --¿Y cada cuánto tiempo se topaba con un indigente así?

CAMPOAMOR. --No muy seguido.

CORNEJÍN. --Eso era porque usted vivía en un país rico, pero ¿qué habría sido de su fortuna de haber vivido rodeado de pobres? Aunque no los veamos, los pobres siempre están. ¿Por qué raro capricho asistía usted a los indigentes que veía y desamparaba a los que no veía? ¿Por qué raro capricho los pueblos ricos (que se autoproclaman cristianos) les niegan el mínimo sustento a los pueblos

pobres? Ojos que no ven, corazón que no siente: he ahí la respuesta. Y no se tome a modo de ojo una cámara de televisión, porque no es lo mismo: hay que estar ahí, en medio de la pobreza, hay que palparla con los propios dedos para conmoverse con ella y entregarlo todo. Y si no, si no podemos acercarnos para conmovernos, igual entreguémoslo todo, no ya en nombre de la compasión, sino en nombre de los principios éticos que todo individuo debe respetar si desea ser una persona digna y gozar por ello. Y vea usted que la Iglesia, en teoría, no está tan en desacuerdo conmigo si nos guiamos por lo que dice la encíclica *Populorum progressio*, número 49, escrita por Paulo VI en 1967: "Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los pueblos ricos debe servir a los países pobres. La regla que antiguamente valía en favor de los más cercanos, debe aplicarse hoy a la totalidad de las necesidades del mundo". Yo digo que hay que darlo todo; Paulo VI, todo *lo superfluo*. La diferencia, en mi opinión, no viene a ser muy grande; sí lo es según el punto de vista práctico de la Iglesia, que considera no superfluo el oro y los billetes que acumula en sus catacumbas.

CAMPOAMOR. --¿Recuerdas alguna otra cita en favor de tu postura o ya podemos ir sacando alguna conclusión?

CORNEJÍN. --Yo no discuto para sacar conclusiones sobre lo discutido, porque sé que cada uno (como siempre ocurre) seguirá opinando lo mismo que opinaba previamente a la discusión. Yo discuto porque las discusiones suelen azuzar a las ideas (a las mías y a las de mi contrincante) para que salgan de sus escondrijos y se muestren a la luz del sol, sean éstas ideas afines o no al tema discutido. Y sí, aún me quedan varias citas en favor de mi postura.

CAMPOAMOR. --Pues escoge las más interesantes y arma con ellas un continuado chorizo, que ya me aburrió un poco toda esta vaina de las propiedades.

CORNEJÍN. --Como usted quiera. Comenzaré con un nuevo escrito de Clemente de Alejandría (*Pedagogo* II,12): "Dios creó al género humano para comunión o comunicación de unos con otros, como Él que empezó a repartir de lo suyo y a todos los hombres suministró su Logos común y todo lo hizo por todos. Luego todo es común y no pretendan los ricos tener más que los demás".

CAMPOAMOR. --Muy interesante. Sigue, sigue.

CORNEJÍN. --"¿Por qué mientras los pobres perecen todos los días de opresión, hambre, frío, injurias, tú eres amigo del oro, guardas la plata, tienes por sacrosantos, como si fueran ídolos, los vestidos preciosos y los ornamentos lujosos y superfluos? ¿No entendéis que quien con tantas riquezas como podría emplear en su ayuda no socorre al pobre que muere de miseria, parece ser él mismo causante de su muerte? ¡Cuántas almas asesinadas cuelgan de los collares de las matronas enjorjadas! Si vendieras una sola de tus joyas, distribuido su precio entre los pobres, conocerías por las necesidades remediadas cuántos sufrimientos vale tu ornato". San Zenón, obispo de Verona (siglo IV), y su homilía *De justitia*, III,6. Recuerdo también un pasaje de la homilía *Contra los ricos*, número 4, de San Basilio: "¿Qué responderás al juez, tú que revistes las paredes y dejas desnudo al hombre; tú que adornas a los caballos y no te dignas mirar a tu hermano cubierto de harapos; tú que dejas que se pudra el trigo y no alimentas a los hambrientos; tú que entierras el oro y desprecias al que muere en estrechez?" Y terminaré citando a San Cipriano (siglo III) con un párrafo extraído de su tratado

De unitate ecclesiae (26), en donde compara a los cristianos de su comunidad con los del Libro de los Hechos: "Entonces vendían sus casas y tierras, formando para sí un tesoro en el cielo, y ofrecían su precio a los apóstoles a fin de que lo distribuyesen para el uso de los indigentes. Mas ahora no damos ni el diezmo de nuestro patrimonio; y mientras el Señor nos manda vender, nosotros compramos y aumentamos más nuestra hacienda. Hasta este grado se ha marchitado en nosotros el vigor de la fe, hasta este punto se ha debilitado la fortaleza de los creyentes".

CAMPOAMOR. --Muy bien, ¿sin conclusiones entonces?

CORNEJÍN. --¿Usted cambió de parecer?

CAMPOAMOR. --No; ¿y tú?

CORNEJÍN. --Tampoco. Pero ¿cuál era su parecer?

Campoamor. --Que el derecho de propiedad privada es legítimo para todo ser humano, incluidos los cristianos, y que por eso está muy bien que la Iglesia salga en su defensa, salvaguardándolo de todo comunismo y anarquismo.

CORNEJÍN. --Pero ¿cuál es la misión de la Iglesia, ir en busca de la verdad razonando, o publicitar las verdades reveladas en la Biblia?

CAMPOAMOR. --Publicitar las verdades ya reveladas, quién lo duda. Buscar la verdad por medio de la razón es tarea de filósofos, no de eclesiásticos.

CORNEJÍN. --Sí, así me lo parece a mí también. Pero entonces a la Iglesia, en tanto que mera publicista, ¿qué le interesa saber si la propiedad privada es legítima o ilegítima? O mejor dicho sí, sí le interesa saberlo, porque si Dios es la verdad, cuantas más verdades conozca la Iglesia más cerca de Dios estará; pero si desea ser consecuente con su espíritu publicitario deberá buscar la respuesta en la Biblia y sólo en la Biblia, evitando los razonamientos apoyados en la experiencia o los razonamientos puros, dignos de científicos y de filósofos pero no de teólogos católicos. Ahora bien; ninguna de sus citas se apoya en ningún pasaje del Nuevo Testamento que siquiera parezca defender el derecho de propiedad privada, y una sola, la que alude al *Deuteronomio*, se apoya en el Antiguo Testamento. En contraposición a esto, aparece Pío XII diciendo que "*es la propia naturaleza* la que ha vinculado íntimamente la propiedad privada con la existencia y el desarrollo de la familia", y luego Juan XXIII anunciando que "*la historia y la experiencia* demuestran que los regímenes políticos que no reconocen a los particulares la propiedad..." etc., etc. ¡Parecen naturalistas o sociólogos y no exégetas como se supone que son! En este contexto, la única cita suya que puedo tomar como válida es la que alude a los mandamientos que prohíben desear lo ajeno, mientras que son cuatro las citas mías que se apoyan en textos bíblicos, y las cuatros del Nuevo Testamento, que es el que realmente interesa cuando de cristianismo se habla. Si se tratase de un partido de fútbol, el resultado habría sido apabullante: cuatro a cero (o cuatro a uno) a mi favor, con goles de San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Cipriano y un tibio descuento, medio en orsái, por parte de León XIII. Ahora, dos detalles más que anecdóticos: (a) su equipo es el equipo de los papas, mientras que el mío lo integran en su mayoría santos, y (b) su equipo es muy joven; el más viejo es Urbano V, que data del siglo XIV, pero todos los demás (León XIII, Pío XI, Pío XII y Juan XXIII) murieron el siglo pasado; mis muchachos, por el contrario, son todos veteranos: ninguno existió más allá del siglo VII. Del detalle a se me desprende la siguiente reflexión: es de

suponer que la tarea de los papas se basa en la defensa de los intereses de la Iglesia, mientras que los santos defienden, por sobre los intereses de la Iglesia, los intereses de Dios. Si esto es así (y aun admitiendo que no todo personaje al que se lo nombra precedido con un "san" fue algo parecido a un santo), el hecho de que tantos papas halaguen el derecho de propiedad privada mientras tantos santos lo desdeñan se explica diciendo que el derecho de propiedad privada interesa mucho a la Iglesia y poco, o nada, a Dios. Por último, el detalle *b* sugiere que los cristianos que, cronológicamente hablando, vivieron más cerca de Jesús, tendían a desdeñar el derecho de propiedad privada, mientras que los cristianos de hoy tienden a defenderlo incluso mediante la violencia. Ahora bien; ¿quiénes llevaron o llevan un pensamiento y una vida más acordes al pensamiento y a la vida del Buda, sus primitivos adeptos o los actuales? ¿Quiénes imitan mejor a Zenón de Citio, los antiguos estoicos o los de hoy? ¿Y a Epicuro, y a Mahoma? Da toda la sensación de que los primeros seguidores del fundador de un credo, al evitar la distorsión que el paso del tiempo inevitablemente provoca, tienden a ser quienes más rigurosamente se apegan a los consejos de su líder. Nótese que yo no digo que los mahometanos más cercanos a Mahoma fueron *mejores personas* que los mahometanos actuales, sino simplemente que fueron *mejores mahometanos*. Descartemos entonces la pregunta sobre si es mejor para el mundo que el derecho de propiedad privada se defienda por medio de la violencia o si es mejor desdeñar este derecho, y centrémonos en la pregunta que realmente debería interesarle a la Iglesia: ¿era deseable *para Jesús* que el derecho de propiedad privada se defendiese por medio de la violencia, o, por el contrario, recomendaba desdeñar este derecho? Una simple lectura de los Evangelios ya nos da una respuesta categórica; pero a quien, con buen criterio, dudase de la total correspondencia entre estos escritos y el auténtico pensamiento de Jesús (escéptico que de por sí no podría, en teoría, ser un eclesiástico), el argumento de que los primeros cristianos (muchos de los cuales no habían leído ningún evangelio, habiéndose cristianizado mediante mensajes orales) tendían a desdeñar el derecho de propiedad privada terminará de convencerlo, pues se superpone y a la vez se suma al veredicto evangélico, incrementándolo lo suficiente como para poder decir, con un grado de seguridad muy elevado, que *Jesús desdeñaba la defensa del derecho de propiedad privada mediante la violencia o amenaza de violencia*. Si esta postura de Jesús es éticamente correcta o no, es algo que deben investigar los filósofos y los moralistas, pero nunca los eclesiásticos, quienes parten de la idea de que Jesús era perfecto y sus enseñanzas perfectísimas; así que ¡decídanse, ministros de la Iglesia: o dejan de defender sus propiedades, o dejan de ser cristianos!

CAMPOAMOR. --¿Crees tú que Jesús tenía barba?

CORNEJÍN. --Así lo creo.

CAMPOAMOR. --¿Y crees por eso que quien carece de barba o se la rasura no puede ser un buen cristiano?

CORNEJÍN. --¡De ningún modo! Se puede ser buen cristiano siendo lampiño de rostro e incluso afeitándose.

CAMPOAMOR. --¿Entonces por qué, partiendo del hecho de que Jesús carecía de propiedades, concluyes que no se puede ser un buen cristiano si se las posee? ¡Estás obligando a tener barba a quien no le crece o le incomoda su

crecimiento!

CORNEJÍN. --¡No sea infantil, señor Campoamor! ¡Admita que ha perdido la batalla y repliéguese dignamente! ¡Deje de lado estas escaramuzas que ofenden el arte de la dialéctica erística! ¿Dónde leyó usted que Jesús haya dicho algo en contra de los lampiños? En ninguna parte; pero en contra de quien defiende sus posesiones sí habló, y tan claramente que hasta los sordos lo escucharon. Menos los sordos que no quieren oír, que como bien dice el refrán son los peores. Es lástima que a usted no le interese demasiado la sociobiología; de haberla estudiado un poco sabría que hay un instinto, el instinto de territorialidad, que guía en más o en menos el accionar de todos los seres humanos, y que cuando este instinto toma por asalto al pensamiento y lo derrota, no vuelve aquel sujeto al nivel de raciocinio del primate del cual surgiera, no; sucede algo mucho peor. No se vuelve mono, se vuelve propietario.

CAMPOAMOR. --¿Quieres que me retire de la contienda? Me retiro. Pero no por sentirme derrotado, sino aburrido. Tú te desgañas para mostrarle al mundo la "hipocresía" de la Iglesia; pero si la Iglesia está de acuerdo con la iniciativa privada, ¿dónde ves la hipocresía cuando defiende sus posesiones? ¿No hay más hipocresía en una persona como tú, que dice desdeñar todo tipo de propiedad y vive a todo lujo en un departamento de cinco ambientes? ¿Qué harías tú, el absoluto pacifista, si un grupo de esos okupas que tan de moda están en tu país ingresase a tu hogar con la intención de instalarse? Por cierto que los echarías a patadas si te da el cuero, y si no, irías a quejarte a la policía, a la gendarmería, a la guardia costera o a cualquier otra institución coercitiva de esas que tanto maltratas en la teoría y tanto reclamas en la práctica. Dices que los papas que yo cité no respetan lo escrito en el Nuevo Testamento, pero tú tampoco lo haces, porque te la pasas mirando la paja en el ojo ajeno y no ves la viga en el propio.

CORNEJÍN. --Tengo que admitir que parte de lo que dijo es cierto, o es cierto en algún grado. Declaremos, pues, un armisticio antes de que alguna de las partes salga más perjudicada de lo que la piedad cristiana recomienda.

CAMPOAMOR. --Acepto el trato, no sin antes reconocer, nobleza obliga, que las citas que te suministré no las extracté de cada uno de los documentos aludidos, sino de dos preciosos libros que me ahorraron tan erudito trabajo, el uno intitulado *¿La propiedad privada es un robo?*, editado por la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, y el restante, de Carmelo Palumbo, *Doctrina social de la Iglesia*.

CORNEJÍN. --Las mías las encontré todas en un mismo libro, escrito también por un Carmelo, Carmelo Giaquinta, y que se dio llamar *Todo es común*. ¡Mil gracias a estos señores y a los compiladores en general! Sin ellos, la tarea del pensador sería mucho más trabajosa y enojosa.

CAMPOAMOR. --Toda esta discusión político-religiosa estuvo a punto de producirme una jaqueca. ¿No tienes algo más calmado, más artístico, más poético que citar?

CORNEJÍN. --Puede ser. Me viene a la mente un libro que leí hace poco y que cumple dos de los tres requisitos que usted nombró. Su autor es el señor Herbert Read su título es *Arte*...

CAMPOAMOR. --Siii...

CORNEJÍN. --*poesía*...

CAMPOAMOR. --Siii...

CORNEJÍN. --*anarquismo*.

CAMPOAMOR. --¡Nooo! ¡Otra vez con lo mismo!

CORNEJÍN. --Es para redondear el tema, don Ramón. Le prometo que después de éste no volveré a citar otro libro escrito por un anarquista.

CAMPOAMOR. --Sea. Pero no sé qué pueden tener en común el arte y la poesía con el anarquismo.

CORNEJÍN. --Según Herbert Read, todo:

Para crear hay que destruir; y un agente de destrucción en la sociedad es el poeta. Creo que el poeta es necesariamente un anarquista y que él debe rechazar todas las concepciones organizadas del Estado, no sólo aquellas que heredamos del pasado, sino también las que se imponen al pueblo en nombre del futuro. En este sentido no hago distinción entre fascismo y marxismo (p. 8).

Viene al caso aclarar que este libro lo escribió Read mientras se disputaba la Segunda Guerra Mundial.

CAMPOAMOR. --¿No hizo declaración de principios ninguna este señor, tal como la hicieron Chesterton y Tolstoi en las obras que glosamos de ellos?

CORNEJÍN. --Sí que la hizo, y está en el párrafo inmediato posterior al que cité:

Este ensayo es una confesión personal de fe. No es un programa ni un pronunciamiento de partido. No tengo designios deliberados respecto a la humanidad. He llegado a una ecuación personal: Yo sé *quién soy*, mis ideas se refieren a mí mismo. Están condicionadas por mi origen, el ambiente que me rodea y mi condición económica. Mi felicidad consiste en el hecho de que encontré la ecuación entre la realidad de mi ser y la dirección de mis pensamientos.

CAMPOAMOR. --Yo también sé quién es: un pobre lacayo que se cree filósofo.

CORNEJÍN. --No se cree filósofo, sino poeta, y no es un lacayo, sino un labriego que se siente orgulloso de su origen:

A despecho de mis pretensiones intelectuales, yo soy por tradición y nacimiento, un campesino. Y sigo siendo esencialmente un campesino. Desprecio esta absurda época industrial, no sólo a la plutocracia a la que llevó al poder, sino al proletariado industrial al que arrancó de la tierra para hacerlo proliferar en sórdidas habitaciones. La clase por la cual siento una simpatía natural, es la clase campesina, incluyendo los restos de la auténtica aristocracia rural. Esto explica quizá mi temprana simpatía a Bakunin, Kropotkin y Tolstoi, quienes también fueron hombres de campo, aristócratas y campesinos. Un hombre que cultiva la tierra, he ahí el hecho económico elemental. Y, como poeta, sólo me importan los hechos elementales (pp. 8 y 9).

CAMPOAMOR. --Admito que la vida de campo se lleva mejor con la inspiración poética que la vida de ciudad.

CORNEJÍN. --Un poeta es poeta en cualquier parte, pero ¡qué triste

condición la del poeta reducido a operario!

En su sentido más profundo, mi actitud es una protesta contra el destino que hizo de mí un poeta en la era industrial. Pues es casi imposible ser poeta en una era industrial (p. 9).

CAMPOAMOR. --¿Querrá Heriberto, como parece que lo quieren esos ecologistas antiprogresistas de hoy, querrá volver al medioevo, a sus pestes negras, a sus cazas de brujas y a sus pueblos sumidos en la más empedernida ignorancia? ¿Eso era lo que pretendía Read y lo que pretende la generación Greenpeace?

CORNEJÍN. --Desde luego que no. Ningún ecologista ni ningún anarquista sensato desearía retroceder en el tiempo. Lo que desean es vivir y dejar vivir a las generaciones futuras en un mundo sano y libre. En el párrafo siguiente al que acabo de citar intenta Read una conciliación entre la industria y la vida digna:

Comprendo, sin embargo, que el industrialismo debe ser soportado y que el poeta debe tener intestinos que le permitan digerir los alimentos férreos. [...] he aceptado el industrialismo, he tratado de darle sus verdaderos principios estéticos, todo porque quise compenetrarme de él para superarlo y llegar, de la fuerza eléctrica y plenitud mecánica, hacia donde el hombre pueda volver una vez más a la tierra, no como campesino, sino como señor. El éter nos dará la energía que los antiguos señores extraían de sus siervos: no habrá necesidad de esclavizar a ningún ser humano. Pero estaremos en contacto con la tierra; tendremos suelo y no cemento bajo nuestros pies. Viviremos del producto de nuestros campos y no de las pulpas envasadas en las fábricas.

Y ahora viene un párrafo (páginas 10 y 11) que parece dedicado a mí y a mis futuros planes:

Hay actualmente muchos jóvenes artistas cuyo único deseo es el de huir hacia alguna tierra fértil, bajo un cielo estival, donde pudieran dedicarse por entero a su arte, libres de las distracciones de un mundo insensato. Pero no hay huida posible. Además de la dificultad práctica de hallar un refugio seguro en este mundo, la verdad es que el hombre moderno jamás puede huir de sí mismo. [...] la obra de arte, mediante procesos que hasta ahora han escapado a nuestra comprensión, es el producto de la relación existente entre el individuo y la sociedad y ningún gran arte es posible, a menos que existan correlativamente la libertad espontánea del individuo y la coherencia pasiva de la sociedad. Escapar de la sociedad --si ello fuera posible-- sería escapar del único suelo lo bastante fértil para nutrir al arte.

CAMPOAMOR. --¿Lo ves? ¿Te convenciste? Quédate en tu ciudad, con los tuyos. No huyas de la sociedad: lucha desde adentro por mejorarla.

CORNEJÍN. --Yo no huyo de mi sociedad, simplemente quiero conocer otras. Pero conocerlas medio de soslayo, no insertándome en ellas sino viviendo en sus riberas, para que el tráfigo de su vida pública no interrumpa muy seguido la soledad que todo artista o pensador necesita para desarrollar bien su trabajo.

El poeta, el pintor o el músico, si es algo más que creador de diversiones, es un hombre que nos lleva hacia una alegre o trágica interpretación del sentido de la vida; que predice nuestro destino humano o que celebra la belleza o la significación de la naturaleza que nos rodea; que crea en nosotros el asombro y el terror desconocido. Tales cosas sólo pueden ser hechas por alguien que posee una sensibilidad superior y un profundo conocimiento interior. De alguien que en virtud de sus dones naturales se mantiene alejado de la masa, no ya por desdén, sino simplemente porque sólo puede ejercer sus facultades desde cierta distancia, en la soledad. Los momentos de la creación son silenciosos y mágicos, un trance o arrobamiento durante el cual el artista se halla en comunión con fuerzas que subyacen el plano habitual de la emoción y el pensamiento. He ahí algo que el hombre de acción, el político y el fanático no pueden comprender. Éstos suelen reprobar al artista y le obligan a entrar en el tumulto de las actividades prácticas, donde sólo podrá producir mecánicamente, de acuerdo con moldes intelectualmente predeterminados. En tales condiciones no puede producirse una obra de arte, sino sólo una estéril y deleznable apariencia de la misma. Obligado a producir en tales circunstancias el artista más sensitivo caerá en la desesperación (pág. 17).

CAMPOAMOR. --Es lo que hablábamos en los comienzos de nuestra charla, ¿te acuerdas? Hay artistas que se dejan guiar por circunstancias interiores y otros por circunstancias exteriores. Lamentablemente, hoy en día son muchos más los segundos que los primeros.

CORNEJÍN. --Eso es porque las sociedades capitalistas, que anteponen el lucro en todos los campos, incluidos los artísticos, científicos y religiosos, presionan al artista de tal modo que le impiden sonsacar de su interior los motivos de su trabajo.

Decir que durante los últimos cuatrocientos años Inglaterra mostró muy escasas pruebas de gusto artístico, equivale a afirmar que durante dicho período este país ha sido el estado capitalista más altamente desarrollado (pág. 21).

CAMPOAMOR. --¿Este sujeto no era inglés?

CORNEJÍN. --Sí, y eso hace más valedera su crítica, la cual se cristaliza unas páginas atrás, en la 14, cuando dice que

las civilizaciones doctrinarias que son impuestas en el mundo -- capitalistas, fascistas, marxistas-- excluyen por su propia estructura los valores en los cuales y por los cuales viven los poetas.

Hoy es Norteamérica el símbolo máximo del capitalismo, y ¿no es ésta la nación con el arte más chato y antiestético que se conoce? Lo único bueno que artísticamente ha salido de allí es el rocanrol, y esta excepción se dio porque el rock incita al movimiento, al trabajo, y todos sabemos que los norteamericanos, siguiendo a sus papis ingleses, idolatran al trabajo como la mayor de las bendiciones divinas. El rock, a diferencia de las otras creaciones artísticas

norteamericanas, le surge al artista interiormente, porque es en la sangre en donde lleva esta gente la necesidad de violentar al mundo externo, necesidad que depurada por el pensamiento, engendra el pragmatismo, y depurada por las musas engendra el rocanrol.

CAMPOAMOR. --Entonces, si quisiésemos vivir un segundo Renacimiento deberíamos...

CORNEJÍN. --Desdeñar el capitalismo.

Todas las razones, de índole histórica, económica y psicológica, llevan a la conclusión de que el arte sólo puede prosperar en una sociedad de tipo comunitario, donde todos los modos de vivir, todos los sentidos y facultades funcionan libre y armónicamente, dentro de una conciencia de lo orgánico. En Inglaterra hemos sufrido las formas más duras de explotación capitalista. Y hemos pagado por ello, no sólo en miseria y horror físico, en terribles desiertos de carbón y humo, en ciudades de viviendas malsanas y ríos de fango, sino que también hemos pagado esa explotación capitalista con la muerte del espíritu. No tenemos gusto porque no tenemos libertad. Y no tenemos libertad porque no tenemos fe en nuestra común humanidad (pág. 24).

CAMPOAMOR. --Supongamos, por un momento, que vivimos en una sociedad sin capitalistas como quieren ustedes. ¿Cómo haremos para evitar que caiga la producción al no estar los obreros coaccionados por su patrón que los apura?

CORNEJÍN. --No haremos nada en ese sentido. Si los obreros no desean trabajar, dejaremos que la producción caiga. ¿Acaso la producción es un dios al que el trabajo le teme y rinde culto? No señor. Si cae la producción, ¡que se consuma menos y listo el pollo! El trabajo, en una sociedad anarquista, no estaría subordinado a la producción, sino que

estaría subordinado en general a la finalidad del goce de la vida, y sería considerado como intervalo necesario en los ocios del día. Pero incluso esta propia distinción entre trabajo y ocio ha nacido de nuestra vieja mentalidad de esclavos; el goce de la vida en la actividad de la vida, el cumplimiento indiferenciado de funciones intelectuales y manuales: cosas realizadas o a realizar, es respuesta a un deseo o impulso natural (pág. 37).

CAMPOAMOR. --Y ¿cómo podríamos gozar de la vida en una sociedad en la que todos somos iguales, en la que nadie sobresale del resto? ¡Perfecto comunismo el de los granos de arena del desierto, perfecto y aburrido comunismo!

CORNEJÍN. --Dejo a Read que le conteste desde las pp. 37 y 38:

La expresión «una sociedad sin clases» habrá de asustar, sin duda, a personas reflexivas. Ella evoca de inmediato la imagen de un torpe nivel de mediocridad: ni amos ni servidores, ni palacios ni cabañas, ni Rolls Royce ni carrromatos tirados por borricos: una escala uniforme de individuos autosuficientes, viviendo en casas modelo, viajando en Fords uniformes a lo largo de uniformes e interminables carreteras. Admito que una sociedad en donde cada individuo tenga un

derecho inalienable a un cierto dividendo de vida, habrá de crear, por su abolición de la pobreza, cierto número de regulares problemas para los *snoobs* de [...] cualquier localidad suburbana. Pero aun si eventualmente los productos del trabajo de la comunidad fueran divididos en partes más o menos iguales, la participación en esa riqueza no llevaría a la uniformidad en la vida, simplemente porque no hay uniformidad en el deseo. La uniformidad es una pesadilla estúpida; no puede haber uniformidad en una sociedad humana libre. La uniformidad sólo puede ser creada por la tiranía de un régimen totalitario.

El único género de nivelación que realmente debemos temer es la nivelación intelectual. Pero, una vez más, debemos tomar en consideración los hechos, vale decir, la naturaleza humana. La sociedad que yo preconizo, quiero y deseo, es una sociedad de ocio, que habrá de otorgar amplia posibilidad para la educación y el desarrollo del espíritu. El espíritu sólo necesita, para diferenciarse, tiempo y espacio. Las peores condiciones de estupidez y uniformidad intelectual son las creadas por la situación de pobreza y de falta de ocio. Bajo el injusto sistema actual, el hombre común se ve obligado a detener su educación antes que su espíritu se haya abierto plenamente. Desde la edad de catorce años es agarrado por el mecanismo de una cadena sin fin; no tiene ni oportunidad ni tiempo para alimentar sus sentidos escasamente desarrollados: no tiene más remedio que arrojar sobre la ración diurética que les sirven los diarios y la radio, y, en consecuencia, seguir con más ahínco la cadena.

CAMPOAMOR. --Y ¿qué pasaría con la religión en la sociedad que Read preconiza?

Cornejín. –

Si la religión es un consuelo o una compensación por los males que se sufren en este valle de lágrimas [...], no cabe duda entonces que ella sufrirá por la abolición de la pobreza. Si la religión es, en cambio, la vida de contemplación, el fruto de la meditación pura, el goce espiritual, no podrá menos de prosperar en una sociedad libre de pobreza, vanidad y envidia (pág. 38).

¿A usted le repugnan los corruptos?

CAMPOAMOR. --¡Hombre, me repugnan muchísimo, como a todo el mundo!

CORNEJÍN. --Entonces hágase anarquista, luche para que nadie sienta la tentación de acercarse al poder; pues, como bien dice Read en la pág. 47,

el poder corrompe. Poco importa que el jefe en cuestión haya sido originalmente un hombre de buenas intenciones, como Stalin o Mussolini; o bien un vulgar y pretencioso demagogo como Hitler: sólo un raro superhombre, como pudo haber sido Lenin, de naturaleza esencialmente humilde, será inmune a la corrupción. No hace falta extenderse mucho sobre esta verdad, que constituye un lugar común en la historia y que se halla incorporada en las enseñanzas éticas de todas las grandes religiones.

Agrego yo que no sólo el poder político, sino también el poder religioso corrompe,

principio que viene a explicar por qué los papas adoptan las actitudes que adoptan en lugar de ser fieles al sermón de la montaña.

CAMPOAMOR. --Puedes hablar todo lo que resta del día en favor del anarquismo, pero no me convencerás de sus bondades, y es que sencillamente no puedo concebir a una sociedad sin su correspondiente aristocracia.

Cornejín. –

Nada hay en esta concepción del anarquismo que impida el surgimiento de una aristocracia del intelecto. El anarquismo no es en ese respecto una doctrina igualitaria, como no lo es el comunismo. La diferencia está en que el anarquismo no habrá de conferir a tal elite ningún poder especial. El poder corrompe, incluso al intelecto, y aristocracia más poder ya no es aristocracia sino oligarquía. El profeta, el visionario, el poeta, serán respetados y honrados como jamás lo fueron en la historia de la humanidad (pág. 51).

CAMPOAMOR. --¿Y cómo haría esta sociedad anarquista para organizarse militarmente si, por ejemplo, algún pueblo vecino la invadiese?

CORNEJÍN. --Sería contradictorio que una sociedad anarquista se organizase militarmente. "Anarquismo implica naturalmente pacifismo", dice Read en la pág. 50, y en la 68 extiende un poco esta idea:

Los únicos pueblos pacifistas son ciertas llamadas tribus salvajes, que viven bajo un sistema de tenencia comunal de la tierra, en una tierra de abundancia. Son comunidades donde la acumulación de capital y el poder que el mismo implica no tienen objeto y por consiguiente no existen, y donde no hay posibilidad de que un hombre explote el trabajo de otro hombre. Estas condiciones crean, no solamente las posibilidades sociales y económicas para la paz, sino también las mucho más importantes posibilidades psicológicas. Tales comunidades son, en el significado preciso del término, comunidades *anarquistas*.

No hay problema que me haya preocupado más durante los últimos treinta años que este problema de la guerra y de la paz. Ha sido un problema obsesivo para mi generación. Y no hay otro que conduzca tan inevitablemente al anarquismo. Paz es anarquía. Gobierno es fuerza; fuerza es represión, y la represión lleva a la reacción y a las naciones a la guerra. La guerra existirá en tanto exista el Estado. Sólo una sociedad anarquista puede ofrecer las condiciones económicas, éticas y psicológicas bajo las cuales será posible la formación de la mentalidad pacífica. Luchamos porque estamos demasiado estrechamente atados, porque vivimos en condiciones de esclavitud económica y de inhibición moral. Hasta tanto no sean aflojadas nuestras ligaduras, no podrá triunfar finalmente el deseo de creación sobre el deseo de destrucción. Debemos estar en paz con nosotros mismos antes de poder estar en paz con nuestro prójimo.

CAMPOAMOR. --Este discurso no contesta en absoluto mi pregunta. La repito: ¿cómo haría esta sociedad anarquista para rechazar la invasión de un

pueblo vecino?

CORNEJÍN. --Pensé que ya tenía claro que tal circunstancia nunca podría suceder, pues el anarquismo, si se diese, se daría simultáneamente en todo el mundo y nunca en un determinado país con independencia del resto; y como "la tolerancia es un aspecto esencial del anarquismo tal como yo lo concibo" (pág. 69), al ser anarquistas todos los pueblos no habrá ninguno que sienta deseos de atacar a su vecino, y al no haber pueblos atacantes tampoco existirán los pueblos defensores.

CAMPOAMOR. --Interesante, aunque demasiado ingenuo para mi gusto es vuestro anarquismo. ¿Te quedan más frases que citar de este señor?

CORNEJÍN. --Me queda sólo un párrafo (pág. 69), en donde nuevamente se habla de la religión en relación con el anarquismo:

Considero que la religión no debe entrar como tal en la discusión de los asuntos públicos. Solamente cuando aparece organizada y cuando asume poderes dictatoriales sobre la vida y la conducta de los individuos, es cuando la rechazo. Así como repudio el gobierno ejercido por el Estado, repudio también el gobierno ejercido por la Iglesia. En uno y otro caso, se trata de una intolerable interferencia con mi libertad.

CAMPOAMOR. --Es evidente que Read estaba resentido contra el catolicismo; odiaba a la Iglesia, pero no sabía cómo hacer para derribarla. A propósito, hay un libro de Max Scheler llamado *El resentimiento en la moral* que me gustaría citarte para que aprendas a distinguir a los verdaderos filósofos de los charlatanes como Herbert Read.

CORNEJÍN. --Lo escucharé con fruición, pues el tema del resentimiento es clave para comprender mejor el comportamiento de las sociedades actuales.

CAMPOAMOR. --Y hablando de resentidos, qué mejor que comenzar aludiendo a los judíos (pp. 24-5):

El resentimiento de los judíos, que --como Nietzsche hace resaltar con razón-- es enorme, está doblemente alimentado por la conjunción de un enorme orgullo nacional («el pueblo escogido») y un menosprecio y postergación sentidos durante siglos como un *sino*; y modernamente también colabora en ello el contraste entre la igualdad formal, concedida por la constitución, y la postergación efectiva. La tendencia adquisitiva de este pueblo, elevada hasta el extremo, es debida no sólo a factores innatos y otras causas, sino, indudablemente, también a la perturbación del sentido propio, que se ha convertido en una perturbación constitucional; es como compensación por la falta de consideración social que sufre el sentimiento de propio valer nacional.

Hay que aclarar que este libro fue escrito en 1912... y en Alemania (13).

CORNEJÍN. --Sí; porque los judíos de hoy no se sienten tan postergados, y eso deben "agradecérselo" sobre todo a los nazis y al Holocausto. Los quisieron borrar del planeta y no hicieron más que proyectarlos a la cima. Hoy el mundo, económicamente hablando, está dirigido por Estados Unidos, o sea, por lo judíos.

CAMPOAMOR. --Ciertamente que hay personas más resentidas que lo

judíos, por ejemplo los periodistas:

La sensación de que la propia existencia social, y su fatal organización, es algo que «clama venganza», ha sido también un poderoso motor en el desarrollo del cuarto estado y sus manifestaciones de vida. Cuanto más fatal aparezca una opresión social permanente, tantas menos fuerzas podrá desplegar para modificar prácticamente la situación, y tanto más se desahogará en meras *críticas* de todo lo existente, sin fines positivos. Esa clase especial de «crítica» se puede designar con el nombre de «crítica resentida»; consiste en que ningún remedio prestado a las situaciones malas produce satisfacción --como acontece en toda crítica de fines positivos--, sino que, al contrario, provoca descontento, pues corta las alas al creciente sentimiento de placer que nace del puro denigrar y de la pura negación. [...] la «crítica resentida» se caracteriza por no querer en serio lo que pretende querer; no critica por remediar el mal, sino que utiliza el mal como pretexto para desahogarse (pp. 25-6).

CORNEJÍN. --Para desahogarse y para llenarse los bolsillos...

CAMPOAMOR. --Y sin embargo hay personas todavía más resentidas que los periodistas: las suegras:

Soportar --sin haber de reprimir odios y celos-- que un ser amado desde su nacimiento, un ser para el cual se han tenido todo género de cuidados, y cuyo amor se ha poseído plenamente, se vuelva de súbito a otro ser, y, por añadidura, femenino, esto es, del propio sexo, se abrace a un ser que todavía no ha hecho nada por el objeto amado, y que, sin embargo, se siente con derecho a exigirlo todo; tener que soportar esto y además alegrarse y congratularse cordialmente por ello y aun abrazar con amor a la recién llegada, he aquí una situación que no hubiera podido ser imaginada más arteramente por el diablo mismo para probar a un héroe (pp. 49-50).

CORNEJÍN. --Según Nietzsche, no sólo lo judíos, los periodistas y las suegras son resentidos, sino que la moralidad toda, sobre todo la cristiana, está basada en el resentimiento.

CAMPOAMOR. --

No es la auténtica moralidad [...] la que se funda en el resentimiento. Ésta se basa en una eterna jerarquía de los valores y en las leyes evidentes de preferencia que corresponden a ella, y que *son tan objetiva y tan rigurosamente «inteligibles»* como las verdades de las matemáticas (pág. 65).

CORNEJÍN. --Estoy perfectamente de acuerdo con Scheler en este punto.

CAMPOAMOR. --Y estoy seguro de que concordarán también con esto (pág. 80):

Nosotros creemos que los valores cristianos son susceptibles, con extraordinaria facilidad, de transformarse en valores de resentimiento, y han sido considerados así con extraordinaria frecuencia, pero que *la*

semilla de la ética cristiana no ha germinado sobre el suelo del resentimiento. Creemos, por otra parte, que la semilla de la moral burguesa, que comenzó a desplazar a la cristiana desde el siglo XVIII hasta que llevó a cabo su acción suprema en la revolución francesa, tiene su raíz en el resentimiento. En el movimiento social moderno, el resentimiento se ha convertido en una fuerza poderosamente influyente y ha transformado cada vez más la moral vigente.

CORNEJÍN. --Concuerdo con todo menos con eso de que la moral burguesa desplazó a la cristiana. La moral cristiana nunca pudo ser desplazada, pues ningún pueblo de ninguna época la puso en práctica todavía, y no se puede desplazar lo que nunca fue emplazado. Lo que la burguesía viene desplazando desde la Edad Media hasta hoy no es la moral cristiana sino la católica, moral que, de cierto os digo, sí está basada en el resentimiento.

CAMPOAMOR. --¿Resentimiento para con quién?

CORNEJÍN. --Para con los pecadores, que según el catolicismo son más felices que los no pecadores aquí en la tierra. ¿Dice algo Scheler sobre la diferencia entre la moral cristiana y la burguesa?

CAMPOAMOR. --Si señor (pp. 113-4):

La moral evangélica [...] coloca en el centro la «salvación» y el ser del alma. El que valora primordialmente de un modo social, esto es, el que lo mide todo por el provecho y daño de la comunidad, *debe*, naturalmente, sentir y juzgar de manera muy distinta. ¿Qué importa que la intimidad del alma sea ésta o aquella? ¿Qué importa que la parte de la conducta espiritual sustraída a la percepción propia sea ésta o aquella? Lo fundamental es que el impulso pecador no conduzca a acciones nocivas para la comunidad. Y sólo como «disposición» para tales actos es «pecador» un impulso. Jesús, empero, juzga a la inversa: el pecador que peca es mejor que el pecador que no peca, pero cuyo impulso pecador revierte sobre su intimidad y envenena su ser, aun cuando la comunidad experimente con aquél un daño de que permanece libre en el segundo caso.

CORNEJÍN. --La comunidad, en el corto plazo, experimenta más daño con el pecador que peca que con el que se reprime, pero en el largo plazo esto se invierte. Pero estamos hablando del cristianismo sin tocar el tema del amor... ¡Qué contrasentido!

CAMPOAMOR. --¿Quieres hablar del amor físico o del metafísico?

CORNEJÍN. --¿Existe el amor metafísico?

CAMPOAMOR. --Y ¿qué otra cosa es el amor cristiano?

Si los consejos e imperativos cristianos (y en especial los referentes al amor) son desligados de su relación con el reino de Dios y con la personalidad espiritual humana (no, pues, con el «alma» natural), mediante la cual el hombre participa en aquel reino, la consecuencia es, sin duda, que esos consejos imperativos entran en pugna, no sólo pasajera, sino *constitutiva*, con todas aquellas leyes, según las cuales la vida se desarrolla, crece y puede desplegarse.

Digo, pues, que el amor fraternal cristiano no es concebido originariamente como principio biológico, político o social. Se dirige --al menos, primariamente-- al *núcleo espiritual* del hombre, a su personalidad individual misma, por la cual el hombre toma inmediata participación en el reino de Dios (pág. 123).

CORNEJÍN. --Pero ¿cómo podría existir un amor metafísico siendo que el amor es una emoción, y que las emociones son tan físicas como la cinemática? ¿No es emotivo el amor metafísico?

CAMPOAMOR. --Tal vez no lo sea en su esencia y sí cuando se percibe físicamente. Una cosa es clara, y es que el amor metafísico libera, mientras que el amor físico subyuga al hombre al impedirle traspasar la telaraña de leyes naturales que lo aprisionan. Algo parecido a lo que, según Scheler (pp. 168-9), sucede con el ascetismo:

El ascetismo que sirve a la *liberación* de la personalidad espiritual, y que *secundariamente* ayuda a las funciones vitales, para conseguir que éstas se desarrollen y ejerciten por sí mismas, con independencia de sus mecanismos, haciendo así que el ser vivo sea lo más *independiente* posible respecto a la índole momentánea de los estímulos externos, es el único que puede considerarse como nacido de la moral evangélica. Por el contrario, el ascetismo fundado en el *odio* al cuerpo y *menosprecio* del cuerpo; el que quiere superar *en general* toda forma personal de vida, para obtener místicamente cierta «clase especial de conocimiento», cierta «existencia impersonal», asequible tan sólo por medio de la práctica ascética; el que extiende la abstención también a los bienes *espirituales* de la cultura y a su goce, o somete el «alma» a una «disciplina» arbitraria en la que las ideas, sentimientos y sensaciones son como soldados manejables a discreción para ciertos «fines», ese *no* ha nacido en terreno cristiano, sino que es (cuando se encuentra en la esfera cristiana) una asociación que la moral evangélica ha formado con el resentimiento de la antigüedad decadente.

CORNEJÍN. --Pero este santo ascetismo, tan bien descrito por Scheler para diferenciarlo de los otros, no creo que sea un ascetismo metafísico. Más bien creo que es un proceso que *busca* irse de lo físico, pero que *no nace* fuera de lo físico. O tal vez, más que irse del mundo físico, lo que busca es violar las leyes espaciotemporales y entrarle al mundo físico por un costado no autorizado por estas leyes. ¿Qué más dice Scheler sobre este tema?

CAMPOAMOR. --Dice que

el ascetismo cristiano --mientras no recibió el influjo de la filosofía helenística decadente-- no tuvo por fin la opresión de los impulsos naturales, ni menos su extirpación, sino solamente el *poder y dominio* sobre ellos y su total impregnación de alma y espíritu. Es un ascetismo positivo, no negativo --y esencialmente orientado hacia la libertad de las fuerzas supremas personales, frente a los obstáculos del automatismo impulsivo inferior.

Es ridículo oponer el «sombrio ascetismo cristiano, enemigo de la

vida», al «claro vitalismo griego». Pues «griego» y aun «helenístico» es justamente el *ascetismo* que merece estos epítetos. El sentimiento de que el cuerpo como tal es «sucio», «fuente del pecado», estrechez que hay que superar, «cárcel», etc., tiene su origen en la decadencia del Mundo Antiguo, y de aquí penetró a veces en la Iglesia cristiana. El ascetismo cristiano es claro y alegre; es conciencia caballeresca de poder y de fuerza sobre el cuerpo. Sólo el «sacrificio» consagrado por una alegría *positiva* superior es, en él, grato a Dios. (pp.170-1).

CORNEJÍN. --Hábleme ahora de la idea de Scheler que me cae más simpática: la de la valoración *objetiva* de la ética.

CAMPOAMOR. --Según Scheler, es el resentimiento el que mueve a los hombres a creer que no hay en la ética objetividad posible.

He aquí un proceso que percibimos con frecuencia: el hombre resentido *empieza* con el propósito, natural a todo hombre, de dirigir su voluntad hacia el «bien». No corrompido aún por motivos determinados de engaño, considera «en un principio» el bien como algo objetivo, eterno, independiente de la sutileza y albedrío humanos. Pero si este esfuerzo no tiene éxito; si con envidia y odio contempla ese hombre aquellos que se afirman como «buenos» ante el orden objetivo de los valores, entonces crecerá en él la tendencia a derrocar la idea del «bien» mismo, rebajándola hasta convertirla en la mira *de su efectivo* apetito, de su estado real. [...] el resentido se venga de la *idea*, ante la cual no puede afirmarse, rebajándola hasta convertirla en un estado subjetivo. La conciencia de sus pecados y de su nulidad, hace saltar el bello edificio del mundo de los valores y rebaja la idea hasta sí mismo, para conseguir así una ilusoria salvación.

Pero pronto se hace de nuevo perceptible la necesidad de formas que constriñan el juicio. El hombre resentido es un débil; no le basta su solo juicio; es la antítesis absoluta del que realiza el bien objetivo, aunque esté solo a verlo y sentirlo, contra un mundo de oposiciones. La «universalidad» o «validez universal» de la valoración, resulta, pues, el sustitutivo necesario de la auténtica *objetividad* de los valores. El resentido no investiga lo que sea el bien; busca un apoyo en las preguntas: «¿qué piensas tú? ¿Qué piensan todos? ¿Cuál es, en conclusión, la tendencia "universal" del género humano?».

Los niños y las naturalezas serviles tienen la costumbre de disculparse diciendo: «¿no han hecho también los demás lo que he hecho yo?» La comunidad en el mal --que según la *auténtica* moral aumenta la maldad de lo malo, puesto que la maldad de la imitación y del espíritu servil se *suman* a la maldad del objeto querido-- se convierte ahora en el aparente «derecho» a transformar lo malo en «bueno». Así es como los rebaños de los resentidos multiplican su número y toman *su* conciencia agregaría por un sucedáneo del «bien objetivo», que empezaron por negar. Y también en la teoría, la objetividad del bien es reemplazada por la «ley universalmente válida de la voluntad humana» (Kant) o --todavía mucho peor-- por una

identificación de lo «bueno» con la «voluntad de la especie» (pp. 187 a 9).

CORNEJÍN. --¡Excelente! Y Gandhi coincide con nosotros: "Un error no se convierte en verdad por el hecho de que todos caigan en él, ni la verdad se torna error porque nadie la vea". En este tema, y en el tema del ascetismo, Scheler veía con claridad lo que la mayoría percibe ofuscadamente.

CAMPOAMOR. --¿Quieres que redondee también su ideal ascético con un discurso extenso como el anterior?

CORNEJÍN. --¡Me encantaría!

CAMPOAMOR. --Entonces ahí va:

El antiguo ascetismo se forjó el ideal de conseguir el máximo goce de lo agradable con el menor número posible de cosas *agradables* y, sobre todo, de cosas útiles. Quería elevar la capacidad de extraer goces supremos, aun de las cosas más sencillas y accesibles, en todas partes, de la naturaleza, etc. --y los mandamientos de la pobreza voluntaria, la obediencia, la castidad, la contemplación del mundo y de las cosas divinas tenían por consecuencia esta elevación; de manera que con pocas cosas agradables y en particular útiles --«mecanismos de agrado»-- se alcanzaban los mismos grados de goce que una vida más débil sólo puede alcanzar merced a una mayor cantidad de dichas cosas. Siendo la cosa útil solamente un medio de procurarse el goce, es claro que cada quien con una cantidad mínima de cosas agradables puede gozar tanto como otro con una cantidad mayor, es el que posee la máxima capacidad de goce. Queriéndolo o no, el antiguo ascetismo elevaba la capacidad de goce, y, por consiguiente, la vida.

El ascetismo moderno ha desarrollado un ideal que es, en su sentido ético, la exacta antítesis del antiguo: el «ideal» *del **mínimum de goce con máximum de cosas agradables y útiles*. Por eso vemos que allí donde el trabajo ha adquirido las mayores proporciones [...], la capacidad y el arte de gozar han descendido al grado más bajo imaginable. La muchedumbre de los estímulos agradables mata justamente la función y el cultivo del goce, y cuanto más abigarrado, alegre, ruidoso y atractivo se hace el contorno, tanto más triste es por lo común el interior del hombre. Cosas muy alegres, contempladas por hombres muy tristes, que no saben qué hacer con ellas; tal es el «sentido» de nuestra cultura, de esta cultura del placer y de las grandes ciudades.**

La función del alegrarse, del gozar, etc., es algo por completo independiente de las cantidades sensibles de agrado o desagradado y de los estímulos correspondientes, y por tanto, esa función puede someterse a un cultivo y educación especiales (pp. 202-3).

CORNEJÍN. --Antes de la década del 90 (década en la cual el bum de la televisión por cable se apoderó de Buenos Aires) solía yo fantasear, mientras miraba uno de los escasos cuatro canales que entonces existían, sobre lo dichoso que me sentiría si tuviera la posibilidad, como los norteamericanos, de elegir de

entre 40 o 50 programaciones aquella que más me interesase. Hoy tengo 65 canales, día y noche, a mi disposición, pero el goce que me produce la observancia de este artefacto no se multiplicó por 16 como mi cándido hedonismo sugería; antes al contrario, y luego de un par de semanas de euforia, el interés que me despertaba este medio decayó considerablemente, y lo más extraño es que ahora ya no me interesan ni siquiera los programas de los canales abiertos que otrora solía disfrutar. Es como si mi capacidad natural de goce televisivo constara, digamos, de 100 unidades de goce o *gozones*, los cuales se dividen según la cantidad de opciones disponibles en el aparato. Así, mientras disponía de tan sólo cuatro canales, al mirar uno de ellos entraban en acción 25 de mis gozones, pero cuando la oferta creció hasta los 65, un gozón, o a lo sumo dos, tuvieron que cargar con todo el trabajo, y entonces el mirar televisión ya no fue lo que era. Bien saben los que ven en el ascetismo lo mismo que Scheler y yo (a saber, una forma de hedonismo) que los goces más preciosos e intensos ocurren siempre dentro de un marco de austeridad que los resalta, siendo imposible, por ejemplo, que un niño acostumbrado a sorber diariamente un helado perciba más placer en sus ingestas que el niño que los come una vez por semana, pese a que en éste los tiempos de goce son siete veces menores. Y si el niño *no tiene la certeza* de cuándo comerá su próximo helado, y si hasta duda de que llegará ese día, entonces el placer de saborearlo se potencia grandemente debido al factor sorpresa, a la vez que la esperanza, sensación placentera como pocas y que no es percibida por el comedor diario, se ocupa de volcar la balanza hedonista decididamente a favor del más moderado (incluso sin tener en cuenta los problemas de salud y estética que suelen acosar a los glotones).

CAMPOAMOR. --Pero si el término "helado" lo trocamos por "comida", entra en juego algo que no has tenido en cuenta en tu anterior razonamiento: el dolor de la necesidad insatisfecha. Y este dolor es capaz de volcar cualquier tipo de balanza.

CORNEJÍN. --Ciertamente duele mucho (aunque más psicológica que fisiológicamente) tener hambre, pero yo hablé de los goces *más preciosos e intensos*, dentro de los cuales no está, por cierto, la ingestión de alimentos. Tal vez estuve mal en ejemplificar mi tesis con helados; ocurrió que me vinieron a la mente los niños, y para los niños sí que no hay goces más intensos que los sensitivos. Pero cuando me refiero a los goces más preciosos e intensos capaces de ser percibidos por hombres hechos y derechos no me refiero a otra cosa más que a los goces derivados de la ética o de la estética; y estas necesidades superiores, a diferencia de las sensitivas, *no producen dolor si no se las satisface regularmente*, de modo que ni siquiera está bien que las llamemos "necesidades"; yo escogería el término "placeres incondicionados".

CAMPOAMOR. --Pero entonces la austeridad que consideras necesaria para el mejor disfrute de estos "placeres incondicionados" viene a ser una austeridad ética o estética, no material, lo que nada dice a favor de tu ideal anticonsumista, al tiempo que sugiere la idea de que para mejor gozar de las buenas acciones que uno hace, debe hacerlas lo más espaciadamente posible. Percibo un cortocircuito, y no pequeño, en el cable que relaciona en tu mente la ética con el hedonismo.

CORNEJÍN. --Esteee... Me ha puesto usted en un aprieto.

CAMPOAMOR. --Es bueno que lo reconozcas.

CORNEJÍN. --Y si es tan bueno reconocerlo, ¿por qué no lo hizo usted en las innumerables oportunidades en que lo apreté?

CAMPOAMOR. --Hasta el momento he salido airoso de cada una de tus tontas trampas mayéuticas. Pero... ¡deja de hacer tiempo y resuelve tu intrínquilis, que no tenemos todo el día!

CORNEJÍN. --¿Por qué no tenemos todo el día? Yo no tengo nada que hacer más que mirar estos preciosos esteros, ¿y usted?

CAMPOAMOR. --Yo... tampoco.

CORNEJÍN. --Entonces déjeme pensar mi respuesta si no quiere que salga con una huevada como las que usted utiliza cuando se le acaban los argumentos.

CAMPOAMOR. --Piensa, piensa. Yo mientras iré donde aquel arbusto a vaciar mi vejiga.

CORNEJÍN. --Tómese su tiempo, don Ramón.

CAMPOAMOR. --Listo. Sacudimos un poco y...

CORNEJÍN. --¿Qué le parece si damos un paseo mientras hablamos? Dicen que las contracciones de los músculos ayudan al trabajo mental.

CAMPOAMOR. --¿Quieres hacer la de Aristóteles? No me opongo: caminemos.

CORNEJÍN. --Preferiría que me comparase con un alma más noble, con Rousseau, quien dijo en sus *Confesiones* (pág. 375): "No puedo meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más; mi cabeza anda al compás de mis pies".

CAMPOAMOR. --Y caminar teniendo un marco tan imponente como el que nos obsequia la naturaleza en este lugar, es algo digno de practicarse. ¡Mira esos monos aulladores! ¡Qué encantadora familia! ¿Qué está haciendo el más grande?

CORNEJÍN. --Caca. Se dio cuenta de nuestra presencia y está marcando su territorio.

CAMPOAMOR. --Será mejor que caminemos para otro lado...

CORNEJÍN. --No se preocupe. Tiran mierda desde arriba, pero rara vez bajan de los árboles.

CAMPOAMOR. --Sigamos pues, si dices que estamos a salvo. No me gustaría que me hincase tan agudos colmillos... ¡Algo se movió detrás nuestro! ¿Lo escuchaste? ¡Ahí está! Es... ¡un ciervito enano!

CORNEJÍN. --Se llama corzuela parda, vulgarmente conocida como guazuncho. Son muy abundantes aquí.

CAMPOAMOR. --¿Y si nos topamos con un jaguar?

CORNEJÍN. --Ya casi no hay jaguares en Corrientes; se replegaron hacia la selva misionera. Pero estoy seguro de que si encontramos uno, el animal huirá más rápido de usted que usted de él.

CAMPOAMOR. --¡Avemaría purísima! ¿Qué son esas ratas gigantes que se ven ahí en el lago?

CORNEJÍN. --Es una familia de carpinchos. ¿No son hermosos?

CAMPOAMOR. --Lo son siempre y no me roan las entrañas...

CORNEJÍN. --No lo molestarán si usted no los molesta. Lo mismo vale para esos yacarés.

CAMPOAMOR. --¡Qué lo tiró de las patas! ¿Hasta cocodrilos hay?

CORNEJÍN. --Son más pequeños y menos agresivos que los cocodrilos, pero

igual hay que mantenerse a distancia.

CAMPOAMOR. --¿Estaremos seguros caminando entre tanto bicho raro?

CORNEJÍN. --A Seguro se lo llevaron preso. Pero descuide; olvídense de que los animales pueden agredirlo y no lo agredirán. La naturaleza no suele meterse con quien no la molesta. Y si se mete, mala suerte: es el precio a pagar por disfrutar de su compañía. ¿Por qué camina tan silenciosamente? Le conviene dar pasos firmes y ruidosos, así los animales potencialmente peligrosos, sobre todo las serpientes, lo sentirán y se alejarán.

CAMPOAMOR. --¿No son sordas las serpientes?

CORNEJÍN. --Eso tengo entendido, pero deben de captar la vibración del suelo que nuestros pasos producen. ¡Mire ahí! Eso es un zorro de monte. Esos turros me tienen podrido. Vienen a la noche a mi campamento y me afanan las provisiones. Encuentran particularmente irresistibles a mis buñuelos.

CAMPOAMOR. --Interesante argumento para un dibujo animado. ¿Dónde armaste tu carpa?

CORNEJÍN. --Por allá, debajo de un mango. Pero basta de observaciones naturalistas: creo estar en condiciones de arreglar ese cortocircuito hedonista que usted me produjo.

CAMPOAMOR. --¡Vaya que te sentó bien el ejercicio!

CORNEJÍN. --Yo dije que los goces más preciosos e intensos ocurren siempre dentro de un marco de austeridad que los resalta. Y lo sostengo, tanto en el plano del placer sensitivo como del placer espiritual. Dejando de lado por ahora el problema del dolor que ocasiona la necesidad insatisfecha, es obvio para mí que quien come con hambre goza más de su comida que quien come con apetito, y que quien enciende una fogata después de dos días en la fría intemperie goza más con su calor que quien ha permanecido esos dos días junto al fuego. Para comer con apetito hay que comer, digamos, tres veces al día; para comer con hambre, una sola vez por día. Si cada comida dura, digamos, unos 10 minutos, el apetitoso gozará comiendo durante media hora diaria y el hambriento durante 10 minutos. El hambriento, así como el hacedor de fogata, gozarán durante menos tiempo pero mucho más intensamente que los otros dos de sus respectivos placeres, lo que los pone al tope del ranking hedonista.

CAMPOAMOR. --No te olvides del dolor de la necesidad insatisfecha...

CORNEJÍN. --Sí, sí; después hablaré de eso. Ahora tengo que referirme a los placeres espirituales, en particular a los dos más elevados: el placer ético y estético. Tanto el uno como el otro se dividen en activo y contemplativo. Placer ético activo es el que se experimenta después de realizar un acto éticamente correcto, y contemplativo el que se experimenta durante la contemplación de una buena acción realizada por otro; placer estético activo es el que experimenta el artista mientras crea su obra de arte, y contemplativo el que se experimenta durante la contemplación de una obra de arte (propia o ajena) o durante la contemplación de alguna belleza natural. Estos placeres espirituales no funcionan como los placeres sensitivos derivados de la satisfacción de una necesidad, de suerte que no percibimos dolor alguno por más que no se nos presenten durante largo tiempo. Sin embargo, la regla de la austeridad sí se cumple aquí como en el caso de los placeres sensitivos. La visión de una noche clara y estrellada produce mucho más placer a un espíritu no acostumbrado a ese maravilloso espectáculo

que a otro que lo percibe a diario, y hasta las mismísimas cataratas del Iguazú me parecían ya cosa trivial después de un mes de haber convivido con ellas. Y el Taj Mahal, ¿le parecerá igual de imponente al turista que lo admira por primera vez que al empleado de seguridad que lo supervisa desde hace años?

CAMPOAMOR. --Desde luego que no. Y ¿qué pasará con los placeres éticos?

CORNEJÍN. --Primero termino con los placeres estéticos, y digo que goza mejor de sus trabajos el artista poco prolífico, pues el muy prolífico toma sus creaciones, por preciosas que fueren, como algo normal, rutinario, y la rutina inhibe todo placer estético, tanto los contemplativos como los activos. Ahora sí: aquí viene el argumento que parece contradecir a todo sistema ético basado en el hedonismo, y que dice que las buenas acciones, si bien producen placer a los buenos sujetos que las ejecutan o contemplan, dejan de ser tan placenteras cuando se ejecutan o contemplan con asiduidad. Esto es completamente cierto; lo que no es cierto es que la ética hedonista quede aquí refutada.

CAMPOAMOR. --Demuéstramelo.

CORNEJÍN. --Trataré de hacerlo, y para eso volveré por un momento al plano sensitivo. Hablando de la necesidad de comer, dije que goza más de sus ingestas quien lo hace sólo una vez por día que quien come tres raciones diarias. Agregó ahora que quien come una vez cada dos días goza todavía más de su comida que cualesquiera de los otros dos, y quien come una vez cada tres días goza más todavía que cualesquiera de los anteriores. Pero ahí se detiene lo que parecía ser una función lineal y que no era más que una parábola, pues ocurre que al cuarto día de ayuno ya no se goza tanto del desayuno como lo que se gozaba en el día tercero, y por lo tanto es inútil ayunar una semana o más si lo que se desea es gozar mejor de la comida. Esta situación, creo yo, tiene su paralelo en el plano ético y en el estético. Entonces, si lo que se desea es gozar al máximo del placer ético activo, no es aconsejable desdeñar las oportunidades de hacer el bien que se nos presentaren socolor de hacerlas más placenteras por austeridad, porque el punto de máximo aprovechamiento del placer, que un poco arbitrariamente situé a los tres días en el caso del placer de comer, se sitúa en el plano ético más o menos a las ocho horas contando desde la última obra de bien que hayamos realizado. Así, el que realiza una obra de bien por semana goza mucho menos que el que realiza tres a diario, espíritu éste el más iluminado de todos los que profesan el hedonismo.

CAMPOAMOR. --Pero así las cosas, quien realiza diez buenas acciones diarias goza, en conjunto, menos por su accionar ético que lo que goza quien se limita a tres buenas acciones diarias, lo que sugiere que para ser bienaventurado aquí la Tierra no hay que ser *demasiado* bueno, sino bueno a medias... ¿cómo compatibilizas esto con el hedonismo ético?

CORNEJÍN. --Desde ya le aclaro que yo no creo que, hoy en día, las mejores personas sean a su vez las más dichosas. Este es un tema que ya toqué en el *Apendicitis* del libro cuarto de mi diario; le sugiero que lo lea o relea, pues no tengo ganas de volver a desarrollarlo ahora. Pero aun suponiendo que las mejores personas tienen que ser, para que mi sistema ético-hedonístico no sucumba, las más felices que hoy pueblan el mundo, aun suponiendo esto no hay contradicción en decir que hacer el bien demasiado asiduamente desluce la capacidad de gozar

de la ética, porque los mejores individuos, los más santos, sabios y revolucionarios seres humanos, no se ocupan sólo de *hacer* el bien, sino también de *pensarlo* y de *sentirlo*, y no podrían realizar estas dos actividades si todo el tiempo, o casi todo, lo dedicasen a la práctica del bien. El bien mismo, junto con el placer que conlleva su puesta en práctica, se ahoga por falta de oxígeno cuando se realiza sin antes haberlo pensado y haberlo sentido bien dentro de nuestro cerebro y de nuestro corazón. Y además, si ocupados en hacer el bien no nos damos un tiempo para disfrutar del placer estético que nuestra arte, el arte de los otros o el arte de la naturaleza nos regalan, tarde o temprano nuestra ética perderá vuelo y caerá, pues la máquina del bien no es un *perpetuus mobilis*, no camina por sí misma: necesita el combustible de la belleza.

CAMPOAMOR. --Y el punto de máximo aprovechamiento del placer estético, ¿está próximo a su similar ético?

CORNEJÍN. --Yo creo que está más próximo al placer de comer, quizá más lejos todavía. Una semana, diez días, quién lo sabe. Me parece que depende un poco del tipo de placer estético de que se trate, lo que por otra parte también sucede con los placeres éticos. Las ocho horas que mencioné son una simplificación, una generalización de quien apenas vislumbra los resortes que modifican para bien o para mal el estado de ánimo de las personas virtuosas. Porque no se olvide de que todo lo hablado vale sólo para las personas relativamente virtuosa. Los viciosos, en caso de que gocen haciendo el bien, gozan de acuerdo a otra escala.

CAMPOAMOR. --¿Y cuándo vas a tomar en cuenta el dolor de la necesidad insatisfecha?

CORNEJÍN. --Tanto en el placer ético como en el estético ya le dije que tal dolor no existe.

CAMPOAMOR. --¡Vamos! ¡No sólo de pan vive el hombre! Yo creo que, para las almas privilegiadas, la poesía de la vida es tan necesaria como el agua.

CORNEJÍN. --Que la estética no es una necesidad para todo el mundo se ve claramente cuando estudiamos el modo de vida de la mayoría de la gente. Hay otros, los "privilegiados" tal como usted los llama, que sí parecen necesitar de la estética, pero no para vivir, sino para seguir siendo privilegiados. Niégueles la belleza y se les negará la posibilidad de ser mejores, pero no se les negará la vida en tanto que vida animal. Luego, la estética no es una necesidad vital, y no nos duele si no tenemos el gusto de saborearla con regularidad.

CAMPOAMOR. --No nos duele en el cuerpo, pero nos duele en el espíritu...

CORNEJÍN. --No creo que a las personas virtuosas les duela en ningún lado la carencia de belleza. Se resignan con mucha facilidad a las circunstancias que les tocan en su arte. Si les toca gozar de la estética, gozan; si no, se olvidan de ella... hasta que esta carencia comienza a poner en peligro su virtuosismo. Ahí es cuando comienzan a percibir la belleza de todo cuanto los rodea, por indigno que parezca el ambiente a los ojos de un virtuoso "estéticamente satisfecho" o de un no virtuoso. Y si se les impide percibir nada, si se les tapa los ojos, los oídos, la nariz y se los inmoviliza para que no creen nada bello ellos mismos..., entonces echarán mano a los recuerdos y a la imaginación, veneros inagotables de la más pura belleza intelectual. Digamos entonces que sí, que la creación o apreciación de la belleza es una necesidad para las almas nobles, pero es una necesidad que

se satisface tan fácilmente que nunca llega al punto de producir dolor por insatisfacción. Algo parecido a lo que sucede con las buenas acciones: no pudiendo realizarlas ni contemplarlas, las almas nobles se recrean recordándolas o imaginándolas, y así nunca llegan a considerar a este accionar como una dolorosa necesidad insatisfecha. Sin embargo, esta insensibilidad a este tipo de dolores no debe llevar a usted a la sospecha de que los individuos virtuosos tienden a no sufrir espiritualmente. Lejos de ello, los virtuosos tienden a sufrir espiritualmente mucho más que nosotros, pero también tienden a gozar más de los placeres del espíritu. En esto coincido con Nietzsche, que decía que su superhombre se distinguía del rebaño de esclavos en su mayor amplitud de oscilación entre la dicha y el sufrimiento.

CAMPOAMOR. --Max Scheler, desde su libro *Amor y conocimiento* (pág. 70), también abona esta idea:

La magnitud del movimiento de la vida entre las profundidades del placer y del dolor es, en cierto sentido, «anterior» a los estados de placer y dolor mismos que sólo representan los puntos terminales, fortuitamente alcanzados, de un movimiento oscilatorio de cada vez mayor amplitud.

Después, en el mismo párrafo, aclara que es el concepto de sacrificio el que le da sentido a esta amplitud de oscilación. Pero antes de seguir citando a Scheler debes concluir tu razonamiento: el dolor de las necesidades insatisfechas, ¿existe en el plano sensitivo?

CORNEJÍN. --Por supuesto.

CAMPOAMOR. --Y ¿cómo contrarresta este dolor el asceta hedonista? Porque no creo que le alcance para ello con el placer del resalte o del factor sorpresa que devienen de su austeridad.

CORNEJÍN. --Eso ayuda, pero lo que vence realmente al dolor de las necesidades insatisfechas es, precisamente, la esperanza de satisfacerlas. Los "hombres de poca fe" se negarán a consentir esto, pero no se olvide de que lo que digo lo digo sólo en relación a los virtuosos, y ellos bien saben que no hay mejor fogón para una noche fría que la esperanza del amanecer.

CAMPOAMOR. --Según Dante, lo primero que se les quita a los que llegan infierno, es la esperanza.

CORNEJÍN. --Así de valiosa es, y así de placentera. Ninguna necesidad insatisfecha puede ganarle la pulseada hedonista en el alma del hombre virtuoso.

CAMPOAMOR. --Es evidente que la caminata les ha dado nuevos bríos a tus lucubraciones, pero las noto demasiado frágiles, demasiado expuestas al derrumbe. Les harían falta unos cuantos apuntalamientos y complejizaciones.

CORNEJÍN. --Ya vendrán; si no de mi mano, de la mano de mis críticos. Estoy pisando tierra casi virgen, no es fácil caminar por aquí.

CAMPOAMOR. --¡Cuidado! ¡Te metiste en un lodazal!

CORNEJÍN. --Ya veo. ¡Con razón se me dificultaba el andar!

CAMPOAMOR. --Menos mal que viniste con sandalias...

CORNEJÍN. --Sí. Un par de zapatos como los suyos se habrían independizado de mis pies y estarían ya bien muertos sepultados. Hay algo como pegamento en el fondo, como chicle...

CAMPOAMOR. --¿Quieres que te recite algún otro pasaje de este nuevo libro

de Scheler mientras limpias tu calzado?

CORNEJÍN. --Con mucho gusto, pues también coincido con Scheler en que el conocimiento más profundo no es posible dentro de un espíritu que no ama.

CAMPOAMOR. --Scheler comienza su libro (pág. 9) citando a dos grandes artistas: "Sólo se aprende a conocer lo que se ama, y más pleno y más profundo será el conocimiento, cuanto más fuerte, vigoroso y viviente sea el amor, aun la pasión" (Goethe), y "todo gran amor es hijo de un gran conocimiento" (Leonardo da Vinci).

CORNEJÍN. --Estas dos maneras de correlacionar el amor con el conocimiento no son exactamente iguales...

CAMPOAMOR. --No, y eso lo aclara nuestro autor en el segundo párrafo de su ensayo:

El genio alemán y el genio del Renacimiento --con quien concuerda también Giordano Bruno en su doctrina del amor heroico-- ponen así el *amor* y el *conocimiento* en la más íntima y profunda relación de mutua fecundación; pero de modo que para Goethe el movimiento del amor funda siempre el acto de conocimiento, mientras que, para Leonardo, el acto del amor se basa en el conocimiento. Ambos contradicen así el difundido juicio burgués, a mi parecer específicamente *moderno*, de que el amor vuelve «ciego» antes que clarividente y que, por tanto, sólo puede lograrse un conocimiento auténtico del mundo en virtud de la extrema *represión* de los actos emocionales y prescindiendo, a la vez, de todas las diferencias entre los objetos en cuanto a su valor, está íntimamente relacionado con esos actos en una sola unidad vivencial.

CORNEJÍN. --Yo sostengo que cuanto mejor se comporte una persona, mayor será su capacidad general de comprensión. Comportarse bien es servir, y el servicio, como decía la madre Teresa de Calcuta, se genera cuando el amor entra en acción. De ahí viene mi acuerdo en esto de emparentar al amor con el conocimiento (14).

CAMPOAMOR. --

Toda *ampliación* y *profundización* de nuestra imagen del mundo depende de una *previa* ampliación y profundización de nuestra esfera de interés y de amor (pág. 40).

Esta es una idea de San Agustín que Scheler adopta como propia por juzgarla enteramente verdadera.

CORNEJÍN. --También puede asociarse a la concepción platónica del Eros como guía (*métodos*) en la búsqueda del conocimiento.

CAMPOAMOR. --Sí, pero Scheler cree que esta teoría de Platón es demasiado estrecha, que sólo se limita a caracterizar la vía "subjetivamente humana por la cual nosotros, los hombres, llegamos al conocimiento del mundo. [...] tendría una importancia gnoseológica, no sólo psicológica", pero no el alcance "*metafísico* y *óptico*" de la doctrina agustiniana (pp. 40-1).

CORNEJÍN. --¡Listo! Ya terminé de limpiarme. ¿Seguimos caminando?

CAMPOAMOR. --¡Cómo no! Yo también terminé, pero de citar a Scheler. Gran pensador, ¿verdad?

CORNEJÍN. --Sí señor, aunque un poco arduo para mi gusto. No sé usted,

pero yo tengo el cerebro medio fatigado de tanto análisis concienzudo. ¿No quiere que me detenga un buen rato en un pensador más concreto, más literato, más apasionado que Scheler?

CAMPOAMOR. --Me agradecería sobremanera que glosases a un autor así. ¿De qué país es oriundo? Si es tan apasionado, debe de ser latino...

CORNEJÍN. --Es español, y es a mi criterio el mejor ensayista español de todos los tiempos. Se llama Miguel de Unamuno.

CAMPOAMOR. --¡Epa! Me parece un poco desmesurado el elogio... ¿De cuál de sus libros lo citarás?

CORNEJÍN. --De varios, si usted no se opone. Comenzaré con *Soliloquios y conversaciones* porque hay algo en la pág. 10 que se relaciona con lo que hablamos recién sobre Platón, San Agustín y Scheler. San Agustín le "robó" a Platón su idea del eros y armó sobre ella su *Discurso sobre las pasiones del amor*, y Scheler le "robó" a San Agustín esta idea en su estudio titulado "La esencia de la filosofía" (incluido en su obra *Lo eterno en el hombre*). Sin embargo, dice Unamuno que aquí no hay ningún robo, porque

así como uno no es propiamente hijo de quien lo engendró --cosa muy fácil y sin mérito alguno-- sino de quien lo crió, formó y educó, poniéndole en el puesto que le corresponde, así una idea no es hija de aquel que primero la concibió, sino de quien la crió, formó y educó, es decir, de quien le dio su expresión más adecuada y la colocó entre las demás ideas, sus compañeras, en el complejo y contexto donde adquiere su valor todo.

CAMPOAMOR. --Y esto se da también en el campo estrictamente literario. A mí me han acusado de plagiar a diferentes escritores, acusación necia como pocas, sea que la digan contra mí o contra cualquiera. En literatura puede haber imitaciones, coincidencias o traducciones, pero nunca *plagios*; porque o la obra posterior es igual, o diferente de la anterior. Si es igual, es una copia; y si es diferente, o es mejor o es peor; si es peor, subsiste el original; si es mejor, el original muere. Según dice Víctor Hugo, sin en literatura es malo robar, es meritorio robar y *matar**

CORNEJÍN. --Víctor Hugo... ¡Justamente! Se decía que usted le robaba material a ese poeta...

CAMPOAMOR. --Eso es imposible: hablo muy poco francés. Además yo concuerdo con Dumas, quien decía, imitando a Molière: "Yo tomo lo mío donde quiera que lo encuentro". Y es que todas las ideas y las frases que se relacionan con el sistema literario de un autor son suyas y caen dentro del terreno de su jurisdicción. Decía Platón: "Pensar es recordar", pero es menester añadir además que "pensar es transfigurar"**.

CORNEJÍN. --"¡Pero eso es defender la piratería literaria!", exclamó el interlocutor de Unamuno, a lo que don Miguel respondió: "No, hombre, no, es defender la originalidad. La originalidad es eso. No acuñar moneda, sino saber usarla. ¿Y quién le ha dicho a usted que no pueda uno entender y usar una idea mejor que aquel a quien primero se le ocurrió? ¿Es que cree usted que Máuser, el

*Cf. las *Obras completas* de Campoamor, t. III, p. 260.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 268.

inventor del fusil que lleva su nombre, sea quien mejor lo maneje? Además no es preciso entender una idea como la entiende su progenitor. Hasta el entender mal una cosa suele ser fuente de grandes pensamientos". "¿Cómo?, ¿cómo?... Eso sí que no lo entiendo", preguntó el asombrado interlocutor. "Pues sí, amigo, hasta las erratas son fecundas. ¡Cuántas ideas nuevas no han sido sugeridas por una errata! ¿No ha oído usted eso de que el ave fénix renace de sus cenizas? Pues no hay tal ave fénix. Fénix, phoenix en griego, significaba la palmera y un ave, y el proverbio era que la palmera renace de sus cenizas, que se encendía un bosque de palmeras y éstas vuelven a brotar. Y los que luego ignoraron que se trataba de la palmera achacaron al ave el milagro".

CAMPOAMOR. --Mira tú. Yo tampoco sabía de dónde venía eso del ave fénix. Pero este ensayo de Unamuno... ¿no se titula "Conversación I"?

CORNEJÍN. --Efectivamente. ¿Lo leyó?

CAMPOAMOR. --¿No es ese en el que utiliza el estilo dialogado como marco y trabazón de las más curiosas o sugerentes citas de su cosecha?

CORNEJÍN. --El mismo. Algún día le plagiaré la idea y escribiré un ensayo con este sistema.

Además esto de tener que ensartar citas es una cosa tan generadora como la rima. Por eso sabrán ustedes, y vaya de cita, que Carducci, siguiendo no recuerdo ahora a quién, le llamó a la rima «rima generatrice», rima generadora. Y en efecto, la necesidad de colocar un consonante le obliga a un poeta, a un gran poeta, a seguir una nueva asociación de ideas. Y este lazo de asociación que parece meramente externo, meramente acústico, introduce un cierto elemento de azar, de capricho, que Novalis estimaba tan esencial en la poesía. Porque si la poesía no nos liberta de la lógica, maldito para lo que sirve.

CAMPOAMOR. --Yo también lo creo así, y por eso todos mis poemas fueron rimados. A los que no les caerá muy simpática esta cita es a los cultores del verso libre, que se han reproducido como legión en el siglo XX.

CORNEJÍN. --Unamuno siempre fue consciente de que su estilo frontal le granjeaba innumerables antipatías.

Sí, ya lo sé , no soy simpático a todos los que me leen; tal vez no lo soy a los más de ellos. ¡Qué le vamos a hacer!... Mientras me lean... Porque eso sí, prefiero no serles simpático y que me sigan leyendo, a no que siéndolo me dejen de leer. La simpatía se cobra muchas veces a costa de la autoridad y del respeto. Os confieso que no estimo cosa muy apetecible el hacerse un escritor simpático. Es tal vez el principio del descrédito, del hondo descrédito, que no por dorado y encubierto deja de serlo (pág. 33).

CAMPOAMOR. --Pero ¿podemos sacar ideas provechosas de un escritor que nos cae antipático? ¿No nos predispone la antipatía a juzgar siempre fallido su pensamiento?

CORNEJÍN. --Lo juzgaremos fallido, pero igual lo aprovecharemos.

Hace poco me escribió un amigo [...] diciéndome que aunque muchas veces no participa de mis opiniones, me lee porque le concito

ideas por reacción. Y yo me doy por satisfecho con esto, con suscitar ideas en los que me leen, aunque estas ideas sean contrarias a las que expongo y defiendo (pág. 33).

CAMPOAMOR. --No sé si será el mejor ensayista español, pero admito que no escribía nada mal.

CORNEJÍN. --Escribía bien porque escribía personalmente, como dirigiéndose, con lenguaje oral, a cada lector por separado, y se nutría de libros escritos con parecido método.

Si amo algunos libros son aquellos en que siento que su autor, el que acaso murió siglos antes de haber sido yo engendrado, se dirigía a mí, a mí personal y concretamente, a mí en confidencia. [...] aborrezco los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres (pág. 32).

CAMPOAMOR. --Era un escritor harto irritante...

CORNEJÍN. --

El cloroformo, tanto el clínico como el literario, tiene sus inconvenientes, y hay ocasiones en que al paciente le hace falta el dolor. Irritar a las gentes puede llegar a ser un deber de conciencia, doloroso deber, pero deber al fin y al cabo (pág. 35).

CAMPOAMOR. --Así que de ahí te viene... Porque no digas que tú no escribes para irritar...

CORNEJÍN. --Para irritar y para dar ideas. Aunque un poco coincido con el Unamuno de la pág. 36:

Yo no doy ideas, no doy conocimientos; doy pedazos del alma. Me importa menos, mucho menos las ideas que expongo que el modo de exponerlas.

A mí, en teoría, me importan mucho y por igual ambas cosas, las ideas y su exposición.

CAMPOAMOR. --¿Por qué sería que le gustaba tanto provocar cada vez que tomaba su pluma?

CORNEJÍN. --Por lo mismo que me gusta a mí y le gustaba a usted: porque no sabemos esconder nuestras pasiones a la hora de escribir.

Estas antipatías que provoco proceden, lo sé muy bien, de que, digan lo que quieran los que no ven sino la superficie, no soy un intelectual, sino un pasional. Casi todas las cosas que he dicho las han dicho cientos, miles, antes que yo; ni soy un erudito, ni soy un sabio, ni es grande la originalidad de mis ideas. ¿De dónde procede, pues, la eficacia, que, gracias a Dios, he logrado? ¿De dónde esas antipatías y esas simpatías y el que pueda decir que, gracias a Dios también, casi nunca paso entre la indiferencia de mis lectores? Pues ello viene de la pasión: ello viene del tono (pág. 36).

CAMPOAMOR. --Bien se ve que por la pasión con la que escriben, tú y tu amigo Unamuno son dignos herederos del francés Rousseau.

CORNEJÍN. --Y a mucha honra.

Todos contribuimos al progreso, todos, unos siguiéndolo, otros resistiéndolo. Si no hubiera más que la corriente central pronto se dormirían las aguas y se pararían. Del impulso de Rousseau, de aquel gran paradojista, de aquel gran apasionado --la paradoja es hija de la pasión-- han brotado no pocas ideas contrarias de los que hoy tratan de esmerilar su memoria (pág. 36).

CAMPOAMOR. --Pero una cosa es ser apasionado al escribir, como admito que yo también lo era, y otra muy distinta es ser agresivo con los lectores, cualidad que ustedes dos manejan a la perfección.

CORNEJÍN. --Es que no somos agresivos contra el lector, sino contra nosotros mismos, y el lector la liga de rebote. Esto lo explica muy bien Unamuno en la pág. 37:

Sí, ya lo sé, soy antipático a muchos de mis lectores y una de las cosas que más antipático me hacen para con ellos es mi agresividad, mi agresividad tal vez morbosa, no lo niego. Pero es, amigo, que esa agresividad va contra mí mismo, que cuando arremeto contra otros es que estoy arremetiendo contra mí mismo, es que vivo en lucha íntima. ¿Que me imagino que me interpretan mal? ¡Claro está! ¡Como que yo mismo no acierto a interpretarme siempre! Las ideas que de todas partes me vienen están siempre riñendo batallas en mi mente y no logro ponerlas en paz. Y no lo logro porque no lo intento siquiera. Necesito de esas batallas.

CAMPOAMOR. --¿Y no sería mejor que esos combates interiores tuviesen su desarrollo sólo en nuestra intimidad, sin trasladarse a nuestros escritos? ¿No sufre la cultura con estos arrebatos de violencia literaria?

CORNEJÍN. --A mí, tal como a Unamuno, me resulta imposible, o en todo caso indeseable, separar mis escritos de mi intimidad: mis escritos *son* mi intimidad. Y a su segunda pregunta Unamuno le contesta que no, pues

por cultura entiendo la más intensa vida interior, la de más batalla, la de más inquietud, la de más ansia. Procedo de una raza que algunos dicen está todavía por dentro, en estado salvaje, de una raza de espíritu taciturno y tormentoso, de una raza que Salmerón decía que no se ha adaptado aún a la civilización europea. Y yo, por lo que a mí me toca, por la parte de raza que me corresponde, acepto ese juicio y lo acepto hasta con orgullo (pág. 37).

CAMPOAMOR. --Pero ¿cómo se puede practicar la filantropía con una idea tal de lo que significa la cultura?

CORNEJÍN. --

No, no, amigo: yo no soy un filántropo. Siento demasiado el hambre y la sed de Dios para amar a los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar en los hombres gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud, y hasta de desesperación --¿por qué no? ¡sí, hasta de desesperación!-- y si de este modo pierden eso que llaman felicidad, y

que realmente no lo es, nada se ha perdido (pág. 37).

Le aclaro que Unamuno, cuando habla de sembrar gérmenes de desconfianza, me parece que se refiere a la desconfianza ante las ideas, no ante los hombres. Por lo que a mí respecta, tiendo a desconfiar por lo menos un poco de toda idea y a confiar por lo menos un poco en todos los hombres.

CAMPOAMOR. --Veo que, para Unamuno, eso de vivir en paz con todo el mundo era, más que una utopía, una pesadilla...

CORNEJÍN. --

¿Vivir en paz con todo el mundo? ¡Horror, horror, horror! No, no, no: nada de vivir en paz. La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior: necesitamos guerra.

Claro está que esta guerra que busco cual sustento de mi vida y de las vidas de los demás es la guerra espiritual, no la guerra a tiros o a estocadas (pp. 37-8).

Unamuno fue uno de los pocos que interpretó correctamente las palabras de Jesús cuando dijo que no venía a traer paz, sino espada (15). Las espadas interiores, cuando luchan, se perfeccionan, y cuando se perfeccionan producen calor interior, y el calor interior es síntoma de saludable vida interior. Calor y vida que no dudamos de reflejar en nuestros escritos:

Yo he puesto en mis libros calor y vida y por el calor y la vida que en ellos he puesto es por lo que los leéis. He puesto en mis libros pasión. Pasión de odios, de desdén, pasión de desprecio muchas veces, no lo niego: ¿pero es que el calor no viene sino de eso que llaman amor y que de cada cien veces las noventa no es sino babosidad y blandenguería o debilidad de espíritu? Y he puesto también en ellos amores, mis amores, esos amores que son los que me hacen indignarme, que son los que me hacen tan a menudo áspero, desabrido, desdeñoso. Sí, por amor me hago antipático, por un amor más grande y más puro que el de esa engañosa simpatía que algunos me aconsejan busque (pág. 38).

La simpatía literaria se la dejamos a los escritores obsecuentes de su público, a los escritores demagogos:

Hay una cosa que he odiado toda mi vida y espero morir odiando y es el llegar a ser prisionero de mi público, el que sean mis lectores los que hayan de marcarme el rumbo que debo seguir. No quiero sacrificar mi independencia, no quiero, sobre todo, hipotecar mi porvenir. ¿Lo entendéis? No quiero hipotecar mi porvenir. Quiero tenerlo abierto, libre (pág. 38).

Y porque no somos obsecuentes de nuestros lectores, somos duros con ellos, pero

esa acritud que tanto te desagrade en mis escritos, la he acrecido ejercitándola contra mí mismo. Soy la espada y la muela y aguzo la espada en mí mismo. Así es que estoy tan gastado de esgrimirme de espada como de aguzar la espada que esgrimo.

Y si te he de decir la verdad --aquí parece referirse a usted--, me

duele y me hiere el ver que los hombres marchen tan confiados como si marcharan por suelo firme, confiados en sus prejuicios y antiprejuicios unos de la fe religiosa, esclavos otros de la ciencia, esclavos otros de la ignorancia, esclavos todos. Quiero que duden, quiero que sufran, quiero sobre todo que se desesperen, quiero que sean hombres y no progresistas. La desesperación aunque resignada, es acaso el estado más alto del hombre.

Dios, amigo, no me trajo al mundo como apóstol de paz y para cosechar simpatías, sino como sembrador de inquietudes y de irritaciones y para soportar la antipatía. Ésta, la antipatía, es el precio de mi redención (pág. 39).

CAMPOAMOR. --Me parece que de tanto poner calor en sus libros, a Unamuno se le recalentó el cerebro...

CORNEJÍN. --Puede ser, pero en compensación se le expandió el alma.

El calor dilata los cuerpos. Pero, ¿no dilata también las almas? (pág. 46).

¿Puedo hacerle una pregunta incómoda?

CAMPOAMOR. --Puedes. Lo que no quiere decir que te la vaya a contestar.

CORNEJÍN. --¿Usted se consideraba un escritor o un hombre que escribe?

CAMPOAMOR. --¿Cuál es la diferencia?

CORNEJÍN. --La que marca Unamuno en la pág. 47:

... Dando vueltas en la cama, sin poder rechazar el calor que dilata los cuerpos y también, según parece, las almas, me decía a mí mismo: «Hete ya, Miguel, metido en lo que más aborrecías o creías aborrecer, en escritor profesional. Tú quisiste ser un hombre que escribe y no un escritor, pero, a pesar de tus esfuerzos todos, el hombre empieza a desvanecerse debajo del escritor».

CAMPOAMOR. --Si te refieres a si cobraba yo dinero por lo que escribía, sí, lo cobraba.

CORNEJÍN. --Ah, era usted un escritor. ¿Y escribía sólo cuando sentía deseos de escribir y del tema que deseaba tratar, o escribía cuando lo deseaba el que le pagaba y del tema sugerido por este mecenas?

CAMPOAMOR. --No señor, a mí nunca nadie me impuso condiciones temporales ni temáticas a la hora de hacer mi trabajo.

CORNEJÍN. --Tuvo suerte; a Unamuno no le pasaba lo mismo:

Aquí estoy, lector, otra vez sobre las blancas cuartillas, buscando asunto. Es una verdadera esclavitud esto de tener que comunicarse de tiempo en tiempo con el público; ¿qué remedio? Lo mejor, claro está, es escribir uno cuando se le antoje, como se le antoje y sobre lo que se le antoje y entérese bien quien quiera enterarse (pág. 53).

Esto de tener que escribir cuando uno no siente deseos de hacerlo es propio de los escritores devenidos en periodistas como Unamuno, pero suele sucederle también, sobre todo en esta época, a los escritores de libros. El remedio para esto es muy sencillo, consiste en no situarse bajo el yugo de los editores, pero parece que a los profesionales de la literatura les resulta un tanto complicado evitar este

voluntario sojuzgamiento. Que la fiebre del oro, como sucedió en Norteamérica, ataque a unos colonos ignorantes no es algo que deba extrañarnos, pero que se meta con los cultos artistas europeos y los domine por completo... ¡Si me parece oír los quejidos de las musas, revolcándose de aburrimiento en el Parnaso sin que nadie las invoque!

CAMPOAMOR. --Es que hoy día sobra el economicismo y escasea la religiosidad, y el artista medio no puede aislarse de lo que su entorno le sugiere.

CORNEJÍN. --Es verdad. Unamuno añoraba, pese a no haberlas vivido, a aquellas épocas en que la religión estaba tan a flor de piel que se te metía por los poros, se te metía. Y esto le ocurría sobre todo en medio de esas insufribles francachelas a las que lo invitaban y en las cuales no se hablaba más que del nuevo peinado de la señora de tal o cual doctor allí presente o cosas por el estilo.

Muchas, muchas veces he deseado en lo íntimo de mi corazón haber vivido en una de aquellas épocas de fe ardorosa, en el seno de un pueblo agitado por una pasión infinita, o entre los cruzados, o entre los albigenses, o en las filas de los motilones de Cronwell, o entre los hugonotes de Coligny, o en el fondo del monasterio en que Enrique Suso cumplía sus tremendas mortificaciones. Pero ¡por Dios! ¿Quién que sea hombre, verdadero hombre, resiste uno de esos banquetes que le dan sus amigos al ilustre López con motivo de habersele conferido el cargo de gobernador y en que se pronuncian dos, tres, cuatro, diez brindis, llenos de los mismos insustanciales lugares comunes al sonar el odioso, el odiosísimo estampido del descorche del ramplonísimo champaña? A mí, cuando las inevitables exigencias de la esclavitud social me fuerzan a asistir a uno de estos homenajes, me dan ganas de levantarme y decir: «¡Hermano, pensemos en la muerte!» Y arrancarme con un sermón. No lo hago, es claro, pero no por miedo al ridículo, no, sino por saber que nada conseguiría.

Y ahora comprenderás, [...] lector amigo, en qué aprieto me veo cada vez que tengo que brindar en el festín de la vida, cada que tengo que dirigirme a hombres de mundo. Y ahora comprenderás cómo y por qué irrumpen entre mis palabras o de entre los renglones de mis escritos, acentos de amargura o de acritud, desdenes y censuras. Ya sé que en general no soy simpático, y no me pesa de ello. Hay mucha gente a la que resulto cargante. Así debe ser.

¿Se nota que estos últimos párrafos los extracté de un ensayo intitulado "Desahogo lírico"?

CAMPOAMOR. --Se nota. ¿Hay más desahogos?

CORNEJÍN. --Cómo no:

Si yo fuera otro proveería a mis lectores de noticias curiosas con que pudieran lucirse en los salones, escribiría reflexiones que habiéndosele ocurrido antes al honrado almacenero que me lee sirvieran para acrecentarle la noción que de su buen sentido tiene, cuidaría la parte más externa de mis escritos, combinando sus palabras y frases de modo que le alaguen el mal educado oído, y destruyendo así el estilo --pues los escritores de prosa repulida carecen de estilo-- si yo fuera otro... Pero es que si yo fuese otro, no sería yo.

Y basta, basta de desahogo. No temáis, sé que soy esclavo, sé que somos todos esclavos... volveré a mi camino, volveré a los temas «objetivos»; pero... Pero, por Dios, ¿no me será permitido alguna vez sacar de lo más hondo del pecho un suspiro, a la vez que de resignación, de rebeldía? ¿No me será permitido decir alguna vez que todo eso que llamáis civilización no me parecería nada si no fuese el envoltorio de la cultura, y que quienes con sólo el envoltorio se quedan son salvajes embozados en manto regio, y que me deja frío el esplendor de nuestras metrópolis? (pág. 58).

CAMPOAMOR. --Aborrecía las grandes ciudades, ¿no?

CORNEJÍN. --Igual que yo, que si vivo en una de ellas es porque me cuesta mucho separarme de mis seres más queridos, de los de carne y hueso y de los de celulosa.

Cuando me encuentro en una ciudad moderna, de esas que llaman progresistas por su policía e higiene, esas bien macadamizadas, con presuntuosos edificios, con tranvías eléctricos, con lujosos coches en que se pasean damas bien enperifoliadas, con parques bien recortados, con casinos confortables, con teatros, con todo el aparato, en fin, de una de las tales ciudades, cuando me encuentro en ella me envuelve, ciñe y aprieta al punto un sentimiento de profunda, de profundísima soledad. Los hombres me parece sombras sin interior. Y me hecho, como Diógenes, a buscar un hombre, un verdadero hombre, un luchador con el destino y el misterio, un hombre de alma religiosa, en fin, que confiese a Dios o que le niegue, pero que le confiese o le niegue apasionadamente, con el corazón, y no en virtud de una fórmula filosófica que entra en los elementos de lo que un hombre bien educado debe saber.

Me echo a buscar un hombre... y rara, rarísima vez lo encuentro (pág. 56).

CAMPOAMOR. --Las observaciones de Unamuno son muy perspicaces, pero demasiado insultantes. Van mucho más allá de la simple y delicada ironía.

CORNEJÍN. --Y no podía ser de otra manera:

La ironía nace de un cerebro agudo, sutil y clarividente, regado por un corazón blando; es de las almas en las que el sensualismo ahoga la pasión. Brota y florece en pueblos de sentimientos moderados, en los que rige el «ne quid nimis». Refleja el triunfo del buen sentido sobre la pasión.

He aquí por qué nosotros los españoles difícilmente podemos alcanzar la ironía griega o la francesa. Nos apasionamos en exceso, y la pasión quita conocimiento. Para ser irónico, para manejar esa agridulce chungu, es menester no indignarse de verdad. Cuando uno se indigna de veras contra alguien o contra algo, aunque quiera ser irónico, resulta sarcástico o insultante. Y así nosotros cuando queremos burlarnos insultamos (pág. 67).

Hay que decir que, al menos en mi caso, las indignaciones se me circunscriben al

terreno del pensamiento o de la palabra, casi nunca pasan a los hechos. Cuando uno se indigna insulta, pero insultar no siempre es malo, como ya se lo aclaré hace unos minutos. También hablamos, citando a Scheler, de que la pasión del amor no quita sino que agrega conocimientos; pero Unamuno habla de la pasión del odio, y esta sí que los quita, o al menos los nubla provisionalmente. "El comprenderlo todo es perdonarlo todo" dice el célebre apotegma francés, pero cuando uno se indigna deja de comprender, y por ende deja de perdonar, y por ende insulta. Por suerte para mí mis indignaciones no duran nunca lo suficiente como para propiciar el resentimiento, y por eso mi yo racional sigue perdonándolo todo, a pesar de que mi yo instintivo no siempre esté de acuerdo. El siguiente ensayo del que citaré algunos párrafos (siempre dentro del mismo libro que le mencioné) Se intitula "En defensa de la haraganería". ¿Quiere conocer la opinión que tenía Unamuno del trabajo?

CAMPOAMOR. --No creo que sea igual que la mía, mas no por eso lo censuraré. ¡Adelante!

CORNEJÍN. --

El trabajo es cosa muy santa y muy buena, pero... Pero una vez se lamentaba amargamente delante de mí un padre de lo que sus hijos habían salido. «Después de mi sacrificio por ellos...», decía. Y sus sacrificios habían consistido en amasar una fortuna desatendiendo a sus propios hijos. Se pasaba en el escritorio horas que debió haber pasado con ellos. Creía que su obligación paterna se cifraba en dejar una fortuna a sus hijos. Es decir, ni aun creía eso, porque si empleaba su tiempo en fraguar una fortuna es porque no sabía en qué emplearlo de otro modo; el trabajo era una distracción para él.

Y es que muchos censuran a los que no se proponen un fin en la vida, y ellos a su vez tampoco se proponen fin alguno, sino que trabajan por trabajar, por no aburrirse.

Siempre me ha indignado, como a muchos otros, la famosa fábula de la cigarra y la hormiga. El egoísmo y la inhumanidad de ésta son bien manifiestos. Porque el caso es, y yo lo tengo bien averiguado, que mientras trabajaba se estaba recreando con el canto de aquella.

Yo no sé quién ha dicho que las más grandes proezas de valor son hijas del miedo, y si no lo ha dicho nadie antes, lo digo yo ahora, y es lo mismo. Y de la misma manera cabe decir que los más fecundos esfuerzos del espíritu humano son hijos de la pereza, de la haraganería. El hombre trabaja para evitarse trabajo, trabaja para no trabajar. Son increíbles los trabajos a que el hombre se somete por no trabajar.

Y después de todo, ¿quién sabe lo que es y lo que no es trabajar?

El lector puede ir por su cuenta haciendo toda clase de variaciones sobre este tema una vez puesto a tono. Yo no he pretendido más que sugerirle una línea de reflexiones que creo utilísimas en países que se convierten en colmenas y los hombres en abejas, que no van sino a almacenar oro zumbando sobre las flores que lo producen. En países tales, más tarde o más temprano aparece el zángano, como aparece la cigarra junto a los hormigueros, y se propende a despreciarlo injustamente.

¿Qué era Sócrates más que un haragán?

No hay memoria ni de una sola obra de escultura que haya dejado, siendo como era escultor. Y si no escribió nada, tengo para mí que fue por haraganería, por no tomarse la molestia de coger el cálamo. El tiempo que podía haber empleado en escribir le empleaba en callejear a la busca de algún jovencito con quien charlar de todo lo divino y lo humano. Si viviera en nuestros días, lo veríais siempre en algún café de cháchara con otros haraganes como él. Y ¡cuántos Sócrates no se mueren sin que sepamos de su enorme labor, por falta de un Platón o un Jenofonte que nos la conserve por escrito! (pp. 98-9).

CAMPOAMOR. --Si viviera en nuestros días, en nuestras sociedades cultas y puntillosas, Sócrates, a mi parecer, con razón y con aplauso universal sería apaleado más de lo que a sus costillas conviniera*.

CORNEJÍN. --No le cae a usted muy bien este personaje, ¿no?

CAMPOAMOR. --Adivinaste. Sócrates, ese Quevedo de la filosofía, debía ser lo que en nuestros días se entiende por "un mala lengua". Se dice que con sus críticas incomodaba en extremo a los falsos oradores, malos poetas, supuestos filósofos, ricos orgullosos, hombres injustos, y que, incapaz de autorizar ni aun con su silencio abuso alguno, reprendió igualmente a los que veía introducidos tanto entre los sacerdotes como entre los artistas y magistrados. Es decir, que este fachenda de la virtud se conoce que estaba en guerra con todo el género humano. Supongamos que el Sócrates histórico viviese en un pueblo de una de las provincias de España en el siglo en que yo viví. Los curas dirían que era un orate, sus amigos un fatuo, los chicos un dómine, los hidalgos un grosero, las mozas un estrafalario, las viejas un socarrón, y, en general, sería conocido por el tío Sócrates. El hombre que sería esto en España y en el siglo XIX, en Atenas y en la Olimpiada 77 no habrá podido dejar de ser un valiente original**. Aunque él no valía como pensador lo que el último de los sofistas, se hizo célebre por haberlos combatido en aquel tiempo con el mismo método con que hoy repelen la filosofía alemana las viejas de nuestros días, acogiéndose al sentido común, o más bien, al sentido vulgar, asiéndose a un hecho externo como criterio de certidumbre, discurrendo más por instinto que por razonamiento, no creyendo del hombre interno más que lo que se prueba por los sentidos, casi nada***.

CORNEJÍN. --Y ¿cómo explica usted que un pensador que "no valía lo que el último de los sofistas" haya sido tan admirado por tanta gente durante tanto tiempo? Compárelo con usted, que ha sido tan renombrado durante unos pocos años pero que ahora no es conocido prácticamente por nadie, y se dará cuenta de que el pensador Sócrates fue un millón de veces más grandioso que el pensador Campoamor.

Por regla general, los que en un momento dado gozan del favor de la mayoría del público, los escritores favoritos de una edad, pasan pronto: la generación subsiguiente los olvida. Y en cambio hay quienes

*Cf. las *Obras completas* de Campoamor, t. III, p. 580.

**Cf. *ibíd.*, t. III, p. 580.

***Cf. *ibíd.*, t. III, p. 581.

son queridos, y gustados por una permanente minoría, por un grupo de escogidos que se suceden de generación en generación. A los unos se les erige un vasto y endeble templo, uno de esos edificios pasajeros como los de las exposiciones: a los otros una sólida capillita que desafía a los años.

¡Vaya consuelo! --dirá alguno de esos jóvenes ambiciosos de gloria, si es que lee esto. Yo le diré: Sí, tiene razón, mozo, pobre es el consuelo; ya sé que no oirás los aplausos que se te prodiguen después que hayas muerto, pero ¡qué le vamos a hacer!... La cosa es triste (pág. 106).

CAMPOAMOR. --¿Ya nadie lee mis poemas y mis ensayos?

CORNEJÍN. --Casi nadie. Aunque no es totalmente por culpa suya:

Vivimos en la calle y vivimos de la última novedad; eso que llaman «información» y eso otro que llaman la «actualidad» son el pasto de nuestro público distraído. Quiere nuestro público que se le dé noticias y no que se le dé pedazos del alma. El alma estorba: la visión de un alma palpitante de ambición, de desengaño, de tristeza, de desdén, es un espectáculo tan desagradable como la visión de unas entrañas de carne palpitantes de vida moribunda (pág. 107).

Y para cerrar este libro, esta obra maestra de la lírica contemporánea, nada mejor que un Unamuno contrito:

Perdona, lector, perdónamelo. Perdóname, aunque no me atreva a prometerte el no reincidir en el pecado. Perdona el que con evidente impertinencia me meta en estas líneas. ¿Qué te importo yo? Tú quieres que te cuente cosas, y acaso tengas razón. Acaso, digo, y este acaso es, como lo comprenderás, no más que una concesión retórica.

Vivimos muy de prisa, te espera tu negocio, tal vez me estén leyendo camino de la oficina; te espera la novia; no quiero molestarte más. Vete, vete a tus cosas y yo me vuelvo a mí, me vuelvo a este loca anhelar, un anhelo sin claridad ni término, me vuelvo a cultivar todo eso que me hace antipático a tantos. No te molesto más; no quiero que lloren estas líneas (pág. 107).

CAMPOAMOR. -- ¿Cuál será el siguiente libro de Unamuno con que me deleitarás?

CORNEJÍN. --*Inquietudes y meditaciones*. Si me lo permite, me extenderé bastante citando buena parte de su ensayo "Los cerebrales", que data de 1899, el mismo año que naciera Jorge Luis Borges, y que va dedicado a todos aquellos escritores que ven en este hombre al prócer máximo de las letras argentinas:

Hay una literatura que llamaré gimnástica, profesional, de titiriteros y de funámbulos y trapeceistas del circo de las letras, de la feria de las vanidades. [...] la literatura es literalismo para ellos; arte de hacer volatines intelectuales o imaginativos, y no una seria lucha por el ideal. Lo que más les preocupa es lo que preocupaba al gladiador mercenario: el gesto bello y la manera de caer, de que el libre soldado jamás se cuida.

Esto produce una enorme plaga, la plaga del *literatismo*, nacida de la literatura que sólo de sí misma se alimenta, sin raíces ni en la vida del pueblo ni en la realidad vista al través de la Ciencia.

Para esos titiriteros de las letras, que cifran su anhelo en inventar una nueva pirueta funambulesca o un nuevo juego de manos, lo supremo es la tecnuería, la dificultad vencida. Son como esos *virtuosos* del piano que sólo tocan para que los inteligentes admiren la destreza y agilidad de sus manos. Eso bueno para *estudios*, pero no hay, en rigor, derecho a molestar con estudios al público que sólo juzga con oído y sentimiento.

Tecnuerías y virtuosismos de circo de feria son los de no pocos ebanistas de verso o de prosa que, repitiendo a diario que la literatura es el arte de bien decir, y que sólo por una página bien escrita se salva un escritor, tienen del bien decir y de la página bien escrita la más peregrina idea. Suelen aspirar a ser cristalinos como la nota de un vaso, más vibrante cuanto más vacío es el vaso. Para su bien decir, estorba el decir algo.

Y luego se quejan. Se quejan del pueblo los que no hacen literatura más que para los literatos, los incapaces de sumergirse en el alma popular o de ascender a las nubes que coronan la cresta de la montaña del ideal, cresta que se alza sobre la firme y formidable roca de la ciencia. De esos circos literarios salen lo genios de similor, ante quienes se prosterna su cotarro, presentándolos al *profanum vulgus*, en son de desafío, como impenetrables esfinges. Acaban, como decía Juan Pablo, pintando éter con éter en el éter.

Vedlos entre los poetas. «Gran vergüenza sería --dice el Dante-- para aquel que rimase algo bajo vestido de figura o de color retórico el que, pidiéndoselo, no supiese desnudar sus palabras de tal vestido, de manera que tuviesen claro sentido». Palabras que debían grabar en su espíritu cuantos con el falaz pretexto de que se les presentan espontáneamente en verso las imágenes, que piensan rítmicamente, ensartan versos para mero halago del oído y deslumbramiento fugaz de la fantasía. Todo se les va en espuma.

El genio es, cuanto más alto, más accesible a todo el mundo. Como en la realidad misma, ven en sus obras cada cual distintas cosas, pero todos ven algo. Cada uno, según su capacidad, penetra en diferentes esferas. Hay quien leyendo el *Quijote* se sume en abismáticas reflexiones respecto a hondos problemas de lo ideal y lo real y vislumbra al través de las inmortales páginas de Cervantes un mundo que es dudoso llegara a ver el mismo que las trazó; pero en ese mismo *Quijote* cuyo texto se enmugrece y ahuma en más de una cocina de alquería, hallan solaz gente sencilla que ríen los donaires de Sancho, como ríen las torpezas de Bertoldo, y se regocijan con las aventuras de don Quijote y se conmueven cuando, con muerte sublime, termina Alonso *el Bueno* su mortal carrera.

El genio es lo más profundamente popular que hay, como que es el alma del pueblo individualizada. Un genio es el resumen de todo un

pueblo, una hipóstasis del alma colectiva. Y nada más lejos de él que cuantos pretenden alcanzar la exquisitez elevada, no por inclusión, sino por exclusión, no pensando y sintiendo con toda el alma y todo el cuerpo, y con el alma de su pueblo, sino con el cerebro, en pensamiento gimnástico o profesional. Estos son los que podemos llamar *cerebrales*, lo que otros llamarían *desarraigados*, porque no tienen raíces más que en sí mismos, siendo como esponjas flotantes.

El literatismo es un mal que, importado en su mayor parte de Francia, amenaza ahogar en brote no pocos prometedores gérmenes de nuestra actual literatura española y de la hispanoamericana. Son ya demasiados los literatos jóvenes, o que por tales se tienen, que se jactan de su ignorancia científica, de su infilosofía, y hacen gala de superficialidad. Suponen que la meditación y el estudio de los problemas eternos ahogan la espontaneidad y la frescura, y huyendo, según dicen, de la pedantería y de la tiesura, caen en el más excesivo pedantismo. Es carencia de alma.

Es imposible que conmueva con conmoción duradera y profunda quien no piense con hondura; con fútiles mariposeos no se hace más que entretener a los aburridos.

La literatura no puede ser algo especial y diferente que discurra aparte del mundo de la ciencia; la literatura es una interrogación. A hacer brotar la flor, precursora del fruto, concurren raíces, tronco y follaje.

Cuando la vida no es muy intensa y variada, cuando una viva experiencia no nos pone en contacto con los más diversos aspectos de la realidad, tenemos que acudir a la ciencia para que supla tal defecto, y con el sentimiento tenemos que vivificar a la ciencia.

Nada más falaz que el incipiente neoaristocratismo de nuestros cerebrales. Tengamos, primero, que decir algo jugoso, fuerte, hondo y universalmente humano, y luego, del fondo, brotará la forma; de la abundancia del corazón, hablará la boca (pp. 61 a 65).

CAMPOAMOR. --¡Excelente! Toda mi vida he luchado contra ese literatismo, en especial contra esos poetas infilosóficos de que habla el Dante.

CORNEJÍN. --¿Le gustó? Pues ahora voy a citarle otro largo pedazo, esta vez correspondiente al ensayo intitulado "Programa" (1906), que le fascinará todavía más, aunque a mí no tanto:

Cuando afirmo algo, me afirmo a mí mismo, yo, lo mismo que tú, lector, lo mismo que todos los demás hombres, somos gratuitos, puramente gratuitos. Ni tú ni yo podemos probarnos lógicamente, y ¡ay de nosotros si lo pudiéramos! Entonces no seríamos hombres, sino fórmulas. Y una fórmula, sobre todo una fórmula lógica, es una de las cosas más horrendas que pueden darse.

Me interesas tú, lector conocido o desconocido; me interesas tú, pero tus ideas, tus conocimientos, tus opiniones, no me interesan ni poco ni mucho. Me interesas tú, y me duele que te hagas esclavo de tus ideas, de eso que llamas tus ideas, y que no son tuyas. Cada día me

interesan más los sentimientos y los hombres; cada día me interesan menos las ideas y las cosas.

Cuando le oigo hablar a un hombre le miro a los ojos, y a las veces, atendiendo a éstos, no le oigo lo que me dice; cuando hablo a alguien, le miro a los ojos a ver si me atiende a mí, no a mis palabras.

He ahí por qué afirmo y no doy pruebas. La prueba, íntima, sentimental, de una afirmación está en el calor cordial de la afirmación misma.

Por mi parte, no pretendo convencer a nadie de nada; en rigor, y pese a las falaces apariencias, jamás lo he pretendido. Si una arbitraria afirmación mía --casi todas mis afirmaciones, cuando son mías de verdad, son arbitrarias-- te corrobora en tu opinión contraria a lo que yo afirmo, o te hace formar tal opinión, estoy pagado. Tomo de mis prójimos no sus ideas, sino el calor con que las sostienen. Calor de humanidad.

La arbitrariedad es un método, lo mismo que lo es la lógica. La lógica es el método del raciocinio, y el raciocinio no es, en el fondo, sino una forma de sensualidad. Busca la proporción, el equilibrio, la armonía, el mutuo sostén de las partes; la ley de la lógica es ley de economía. La lógica es hermana gemela de la estética, y la lógica formal, silogística, hermana de la retórica. Leed cualquier tratado de Lógica y os parecerá estar leyendo un tratado de Arquitectura: todo son proporciones, compensación de fuerzas, economía de esfuerzo y de materia, etc., etc.

Y si el raciocinio, que es sensualidad, tiene su método, la lógica, la pasión, tiene también su método, que es la arbitrariedad. El gran principio de la pasión es éste: esto es así porque me da la real gana, ¡porque así lo necesito! Y la arbitrariedad pare afirmaciones gratuitas, y pare paradojas. Y las pare con dolor (pp. 68-9).

CAMPOAMOR. --Me encantó, pero ¿cómo hacía Unamuno para pensar así y ser escéptico a la vez?

CORNEJÍN. --¿Lo ve? Es por esta inconsecuencia que no me gusta tanto este pasaje. El método del raciocinio, la lógica, tiende al escepticismo, porque la misma lógica nos dice que toda lógica es insegura. En cambio la arbitrariedad, que es el método de la pasión, tiende al dogmatismo: "esto es así porque me da la real gana, ¡porque así lo necesito!", afirmación que precede siempre a la de ¡no puede ser de otro modo! Es por esto que los hombres predominantemente racionales tienden a ser escépticos y los predominantemente pasionales a ser dogmáticos. Usted me dirá que yo suelo defender mis ideas con dogmática efusividad, pero lo cierto es que yo nunca me aferro a un postulado "porque me da la real gana"; y si a veces lo hago "porque así lo necesito", no es que lo necesite yo, sino mi lógica para poder sostenerse, con lo que volvemos a lo mismo: es un postulado *inseguro*; pero no tengo por qué sacrificar, en aras de esta inseguridad, una defensa *pasional y encendida* de esta idea en tanto que la juzgo más probable de ser cierta que sus contrarias. La pasión es tan importante como la razón dentro del espíritu del hombre, pero en lo que respecta no al espíritu general sino a una de sus

facetas, al pensamiento, aquí la pasión no tiene nada que hacer, aquí la pasión molesta más que ayuda, y la arbitrariedad lo pervierte todo.

CAMPOAMOR. --Pero ¿no dijiste hace un rato, cuando citábamos a Scheler, que "el conocimiento más profundo no es posible dentro de un espíritu que no ama"?

CORNEJÍN. --Antes de conocer, conviene amar; eso no lo discuto. Pero *antes* de conocer, no *mientras* se conoce. Si somos buenos amantes conoceremos las cosas con mayor claridad y profundidad; pero si en medio del acto del conocer, que es un acto puramente lógico o lógico-intuitivo, nos asalta un sentimiento, sea este sentimiento derivado del amor o del odio, nuestro conocimiento se bastardea. Se vuelve más inseguro de lo que de por sí ya era en lo que hace a su posibilidad real de certeza, y más seguro en lo que hace a nuestra propia percepción de la idea. Lo ideal sería entonces amar por sobre todas las cosas (iba a decir "amar a Dios por sobre todas las cosas", pero como yo creo que Dios es todas las cosas, sería como decir "amar a Dios por sobre Dios"...); lo ideal sería primero amar, luego conocer (o sea utilizar la lógica y la intuición), y *después* de conocer, utilizar la pasión y su consiguiente arbitrariedad para *manifestar* los diversos aspectos de nuestro conocimiento que se presten a este tipo de arranques efusivos, sea por mera retórica, sea porque ni el propio interesado alcanza a descifrar con verbalismos el encadenamiento lógico del que se derivó su nuevo conocimiento. Yo creo que Unamuno fue un gran conocedor de ideas, a pesar de que afirmara que no le interesaban tanto las ideas como los hombres que las cargaban. Por eso creo que conoció, como todos los grandes conocedores, valiéndose de la lógica y no de la arbitrariedad, sólo que él no lo sabía (16).

CAMPOAMOR. --Yo le sigo dando la derecha a la arbitrariedad por sobre la lógica, a la fe por sobre la razón.

CORNEJÍN. --¿Por qué?

CAMPOAMOR. --Porque me da la real gana.

CORNEJÍN. --¿No será porque *a la Iglesia* le da la real gana?

CAMPOAMOR. --Es lo mismo. ¿Que más recuerdas de Unamuno?

CORNEJÍN. --Recuerdo un acertado párrafo (pág. 100) en donde habla del necesario equilibrio que un buen escritor debe mantener entre su preparación y el desarrollo de su tarea:

El que no hace sino segar y más segar, sin afilar su dalle, esto es, escribir y más escribir, hablar y más hablar, sin dedicarse a la meditación y al estudio acaba por derribar la mies sin cortarla, porque el dalle se le mella, pero el que se pasa el tiempo en afilarlo y más afilarlo, y a cada golpe de siega vuelve a la piedra amoladora, tampoco al cabo del día se gana su jornal ni cumple su tarea. Hay que afilar, sí, la mente, pero hay que segar con ella.

CAMPOAMOR. --Bello pensamiento.

CORNEJÍN. --Bello y lógico pensamiento. Y el siguiente es más bello todavía, y doy fe de su veracidad por propia experiencia:

De ninguna manera adquiere uno más clara conciencia de sus propias ideas que tratando de expresarlas públicamente por escrito o

de palabra. Hay quien cree que sabe algo y sólo descubre que no lo sabe cuando trata de transmitirlo a los demás. Y yo fío más que en nada en esa labor que en vosotros mismos hagáis (pp. 100-1).

Y ahora, una fábula corta (pág. 104):

Era un hombre admirable, les aseguro. Una vez que erraba por un bosque, al azar, meditando en el destino, un aldeano que había ido a recoger leña y que le encontró, le dijo:

--¡Por ahí va usted mal!...

--¿Pero sabe, buen hombre, a dónde voy?

--¡No!

--¿Entonces...?

--Es que por ahí no se va a parte ninguna.

--Y si yo no voy a ninguna parte, sino a andar, a errar...

--En ese caso... --y el aldeano tuvo que callarse.

--Y si por aquí no se va a parte alguna, ¿cómo es que usted anda por aquí? --le preguntó mi hombre al aldeano.

--Es que yo --contestó éste-- vengo a recoger leña.

--Pues también yo.

Y me despido de estas *Inquietudes y meditaciones* con el planteamiento que se hace Unamuno acerca de la misión que cree tener encomendada (pp. 192-3):

Te digo, lector, que me paso la vida poniéndome problemas y no resolviéndolos jamás. No los resuelvo, sino que los disuelvo. Y los disuelvo en otros problemas. Y admiro a los que tienen fe y esperanza en una solución cualquiera y hasta llaman «claridad» a lo menos claro. Por eso cuando algún ingenuo incomprensivo --y son legión--, después de haberme leído, me pregunta: «Y bien, ¿tú qué eres? ¿Socialista? ¿Anarquista? ¿Individualista? ¿Creyente? ¿Incrédulo o liberal? Etcétera, etc.» Cuando el ingenuo incomprensivo me pregunte esto, yo le respondo: «¿Pero no me has leído? ¿Es que no escribo claro? ¿Es que no ves que mi misión es decir siempre la verdad, la verdad de lo que muchos creen y no se atreven a decir ni a sí mismos? ¿No ves que mi misión es obligaros a plantearte los problemas que tratas de soslayar? Y no para que los resuelvas, no; más bien para que te des cuenta de que son irresolubles, de que vives en un mundo de problemas irresolubles, de que la vida misma no es más que un problema irresoluble y no una solución. ¡Y ay de ti si te resolvieras el problema de la vida! Porque la resolución del problema de la vida no es más que lo incierto. Resolver un problema es eliminar una incógnita, una X, y la incógnita, la X, de la vida misma.

CAMPOAMOR. --Unamuno dice que su misión es decir siempre la verdad, pero ¿cómo hallaba este escritor la verdad?

CORNEJÍN. --"¡Diciéndola siempre!" (*Soledad* --1906--, pág. 161).

CAMPOAMOR. --Es un círculo vicioso. Yo me refiero a cómo hallaba la verdad de fuera, la verdad objetiva, la verdad lógica, lo que es verdad.

CORNEJÍN. --

¡Diciendo siempre y en cada caso, oportuna o inoportunamente, la

verdad de dentro, la verdad subjetiva, la verdad moral, lo que crees ser verdad!

Eso que llamamos realidad, verdad objetiva o lógica, no es sino el premio concedido a la sinceridad, a la veracidad. Para quien fuese absolutamente y siempre veraz y sincero, la Naturaleza no tendría secreto alguno. ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! Y la limpieza de corazón es la veracidad, y la verdad es Dios (pág. 161).

CAMPOAMOR. --¿Está diciendo Unamuno que verdad es...

CORNEJÍN. --

... lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme a ello (p. 166).

CAMPOAMOR. --Eso es una vergonzante mentira. La verdad no está en nuestras creencias ni en nuestros actos, sino en las doctrinas y acciones de la Iglesia Católica.

CORNEJÍN. --

Tu que dices ser hijo sumiso y fiel de la Iglesia Católica y creer todo lo que ella cree y enseña, ¿qué cosas que hoy haces no harías, o qué cosas que no haces hoy harías, si creyeras que el espíritu santo procede solamente del padre y no del padre y del hijo, o si creyeras que no procede de ninguno de los dos? Eso, yo aquí te lo digo, no es creer nada.

Me hablas de la Iglesia como de la depositaria de las verdades de tu fe. Las verdades que no estén depositadas en tu alma no son verdades de tu fe, ni para nada te sirven. Tu fe es lo que tú crees teniendo conciencia de ello, y no lo que cree tu Iglesia. Y tu iglesia misma no puede creer nada, porque no tiene conciencia personal. Es una institución social, no una fusión de almas.

Para obtener la verdad lo primero es creer en ella, en la verdad, con todo el corazón y con toda el alma; y creer en la verdad con todo el corazón y toda el alma es decir lo que se cree ser verdad siempre y en todo caso, pero muy en especial cuando más inoportuno parezca decirlo.

Y la palabra es obra, la obra más íntima, la más creadora, la más divina de las obras. Cuando la palabra es palabra de verdad.

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! Decid vuestra verdad siempre, y Dios os dará la suya. Y veréis a Dios y moriréis. Porque dicen también las escrituras que quien ve a Dios se muere. Y es lo mejor que puede hacerse en un mundo de mentira: morir de ver la Verdad(pp. 166-7).

CAMPOAMOR. --Si Unamuno se hubiera confesado..., ¡la de padre nuestros que habría tenido que recitar como penitencia de sus herejías!

CORNEJÍN. --Unamuno no creía en el poder sanador de las confesiones eclesiásticas:

Un pobre amigo mío que pasó por una intensa crisis religiosa, fue una vez a confesarse, creyendo que hallaría, si no su curación, alivio. Y me vino diciendo que el bueno del padre confesor le había dicho: «¿Te crees tú que a los demás no se nos ocurren esas dudas? ¡Deséchalas, no pienses en ellas!" Y yo le dije: «¡Acógelas, no pienses en otra cosa!" Y siguió contándome que el confesor le había dicho también que procurara distraerse, que se cuidase, que comiera bien, que durmiese

mucho, y que si le apretaban mucho aquellas congojas espirituales, volviese a él, pero no olvidase tampoco consultar con el médico. Y yo le dije: «Ese horrible confesor no es más que un empedernido materialista». Mi amigo me hizo caso, y hoy halla más íntima paz, y más consuelo, y más fe en medio de sus congojas, inquietudes y desasosiegos, que las que hallan otros en una abdicación de la verdad (pp. 160-1).

CAMPOAMOR. --Tú comenzaste una de tus ritmas, la 28, diciendo que "Unamuno estaba loco". Después de escuchar lo que he escuchado, no tengo más alternativa que coincidir contigo.

CORNEJÍN. --Unamuno, ciertamente, estaba loco. Y ¿sabe usted cuál es la diferencia entre locos y cuerdos?

CAMPOAMOR. --Creo saberla, pero me gustaría que me ilustrases al respecto.

CORNEJÍN. --Yo no, sino el loco Unamuno lo ilustrará, y para eso deberemos volver brevemente a sus *Inquietudes y meditaciones* (pp. 70-1):

La diferencia entre el cuerdo y el loco estriba, dicen --cuando empleo la palabra «dicen» es que emito una proposición que no es arbitraria, pues hay quienes saben probarla, aunque yo no-- la diferencia entre el cuerdo y el loco dicen que estriba en que aquél piensa las locuras, pero ni las dice ni las hace; se las guarda, tiene poder de inhibición. Se las guarda y le corroen el alma. El loco, en cambio, diciéndolas o haciéndolas, se liberta de ellas. Y así andan los cuerdos, mustios y tristes, sin poder echar fuera su locura, por miedo, por pudor, por vergüenza. Y cuando uno engendra una paradoja y ésta se le revuelve en las entrañas, y le aprieta y acongoja con dolores, pugnando por salir, se dice el desgraciado: ¿Y cómo me la tomarán? ¿Qué dirán de mí? ¿No me motejarán de loco, de extravagante, acaso de algo peor, de un hombre que violenta las ideas para llamar la atención, por afán de singularidad?

Esos desdichados no han sufrido nunca; no les han dolido nunca las ideas en la cabeza; no saben lo que es el doler las ideas. Esos desdichados no sienten, y si algo sienten, el opio de la lógica les mata pronto el menor dolor.

Pero yo no, yo quiero sufrir porque sólo sufriendo se pone el hombre en disposición de dar frutos duraderos, frutos que respondan por él un día, que sean él. La vida, si ha de ser profunda, tiene que tener por base una desesperación resignada.

¿A quién, como no llegue su falta de imaginación a punto de imbecilidad, no se le ha ocurrido alguna vez alguna locura? Ha sabido contenerse. Y si no lo sabe, o da en loco o en genio, mayor o menor, según la locura sea.

Este último párrafo figura en las pp. 142-3 de *Viejos y jóvenes*, otro libro de Unamuno. Tal vez este gran pensador haya sido un poco menos loco y un poco más genio de lo que usted supone.

CAMPOAMOR. --Tal vez.

CORNEJÍN. --La gran virtud estilística de Unamuno fue, como ya dije, el no esconder sus pasiones a la hora de escribir. Sin embargo, hay muchos escritores que utilizan este método y que no alcanzan ni por asomo la estatura del coloso de Bilbao. Esto se debe a que, además de la pasión, Unamuno puso la ciencia al servicio de su arte, y un escritor versado en ciencias es quizá más difícil de encontrar que un escritor apasionado. Este defecto formativo en los escritores es sólo comparable por sus implicancias culturales con el defecto contrario, el de los hombres de ciencia prácticamente iletrados, que pugnan por dar a conocer sus ideas por escrito pero que no saben cómo. Este tema lo toca Unamuno en su libro *La dignidad humana*, pp. 82-3, con su acostumbrada sapiencia:

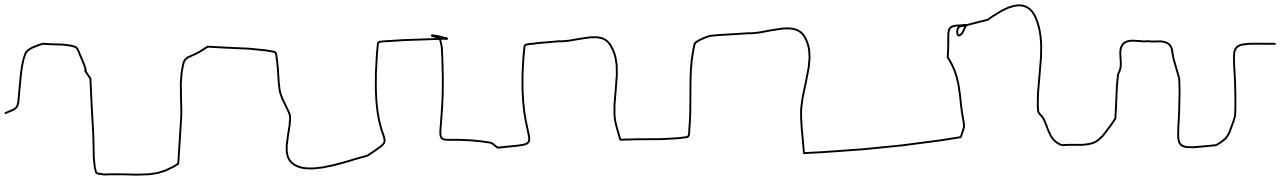
Mil veces he observado cuán iliteratos son nuestros hombres de ciencia, qué mal escriben y exponen, qué pesados y soporíferos son, y cuán incientíficos nuestros literatos, qué enormes disparates sueltan, qué huecos y superficiales resultan. Desde aquel literato que al decirle yo de un amigo mío que era ingeniero me respondió: «¿Ingeniero? ¡Ah,sí! ¡Uno que se ocupa de cosas sin importancia!» hasta un amigo mío que suele decirme: «¿Poeta? Bueno, sí, ¡un pobre inútil!" hay toda una gradación de figuras. Desdeñar la poesía arguye tanta estrechez de espíritu como desdeñar la geometría. Y ambas necedades se dan. Y en España no es cierto, como se dice, que nos pierdan la retórica y la oratoria, sino la mala retórica y la mala oratoria, contando entre la mala a casi toda la que pasa por buena. Y cuando uno de nuestros hombres de ciencia se mete a literato o uno de nuestros literatos a hombre de ciencia, paréceme aquél un elefante bailando en una maroma y éste una ardilla revolviéndose en su jaula. Lo que nos hace falta no es dar a todos una sólida instrucción en ciencias y letras, sino no enseñar éstas disociadas, sino asociadas. La metafísica que se enseña en nuestras facultades de letras es deplorabilísima, porque carece de toda sólida base científica, así como las ciencias carecen de base filosófica; disertase en nuestras cátedras de filosofía acerca de la noción del infinito sin la menor tintura de cálculo infinitesimal y se enseña en ciertas ciencias sin el menor vislumbre del problema de conocimiento. De aquí ese desecho de escolástica manida de una parte, y de otra parte esos matemáticos que creen que la única ciencia exacta son las matemáticas, las matemáticas que, como el arsénico, en debida proporción y mezcladas con otras sustancias, fortifican, y, pasando de la medida y administradas solas, envenenan la mente.

CAMPOAMOR. --¿Será por esto que hoy en día la gente no lee más que el diario, ni le interesa de la ciencia más que los productos de consumo que le ofrece?

CORNEJÍN. --Si señor, entre otras causas. A propósito de diarios, voy a terminar de citar a Unamuno con otro trozo extractado de *La dignidad humana*, pp. 104 a 106, en donde explica por qué los periodistas, en general, son tan poco inteligentes:

Muchas veces me he parado a reflexionar en lo terrible que es para la vida del espíritu la profesión del periodista, obligado a componer su

artículo diario, y ese nefasto culto a la actualidad que del periodismo ha surgido. El informador a diario no tiene tiempo de digerir los informes mismos que proporciona. Me imagino la labor mental de un hombre que vive en reconfortante reposo, [...] estudiando con calma y produciendo con calma también, en lento ritmo. Observo en mí mismo que paso temporadas de verdadero anabolismo espiritual, períodos de asimilación, en que leo, estudio, reflexiono y veo surgir en mi mente nuevos núcleos de ideas o empezar a reducirse a sistemas de ellas verdaderas nebulosas ideales, y otros períodos de catabolismo espiritual, en que me doy a escribir, a las veces desordenadamente, para expulsar las ideas. [...] Y ahora, para amenizar esto un poco, voy a permitirme representar esta periodicidad cuando se cumpla en condiciones de normal tranquilidad, sin el apremio de la producción a jornal ni el espectro repulsivo del ídolo Actualidad, con esta curva:



Las oscilaciones pueden ser más y de menor amplitud cada una, y tal ocurre cuando esos dos periodos mentales, el de asimilación y el de producción, se suceden con mayor rapidez. Y así tendremos otra curva cuyo desarrollo es



igual al de la otra; es decir, que si tiramos de los dos extremos de ambos, las líneas resultarán iguales. Y si continuamos suponiendo que las oscilaciones sean cada vez más en número --dentro de un mismo espacio de tiempo-- y más pequeñas, por lo tanto, tenderá la línea a la recta; es decir, a que el anabolismo y el catabolismo mental coincidan, destruyéndose así.

Tal sería un estado en que se asimilara y se produjera a la vez, en que el recibir y el dar un conocimiento fuera una misma cosa. A tal estado se acercan los desgraciados periodistas.

CAMPOAMOR. --¿Podemos parar un poco de criticar a los periodistas?

CORNEJÍN. --No, no podemos. ¿Sabía usted que la mayoría de los chicos aprenden más rápido a leer que a escribir, pero que hay algunos, bastante raros, que escriben y no leen? Estos últimos, con toda probabilidad, cuando crezcan se dedicarán al periodismo.

CAMPOAMOR. --Le propongo dejar de hablar de periodismo y retomar la literatura y las ciencias, manifestaciones que tanto agradaban a Unamuno cuando las encontraba en sociedad inseparable dentro de un mismo espíritu. Y así como tú acabas de citar profusamente a un literato que sabía de ciencia y que sabía relacionarla con la literatura, ahora citaré yo, con no menor profusión, a un

científico que no era, como la mayoría de sus pares, un negado en esto de manejar la lapicera. Me refiero al francés Alexis Carrel, premio Nóbel de medicina y fisiología en 1912, de quien citaré, en primer término, algunos pasajes de su libro *La incógnita del hombre*, escrito allá por 1935.

CORNEJÍN. --¿No es ese que se la pasaba criticando a la sociedad moderna y a la tecnocracia?

CAMPOAMOR. --El mismo que viste y calza. Y además profetizaba el derrumbe del denominado "Primer Mundo" (p. 32):

Los grupos y las naciones en los cuales la civilización industrial ha alcanzado su más alto desarrollo, son precisamente aquellos que se están debilitando antes y cuya vuelta a la barbarie es más rápida. Pero no se dan cuenta de ello.

CORNEJÍN. --Es que el Primer Mundo tiene una idea muy ingenua de lo que significa la palabra progreso...

CAMPOAMOR. --

¿Cuál será el verdadero progreso realizado cuando los aviones nos lleven de Nueva York a Europa o China en pocas horas? ¿Es verdaderamente necesario aumentar incesantemente la producción para que los hombres deban consumir cantidades cada vez mayores de cosas inútiles? No existe la más ligera duda de que las ciencias de la mecánica, la física y la química, son incapaces de propiciar la inteligencia, la moral, la disciplina, la salud, el equilibrio nervioso, la seguridad y la paz (p. 41).

CORNEJÍN. --Y ¿qué opina Carrel de los progresos que se han dado en el campo que a él más le compete, en el campo de la medicina?

CAMPOAMOR. --

La medicina se halla lejos de haber disminuido los sufrimientos humanos tanto como pretenden hacernos creer. Es cierto que el número de muertes por enfermedades infecciosas ha disminuido grandemente. Pero aún nos morimos, y nos morimos en proporción mucho mayor de enfermedades degenerativas. [...] aunque la higiene moderna ha hecho la existencia mucho más segura, más larga y más agradable, las enfermedades no han sido dominadas. Han cambiado simplemente de naturaleza.

Este cambio proviene, sin duda, de la eliminación de las infecciones. Pero, también puede ser debido a modificaciones en la constitución de los tejidos bajo la influencia de nuevos géneros de vida. El organismo parece haberse vuelto más susceptible a los choques nerviosos y mentales, a las sustancias tóxicas fabricadas por órganos alterados, a las que están contenidas en el alimento y en el aire. También le afectan las deficiencias en las funciones esenciales fisiológicas y mentales. Los productos alimenticios no contienen quizá las mismas sustancias nutritivas que en tiempos pasados. La producción en masa ha modificado la composición del trigo, el huevo, la leche, la fruta y la mantequilla; aunque estos artículos haya

conservado su aspecto acostumbrado. Los abonos químicos al aumentar la abundancia de las cosechas, sin restituir al terreno los elementos que le han sido extraídos, han contribuido indirectamente al cambio de valor nutritivo de los cereales y de los vegetales. [...] los higienistas no han prestado suficiente atención a la génesis de las enfermedades. Sus estudios sobre las condiciones de vida y alimentación, y sus efectos sobre el estado fisiológico y mental del hombre moderno, son superficiales, incompletos y de duración demasiado corta. De este modo, han contribuido a la debilitación de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Y nos dejan sin protección contra las enfermedades degenerativas, resultantes de la civilización (pp.85-6).

CORNEJÍN. --Yo pienso que uno de los factores que más contribuye a enfermarnos, además de la deficiente alimentación y la impureza del aire que respiramos, es el de la poltronería en la que caemos los habitantes de las ciudades.

CAMPOAMOR. --Carrel decía lo mismo, y decía que además de enfermarnos físicamente, el lujo y el confort debilitan la virtud y propician la cobardía:

Las condiciones duras de existencia y una responsabilidad mayor pueden devolver la energía moral y la audacia a la mayoría de aquellos que las han perdido. La uniformidad y la suavidad de la vida en las escuelas y las universidades deberían ser sustituidas por hábitos más viriles. La adaptación del individuo a una disciplina fisiológica, intelectual y moral determina cambios definidos en el sistema nervioso, en las glándulas endocrinas y en la mente. De este modo, el organismo adquiere una mejor integración, mayor rigor y más aptitud para superar los obstáculos y los peligros de la existencia (pp. 151-2).

En este tren, sigue afirmando Carrel que

el ejercicio de las facultades de adaptación es tan necesario al desarrollo del cuerpo y de la conciencia como el ejercicio físico a los músculos. La acomodación a las intemperies, a la falta de sueño, a la fatiga y al hambre estimulan todos los procesos fisiológicos. Para alcanzar su óptimo estado, el ser humano tiene que movilizar todas sus potencialidades.

No hay duda de que el poder de adaptación, al igual que otras actividades fisiológicas, aumenta con el ejercicio. Del mismo modo que estas actividades, es perfectible. En lugar de prevenir las enfermedades protegiendo sólo al individuo contra sus agentes, debemos volver a cada hombre capaz de protegerse a sí mismo aumentando artificialmente la eficacia de sus funciones de adaptación.

Cuando un individuo mal abrigado tiene que mantener su temperatura interior por medio del ejercicio violento, todos sus sistemas orgánicos trabajan con gran intensidad. En cambio, estos sistemas permanecen en estado de reposo si se ataca al frío con pieles y ropa de abrigo, con los aparatos de calefacción de un coche cerrado, o con las paredes de una habitación calentadas por medio de vapor. El viento nunca azota la piel del hombre moderno. Nunca tiene que

defenderse de la nieve durante largas y penosas horas. En tiempos pasados, los mecanismos que regulan la temperatura de la sangre y de los humores se mantenían en actividad constante por medio de la lucha contra los rigores del tiempo. Hoy permanecen en estado de reposo perpetuo. Sin embargo, su trabajo es probablemente indispensable para el óptimo desarrollo del cuerpo y del espíritu.

En la vida primitiva los hombres se hallaban sujetos a largos periodos de ayuno. Cuando la escasez no les obligaba al hambre, se privaban voluntariamente de la comida. Todas las religiones han insistido sobre la necesidad del ayuno. La privación de alimento produce a lo primero una sensación de hambre, de vez en cuando algún estímulo nervioso, y, más tarde, una sensación de debilidad. Pero también da lugar a fenómenos ocultos que son mucho más importantes. El azúcar del hígado, la grasa de los depósitos subcutáneos, se movilizan, así como las proteínas de músculos y glándulas. Todos los órganos sacrifican sus propias sustancias para mantener en condiciones normales la sangre, el corazón y el cerebro. El ayuno purifica y modifica profundamente los tejidos.

Es útil acostumbrarse a permanecer despierto cuando uno desea dormir. La lucha contra el sueño hace funcionar aparatos orgánicos cuyo vigor se desarrolla por medio del ejercicio. También exige un esfuerzo de voluntad. Este esfuerzo, junto con otros muchos, ha sido suprimido por las costumbres modernas (pp. 155 a 158).

En resumen,

el hombre alcanza su más elevado desarrollo cuando está expuesto a los rigores de las estaciones, cuando de vez en cuando se priva de sueño durante largas horas, cuando sus comidas son unas veces abundantes y otras escasas, cuando conquista los alimentos y el abrigo a costa de esfuerzos vigorosos (p. 159).

CORNEJÍN. --¿Ahora comprende por qué me atrae tanto la idea de vivir bajo la semiintemperie de mi carpa?

CAMPOAMOR. --Pero tú buscas, con tu carpa, los lugares cálidos y soleados, mismos que, según Carrel, no son los que más convienen al desarrollo pleno del espíritu:

Es posible que de la luz demasiado fuerte pueda resultar eventualmente una disminución de la reactividad del sistema nervioso y de la inteligencia. No debemos olvidar que las razas más civilizadas -- los escandinavos, por ejemplo-- son blancas y han vivido durante muchas generaciones en un país en que la luminosidad atmosférica es débil durante una gran parte del año. En Francia, los pueblos del Norte son bastante superiores a los de las costas del Mediterráneo. Las razas más inferiores habitan, por lo general, en países en que la luz es violenta y la temperatura es caliente e igual. Parece ser que la adaptación de los hombres blancos a la luz y al calor se produce a costa de su desarrollo nervioso y mental (p. 148).

CORNEJÍN. --La adaptación de los hombres a los lugares tórridos se produce a costa del desarrollo de su inteligencia utilitaria, pero deja intacta su inteligencia trascendente, su inteligencia filosófica. La inteligencia filosófica nace del seno de la inteligencia utilitaria. El calor tiende a anular la inteligencia utilitaria o a impedir su aparición; es por esto que muchas tribus tropicales resultan ser muy poco inteligentes, tanto utilitaria como filosóficamente. Como han vivido siempre en zonas cálidas, su vida se les hizo relativamente llevadera y no necesitaron desarrollar demasiado su inteligencia para sobrevivir. Distinto es el caso de las tribus que vivían en zonas templadas o frías: si no se las "ingeniaban" para sobrevivir, morían. Esto hizo que las tribus europeas, en general, fortalecieran poco a poco su inteligencia utilitaria y se sirvieran luego de ella para dominar al resto del mundo. Y una vez formada su inteligencia utilitaria, surgió en los europeos, por intermedio de los griegos, la inteligencia filosófica, que nace, sí, a partir del desarrollo de la utilitaria, pero que una vez parida se independiza de su progenitora y crece por propia cuenta. Una raza que no ha desarrollado nunca con gran amplitud su inteligencia utilitaria no podrá nunca llegar al pensamiento filosófico; pero asimismo, una raza que sólo se ocupa de cuestiones utilitarias tampoco llegará con facilidad a engendrar filósofos, porque la filosofía está en las antípodas del utilitarismo pragmático. ¿Cuál será entonces la raza mejor posicionada para trepar hacia las escarpadas alturas del pensamiento filosófico? Será, según mi criterio, la que, habiendo nacido y crecido bajo un clima riguroso merced al cual su inteligencia utilitaria se viera favorecida, hubiese luego abandonado esos penosos territorios asentándose sobre tierras cálidas y fértiles en donde la supervivencia es mucho más sencilla y, por ende, no requiere de gran utilitarismo. En estos lugares, la inteligencia utilitaria, la inteligencia tecnológica, suele atrofiarse, lo que le deja el campo libre a la inteligencia filosófica si ha logrado destetarse del *homo faber* que la crió. Sucede con la inteligencia filosófica en los climas rigurosos lo que sucede con los hijos que, una vez adultos, no se separan de sus padres, a saber, que no terminan de desarrollar toda su potencialidad, porque sus padres los constriñen de una u otra manera. En cambio, cuando la inteligencia filosófica destetada se olvida del utilitarismo, tiende a crecer hasta límites insospechados, como sucedió con los ya mencionados griegos y como sucederá con las razas que hoy viven en climas rigurosos cuando se decidan a mudarse hacia el Ecuador o a nomadizarse.

CAMPOAMOR. --Pero ¿no dijiste recién que uno de los factores que más contribuye a enfermar a los hombres es la poltronería?

CORNEJÍN. --Sí.

CAMPOAMOR. --¿Y no contribuye más a la poltronería el clima tórrido que el frío?

CORNEJÍN. --¿Quiénes viven más poltronamente, los habitantes de Suecia o los de Tanzania?

CAMPOAMOR. --Los suecos, porque los tanzanos no pueden sostener económicamente un sistema de vida por poltrón. Si éstos fuesen tan ricos como aquéllos, serían más poltrones que los nórdicos.

CORNEJÍN. --En este tipo de razonamientos hay que tener en cuenta muchas consideraciones; tantas, que tendemos a olvidarnos de las que no nos convienen y a mencionar sólo las que se adaptan a nuestra hipótesis. Yo admito

que la gente del Mediodía tiende a ser menos emprendedora que la del Norte, pero no admito que sea más poltrona, sean cuales fueren las circunstancias económicas que la rodean. No confundamos poltronería con dejadez. El calor nos hace dejados, perezosos, pero no poltrones. Poltrones nos hace el lujo, y el lujo es generado por la tecnología, la cual es generada por la inteligencia utilitaria, inteligencia ésta generada por los climas rigurosos. El clima riguroso, en fin, nos hace, a la vez que emprendedores, poltrones, y más poltrones cuanto más emprendedores, porque los emprendimientos de hoy en día se hacen desde un mullido sillón y casi siempre con la exclusiva finalidad de acrecentar ese muellaje. En el calor, en cambio, los mullidos sillones nos asquean, porque al transpirar nos pegoteamos en ellos. El calor nos hace ociosos, improductivos económicamente. Pero no improductivos culturalmente. Hay dos tipos de ocio, el improductivo y el creativo. En el ocio improductivo caen quienes carecen de inteligencia, tanto utilitaria como filosófica; el ocio creativo es para los que, conociendo la inteligencia filosófica, se han olvidado de la utilitaria, y por lo tanto no invierten su tiempo libre (el que queda una vez que la supervivencia está asegurada) en actividades relacionadas con la tecnología o la artesanía, sino que lo utilizan en relación con la ciencia y el arte. La ciencia y el arte tienden, en los climas fríos, a desarrollarse sólo como soportes necesarios de la tecnología y la artesanía, no por inquietudes espirituales independientes de la practicidad. Cuando estas inteligencias utilitarias abandonen el frío y se acerquen al Ecuador, la filosofía tomará el lugar del utilitarismo y el arte y la ciencia florecerán como nunca, favoreciendo una vida mucho más grata que la del actual Primer Mundo, que es ingrata por ser poltrona. Si, la comodidad incomoda, y el buscar una utilidad práctica en todo lo que se hace propende a volver inútil el sentido de nuestra existencia. De la mano del calor, el ocio creativo erradicará estos males de la faz de la tierra.

CAMPOAMOR. --Todavía no contestaste la afirmación de Carrel de que "la adaptación de los hombres blancos a la luz y al calor se produce a costa de su desarrollo nervioso y mental".

CORNEJÍN. --Toda adaptación a un hábitat diferente del acostumbrado produce inconvenientes en un primer momento. Estos inconvenientes se potencian en el caso de la adaptación al calor de una persona de carácter netamente utilitario, pues esta gente necesita estar continuamente en movimiento o ver movimiento a su alrededor, y en las zonas cálidas los hombres no se muevan tan prestamente como en las templadas. Un hombre de semejante naturaleza nunca se adaptará del todo al calor, y posiblemente se alteren sus nervios ante la pachorra que lo invade y que invade a sus conciudadanos. A estos pragmáticos, cuyo prototipo es el estadounidense medio de hoy, no les recomiendo emigrar hacia el Ecuador. Sí se lo recomiendo a los más equilibrados, quienes tal vez demoren algunas generaciones en adaptarse al calor, pero cuando se adapten, las vidas de sus descendientes habrán cambiado para bien.

CAMPOAMOR. --Veo una contradicción entre tus deseos de vivir en zonas tórridas y tu hedonismo ascético. Tú dijiste que "los goces más preciosos e intensos ocurren siempre dentro de un marco de austeridad que los resalta", y siendo que a ti te fascina tanto el calor, lo lógico y consecuente sería que disfrutaras de él durante determinados meses y no todo el año para que no te suceda lo que al guardia del Taj Mahal, que no puede gozar debidamente de su

imponencia por estar acostumbrado a ella.

CORNEJÍN. --Hay algo de verdad en su cuestionamiento, don Ramón; pero debe usted saber que a mí, más que el calor en sí, lo que me fascina es el sol. Amo vivir bajo el sol, amo broncearme con sus dulces radiaciones. Y sabrá usted que en las zonas tórridas, si bien hace calor todo el año, no todo el año hay sol, pues en estos lugares suele haber una estación de lluvias durante la cual el sol juega a las escondidas. Y si no le parece suficiente austeridad el privarse del sol durante dos o tres meses, le diré que hay un método muy sencillo para regular el goce solar por contraste: abstenerse voluntariamente de tomar sol pudiendo hacerlo. ¿Recuerda eso del punto de máximo aprovechamiento del placer? Bueno, en el caso de los baños de sol, este punto se me sitúa más o menos a los tres días del último bronceado. Un prolongado invierno sin soles que acaricien mi piel tal vez no acrecienta mis futuros goces más de lo que los acrecienta una semana de ayuno solar. Por último, una analogía: sería insensato que yo me propusiese caer enfermo cada tanto sólo para poder disfrutar de las convalecencias; y del mismo modo, sería insensato que viviese allí donde hay que usar campera durante las tres cuartas partes del año sólo para mejor disfrutar del sol durante el cuarto restante. Pero le repito que hay algo de verdad en su cuestionamiento, y admito que el frío tiene un no sé qué de purificador que tal vez no sea conveniente desdeñar. Es por esto que estoy dispuesto a transigir y a extender un poco mi zona de bien vivir, situándola no sólo en las proximidades de la línea ecuatorial, sino en todo el ancho territorio que va del trópico de Cáncer al trópico de Capricornio. Alejarse de esta zona tropical en dirección sur o norte será sólo tarea de nómades buscadores de veranos... o de místicos buscadores de soledad y recogimiento.

CAMPOAMOR. --¿No extrañarán el frío intenso estos hombres tropicales?

CORNEJÍN. --Cuando lo extrañen, cuando su espíritu les exija exponerse al rigor de los vientos y las nieves para poder alcanzar "su más elevado desarrollo", ahí estarán las montañas esperándolos. El frío purifica, igual que el ayuno (pero no conozco a nadie que, para purificarse, ayunara durante seis meses seguidos...). Sucederá entonces que, así como hay gente que una vez por año se somete a un ayuno purificador de más o menos siete días de duración, así los habitantes de las zonas tropicales que desearan purificarse por el frío marcharán a las montañas y las escalarán y vivirán en ellas durante una semana o durante el tiempo que crean conveniente, matando con este procedimiento tres pájaros de un tiro: realizarán su cura por el frío, acostumbrarán a sus pulmones a la falta de oxígeno, haciéndolos trabajar como nunca, y aceitarán también sus músculos y articulaciones en un ejercicio difícilmente comparable al que podría realizarse en cualquier gimnasio. El alpinismo será el deporte-pasión del futuro, un deporte que además de las ventajas ya descritas, y por ser mucho más riesgoso que los deportes convencionales, viene a ser casi un sinónimo de aventura, una de las palabras preferidas del superhombre del mañana. Y como si esto fuera poco, el alpinismo nos acercará, también, a la religión. Ya lo dijo ese gran poeta del rock argentino que fue Miguel Cantilo:

**Sabes que la montaña es el camino
que comunica al hombre con su Dios.**

**Sube por la ladera, peregrino,
hasta la cumbre de tu elevación.**

**Sabes que nuestros hijos ya lo saben,
sabes que crecerán... ¡y subirán!...**

CAMPOAMOR. --Hermosa y poética canción. ¿Cómo se llama?

CORNEJÍN. --Hermosa, poética y profética canción. Se llama *Que sea al sol*, y era interpretada por el dúo Pedro y Pablo. Si viene conmigo a Buenos Aires le presto el disco para que pueda deleitarse con ésta y con otras excelentes melodías del antedicho dúo, como el *Blues del éxodo* y *La legión interior* por ejemplo.

CAMPOAMOR. --No creo que me dé el tiempo como para llegarme hacia tu ciudad. Y además sería inútil, pues no tenemos equipos de música en el cielo. Lo único que escuchamos, y todo el santo día, es esa bendita trompeta del Arcángel San Gabriel...

CORNEJÍN. --Lo compadezco. ¿Seguimos con *La incógnita del hombre*?

CAMPOAMOR. --Sigamos. Retrocedo hasta las pp. 64-5, en donde se habla de la escasa energía fisiológica que se requiere para pensar:

El trabajo intelectual no aumenta el metabolismo. Dijérase que no requiere energía o que consume una cantidad demasiado pequeña para ser percibida por nuestras técnicas actuales. En efecto, es un hecho asombroso que el pensamiento humano que ha transformado la superficie de la Tierra, que ha destruido y construido naciones, que ha descubierto nuevos universos en la inmensidad de los espacios siderales, se produzca sin necesidad de una cantidad apreciable de energía. Los esfuerzos más poderosos de nuestra inteligencia tienen un efecto incomparablemente menor sobre el metabolismo que la contracción del bíceps cuando este músculo levanta un peso de algunos gramos.

CORNEJÍN. --Eso es porque nuestra mente, a diferencia de nuestros órganos, no se nutre con la energía proveniente de los alimentos que consumimos, sino con otro tipo de energía que yo llamo concienical, que ciertamente puede aparecer en algunos alimentos, pero que mayormente se centraliza en las conciencias superiores. Si quiere más información al respecto, diríjase a mis anotaciones del 23/1/99, pp. xxx y ss.

CAMPOAMOR. --¿El funcionamiento de nuestro cerebro no aumenta en absoluto nuestro metabolismo?

CORNEJÍN. --Nuestro cerebro es un órgano como cualquier otro: su funcionamiento consume calorías. La que no consume este tipo de energía es nuestra mente, no nuestro cerebro.

CAMPOAMOR. --¿Mente y cerebro no son lo mismo?

CORNEJÍN. --No. La mente es espiritual, el cerebro es material.

CAMPOAMOR. --Pero ¿no dijiste tú, en alguno de tus cuadernos, que espíritu y materia son la misma cosa?

CORNEJÍN. --Son la misma cosa... vista desde ángulos distintos. La mente,

vista desde un ángulo material, se *asienta* en el sistema nervioso de las criaturas, pero ni es equivalente al cerebro ni consume el mismo tipo de energía que consume su asiento.

CAMPOAMOR. --Entonces, si el alimento calórico no abastece a nuestra mente, no vas a coincidir con lo que dice Carrel en la p. 68:

Nuestras aptitudes y nuestro destino vienen, en cierto modo, de la naturaleza de las sustancias químicas que constituyen nuestros tejidos. Al parecer es posible dar artificialmente a los seres humanos --igual que a los animales-- determinadas características mentales y corporales sometiéndolos desde la infancia a una dieta apropiada.

CORNEJÍN. --La dieta influye muchísimo en las características corporales de una persona, influye bastante en las características cerebrales y poco y nada en las características mentales.

CAMPOAMOR. --¿Tu vegetarianismo no mejora tu mente?

CORNEJÍN. --No lo creo. Yo no como frutas para mejorar mi mente, sino que mi mente, conforme va mejorando debido a otros factores, me impele a comer frutas.

CAMPOAMOR. --¿Cuál es el terreno en el que impera la mente, para diferenciarlo del imperio del cerebro?

CORNEJÍN. --La mente trabaja con los conceptos que usted llama *intensivos*, mientras que el cerebro se ocupan de los conceptos que usted llama *extensos*. La mente concibe ideas de *grandeza moral*, el cerebro las concibe de *grandor físico*. La herramienta utilizada por los procesos mentales es la *lógica*, la utilizada por el cerebro es el *álgebra*. Cuando un individuo come, bebe, o se oxigena menos de lo normal durante cierto tiempo, las que comienzan a desvariar son sus ideas de grandor físico y no sus ideas morales; estas últimas podrán desquiciarse, aunque levemente, sólo si la experiencia llega a un límite peligroso para la vida. El único desorden fisiológico que repercute con fuerza tanto en el cerebro como en la mente, es la falta de sueño, y esto es así porque, fisiológicamente, necesitamos dormir para eliminar el ácido láctico producido por nuestro cerebro en la vigilia y que le impide funcionar correctamente, y ontológicamente, necesitamos dormir porque durante el sueño nuestra mente se disuelve dentro de la mente de Dios, adquiriendo así las verdades intuitivas que son el alimento de nuestras ideas morales.

CAMPOAMOR. --¿La intuición nos acerca únicamente ideas de grandeza moral?

CORNEJÍN. --Me parece que sí. Las ideas de grandor físico nacen exclusivamente de la experiencia y de la reflexión cerebroalgebraica, o sea que las descubrimos exclusivamente por inducciones iniciales y por deducciones que parten de las proposiciones armadas de acuerdo a lo que las inducciones indican. Distinto es el caso de las ideas de grandeza moral (que, dicho sea de paso, incluyen en mi opinión a las ideas de grandeza estética), las cuales parten de principios apriorísticos revelados por la intuición que se entrecruzan en impecables deducciones y desdeñan por completo toda inducción, por clara y exhaustiva que sea. Toda ley o principio susceptible de ser representado algebraicamente, es decir, toda ley *funcional*, es descubierta únicamente mediante observaciones y

reflexiones (incluyo en las observaciones a los experimentos), y toda ley o principio *no* susceptible de ser representado algebraicamente, es decir, toda ley *causal*, es descubierta únicamente mediante intuiciones y razonamientos.

CAMPOAMOR. --Esto no se parece mucho a lo que leí en el apéndice del libro cuarto de tu diario...

CORNEJÍN. --Por culpa suya, que vino a meterme ideas nuevas en la cabeza. Déme un poco más de tiempo, un par de décadas tal vez, y le diré con cuál gnoseología me quedo.

CAMPOAMOR. --Si te quedas con la que acabas de describir, tendrás que explicarme cómo es eso de la relación entre las leyes causales y las ideas morales.

CORNEJÍN. --Sencillo: toda idea de grandeza moral desemboca en una ley causal, y toda ley causal nace gracias al concurso de dos o más ideas de grandeza moral.

CAMPOAMOR. --¿Significa que "la suciedad suele causar enfermedades a los humanos" es una ley deducida de ideas morales?

CORNEJÍN. --Eso creo.

CAMPOAMOR. --¿No es eso agrandar un poco mucho el concepto de moralidad?

CORNEJÍN. --Las leyes causales nos informan sobre algo que podría suceder si se diesen determinadas circunstancias. Si ese algo sucede y de algún modo estamos vinculados con el suceso, nuestra vida cambiará, mucho o poco, para mejor o para peor. Si cambia para mejor, ese suceso será, *para nosotros*, moralmente correcto, y moralmente incorrecto si nuestra vida cambia para peor. Habrá otros a quienes les caiga al revés de como nos cayó a nosotros, y otros muchos no saldrán ni beneficiados ni perjudicados. El suceso será bueno, malo o neutro según cada cual, pero también será bueno en sí, o malo en sí (nunca neutro) según sean sus consecuencias en el largo plazo y en el conjunto de los seres presentes y futuros. Todo suceso, o sea todo movimiento, sea causado por un hombre, por una lombriz o por el viento, es bueno o malo en sí mismo, y para valuarlo correctamente debemos conocer las leyes causales que lo incluyen, las cuales no son buenas o malas como los sucesos, pero como permiten preverlos y hasta modificarlos para bien, no veo impropio relacionar el concepto de causalidad con el de moralidad.

CAMPOAMOR. --Entonces relaciona también la moralidad con el concepto de funcionalidad, pues las leyes que aceptan el álgebra en sus enunciados son tan buenas para prever y hasta modificar sucesos como las leyes causales.

CORNEJÍN. --Las leyes funcionales son descriptivas, no previsivas. Cuando pasan de la descripción a la previsión dejan de ser funcionales y se tornan causales. Cuando en economía se dice

$$\text{INTERÉS} = \frac{\text{CAPITAL} \times \text{RAZÓN} \times \text{TIEMPO}}{100 \times \text{UNIDAD DE TIEMPO}}$$

se está *describiendo* lo que es el interés, pero cuando el economista se pregunta: "¿Qué interés me dará este banco si pongo mi capital en él?", esta previsión, por más que pueda resolverse aritméticamente, pertenece a la esfera causal por el

sólo hecho de que la concesión del interés será un suceso, un movimiento.

CAMPOAMOR. --Esa ley fue inventada por el hombre, es una ley artificial. Las leyes de la naturaleza no se inventan: se descubren.

CORNEJÍN. --Para el caso es lo mismo, pero si quiere una ley natural podemos tomar, por ejemplo, la fórmula de la dilatación de las sustancias: $l = l' (1 + \mu t)$, donde l es la longitud final, l' la longitud inicial, μ el coeficiente de dilatación lineal de la sustancia en cuestión y t la variación de temperatura. Esta ley describe lo que sucede con una barra de metal cuando se calienta y nos permite prever cuánto se alargará; pero si de hecho se calienta, se calienta debido a una causa (fuego, fricción), y entonces esta ley funcional se transforma en una ley causal que dice más o menos así: "El aumento de temperatura suele causar, en determinadas sustancias, un aumento de su longitud". El aumento de temperatura de una sustancia es un suceso, y por lo tanto puede beneficiarnos o perjudicarnos. Ya estamos otra vez en el terreno de la ética.

CAMPOAMOR. --¿Será que todas las leyes funcionales pueden describirse causalmente?

CORNEJÍN. --Creo que sí, pero con el lenguaje causal pierden la precisión propia de las ecuaciones.

CAMPOAMOR. --¿Y la inversa no puede darse? ¿No podrían, según tu punto de vista y si se precisan lo suficiente, transformarse *todas* las leyes causales en leyes funcionales?

CORNEJÍN. --No lo creo, a pesar de que hasta hace poco sí lo creía. Todas las leyes funcionales pueden expresarse causalmente, pero la afirmación inversa sólo es correcta en el ámbito de las ideas de grandor físico. Las ideas de grandeza moral se niegan a funcionalizarse; jamás serán descritas por medio de ecuaciones. Todo lo que no sea materia o tiempo, todo lo que no pueda medirse, pesarse, cronometrarse, calentarse sino metafóricamente, queda para siempre proscrito del cálculo aritmético, aunque se aviene perfectamente al cálculo causal y motivacional. Yo no puedo afirmar que tal o cual persona perdió, de ayer a hoy, tantos mililitros de esperanza, pero sí puedo decir que el suicidio suele ser causado por la desesperanza, y en base a esta ley causal prever el desenlace y procurar evitarlo. Hay muchas cosas que para el común de la gente no pueden medirse y sin embargo sí son susceptibles de medición, como la energía mental por ejemplo; pero hay otras cosas, como el amor, el odio, la lealtad, la traición, el sentido del humor, la vergüenza, que si bien suelen segregarse sustancias químicas dentro del cuerpo de quien las percibe, no son ellas mismas algo material, algo potencialmente tangible y mensurable numéricamente. La adrenalina puede pesarse, el miedo no. Y sin embargo siempre puedo decir que "el miedo suele causar un aumento en la secreción de adrenalina". Aunque no la veamos, la causalidad siempre está.

CAMPOAMOR. --Esto vedaría para siempre la ilusión de las ciencias blandas de alcanzar la exactitud aritmética que se deja ver en las ciencias duras...

CORNEJÍN. --Así es. Leibniz decía que en el futuro, gracias al progreso de la ciencia, se podrían resolver los problemas más difíciles de convivencia sentándose los contrincantes en una mesa y, lápiz en mano, calculando algebraicamente quién de los dos tiene la razón. Pero ya no coincido con él. Podrán resolver, sí, su problema, pero no utilizando el álgebra, sino la lógica.

CAMPOAMOR. --Siempre que sean hombres de bien...

CORNEJÍN. --Por supuesto. Si son malvados carecerán de intuiciones, de principios apriorísticos válidos para deducir correctamente, y entonces se valdrán de presentimientos truchos o simplemente de incompletas inducciones, lo que hará que la discusión se trabe y no se llegue a una conclusión razonable.

CAMPOAMOR. --Pero lo que se dice probar, nunca se probaría nada, por más que los contrincantes coincidan en una misma conclusión y sean excelentes personas.

CORNEJÍN. --Exacto. Siendo que sus razonamientos parten de intuiciones, que son principios que nacen en nuestro interior a modo de axiomas pero que no tienen esa misma veracidad axiomática cuando son juzgados por los demás, cualquier conclusión se torna discutible, incluso para el mismo que la engendró, pues uno nunca está completamente seguro de si partió de verdaderas intuiciones o de presentimientos truchos e inducciones. Y esta inseguridad también está presente dentro de las ideas de grandor físico, que como ya dije son hijas exclusivas de la inducción, un procedimiento que nunca nos otorga una total seguridad respecto de lo que postula.

CAMPOAMOR. --Lo que nos sumergiría en el más oscuro escepticismo... si no fuese por la Revelación y por la Santa Iglesia Católica que la interpreta y que nos garantiza que sus conclusiones no pueden ser erróneas ni siquiera en un mínimo porcentaje. Mira si no lo que dice la Iglesia al respecto, por ejemplo, de la sexualidad: dice que no es pecaminosa en sí mientras la circunscribamos al matrimonio monogámico, pero no deja de aclarar que la continencia voluntaria es mucho más virtuosa (cf. la primera epístola de San Pablo a los Corintios, 7.8-9). Con que lo diga la Iglesia ya me doy por satisfecho; pero como sé que tú necesitarás una segunda opinión, en lo posible científica (pese a que admites que la ciencia es insegura), voy a citarte lo que dice el doctor Carrel en la página 69.

CORNEJÍN. --¿Habla de sexo justo en la página 69?

CAMPOAMOR. --Sí, ¿por qué?

CORNEJÍN. --No importa. ¿Qué dice?

CAMPOAMOR. --Dice que

las glándulas sexuales tienen otras funciones que las de impulsar al hombre al gesto que perpetró a la especie en la vida primitiva. También sirven para intensificar todas las actividades fisiológicas, mentales y espirituales. Ningún eunuco ha llegado jamás a ser un gran filósofo, un gran sabio, ni siquiera un gran criminal. [...] en la menopausia, la glándula se atrofia. La vida más corta de los ovarios da a la mujer de cierta edad gran inferioridad frente al hombre cuyos testículos continúan activos hasta una edad muy avanzada.

CORNEJÍN. --Coincido con Alejo. ¿Sabe por qué las muchachas no consideran sexualmente repugnantes a los hombres de 50 o 60 años, mientras que los hombres huyen raudos ante una mujer mayor? Porque los hombres mayores pueden, potencialmente, engendrar hijos, mientras que las mujeres mayores no. Por más que no exista en la conciencia de ninguno de ellos el deseo de tener un hijo, el inconsciente instintivo los guía hacia ese fin mediante la atracción o la repulsión. ¿Por qué no nos asquea el ver a un viejo con una

jovencita y sí a una vieja que se aparee con un muchacho? ¿Es acaso machismo? No señor: es que nos repugna instintivamente todo lo que se hace contra natura.

CAMPOAMOR. --No todo, no todo...

CORNEJÍN. --Si se refiere al sexo anal, no nos repugna (siempre y cuando lo practiquemos con una mujer, desde luego) porque hace milenios que la gente, por una u otra razón, suele optar a veces por el agujero equivocado, y entonces tornóse un procedimiento instintivo. En cambio lo de acostarse con viejas es una nueva moda, nunca o casi nunca fomentada en anteriores sociedades. Pero volviendo a Carrel, usted me dijo que apoyaba la continencia sexual, cosa que para nada se deduce de lo anteriormente citado.

CAMPOAMOR. --Es que me equivoqué de página. ¡Qué memoria la mía! Debí leerle la página 103, en donde afirma que

en general, los grandes poetas, los artistas y los santos, así como los conquistadores, están fuertemente sexuados. [...] Casi todos los grandes artistas fueron grandes amantes. La inspiración parece depender de cierta condición de las glándulas sexuales. El amor estimula al espíritu cuando no logra su objeto. Si Beatriz hubiese sido amante de Dante, no existiría quizá la *Divina Comedia*.

CORNEJÍN. --Es más que probable que esta última oración sea correcta, y en la anteúltima creo fervientemente; pero ¿está usted seguro de que Dante, mientras suspiraba por Beatriz, no se acostaba con otras mujeres o no se masturbaba? La inspiración no depende de "cierta condición de las glándulas sexuales", sino de cierta condición del espíritu, en la que el amor platónico por una mujer parece jugar un papel bastante favorable. Sí, amor platónico. ¿O se piensa que el Dante veían en Beatriz sólo a la encargada de descargar su glándulas sexuales? La quería como fuente de inspiración, no de eyaculación. Y si hubiese sido su amante seguramente no existiría la *Divina comedia*, pero no porque sus glándulas sexuales estuviesen vacías, sino porque habría enterrado su amor ideal como semilla germinadora de su amor animal, algo así como privarse del sabor de una dulce manzana para enterrarla como abono de una planta de acelga...

CAMPOAMOR. --Yo me quedo con el punto de vista de Carrel (p. 103):

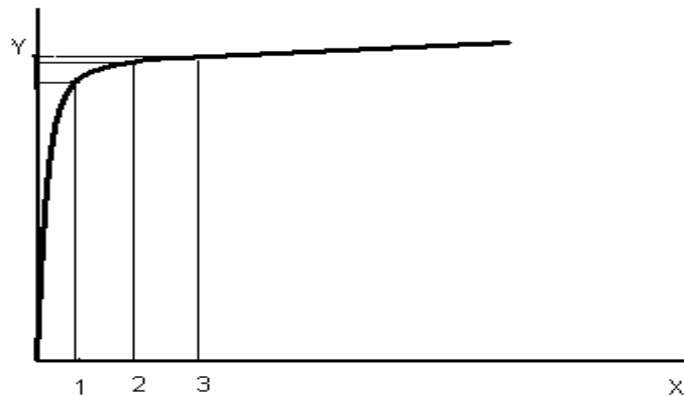
Es bien sabido que los excesos sexuales estorban la actividad intelectual. Para alcanzar todo su poder, la inteligencia parece necesitar al propio tiempo la presencia de glándulas sexuales bien desarrolladas y la represión temporal del apetito sexual. Freud ha insistido sobre la importancia capital de los impulsos sexuales en las actividades de la conciencia. Sin embargo, sus observaciones se refieren principalmente a gente enferma. Sus conclusiones no deberían generalizarse incluyendo a los individuos normales, especialmente a aquellos que están dotados de fuerte sistema nervioso y dominio de sí mismos. Mientras los débiles, los nerviosos y los desequilibrados se vuelven aún más anormales cuando sus apetitos sexuales son más reprimidos, los fuertes se vuelven todavía más fuertes practicando la castidad.

CORNEJÍN. --Los fuertes se vuelven más fuertes practicando la castidad... una vez cada tanto, no conviviendo toda la vida con ella. Los ayunos siempre son

revitalizadores, pero entre ayuno y ayuno los especialistas recomiendan comer. Yo digo que así como conviene ayunar durante algunos días al menos una vez al año para mantener nuestra salud física y espiritual, así deberíamos también mantenernos castos durante no menos de un mes al menos una vez al año. A la cura por el ayuno y a la cura por el frío montaraz, les agrego ahora la cura por la castidad.

CAMPOAMOR. --Y al acabar esta cura, ¿qué actitud deberían adoptar, sexualmente hablando, los artistas y los pensadores?

CORNEJÍN. --La que más les plazca. Personalmente, mi punto de máximo aprovechamiento de placer sexual parece situarse a los dos días contando desde mi última eyaculación. Si eyaculo antes, el placer no suele ser tan intenso, y si me demoró más, lo poco que gano en intensidad no compensa la privación. Se lo voy a graficar aquí en la arena:



El eje X indica la cantidad de días transcurridos desde mi última eyaculación, y el eje Y señala la intensidad del placer sexual. Pasado el décimo día, el placer sensitivo prácticamente no aumenta, aunque sí puede aumentar el placer psicológico si el deseo insatisfecho es muy potente. Por supuesto que no siempre se dan las cosas como lo sugiere mi curva; tómela como algo muy estimativo y probabilístico. He tenido orgasmos con menos de tres horas de diferencia respecto del anterior que me han causado más placer que otras eyaculaciones maduras durante varios días en mis testículos.

CAMPOAMOR. --¿Y qué haces cuando, pasados varios días, no tienes ninguna mujer que te atienda?

CORNEJÍN. --Lo que usted se imagina.

CAMPOAMOR. --¿Te masturbas?

CORNEJÍN. --Tú lo dices.

CAMPOAMOR. --¡Onanista!

CORNEJÍN. --Onán practicaba el *coitus interruptus*, que no es lo mismo que la masturbación hecha y derecha. Hay que leer un poco más la Biblia.

CAMPOAMOR. --¿No te avergüenzas de admitirlo?

CORNEJÍN. --En público sí; ante un muerto, no. Me gustaría en el futuro tener el valor de decírselo a cualquiera, cara a cara. Aunque no aspiro a ejecutar esa maniobra en plena plaza pública y a los ojos de cualquier transeúnte como lo hacía Diógenes, exaltando a diestra y siniestra la bondad de Dios "que nos

permite saciar nuestro apetito con sólo frotarnos la barriga"*.

CAMPOAMOR. --Voy a poner un manto de piedad en todo esto pasando a la siguiente cita, que habla precisamente de lo que tú desdeñas (p. 70):

Las mujeres deberían desarrollar sus aptitudes de acuerdo con su naturaleza propia, sin tratar de imitar a los machos. Su papel en el progreso de la civilización es mucho mayor que el del hombre. No deberían abandonar sus funciones específicas.

CORNEJÍN. --Aquí coincido con Carrel; pero ¿por qué dice usted que desdeño a las mujeres? ¡Es al revés, las mujeres me desdeñan a mí!

CAMPOAMOR. --En tu diario nombras a unas cuantas que estaban tras de ti y a las que no les diste la menor oportunidad...

CORNEJÍN. --¡Ah, es que ésas me querían como marido, y yo no las quería para entrar en la Iglesia! Cuando de mujeres se trata, debo andar con suma precaución; suelo arruinarles la vida con asombrosa facilidad.

CAMPOAMOR. --Esa tal Andrea, ¿no?

CORNEJÍN. --Dos Andreas hubo en mi vida, y a las dos las arruiné. A una por quererla con el cuerpo y no con el alma, y a la otra por quererla con el alma y no con el cuerpo. ¿Qué más dice Carrel de las mujeres?

CAMPOAMOR. --En la página 71 dice que

las mujeres que no tienen hijos no están tan bien equilibradas y se vuelven más nerviosas que las demás. [...] La importancia que tiene para ellas la función generadora no ha sido suficientemente reconocida. Esta función es indispensable para su óptimo desarrollo.

CORNEJÍN. --Nuevamente coincido. La función principal de la mujer es parir y cuidar de su prole; y cuanto más prolífica sea, mejor para la salud mental de ella y de sus hijos. Con todo, esta regla suele quedar sin efecto en las mujeres dedicadas al arte o la ciencia, que son las que aspiran a perdurar no a través de la genética, sino a través de la cultura.

CAMPOAMOR. --¿Y las que se dedican a la filosofía?

CAMPOAMOR. --¿Qué mujer se dedica o se dedicó a la filosofía? O ¿qué mujer que se haya dedicado a la filosofía cosechó algún fruto valioso relacionado con su ocupación? Si existen estas mujeres, existen harto esporádicamente. Debo aquí volver por un momento a los *Soliloquios* de Unamuno, quien avala esta posición desde la página 152: "Toda mujer que se ha dedicado a la alta especulación filosófica, en la que hay que mirar desde muy alto y ver en conjunto, ha fracasado".

CAMPOAMOR. --Ya que retrotrajiste a Unamuno, aquí va un párrafo de Carrel que a él le habría fascinado (p. 110):

Los sacerdotes han racionalizado la religión. Han destruido la base mística. Pero no consiguieron atraer a los hombres modernos. En sus iglesias, medio vacías, predicán vanamente una débil moralidad. Se contentan con el papel de policías que sirven a los intereses de los

*Cf. la *Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio, libro sexto.

ricos conservando el marco de la sociedad actual. O, al igual que los políticos, lisonjean los apetitos de la masa.

CORNEJÍN. --¿Y usted qué opina de esto?

CAMPOAMOR. --Mejor paso a la siguiente cita (p. 128):

Entre las antiguas supersticiones médicas existe una creencia persistente en la virtud de la sangre joven, en su poder de comunicar la juventud a un cuerpo viejo y gastado. Al papa Inocencio VIII le fue transfundida la sangre de tres jóvenes. Pero después de esta operación murió. Como parece probable que la muerte fuera debido a un accidente técnico quizá merece la idea ser considerada de nuevo. La introducción de sangre joven en un organismo puede acarrear cambios favorables. Es extraño que esta operación no haya vuelto a ser ensayada.

CORNEJÍN. --En el capítulo de *Los Simpsons* intitulado "Sangre nueva" (1991), el señor Burns recuperó su fuerza y vitalidad luego de transfundírsele un poco de sangre del pequeño Bart. Estos hechos corroboran la hipótesis de Carrel.

CAMPOAMOR. --¿Cómo puedes corroborar una hipótesis con hechos de ficción? ¡Y encima son dibujos animados!

CORNEJÍN. --Yo le creo más a Homero Simpson que al presidente de la nación. ¿Qué otro consejo médico nos facilita nuestro amigo Alexis?

CAMPOAMOR. --Hay uno un tanto pasado de moda en la página 133:

Es inútil administrar a un niño una gran cantidad de aceite de hígado de bacalao en una sola dosis. Pero una pequeña cantidad de este remedio, administrado a diario durante varios meses, modifica las dimensiones y la forma del esqueleto.

CORNEJÍN. --No sé de dónde nació esta creencia, pero sé que se difundió gracias a la propensión al sadismo de ciertos padres. Por suerte murió joven y no llegó a hacer tanto daño como algunas otras parecidas.

CAMPOAMOR. --Aquí va otro consejo, aunque no médico sino social (p. 132):

Cuanto más corta es la distancia temporal que separa a dos generaciones, más fuerte puede ser la influencia moral de los mayores sobre los más jóvenes. Las mujeres deberían ser madres cuando todavía son muy jóvenes. Así no se encontrarían aisladas de sus hijos por un intervalo de tiempo demasiado grande, que ni siquiera el amor puede cambiar.

CORNEJÍN. --"Todos los caminos --dice el refrán-- conducen a Unamuno". El pensador español, desde las páginas 96 y 97 de su libro *Mi religión, y otros ensayos breves*, también aprueba los casamientos juveniles, y nos vuelve a meter con ellos en el tema de la sexualidad: "Es sensible la enorme cantidad de energía espiritual que se derrocha y desperdicia en perseguir la satisfacción del deseo carnal. La mayor de las ventajas del matrimonio, y son muchas las que tiene, es

que, regularizando el apetito carnal, le quita al hombre pruritos de desasosiegos, dejándole tiempo y energía para más altas y nobles empresas. Y me parece muy bien el hijo de Tolstoi cuando pide que los hombres se casen jóvenes, apenas despiertan a la vida sexual, quedando a cargo y cuenta de las dos familias, la de él y la de ella, hasta tanto que el joven matrimonio pueda valerse por sí mismo. Se evitarían así no pocos males y, sobre todo, se les ahorraría a los jóvenes una gran cantidad de energía espiritual".

CAMPOAMOR. --A los jóvenes hay que casarlos, y a los niños, endurecerlos:

Desde su nacimiento, estas criaturas [los hijos de las familias acomodadas] viven en condiciones que producen la atrofia de sus sistemas de adaptación. Se les conserva en habitaciones calientes y, cuando salen, van vestidos como los esquimales. Están atiborrados de comida, duermen todo lo que quieren, no tienen responsabilidad, nunca realizan un esfuerzo intelectual o moral; sólo aprenden lo que les divierte, y no luchan contra nada. El resultado es hartito sabido. Por lo general se vuelven guapos y agradables y a menudo fuertes, pero se cansan fácilmente, son extraordinariamente egoístas, y no tienen ni agudeza intelectual, ni sentido moral, ni resistencia nerviosa. [...] La ley de la lucha por la vida debe ser obedecida por encima de todas las leyes. La degeneración del cuerpo y del alma es el precio que pagan los individuos y las razas que han olvidado la existencia de esa ley (p. 160) (17).

CORNEJÍN. --Hay que endurecerlos en todos los aspectos, menos en el onírico. El sueño es el puente que nos une con la metafísica, con el mundo de las cosas en sí. Por eso conviene dormir tanto como se pueda. Si tememos que merced a esto se nos produzca una atrofia en nuestro sistema biológico de adaptación, lo mejor que a mi criterio se puede hacer es realizar semestral o anualmente una cura de insomnio, privándose voluntariamente del sueño durante dos o tres días consecutivos para luego volver a dormir todo lo que queramos. Con los niños no hay necesidad de un procedimiento tan brusco: la escolaridad matinal ya se ocupa bastante bien de contrariar sus descansos (18). ¿Por qué será que a los enfermos se les prescribe, antes que nada, reposo?

CAMPOAMOR. --¿Por qué?

CORNEJÍN. --¡Porque el sueño cura, hombre!

CAMPOAMOR. --¿Quieres que volvamos al tema de la medicina? Tengo un par de citas que me quedaron pendientes.

CORNEJÍN. --Con mucho gusto. No sólo la gente común, sino que además los propios médicos manifiestan una vasta desorientación acerca de lo que significa vencer a una enfermedad, y el doctor Carrel podría serles de gran ayuda si lo leyesen. Pero claro... Tienen tantos libros de anatomía y fisiología que leer, que difícilmente dispongan de un par de horas desespecializantes...

CAMPOAMOR. --Triste realidad la de la medicina de hoy, completamente divorciada de la filosofía. Si tienes médico de cabecera, cítale, mientras escribe sus acostumbradas e ininteligibles recetas, el siguiente párrafo extraído de las páginas 210 y 211:

Como sabemos, existen dos clases de salud: natural y artificial. La

medicina científica ha dado al hombre salud artificial y protección contra la mayor parte de las enfermedades infecciosas. Es un don maravilloso. Pero el hombre no está contento con una salud que sólo es la ausencia de enfermedad y que depende de dietas especiales, productos químicos, productos endocrinos, vitaminas, exámenes médicos periódicos y la costosa asistencia de hospitales, doctores y enfermeras. El hombre desea salud natural, que procede de la resistencia a las enfermedades infecciosas y degenerativas, del equilibrio del sistema nervioso. Tiene que ser construido de modo que viva sin pensar en su salud. La medicina logrará su mayor triunfo cuando descubra el medio de hacer que el cuerpo y el espíritu sean naturalmente inmunes a las enfermedades, al cansancio y al temor.

Y cuando insista el colegiado en hacerte tragar esas pastillas de rarísimo nombre fabricadas por el laboratorio Bagó, espétale con donaire que

la medicina, en lugar de contentarse con disfrazar las lesiones orgánicas, debe intentar prevenir su ocurrencia, o curarlas. Por ejemplo, la insulina determina la desaparición de los síntomas de la diabetes. Pero no cura la enfermedad. La diabetes sólo puede dominarse merced al descubrimiento de las causas y de los medios de producir la regeneración o la sustitución de las células pancreáticas degeneradas. Es evidente que no basta la simple administración al enfermo de los productos químicos que necesita. Debe devolverse a los órganos la capacidad de fabricar normalmente estos productos químicos dentro del cuerpo. Pero el conocimiento de los mecanismos a los cuales se debe la salud de las glándulas es mucho más profundo que el de los productos de esas glándulas. Hasta el presente hemos seguido el camino más fácil. Ahora tendremos que orientarnos hacia el terreno más áspero y penetrar en lugares inexplorados. La esperanza de la humanidad reside en la prevención de las enfermedades degenerativas y mentales, no en el simple cuidado de sus síntomas. El progreso de la medicina no ha de venir de la construcción de hospitales mejores y más grandes, de fábricas de productos químicos más amplias y mejores (p. 212).

Sé que estas últimas dos citas han sido de tu agrado, así que ¿me permites alejarme ahora de la medicina y entrar en la política con una cita tan antipopulista como verdadera que hará las delicias de mis oídos mientras mi boca la recita?

CORNEJÍN. --No podría negárselo.

CAMPOAMOR. --Entonces ahí va:

... Otro error, debido a la confusión de los conceptos de ser humano e individuo, es la igualdad democrática. Este dogma se está derrumbando bajo los golpes de la experiencia de las naciones. Es, pues, innecesario insistir sobre su falsedad. Pero su éxito ha sido asombrosamente largo. ¿Cómo pudo la humanidad creer en él durante tantos años? El credo democrático no tiene en cuenta la constitución de nuestro cuerpo y de nuestra conciencia. No conviene al hecho concreto que es el individuo. Es cierto que los seres humanos son iguales. Pero los individuos no lo son. La igualdad de sus derechos es una ilusión. [...] La

«estandarización» de los hombres merced a los ideales democráticos ha determinado ya el predominio de los débiles. En todas partes son preferidos estos últimos a los fuertes. Se les ayuda, se les protege y a menudo, se les admira. Del mismo modo que los inválidos, los criminales y los locos atraen la simpatía de las gentes. El mito de la igualdad, el amor al símbolo, el desprecio por el hecho concreto, son, en gran medida, los culpables de la debilitación de la individualidad. Como era imposible elevar a los tipos inferiores el único medio de producir la igualdad democrática entre los hombres era rebajarlos todos al mismo nivel. De este modo desapareció la personalidad (p. 185).

¡Por fin alguien que comprendió el sentido de mis *Polémicas con la democracia!* ¿Tú las leíste?

CORNEJÍN. --Sólo las vislumbré; usted sabe que no me interesa mucho la política (19). ¿Terminó de citar *La incógnita del hombre*?

CAMPOAMOR. --No. Dejé para el final una propuesta de reforma social que hoy en día, en este mundo económicamente globalizado, suena todavía más utópica que cuando Carrel creía en ella:

Ninguno de los dogmas de la sociedad moderna es inmutable. Para la civilización no son indispensables las fábricas gigantescas, los edificios de negocios que se elevan hasta el cielo, las ciudades inhumanas, la moral industrial, la fe en la producción en masa. Son posibles otros géneros de existencia y de pensamiento. La cultura sin comodidades, la belleza sin lujo, las máquinas sin fábricas esclavizadoras, la ciencia sin el culto de lo material, devolverían al hombre su inteligencia, su sentido moral, su virilidad y le conducirían a la cumbre de su desarrollo (pp. 200-1).

¿Aún no te has aburrido de Carrel?

CORNEJÍN. --Para nada.

CAMPOAMOR. --Entonces continuaré citándolo, esta vez desde su ensayo intitulado *La conducta en la vida*, escrito alrededor de 1940. Los temas de que trata suelen ser los mismos que los del libro anterior, así que te pido disculpas por anticipado si es que consideras repetitivas algunas de las siguientes citas. La primera que se recitaré figura en la página 47:

Las leyes naturales son inmanentes a los seres inanimados y vivientes. Si el universo tiene como sustrato una inteligencia creadora, esas leyes nos revelan un aspecto de dicha inteligencia. El mundo es como el cuerpo de Dios, pensaba Marco Aurelio.

CORNEJÍN. --¿Era determinista Carrel?

CAMPOAMOR. --Según esta cita parecería que sí, pero en ningún momento, ni en este libro ni en el anterior, toma explícitamente partido por esta postura. Tal vez los siguientes párrafos, extraídos de la página 49, te ayuden a responder esa pregunta:

Quizá la inteligencia humana no haya alcanzado todavía el periodo de evolución en que llegue a ser capaz de captar lo real en la multiplicidad de sus formas. Quizá también sea suficiente emplear

mejores y más pacientes métodos para que las leyes naturales se nos revelen con igual claridad en todos los terrenos. Pero nuestra ignorancia no debe incitarnos a creer que el orden no se extiende sino sobre una parte del mundo.

El éxito de la vida moral o social depende, sin duda, de reglas tan definidas aunque más complejas que las de los gases o de la propagación de las ondas luminosas. Sus reglas las ignoramos todavía.

Es preciso no olvidar que nuestros antepasados sentían la presencia de un orden del universo, pero que nunca descubrieron sus leyes. Nosotros, los modernos, hemos encontrado las leyes de la física, de la química y de la fisiología. Quizá seguiremos siendo siempre incapaces de formular esas leyes de las relaciones humanas, cuya existencia suponemos hoy. En esta lenta ascensión hacia la luz, el espíritu no adquiere sino poco a poco la fuerza para captar los mecanismos oscuros de la armonía del mundo.

CORNEJÍN. --¡Era determinista!

CAMPOAMOR. --No saques conclusiones apresuradas: Carrel creía en la parapsicología.

CORNEJÍN. --¿Y eso qué tiene que ver?

CAMPOAMOR. --¿Cómo que qué tiene que ver? Si la parapsicología existe, las leyes naturales, o, como tú dices, las leyes físicas, pueden ser violadas por la mente humana, con lo que se quiebra el estricto determinismo de los sucesos espaciotemporales.

Nuestro espíritu no está encerrado en las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo. Aun cuando estemos sumergidos en el cosmos, tenemos el sentimiento de podernos librar de él. De un modo que todavía no comprendemos, el espíritu es capaz de evadirse de la continuidad física (p. 53).

CORNEJÍN. --Podemos evadirlos del espaciotiempo, pero esa facultad no quiebra la red causal, sólo la complejiza. En el siglo XIX se creía que la materia no podía crearse ni destruirse, y lo mismo respecto de la energía. Pero en el siglo XX llegaron Rutheford y Soddy con su teoría de la radiactividad y se comprobó que la materia sí podía desaparecer..., o mejor dicho, podía transformarse en energía, y la energía en materia. El principio de conservación de la materia y el de conservación de la energía quedaban destruidos individualmente, pero conjuntamente dieron origen a un principio más abarcador: el principio de conservación de la materia-energía.

CAMPOAMOR. --Ahora soy yo el que pregunta qué tiene que ver esto con nuestra cuestión.

CORNEJÍN. --Cuando se descubrió que estos principios, pilares de la ciencia determinista, individualmente no se verificaban en todos los casos, los partidarios del libre albedrío creyeron haber ganado una batalla decisiva, pero se tuvieron que comer su optimismo al conocerse que tanto materia como energía eran la misma cosa que variaba su apariencia según su mayor o menor concentración y quietud. Algo parecido sucede con la causalidad física y la parapsicología. Yo no descarto

la posibilidad de que una persona pueda, gracias al poder de su mente, hacer desaparecer un objeto, siempre y cuando dicho objeto, entero o disgregado, aparezca en otro lugar al mismo tiempo, o en el mismo lugar en otro tiempo, o en otro lugar y en otro tiempo. En el primer caso, el objeto habrá desaparecido del espacio, pero no del tiempo; en el segundo, habrá desaparecido del tiempo, pero no del espacio; y el tercero, habrá desaparecido del espacio y del tiempo tomados individualmente, pero no habrá desaparecido del continuo espacio-tiempo. Y lo mismo puede decirse de una determinada cantidad y calidad de energía, con lo que se ve que el principio de conservación de la materia-energía en el espacio o en el tiempo no se ha roto sino que nuevamente se ha expandido: ahora es el principio de la conservación de la materia-energía en el espaciotiempo.

CAMPOAMOR. --Y cuando una persona vence a la ley de gravedad levitando, ¿no contradice con su levitación al determinismo físico?

CORNEJÍN. --No señor, como no lo contradice la mermelada con que un chico encastró sus manos y que, aunque las sacuda, no cae al suelo. El fenómeno de la adherencia vence aquí al fenómeno gravitatorio, y en el ejemplo del levitador, la que vence a la gravedad es la energía concienzal, que es tan física como la energía química o eléctrica. No hay nada en ninguno de los fenómenos llamados paranormales que pueda esgrimirse como refutación del determinismo espaciotemporal, por más que sí puedan refutar al determinismo espacial o temporal si no se los toma como un continuo. Por ejemplo, eso de que la causa necesariamente precede al efecto ya no tiene validez en el determinismo espaciotemporal, en donde la precognición de un suceso que acaecerá en el futuro puede ser la causa de un cambio de planes. Aquí se va mucho más allá de la causalidad teleológica que ya de por sí parece anular la flecha temporal que superficialmente une las causas con los efectos; pero ninguna de estas dos ideas, ni la teleológica ni la parapsicológica, sepulta con su verificación al ideal determinista, que las cobija en su seno como una madre a sus vástagos. Y si quiere saber más de lo que opino sobre la parapsicología y su inclusión dentro de mi sistema determinista, le ruego que lea o relea el apéndice del libro cuarto de mi diario, por lo menos desde la página xxx en adelante.

CAMPOAMOR. --Sin embargo, en un sentido estricto la causa del cambio de planes es la precognición misma, que es por supuesto anterior al cambio de planes.

CORNEJÍN. --Y la causa de la construcción del nido no es, en un sentido estricto, el nacimiento futuro de los pichones, sino la puesta en práctica del acervo instintivo del pájaro, que es anterior a la construcción del nido. En este sentido estricto el mecanicismo se sigue cumpliendo y la causa siempre precederá al efecto, lo que demuestra que hasta el materialismo más cerrado puede compatibilizarse hasta cierto punto con la teleología y la parapsicología (20).

CAMPOAMOR. --A mí no me parece que Carrel haya sido determinista, ni que el determinismo pueda compatibilizarse con la parapsicología, ni que la levitación de un santo sea causada por la mente del propio santo. Cambiemos, pues, de tema, visto que no hemos alcanzado ni alcanzaremos ninguna conclusión común en estos sentidos.

CORNEJÍN. --Cambiemos.

CAMPOAMOR. --Vayamos a las páginas 62 y 63, en donde se afirma que los

Adanes de hoy, además de pecadores, son cortos de vista: se alimentan de un manzano cuyos frutos todavía están verdes:

El hombre no ha captado más que un aspecto de la realidad. Del árbol de la ciencia ha cogido el fruto prohibido; pero este fruto no estaba maduro; nos da el conocimiento de todas las cosas, con excepción de nosotros mismos. La ciencia hizo el inventario del mundo material, organizando su explotación sistemática. La tecnología nos trajo la riqueza, la salud, el bienestar material, todas las facilidades de la existencia, permitiéndonos crear un nuevo paraíso terrenal. Pero se desliza en nuestro plan un error capital. Porque las ciencias de la vida estaban en inmenso retraso con relación a las ciencias de la materia inanimada. Poseíamos el dominio del mundo físico antes de haber adquirido el conocimiento de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu.

CORNEJÍN. --"Conócete a ti mismo" decía el más grande de los genios griegos, ese que a usted tan antipático le cae.

CAMPOAMOR. --Sigue en el mismo párrafo:

El hombre moderno da la primacía a la materia y sacrifica lo espiritual a lo económico. Prefiere el bienestar a la fuerza y a la alegría. Abandona la tierra de sus antepasados y de sus humildes amigos los animales para vivir en el pueblo sin alma de las máquinas. Olvida los trigos ondulantes bajo el sol, el recogimiento del bosque, la paz de la noche, la armoniosa belleza de las plantas, de los árboles y de las aguas. Se encierra en las duras ciudades de líneas geométricas. Se despersonaliza en el monótono trabajo de la fábrica. Viola, sin sospecharlo, todas las leyes de la vida. Entonces se consuma nuestro divorcio de la realidad.

Divorcio del que son culpables, según Carrel, tanto el marxismo como el capitalismo:

No es posible limitar nuestros esfuerzos a la persecución exclusiva de ventajas materiales sin restringir nuestra personalidad. El *homo aeconomicus* es una creación del liberalismo y del marxismo, no de la naturaleza. El ser humano no está construido únicamente para producir y consumir. Desde el comienzo de su evolución ha dado pruebas de amor a la belleza, de sentido religioso, de curiosidad intelectual, de imaginación creadora, de espíritu de sacrificio, de heroísmo. Reducir al hombre a su actividad económica equivale, pues, a amputarle una parte de su ser. El liberalismo y el marxismo violan, por consiguiente, tanto uno como el otro, las tendencias fundamentales de la naturaleza (p. 64).

CORNEJÍN. --El pueblo ruso pagará en el siglo XXI los desastres que produjo en su espíritu el régimen marxista del siglo XX, y Occidente pagará en el siglo XXII los desastres que producirá en las mentes de los hombres el megacapitalismo despiadado del siglo XXI (21).

CAMPOAMOR. --

Las leyes de la vida no castigan generalmente a los transgresores

sino al cabo de varias generaciones (p. 69).

CORNEJÍN. --Lo mismo sucede con las leyes de la política. Y a veces tampoco premian a los que les guardan observancia sino a través de sus descendientes, lo que ocurriría, por ejemplo, con la instauración del anarquismo persuasivo-disuasivo.

CAMPOAMOR. --

La libertad es, como la dinamita, un instrumento eficaz, pero peligroso. Es preciso aprender a manejarla (p. 69).

Carrel, al igual que Scheler, era un fervoroso apologista del ascetismo; pero mientras Scheler veía en el asceta un hombre que buscaba (o encontraba) placeres más refinados que los del hombre ordinario, Carrel sostenía este ideal como algo indispensable no tanto para la búsqueda del placer sino de la libertad:

La oposición existente entre la libertad humana y las exigencias de las leyes naturales hace necesaria la práctica del ascetismo. Para evitarnos a nosotros mismos o a nuestros descendientes las catástrofes, debemos resistir muchos de nuestros impulsos, de nuestros gustos y de nuestros deseos. Es imposible adaptarse al orden del mundo sin sacrificios: el sacrificio es una ley de la vida (p. 70).

Si el hombre quiere sobrevivir

debe imponerse una disciplina estricta y respetar los modos de ser de las cosas. El uso sin restricción de la libertad le condena, a él o a sus descendientes, a la degeneración y a la muerte. El ascetismo es una necesidad de la vida (p. 71).

Según Carrel, no será una sociedad anárquica, sino más bien ascética, la que nos hará libres.

CORNEJÍN. --Es que nunca podríamos llegar al anarquismo sin antes pasar por un masivo ascetismo. La misión será entonces convencer al grueso de la gente de que el ascetismo place más de lo que duele, vivifica más de lo que mortifica.

CAMPOAMOR. --

Gracias al poder de adaptación de todos los sistemas anatómicos, las agresiones del medio exterior, en vez de gastar nuestros órganos, los fortifica. La vida se conserva y se intensifica por la lucha contra el frío, el calor, el sol, la lluvia, el viento, la nieve, el hambre (p. 79).

Pero el ascetismo que pregonaba Carrel no es el ascetismo del estoico imperturbable que busca la ataraxia, sino el ascetismo que es marca registrada de la pasión de Cristo:

No se ha realizado ningún descubrimiento científico ni se ha producido jamás un hecho de más trascendental significación que la ley del amor predicada por Jesús Crucificado. Porque esta ley es, de hecho, la de la supervivencia de las sociedades humanas (p. 92).

Carrel coincide con Scheler, con Unamuno y conmigo en que

no es la razón, sino el sentimiento, el que conduce al hombre a la cumbre de su destino. El espíritu se eleva por el sufrimiento y el deseo más aún que por la inteligencia. En cierto momento del viaje, deja atrás de sí la inteligencia, cuyo peso es excesivo. Se reduce a la

esencia del alma, que es amor. Sólo, en medio de esta noche de la razón, se escapa del tiempo y del espacio. Y por un proceso que los grandes místicos no han sido nunca capaces de describir, se une al sustrato inefable de todas las cosas (p. 101).

CORNEJÍN. --Y conmigo. También coincide conmigo cuando sus reflexiones vuelan tan alto como en este pasaje.

CAMPOAMOR. --Aprovecha para solazarse ahora, que diez páginas más adelante se nos cae en picada y se olvida como por encanto de su querida ley del amor cristiano:

Se impone una revolución en la legislación. Sería fácil desarrollar en la población reflejos condicionales bienhechores. Si, por ejemplo, el borracho que, al conducir un automóvil, mata a un transeúnte, se expusiese a la pena de muerte, pronto aparecería como una cosa peligrosa y que debería evitarse el acto de emborracharse (p. 112).

CORNEJÍN. --A mí me late que quien estaba borracho al escribir esto era Carrel. ¿Cómo puede llenarse la boca con el amor del Cristo crucificado para luego apoyar la pena de muerte, y encima tan indiscriminadamente como para ejecutar aun a los que matan sin intención? Parecería que Carrel, tal como el espíritu del que habla en la cita anterior, "deja detrás de sí la inteligencia, cuyo peso es excesivo" cuando se imagina conduciendo una cruzada contra el alcoholismo.

CAMPOAMOR. --Juzga tú si este peso excesivo no se hace sentir también en sus párrafos eugenésicos:

En lugar de fomentar la supervivencia de los débiles y de los defectuosos, es preciso ayudar a los fuertes. Porque la minoría selecta es la única que hace progresar a la masa (p. 17),

y

por una extraña aberración, los enfermos, los débiles, los tarados son preferidos a los fuertes. Se atiende con mayor solicitud a los niños retrasados que a los niños bien dotados (p. 36).

CORNEJÍN. --Sí, no hay duda de que aquí la inteligencia le pesó mucho y la tiró como lastre, y me parece que con la inteligencia se le fue también la compasión. Pero como yo sí soy consecuente con esa ley del amor de la que habla Carrel, le perdono estos deslices esperando que no se vuelvan a repetir, y si se repiten también los perdonaré (22).

CAMPOAMOR. --He aquí un párrafo que confío no tendrás que perdonar (p. 133):

La naturaleza [...] favorece [...] sobre todo a los audaces, que tienen la ambición del éxito, a quienes están dispuestos a vivir dura y peligrosamente. El que rehusa el riesgo, pierde la vida.

CORNEJÍN. --¡Bien! ¡Ese es el Carrel que me gusta!

CAMPOAMOR. --Aquí hay otra cita que te gustará, porque habla de favorecer la eugenesia sin por esto sacrificar a los débiles y a los enfermos:

Cuanto mejor dotada mental y físicamente está una mujer, es más importante que tenga numerosos hijos. Además, no alcanza su pleno desarrollo orgánico y mental sino por la maternidad. Solamente en este papel sobresale. Porque, en medicina, pedagogía, ciencia, filosofía, aviación o negocios, casi siempre es inferior al hombre (pp. 134-5).

CORNEJÍN. --Más que la mujer mental y físicamente bien dotada, la que conviene que tenga numerosos hijos es la mujer moralmente privilegiada.

CAMPOAMOR. --Pero que los tenga todos con el mismo hombre.

El adulterio debe proscribirse a la vez porque rompe el grupo social indispensable para el bienestar de los hijos y porque hace correr el riesgo de que se introduzca sangre inferior en una buena estirpe (pp. 136-7).

CORNEJÍN. --El adulterio rompe el grupo social sólo cuando el grupo social ya tiene una preconcepción negativa del adulterio. Y lo de la introducción de sangre nueva en una estirpe suele ser positivo para dicha estirpe por más que provenga de un ser "inferior". Estúdiense las leyes de la exogamia y se me dará la razón en este punto.

CAMPOAMOR. --Yo las estudié con bastante detenimiento, y he observado que las naciones invadidas generalmente tienen la suerte de que sus invasores las dejen al paso una generación que las suele vengar cumplidamente. El cruzamiento de las razas es uno de los medios más eficaces que se pueden adoptar para regenerar a un pueblo. Acaso esta trashumancia repugne al vidrioso pudor de algunos legisladores, pero que se descuiden en adoptar este medio y pueden estar seguros de que después de algunos siglos tendrán la honra de ser los ascendientes de un pueblo de orangutanes*. Sin embargo, estoy lejos de querer propiciar el adulterio con esta declaración. Tan sólo propicio, y hasta cierto punto, los matrimonios interraciales.

CORNEJÍN. --Usted también está en contra del divorcio, ¿no?

CAMPOAMOR. --Si la Iglesia está en contra, yo también lo estoy. Las leyes canónicas que tienden a imposibilitar el divorcio son en extremo sabias, porque impiden muchas asociaciones matrimoniales impremeditadas y porque obligan a hacer cumplir deberes contraídos, conservando uniformidad en las familias y liberando a la sociedad de un caos. Después que nuestras inclinaciones son satisfechas, naturalmente procuran buscar nuevos estímulos que las pongan en acción, y esto nace la inconstancia de nuestros deseos. Las leyes por consiguiente deben ser un contentivo de la versatilidad de las pasiones, conteniéndolas en el círculo de las satisfacciones lícitas. Ni la religión, ni la política, ni la moral, ni el derecho deben autorizar fácilmente el divorcio cuando por ambas partes ya se han creado obligaciones que es indispensable hacer cumplir**.

*Cf. las *Obras completas* de Ramón de Campoamor, tomo II, página 273.

**Cf. las *Obras completas* de Ramón de Campoamor, tomo II, página 262.

CORNEJÍN. --¿Es bueno para un niño crecer en un hogar en el que sus padres no se soportan?

CAMPOAMOR. --Bueno no es, pero peor sería que creciesen sin su padre o sin su madre. Satisfecha tu puericultural pregunta, voy a volver a Carrel, quien a su vez vuelve a su famosa ley del amor preguntándose por qué no se aplica en nuestra sociedad el sabio precepto de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Y se contesta (pp. 142-3) que hoy día no es dable al hombre amar a su prójimo

porque está por encima de las fuerzas humanas el amar el producto medio de la civilización industrial, es decir, a un individuo egoísta, grosero, orgulloso, perezoso, envidioso, intemperante malo y lúbrico. El amor mutuo seguirá siendo una utopía mientras no hagamos el esfuerzo de abandonar los hábitos que lo hacen odioso a los demás. No construiremos una sociedad mejor, ni elaborando nuevas cirugías, ni reformando nuestras instituciones políticas, sino reformándonos a nosotros mismos, liberándonos de los vicios que nos separan a unos de otros. Entonces resultará posible al vecino amar a su vecino, al obrero amar a su patrono y al patrono amar a su obrero. Solamente el amor es capaz de instaurar en las sociedades humanas el orden que el instinto ha establecido desde hace millones de años en el pueblo de las hormigas y en el de las abejas.

CORNEJÍN. --¿Tan nociva es la civilización industrial-consumista que hasta impide que nos amemos?

CAMPOAMOR. --Según Carrel, sí:

Es imposible aceptar los modos de vida y de pensamiento que se han propagado desde las ciudades hasta las aldeas más remotas, sin resultar aniquilados espiritualmente (p. 146).

Y aquí viene una cita (p. 149) que disfrutarás más que ninguna, pues habla de tus bienamados periódicos, poderosos martillos en manos de los aniquiladores del espíritu:

Si , en lugar de leer periódicos y revistas escritos para agrandar a la multitud de los atrofiados mentales, aprendiésemos en libros y en periódicos técnicos, o en las buenas obras de vulgarización científica, las cosas que se refieren a nuestra vida, a la de nuestros hijos y al mundo que nos rodea, tendríamos la alegría de ver ensancharse nuestro horizonte de modo maravilloso.

Y de acá pico hasta la página 152, en donde Carrel concuerda con tu idea del equilibrio temperamental como base del mejoramiento caracterológico:

El cultivo exclusivo de la inteligencia, o del sentimiento, son igualmente condenables. Es peligroso ser exclusivamente un intelectual o un místico, un lógico o un intuitivo, un sabio o un poeta. Solamente por el vuelo simultáneo de nuestras actividades intelectuales, morales, estéticas y religiosas, podemos alcanzar el más alto nivel intelectual compatible con nuestras potencialidades hereditarias.

CORNEJÍN. --Hoy es tan difícil toparse con un intelectual, con un moralista,

con un esteta o con un religioso en el sentido puro de estos términos, que toparse con alguien que sea estas cuatro cosas a la vez no parece probable ni en las naciones más cultivadas del orbe.

CAMPOAMOR. --Eso prueba, según Carrel, que no falta mucho para que la civilización tecnológica se derrumbe:

Comer, beber, tales eran, con los deportes, las carreras de caballos y los combates de gladiadores, las únicas preocupaciones de los romanos de la decadencia. Las nuestras son idénticas (p. 166).

CORNEJÍN. --¿Y qué habría que hacer para evitar ese derrumbe?

CAMPOAMOR. --En principio, la gente debería volver a creer en el Dios antropomorfo tan vituperado por nuestra ciencia:

El cristiano se somete a una penosa disciplina moral por amor de Dios. Pero es imposible amar una abstracción. La lectura de un libro de derecho nunca suscita el entusiasmo. Se sacrifica uno por los suyos, por su fe, por el país natal, por Dios, y no por una idea. Los mártires que murieron por Cristo no hubieran dado su vida por las leyes naturales. Una abstracción no se convierte en fuerza motriz sino cuando contiene un elemento religioso. Esta es la razón de que la moral cristiana posea incomparablemente más poder que la moral laica. Por eso, el hombre no obedecerá con entusiasmo las reglas de la conducta racional sino en el caso de que considere las reglas de la vida como las órdenes de un Dios personal (p. 168).

CORNEJÍN. --¿Y si en vez de sacrificarnos por un Dios personal nos sacrificamos por placer? El placer no es una abstracción.

CAMPOAMOR. --Proyectado muy en lo futuro, o proyectado en nuestros descendientes, sí.

CORNEJÍN. --De todos modos yo creo que los sacrificios obedecen por lo general a móviles instintivos o intuitivos, y por lo tanto no requieren de razones conscientes, ni concretas y abstractas, para realizarse.

CAMPOAMOR. --¿Por qué te resistes tanto a la idea de un Dios personal?

CORNEJÍN. --Porque tuve esa idea durante la mayor parte de mi vida y luego la abandoné, y es muy difícil retomar una idea que ha sido por propia decisión abandonada.

CAMPOAMOR. --Pero ¿quieres retomarla?

CORNEJÍN. --No lo sé... Creo que no me molestaría creer en un Dios personal, siempre y cuando sea una persona buena y compasiva y no colérica y vengativa como el dios de los judíos. Y siempre y cuando no tenga que rezarle un padrenuestro y demás formalidades todas las noches. ¡Cómo me molestaba ese trámite burocrático! Y siempre y cuando no me amenace con el infierno, y siempre y cuando no me regale el libre albedrío, y siempre y cuando...

CAMPOAMOR. --¡Ea! ¡Detente aquí, rapazuelo! ¿Qué es eso de andar pidiéndole condiciones a Dios?

CORNEJÍN. --No se las pido a Dios, sino a mí mismo para poder creer en Él sin que se resquebraje mi ética.

CAMPOAMOR. --¿Quieres razones para creer? El doctor Carrel tiene una, o

al menos creía tenerla (p. 200):

Es prudente considerar la necesidad de lo divino, no como ilusoria, sino como la expresión de caracteres estructurales del espíritu humano que son más o menos desarrollados, según los individuos. Siendo el universo un sistema coherente, la comprobación de una necesidad hace prever la presencia en el medio exterior del modo de satisfacer esa necesidad. Por ejemplo: las células del organismo no serían aeróbicas si no hubiera oxígeno en la atmósfera. Del mismo modo, la necesidad de agua, de grasa, de azúcar o de proteína, implica la existencia de esas sustancias en el medio exterior. Está permitido atribuir la misma significación a la necesidad, más o menos oscura, presentada por muchos seres humanos de comunicarse con un espíritu invisible y soberanamente poderoso. Espíritu a la vez personal e inmanente en todas las cosas, que se manifiesta por la intuición, la revelación y las leyes naturales.

CORNEJÍN. --Momentito, que yo nunca dije que no creía en Dios. Dije sólo que ya no adoraba a un Dios personal, antropomorfo.

CAMPOAMOR. --Entonces ¿cómo es el dios a quien adoras?

CORNEJÍN. --Lo ignoro.

CAMPOAMOR. --¿Y cómo con tanta seriedad adoras lo que ignoras?

CORNEJÍN. --Porque lo ignoro, lo adoro.

CAMPOAMOR. --Eso me suena conocido.

CORNEJÍN. --Lo dijo Nicolás de Cusa en *De Dios escondido* (23).

CAMPOAMOR. --Bueno, ya es tiempo de ir redondeando lo de Carrel. Me parece que se me fue la mano con la cantidad y la extensión de las citas.

CORNEJÍN. --Quédese tranquilo: Carrel se lo merecía, al igual que tantos otros pensadores que, como él, han quedado en el olvido.

CAMPOAMOR. --Siendo así, fijaré su posición respecto del tema de la inmortalidad, que tiene la virtud de carecer de la ambigüedad que ostenta su postura determinista:

Nos es imposible negarnos a pensar en la significación de la muerte. Dos hipótesis se presentan: ¿nos disolvemos enteramente en la muerte, o bien, hay algo que nos sobrevive? [...] Es preciso escoger. Entre dos hipótesis de trabajo, es preciso elegir la más audaz, la que puede conducir a mayores consecuencias, aun cuando no sea racionalmente la más segura. Nos vemos, pues, precisados a adoptar la hipótesis de la inmortalidad, con la condición, sin embargo, de que la adopción de esa hipótesis no nos impida obedecer a las leyes de la vida. No debemos olvidar, en efecto, que nuestra razón de ser evidente, el orden imperativo de la naturaleza, la finalidad de nuestra existencia, es el vivir en la plenitud de nuestras actividades fisiológicas y mentales.

La anulación de la conciencia sería tan inexplicable como su persistencia. Si nuestra personalidad debe desaparecer al mismo tiempo que el cuerpo, ¿a qué conduce esta ascensión del espíritu, cuya naturaleza parece realizar, al mismo tiempo que la propagación de la vida, el objetivo de la existencia individual? [...] el inmenso esfuerzo de

espiritualización realizado a través de las edades por la materia viviente, no tendría sentido alguno si el alma del hombre se anulara al mismo tiempo que el cuerpo (pp. 205 a 207).

Si la existencia individual, como dicen los neodarwinistas, tiene solamente como finalidad la propagación de la especie, ¿por qué la personalización del espíritu continúa desarrollándose largo tiempo después del momento en que el hombre, y sobre todo la mujer, han perdido su poder de reproducción?

CORNEJÍN. --Esto es bien fácil de contestar sin apelar a la metafísica: los abuelos, si bien ya no pueden *crear* nuevos engendros, son biológicamente útiles para *criar* a sus nietos; ergo, una especie cuyos individuos no reproductores continúan su ascenso espiritual es una especie que cuidará mejor de sus críos, teniendo así mayores posibilidades de propagarse. Y ni que hablar de la contribución al acervo cultural que los viejos pueden potencialmente realizar, contribución que en la mayoría de los casos favorece a la propagación genética de la especie, raza o sociedad que le da cobijo. Demostrar la inmortalidad individual de las almas no es tan sencillo como Carrel se lo imaginaba.

CAMPOAMOR. --Él tiene una teoría sobre lo que sucede con nuestro espíritu cuando nuestro cuerpo se apaga, que sería parecido a lo que ocurre cuando apagamos una luz: muere la fuente lumínica, pero los fotones desprendidos de ella continúan existiendo. La esboza en la p. 207, pero no la recuerdo textualmente.

CORNEJÍN. --¡Qué memoria la suya!

CAMPOAMOR. --El que sí recuerdo es un pasaje de la p. 235 en donde habla, por enésima vez, de la educación social, y lo recuerdo por su particular tono autoritario:

La adaptación del medio social a las necesidades de la educación exige en primer lugar una vasta limpieza. Censura efectiva del cine, de la radio, cierre de la mayor parte de los dancings, de los cabarets y de los bares.

CORNEJÍN. --A este Eliot Ness de la virtud yo le preguntaría: ¿la ley seca decretada en Estados Unidos fue capaz de evitar que los estadounidenses bebieran alcohol?... Sólo hay una cosa capaz de vencer al vicio, sea el vicio alcohólico, cinematográfico, radiofónico o cualquier otro, y esa cosa es la voluntad de cambio del propio enviciado, la cual ni se mosquea con decretos o prohibiciones. Quien ame la paz social duradera obrará correctamente olvidándose de cualquier tipo de censura y educando pacientemente a los viciosos (en especial a los viciosos no empedernidos) para que, en el futuro, no sientan deseos de hacer lo que se les quería censurar.

CAMPOAMOR. --¿Y los viciosos empedernidos?

CORNEJÍN. --Desdénelos; sería pérdida de tiempo intentar educarlos. A ellos hay que amarlos y esperar a que se mueran. Y hasta los hubo quienes, sintiéndose amados ya que no educados, se convirtieron a la virtud gracias al amor.

CAMPOAMOR. --Pero si el amor genera virtud, ¿por qué el cristianismo, que es la religión del amor, ha sido hasta el momento impotente para erradicar el vicio?

El cristianismo ha inspirado a los mártires, ha respetado siempre la vida, la raza, el espíritu. Pero no ha aportado la paz al mundo. ¿Cuál es la razón de este fracaso? (p. 260).

CORNEJÍN. --La razón es que el mundo, y en especial el mundo cristiano, no es cristiano. La idea principal de la ética cristiana es la lucha ("yo no vine a este mundo a traer paz, sino espada"), pero no la lucha de pueblos ni de clases, sino la lucha interior, la lucha contra nuestra propia inmoralidad. Todos los no pacifistas quedan entonces excluidos del cristianismo, pero también quedan excluidos los que, luchando sólo interiormente, equivocan el rival a vencer. No son cristianos los belicosos y camorrones, pero tampoco son cristianos los puritanos, porque no es contra el instinto sexual que los verdaderos cristianos luchan; *el mal interior no está en el sexo sino en el instinto de territorialidad*, o derecho de propiedad privada excluyente si lo traducimos al lenguaje social. La Iglesia Católica centró sus esfuerzos en derrotar a la lujuria mientras el auténtico diablo, la codicia, se paseaba a sus anchas por los amplios salones del Vaticano. Y ¿por qué será que el "cristiano" prefiere luchar contra su instinto sexual y no contra su instinto territorial? Pues porque la lucha contra el sexo se puede simular con mayor facilidad que la lucha contra la propiedad. ¿Se entiende? Con sólo evitar que nos vean con señoritas o masturbándonos ya podemos convencer a cualquiera de que somos castos, pero si queremos convencerlos de que somos pobres deberemos abandonar la mansión que nos cobija. Es muy difícil, siendo ricos, simular pobreza; por eso los puritanos ingleses preferían exaltar la virtud de la castidad y el valor de la monogamia... al tiempo que hacían proliferar los burdeles como en ninguna otra época y lugar. ¡Si todos estos siglos perdidos en luchar contra un rival que en realidad es nuestro aliado los hubiésemos empleado en luchar contra el instinto de territorialidad!... la paz perpetua no parecería tan utópica como ahora.

CAMPOAMOR. --Aunque no coincido con lo que tú consideras "el mal interior", admito que la de la paz perpetua es una idea muy digna de ser fomentada, muy digna de ser defendida incluso con la vida. Porque como dice Carrel en la p. 267:

El porvenir pertenece a los que arriesgan todo por un ideal.

CORNEJÍN. --¡Cómo! ¿No dijo Carrel, según una cita que usted espetó hace unos minutos, que "se sacrifica uno por los suyos, por su jefe, por el país natal, por Dios, y no por una idea"? ¡Y ahora se descuelga diciendo que el porvenir pertenece a los que arriesgan todo por un ideal! ¿En qué quedamos?

CAMPOAMOR. --Ay, querido Cornelius... ¿te das cuenta del festín que se haría cualquier crítico con tus escritos si se pertrechase para la caza de contradicciones? ¿Será porque te masturbas tanto que ves la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio?

CORNEJÍN. --Esteee... Ahora que lo pienso, "idea" no es lo mismo que "ideal"...

CAMPOAMOR. --Ciertamente. Y es raro que te hayas olvidado de diferenciar aquí estos conceptos siendo que en tus escritos sugieres, precisamente para evitar esta confusión, que llamemos "ideístas" y no "idealistas" a los partidarios del

idealismo filosófico.

CORNEJÍN. --Usted sabe mucho de esto: *El ideísmo* es el título de uno de sus libros.

CAMPOAMOR. --¿Lo leíste?

CORNEJÍN. --De principio a fin. ¿Debo deducir que, según Carrel, una idea es algo abstracto y un ideal algo concreto?

CAMPOAMOR. --Parecería que sí, pues afirma que los hombres no se sacrifican por abstracciones (con excepción de las que contienen un elemento religioso).

CORNEJÍN. --Pero ¿un ideal no es un conjunto de ideas? ¿Cómo puede un conjunto de abstracciones formar algo concreto? Yo soy de la opinión del obispo Berkeley: para mí las abstracciones no existen.

CAMPOAMOR. --¿Quieres hablar de Berkeley?

CORNEJÍN. --No, nos alejaríamos demasiado. Mejor sigamos con Carrel. A pesar de todo me gustó mucho eso de que "el porvenir pertenece a los que arriesgan todo por un ideal".

CAMPOAMOR. --Y lo que dice seguidamente a esa oración tampoco tiene desperdicio:

La sabiduría no consiste en vivir para no hacer nada, para divertirse estúpidamente, para ganar dinero, para tener un retiro. La sabiduría consiste en vivir heroicamente. A los ojos de la juventud democrática, el heroísmo es una locura. Sin embargo, esta locura es la única que rinde.

Así, con esta apología del heroísmo cristiano, me despido y te despido de Alexis Carrel hasta una nueva oportunidad.

CORNEJÍN. --Eso es para los que dicen, con Nietzsche a la cabeza, que el cristiano es cristiano por cobardía. Y para no arruinar este clima medicinal que ha cobrado nuestra charla, le propongo citar a otro fisiólogo, tal vez el más famoso en la historia de la medicina moderna: el doctor Claude Bernard. Pero antes me detendré un momento en un par de temas que tocamos recién muy a la pasada: la exogamia y la eugenesia. Respecto a la exogamia, el zoólogo Herbert S. Jennings, en su ensayo intitulado "Las leyes de la herencia", incluido en el libro *Aspectos científicos del problema racial*, nos explica por qué resulta tan útil a la hora de luchar contra las enfermedades hereditarias:

Cualquier gen defectuoso que esté presente no residirá en el mismo par de genes en las dos razas [que han de cruzarse]. Por tanto, en los cruzamientos entre razas, los descendientes recibirán un gen normal de un padre o de otro, en la mayor parte de sus pares de genes. Dado que el gen normal es el que suele manifestar su efecto, los descendientes del cruzamiento tendrán menos defectos genéticos que cualquiera de los progenitores. Así, los descendientes de cruzamientos de diversas razas suelen ser superiores en vigor y quizá en otras características. [...] Los datos sobre este punto no son abundantes, pero es probable que el vigor de los híbridos sea una importante y ventajosa característica del cruzamiento de razas en el hombre (p. 91).

Sin embargo, la exogamia muy lejana tendría sus contras (pp. 91-2):

Una desventaja del cruzamiento de las razas es quizá el hecho de

que algunas de ellas difieren de tal modo que la unión de sus características da lugar a combinaciones que no son armónicas. Órganos grandes de un padre pueden combinarse con órganos pequeños del otro, en una combinación falta de armonía. [...] Un cuerpo grande combinado con un corazón pequeño puede tener por consecuencia una insuficiente circulación sanguínea. Dientes grandes en un maxilar pequeño puede ser otro resultado de tales cruzamientos, dando lugar a la precoz caída de los dientes. Es evidente que en los seres humanos se presentan combinaciones faltas de armonía, pudiendo ser el resultado de estos cruzamientos entre razas muy diferentes.

Veamos ahora lo que opinan de la exogamia los señores L. C. Dunn y T Dobzhansky en su libro *Herencia, raza y sociedad* (1946), pp. 162-3:

... Al contrario de la opinión expresada con vigor por algunas personas sinceras, pero mal orientadas, una tendencia semejante [a la exogamia] no es biológicamente peligrosa. La mezcla de razas cercanas puede, inclusive, conducir a un aumento en su fortaleza.

Y esta opinión favorable la extienden también a la exogamia lejana, discrepando en este punto con Jennings:

Y en lo que respecta a las razas más separadas, no hay base para pensar que su cruzamiento origine una estimulación o degeneración biológicas. La creencia muy extendida de que los híbridos humanos son inferiores a sus dos progenitores y en cierto modo constitucionalmente desequilibrados, puede incluirse en el número de las supersticiones.

Como se ve, tanto el primer autor citado como los segundos niegan que la exogamia cercana tienda a producir individuos degenerados, y en cuanto a la exogamia lejana, discrepan sobre su poder desequilibrante. A mí me parece que la exogamia cercana es a todas luces deseable, abrigando bastantes más dudas sobre la conveniencia de la exogamia lejana. Lo que se compatibiliza perfectamente con mi apoyo al nomadismo: al ir de un país a otro a pie (no en avión ni en barco), los pueblos del futuro tendrán más posibilidades de practicar la exogamia cercana que los sedentarios pueblos actuales, y se mantendrán, merced a su pedestrismo, relativamente alejados de los cruzamientos demasiado bruscos. Esto contribuirá a equilibrar temperamentalmente a las sociedades futuras y no, como era la opinión de Dunn y Dobzhansky (p. 163), a igualar a todos los hombres entre sí "en una monótona semejanza entre miles de millones de autómatas". La fusión de temperamentos engendrará, sí, miles de millones de autómatas, pero no autómatas en el sentido vulgar del término, que es lo que son la mayoría de los hombres actuales, sino en su sentido etimológico, en el sentido de que se determinarán a sí mismos en vez de ser determinados por lo que su entorno y la moda del momento les sugieren. Si cada uno se determinase a sí mismo en lugar de estar todos determinados por un mismo patrón de normas sociales externas, es evidente que las conductas individuales serían mucho más variadas entre sí que lo que lo son ahora en cada sociedad. Y si bien las diferentes sociedades tenderían a identificarse unas con otras, no por esto los individuos que las compongan se comportarán de igual modo en todo momento. El abanico conductual, lejos de

replegarse, se extenderá como nunca.

CAMPOAMOR. --Recuerdo muy bien tu teoría del temperamento triangular: un canto a la democratización de los espíritus, al comunismo de las almas...; la rechacé como por acto reflejo. ¿Qué me querías decir, si ya terminaste con la exogamia, respecto del conflictivo tema de la eugenesia?

CORNEJÍN. --Que no sería tan conflictivo si adoptásemos el criterio de dividir a la eugenesia en positiva y negativa, aprobando la primera y rechazando la segunda por inmoral o por inútil.

CAMPOAMOR. --¿Cuál es la eugenesia positiva y cuál la negativa?

CORNEJÍN. --La eugenesia positiva es la que propicia que los individuos éticamente más desarrollados se ocupen de dejar buena cantidad de descendencia genética, o la que estudia las leyes biológicas de compatibilidad e incompatibilidad de tendencias temperamentales en relación al equilibrio temperamental del vástago producido por el cruzamiento (leyes que, al menos hasta dentro de algunos siglos, son y serán estrictamente de carácter estadístico). La eugenesia negativa, en cambio, propone la eliminación de los defectos genéticos mediante la eliminación de los individuos que los cargan, o mediante su desatención médica y social, o mediante la castración u otros métodos coercitivos que tiendan a impedir la multiplicación de estos defectos. La eugenesia positiva *propicia*; la eugenesia negativa *coacciona*: he ahí el porqué de la deseabilidad de la una y la inmoralidad de la otra. El error de Carrel fue no hacer este distinguo y apoyar por igual a las dos. La eugenesia negativa podría ser deseable sólo si se limita a disuadir a los enfermos de que se apareen con quien, probablemente, hará que sus hijos nazcan también enfermos, o a prevenir a las parejas temperamentalmente incompatibles de que sus hijos probablemente nacerán desequilibrados; pero en cuanto la sugerencia muta en imposición, la inmoralidad salta a la vista: ¿quién más enfermo, defectuoso y desequilibrado que Hitler, el modelo a imitar por los eugenistas nazis? Y aunque fuese posible y no paradójico que un individuo altamente moral se propusiese moralizar a la especie humana matando o esterilizando a los auténticos inmorales, el procedimiento sería prácticamente inútil, pues la predisposición a las enfermedades morales, al igual que la predisposición a las enfermedades corporales o mentales, viene determinada generalmente por un gen o grupo de genes que en la gran mayoría de las personas no se manifiestan conductualmente. Son defectos morales recesivos, al igual que son recesivos los defectos físicos, fisiológicos y mentales que no se manifiestan en la apariencia, ni en la fisiología, ni en la conciencia racioemotiva del individuo por más que exista la predisposición dentro de su genotipo. El sadismo, por ejemplo, según este punto de vista sería un defecto recesivo latente en muchos de nosotros, pero sólo manifiesto en aquel individuo cuyos padres poseían ambos el putrefacto gen (o grupo de genes) sin siquiera sospecharlo.

CAMPOAMOR. --Pero aunque no se pudiese eliminar el sadismo que tú llamas latente, ¿no disminuiría el sadismo con el correr del tiempo eliminando o esterilizando a los sádicos manifiestos?

CORNEJÍN. --Prácticamente, no. Se lo explicaré tomando como ejemplo el defecto corporal denominado albinismo, que es recesivo como el sadismo. En una sociedad promedio, los albinos latentes (Aa) son alrededor de 280 veces más

frecuentes en los albinos manifiestos (*aa*); hay alrededor de 1400 portadores *Aa* y sólo cinco albinos *aa* por cada 100.000 personas; esto es, alrededor de 1410 genes *a* en cada 100.000 individuos. Al esterilizar a los cinco albinos estamos eliminando 10 genes *a*, y por tanto reduciendo el número total de los mismos, en una generación, de 1410 a 1400, lo que prácticamente no significa progreso alguno para eliminar el albinismo. Se necesitarían unas 200 generaciones (alrededor de 5000 años) para reducir la proporción de albinos en la población a la mitad de la proporción actual.

CAMPOAMOR. --Eso es porque el albinismo es un defecto demasiado raro, cosa que no sucede con el sadismo. Existen cinco albinos por cada 100.000 personas, pero de esa cantidad de gente no menos de 10.000 son sádicos. Si todos estos inmorales se eliminasen de la paternidad, la frecuencia del defecto en la siguiente generación se reduciría al 10% o al 8,26%, lo que considero un avance muy significativo de la virtud por sobre el vicio en tan sólo 25 años.

CORNEJÍN. --Yo no creo que tanto así como el 10% de la población mundial sea manifiestamente sádica, pero aunque lo sea, no se trataría siempre de sadismo genético. Sólo un 15% de los ciegos lo son debido a enfermedades hereditarias de la vista; un porcentaje similar puede aplicarse a los sádicos, y entonces ya no serían 10.000 sino 1500 los eliminables, lo que disminuiría bastante la eficacia de la eugenesia, que aún sería viable... si no fuera porque dentro del concepto "sadismo" se agrupan no menos de un centenar de taras hereditarias asociadas de un modo u otro a la figura del marqués de Sade, de modo que la frecuencia de la mayor parte de ellas, aisladamente consideradas, es muy baja. "Cuando se trata de defectos debidos a genes recesivos --dicen Dunn y Dobzhansky en las pp. 109 y 110 de su citado libro--, la eficacia de la esterilización es por lo general baja. La esterilización de todas las personas afectadas sólo logra una sustancial disminución en su número en la generación siguiente cuando un defecto recesivo es muy común en la población. Cuando los defectos son raros, o causados por genes recesivos que sólo se manifiestan en algunos ambientes, o que dependen de dos o más genes recesivos, muy poco se logra, aun esterilizando a todos los defectuosos, en una sola generación. Claro está que si un programa de esterilización se continúa por muchas generaciones, el defecto llegará con el tiempo a ser menos común que al principio. Pero el proceso requerirá siglos o milenios para realizarse". "Nuestra opinión con respecto al valor de un programa semejante dependerá del cariño que sintamos por la remota posteridad, comparado con la molestia de nuestros contemporáneos. Quizá no sea demasiado egoísta decir que se debe dejar a la posteridad que haga frente a sus propios problemas, con la esperanza de que tenga para ellos mejores recursos que nosotros, recursos que en la actualidad nos parece imposible descubrir. La dificultad principal con los genes defectivos recesivos radica, como sabemos, en que los individuos que llevan una sola dosis de tal gen (heterocigóticos) no muestran defecto. Quizá en el futuro podamos distinguir a los portadores de dichos genes de las personas que están libres del gen defectivo. Si esto llegara a realizarse habría dos caminos posibles: primero, tendríamos la posibilidad de prevenir a dos portadores del mismo defecto recesivo que su matrimonio podría originar el nacimiento de hijos con el gen en duplicado y, en consecuencia, con las manifestaciones del defecto. Segundo, podríamos

esterilizar a los portadores de los defectos recesivos, los individuos Aa, y lograr así que el programa fuera realmente efectivo. Pero no debemos descartar la posibilidad de que se encuentren tratamientos que alivien, u oculten las manifestaciones de los defectos hereditarios, como la insulina alivia las manifestaciones de la diabetes hereditaria". Agregó yo que hay un detalle que no debe soslayarse, y es que los genes defectivos, por más que se los elimine con algún tipo de eugenesia negativa, seguirán apareciendo vía mutación, y con mayor celeridad cuanto más holocáusticas sean las esterilizaciones; algo así como la oscura pero innegable relación causal existente entre la cantidad de criminales libres que hay en determinada región y su cantidad de criminales presos ("esterilizados"): a mayor represión, mayor criminalidad (legal o ilegal), y a mayor eugenesia negativa coactiva, mayor cantidad de mutaciones viciosas.

CAMPOAMOR. --Y ¿qué genetista te ha dado el dato de que las enfermedades morales, cuando son debidas a la herencia, son producidas mayormente por genes recesivos?

CORNEJÍN. --Me lo dijo mi intuición. La observación y la experiencia no tienen nada que hacer en el terreno de las ideas de grandeza moral; pensé que ya le había quedado claro mi punto de vista en este particular.

CAMPOAMOR. --Lo tenía claro, pero quería ratificarlo visto y considerando que vas a citar a Claude Bernard, el más grande apologista del método experimental de investigación.

CORNEJÍN. --El método experimental es muy adecuado para el terreno de las ideas de grandor físico en el que se mueve Bernard, pero inútil en moral o estética, excepto si carecemos de intuiciones o no las percibimos definidamente: en esos casos la experiencia nos proporcionará una comprobación o refutación de nuestros principios que, no por ser inseguras, deben desdeñarse por completo. Empezaré, pues, a citar a Bernard, no sin antes, nobleza obliga, terminar con la eugenesia diciendo que los ejemplos que le suministre, tanto el de albinismo como el de la ceguera, se los robé a mis amigos Dunn y Dobzhansky de las pp. 106, 107 y 108 de su instructivo ensayo. No me acusará usted es plagio, ¿verdad?

CAMPOAMOR. --Como ya te dije, en literatura no existe el plagio. ¿De cuál de sus obras citarás a Bernard?

CORNEJÍN. --De una compilación titulada *El método experimental y otras páginas filosóficas*, que reúne diversos ensayos y anotaciones escritos entre 1858 y 1877. Empiezo con una pregunta: ¿sabe usted cuál es el principal rasgo gnoseológico que diferencia a un investigador que observa de otro que experimenta?

CAMPOAMOR. --Me gustaría saberlo.

CORNEJÍN. --Pues ahí va:

El observador debe ser el fotógrafo de los fenómenos, su observación debe representar exactamente a la naturaleza. Es preciso observar sin ideas preconcebidas; el espíritu del observador debe ser pasivo, es decir, debe callarse: escucha a la naturaleza y escribe a su dictado,

mientras que el experimentador

es aquel que, en virtud de una interpretación más o menos probable, pero anticipada, de los fenómenos observados, instituye la experiencia

de modo que suministre, en el orden lógico de sus previsiones, un resultado que sirva de control a la hipótesis o a la idea preconcebida.

El experimentador reflexiona, ensaya, plantea, compara y combina para hallar las condiciones experimentales más apropiadas al fin que se propone. Necesariamente, es preciso experimentar con una idea preconcebida. El espíritu del experimentador debe ser activo; es decir, debe interrogar a la naturaleza y presentarle problemas en todos sentidos, según las diversas hipótesis sugeridas (p. 65).

Sin embargo,

desde el momento en que se manifiesta el resultado de la experiencia, el experimentador se encuentra frente a una verdadera observación que él ha provocado, y la cual es preciso comprobar, como toda observación, sin idea alguna preconcebida. Entonces debe desaparecer el experimentador, o más bien transformarse instantáneamente en observador; y sólo después que haya comprobado los resultados de la experiencia, absolutamente como si fueran los de una observación ordinaria, volverá su espíritu a razonar, comparar y juzgar si la hipótesis experimental está verificada o invalidada por esos mismos resultados. [...] el experimentador que continúa conservando su idea preconcebida, y que sólo comprueba los resultados desde este punto de vista, cae necesariamente en error, puesto que descuida la comprobación de lo que no había previsto, y entonces hace una observación incompleta. El experimentador no debe atenerse a su idea de otro modo que como medio de solicitar una respuesta de la naturaleza. Pero debe *someter* su idea a la naturaleza y estar presto a abandonarla, a modificarla o cambiarla, según le enseñe la observación de los fenómenos que ha provocado (pp. 66-7).

Por tanto,

hay dos operaciones a considerar en una experiencia. Consiste la primera en *premeditar* y realizar las condiciones de la experiencia; la segunda en *comprobar* los resultados de la misma. No es posible instituir una experiencia sin una idea preconcebida; instituir una experiencia [...] es hacer una pregunta; jamás se concibe una pregunta sin la idea que solicita la respuesta. Considero, pues, como principio absoluto, que la experiencia debe ser instituida en vista de una idea preconcebida, importando poco que esta idea sea más o menos vaga, más o menos definida. En cuanto a la comprobación de los resultados de la experiencia, la cual no es en sí misma más que una observación provocada, establezco igualmente el principio de que debe ser hecha como cualquier otra observación; es decir, sin idea preconcebida.

Quienes han condenado el empleo de hipótesis e ideas preconcebidas en el método experimental han caído en el error de confundir la invención de la experiencia con la comprobación de sus resultados. Es cierto que es preciso comprobar los resultados de la experiencia con espíritu desprovisto de hipótesis y de ideas preconcebidas. Pero es preciso guardarse mucho de prescribir el empleo de hipótesis y de ideas cuando se trata de instituir la

experiencia o de imaginar los medios de observación. Por lo contrario, [...] se debe dar libre curso a la imaginación; precisamente, la idea es el principio de todo razonamiento y de toda invención, a ella corresponde toda iniciativa. No debe ahogársela ni rechazarla a pretexto de que pueda dañar; sólo es preciso regularla y darle un «criterium», lo cual es muy diferente (pp. 67-8-9).

En resumen,

el observador y el experimentador responden [...] a fases diferentes de la pesquisa experimental. El *observador* no razona, comprueba; el *experimentador*, por lo contrario, razona y se apoya en los hechos adquiridos para imaginar y provocar racionalmente otros. Pero si bien se puede distinguir en teoría y de manera abstracta al observador del experimentador, en la práctica parece imposible separarles, puesto que vemos cómo necesariamente el mismo investigador es alternativamente observador y experimentador (p. 70).

Y ahora escuche usted cuál es la diferencia entre un experimentador y un escolástico (p. 74):

El metafísico, el escolástico y el experimentador proceden mediante una idea *a priori*. La única diferencia consiste en que el escolástico impone su idea como una verdad absoluta que él ha hallado, y de la cual deduce después, mediante la sola lógica, todas las consecuencias. El experimentador, más modesto, propone su idea como una pregunta, como una interpretación anticipada de la naturaleza y más o menos probable, de la cual deduce lógicamente consecuencias que confronta a cada instante con la realidad por medio de la experiencia. Camina así de las verdades parciales a verdades más generales, pero sin tener jamás la pretensión de poseer la verdad absoluta. Esta, en efecto, si se poseyera sobre un punto cualquiera, se poseería en todo lo demás, pues lo absoluto no deja nada fuera de sí.

CAMPOAMOR. --La metodología escolástica, a pesar de lo que Bernard creía, no estaba tan lejos de la metodología experimental.

CORNEJÍN. --Metodología ésta que, según Bernard, representa el último escalón evolutivo del hombre hacia la búsqueda de la verdad:

En los diversos períodos de su evolución, el espíritu humano ha pasado sucesivamente por el *sentimiento*, la *razón* y la *experiencia*. Primeramente el sentimiento, imponiéndose sólo a la razón, crea las verdades de la fe, es decir la teología. La razón o la filosofía, llegando a ser después la señora, da a luz la escolástica. En fin, la experiencia, es decir el estudio de los fenómenos naturales, enseñó al hombre que las verdades del mundo exterior no se encuentran formuladas de buenas a primeras en el sentimiento ni en la razón. Solamente son nuestras guías indispensables; pero, para obtener esas verdades, es absolutamente preciso descender a la realidad objetiva de las cosas, donde se encuentran ocultas bajo su forma fenoménica (p. 75).

CAMPOAMOR. --¿Qué es, pues, una hipótesis para Bernard?

CORNEJÍN. --Una hipótesis es el punto de partida necesario de todo razonamiento experimental. Sin ella no se podría hacer ninguna investigación ni instruirse; sólo se podrían acumular observaciones estériles.

Pero cuidado, porque estas ideas experimentales

no son innatas. No surgen espontáneamente; precisan una ocasión, un excitante exterior, como sucede en todas las funciones fisiológicas. Para tener una primera idea de las cosas, es preciso comenzar por verlas; para tener una idea acerca de un fenómeno de la naturaleza, es preciso ante todo *observarle*. El espíritu del hombre no puede concebir un efecto sin causa, de modo que la visión de un fenómeno siempre despierta en él la idea de causalidad. Todo conocimiento humano se limita a remontarse de los efectos observados a su causa. Después de la observación, se presenta al espíritu una idea relativa a la causa del fenómeno observado; a continuación se introduce esta idea anticipada en un razonamiento, en virtud del cual se hacen experiencias para controlarla.

Lo que Bernard insiste a toda costa en aclarar, es que

la idea experimental no es arbitraria ni puramente imaginaria; siempre debe tener un punto de apoyo en la realidad observada, es decir en la naturaleza. La hipótesis experimental, en una palabra, siempre debe estar fundada en una *observación* anterior. Otra condición esencial de la hipótesis es que sea tan probable como posible, y que sea verificable experimentalmente. En efecto, si se hiciera una hipótesis que no pudiera verificar la experiencia, se saldría por ello mismo del método experimental para caer en los defectos de los escolásticos y de los sistemáticos (pp. 83-4).

CAMPOAMOR. --¿Niega de plano todo tipo de intuición?

CORNEJÍN. --Según lo escrito en la p. 86, no:

La idea experimental resulta de una especie de presentimiento del espíritu, el cual juzgará que las cosas deben suceder de determinada manera. Puede decirse, bajo este aspecto, que tenemos en el espíritu la intuición o el sentimiento de las leyes de la naturaleza, aunque sin conocer su forma. Sólo la experiencia puede enseñárnosla.

Y lo que afirma en la p. 111 aumenta la ambigüedad:

Me parece que existe sólo una única forma de razonamiento: la *deducción* por silogismo. Nuestro espíritu, aunque lo intentara, no podría razonar de otro modo [...]. Pero, para hallar la verdad científica, en el fondo importa poco saber cómo razona nuestro espíritu; basta con dejarle razonar naturalmente, y en este caso siempre partirá de un principio para llegar a una conclusión.

Pero ¿de dónde salen estos principios? Si no nacen debido a razonamientos intuitivos, entonces deben ser principios apriorísticos, independientes de la experiencia... Me extraña sobremanera este desprecio que aquí manifiesta Bernard por la inducción. Sin inducción, no hay ciencia experimental. En el campo de las ideas de grandor físico, todo razonamiento comienza inductivamente. Se va

de lo particular a lo general; y una vez que se descubren los principios básicos, ahí sí se razona por deducción. Es raro que Bernard no asimilara el sistema de lógica de Stuart Mill: estaba hecho a su medida (24).

CAMPOAMOR. --Y esos principios, ¿son tan relativos como su veracidad?

CORNEJÍN. --De ningún modo.

Si bien las verdades experimentales que sirven de base a nuestros razonamientos están envueltas en la compleja realidad de los fenómenos naturales, que sólo se nos aparecen fragmentariamente, estas verdades experimentales no dejan de reposar en principios que son *absolutos*, puesto que, como los de las verdades matemáticas, se dirigen a nuestra conciencia y a nuestra razón. [...] la experiencia no hace otra cosa que mostrarnos la forma de los fenómenos; pero la relación del fenómeno a una causa determinada es necesaria e independiente de la experiencia, es forzosamente matemática y absoluta. Llegamos así a ver que el principio del «criterium» de las ciencias experimentales es, en el fondo, idéntico al de las ciencias matemáticas, puesto que, tanto de una parte como de otra, este principio está expresado por una relación necesaria y absoluta de las cosas (pp. 119-20).

CAMPOAMOR. --Coincido, siempre y cuando nos limitemos al terreno de las ideas de grandor físico y dejemos de lado el mundo de las motivaciones.

CORNEJÍN. --Las motivaciones, y en esto concuerdo con Bernard, están tan absolutamente determinadas como los eclipses.

La mente razona siempre en toda iniciativa, y aunque parezca que hacemos algo sin motivo, una lógica instintiva dirige nuestro espíritu. Sólo que no nos damos cuenta de ello por una razón muy sencilla: que se razona antes de saber y decir que se razona, de igual modo que se habla antes de saber que se habla, y se ve y oye antes de saber que se ve y oye... (p. 145).

La diferencia entre las ideas de grandor físico (extensas) y las de grandeza moral (intensas) no radica, como usted supone, en que las primeras obedecen al determinismo de las leyes naturales y las segundas al indeterminismo del albedrío humano, sino en que, en el mundo extenso, rige el determinismo algebraico, mientras que en el mundo intenso rige el determinismo lógico. Y esta lógica y esta álgebra se compatibilizan a través del abarcador concepto de *causalidad racional* (o *razón causal*, depende de qué lado se lo mire).

CAMPOAMOR. --Eso no es otra cosa que un encubierto reduccionismo.

CORNEJÍN. --¿Por qué encubierto? Tanto Bernard como quien le habla somos reduccionistas y a mucha honra:

Hay un acuerdo íntimo, un estrecho enlace de los fenómenos físicos y químicos con los fenómenos vitales. Es un paralelismo perfecto, una necesaria unión armónica...

Pero aun

admitiendo que los fenómenos vitales se vinculan a las manifestaciones fisicoquímicas, [...] no queda por ello aclarada la cuestión de su esencia; pues no es encuentro fortuito de fenómenos fisicoquímicos lo

que informa a cada ser según un plan y un designio previsto y fijado de antemano, ni suscita la admirable subordinación y el armonioso concierto de los actos de la vida (p. 173).

Ser reduccionista no significa creer en el azar; más bien todo lo contrario. Ni significa negar el vitalismo, como bien lo aclara Bernard en la p. 174:

Hay como un designio preestablecido de cada ser y de cada órgano, de suerte que si cada fenómeno de la economía, considerado aisladamente, es tributario de las fuerzas generales de la naturaleza, tomado en sus relaciones con los demás revela un lazo especial, parece dirigido por algún guía invisible en el camino que sigue y el lugar que ocupa.

Sin embargo la observación no nos enseña más que esto: nos muestra un plan orgánico, pero no una intervención activa de un principio vital. La sola fuerza vital que podríamos admitir no sería más que una especie de fuerza legisladora, pero en modo alguno ejecutiva.

Para resumir nuestro pensamiento, podríamos decir metafóricamente: la fuerza vital dirige fenómenos que no produce; los agentes físicos producen fenómenos que no dirigen.

Aquí discrepo con Bernard: para mí la fuerza vital, además de dirigir, produce. Lo que Bernard llama "agentes físicos" son para mí la objetivación de los deseos de la mal llamada materia inanimada, que ama y odia con menor intensidad pero según el mismo principio que el que afecta a los seres organizados.

CAMPOAMOR. --Sí, ya estoy al tanto de tu empedocliano hillozoísmo. Pero dime: a fin de cuentas, ¿cree Bernard en la teleología? ¿Cree Bernard en Dios?

CORNEJÍN. --Bastante.

La causa final se confunde con la causa primera. Los mundos creados obran de manera inconsciente; pero, quizá, por encima de esos mundos habitados, hay un ser consciente general, una conciencia suprema: es Dios, la luz universal que regula todo o que todo lo ha reglado (p. 184).

CAMPOAMOR. --No se puede creer "bastante" en Dios: o se cree, o no se cree. Decir que alguien cree bastante en Dios es como decir que tal sujeto está bastante muerto, o que aquella mujer está un poquito embarazada...

CORNEJÍN. --¿Y qué será entonces de aquellos que dudan, como Bernard y yo?

CAMPOAMOR. --La fe tiene que ser ciega y dogmática si quiere llamarse fe: dudar es igual a no creer. Dios tenga misericordia de vosotros los incrédulos, de los que le niegan a Él o al albedrío que con tanto amor nos obsequió. Porque Bernard negaba el libre albedrío, ¿no?

LIMPIO CORNEJÍN. --¡Ay, si yo lo supiera...! Juzgue usted, si es capaz de hacerlo:

El *determinismo absoluto* de los fenómenos, del cual tenemos conciencia *a priori*, es el único «criterium» o el único principio que nos dirige y sostiene.

La admisión de un hecho sin causa, es decir indeterminable en esas condiciones de existencia, no es ni más ni menos que la negación

de la ciencia. De suerte que en presencia de tal hecho, el sabio jamás debe vacilar; debe creer en la ciencia y dudar de sus medios de observación, intentando salir de la oscuridad por su propio esfuerzo; pero jamás ocurrírsele la idea de negar el *determinismo* absoluto de los fenómenos, porque es precisamente el sentimiento de este determinismo lo que caracteriza al verdadero sabio (pp. 121-2).

Entre los naturalistas, y sobre todo entre los médicos, se encuentran hombres que, en nombre de lo que llaman vitalismo, emiten [...] las ideas más erróneas. Piensan que el estudio de los fenómenos de la materia viva no puede tener ninguna relación con el estudio de los fenómenos de la materia bruta. Consideran la vida como una influencia misteriosa y sobrenatural que actúa arbitrariamente liberándose de todo determinismo, y tachan de materialistas a quienes se esfuerzan en reducir los fenómenos vitales a condiciones orgánicas y fisicoquímicas determinadas. Son estas ideas falsas y no fáciles de extirpar, una vez que han adquirido derecho de vecindad en un espíritu; sólo los progresos de la ciencia las harán desaparecer. Pero las ideas vitalistas, tomadas en el sentido que acabamos de indicar, no son otra cosa que una especie de superstición médica, una creencia en lo sobrenatural. [...] el sentimiento del determinismo absoluto de los fenómenos vitales [...] es el único al cual la ciencia debe todos sus progresos.

Tanto en los cuerpos vivos como en los cuerpos brutos, las leyes son inmutables y los fenómenos regidos por estas leyes están necesariamente ligados a condiciones de existencia mediante un determinismo necesario y absoluto.

... Digo que la palabra *excepción* es anticientífica; en efecto, desde el momento en que son conocidas las leyes, no puede haber en ellas excepciones, y esta expresión, como tantas otras, sólo sirve para hablar de cosas cuyo determinismo ignoramos. [...] lo que en la actualidad se llama excepción es simplemente un fenómeno del cual son desconocidas una o varias condiciones, y si las condiciones de los fenómenos de que se hable fueran conocidas y determinadas, ya no habría excepciones, tanto en medicina como en cualquier otra ciencia (pp. 134 a 7).

El mundo psíquico no es independiente del mundo fisicoquímico; es un hecho de experiencia siempre comprobada. Para manifestarse, los fenómenos del alma necesitan condiciones materiales exactamente determinadas; por esto aparecen siempre de la misma manera, según *leyes*, y no de forma arbitraria y caprichosa, al azar de una espontaneidad sin reglas... (p. 176).

El determinismo, por tanto, no es más que la afirmación de la ley, por doquier y por siempre, y *hasta en las relaciones de la física y la moral* (p. 177).

Esto último lo subrayé yo.

CAMPOAMOR. --Atendiendo a lo citado, y sobre todo a las últimas dos citas, tengo que concluir que Bernard, sin ninguna duda, era determinista.

CORNEJÍN. --Yo también había concluido eso... hasta que leí, en la p. 177,

que

la ley del determinismo fisiológico no puede entorpecer la libertad moral.

CAMPOAMOR. --No entiendo.

CORNEJÍN. --Yo se lo explico. Los grandes científicos como Bernard saben que si se prescinde de la hipótesis determinista, la ciencia pierde seriedad y credibilidad, pero también saben que negando la libertad moral subvierten el orden establecido por el *statu quo*, teniendo entonces que atenerse a las consecuencias de este quebrantamiento. Hay científicos, como Einstein por ejemplo, a los que su amor por la verdad (o por el rigorismo lógico) les impide caer en la insultante contradicción de ser deterministas y albedristas a la vez, bancándose como hombres hechos y derechos que son las antipatías que una ideología tal hace aflorar en las sociedades supersticiosas y vengativas. Pero hay otros científicos, tan grandes como Einstein en el terreno extenso de las ideas de grandor físico pero mucho más pequeños en el terreno intenso de las ideas de grandeza moral, que, casi siempre inconscientemente, buscan mantenerse a salvo tanto de la ortodoxia científica como de la ortodoxia político-religiosa. Son los demagogos de la ciencia, los diplomáticos del saber; los que quieren conformar a todos, los que a toda costa evitan cualquier tipo de choque, porque su chapa se abolla con tanta facilidad como la de los autos modernos. Claude Bernard fue un gran científico, pero un modesto, muy modesto, pensador, porque para ser un buen pensador hacen falta, además de observaciones, reflexiones y experimentaciones, intuiciones, y para percibir intuiciones hace falta ser una buena persona, la cual nunca redactaría una apología de la vivisección zoológica (p. 52) ni se solazaría poniendo curare debajo de la piel de ranas, pájaros y "mamíferos" (pp. 142-3). ¿Habrá incluido Bernard entre los mamíferos que envenenó a algún aldeano perdido del que nadie diera cuenta? De seguro que sí si se le presentó la oportunidad; siempre, claro está, en nombre de la Santa ciencia experimental y en pro del bienestar futuro de la humanidad... ¡Vade retro, determinista zigzagueante! ¡Vade retro, torturador de animales! ¡Hasta nunca, dios pagano de los laboratorios farmacéuticos, azote de los conejos ciegos, de los monos cancerosos y de las ratas con sida! ¡Vete de mis pensamientos, sádico con licencia! ¡Vete, vete!...(25)

CAMPOAMOR. --He notado que te apasionas con singular vehemencia y que te vuelves harto susceptible cuando defiendes la causa determinista. ¿A qué se debe?

CORNEJÍN. --A que es la idea madre de mi física, de mi metafísica, de mi ética y de mi estética, es decir, de mi filosofía toda, y a que me repugnan las inconsecuencias lógicas, sobre todo cuando son cometidas por gentes como Bernard, que blasonan de ser altamente lógicas y respetuosas del método deductivo para luego burlarse de toda lógica y deducción extrayendo la hipótesis del libre albedrío desde algún paralógico sistema de pensamiento del que no nos suministran mayores informaciones. Puestos a ser albedristas, debemos serlo desde lo más íntimo de nuestros principios y convicciones; debemos ser albedristas a todo trance, tal como lo es usted. Pero eso de basar nuestra ciencia y nuestra epistemología en el determinismo para luego afirmar, medio a la pasada, que uno a pesar de todo cree en la libertad moral..., eso me da ganas de insultar

de arriba abajo a ese trencito que tan fácilmente cambia de vía cuando la que transita se le antoja demasiado peligrosa. Y es que el tren del determinista consecuente necesariamente va vacío. Por eso va tan rápido y tan despreocupado de los salteadores, y por eso en cada estación abre de par en par las puertas de sus vagones para que todos los linyeras y vagabundos que quisieren viajar en él lo hagan sabiendo que ningún guarda les pedirá boleto, que ningún policía los meterá presos por considerarlos responsables del delito de "turismo furtivo". El tren del libre albedrío está lleno de polizontes, el mío está lleno de polizones.

CAMPOAMOR. --¿Tienes en mente algún otro determinista inconsecuente que desees citar?

CORNEJÍN. --Ya que lo menciona, sí. Se trata del doctor Luis Ruiz de Gopegui, español como usted, que en 1982 escribió un ensayo titulado *Cibernética de lo humano*, que pretende ser una gran apología del determinismo dejando intacta, sin embargo, la idea de responsabilidad moral.

CAMPOAMOR. --¿No será que este compatriota creía, como yo, en el determinismo de las ideas de grandor físico y en el indeterminismo de las ideas de grandeza moral?

CORNEJÍN. --No, o al menos no lo manifiesta en ninguna parte de su libro. Para él, el centro de cómputos de las ideas morales, la mente humana, trabaja de manera tan mecánica como cualquier lavarropas:

Al analizar mediante la cibernética los procesos mentales más importantes, se experimenta una desagradable sensación, pues este análisis pone claramente de manifiesto el carácter mecanicista de la mente humana, y el hecho de comprender que «todo» lo que hay en el ser humano puede finalmente reducirse a una máquina resulta ciertamente descorazonador. El desencanto proviene fundamentalmente de la educación marcadamente antropocentrista que hemos recibido y que nos ha llevado a encumbrarnos ingenuamente en un centrismo inexistente. Se trata tan sólo de una nueva desilusión, comparable a la que el hombre sufrió al descubrir que era descendiente directo del reino animal. Ante el asombro y el desencanto de los descubrimientos de Darwin, el antropólogo francés del siglo pasado Paul Broca exclamaba: «¡Prefiero ser una máquina casi perfecta a un dios degenerado! (p. 25).

CAMPOAMOR. --¿Tú piensas, como él, que sólo somos una máquina?

CORNEJÍN. --Somos máquinas, pero máquinas que responden no a las leyes físicas, como los lavarropas o las computadoras, sino a las leyes naturales, que son ora físicas, ora metafísicas. Yo no adhiero al mecanicismo, sino al metamecanicismo. En esa misma página dice Ruiz que

cuando conceptos como conciencia, voluntad, libre albedrío, etc., ampliamente debatidos por los filósofos desde hace siglos, se estudian con ayuda de la cibernética, su interpretación resulta desconcertantemente sencilla, lo que inclina a cierta incredulidad. Este es un hecho muy frecuente. Al comprender el «mecanismo» de cualquier fenómeno, su explicación resulta asombrosamente simple.

Yo no creo que la cibernética pueda explicar la totalidad de los procesos mentales,

sino sólo aquellos que se circunscriben al terreno de las ideas de grandor físico. Refiriéndose a las computadoras, dice Ruiz en la p. 29 que

lo asombroso de estas máquinas [...] es que en realidad sólo saben contar, operación muy elemental en la que fundamentan todas las demás, por complejas que sean. Por esto, cabe preguntarse: ¿será el hecho simple de contar la unidad de acción del pensamiento racional?

Yo le respondo que sí, pero que las computadoras sólo cuentan cantidades extensivas, mientras que la mente cuenta, además, cantidades intensivas. Careciendo de intuición y de sentimientos, las computadoras están impedidas de ingresar al terreno de las ideas morales y de sopesar las cantidades cualitativas que allí se manejan.

CAMPOAMOR. --Desásname un poco, que yo no he vivido en el siglo de los ordenadores: ¿pueden estos artefactos tomar decisiones como las que toma constantemente cualquier cristiano?

CORNEJÍN. --Creo que sí, y en esto coincido con Ruiz (p. 30):

Decidir, en muchas ocasiones, es una operación racional relativamente elemental que puede reducirse en último término a elegir entre dos alternativas, a las que previamente se han asignado unos «pesos» determinados, resultando entonces equivalente a la comparación de dos números.

Cuando nosotros dudamos sobre hacer tal o cual cosa para luego decidirnos por una de las opciones, de ningún modo puede decirse que apelamos a nuestro libre albedrío para resolver la cuestión: la duda sólo representa el tiempo que nuestra mente necesitó para tomar conciencia del fatal designio, tal como una calculadora, cuando le imponemos un cálculo extenso, se toma varios segundos para responder, sin que por esta demora creamos que la calculadora está eligiendo su respuesta entre dos o más alternativas. Y el dato extra que aporta la intuición mental tampoco quiebra el determinismo: el designio (o el resultado) existe siempre de antemano, sea que lo calculemos álgebraica, lógica o metafísicamente, y aunque tardemos años en decidirnos (o en despejar las incógnitas).

CAMPOAMOR. --¿Qué entiendes tú por libre albedrío?

CAMPOAMOR. --Más o menos lo mismo que Ruiz (p. 49):

El libre albedrío es la facultad por la que nuestros actos conscientes y deliberados deberían originarse dentro de nosotros mismos con una cierta espontaneidad.

Pero el libre albedrío, tanto para él como para mí, es una ilusión, pues

si realmente existiera ese libre albedrío, donde más claramente tendría que manifestarse sería en el acto fundamental de decidir; ahora bien, las máquinas electrónicas, que sin ningún género de dudas no poseen, ni pueden poseer, libre albedrío, deciden o van a decidir como lo hace el hombre. Luego es evidente que para tomar una decisión no se requiere el libre albedrío.

CAMPOAMOR. --Nos estamos desviando del tema central. ¿Está el hombre, según Ruiz, fatal y absolutamente determinado en todos y cada uno de sus actos?

CORNEJÍN. --Definitivamente, sí.

El hombre, al tener un cuerpo físico, está necesariamente inserto en el mundo material, y, por tanto, sus actos quedan estructurados por el *determinismo* causal que establece que: todo lo que ocurre está absolutamente determinado por condiciones antecedentes o contemporáneas y jamás hubiera podido suceder en forma distinta (p. 49).

CAMPOAMOR. --¿Y entonces por qué resulta tan difícil predecir la conducta de las personas?

CORNEJÍN. --Por la misma, o parecida razón, que les dificulta a los físicos cuánticos predecir el movimiento de los electrones.

Los físicos modernos [...] aseguran que existe una imposibilidad formal de conocer simultáneamente y con precisión la posición y la velocidad de un electrón, [...] lo único que podremos determinar será la *probabilidad* de que se encuentre en un cierto lugar.

Pues bien, en el campo de la psicología ocurre algo muy parecido. Como se ha dicho, los deterministas afirman que todos los actos del hombre son consecuencia inevitable de agentes internos o externos. Ahora bien, esos actos no pueden ser previstos, pues la influencia de los citados agentes no puede ser «medida», ni por el hombre ni por sus máquinas. Y, así, lo único que está a nuestro alcance es la probabilidad de una cierta reacción o comportamiento (*probabilismo psíquico*) (p. 51).

En la página siguiente figura la conclusión, a la cual personalmente suscribo siempre y cuando se remplace "leyes del mundo físico" por "leyes del mundo natural":

Nuestros actos están inexorablemente determinados por las leyes del mundo físico al que pertenecemos, pero nadie, ni aun nosotros mismos, puede llegar a conocer con certeza cuál va a ser el resultado de una de nuestras acciones, hasta su materialización en algo concreto. Sin embargo, estará al alcance de cualquier especialista el determinar la probabilidad de esas posibles reacciones.

Vivimos, pues, bajo un *determinismo indeterminado*, tanto psíquico como físico.

En definitiva,

el hombre no crea sus propias actuaciones, sino que las descubre, y esto, ingenuamente, le hace erigirse en su autor. Es algo así como viajar por parajes nunca visitados y participar activamente en su descubrimiento. Los escenarios naturales que vamos encontrando son únicos y determinados, y nunca podrían haber sido diferentes, pero para el que los descubre constituyen una novedad imponente, y eso le hace pensar que son sus paisajes, y pretende, sin darse cuenta, erigirse dueño inmaterial de ellos (pag. 53).

CAMPOAMOR. --Bien se ve que hasta aquí este sujeto no ha dicho más que disparates, pero son disparates lógicos, se deducen unos de otros. ¿Dónde están las inconsecuencias que me prometiste, las ambigüedades determinísticas que tan

a maltraer tuvieron a Carrel y a Bernard?

CORNEJÍN. --No se esponje, que ya vienen. Por lo pronto, aquí va un error en el que usted también cayó al catalogar al determinismo como "tumba de todo amor":

Para odiar es preciso al menos admitir cierta voluntariedad en los actos de la persona odiada. No tiene sentido odiar al que involuntariamente nos hace daño. Desgraciadamente, es muy posible que, por estas mismas razones, el hombre del mañana llegue también a dejar de amar (p. 56).

Este tema ya se lo aclare hace unas horas, y por el momento no se me ocurre nada nuevo que agregar a mi anterior alegato.

CAMPOAMOR. --¿Y cómo explica el señor Ruiz el *sentimiento* inconfundible que percibimos sobre la libertad de nuestras decisiones?

CORNEJÍN. --

En mi opinión, esta percepción es sólo un espejismo. En efecto, como el sujeto que decide es *consciente*, va percibiendo cada uno de los detalles del proceso *causal* de elaboración de información que tiene lugar en su cerebro. Este proceso, aun a pesar de ser causal, es desconocido para el individuo que lo va desarrollando; es decir, él no puede determinar de antemano cómo terminará. Pero aún hay más: cuando la *deliberación* ha concluido, el sujeto consciente, sin pararse a pensar en la causalidad de lo que está ocurriendo, comprende que *quiere hacer* aquello que causalmente ha resultado de esa deliberación, y «decide» hacerlo, para lo cual ejecuta automáticamente la correspondiente *volición*. Y es aquí precisamente donde aparece el *espejismo*. El individuo quiere hacer algo, siente deseos de hacerlo y lo hace, y al hacerlo se siente libre porque ha *hecho lo que quería*. Pero, evidentemente, lo que quería hacer estaba totalmente *condicionado* por agentes no controlados ni controlables por él, y, por tanto, lo que ha hecho ni es *espontáneo* ni tampoco *incondicionado*, sino totalmente determinado por las circunstancias en que se encontraba sumido. Todo lo ocurrido en la serie de procesos analizados, que le han conducido a la ejecución de ese hecho, es *causal*, sin que valga la pena discutir ahora si las causas que originan esos procesos son puramente *deterministas* o de *carácter probabilístico* (estadísticamente deterministas), lo cual no cambia para nada el hecho fundamental de que la «voluntad» del individuo nunca pueda llegar a ser la que controle realmente la decisión a tomar (p. 100).

CAMPOAMOR. --A pesar de todos estos argumentos existe una verdad incontrovertible, y es que el hombre, por encima de todo razonamiento lógico, se *siente libre* mientras actúa.

CORNEJÍN. --Aquí, como bien dice Ruiz en la p. 101, **nos encontramos ante una situación frecuente en la naturaleza; fijémonos, por ejemplo, en el siguiente caso: no hay duda de que la tierra se mueve a gran velocidad por el espacio interplanetario, pero el hombre se siente inmóvil sobre la superficie que pisa y eso es lo que**

cuenta para él. La libertad como facultad del hombre es un fenómeno que no existe en la naturaleza determinista (o probabilista) de la que formamos parte, pero al hombre le basta con sentirse libre. Y esto nos permite descubrir la verdadera naturaleza de la libertad, que no hay que entenderla como facultad, sino tan sólo como sentimiento. El hombre es tan carente de libertad como lo son los árboles o las piedras, pero él, a través de su conciencia, se siente libre, mientras que los otros elementos de la naturaleza carecen de ese sentimiento.

Campoamor.--¿Cree Ruiz que este sentimiento, y todos los demás, incluido el sentimiento amoroso, derivan pura y exclusivamente de las propiedades físicas y químicas que posee la materia que nos constituye?

CORNEJÍN.--Así es; y así lo expresa, con claridad inapelable, en las pp. 167-8:

Existen razones fundadas para suponer que el Universo en el que nos encontramos es reduccionista, aunque una parte de los filósofos y científicos actuales piensen lo contrario.

Por mi parte, también creo en la reductibilidad de todos los procesos, pero no a leyes físicas, sino a leyes metafísicas.

Hoy día, reducido lo biológico a lo físico, los emergentistas o antireduccionistas se agarran, como única salvación posible, a la conciencia, que consideran irreductible a la física. Tampoco parece que este asidero durará mucho tiempo, pues la interpretación del fenómeno de la conciencia en base a mecanismos cibernéticos está más cerca de lo que se cree (p. 169).

Yo creo que buena parte de la conciencia puede explicarse mediante puras leyes físicas, pero siempre quedará una porción inexplicada --la porción mejor-- si no se recurre al ontologismo. Mi pirámide de reducción tiene en su base la metafísica y en su pináculo la ética, estando entre medio de éstas las demás ciencias, entre las cuales destacan, de abajo hacia arriba, la lógica, la matemática, la física, la química, la biología, la psicología, la sociología y la estética.

CAMPOAMOR.--¿Quieres decir que, por ejemplo, los principios éticos son reducibles a principios estéticos?

CORNEJÍN.--Sí señor. Y los principios estéticos pueden reducirse a principios sociológicos, o psicológicos, o biológicos... Pero tenga siempre presente que la base de todo es la metafísica, y por lo tanto los principios sociológicos, biológicos, etc., no se reducen a los postulados nacidos de la observación del mundo físico; son bastante más complejos. Toda ciencia, y en especial la que se ocupa de ideas morales, tiene su cuota de ontología, y toda ley o principio científico basado sólo en la física será inexacto, porque tarde o temprano será refutado por una ley paralela o contenedora que incluya la causación metafísica.

CAMPOAMOR.--Y estas leyes metafísicas, ¿en qué lenguaje serán plasmadas?

CORNEJÍN.--¡Qué sé yo! Pero seguramente no responderán al lenguaje aritmético que se emplea en las ideas de grandor físico. No responderán ni siquiera a la lógica, sino a una especie de metalógica de la que no tengo mayores datos. Pero ahora preste atención, que aquí se desbanda el señor Ruiz:

Se dice que un hombre es responsable de un acto realizado por él cuando tiene capacidad para conocer y aceptar las consecuencias que de dicho acto puedan derivarse (pp. 183-4).

Aquí nos da Ruiz la definición *jurídica* de lo que significa la responsabilidad, como si estuviésemos entablando un pleito en los tribunales en vez de estar discutiendo sobre cuestiones filosóficas. Bien sabemos lo que los jueces entienden por responsabilidad, pero lo que nos interesa es la opinión de la filosofía, y para ella una persona es responsable de las consecuencias de un determinado acto *si y sólo si era posible que no lo realizase o que lo realizase diferentemente de como lo hizo*. Esto último es rotundamente negado por todo determinista: no se puede hacer otra cosa que la que se hace. Luego, si existe el determinismo estricto, la que no existe ni podría existir es la responsabilidad moral, así de simple. "Algunos afirman --continúa Ruiz en el mismo párrafo-- que para ser «plenamente» responsable hace falta, además de lo anterior, actuar *voluntariamente* o, mejor dicho, con *libertad*. Esto último podrá parecer claro y evidente, pero no lo es. En efecto, cuando el conductor del automóvil se duerme y atropella a una persona, es responsable ante la sociedad del hecho *involuntario* de haberse dormido". ¡Y vuelta al terreno de los leguleyos! ¿Qué me importa, a mí y a la filosofía, lo que opina el colegio de abogados respecto de la conducta del conductor? La cuestión, filosóficamente hablando, se reduce lo siguiente: ¿pudo el conductor, en las circunstancias exactas en que se durmió, no dormirse? Si pudo no dormirse, es responsable de dormirse y del atropello, pero si no podía no dormirse, ¿en dónde está la responsabilidad?

CAMPOAMOR. --Tal vez no pudo no dormirse, pero sí pudo no tomar ese litro de vino que se tomó antes de ingresar al vehículo o lo que fuere que hizo o no hizo que determinó que se durmiera.

CORNEJÍN. --Ese argumento está bien para un albedrista como usted, pero para un determinista como Ruiz no sirve: la toma o no toma de vino, para nosotros, estaba tan determinada como la dormida. La definición que da Ruiz del individuo responsable, que la da evidentemente para evitar que la venganza de la justicia legal quede deslegitimada por el determinismo, es incorrecta no sólo filosófica, sino también jurídicamente. Por ejemplo: atamos a un sujeto y lo colocamos al borde de un precipicio. Luego atamos a otro a una silla y lo sentamos a centímetros del que tambalea frente al abismo. Para asegurarnos de que el individuo sentado *tiene capacidad para conocer y aceptar las consecuencias* del acto que está a punto de realizar, le describimos la relación causa-efecto en forma simple y cruda: "Si pateas a este sujeto, el sujeto rodará por el barranco y se romperá la crisma. ¿Entendiste?" Ante la respuesta afirmativa, procedemos a golpear una de sus rodillas con un pequeño martillo, activando así un movimiento reflejo que da lugar a la patada que desestabiliza y hace puré al otro sujeto. Según la definición de Ruiz, el pateador es responsable del delito de homicidio y merece ser execrado, encarcelado, torturado, ajusticiado, cremado y arrojado a la letrina más inmundada.

CAMPOAMOR. --¡De ningún modo!

CORNEJÍN. --¿Por qué? ¿No fue él quien lo pateó?

CAMPOAMOR. --Lo pateó su pierna, pero no él.

CORNEJÍN. --¿La pierna no es parte de él?

CAMPOAMOR. --Sí, pero él no deseaba patearlo.

CORNEJÍN. --La definición de Ruiz no contempla los deseos, habla solamente de actos realizados por alguien.

CAMPOAMOR. --No juegues con la semántica: se sobrentiende que habla de actos deseados por el que los realiza.

CORNEJÍN. --¿Ah sí? ¿Y entonces por qué considera responsable al conductor que se durmió? ¿Acaso deseaba dormirse?

CAMPOAMOR. --Bien, vamos por otro lado. El conductor *sabía* que si se dormía podía matar a alguien, y a la vez *aceptaba* este riesgo cada vez que subía a su auto. En cambio el pateador, si bien *sabía* que si daba la patada el otro podía morir, *no aceptaba* este riesgo, y por eso no es responsable.

CORNEJÍN. --¡Bueno, bueno!: ahora el que juega con la semántica es usted... Desde el preciso momento en que me dispongo a conducir un auto, acepto la posibilidad de que pueda dormirme y matar a alguien; y asimismo, desde el preciso momento en que comprendo que vivo en un mundo repleto de cretinos y dementes, acepto la posibilidad, por remota que sea, de que alguien me ate a una silla y me obligue a patear a un tercero para precipitarlo al vacío. Si, comprendiendo este riesgo, no lo acepto, entonces debo suicidarme o al menos cortarme las piernas; si no, implícitamente lo estoy aceptando, y entonces soy responsable del asesinato.

CAMPOAMOR. --Está claro que el conductor es responsable del acto de manejar con sueño, pero ¿de qué acto es responsable el pateador?

CORNEJÍN. --Es responsable... del acto de vivir sin amputarse las piernas. Todo esto es un disparate, pero se deduce con bastante claridad de la definición que del hombre responsable nos suministra el doctor Ruiz.

CAMPOAMOR. --Voy a suponer por un momento, y sólo por un momento, que ninguna persona es responsable de sus actos. En una sociedad así, premiar o castigar las acciones buenas o malas sería totalmente inmoral, ¿verdad?

CORNEJÍN. --Sería inmoral toda vez que dichos premios y castigos empeorasen el carácter del premiado y del castigado. Pero no sé para qué se puso usted en determinista, si esto vale tanto para esta hipótesis como para el albedrío.

CAMPOAMOR. --Y ¿cuándo sucede que los premios y los castigos pervierten el carácter?

CORNEJÍN. --Casi siempre, con excepción de los niños menores de diez años. A ellos el castigo ante una mala acción y el premio ante una buena los equilibra temperamentalmente, con la condición de que el castigo no sea físico y el premio no sea material. Pasada esa edad, los premios y los castigos rara vez equilibran a un sujeto; o lo desequilibran más de lo que está, o no modifican en absoluto su caracterología pero sí su balanza hedonista, y en favor del dolor en la gran mayoría de los casos.

CAMPOAMOR. --¿Y a qué se debe la diferencia de efectos entre los niños y los adultos?

CORNEJÍN. --Supongo que algo tiene que ver la plasticidad temperamental de los infantes, que luego se va perdiendo. ¿Sabía usted que los gatos que son acariciados con asiduidad durante sus primeras seis semanas de vida se tornan mimosos y buenos compañeros del hombre cuando adultos, mientras que los

negados a las caricias y al contacto humano se vuelven ariscos y solitarios?

CAMPOAMOR. --¿Y qué concluyes de esto?

CORNEJÍN. --Nada. Es un dato que me pareció interesante.

CAMPOAMOR. --¿El temperamento de los adultos no puede ser corregido como el de los niños?

CORNEJÍN. --Al niño lo corrige o lo pervierte su entorno; el adulto, en general, sólo se corrige o se pervierte por sí mismo, sólo si está íntimamente convencido de que le conviene corregirse o pervertirse. Por eso la mejor forma de mejorar el carácter del adulto es persuadiéndolo por medio de argumentos, argumentos ajenos a él, sí, pero que él hará suyos con el tiempo. Bueno..., mejor sería amarlo y contagiarle nuestro amor, pero el amor tiene la desventaja de que no se puede sistematizar, algo que sí se puede hacer con las argumentaciones lógicas. Pero volvamos a Ruiz de Gopegui: ¿sabe usted cuáles serían, según este amigo de la cibernética, las implicaciones que conllevaría la creencia mundial en el determinismo?

CAMPOAMOR. --Serían desastrosas, qué duda cabe.

CORNEJÍN. --Nuestro autor no lo cree así:

El determinismo hay que entenderlo sólo como una hipótesis, opuesta a la del «libre albedrío», que pretende esclarecer los «mecanismos» de la *conducta* para llegar a una mejor interpretación del *fenómeno humano*. Se trata de una ideología más y, como tal, no influirá en el quehacer cotidiano inmediato del individuo, sino sólo en el devenir a largo plazo de algunos de sus valores (p. 189).

Sin embargo, un determinismo absoluto de todos los procesos y sucesos

no será fácilmente aceptado por la sociedad por mucha evidencia que arrojen los continuos descubrimientos científicos. El hombre es un *animal biológico* sometido a las leyes de la evolución, fenómeno que se caracteriza por progresar de forma extremadamente laboriosa, no sólo en lo anatómico, sino también en lo psíquico y social. Se sabe, y años de historia lo confirman, que no se puede cambiar «por decreto» las creencias y la manera de pensar de una agrupación socio-cultural. Existen numerosas conexiones neuronales que lo impiden, pues, aunque dicha conexiones gozan de cierta plasticidad, la neurofísica impone importantes limitaciones materiales. Todo el aparato socio-político actual está construido sobre la premisa de la *libertad individual*, y esa premisa, que es algo más que una «simple idea», corresponde a un determinado programa cerebral difícil de alterar. El mundo entero se cree y se siente libre «por derecho natural». La libertad se ha convertido en un nuevo «opio del pueblo». Cambiar esta estructuración neuronal requerirá un esfuerzo evolutivo de gran importancia (p. 190).

CAMPOAMOR. --¿La creencia en el libre albedrío es el nuevo opio del pueblo? ¡Risas me da este desvarío! ¡Antes al contrario, mi buen doctor, antes al contrario!

CORNEJÍN. --Según Ruiz, y acá me adhiero a él, la creencia en el libre albedrío es el último bastión del egocentrismo humano. El primero era el geocentrismo, que fue destruido por Copérnico, y el segundo era el

antropocentrismo, que fue destruido por Darwin. Y entonces se pregunta (p. 196):

¿Hasta cuándo durará este nuevo «centrismo»? ¿Cuándo llegará a descubrir el hombre sencillo, el ciudadano que vive sin inquietudes trascendentes, que el nuevo mito de su «portentosa libertad» no es más que una «fábula sin sentido»?

Respuesta: el día en que mi *Reevolución* y mis *Citas y notas* sean tan leídas como los diálogos de Platón.

CAMPOAMOR. --¿Así de importante te juzgas?

CORNEJÍN. --Y más. Platón, en cuanto a popularidad, será un poroto al lado mío.

CAMPOAMOR. --¡Qué paradojas tiene la vida: un egocentrista que detesta los egocentrismos!...

CORNEJÍN. --Detesto los egocentrismos falsos como el del libre albedrío, el más falso y peligroso de todos, y admiro a los que luchan por desterrarlos de nuestro pensamiento, por egocéntricos que sean. El libre albedrío tarde o temprano, con o sin mi contribución, se derrumbará. Bien dice nuestro doctor en la p. 198, y con esto termino de citarlo, que

la historia muestra claramente que todos los esfuerzos del hombre por construir grandes mitos que lo eleven a una posición central en el ámbito de lo creado han resultado infructuosos y que todos esos mitos están condenados al olvido. El hombre no debe intentar tranquilizar su aterrorizado espíritu encumbrándose en un pedestal inexistente, del que la ciencia pueda hacerlo descender en cualquier momento.

CAMPOAMOR. --Ni la ciencia, ni la filosofía ni ninguna otra disciplina podrá jamás refutar nuestro libre albedrío. El hombre podrá ser, en su superficie, todo lo determinista que se quiera, pero en su fuero íntimo es absolutamente libre. ¿Has leído *La evolución creadora*, de Henri Bergson?

CORNEJÍN. --Sólo hasta la página 228 de la traducción española. Es un ensayo al principio interesante que, conforme avanza, se va tornando más y más pesado, hasta que se me hizo insoportable y lo abandoné.

CAMPOAMOR. --A mí me parece que a ti se te hace insoportable todo pensamiento que no concuerda con el tuyo.

CORNEJÍN. --No; lo que se me hacen insoportables son los pensadores que no escriben con claridad, estén o no de acuerdo con mi propio pensamiento. El pequeño ensayo intitulado *La intuición filosófica*, del mismo Bergson, tampoco pude terminarlo, y esto a pesar de que concuerdo plenamente con la idea central que reivindica. Pero ¿por qué introdujo usted en nuestra conversación a este premio Nobel francés?

CAMPOAMOR. --Porque fue él quien desterró de la filosofía, con su concepto del impulso vital, aquel tosco determinismo que los positivistas creían ver en todas partes. Y porque voy a citarte, de aquí en adelante, algunos párrafos del libro intitulado *La vida íntima* (1933), escrito por el conde Hermann Alexandre von Keyserling, pensador contemporáneo a Bergson y bastante afín a sus ideas.

CORNEJÍN. --¿Sabe qué fue lo único que aprendí de Bergson? Que las causas finales no son incompatibles con las causas eficientes y sí lo son con el libre albedrío. Pero con gusto escucharé al conde de Keyserling, un intuicionista

que se expresaba con mucha mayor claridad que el autor de *La risa* (libro que, para variar, y a pesar de su título, no pude terminar de leer de tan serio e indigerible que me resultó).

CAMPOAMOR. --Parece que te has empeñado como no muchos en leer a Bergson... y abandonarlo a mitad del libro.

CORNEJÍN. --¿Qué hace uno con un pastel que todos le recomiendan probar y que, a simple vista, se ve apetitoso? ¡Le pega un tarascón, desde luego! Pero cuando uno comprueba que tal apetitividad era ficticia y que su sabor es vulgar o acaso desagradable, lo mejor que se puede hacer es ir hacia la maceta más cercana y escupir allí el bolo alimenticio: mejor provecho le sacará la planta que no nuestro estómago. Aún me quedan demasiados pasteles por probar en esta vida como para llenarme con uno que ni me gusta ni me alimenta.

CAMPOAMOR. --Hablando de plantas, dice Keyserling en la p. 26 que "no existen plantas ni animales inmorales". ¿Qué le responderías?

CORNEJÍN. --Que no sólo existen plantas y animales inmorales, sino hasta piedras inmorales. Cuando un ladrillo, sea por la causa que fuere, cae desde un balcón y le rompe la cabeza un transeúnte, ese ladrillo, en ese momento, se comportó inmoralmente, y por lo tanto es un ladrillo *puntualmente* inmoral, que se convertirá en un ladrillo *propiamente* inmoral de continuar sus movimientos causando sistemáticos dolores al mundo sensible. Keyserling me dirá que tal ladrillo no era libre como para evitar caerse y romper ese cráneo, y que por eso no le cabe el calificativo de inmoral; pero como yo creo que ni siquiera el hombre posee tal libertad, o debo negar que haya hombres puntual o propiamente inmorales o debo afirmar que hasta los entes inorgánicos pueden serlo. Y esto último es en definitiva lo que hago, porque no creo que la moralidad o inmoralidad de un ente dependan de su libre albedrío como creía Keyserling, sino de los placeres o displaceres que surjan en el universo como consecuencia de los desplazamientos que por el espacio y por el tiempo realice dicha entidad.

CAMPOAMOR. --¡Qué acertados estaban entonces los griegos, que en la época más floreciente de su cultura instituyeron un tribunal destinado a juzgar los objetos, en particular los que ocasionaban la muerte de un hombre!

CORNEJÍN. --Eso es un desatino, pero un desatino que parte de una premisa verdadera: el hilozoísmo. Una cosa es decir que todos los objetos experimentan sensaciones y sentimientos y una muy distinta es afirmar que tales objetos pueden elegir entre moverse hacia un lado o hacia otro, o no moverse en absoluto. Lo primero no implica la idea de responsabilidad moral, lo segundo sí. El hecho de que los griegos, que tenían como máximo dios, incluso por encima de Zeus, al Destino, el hecho de que estos griegos implementaran semejante atrocidad jurídica no hace más que ratificar que todas las civilizaciones, incluso las más brillantes que han existido, se rigen, cuando actúan corporativamente, no por principios lógicos, filosóficos o religiosos, sino por sentimientos derivados de los instintos básicos del reino animal que son racionalizados como algo netamente humano para que no sea tan chocante y humillante su salvajismo. Si en la naturaleza humana no existiese el instinto de apropiación excluyente, nuestros tribunales se nos antojarían como una ficción digna del más imaginativo de los novelistas.

CAMPOAMOR. --¿El de propiedad excluyente es el más básico de todos

nuestros instintos?

CORNEJÍN. --Lo es, junto con los instintos de bienestar y conservación (individuales, intraespecíficos e interespecíficos).

CAMPOAMOR. --El conde de Keyserling habría contestado mi pregunta con un rotundo y solitario "sí", según se desprende de lo que afirma en el comienzo del capítulo intitulado "Propiedad" (pp. 32 a 4):

Lógicamente, la primera preocupación del hombre debería ser la salud. Pero en realidad no es así: su preocupación primaria no es ni siquiera la vida. Es la propiedad. Maquiavelo dio a su príncipe ideal el concejo siguiente (no recuerdo exactamente el texto, y es posible que mi memoria caprichosa haya hecho del cuadro una caricatura): «Matad a cuantos hombres queráis, pues siempre habrá herederos que se regocijen; pero guardaos mucho de despojar de un solo céntimo a los vivos destinados a seguir viviendo». Efectivamente, el instinto más profundo de todo ser es el miedo original. Y primariamente este miedo original no se refiere a la muerte, sino al hambre. Por eso, el soldado, seguro de que se provee a sus necesidades materiales y al que se reconoce el derecho a robar y saquear en caso preciso, es, desde el punto de vista de sus instintos, el hombre que goza de mayor seguridad.

Como salvaguardia contra el miedo original, el instinto de seguridad constituye el primer impulso activo de todo ser vivo. Pero sólo la imposibilidad de ser atacado, y no la armadura, garantiza una seguridad real. Y tal imposibilidad sólo es engendrada por el derecho de propiedad; es decir, el derecho a la ocupación exclusiva del espacio necesario para la existencia. Por eso, a excepción del soldado, que goza del derecho a la violencia, sólo el «propietario» se siente seguro en la tierra; así se explica que todo ser normal sienta, más tarde o más temprano, el deseo imperioso de arraigar en ella.

Lo que inmediatamente precede aclara el hecho, tan difícil de comprender a primera vista, de que la propiedad goce de un prestigio original, y, en cambio, la fuerza, no. [...] tan profundamente arraigada está esta concepción en los estratos más antiguos y primitivos del hombre que, en lo más profundo de su ser telúrico, el prestigio de todo poder es sentido en la forma siguiente: uno posee hasta tal punto más que los otros que hasta la espada le obedece.

Las consideraciones que preceden me parecen suficientes para probar la legitimidad del instinto de propiedad y el absurdo de toda reforma basada en la esperanza de que este instinto pueda embotarse. No es posible mudar los instintos primordiales. Protestar contra la naturaleza elemental no es señal de profundidad, sino sencillamente de espíritu falso. [...] necesitamos de una vez para siempre hasta el Juicio Final, e incluso más allá (si, como lo enseña la iglesia ortodoxa griega, el Juicio Final desemboca en el advenimiento de una nueva tierra); necesitamos contar con el instinto de propiedad como salvaguardia contra el miedo original.

CORNEJÍN. --Todos los párrafos o pedazos de párrafos que acaba usted de citar, con excepción del último, conforman una teoría muy interesante que tal vez en lo sucesivo adopte yo mismo para explicar este apego que todos tenemos por las propiedades; pero presentar esta hipótesis para deducir de ella la legitimidad del instinto de propiedad es algo que no tiene sentido si por "legitimidad" entendemos "deseabilidad". Yo sé o sospecho que si un grupo de judíos derechistas se topa con un grupo de palestinos fundamentalistas, ambos grupos se molerán a palos, pero de ningún modo *deseo* que eso suceda, por más que la contienda sea prácticamente inevitable. Y asimismo, sospecho que a la gran mayoría de los hombres le resulta imposible desdeñar su instinto de propiedad excluyente, pero no por esto considero legítima, es decir deseable, la sumisión de los hombres a este instinto.

CAMPOAMOR. --Lo que Keyserling quería demostrar con su discurso es que el comunismo económico, el verdadero comunismo económico, es imposible de implementar por ser contra natura.

Los reformadores en materia de economía se satisfacen con meras palabras cuando pretenden abolir la propiedad. [...] los reformadores sociales no religiosos en el fondo, cuando eran radicales, o han querido abolir la propiedad de los demás en provecho propio o de su clase o han preferido otro sistema de propiedad distinto del que hallaban vigente (p. 34).

CORNEJÍN. --No lo niego, y esto confirma lo arraigado que está en instinto de propiedad incluso en el alma de los "comunistas" políticos; pero seguimos siempre hablando de la extensión de este instinto y no de su deseabilidad.

CAMPOAMOR. --Keyserling, en una frase que acabo de citar, ha sido bastante claro: lo considera necesario, y de ahí deduzco que deseable, "como salvaguardia contra el miedo original", que según él es el miedo al hambre.

CORNEJÍN. --Y ¿no existe, entre los más de seis mil millones de personas que somos, ni siquiera un puñado que carezca de este miedo original o lo desdeñe?

CAMPOAMOR. --

Hay, desde luego, seres tan privilegiados por el espíritu que la ley de la tierra no tiene imperio sobre ellos (p. 34).

CORNEJÍN. --Y estos seres "privilegiados por el espíritu", ¿no son más dignos de ser imitados, no son *más éticos*, que los que son dominados por "la ley de la tierra"? Si es así, desdeñar nuestro instinto de apropiación excluyente, por difícil que nos resulte esta tarea e independientemente de esta dificultad, es un procedimiento altamente deseable, un modo de encarar la realidad material que haría del mundo un lugar mucho más hermoso y digno de visitarse que el actual.

CAMPOAMOR. --Pero ¿no decías tú, en alguna parte de tu diario, que no es bueno autorreprimir nuestras inclinaciones naturales, por inmorales que sean? Si es así, y si todos o casi todos estamos sometidos a este instinto básico, las autorrepresiones, en el caso de abominar todos al unísono el derecho de propiedad, serían tan numerosas y profundas que terminaríamos viviendo en un mundo, si bien carente de propiedades exclusivas, ricamente abundante en

individuos trastornados e infelices.

CORNEJÍN. --Si se lograra persuadir racionalmente a la conciencia colectiva de la humanidad de que el derecho de propiedad privada excluyente es inmoral en todas sus formas, el instinto de propiedad automáticamente dejaría de incitarnos a que lo satisfagamos: los deseos de la razón son más poderosos que los deseos de los instintos. En mí, por ejemplo, el instinto de propiedad ejercía un poder tan manifiesto que incluso alcancé a escribir en mi diario algo así como que prefería, de tener hijos y no plata para mantenerlos, que creciesen con hambre en sus estómagos antes que robar para darles de comer. ¿Cómo puede ser que ahora, sólo unos años después, me ría de la ingenuidad y me indigne de la inmoralidad de esta frase? ¿Cómo puede ser que ahora desdeñe con tanta facilidad este instinto? Pues porque me persuadí *racionalmente* de su inmoralidad, y así el instinto dejó de acicatearme. El instinto de propiedad no emigró de mi espíritu a fuerza de reprimirlo: fue mi razón la que lo rajó patadas.

CAMPOAMOR. --Si lo que tú quieres dar a entender es que el derecho de propiedad no tiene nada de sagrado e intocable, entonces has llegado, aunque por otro camino, a la misma conclusión que llegó Keyserling:

... la comprensión exacta de las verdades enunciadas en el apartado anterior no confirmará a nadie en sus creencias tradicionales. Si la propiedad constituye la salvaguardia elemental contra el miedo original es absurdo asociar su idea a valores espirituales cualesquiera. Y quienquiera lo ha comprendido así es mucho más revolucionario, desde el punto de vista beatamente burgués, que ningún reformador economista, por radical que sea. Pues, a sus ojos, la propiedad no es en absoluto sagrada (pp. 34-5).

Y quien esté convencido, dice Keyserling, del carácter completamente laico del derecho de propiedad,

irá aún más lejos. Dudará forzosamente de todo derecho llamado «sagrado». Ya hemos visto que la seguridad real no es garantizada jamás por la armadura; no puede nacer más que del derecho de propiedad. Por tanto, el derecho de propiedad está más profundamente arraigado en el instinto que ninguna otra forma que encarne un derecho. Tan verdadero es esto que la raíz terrestre de toda conciencia del derecho está en el sentimiento de la propiedad. Originalmente, el sentimiento del derecho no tiene nada que ver con la justicia, pues la justicia compara, lo cual no puede hacer ningún instinto ciego: éste afirma pura y sencillamente una demanda personal de seguridad. En este sentido parece perfectamente lógico que el pueblo legista por excelencia, el que inventó el derecho formal en el sentido moderno, el pueblo romano, haya sido el pueblo menos metafísico y el menos espiritual que jamás haya representado un papel histórico. El derecho en sí no es más que fijación, sin la menor calificación moral y espiritual; es la fijación de un espacio vital socialmente reconocido como intransgredible y fuera de toda discusión a partir de tal reconocimiento. Por eso el derecho fundamental de toda nueva civilización fue siempre el de los vencedores, que trazó sobre las ruinas de los vencidos nuevas fronteras, sagradas por definición en adelante.

Quienquiera llegue a comprender exactamente todo esto no creará nunca más en ningún derecho sagrado. La verdad es esta: *De todos los ídolos, el derecho considerado como encarnación ipso facto de la justicia es el más innoble.* Únicamente merced a una tal asociación de ideas de justicia y de derecho ha sido posible mantener, a través de siglos y milenios, las más amargas injusticias con el consentimiento de las víctimas. Todas las opresiones, todas las explotaciones y todas las esclavitudes tienen en tal asociación su origen. El derecho no se hace justo sino en cuanto fija un vínculo justo en sí. Pero en el sentido del «de una vez y para siempre» es algo fundamentalmente imposible, pues la vida se transforma de momento en momento y toda situación nueva exige una ecuación con datos nuevos. Por eso, no solamente es verdadera la vieja sentencia latina: *summum jus, summa injuria*, sino que, además, todo derecho comprendido como un vínculo inmutable es inmoral y malo en el más profundo sentido. A esto se aplica todo lo que Jesucristo dijo contra la justicia legal. Quienquiera crea todavía que la Revolución Francesa inició un progreso absoluto no tiene más que meditar sobre el hecho siguiente: a partir de ella, Europa gime bajo la supremacía del abogado, tipo de espíritu formado por el deber profesional, que no piensa más que en defender lo que tiene o en ganar más aún, con detrimento de los demás, apoyándose en útiles ficciones. Ya lo hemos explicado en otro lugar: el derecho formal es hijo de la mentira y no de la verdad. Procede de ficciones, procura captar la realidad en una red de ficciones y hacerla entrar en un sistema de ficciones (pp. 35-6).

En resumen, la idea de propiedad y también la de derecho

no son de origen espiritual. Han surgido de las bases primarias de la vida del mundo abisal. Como expresión de las necesidades primarias, son necesarias y legítimas. Sólo que es preciso que no usurpen una significación que no les corresponde, y que sus materializaciones no se hagan valer, imponiendo su ley fuera del propio sistema. Inversamente, es preciso que el espíritu les asigne por fin, de una vez para siempre, el radio de acción muy limitado que les corresponde (p. 37).

Lo que a mí me queda claro es que Keyserling no se opone al derecho de propiedad excluyente, porque este derecho es una consecuencia del hambre original,

y si faltara esta hambre no podría existir la vida sobre la tierra (p. 40).

CORNEJÍN. --¿Por qué? Hubo santos, filósofos y revolucionarios que desconocieron este tipo de hambre y sin embargo vivieron con gran plenitud. ¿Por qué no podría suceder lo mismo con el grueso de la gente?

CAMPOAMOR. --Porque el grueso de la gente se rige y se regirá siempre por ideas políticas, y a la política

es imposible conformarla a los principios de una elevada moralidad (p. 40).

CORNEJÍN. --Coincido con esto último, pero no con eso de que la gente se

regirá siempre por ideas políticas. Y a propósito: si es imposible dotar a la política de una elevada moralidad, los sacerdotes que se ocupan de política ¿no rebajan con esta mundana ocupación la ética cristiana que supuestamente defienden?

CAMPOAMOR. --Según Keyserling, sí:

De todas las políticas, la de los sacerdotes --o sea, en Europa, la de la curia romana-- ha sido siempre la más astuta. En efecto, ¿cómo los sacerdotes, tan inteligentes, no se habrían percatado, con particular claridad, de la contradicción que existe entre el desinterés que toda religión superior profesa y la defensa de intereses materiales que necesariamente tenían ellos que asumir? Tal conflicto es singularmente flagrante en su caso. Pero esta clarividencia no ha hecho más que debilitar sus escrúpulos (pp. 40-1).

CORNEJÍN. --¿Cualquier tipo de política es para Keyserling inmoral?

CAMPOAMOR. --Más que inmoral, amoral:

Toda política tiene sus raíces en el mundo abisal, el cual ignora toda ideal moral y espiritual. La política no es ni será nunca más que el medio de acrecentar o mantener un poder dado [...]. La política es siempre maquiavélica en su esencia, pues una vez propuesto como fin llegar al poder, todos los medios sirven tan sólo para mantenerlo y pierden su sentido propio. Esto explica por qué, ante un conflicto de intereses, todo pueblo ha juzgado inmoral y criminal a su adversario. Y siempre con perfecta razón. En lo que no la ha tenido es en creer que su propio caso era distinto. Desde el punto de vista moral y espiritual, el que hace buena política es siempre culpable. Sólo que en este caso vale más errar que tener razón. Todo pueblo que, por amor al ideal, ha renunciado alguna vez a combatir en defensa de sus intereses --y en este plano no hay diferencia alguna de principio entre la defensa y la agresión-- ha puesto en peligro la vida de sus ciudadanos, y la posteridad ha juzgado a sus directores cobardes y no moralmente superiores (p. 41).

CORNEJÍN. --Con las honrosas excepciones de Jesús y Gandhi, y a este último lo incluyo medio de colado, pues no es cierto que no haya combatido en defensa de los intereses materiales de su pueblo: combatió como el que más, sólo que lo hizo valiéndose de armas no convencionales. En rigor, el único líder que se negó a combatir en absoluto en defensa de los intereses materiales de su pueblo, y que aun así no es considerado por la posteridad como un cobarde y sí como un individuo moralmente superior, fue Jesús de Nazaret. Pero este revolucionario apolítico no será la única excepción por mucho tiempo.

CAMPOAMOR. --Todavía me quedan algunas citas relacionadas con el tema de la propiedad, del derecho en general y de la política.

CORNEJÍN. --¡Vengan!

CAMPOAMOR. --

Mientras se crea en el derecho «sagrado» de la propiedad, no se llegará nunca ni siquiera a un esbozo de justicia social.

Mientras se crea en el carácter sagrado del Derecho como tal, este

ídolo que es la peor supervivencia de los tiempos bárbaros, ni siquiera la mejor de las buenas voluntades llegará jamás a crear el mejor estado de cosas posible en un momento dado.

Mientras causen sorpresa las astucias de la política, no se comprenderá lo que la política es en esencia: un cochino oficio. Y solamente cuando las gentes honradas que en ella intervienen sepan en lo que intervienen, se esforzarán conscientemente en poner el Mal original al servicio del Bien.

En el plano en que se desarrollan las reflexiones del presente estudio, la única solución del problema de la vida es que el ser humano centrado en el espíritu se eleve interiormente *por encima* del nivel de la vida elemental, que es el de toda actividad económica, el de toda jurisprudencia y el de toda política. Reconozcamos de una vez para siempre que las necesidades económicas, jurídicas, políticas y militares son a las aspiraciones ideales del espíritu lo que los movimientos peristálticos del intestino a la actividad del cerebro que piensa (pp. 45-6-7).

CORNEJÍN. --Y hoy son legión en Occidente los países que otorgan más trascendencia a estas necesidades secundarias que a las aspiraciones ideales del espíritu. El famoso "estilo de vida norteamericano" no consiste más que en la satisfacción sistemática de estas necesidades.

CAMPOAMOR. --Lo que deriva en la adopción del ideal del "confort", que se reduce, en fin de cuentas, a un ideal de rentista para el cual la seguridad es el supremo bien. Particularmente, el ideal norteamericano, si fuese universalmente aplicado, no realizaría en modo alguno el cielo en la tierra, sino que transformaría nuestro planeta en un vasto templo de hastío (p. 98).

CORNEJÍN. --Evidentemente no le caía en gracia el estilo de vida...

CAMPOAMOR. --Nadie con un gramo de espiritualidad viviría gratamente dentro de

aquella ficción norteamericana según la cual la única ley natural inquebrantable, premeditada en el plan del Creador, es que cada uno pague sus vencimientos (p. 37).

CORNEJÍN. --Este ideal del confort pregonado por los Estados Unidos, ¿tiene al menos la virtud de la originalidad?

CAMPOAMOR. --Según Keyserling, no:

El «confort» ha sido ya la última palabra de muchos pueblos: egipcios, cretenses y romanos del Bajo Imperio. En el reino de Ur la civilización era tan refinada en tiempos de Abraham, que, por mi parte, estoy dispuesto a creer que la leyenda de su vida simple y patriarcal ha sido transmitida o inventada por los mismos motivos que inducían a las marquesas del siglo XVIII francés a extasiarse ante los pastores y las pastoras. Desde hace milenios ha habido, en tal o cual centro de civilización, agua corriente, caliente y fría, en las viviendas de todas las

gentes distinguidas. Todas estas civilizaciones galizantes o americanizantes han pasado sin dejar huellas (p. 98).

CORNEJÍN. --Como pasará, sin dejar mayores huellas en la historia del espíritu, la civilización capitalista.

CAMPOAMOR. --Keyserling, al igual que tú, rechazaban las civilizaciones capitalistas-confortistas, sintiéndose a la vez atraído por algunos aspectos de las civilizaciones orientales. Tú también respetas mucho algunas costumbres indias y chinas, pero no creo que tu respeto llegue al punto de coincidir con Keyserling en que

la experiencia humana, toda ella, constituye una prueba de que, en principio, el matrimonio de conveniencia da mejores resultados que el puro matrimonio por amor. Hecho que no es tan sólo verdadero desde el punto de vista de la posteridad y del nivel cultural perpetuado por la atmósfera familiar, sino también y sobre todo desde el punto de vista de la felicidad personal. Pues la felicidad conyugal es algo muy complejo, y el amor-pasión, siempre pasajero, sólo excepcionalmente es lúcido y capaz de crear las condiciones necesarias (p. 84).

CORNEJÍN. --En principio, habría que preguntarse cuáles son los "resultados" que promete el matrimonio. Si nos referimos a los hijos, yo afirmo que su dotación genética será más o menos equilibrada según sea mayor o menor el amor, la pasión sexual o la excitación sexual experimentada por la pareja en el momento de la concepción, en ese orden según su poder recombinatorio equilibrante. Eso en cuanto a la genética con que tenderá a nacer la progenie. En cuanto a su entorno social, siempre es mejor para un niño crecer junto a dos seres que lo aman y además se aman entre sí. Teniendo entonces en cuenta mi postulado genético (seguramente no compartido con Keyserling) y mi postulado educacional (sí compartido), habría que averiguar cuál de los dos matrimonios, el de conveniencia o el de amor-pasión, tiende a suscitar con mayor regularidad el amor, la pasión, la excitación sexual y las buenas relaciones entre la pareja. Keyserling, que descrea de mi postulado genético y se preocupa sólo de la buena relación de pareja, me dirá que es evidente que las parejas convenidas se llevan mejor que las pasionales, puesto que las primeras no se divorcian con tanta frecuencia; pero ¿un matrimonio que no se divorcia es siempre un matrimonio que se lleva bien? Las más de las veces, un matrimonio sigue unido por inercia o por conformismo y no por felicidad conyugal, y esto se da tanto más en Oriente que en Occidente, siendo que el divorcio está mucho peor visto allá que acá. Lo ideal para el niño es crecer junto a sus padres *si ambos padres se aman entre sí*; si uno de los dos no soporta al otro, lo mejor para el niño es que se separen y busquen otra pareja a la que sí puedan amar o al menos no odiar. El niño perderá uno de sus padres, pero no crecerá en un ambiente lleno de odio o indiferencia que haría del tierno infante un adolescente odioso o indiferente. Educativamente hablando, tienden a crecer con más amor los niños criados por una madre amorosa divorciada que los niños criados por un matrimonio que se odia o se trata con indiferencia. Y en relación a la felicidad personal de los cónyuges, serán mucho más felices (o mucho menos infelices) aquellos que, odiándose o no amándose

ya, pudiesen dejar atrás esa tormentosa relación y comenzar de nuevo, que aquellos que por mandato social o religioso se vean impedidos de todo divorcio. Sociobiológicamente hablando, no estamos dotados de un instinto sexual monogámico como, por ejemplo, el de los pingüinos; esto no quita que haya matrimonios monogámicos que se amen y se lleven perfectamente bien, sólo indica que estos matrimonios serán excepcionales y no comunes. ¿Qué haremos entonces con la generalidad? ¿La condenaremos a una perpetua represión de sus apetitos poligámicos? ¿Abriremos burdeles por doquier para desfogar este impulso de un modo inofensivo para la estabilidad familiar, tal como es tradición en Oriente? No, no me parecen soluciones que contribuyan a elevar la felicidad personal de los cónyuges. Lo mejor, a mi criterio, sigue siendo la libertad. Si las familias quieren arreglar la boda por su cuenta, que lo hagan; pero si el matrimonio no resulta, sería deseable que no se pusiesen trabas legales o morales a la hora del divorcio. "Lo primero es la familia" dicen los orientales; y, consecuentes con este principio, es la familia quien toma todas las decisiones, incluso las individuales, porque es el bienestar de la familia, y no del individuo, a lo que se apunta por esas tierras. Yo afirmo que lo primero no es la familia sino el individuo, y que la familia, como tal, no goza ni sufre sino en base a los goces y sufrimientos de los individuos que la componen; así que ¿por qué dejar que un ente insensible tome decisiones que luego gozarán o sufrirán los individuos sensibles? "Porque la familia, la cultura, la tradición, son más sabias que los individuos aislados", replicarán los de ojos rasgados, a lo que yo responderé que no hay familia, cultura o tradición más sabia que la química del amor entre un hombre y una mujer, aun admitiendo que esta química, en la práctica, no es para nada infalible. Tal vez los matrimonios por conveniencia familiar sean menos problemáticos que los matrimonios por amor, pasión o simpatía; pero estoy persuadido de que estos últimos son más dichosos, precisamente porque son más problemáticos. ¿O será que son más dichosos porque son más breves? El placer de la monogamia, para la mayoría de los hombres, se desgasta rápidamente con el correr de los días. Usted me dirá que aborrezco las familias; ¡todo lo contrario!: me siento tan a gusto en un ambiente cálidamente familiar y de mutua confianza, que querría ser partícipe no de una familia, sino de cien familias al mismo tiempo.

CAMPOAMOR. --Es raro que alabes la poligamia por el hecho de ser instintiva en los hombres. ¿Acaso no admitiste que el instinto de apropiación excluyente tiene profundas raíces en nuestra especie, y sin embargo reniegas de él? ¿No podríamos "curarnos" de nuestras inclinaciones poligámicas tal como nos curaremos, según dices, de nuestra afición a las propiedades?

CORNEJÍN. --Yo no alabo a la poligamia por ser instintiva, simplemente me alegro de que lo sea. Trastocar un instinto es algo complejo, algo que no se hace de una generación a otra; cuanto menos instintos sea deseable trastocar, menor será el tiempo que demoraremos en acercarnos al ideal humano.

CAMPOAMOR. --¿Y por qué sería deseable trastocar el instinto de apropiación y no el de poligamia?

CORNEJÍN. --Porque la apropiación exclusiva es inmoral y la poligamia no.

CAMPOAMOR. --¡Qué dices! ¿No consideras inmoral la poligamia de los musulmanes?

CORNEJÍN. --Totalmente, pero sólo porque las mujeres pertenecen *con exclusividad* a cada jeque. Los harenes nacen más como consecuencia del instinto de apropiación de los jeques que de sus inclinaciones sexuales. La poligamia es deseable si y sólo si no está contaminada de apropiación, es decir, cuando nadie se siente como una propiedad exclusiva de su eventual pareja, a menos que tal sensación nazca interiormente como consecuencia del amor hacia el "propietario" de nuestro corazón. ¿No ve usted la relación que yo veo entre el instinto de apropiación excluyente y la apropiación exclusiva de mujeres, sea que hablemos de una o de veinte mujeres *per cápita*? El día, si es que llega, que desaparezca o merme lo suficiente nuestro instinto de apropiación, tanto la monogamia católica como la poligamia musulmana dejarán de parecer razonables ante cada cual, porque es en este instinto y no en el sexual en donde se apoyan todos estos inmorales convenios. Dígame, don Ramón, usted que fue un gran aventurero hasta que le llegó el casorio: ¿no lo aburre un poco o lo deprime otro tanto eso de andar siempre con la misma mujer?

CAMPOAMOR. --A mí no, porque me tocó una mujer dignísima y muy agraciada, pero quién sabe si no se aburría ella conmigo. En general son las mujeres las que primero se aburren de sus esposos. Como dice una humorada mía:

**Todos lo han conocido,
¿va con uno y bosteza? Es su marido.**

Pero esto es en Occidente ; en Oriente, con sus esposos digitados familiarmente, no sé si se aburren tanto.

CORNEJÍN. --Muchos orientales no se aburren de su pareja monogámica por la sencilla razón de que no se aburren de nada, de que son incapaces de experimentar el tedio en cualquiera de sus formas.

CAMPOAMOR. --¿Es esto un elogio o un reproche?

CORNEJÍN. --Si es un elogio, mi perra Florencia, que puede pasarse horas enteras sin hacer nada (excepto rascarse) y sin aburrirse, es la criatura más virtuosa del planeta.

CAMPOAMOR. --¿Quieres decir que los anacoretas orientales, si no se aburren en sus ermitas es porque se parecen a tu perra?

CORNEJÍN. --Negativo. Estamos hablando de matrimonios monogámicos. Los ascetas orientales, en general, sí son capaces de aburrirse. Y si no se aburren a

pesar de que exteriormente no hacen nada, es porque por dentro están haciendo, o percibiendo, muchas cosas. Ahora quiero que me confiese algo: ¿siente usted admiración por los matrimonios que llegan, supuestamente felices y sin infidelidades, a festejar sus bodas de oro?

CAMPOAMOR. --Mi dolora 211, intitulada "Las bodas de oro del diablo", contestará tu pregunta:

**Nunca fue de mi agrado
cantar las bodas de oro del casado,
y, como el diablo, celebrar prefiero
las libertades de oro del soltero;
pues, siempre astuto, aunque de amor se abraza,
el diablo se enamora y no se casa.**

CORNEJÍN. --Si yo me topase con la propietaria de mi corazón, y (lo que es más improbable) si esta mujer me diera bolilla, no dudaría en casarme con ella y serle fiel dentro de mis posibilidades; pero como esto no sucede, prefiero deprimirme por mi celibato que aburrirme casándome con alguien que me obligue a serle fiel por imposición externa. ¿Hemos terminado con Keyserling?

CAMPOAMOR. --Todavía no. Me quedan un par de citas, la primera de las cuales te agrada sobremedida, pues habla de la relación necesaria que existe, según él, entre la creación artística y la inseguridad (pp. 140-1):

... El tercer aspecto principal de la creatividad es el valor o, dicho de otro modo, la alegría del riesgo. Imposible vivir una vida creativa, cualquiera que sea, sin correr riesgo. [...] el hombre creador es esencialmente arriesgado. [...] de aquí, como corolario o como expresión particular, aquella vida típica de la naturaleza artística, que destruye, de ocasión en ocasión, bajo el imperio de un impulso inconsciente, pero irresistible, todo lo que podía garantizar una seguridad, secretamente deseada, sin embargo. Es, en efecto, el deseo de seguridad lo que más directamente se opone a la creatividad.

CORNEJÍN. --Y como el símbolo por excelencia de la seguridad es la propiedad, se deduce que un artista propietario es un artista que pone trabas a su creatividad. Usted, por ejemplo, habría sido un artista mucho más completo, y mucho más feliz (y, de paso, un cristiano mucho más consecuente), si se hubiese desprendido de todas y cada una de sus posesiones.

CAMPOAMOR. --¡Qué! ¿Acaso Goethe era un pobre mendigo? ¿Acaso Shakespeare vivía en la intemperie?

CORNEJÍN. --Shakespeare y Goethe fueron grandes poetas *a pesar* de ser ricachones. De haber sido pobres habrían sido aún mejores.

CAMPOAMOR. --De haber sido pobres, nada de lo que escribieron habría llegado hasta nosotros.

CORNEJÍN. --Puede ser. Es un riesgo (¡uno más!) que el artista pobre debe correr. Pero vea usted qué contrasentido: hemos estado citando largamente a Keyserling, que vino hacia nosotros por concordar con la filosofía irracionalista de Bergson, ¡y no hemos tocado en absoluto el tema del intuicionismo!

CAMPOAMOR. --Ciertamente. Pero estoy dispuesto a suplir esa falta con una

extensa cita (pp. 155-6):

Creo próximo el día en el que se considerará que uno de los desvaríos más absurdos de la historia humana consistió en hacer creer que un *pensador*, en tanto que tal, podría resolver problemas existenciales u ontológicos. El radio de acción propia y legítima del «pensador» no abarca más que el lado formal del pensamiento y, por tanto, la lógica y la abstracción matemática. Queda todavía la epistemología, pero ésta, manejada por «puros» pensadores, se extravía fácilmente, pues, después de todo, la comprensión verdadera concierne a datos concretos y no a las condiciones formales de su percepción, y el tipo «pensador» está desprovisto, por definición, de todo sentido de la realidad. Un amigo de Bertrand Russell, el cual --Russell-- es uno de los pensadores que más estimo mientras no va más allá del radio de su competencia, me contó la anécdota siguiente: Daban juntos un paseo en bicicleta. Russell dijo: «He resuelto, por fin, el problema del infinito». El otro, ingenio más concreto, replicó: «¿Quiere usted decir que ha encontrado una nueva definición del infinito?», y Russell respondió atónito: «Pero, ¿acaso puede tratarse de otra cosa?» Un metafísico alemán moderno, que goza de un gran prestigio, ha probado con abundancia que lógicamente no puede haber Dios, pues ello contradiría la dignidad de la personalidad humana... Rodín, al dar a su famoso *Pensador* la actitud y la expresión sabidas, ha visto claro: el «pensador», en tanto que tal, no comprende nada absolutamente de la realidad. No creo que un solo ser humano que haya comprendido algo esencial lo haya nunca llegado a comprender merced a la reflexión. Goethe dijo bien: «El pensamiento no sirve de nada para pensar». Los pensamientos que dan una expresión exacta a una realidad interior o exterior en su plano propio «sobrevienen»: son, cada vez, el fruto o el producto de una *experiencia vital íntima*.

CORNEJÍN. --¿Definir las cosas no equivale a conocerlas?

CAMPOAMOR. --Jamás:

Toda definición está localizada en el plano irreal del pensamiento abstracto, mientras que la comprensión es experiencia inmediata de una realidad.

¿Y a que no sabes a qué equivale esta experiencia vital íntima "que yace en la base de toda conciencia"? Pues equivale

exactamente a lo que significa el antiguo término religioso de *revelación* (p. 156).

CORNEJÍN. --Revelaciones que cobrarán en nosotros la categoría de principios absolutos, de "axiomas", a partir de los cuales deduciremos lógicamente todo lo demás. Pero aclaremos que las auténticas revelaciones son las que le sobrevienen a cada uno dentro de su propio espíritu y no las revelaciones ajenas escritas en cualquier libro, por sagrado que sea.

CAMPOAMOR. --Quienes más cerca de Dios estuvieron, mejores y más claras revelaciones percibieron. Y como los profetas bíblicos fueron quienes más se acercaron a Dios, es justo darles prioridad a sus revelaciones incluso por sobre las

propias. Y ahora, la despedida de Keyserling, tomada del último párrafo de su libro y en donde deja explicitada para la posteridad su brillante postura en favor de la verdadera democracia, que no es, desde ya, la democracia política:

He titulado «La vida íntima» este pequeño volumen. Pero no hay nada más íntimo que el Espíritu Universal. Si nuestra época es colectivista, si no admite ya la intimidad y la exclusividad, es porque ha perdido todo contacto con el espíritu vivo. Tornando a nosotros mismos, cultivando como jamás se hiciera la vida íntima y personal, trabajamos, pues, por el Espíritu Universal. Pero haciéndonos así personalistas y proximistas, nos afirmamos, al mismo tiempo, como los únicos demócratas verdaderos. Pues la verdadera democracia no es aquella que lo nivela todo en la tierra, sino la que permite a cada uno un desarrollo completo. No es la democracia política, es la democracia espiritual.

CORNEJÍN. --¡Un aplauso (¡clap!) para la claridad expresiva de Keyserling, tan difícil de hallar en los pensadores filosóficos! Y ya que el conde mencionó a Russell como uno de sus más estimados pensadores, si usted no se opone citaré unos pocos párrafos del último libro que leí de mi amigo Bertrand, titulado *Los problemas de la filosofía* (1912). Concretamente, Russell le hablará a usted desde el último capítulo de su libro, capítulo que dio en llamar "El valor de la filosofía".

CAMPOAMOR. --¿Y cuál es, para Russell, el valor de la filosofía o ciencia metafísica, en contraposición al valor que ostentan las demás ciencias?

CORNEJÍN. --

Las ciencias físicas, mediante sus invenciones, son útiles a innumerables personas que las ignoran totalmente: así, el estudio de las ciencias físicas no es sólo o principalmente recomendable por su efecto sobre el que las estudia, sino más bien por su efecto sobre los hombres en general. Esta utilidad no pertenece a la filosofía. Si el estudio de la filosofía tiene algún valor para los que no se dedican a ella, es sólo un efecto indirecto, por sus efectos sobre la vida de los que la estudian. Por consiguiente, en estos efectos hay que buscar primordialmente el valor de la filosofía, si es que en efecto lo tiene (pp. 178-9).

CAMPOAMOR. --Muchos hombres más bien prácticos afirman que la filosofía no sirve para nada, que estudiarla es perder el tiempo...

CORNEJÍN. --*Vivir* es perder el tiempo, y cada una tiene derecho a perderlo de la manera que se le antoje.

El hombre «práctico», en el uso corriente de la palabra, es el que sólo reconoce necesidades materiales, que comprende que el hombre necesita el alimento del cuerpo, pero olvida la necesidad de procurar un alimento al espíritu. Si todos los hombres vivieran bien, si la pobreza y la enfermedad hubiesen sido reducidas al minimum posible, quedaría todavía mucho que hacer para producir una sociedad estimable; y aún en el mundo actual los bienes del espíritu son por lo menos tan importantes como los del cuerpo. El valor de la filosofía debe hallarse exclusivamente entre los bienes del espíritu; y sólo los que no son indiferentes a estos bienes pueden llegar a la persuasión de que estudiar filosofía no es perder el tiempo (p. 179).

CAMPOAMOR. --Dicen los hombres prácticos que hay que ocuparse de problemas que sean susceptibles de resolución, y que la filosofía se ocupa precisamente de asuntos que jamás podrán resolverse.

CORNEJÍN. --

Hay muchos problemas --y entre ellos los que tienen un interés más profundo para nuestra vida espiritual-- que, en los límites de lo que podemos ver, permanecerán necesariamente insolubles para el intelecto humano, salvo si su poder llega a ser de un orden totalmente diferente de lo que es hoy. ¿Tiene el Universo una unidad de plan o designio, o es una fortuita conjunción de átomos? ¿Es la conciencia una parte permanente del Universo que da la esperanza de un crecimiento indefinido de la sabiduría, o es un accidente transitorio en un pequeño planeta en el cual la vida acabará por hacerse imposible? ¿El bien y el mal son de alguna importancia para el Universo, o solamente para el hombre? La filosofía plantea problemas de este género, y los diversos filósofos contestan a ellos de diversas maneras. Pero parece que, sea o no posible hallarles por otro lado una respuesta, las que propone la filosofía no pueden ser demostradas como verdaderas. Sin embargo, por muy débil que sea la esperanza de hallar una respuesta, es una parte de la tarea de la filosofía continuar la consideración de estos problemas, haciéndonos conscientes de su importancia, examinando todo lo que nos aproxima a ellos, y manteniendo vivo este interés especulativo por el Universo, que nos expondríamos a matar si nos limitáramos al conocimiento de lo que puede ser establecido mediante un conocimiento definitivo (pp. 180-1).

CAMPOAMOR. --¿Por qué será que las personas vulgares reniegan tanto de la filosofía?

CORNEJÍN. --Porque las personas vulgares son esclavas del hábito, el interés propio y el deseo, y en la contemplación filosófica

todo lo personal o privado, todo lo que depende del hábito, del interés propio o del deseo perturba el objeto, y, por consiguiente, la unión que busca el intelecto. Al construir una barrera entre sujeto y objeto, estas cosas personales y privadas llegan a ser una prisión para el intelecto. El espíritu libre verá, como Dios lo pudiera ver, sin *aquí* ni *ahora*, sin esperanza ni temor --fuera de las redes de las creencias habituales y de los prejuicios tradicionales--, serena, desapasionadamente, y sin otro deseo que el del conocimiento, casi un conocimiento impersonal, tan puramente contemplativo como sea posible alcanzarlo para el hombre (p. 186).

CAMPOAMOR. --¿Y cómo redundará este conocimiento "impersonal" en la vida práctica del pensador filosófico?

CORNEJÍN. --

El espíritu acostumbrado a la libertad y a la imparcialidad de la contemplación filosófica, guardará algo de esta libertad y de esta imparcialidad en el mundo de la acción y de la emoción. Considerará sus

proyectos y sus deseos como una parte de un todo, con la ausencia de insistencia que resulta de ver que son fragmentos infinitesimales en un mundo en el cual todo permanece indiferente a las acciones de los hombres. [...] así, la contemplación no sólo amplía los objetos de nuestros pensamientos, sino también los objetos de nuestras acciones y afecciones; nos hace ciudadanos del Universo, no sólo de una ciudad amurallada, en guerra con todo lo demás. En esta ciudadanía del Universo consiste la verdadera libertad del hombre, y su liberación del vasallaje de las esperanzas y los temores limitados (pp. 186-7).

CAMPOAMOR. --En definitiva, si algún aspirante a pensador le hubiese preguntado a Russell por qué debe ser estudiada la filosofía, ¿qué le habría contestado?

CORNEJÍN. --Le habría contestado con el párrafo final de este libro:

La filosofía debe ser estudiada, no por las respuestas concretas a los problemas que plantea, puesto que, por lo general, ninguna respuesta precisa puede ser conocida como verdadera, sino más bien por el valor de los problemas mismos; porque estos problemas amplían nuestra concepción de lo posible, enriquecen nuestra imaginación intelectual y disminuyen la seguridad dogmática que cierra el espíritu a la investigación; pero, ante todo, porque por la grandeza del Universo que la filosofía contempla, el espíritu se hace a su vez grande, y llega a ser capaz de la unión con el Universo que constituye su supremo bien.

CAMPOAMOR. --La unión con Dios, querrá decir.

CORNEJÍN. --No lo decía así porque su escepticismo religioso se lo prohibía. Y hablando de escepticismo religioso, me viene a la mente otro pensador británico, tan grande como Russell y casi tan escéptico, que pasó a la historia de la filosofía sobre todo por sus contribuciones a la teoría del conocimiento, pero que además se preocupó con bastante criterio de cuestiones éticas y religiosas. Me refiero al gran David, a David Hume, a quien voy a citar, si usted lo consiente, desde sus *Diálogos sobre la religión natural*, escritos más o menos por el año 1751, es decir, hace dos siglos y medio. Se dará usted cuenta, después de escuchar a Hume, que a pesar de su antigüedad este libro no ha perdido nada su frescura original. Hay ciertos lectores, decía Schopenhauer, que piensan que los libros son como los huevos, que conviene consumirlos frescos, ni bien salen a la luz. Nosotros decimos que los buenos libros no se pudren con el paso del tiempo, y este de Hume viene a confirmar nuestra opinión.

CAMPOAMOR. --Bueno, ya. ¿Qué tiene Hume de interesante para decirme?

CORNEJÍN. --En principio, nos explica por qué eligió el recurso platónico del diálogo para exponer su pensamiento religioso:

Cualquier punto de doctrina que sea tan evidente que apenas admita discusión, pero que, al mismo tiempo, sea tan importante que exija ser inculcado continuamente, parece requerir la forma dialogada para ser tratado. De este modo, la novedad del estilo puede compensar la vulgaridad del asunto, la vivacidad de la conversación puede dar más fuerza a lo que quiere decirse, y la variedad de puntos de vista expuestos

por los diferentes personajes puede hacer que la obra no resulte ni tediosa ni redundante.

Por otra parte, cualquier asunto de filosofía que sea tan *oscuro* e *incierto* que la razón humana no pueda determinarse con exactitud respecto a él, parece aconsejarnos que sea tratado --si decidimos tratarlo-- en forma de diálogo y conversación. A los hombres razonables puede permitírseles diferir en aquello de lo que nadie puede estar razonablemente seguro. Sentimientos opuestos, incluso sin llegar a conclusión alguna, proporcionan un agradable entretenimiento; y si el asunto es curioso e interesante, el libro nos servirá para sentirnos en cierto modo acompañados y unir a los dos placeres más grandes y más puros de la vida humana: el estudio y la convivencia.

Felizmente, todas estas circunstancias se dan en el tema de la *religión natural*. ¿Qué verdad hay tan cierta y evidente como la *existencia* de un Dios, verdad que han reconocido las épocas más ignorantes de la historia y por la que los genios más refinados se han esforzado ambiciosamente en producir nuevas pruebas y argumentos? ¿Qué verdad hay tan importante como ésta, que constituye el fundamento de todas nuestras esperanzas, la base más segura de la moral, el más firme soporte de la sociedad y el único principio que no debería estar ausente ni por un momento de nuestros pensamientos y meditaciones? Pero al tratar de esta verdad evidente e importante, ¿cuántas cuestiones oscuras no se plantean acerca de la *naturaleza* de ese divino Ser, de sus atributos, sus decretos y su plan de Providencia? Tales cuestiones siempre han sido objeto de disputas entre los hombres; y, por lo que se refiere a ellas, la razón humana no ha alcanzado ninguna determinación cierta. Sin embargo, estos temas son tan interesantes, que no podemos reprimir la inquietud de tornar a investigar sobre ellos, a sabiendas de que sólo la duda, la incertidumbre y la contradicción han sido hasta ahora el resultado de los estudios más exactos (pp. 26-7).

Resumiendo, para este pensador no existe mejor recurso literario que el diálogo a la hora de escribir sobre cuestiones teológicas. Lo voy a tener en cuenta. ¿Quiere saber cuál es para Hume (o para Filón, que es uno de los personajes que habla por Hume) la primera circunstancia que introduce el mal en el mundo?

CAMPOAMOR. --Me gustaría saberlo.

CORNEJÍN. --Pues es

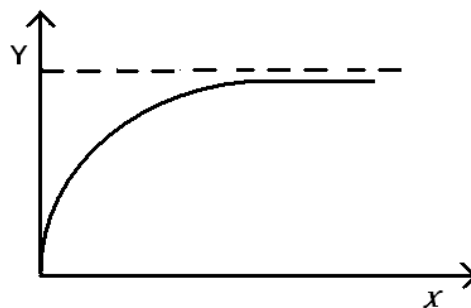
esa **planificación o economía de la creación animal, según la cual los dolores, lo mismo que los placeres, son empleados para incitar a la acción a todas las criaturas, y para hacerlas estar alertas en la gran tarea de la autoconservación. Ahora bien, según le parece al entendimiento humano, sólo el placer, en sus variados grados, bastaría para este propósito. Todos los animales podrían encontrarse en un estado de constante satisfacción; y cuando les surgieran algunas necesidades naturales, como la sed, el hambre o el cansancio, en lugar de sentir dolor, podrían sentir una disminución de su placer que les haría buscar prontamente ese objeto que les es necesario para su subsistencia. Los hombres ponen tanto empeño en perseguir el placer como en evitar el dolor; o, por lo menos, muy bien**

podrían haber sido constituidos de esa manera. Parece, pues, evidente, que sería posible llevar adelante los menesteres vitales sin necesidad de dolor alguno. ¿Por qué, entonces, el animal es un ser susceptible de experimentar esa sensación? Si los animales pueden estar libres de dolor durante una hora, podrían estar perpetuamente eximidos de él (p. 136).

Es preciso cerrar esta puerta, si no se nos colará por ella la idea del ateísmo o, peor todavía, la de un Dios sádico y perverso. Los animales podrían estar perpetuamente eximidos de dolor... siempre y cuando estuviesen también perpetuamente eximidos de placer, o al menos de placer intenso. Ya lo dije mil veces y mil veces lo repetiré: *tanto el dolor como el placer se perciben por contraste*, de suerte que si existiese un animal impedido de sentir ningún dolor desde el instante mismo de su nacimiento, este animal nunca podría gozar con la intensidad propia, por ejemplo, de un ser humano.

CAMPOAMOR. --Filón te contestaría que este contraste que juzgas tan necesario se podría producir mediante simples aumentos o disminuciones de placer, sin tener por qué llegar al punto de involucrar al dolor.

CORNEJÍN. --No niego que los placeres sean susceptibles de percibirse mediante el indoloro expediente de aumentarlos o disminuirlos, pero afirmo que tales placeres, al carecer del profundo contraste que implica la concepción intelectual, el sentimiento, la sensación o al menos el recuerdo del dolor, nunca podrían ser intensos por mucho que aumentasen o disminuyesen y por más bruscos que fuesen estos cambios. A mí me parece claro que si yo doto a un ser cualquiera de la capacidad de vivir placenteramente dentro de un nivel de placer inalterado, este ser, mal que le pese, dejará al poco rato de percibir placer alguno, por más que "objetivamente" nada haya cambiado en su placentera vida, y es que la monotonía absoluta produce insensibilidad, tanto para los placeres como para los dolores (e incluso hace insensibles estímulos que no son en sí ni dolorosos ni placenteros). Esta insensibilidad, es cierto, puede interrumpirse aumentando la intensidad del estímulo placentero; pero si bien podría, en teoría, aumentarse infinitamente esta intensidad, jamás provocará en ningún ser percepciones placenteras que vayan más allá de un tope que podríamos denominar elemental, común a toda la materia (o al menos común al tipo de materia --u organismo-- de que se trate). Esta curva que aquí en la tierra le dibujo,



Eje X: intensidad (objetiva) del estímulo placentero.

Eje Y: intensidad (subjética) de la sensación o emoción placenteras.

con su carácter asintótico grafica bastante bien mi postulado: por mucho que aumente la intensidad de un estímulo placentero, la percepción del goce aumentará cada vez menos, y nunca sobrepasará el tope de placeres elementales (26). La única forma de traspasar esta barrera es ir hacia abajo, hacia el dolor, y, tomando suficiente carrera, volver hacia el placer con nuevos bríos que garanticen a esta curva una erección más prometidora. Yo pregunto: ¿podría existir el amor en una criatura si no existiese, en esa misma criatura, la concepción intelectual de lo que es el odio, o el sentimiento mismo del odio, o el recuerdo de haber experimentado alguna vez este sentimiento? *Si el odio no existiese, no podría existir el amor.* Esto es para mí una verdad casi evidente; pero yo no extrapolo este principio diciendo que si no existiese el dolor, no podría existir el placer (a pesar de que en el fondo me parecería lógica esta operación); lo que yo hago es relacionar el amor con un cambio, si no cualitativo, al menos racionalmente cuantitativo de las percepciones susceptibles de causar placer en la conciencia de un ser (dejando aquí de lado, fuera del concepto "amor", las atracciones elementales de los corpúsculo materiales), y entonces deduzco de si no existiese el odio no podrían existir los placeres más intensos (derivados del amor); y como el odio trae aparejado, directa o indirectamente, al dolor, debo concluir que para gozar de placeres verdaderamente intensos, de placeres espirituales, es necesario vivir en un mundo doliente o en un mundo que haya sido doliente durante buena parte de su historia como para que el significado de la palabra dolor se haya grabado a fuego en el intelecto de algunos afortunados individuos. El dolor, en definitiva, viene a ser una condición necesaria de la existencia del amor. Y si además de aceptar esto aceptamos la hipótesis escatológica de mi autoría que hace un rato le detallé, ya no importará siquiera saber si los dolores a sobrellevar tienden o no a superar a los placeres: el solo hecho de saber que los dolores posibilitan la aparición de sublimes placeres, por escasos que éstos fueren, justificará su existencia y su divino designio. "Líbranos del mal" suplica el Padrenuestro desde su oración postrera; pero Dios hace oídos sordos a este pedido. Y no porque sea impotente o sádico, no: es porque quiere para nosotros algo más sustancioso que el nirvana.

CAMPOAMOR. --¿Estás seguro de haber demostrado, con estos razonamientos, la deseabilidad de la existencia del dolor?

CORNEJÍN. --Desde luego que no. Es más que probable que, aun dando por ciertos mis principios más audaces como por ejemplo el escatológico, algún error de método prive al conjunto argumental que acabo de exponer de todo aplauso lógico. Sin embargo, el argumento está, y quien esté persuadido de que es correcto lo podrá utilizar en contra de quienes negaren la benevolencia o la omnipotencia de Dios, o a Dios mismo, encandilados por la evidente certeza de que el dolor existe en este nuestro mundo fenomenológico. Pero no se crea que nuestro Hume-Filón era uno de éstos: si él argumentaba así, en contra de la deseabilidad del dolor, no lo hacía con la intención de negar a Dios o de dudar de sus magnos atributos, sino para demostrar que los designios de Dios no son susceptibles de ser explicados mediante la lógica.

CAMPOAMOR. --¿Y tú crees que sí, que los designios de Dios pueden ser explicados lógicamente?

CORNEJÍN. --Me parece que sí, siempre y cuando partamos de principios intuitivos, es decir, no revelados por la experiencia, como por ejemplo mi principio

escatológico.

CAMPOAMOR. --¿Tu idea del paraíso psicológico proviene de una intuición?

CORNEJÍN. --En parte sí, y en parte se deduce de la idea de la existencia de un dios bueno y poderoso. Pero no estoy cien por ciento seguro de que sea una intuición y no un presentimiento trucho.

CAMPOAMOR. --A mí me parece, al igual que a Filón, que los designios divinos nunca podrán ser explicados mediante la lógica; la diferencia está en que este irracionalismo a mí me conduce hacia el teísmo y sus verdades reveladas, mientras que a Filón lo sume en un escepticismo especulativo que, subrepticia o palmariamente, siempre termina desembocando en las aguas del ateísmo.

CORNEJÍN. --Lo que sucede es que, para Filón, el teísta y el ateo están más cerca de lo que se imaginan:

Yo pregunto al teísta si no está de acuerdo en que hay una enorme e inconmensurable diferencia --inconmensurable por incomprendible-- entre la mente *humana* y la *divina*. Cuanto más religioso sea, tanto más inclinado se verá a dar una respuesta afirmativa a mi pregunta, y estará más dispuesto a magnificar la diferencia; incluso llegará a asegurar que esta diferencia es de una naturaleza tal, que nunca sería posible magnificarla en demasía. Luego me dirigirá yo al ateo --el cual digo que sólo es ateo nominalmente, siendo imposible que lo sea de verdad--, y le preguntaría si, partiendo de la coherencia y la aparente simpatía entre todas las partes de este mundo, acaso no se da un cierto grado de analogía entre todas las operaciones de la naturaleza, en toda situación y en todo tiempo; le preguntaría si la descomposición de un tubérculo, la generación de un animal y la estructura del pensamiento humano no son energías que probablemente encierran entre sí alguna remota analogía. Es imposible que pudiese negarlo; lo aceptará sin vacilar. Después de haber obtenido esta concesión, lo empujaré un paso más en su retirada, y le preguntaré si no es probable que el principio que originalmente arregló este universo, y que aun ahora sigue manteniéndolo, encierre también alguna inconcebible analogía con las otras operaciones de la naturaleza y, en particular, con la economía de la mente y el pensamiento humanos. Por mucho que le cueste hacerlo, terminará por dar su asentimiento. ¿Cuál es, entonces --grito yo a ambos protagonistas--, el objeto de vuestra discusión? El teísta admite que la inteligencia original es muy diferente de la razón humana; el ateo admite que el principio original del orden encierra alguna remota analogía con ella. Caballeros, ¿es que están ustedes dispuestos a enzarzarse en una discusión respecto a los grados, e iniciar una controversia que no admiten ningún significado preciso ni, consecuentemente, determinación alguna? Si fuesen ustedes tan obstinados como para hacer eso, no me extrañaría que, sin darse cuenta de ello, terminasen por intercambiar sus posiciones. Por una parte, el teísta exagerará la semejanza entre el Ser supremo y las débiles, imperfectas, variables, efímeras y mortales criaturas. El ateo, a su vez, magnificará la analogía entre todas las operaciones de la naturaleza en cada momento, situación y posición. Consideremos, pues, dónde yace el verdadero punto de la discusión. Y si al ateo y el teísta no pueden estarse

sin discutir, que intenten, por lo menos, curarse de ese espíritu de animosidad recíproca (pp. 154-5).

Mirándolo así, es cierto que el teísta y el ateo parecen tocarse, pero a mí me late que lo que realmente diferencia al ateo no ya del teísta, sino de todo aquel que cree en algún tipo de Dios, es más que nada la creencia de que los actos de todas las criaturas que habitan este mundo, o al menos de las pensantes, están determinados por la voluntad individual de cada una de ellas y no por la voluntad general de Dios, mancomunadora y regidora de todas las voluntades individuales. De este modo, para mí son ateos todos aquellos que creen en algún tipo de libre albedrío y son creyentes todos los que creen en algún tipo de absoluto determinismo, por más que muchos de los primeros crean ser creyentes y muchos de los segundos crean ser ateos. El creyente albedrista, si cabe llamarlo creyente, es a lo menos un creciente ilógico.

CAMPOAMOR. --¡Claro!... Entonces San Agustín, por ejemplo, era un ateo, o un "creyente ilógico"...

CORNEJÍN. --Estoy persuadido de que San Agustín no creía en el libre albedrío, y si no lo negaba explícitamente era porque en su época y lugar (como en casi toda época y casi todo lugar) era impopular ir en contra de esa creencia. De lo que no tengo idea es de si este pensador creía o no en un dios apasionable, en un dios susceptible de apasionarse. Digo esto porque Filón no creía:

Es un absurdo creer que la Deidad tiene pasiones humanas (p. 166).

De esto, en rigor de verdad, no se deduce que Filón no creyera en un dios pasional: habla de pasiones humanas, pero bien podría Dios experimentar pasiones no humanas (divinas). Mas como nos es imposible concebir cualquier pasión que no sea humana (las pasiones de los demás animales son de la misma naturaleza que las nuestras), tendemos a considerar que si Dios no es capaz de sentir amores, odios y sus derivados, entonces no se apasiona en absoluto. Por mi parte, yo creo que Dios, a pesar de que se diga que todo lo puede, en realidad está impedido estructuralmente de sentir odio y sus derivados, y tengo mis reservas respecto de su sensibilidad para el amor, aunque la juzgo plausible. Tal como escribiré alguna vez en un futuro poema (dedicado a una mujer muy especial):

**No creo en un dios malo y vengativo
que goce castigando a su criaturas.
Si Dios tiene pasiones como el hombre,
no siente más que amores y ternuras.**

Si existe el amor metafísico (cosa que Scheler aseguraba, pero de la que yo no estoy cierto), entonces "creer que la Deidad tiene pasiones humanas" no es tan absurdo como lo suponía el Filón de Hume.

CAMPOAMOR. --"La venganza es mía", dijo el Señor.

CORNEJÍN. --¿Qué señor?

CAMPOAMOR. --¡Dios!

CORNEJÍN. --¡Por Dios! ¿Dios dijo eso? ¿A qué periódico?

CAMPOAMOR. --No me tomes el pelo. ¿Por qué los argentinos no pueden estarse un minuto sin tomarle el pelo a alguien?

CORNEJÍN. --Porque nos sentimos superiores al individuo cargado, no superiores en todo aspecto, sino dentro del campo en que se desarrolla la tomadura

de pelo.

CAMPOAMOR. --Yo me he sentido muchas veces superior a tal o cual individuo en tal o cual campo del saber, pero no por eso sentí deseos de chancearlo.

CORNEJÍN. --Eso es porque usted no es argentino. Para nosotros es vital, es fisiológico el plasmar una supuesta superioridad en algo cómico y a la vez hiriente. Aunque si la herida se infiere con suficiente gracia no tienen por qué doler nuestras estocadas. En estos casos (que no son los más comunes, lo admito) nuestro humor, a la vez que hiere, analgesia.

CAMPOAMOR. --Hablando de analgésicos, me dejó un poco preocupado la posición de Filón respecto de la inexplicabilidad del dolor en un contexto cristiano-teísta. No es que yo quiera encontrar una explicación lógica de los designios divinos; simplemente temo que los que sí quieren hacerlo comiencen a sembrar dudas en su espíritu por culpa de ese impío razonamiento que habla de placeres y más placeres y niega la utilidad de los dolores.

CORNEJÍN. --No tema, don Ramón: los dolores son absolutamente necesarios al bien vivir; Confíe en mí. O mejor: confíe en Macedonio Fernández, quien desde una óptica diferente a la nuestra, libre de toda connotación religiosa, llegó también a la conclusión de que sin dolor no habría placeres en la vida. Le propongo seguirlo a Macedonio desde dos de sus ensayos: su muy breve "Crítica del dolor" y su "Eudemonología", presentes ambos en el tomo III de sus *Obras Completas* y escritos allá por 1907, año más año menos.

CAMPOAMOR. --¿Quién es ese Macedonio? No le conozco.

CORNEJÍN. --¿Conoce a Borges?

CAMPOAMOR. --Sí, por supuesto.

CORNEJÍN. --Bueno: Macedonio Fernández era uno de sus pensadores favoritos. "Lo imité hasta la transcripción, hasta el apasionado y devoto plagio" escribió, y afirmaba que muy pocos sucesos había en sus semanas que fueran más gratos y esperados que las charlas metafísicas de Macedonio en su mesa de café.

CAMPOAMOR. --Siendo así, le prestaré mi atención.

CORNEJÍN. --No se arrepentirá, se lo garanto. Voy a empezar con una cita extraída de la p. 18, en donde afirma que la vida, a pesar de los dolores inherentes a ella, es por lo general preferible a la nada:

La palabra optimismo es manifiestamente inexacta, pues sólo sería aplicable al sistema que sostuviera lo que dicese --aunque por mi parte no creo que a pensador alguno se le ocurran estas o semejantes terquedades-- opinaba Leibniz: que la vida es hedónicamente no buena y deseable sino óptima. Se llama optimismo, sin embargo, la creencia de que la vida es generalmente mejor que la inexistencia, que la vida contiene por lo general más placer que dolor. Yo entiendo que por poco que se incline la vida en la mayoría de los casos a procurar más placer que dolor, ya es buena y deseable. Y la mejor prueba de que es generalmente deseable está en que es generalmente deseada. Suponer que podría continuar prevaleciendo el deseo de vivir a pesar de que en el contenido de la experiencia individual y hereditaria prevalecieran los capítulos de dolor sobre los de placer es enteramente caprichoso.

Vivir, para Macedonio, es generalmente mejor que no vivir; pero la vida, si bien gana, gana por muy poco margen:

Creo que la prevalencia en la generalidad de las existencias del placer sobre el dolor es apenas apreciable, es insignificante, meramente lo suficiente para que irónicamente sea preferible haber nacido a no hacerlo, en el sentido terrestre, único sentido de la palabra nacimiento. Y esto es así por una razón metafísica, no por un accidente variable como si dijéramos por circunstancias de confort. Así, pues, el progreso en que se cifran tantas esperanzas no puede cambiar estas cosas: siempre ha sido y será así, en el hombre común y en el insecto, y los esfuerzos, recibidos con tanto aplauso, de los que nos representan a nuestros antepasados de hace un millón de años como criaturas de dolor, perpetuamente aterrorizados, inermes y hambrientos, temblando en los bosques y temblando en las cavernas, no demuestran sino que a veces el hombre pierde y procura perder el sentido divino de la vida. Es degradar el Tiempo y la Realidad imaginar que hay tiempos mejores que otros y que el alma y la vida tengan que esperar perfecciones del futuro (pp. 18-9).

CAMPOAMOR. --Pero si la evolución hacia el placer es una ilusión, ¿por qué será que gran parte de la población mundial cree en ella?

CORNEJÍN. --Según Macedonio, sólo los infelices tienden a creer en ese tipo de evolución:

Así como el deseo general de vivir es prueba de la deseabilidad de la vida, la ilusión del progreso hedónico, la general espera del Futuro es prueba de la profunda deficiencia hedónica de toda actualidad y la vida es pura actualidad (p. 19).

Y ahora viene lo que le prometí: la justificación racional de la existencia del dolor (p. 19):

Pienso que la vida es deseable pero apenas deseable y que no puede ser de otra manera porque la vida es una invención del alma; placer y dolor son sus invenciones; placer es lo que el alma quiere que sea presente; dolor lo que quisiera que deje de ser presente; pero la vida sin el dolor podría ser cualquier cosa menos un algo hedónico, y el alma quiere que la vida sea un algo hedónico, además de otras cosas; por eso hay tanto dolor en ella aunque es invención del alma y por eso hay más placer que dolor, porque es invención del alma. Si tales opiniones pueden autorizarse con un símil cabe decir que el placer no podría crecer como no puede aumentar la luz del mundo como hecho subjetivo, pues todo acrecentamiento de la duración del reino de la luz lleva correlativa una intensificación de nuestra sensibilidad para la oscuridad.

En suma: la Vida, que como posición terrestre del ser es invención del alma, tenía que ser por ello satisfactoria hedónicamente, pero ante todo tenía que ser hedónica para que pudiera ser «moral», pues el fenómeno terrestre ha sido concebido como instalación moral y la moralidad nace con el dolor y la pluralidad e individuación, como diría el gran Schopenhauer, el maestro.

Según Macedonio, y en esto coincido con él, si no existiera el dolor viviríamos en un mundo amoral, vale decir, en un mundo indeseable (o al menos adeseable). Esto es lo más sustancioso que nos dice desde su "Crítica del dolor", la cual concluye con

una observación que no viene al caso pero que igual citaré por ser en extremo acertada:

Juzgamos con agrandamiento tanto el dolor futuro como el placer futuro, y el momento presente de ellos resulta tanto para el placer como para el dolor, menor en contenido del que le adjudicaba nuestro juicio previo.

Yo agrego que lo mismo sucede con los placeres pasados (con los dolores estoy indeciso), tanto es así que algunas naturalezas especialmente melancólicas como la mía suelen gozar más del recuerdo de los placeres pasados que de los mismos placeres presentes, y hasta me parece colegir que si voy en busca de placeres refinados lo hago más para gozar recordándolos (o recordando su búsqueda) que por el goce puntual que pudieran suministrarme.

CAMPOAMOR. --¿El recuerdo del primer beso a la mujer amada es más placentero que el beso mismo?

CORNEJÍN. --A veces sí, a veces no. Pero aunque no lo fuera, el recuerdo gana igual la comparación hedónica en virtud de su repetitividad: el beso se da una vez, el recuerdo pasa infinitas veces por nuestra conciencia. Pero le repito que sólo los individuos de temperamento taciturno tienden a gozar hasta el éxtasis con meras añoranzas, y también le aclaro que no estoy hablando por propia experiencia, pues yo nunca he besado a la mujer de mis sueños (salvo en mis sueños).

CAMPOAMOR. --¡Pobre desdichado!

CORNEJÍN. --No es para tanto: mis sueños no están nada mal. Eso sí: añorar ensoñaciones es un poco complicado... ¡Qué rápido se nos olvidan!

CAMPOAMOR. --Cada cual a lo suyo: tú añorando, yo besando.

CORNEJÍN. --No se piense que a mí me disgustan los besos y demás arrumacos: ¡todo lo contrario! Lo que pasa es que, debido mi temperamento, las inversiones de todo tipo (económicas, temporales, psicológicas, éticas) que debería realizar para lograr que una dama me diera bola son tantas y tales que el saldo hedónico nunca me favorecería, siempre suponiendo que la inversión rindiese los frutos esperados, lo que no es para nada seguro. Siempre se trata, mi estimado difunto, de sopesar en los platillos del hedonismo qué es lo que más nos conviene hacer. No todo lo que brilla es oro; y aunque lo fuera, si para sacarlo de la mina debo trabajar diez años y romperme la espalda, paso. Me conformo con lo que disfruté buscándolo.

CAMPOAMOR. --Qué es lo que más nos conviene hacer; ¿de eso trata la eudemonología?

CORNEJÍN. --Para decirlo con mayor rigurosidad,

eudemonología vendría a ser el arte, extraído de la consulta combinada de toda las ciencias o de un saber muy extenso, de indicar las conductas, o reglas cuya observancia fuera más útil, es decir más evitadora de dolores o procuradora de placeres. Consideradas las condiciones más generales y comunes de toda vida humana, examinaría y tomaría el peso a las ventajas e inconvenientes propios de cada uno de los llamados «bienes»: salud, ciencia, fuerza muscular, dinero, belleza personal, sensibilidad, reputación, honradez, etc., haría la crítica severa de ellos, de la que quizá emergiera que ninguno merecería el nombre de «bien», porque ofrecieran

inconvenientes que compensaran sus ventajas, o que alguno de ellos era muy superior en saldo de ventajas sobre inconvenientes, a los otros, y por tanto debiera ser erigido en objeto preferente de nuestros esfuerzos (p. 21).

A mí me parece que de todos los supuestos bienes nombrados aquí, no hay ninguno que pueda catalogarse como un bien eudemónico absoluto: son todos relativos al temperamento y carácter de cada individuo. Por dar un ejemplo, hay gente que, con mucho dinero, vive relativamente feliz mientras que hay otros de temperamento contrario que son inmensamente infelices no sólo a pesar de que son ricos sino precisamente por eso. Los bienes eudemónicos absolutos no existen; los únicos bienes absolutos existentes son los bienes éticos.

CAMPOAMOR. --¿En qué difiere un bien eudemónico de un bien ético?

CORNEJÍN. --El bien eudemónico es favorable al individuo que lo posee, mientras que el bien ético es favorable a la biomasa espaciotemporal, sea o no favorable al individuo que lo posee.

CAMPOAMOR. --¿Hay algún bien ético en la lista que dio Macedonio?

CORNEJÍN. --Negativo. Los únicos bienes éticos son la bondad inteligentemente activa, la veracidad, la inteligencia trascendente y el esteticismo centrífugo (27).

CAMPOAMOR. --¿Qué es el esteticismo centrífugo?

CORNEJÍN. --La capacidad que tienen algunos artistas de facilitarles a los demás, a través de sus obras, la percepción de la belleza. Después está el esteticismo centrípeto, pero como éste no figura en la lista de bienes éticos no viene al caso que le diga en qué consiste. Si quiere saberlo lea mis *Citas y notas*, capítulo xxx, sección xxx [pp. 306-7]. Y la inteligencia trascendente, por si no lo tiene claro, es la capacidad de la mente humana de resolver los problemas trascendentes de la existencia.

CAMPOAMOR. --¿Y la salud? ¿No es la salud un bien ético?

CORNEJÍN. --No lo creo. Y tampoco es un bien eudemónico absoluto.

CAMPOAMOR. --¡Qué! ¿No nos conviene estar sanos?

CORNEJÍN. --Tal vez no, o no a todos.

La salud misma debe tener sus inconvenientes, pues si bien comporta la plenitud de la Actividad, es decir de los recursos musculares e intelectuales que pueden servirnos para obtener placeres y evitar dolores, también representa la plenitud de los deseos sensuales, emocionales y de todo orden, que son otras tantas exigencias que se truecan en dolores si no disponemos de lo necesario para satisfacerlas. Además, la salud es un equilibrio y armonía biológica nada fácil de conquistar y mantener: es a costa de privaciones diarias, de múltiples cuidados en nuestro sueño, alimentación, aireación, ejercicio, vestimenta, placeres, pasiones, contagios prevenidos, adulteraciones de alimentos y líquidos evitadas, etc., que se logra conservarla, y esto requiere no solo esfuerzo, privaciones y mortificaciones, sino estudios, observaciones y consultas. Si, después de todo esto, obtenemos la salud y sus goces nos compensan los sufrimientos y labores que nos exige, resultando un saldo favorable de los placeres que nos proporciona con las privaciones y los trabajos que nos impone, todavía quedará por examinar en este balance una desventaja

que acompaña a todos los estados y condiciones de la vida y surge de la característica constitucional de nuestra economía psico-fisiológica; la compensación o Relatividad, en virtud de la cual el hombre que cuidando su salud logra evitar durante muchos años toda enfermedad, si alguna vez llega a enfermar, lo que no logrará eludir, será mucho más sensible a las mortificaciones y molestias peculiares del estado de enfermedad, que el que con frecuencia ha estado enfermo, y además sus sufrimientos morales serán mucho mayores: no podrá tolerar la inmovilidad y secuestro a que lo reduce la enfermedad y sus temores ante una operación necesaria y sus inquietudes por la posibilidad de morir, le impondrán tormentos que al hombre enfermizo o desarreglado ya no abruman (28). Se ve pues cuán complicado es el tejido de la vida y cuán difícil por tanto la tarea de la Eudemonología. Señalar un camino o táctica que procure al hombre una probabilidad algo apreciable de gozar más que padecer en el conjunto de su existencia es obra muy ardua que toca cumplir a esta ciencia-arte (pp. 22-3) (29).

CAMPOAMOR. --¿Existe para Macedonio algún grupo específico de seres humanos que tienda a quebrar esta casi simetría hedónica que nos atribuye?

CORNEJÍN. --Sí: los jóvenes.

Sólo de un joven muerto a los quince años o antes se podría decir que fue muy feliz (p. 25).

Yo creo que puede haber algo de cierto en que los jóvenes tienden a gozar bastante más que lo que sufren, pero no hay que olvidarse que a esa edad tienden a estar muy poco desarrolladas nuestras papilas éticas y estéticas, y el amor sexual apenas si se asoma. Conviene, me parece, estirar esa edad de plenitud hedónica por lo menos hasta los treinta, siempre hablando con total relatividad, pues hay viejos dichosos que por nada del mundo volverían a ser jóvenes si se les permitiese retroceder en el tiempo. Yo seré uno de ellos dentro de cincuenta años.

CAMPOAMOR. --Los jóvenes tienden a gozar bastante más que lo que sufren porque sus deseos, sea gracias a su propia iniciativa o a la de sus padres, suelen satisfacerse con mayor regularidad y prontitud que los deseos de los adultos. ¿No será esta, la de satisfacer nuestros deseos regular y prontamente, una regla eudemónica absoluta?

CORNEJÍN. --No lo creo, y Macedonio tampoco:

El que todos los días puede acostarse a la hora en que experimente sueño, comer en cuanto sienta apetito, empezar su estudio o trabajo cuando su cerebro o sus músculos lo pidan y suspenderlos cuando se note una leve molestia o fatiga, el que puede aplacar su deseo sexual tan pronto como lo sienta nacer no saboreará casi ningún placer en todos estos actos y momentos. Es necesaria alguna postergación, privación, fatiga forzada según los casos, para que se torne apreciable el placer de la satisfacción postergada o del descanso tras una labor pesada impuesta por las circunstancias. Es necesario que por la privación o retardo, el deseo se intensifique hasta ser realmente un malestar, un dolor, para que la supresión momentánea de ese deseo que se llama satisfacción revista cierta intensidad de placer.

La sustancia de la teoría de Schopenhauer relativa a nuestra contextura afectiva (o hedónica: facultad de sufrir y gozar en forma de sensación, de deseos o de emoción) es ciertísima y constituye una de las grandes visiones de la inteligencia en sus exploraciones de la realidad y de la vida. El placer es siempre negativo, no en el sentido de irreal, lo que fuera una niñería, pues es tan efectivo como el dolor, sino en cuanto sólo se produce por cesación de un dolor. No es sino muy leve y casi indigno de ser tenido en cuenta todo placer que no está constituido por la satisfacción de un deseo que nos ha molestado más o menos tiempo y más o menos intensamente. La sensación de un perfume o la percepción de un matiz agradable no son precedidas de dolor pero poca es la intensidad que alcanzan; muy poco nos moveríamos por ir a buscar un perfume o un color bellos, en tanto que para ir a beber una taza de café caminamos con frecuencia muchas cuadras, porque en este caso existe el deseo, es decir, una sensación molesta que por satisfacción se transforma en placer: entretanto nos agujonea y nos pone en movimiento (p. 28).

Y desde la p. 29 volvemos a emprenderla contra la idea de un universo indoloro propugnada por el Filón de Hume:

Sin comprometernos en un análisis sistemático es de todos modos visible que para la existencia de una gran parte de los placeres es imprescindible la pre-existencia del dolor; que cuanto más intenso es el dolor de deseo más intenso es el placer de satisfacción; que toda cesación de dolor (aunque no sea dolor de deseo sino de sensación) se manifiesta en forma positiva de placer, que no es simplemente la cesación de un estado (el de dolor) sino la desaparición de éste seguida inmediatamente de la aparición del estado contrario (el de placer).

CAMPOAMOR. --Pero si los deseos son siempre dolorosos, y puesto que el noventa por ciento de nuestra vida consciente se nos va deseando cosas y sólo el diez por ciento restante satisfaciendo deseos, ¿no estamos en el caso de decir que Schopenhauer tenía razón, que los dolores, en esta vida, superan con mucho a los placeres?

CORNEJÍN. --De ningún modo, porque si bien el deseo es siempre doloroso, **cuando recién nace, cuando empieza a dibujarse en la conciencia, no parece un estado penoso, o, al menos, no lo es nunca cuando hay la certidumbre o perspectiva de su satisfacción inmediata; no sólo no es penoso entonces sino que es positivamente grato; es un placer emocional quizá superior al placer del instante mismo de la satisfacción del deseo.**

De donde resulta que el mayor número de nuestros placeres es necesariamente precedido de *deseo* pero no de *dolor* y aquí reside el error (mi opinión es que Schopenhauer no padecía tal error, aunque lo sostenía) de Schopenhauer (pp. 35-6).

Y no sólo los deseos se hacen placenteros cuando hay la certidumbre o perspectiva de su satisfacción inmediata: también gozamos deseando cosas de las que no tenemos ni certidumbre ni perspectiva de satisfacer, sino sólo *esperanza*, esperanza que lejos de diluirse se potencia (o potencia sus efectos hedónicos) con

la lejanía en el tiempo del supuesto instante en que se satisfará el deseo. Un deseo, sensitivo o espiritual, que no despierta en nosotros la certidumbre o perspectiva de su satisfacción inmediata, es un deseo que se nos hará, hasta determinado tiempo, cada vez más doloroso... a no ser que lo anestesiemos con esperanza. La esperanza es el triunfo hedónico del medio por sobre el fin; es la prueba de que, al menos para ciertos temperamentos, el deseo insatisfecho tiende a ser más placentero que su satisfacción misma. Satisfacer un deseo es, en cierto modo, entrar al infierno del Dante, pues con el deseo se nos van también las esperanzas. Satisfaga usted todos los deseos del individuo melancólico y esperanzado y verá cómo se desmorona su estado de ánimo. Desaparecerá su melancolía y con hecha su leitmotiv, su razón de ser, su máxima fuente de goces. Porque no sé si usted sabe que la melancolía es placentera.

CAMPOAMOR. --Eso es nuevo para mí. Pero aclárame algo: ¿por qué dijiste que los deseos insatisfechos aumentan la sensación de dolor conforme continúan sin saciarse, pero sólo "hasta determinado tiempo"?

CORNEJÍN. --¿Recuerda lo que hablamos sobre el punto de máximo aprovechamiento del placer? Lo mismo sucede con el dolor provocado por una necesidad insatisfecha: tiende a incrementarse proporcionalmente al tiempo de no satisfacción, pero hasta cierto plazo, a partir del cual tiende a estacionarse o incluso a disminuir. Esto se relaciona con la función de alarma que cumple el dolor en los organismos: se da la alarma ante algún peligro, y se aumenta su intensidad si el organismo no da muestras de haberla escuchado; pero si ya pasó un tiempo prudencial desde el comienzo del dolor y la respuesta del organismo sigue sin llegar, el sistema inmunológico deduce que no es por desatención que el organismo no se aleja del peligro, sino por estar de algún modo impedido de hacerlo, y entonces reduce, o al menos no aumenta, la sensación dolorosa. Lo que no tengo muy en claro es si el punto de máxima percepción del dolor debemos buscarlo, o buscarlo siempre, justo antes del punto de máximo aprovechamiento del placer correspondiente a cada deseo. Dejo esta punta en el aire para que los fisiólogos y psicólogos del mañana se ocupen de dilucidarla valiéndose de un mayor rigorismo científico, trocando mis tibias e inestables autoobservaciones en sobrias y objetivas experimentaciones, aunque cuidándose siempre de no mancillar a la ética en nombre de la ciencia, cosa que sucede muy a menudo cuando de investigaciones biológicas se trata.

CAMPOAMOR. --En resumen, según Macedonio el estado hedónico de todo ser humano adulto estaría virtualmente compensado entre sus alegrías y sus tristezas, siendo indiferente la condición económica, sanitaria, moral, etc. del individuo a los efectos de descompensar este casi absoluto equilibrio.

CORNEJÍN. --Efectivamente. Es la ley biológica que relaciona el deseo (doloroso) con su satisfacción (placentera) la que

establece una igualdad y una compensación casi absoluta en el destino de todos los individuos bajo el punto de vista de la felicidad, sea cualquiera la riqueza, la salud, el poder intelectual, el poder muscular, el valor, la instrucción, la belleza personal, etc., sea cualquiera el grado en que unas personas más que otras posean alguno de estos llamados «bienes» (p. 29).

Debido a esta ley biológica, que en los humanos cobra la forma de un relativismo

psicológico,

nadie puede gozar mucho más de lo que ha sufrido ni puede sufrir mucho sino a condición de haber gozado mucho. [...] la relatividad, pues, dice a todos: «alegraos si sufrís», «entristeceos puesto que gozáis», en vista de que el porvenir del dolor es el placer y el porvenir del placer es el dolor (pp. 44 y 46).

Como ya dijimos, la única variable capaz de torcer un poco, y para bien, este equilibrio, es la edad en que uno muere:

La existencia es dura para todos y no puede ser de otra manera; lo único que alcanza a determinar una diferencia considerable entre una existencia y otra con respecto a su balance final de goces y sufrimientos, es la oportunidad o inoportunidad con que llega la muerte. Es una gran ventaja morir cuando se ha disfrutado de todo el período bueno subsiguiente a uno malo; y es el colmo del infortunio que se extinga la existencia cuando se iniciaba el buen período. Vivir poco o mucho nada significa, pues la vida en sí no es un bien, y ningún destino más envidiable que el de quien muere antes de los veinte años,

siempre tomando estas afirmaciones como meros postulados estadísticos, pues

la intensidad de la dicha puede ser tan completa a los cincuenta años, a los quince y mucho jóvenes a los veinte años son ya profundamente desgraciados (p. 46).

CAMPOAMOR. --¿La felicidad y la infelicidad nos llegan de acuerdo a fluctuaciones periódicas?

CORNEJÍN. --Según Macedonio, sí.

Nos parece que es un rasgo general de las vidas individuales el que aparezcan divididas en largas épocas de sufrimiento y de bienestar alternativamente; es decir que el placer y el dolor no nos llegan inopinadamente alternándose a cortos intervalos, porque ningún acontecimiento por extraordinario que sea puede transportar a un hombre de un día para otro de la dicha a la infelicidad ni sacarlo bruscamente de un estado de profundo padecimiento para colocarlo a la mañana siguiente en un estado paradisíaco. Los acontecimientos no pueden tanto sobre nosotros (p. 30).

En mí, sin embargo, al menos en el presente son los acontecimientos los que zangolotean mi estado de ánimo, sin cuidarse para nada de interrumpir cualquier tipo de período más o menos prolongado de bonanza o malaria, los cuales no visualizo en absoluto mirando hacia mi pasado, o si los veo es precisamente en virtud de algún acontecimiento que los prohijó. Mis estados anímicos, lejos de cambiar de acuerdo a cierta periodicidad regular e inmanente a ellos mismos, se mueven casi siempre debido a causas exteriores, rotando a un ritmo que podría compararse con el que se verifica en los cambios de la temperatura ambiente durante los meses de verano: el calor (léase mi euforia) tiende a incrementarse lentamente con el correr de los días, hasta que llega un cambio de viento (léase un acontecimiento negativo) que da lugar a la tormenta que hace bajar bruscamente la sensación térmica. Mi estado de ánimo, ante la ausencia de acontecimientos relevantes, se comporta como el agua evaporada: sube sin necesidad de esfuerzos

internos o empujes externos (aunque estos últimos --léase acontecimientos favorables-- le imprimen mayor aceleración al ascenso); pero toda vez que un acontecimiento relevante (y a veces no tan relevante) de orden negativo se interpone en mi camino, automáticamente se condensa el agua y cae tan rápida y tristemente como las gotas de lluvia. Espero en el futuro dejar de depender tanto de los acontecimientos externos a la hora de alegrarme o entristecerme. Es una deuda que tengo conmigo mismo y con mi maestro Epicteto y que debo saldar si quiero convertirme en algo parecido a un filósofo. Y respecto de la hipótesis de la compensación hedónica, le comento que yo también creía en ella, y esto está documentado en mi diario, sobre todo en las anotaciones correspondientes al 23/10/93, época en la que no conocía no ya la teoría, sino la misma existencia de un escritor llamado Macedonio Fernández, por lo que mal podría ser acusado de plagio. (Tampoco conocía los escritos de Hume que también abonan el postulado compensatorio.) Pero así como creía Macedonio que existe un factor y sólo uno que tiende a desestabilizar para bien esta compensación, y que radica en fenecer "oportunamente", luego de concluido el disfrute de uno de nuestros períodos de dicha, así también yo creo ahora en la existencia de un factor de desequilibrio positivo, pero no lo relaciono tanto con el oportunismo de nuestra muerte sino con el amor que seamos capaces de ofrecer durante nuestra vida. Es verdad, como dice Macedonio, que ni la riqueza, ni la salud, ni el poder intelectual, ni el poder muscular, ni la valentía, ni la instrucción, ni la belleza personal, etc., constituyen valores eudemónicos absolutos, pero hay un hecho que a mí me parece difícil de refutar, y es que el amante, sin ser en todo momento y en todos los casos más dichoso el no amante, estadísticamente tiende a superar la compensación hedónica con mayor asiduidad que el común de la gente, siendo además sus picos de alegría y sus pozos de congoja mucho más elevados y profundos que los del hombre promedio. El amor no es un bien eudemónico absoluto en el sentido de que todo amante sea, en todo tiempo y lugar, dichoso, pero sí lo es en el terreno estadístico, en el terreno de los grandes números. No todos tenderíamos a ser más felices si tuviésemos más dinero, o más salud, o más intelecto, o más musculatura, o más valentía, o más instrucción o más belleza, pero todos tenderíamos a una mayor felicidad si lográsemos aumentar nuestro potencial amoroso.

CAMPOAMOR. --Y ¿cómo hacía Macedonio para calcular el grado de felicidad o desdicha de una persona?

CORNEJÍN. --A este respecto, lo único que aclara es que **eudemonológicamente placer y dolor no tienen más que dos modos (como diría Spinoza) o calidades: duración e intensidad; y estas calidades son permutables o compensables; hablando en términos de Matemática (ciencia que sentimos mucho ignorar completamente): una duración A de una intensidad B es igual a una duración B de una intensidad A** (p. 40).

CAMPOAMOR. --Entre los diferentes tipos de placer y dolor, ¿sólo existen diferencias cuantitativas, como creía Bentham, o las hay también cualitativas, como era la opinión de Mill?

CORNEJÍN. --Da toda la sensación de que Macedonio abonaba la hipótesis de Jeremías.

Fuera de la duración y de la intensidad, no hay calificativo que nos

conmueva; sea el dolor o el placer digno o indigno, superior o inferior, noble o innoble, merecido o inmerecido, estas palabras nada dicen a un eudemonólogo concienzudo (p. 41).

CAMPOAMOR. --¿No diferenciaba bajo ningún aspecto no cuantitativo a los placeres y dolores entre sí?

CORNEJÍN. --Los diferenciaba por la causa que los provoca. Así, hablaba de placeres y dolores de sensación, de emoción y de deseo.

CAMPOAMOR. --¿Podrías explayarte sobre lo que opinaba Macedonio de cada una de estas causales?

CORNEJÍN. --Cómo no, comenzando con

a) Placer y dolor de sensación. Placer: La visión, audición y el tacto son siempre gratas, pero su placer aunque casi continuo es insignificante. El gusto y olfato son fuentes de placer y dolor, y ambos más intensos. Las sensaciones llamadas internas son siempre de dolor y pueden llegar a terribles intensidades. Las de temperatura son placenteras o dolorosas; pueden alcanzar gran intensidad.

Después menciona a

b) Placer y dolor de la actividad intelectual y muscular. Son sensaciones gratas o penosas que siguen la ley del deseo, ya se trate de acción o inhibición. Son origen de placer y dolor pues, también, todos los deseos sensuales o morales.

Y por último

c) Las emociones. Son estados simultáneos musculares, intelectuales e internos, es decir muy complejos, que suelen asumir a veces una forma muy neta de deseo con toda su evolución y otras no, siendo en ambos casos fuentes de dolor y de placer (p. 41).

CAMPOAMOR. --Aquí hay algo que no encaja. Si es que existe una compensación estadística casi absoluta entre los placeres y dolores que percibimos (30), ¿con qué se compensan esos terribles dolores provocados por las sensaciones internas? El mismo Macedonio dice que no existen las sensaciones internas placenteras...

CORNEJÍN. --Esto ya se lo preguntó a sí mismo nuestro pensador desde la p. 39:

¿Qué placer físico de pura sensación hay que pueda compensar, que pueda soportar la comparación con uno de esos formidables dolores físicos, como una dislocación, una quemadura extensa o la universalmente tradicional extracción odontológica?

Hay placeres y dolores morales tan intensos como éstos pero ¿dónde están los placeres de la sensación que podamos echar en el otro platillo de la balanza?

Y una página después encuentra la solución:

La compensación se encuentra en los placeres cotidianos de satisfacción de deseos en intensidades normales, habituales, aplacados sin postergación, es decir, antes de que se hayan trocado en dolores, inmediata o casi inmediatamente arribados a la conciencia. Estos placeres

no son precedidos de dolor; pueden, pues, ser inscritos en el haber para compensar los dolores de sensación.

CAMPOAMOR. --Lo más importante que se deduce de este ensayo es que tanto los buenos como los malos tienen idénticas posibilidades de llegar a la felicidad, ¿no es cierto?

CORNEJÍN. --Según Macedonio,

todo hombre llega a la felicidad ineludiblemente, cualesquiera que sean sus defectos de carácter (para la dicha y la desdicha ninguna forma de carácter es cualidad o defecto sino que es las dos cosas alternativamente y según las circunstancias) (p. 45).

Como sabrá usted aquí discrepo con Macedonio: para mí, los individuos temperamentalmente más equilibrados, o sea los de mejor carácter, tienden a sumar saldos más favorables en la balanza hedónica en comparación con los individuos de mal carácter. (El verbo "tender" se hace molesto pero es indispensable puesto que tratamos con postulados estadísticos.) Sin embargo, y en esto sí coincido con Macedonio, no es cierto que sólo los malos se rijan por el principio de placer:

Nuestros goces y nuestros sufrimientos podrán revertir la forma más egoísta o altruista; siempre eludir dolor y obtener placer serán el modo único de respirar la Vida, propio de todo ser vivo (p. 42).

Tanto la ética del asesino como la del santo se basan en lo mismo, pues

el Placer es el único criterio inmovible de la existencia (p. 30).

Aclaro que "buscar placer" no es necesariamente lo mismo que "buscar *autoplacer*". El santo, generalmente, busca con sus acciones el gozo de los demás; y si a su vez goza viendo cómo gozan los otros, éste es un efecto rebote que la situación del santo nunca tomó en cuenta cuando le sugirió realizar tal obra. Todo ser vivo, en todo momento, realiza la totalidad de sus acciones movido, consciente o inconscientemente, por apenas dos consignas: buscar el placer y evitar el dolor (mediata o inmediatamente), pero no necesariamente *su propio* placer o *su propio* dolor. Este punto, que casi nunca fue analizado por los eudemonólogos, es el único capaz de hacer creíble la relación estricta entre la ética y el placer. Si por una extrañísima casualidad me topase hoy día con un joven ávido de incursionar en el estudio de la ciencia de la felicidad, le sugeriría que leyese, entre otras tantas cosas que escribí sobre este tema, mi regla hedonista tripartita, que figura en el capítulo xxx, sección xxx de mis *Citas y notas*.

CAMPOAMOR. --Quiero volver por un momento a las sensaciones internas. Lo de la compensación ya lo entendí, pero ¿qué recomienda Macedonio si es que deseamos no ya compensar estos dolores, sino suprimirlos de nuestra conciencia?

CORNEJÍN. --Recomienda ser valiente. O mejor dicho (puesto que recomendar valentía es algo inútil y necio), no recomienda nada, sólo afirma que

la situación que se llama valor psicológico, o valentía --no el valor de pelea que es furor, una emoción que excluye las sensaciones-- es un procedimiento psicofisiológico analgesiante del dolor y consistente en la máxima contracción muscular y atencional (p. 63).

CAMPOAMOR. --¿Y cómo podemos activar este procedimiento?

CORNEJÍN. --En principio, desdeñando el miedo:

El mayor enemigo de esta máxima contracción que analgesiaría al dolor, cuyas sensaciones de esfuerzo anularían los procedimientos de fuga al dolor, es el miedo, que es casualmente la emoción de desmontación, de desentonación de todas las energías; queda el individuo sufriendo al par del dolor que siente de sensación bruta y del dolor emocional del miedo a ese dolor (p. 63).

Esto en cierta forma es una petición de principio: ¿quiénes son valientes? ¡Pues los que no son cobardes, hombre!

CAMPOAMOR. --Pero el valiente que se vale de esta "contracción muscular y atencional", ¿siente o no siente el dolor?

CORNEJÍN. --Según Macedonio, no:

El que soporta a perfección, con perfecta preparación un dolor, no lo siente; siente operaciones de contacto, de presión, pero el dolor no lo siente (pp. 63-4).

Y a continuación se pregunta:

El estado atencional, ¿cuál es? Necesita vigilar con el estado atencional para el instante en que comienza el dolor; se debe seguir la expectativa para soltar en ese momento la energía. [...] la energía en ese momento está jugando simultáneamente a estar con el gatillo levantado para operar en el momento en que va a empezar el dolor --y aun momentos antes, aunque no se podría prolongar mucho tiempo sin duda esa expectativa-- para quitarle el acceso, junto con la emoción desarticulante, desmontadora, desquiciante de toda la energía que es el miedo. Yo he visto a personas soportar los más horribles dolores de extracción de una muela, sin anestesia, y sin proferir un grito ni una queja --y tratándose naturalmente de una persona de sensibilidad *normal*--; pero esa persona transpiraba intensamente al aferrarse a la silla operatoria; esto prueba que nadie soporta que se le queme un dedo del pie mientras revisa un libro, pero que podría soportarlo sin dolor si dedicará todas sus energías al esfuerzo. El dolor no es de soportar sino de sentir; el valor consiste en poseer tales energías que hagan al sujeto no sentir el dolor, las mismas energías que le hacen al peleador no sentir el dolor sino después de la analgesia, aunque esta analgesia derive en este caso de otra fuente, la emoción del furor, no de las sensaciones del esfuerzo; en el caso del paciente de dolor de muelas no se trata de un analgesia emocional sino de la incorporación de las sensaciones de un máximo despliegue de energía atencional y muscular.

Y en el párrafo siguiente dice que este procedimiento

puede definirse en un cierto sentido como analgesiante, y en cierto sentido como obstructor de la aparición demoledora del miedo, de la emoción corroyente, desarticulante y relajante que es el miedo, que es abandono completo del sistema de ajustamiento orgánico. Y así como en la emoción del miedo se llega hasta la relajación de los músculos de los intestinos, de la vejiga, etc., en el esfuerzo de soportación entran en *contracción* (es decir, lo opuesto a relajación), hasta los músculos de la boca, de los ojos, del ceño, de los pies, del brazo. Pero lo esencial es que

no es un modo de mantenerse quieto ante el dolor; es un modo de no sentir el dolor --y de no huir de él autodestruyéndose--, por un esfuerzo intensísimo que no se podría ni prolongar ni repetirse muchas veces en la vida; yo creo que quizá no sería susceptible de ser realizado más de una docena de veces a través de una vida, pues se perdería la valentía, sobrevendría acobardamiento ante la reiteración de las circunstancias. Pero es empero, suficiente recurso para luchar contra el dolor en cada vida personal, pues, al fin y al cabo, no hay por qué pensar que las circunstancias que hicieran indispensables esos máximos esfuerzos de soportación fueran más corrientes que las posibilidades de cumplir esos esfuerzos.

En definitiva, en este sentido

lo sabio de la vida consiste en tender a reemplazar en lo posible los dolores involuntarios --causados por los hechos, sobrevinientes de cualquier manera-- por el sufrimiento voluntario del esfuerzo de trabajo psicológico, tratando inteligentemente la adquisición de conocimientos causales, y trabajos de preparación de una reserva de energía de soportación para los dolores que no pueden evitarse.

Esto es, por supuesto, en lo atinente a la soportación --llamada valor-- para las intensidades dolorosas. Pero debe haber un mecanismo parecido para las paciencias, para la preparación de soportación de los dolores pequeños, de las molestias prolongadas y frecuentes.

Por lo demás esta norma de conducta eudemónica tiene en vista solamente el caso de dolores provenientes de sensaciones. Si el dolor deriva de emociones [...] ya es más difícil [prescribir] cómo ha de procederse (p. 65).

Y por último, en la p. 68 explica por qué, gracias a este procedimiento analgésico, la gente no se suicida toda vez que se siente invadida por un dolor agudo:

Haciendo la psicofisiología del dolor, ha de verificarse que sobrevenido el modo cíclico de la afectividad negativa o dolor, aparece instantáneamente el reflejo de autodestrucción, ni más ni menos que como se toma un vaso de agua cuando se tiene sed o se huye del fuego; matar el cuerpo es la huida enteriza; pero, como aparece enseguida el esfuerzo y las sensaciones de esfuerzo de soportación (esfuerzo muscular y esfuerzo atencional que son las dos formas del esfuerzo), no sólo se inhibe el reflejo de autodestrucción o evasión, sino que se hace en la conciencia un campo efectivo casi neutro, de compensación placer-dolor.

Según Macedonio,

no hay ningún suicidio causado por el sufrimiento. El suicidio es un acto maniático, una idea fija de destrucción del cuerpo personal, pero no es hijo del dolor. ¿Qué es lo que hace que evitemos el reflejo de evasión, que estando en nuestras manos dejemos de aniquilarnos? Las sensaciones gratas del esfuerzo de soportación llenan la escena de la conciencia en un doble acontecer mental.

Yo creo que, si bien no hay muchos suicidios causados por el sufrimiento corporal, buena parte de ellos tiene como causa detonante un intenso sufrimiento espiritual que no alcanza a ser neutralizado por esfuerzo muscular y atencional ninguno.

Coincido con Macedonio en que el suicidio "es un acto maniático, una idea fija de destrucción del cuerpo personal", pero maniáticos y autodestructivos somos todos, sólo que a los menos virulentos, a los que no se entregan a las prácticas autodestructivas por afición o adicción, les hace falta un empujoncito que los incite a matarse, y este detonador exterior, esta causa externa movilizadora de resortes internos, suele venir de la mano de los dolores, sobre todo de los espirituales.

CAMPOAMOR. --¿Hemos terminado con Macedonio Fernández?

CORNEJÍN. --Hemos terminado con su "Eudemonología", pero si quiere podemos glosar su "Teoría del valor", que figura en el mismo tomo III de sus *Obras Completas* y que se relaciona bastante con el anterior ensayo.

CAMPOAMOR. --El tema del valor y la valentía ya lo hemos tocado...

CORNEJÍN. --Ciertamente, pero aquí se agregan algunos datos interesantes. Por ejemplo, ¿sabía usted que, según Macedonio,

los genios literarios, o científicos, o artísticos, y los atletas eminentes, son necesariamente cobardes para los dolores de sensación por la sencilla razón de que son genios artísticos o científicos o musculares y no genios de valor (héroes), es decir porque no se han dedicado a dominar sus sensaciones sino a estudiar química o música (p. 78).

CAMPOAMOR. --¿Ser valiente requiere tanta dedicación como ser artista o científico?

CORNEJÍN. --Según Macedonio, sí.

El valor es absolutamente una cultura y como tal excluye, más o menos, a otras culturas en la medida en que toda dedicación de las energías a una cosa excluye dedicaciones a otras.

CAMPOAMOR. --¿El valor es una cultura?

CORNEJÍN. --

Prueba de que es una cultura, es decir de que supone una dedicación especial de energías siempre renovada, es el hecho de que Saber y Valor se excluyan en cierta medida, porque ambos son cultura, aplicaciones cotidianas de la actividad individual, y en la proporción en que las energías del individuo se apliquen a reaccionar de las sensaciones y perspectivas de sensaciones de dolor (o sea: a inhibir el miedo) le restarán menos energías para dedicar a la adquisición de conocimientos y organización de ideas. Comprueba que es el Valor una cultura la facilidad con que un individuo de escaso valor puede adquirirlo (con pérdida de otras eficacias) en poco tiempo bajo una disciplina severa e inteligente sobre todo (pp. 84-5).

CAMPOAMOR. --Ya veo: vendría a ser la cultura de la inhibición sistemática del miedo.

CORNEJÍN. --Pero no de todo miedo.

El Valor no es la cultura de la inhibición de toda emoción de miedo sino sólo de las emociones de miedo que las *intensidades* de dolor provocan; no hay o no se encuentra en la vida el valor para las pequeñas molestias, para vencer la pereza de cada día, para renunciar al placer y a los hábitos de ciertos placeres; el valiente rehuye un día de labor, o la

privación de un goce lo mismo que el no-valiente.

CAMPOAMOR. --¿El valor es ciento por ciento cultural? ¿No viene prefabricado, al menos en parte, a través de los genes?

CORNEJÍN. --

Todo valor es adquirido por el individuo mediante una cultura especial más o menos deliberada o consciente, no se hereda ni viene regalado en un sólido sistema nervioso (p. 78).

CAMPOAMOR. --Y el furor del guerrero, que lo incita a combatir y anula todo temor, ¿no es señal de valentía?

CORNEJÍN. --Eso

no es valor sino indignación, cólera, vale decir, emoción, y ya hemos dicho que el valor no es emoción.

CAMPOAMOR. --¿Cómo es, temperamentalmente hablando, el individuo valeroso?

CORNEJÍN. --

Aunque, según el autor, todo depende en el valor de un intenso despliegue activo, ello no supone que el valiente sea hombre de gran actividad cotidiana mental o muscular, ni que posea gran poder mental o muscular. Por el contrario el muy valiente es poco activo, necesariamente, poco inteligente o sabio y poco poderoso muscularmente. Es visiblemente un perezoso en la vida cotidiana, así como el hombre de gran actividad real diaria, mental o muscular, es poco valiente, fácilmente dominado por una sensación de dolor (pp. 78-9).

CAMPOAMOR. --¿Y tú qué opinas de toda esta teoría del valor?

CORNEJÍN. --En primer término me gustaría que diferenciásemos el valor de la valentía, cosa que no hizo ni Macedonio ni nadie que yo conozca. Al individuo valeroso lo defino como aquel que no siente miedo ni se inmuta frente a los dolores presentes o a la perspectiva de dolores futuros, mientras que valiente es todo aquel que, además de lo antedicho, va él mismo, consciente y deliberadamente, a enfrentarse ante tal o cual circunstancia que reconoce potencialmente dañina y dolorosa. Ahora bien; yo coincido con Macedonio en que estos individuos, en tanto que valientes o valerosos, no conocen los grandes miedos sensitivos y por consiguiente no experimentan la emoción dolorosa que los caracteriza, pero no estoy seguro de que, como él afirma, una vez aparecido el dolor sensitivo sean capaces de *anularlo* en vez de *soportarlo*. El hecho de que no se inmuten frente al dolor no es prueba de que no lo estén padeciendo. Esa energía "atencional y muscular" que contrarresta la sensación dolorosa no niego que pueda llegar a existir en algunos casos, pero según mi opinión no estaría relacionada sino indirectamente con el valor y la valentía, pudiendo haber individuos cobardes (miedosos) que, impedidos por equis causa de huir del dolor, una vez frente a él lo anulen o atenúen valiéndose de estas contracciones. Yo creo que no es lógico medir el valor y la valentía, cualidades harto espirituales, de acuerdo a un mero fenómeno fisiológico, y por eso los mido en relación al miedo, que es un fenómeno

emocional, o sea espiritual.

CAMPOAMOR. --Macedonio te replicaría que entonces debes considerar al encolerizado combatiente como un individuo valiente, puesto que no siente miedo al enfrentarse a su enemigo.

CORNEJÍN. --No, porque yo dije que el valiente va hacia el dolor *consciente y deliberadamente*, y el furor anula la clara conciencia de lo que se está siendo e impide cualquier deliberación. Para mí, es valiente quien va hacia el peligro sabiendo que va hacia el peligro y habiendo decidido ir debido a motivos racionales, no emocionales (31). Y el hecho de que después soporte el dolor con estoicismo o lo anule con contracciones fisiológicas no es más que un detalle anecdótico que no interfiere en la consideración de su valentía, o si interfiere lo hace de modo contrario a lo que suponía Macedonio, pues un hombre que va hacia el peligro sin miedo aun sabiendo que no podrá contrarrestar las sensaciones dolorosas es mucho más digno de ser considerado valiente que aquel otro que va sin miedo porque confía en su capacidad analgesiante.

CAMPOAMOR. --Y eso de que el valor no es genético...

CORNEJÍN. --Toda cualidad de todo ser vivo es más o menos genética, no existen las cualidades "ciento por ciento culturales". Si quiere usted un ejemplo palmario de esto, ahí tiene el lenguaje. Nada más cultural que el lenguaje, y sin embargo, ¿por qué no podemos, aprendizaje mediante, hacer que los monos hablen? El aparato de fonación de los monos, que es genético, les impide articular palabras por mucho que se los eduque a tal efecto; el aprendizaje se ve obstaculizado por detalles anatómicos o fisiológicos. Esto mismo sucede con la "cultura del valor" o con cualquier otra cultura, sólo que los detalles genéticos que obstruyen el aprendizaje dentro de tal o cual campo del saber y del acontecer humanos, o los detalles que lo incentivan, no se aprecian aún con tanta claridad como el impedimento vocal de los simios. Hay anatomías y fisiologías humanas mejor predisuestas que otras para el aprendizaje o la puesta en práctica del valor y la valentía, predisposición que no es cien por ciento determinante como la del ejemplo anterior, pero existe y le facilita o dificulta las cosas al aprendiz de valiente.

CAMPOAMOR. --El valiente, ¿nace o se hace?

CORNEJÍN. --Amén de contar con una predisposición anatómico-fisiológico-metabólica favorable, el valiente debe trabajar duro durante su vida para ganar este verdadero título de nobleza, pero este trabajo ni se aplica a "reaccionar de las sensaciones y perspectivas de sensaciones de dolor" ni es tan absorbente como para impedir que un individuo de temperamento equilibrado pueda, mientras se hace valiente, hacerse la vez sabio y por qué no santo. Macedonio decía que el saber y el valor en cierta medida se excluyen, puesto que si nos dedicamos a vivir para el intelecto no nos quedarán tiempo ni energía suficientes para ejercitar nuestros impulsos heroicos, y viceversa. Lo que ha sucedido y sucede con la gran mayoría de los valientes y de los intelectuales es que, efectivamente, los dedicados a una de estas "culturas" se desentiende de la otra, pero no por falta de tiempo o energía, sino por manía, gusto o incapacidad. Todo carácter individual está compuesto de tres variantes: somatotonía, viscerotonía y cerebrotonía. Cuanto mayor sea la desproporción entre tales variantes, mayor será la descompensación que manifestará el individuo entre sus acciones, sus emociones y sus pensamientos. Así, los individuos predominantemente somatotónicos tenderán a

dedicar mayor tiempo y energías al concepto de acción y tal vez, con buena probabilidad, se conviertan en hombres valientes, pero no olvidemos que por definición el valiente *reflexiona* antes de acometer al peligro, es decir, utiliza su cerebrotonía, y por eso el somatotónico exagerado (somatorótico), que utiliza casi con exclusividad su tiempo y energía en movimientos corporales y desdeña tanto la razón como la emoción, difícilmente podrá ser catalogado como valiente. Antes bien, enfrentará al peligro por instinto, como la leona que protege a sus cachorros del fornido macho extranjero que quiere matarlos; eso no es valentía. La cultura del valor no sólo no excluye a la cultura del saber y a la cultura del amor, sino que se complementa con ellas para dar forma a la cultura del equilibrio temperamental, que es la cultura de la perfección. Toda dedicación exclusiva o casi exclusiva de las energías a un solo campo del acontecer vital humano es patológica, y por lo tanto indeseable. Entrenarnos para el heroísmo no nos consumirá la totalidad de nuestro tiempo de conciencia, sino sólo una tercera parte, y lo mismo si lo que deseamos es la sabiduría o la santidad. Todo esto (incluidos los conceptos de somatotonía, viscerotonía y cerebrotonía) lo expliqué con algún detalle en mis anotaciones correspondientes al 20/10/97; a ellas lo remito si desea interiorizarse un poco más sobre tales cuestiones. Y con esto, ahora sí, terminamos con Macedonio. A no ser que le interese a usted, como le interesaba a él y me interesa mí, además de la salud espiritual de que venimos hablando hace rato, la salud corporal. Si es así, lo convido a escuchar la postura pro-higiénica y anti-terapéutica que este pensador sostiene desde su "Teoría de la salud" (1918 aproximadamente), que se acerca bastante a lo que yo mismo entiendo cuando hablo de sanidad.

CAMPOAMOR. --La higiene está muy bien cuando de evitar enfermedades se trata, pero una vez que la enfermedad se hizo presente, ¿cómo eliminarla si no por medio de una terapia?

CORNEJÍN. -- Según Macedonio, la higiene no sólo evita las enfermedades, sino que también las cura.

Existe universalmente la idea de una terapéutica, es decir, de sistemas, de procedimientos *no-higiénicos* que deben aplicarse en toda enfermedad producida, es decir, de reglas que no son las mismas que se prescriben para no enfermar, y mi idea es que con un enfermo debe hacerse lo mismo (y ninguna otra cosa benéfica puede hacerse) que debe hacer toda persona para no caer en esa enfermedad y en cualquier otra. Si para no enfermar no se requieren remedios tampoco para cesar de estar enfermo deben requerirse.

El vulgo cree a veces, y se equivoca, que hay recursos jurídicos con cuyo empleo el hombre deshonesto puede vivir en idéntica situación jurídica que el honesto y reparar los efectos de su mala conducta. No hay más que un camino para que cese cuanto antes una mala situación jurídica producto de una mala conducta: y es comenzar de lleno y enseguida a hacer vida honesta, a decir la verdad y cumplir con todos, aun en el mismo pleito en que se ha incurrido ya. Los efectos de una mala conducta anterior no se pueden curar: hay que soportarlos hasta que naturalmente se agoten, es decir, hasta que se cumpla la medida de efectos que corresponden a la conducta mala anterior, y mientras se están soportando estos efectos se debe desde ya empezar a hacer vida justa

para no ir acumulando nuevos efectos malos de nueva conducta mala. Es todo lo que se puede hacer: lo que no hay en este mundo es *remedio* para nada: la idea misma de remedio jurídico o médico es viciosa y producto de una naturaleza moral viciada, es decir un debilitamiento o apartamiento del derrotero divino de la totalidad moral de la Realidad. No considero estrictamente identificables el fenómeno salud y el fenómeno jurídico: esta comparación facilita la comprensión de mi punto de vista, nada más.

Me formo la noción de una Higiene todopoderosa no sólo para eludir toda enfermedad de las que suponen nacer de recargo o irregularidades en las funciones cotidianas del organismo, como una dispepsia, anemia, insomnio, neurastenia, etc., sino de las que se imputan a contagios, contactos, es decir, de aquellos factores a los que se atribuye la singular e inicua eficacia de ocasionar que una persona que vive higiénicamente pueda ser enfermada por otra que vive sin higiene, y den nacimiento a enfermedades agudas o crónicas.

Al mismo tiempo entiendo que esta Higiene es la única posible Terapéutica, y creo que todas las enormes actividades que se gastan buscando remedios para las enfermedades son radicalmente perdidas, salvo en cuanto acabaron por servir para aclarar y confortar la noción de que el camino único de vuelta a la salud es el mismo que de conservación de ella en razón de que toda terapéutica, aun admitiéndola eficaz para hacer desaparecer el conjunto de anormalidades de una enfermedad, sólo lo logra a costa de sacrificios y perturbaciones orgánicas tan costosos como la enfermedad misma, en tanto que la terapéutica de mera higiene no sólo es la vía de más pronto regreso a la salud sino que no comporta daño alguno, ni dolor, y aumenta todos los poderes orgánicos (pp. 208-9).

Luego Macedonio dice que

el antídoto es otro veneno que daña al organismo permanentemente (pues todo daño y violencia hecha al organismo es permanente) y queda siempre totalmente en pie la duda de si abandonando el organismo a sus propias reacciones no se habría salvado también el paciente. Esta es la gran incógnita, el verdadero problema de la terapéutica. De una manera general, la incógnita de la terapéutica (como en otras ciencias prácticas: la Pedagogía, la Criminología, por ejemplo) se plantea en forma que parece eludir toda comprobación o rectificación. El verdadero problema de la terapéutica es éste: ¿cómo saber si el enfermo a quien se ha tratado terapéuticamente no habría sanado lo mismo sin el tratamiento? ¿Cómo saber si no existiendo Policía y Cárceles habría más o menos delincuencia? ¿Cómo saber si no existiendo Jueces se cumplirían más o menos honestamente los contratos? ¿Cómo saber si no existiendo Gobierno habría más o menos orden social? ¿Habría más o menos pobres si no existiera la filantropía social? (Pp. 209-10).

Pero ya que utiliza la palabra antídoto, cabe que nos preguntemos, quienes detestamos la terapéutica y amamos la higiene, qué pasaría con aquel sujeto mordido por tal o cual serpiente venenosa si no le inoculásemos el correspondiente antídoto. Es probable que sin el antídoto artificial el hombre sucumba, lo que demuestra, según me parece, que no toda terapéutica es ineficaz o

contraproducente a escala individual; es más, creo que no sólo los antídotos contra venenos ofidios pueden potencialmente curar trastornos que nuestro propio cuerpo, por sí mismo, es incapaz de erradicar: gran parte de la terapéutica no higiénica cumple su cometido (a saber, la erradicación de los síntomas de las enfermedades a nivel individual) de un modo bastante aceptable. La diferencia entre la higiene y la terapéutica no radicaría entonces en la capacidad de curación individual, sino la capacidad de curación genérica, en la curación de la especie humana como un todo integrado. La terapéutica apunta a la curación de tal o cual individuo en particular, o tal o cual grupo de individuos, y a veces lo logra, sólo que a costa de perjudicar, en algunos casos, al mismo individuo o grupo que curó de algún mal que se le desfasó hacia otro sector del organismo; pero podría suceder que, como parece que sucede luego de ingerir el antídoto contra el veneno de víbora, el organismo individual no salga en absoluto perjudicado por la terapia no-higiénica, desplazándose en estos casos el perjuicio sanitario de la escala individual a la escala genética y también a la escala cultural. Así, la curación de las enfermedades y trastornos de todo tipo por medios higiénicos es relativamente lenta y a veces ineficaz en el contexto individual, pero es rápida y cien por ciento eficaz en el contexto genético y cultural, mientras que la curación por medios terapéuticos no-higiénicos suele ser más rápida y eficaz en el contexto individual o grupal, pero si no repercute negativamente, como suele suceder, en otro ámbito corporal o espiritual de los propios pacientes tratados, no por eso dejará de repercutir negativamente dentro del ámbito genético y cultural de las futuras generaciones. Se bastardea nuestro acervo genético haciéndolo depender de sustancias artificiales, y lo mismo nuestro acervo cultural, que se alejará un paso más de la higiene como concepto moral y se acercará un poco más a la doctrina del materialismo ético que sugiere que todo puede lograrse, incluidas la salud y la felicidad, sin sacrificios y luchas interiores, tan sólo valiéndonos de un buen capital y de los objetos externos (en este caso remedios) que con él podamos comprar.

CAMPOAMOR. --¿Estoy muy errado o debo concluir de esto que es inmoral suministrar un antídoto al hombre que agoniza mordido por una cobra?

CORNEJÍN. --Estrictamente hablando, tal vez no sea un acto inmoral, pero sí un acto inético.

CAMPOAMOR. --¿Inético ?

CORNEJÍN. --Acto inmoral es aquel que perjudica más de lo que beneficia a determinado grupo o comunidad, mientras que los actos inéticos perjudican más de lo que benefician al conjunto de la biomasa espaciotemporal. Así las cosas, bien se ve que un mismo acto puede ser perfectamente moral para determinado grupo e inmoral para otro, y puede ser moral e inético a la vez, como sería el caso de la prescripción del suero antiofídico.

CAMPOAMOR. --¿Me estás diciendo que la ética universal considera negativo el acto de salvar de la muerte a un ser humano?

CORNEJÍN. --Sí si para salvarlo es necesario matar a otros quinientos, o a cincuenta, o uno solo.

CAMPOAMOR. --¿Y a quién mato dándole un antídoto al mordido?

CORNEJÍN. --A los futuros mordidos que, en medio de la selva, sin tener a mano antídoto ninguno, perecerán inexorablemente por no haberse dedicado, las generaciones anteriores, a contrarrestar el veneno naturalmente valiéndose de su

propio sistema inmunológico.

CAMPOAMOR. --¡No me vengas con eso! La elaboración masiva de sueros antiofídicos comenzó hace menos de un siglo; el hombre viene siendo mordido por serpientes desde hace milenios. Si no se hizo naturalmente inmune durante todo ese tiempo, ¿por qué podría inmunizarse ahora?

CORNEJÍN. --Porque ahora el hombre es consciente del poder de su voluntad. Sabe que el sustrato de todo el mundo fenomenológico es el deseo, y que si desea algo con total sinceridad y confianza, este deseo tarde temprano se cumplirá. Parcialmente, tal vez, en él, pero completamente en sus sucesores. Así es como funciona el mecanismo mutacional de todo ser vivo; sólo que nosotros los humanos, al tener clara conciencia de lo que deseamos y sobre todo del proceso que hace viable la concreción de nuestros deseos, hacemos que la lenta burocracia que impera en las mutaciones del resto de la materia viviente se convierta en un trámite más o menos expedito.

CAMPOAMOR. --¿Expedito?

CORNEJÍN. --Cierto es que hoy en día los humanos, si bien tenemos conciencia de lo que deseamos, generalmente no deseamos inmunidad ante las serpientes sino riquezas, fama y poder sobre los demás. Cuando la naturaleza de nuestros deseos se torne más inteligente, ahí sí nuestras mutaciones benéficas crecerán a un ritmo alocado.

CAMPOAMOR. --Y mientras tanto... ¡que se mueran los mordidos!

CORNEJÍN. --Sepa usted que un hombre que se alimenta exclusivamente de frutas raramente perecerá víctima de una herida ponzoñosa: su sistema inmunológico, aun sin antídoto, encapsulará las toxinas antes de que lleguen al sistema nervioso central y las expulsará por alguno de sus emuntorios.

CAMPOAMOR. --El chimpancé se alimenta de frutas y sin embargo muere cuando es mordido...

CORNEJÍN. --El chimpancé se alimenta de frutas cuando las encuentra, lo que no se da todos los días. Si no, se alimenta de hojas, insectos, carne, huevos o lo que fuere, comidas estas últimas que debilitan su inmunidad.

CAMPOAMOR. --Salgamos del ejemplo de la mordida de serpiente y vayamos a uno más común en los grandes poblados: ¿qué harías tú ante un diabético impedido de sintetizar su propia insulina? ¿Le negarías la utilización de insulinas farmacológicas?

CORNEJÍN. --Si actúo movido por impulsos morales tal vez no, pero si actúo movido por impulsos éticos se la negaría de plano (no le impediría que él mismo la buscara, pero yo no se la facilitaría), al tiempo que le recomendaría que se mudara al campo o al bosque, donde impera el aire puro, que comiese solamente frutas y nueces crudas y que no tomara agua ni ningún otro líquido que no provenga de una fruta sin cocción. Si sigue al pie de la letra mis recomendaciones, estoy cierto de que los síntomas de su diabetes no lo perturbaran tanto y que su páncreas volverá, de a poco, a segregar insulina suficiente (33).

CAMPOAMOR. --Toquemos ahora un ejemplo más mecánico: ¿estás en contra de que se le suministren anteojos al miope?

CORNEJÍN. --Usted ha dicho la palabra clave: mecánico, o mejor: *macromecánico*. Las terapias no-higiénicas que interfieren micromecánicamente con los procesos internos del organismo (sueros, vacunas y demás medicaciones)

son las que realmente ponen en peligro la continuidad y la salud genética de la especie; en el caso de los anteojos, prótesis, etc., la deficiencia corporal se suple mediante aparatos que actúan macromecánicamente, los cuales vienen en auxilio de nuestros defectos sin la nefasta consecuencia de trasladar estos defectos hacia otro sector de nuestro cuerpo o de nuestra mente, o de potenciarlos en las siguientes generaciones. No toda terapéutica no-higiénica es inética: si da resultado, las curaciones que atacan el problema desde fuera de nuestra estructura molecular, o que modifican nuestros órganos sin modificar sus íntimas estructuras, son curaciones altamente deseables y yo las apoyo.

CAMPOAMOR. --¿Y si para el miope antedicho la solución no está en los lentes, sino en la cirugía?

CORNEJÍN. --La cirugía utiliza procedimientos macromecánicos y por lo tanto es perfectamente deseable si es que logra extirpar o atenuar la dolencia o el defecto, y siempre y cuando no sea complementada o requiera la utilización de compuestos que actúen micromecánicamente.

CAMPOAMOR. --¡Qué! ¿Habrá que operar sin echar mano de los antisépticos, desdeñando las enseñanzas que mi contemporáneo, el gran Pasteur, prodigó el mundo?

CORNEJÍN. --Los antisépticos no actúan sobre nuestra estructura interna, actúan sobre los microbios, que no son parte de nosotros. Luego es perfectamente lícito, a los efectos de mi ética, utilizarlos siempre que se sospeche que la invasión microbiana será demasiado extensa como para que la combatan eficazmente nuestros solos anticuerpos.

CAMPOAMOR. --¿Y entonces por qué consideras inética la vacuna contra la gripe, siendo que procura destruir microbios que no son parte de nosotros?

CORNEJÍN. --Los antisépticos destruyen los microbios por su propio efecto, mientras que las vacunas modifican nuestra estructura fagocitaria y luego es ésta la que combate la enfermedad; he ahí la diferencia.

CAMPOAMOR. --Y la ingestión de frutas, que tanto recomiendas para evitar las enfermedades, o la ingestión de cualquier otro alimento, ¿acaso no modifica nuestra fisiología a nivel molecular?

CORNEJÍN. --Desde luego que sí, pero comer no es un procedimiento terapéutico sino higiénico. Las únicas modificaciones a nivel molecular que presentan graves contraindicaciones aparecen con la terapéutica micromecánica o con la violación de los preceptos higiénicos. El comer frutas, procedimiento higiénico por excelencia, modifica, claro está, nuestras moléculas, pero para bien.

CAMPOAMOR. --De acuerdo: estamos dispuestos a operar al miope y bañarlo con antisépticos. ¿Lo anesthesiaremos?

CORNEJÍN. --Si es anestesia local, que actúa directamente sobre las terminales nerviosas, sí. Las otras no: alteran la microestructura del organismo, tienen efectos mutagénicos (34).

CAMPOAMOR. --Los rayos X también son mutagénicos; ¿vas a negar por eso su valor, pese a que las probabilidades de que modifiquen nuestra genética son mínimas si se los utiliza con moderación?

CORNEJÍN. --Siento demasiada simpatía por los esposos Curie, sobre todo por Marie, como para desvirtuar las bondades de los rayos X. Sin embargo, por mínima que sea su probabilidad, el efecto mutagénico existe, además del riesgo ecológico

que todos corremos frente al problema de los desechos radiactivos. Sopesando sus pro y sus contras, llego a la conclusión, provisoria por ahora (como lo son, por otra parte, todas mis conclusiones), de que la aplicación de rayos X sólo se justifica éticamente cuando la enfermedad o el trauma son excesivamente delicados y a la vez el médico no tiene la más pálida idea de las características (ubicación, daños colaterales) de la dolencia. Las fracturas comunes y no problemáticas, entre otras lesiones y patologías, dejarían así de ser radiografiadas, con lo que nos evitaríamos, si no la mayor parte, al menos un buen caudal de las radiaciones mutagénicas producidas hoy por la medicina. Todo esto teniendo en cuenta que los rayos X no se aplican con fines terapéuticos sino informativos; en cuanto se pretende ya no diagnosticar sino curar por medio de radiaciones, como es el caso de la radioterapia por ejemplo, sigo firme en mi postura: son procedimientos inéticos, pues trabajan fuera del terreno de la higiene y mediante alteraciones micromecánicas (ya no son accidentales e indeseadas como en los rayos X, sino premeditadas y deseadas). Téngase siempre presente que yo no estoy diciendo aquí que la radioterapia no sirva para extirpar un cáncer, solamente digo que la utilización de radiaciones con fines curativos trae, a la larga, más consecuencias negativas que positivas para el bienestar del mundo, nada más que eso digo.

CAMPOAMOR. --Y ¿qué harán los hospitales? ¿Prohibirán a sus médicos tomar radiografías de piernas quebradas?

CORNEJÍN. --Lo que hará el médico será explicarle al que viene con su pierna fracturada todo lo que acabo de explicarle a usted; y si aun así, a pesar de que el médico lo juzga innecesario o poco necesario, el paciente insiste en radiografiarse, se satisfará su deseo, siempre y cuando la contaminación o las perspectivas de contaminación radiactiva del hábitat no sean exageradas; si es así, el radiólogo le negará no su derecho a radiografiarse, sino su simple colaboración, debiendo el paciente recurrir a un profesional amigo que se muestre acorde con su punto de vista.

CAMPOAMOR. --¿Y los cancerosos? ¿Qué haremos con los cancerosos? ¿Les negaremos todo tratamiento?

CORNEJÍN. --Sólo la radio y la quimioterapia; les queda la cirugía. Además, claro está, de la higiene, de las buenas ondas y de la religión.

CAMPOAMOR. --¡Bueno sería que en pleno siglo XXI los enfermos no pudiesen requerir más ayuda que la divina, como si viviesen en la Edad Media! ¿En serio crees tú que rechazar estos adelantos terapéuticos es algo que contribuye al progreso? Más bien parece que vas hacia atrás...

CORNEJÍN. --Contribuye al progreso espiritual, que es el único que me interesa. Y cuando hablo de recurrir a la religión no quiero significar un pedido de auxilio a Dios a cambio de unos padrenuestros, unas velas o una peregrinación, que eso no es religión, sino mercantilismo metafísico. Religión no es pedir sino dar, dar todo, lo material y lo espiritual. Dar nuestras posesiones y nuestro amor, todo en un mismo paquete. Todavía no entiendo cómo es que los enfermos terminales no se convierten en santos.

CAMPOAMOR. --Y ¿qué dice a todo esto Macedonio?

CORNEJÍN. --Lo dejé un rato libre para que fuera en busca de refuerzos, y se vino con Montaigne, quien

tiene la valiosa observación de que la Medicina libra batalla a la

enfermedad en el mismo terreno en que ésta se presenta, es decir nuestro cuerpo, que promovido a campo de batalla queda debidamente arrasado (empero Montaigne presta fe a la cirugía, en lo que digo que yerra, pues es tan artificial, tan medicación la cirugía como todo otro intento de atajar y suplir a la naturaleza) (p. 212).

Como se ve, yo estoy en esto más cerca de Montaigne que de la radicalidad de Macedonio, pues mi lucha no apunta contra lo artificioso sino contra lo inmoral (o inético), y estas dos palabras no son necesariamente sinónimas. Aquí no se trata de "atajar y suplir a la naturaleza" (¿los quirófanos están fuera del orden natural del universo?), se trata de atajar a la enfermedad, que pertenece, sí, a la naturaleza, pero también pertenece a ella la inteligencia que diseñó el escalpelo y el escalpelo mismo. ¿Acaso el jabón, elemento higiénico por excelencia, no es artificioso, no ataja las enfermedades producidas por los microbios? Si Macedonio estaba en contra de la cirugía sólo por el hecho de ser artificiosa y de querer atajar enfermedades, entonces Macedonio nunca se enjabonaba. ¡Gracias a Dios que nunca se me cruzó mi camino!... (35)

CAMPOAMOR. --Viéndolo así, hasta las aspirinas son naturales...

CORNEJÍN. --¿Y quién lo niega? Todo lo artificial es a su vez natural. La naturaleza incluye lo creado por la inteligencia humana, lo creado por la inteligencia divina, e incluye también, según mi punto de vista, lo increado, lo abstracto, lo metafísico. La farmacología es inética, pero no porque sea artificial, sino porque no cumple su cometido de procurar la erradicación de *toda* enfermedad, antes bien se ocupa de combatir tal o cual enfermedad específica, sin sospechar que su erradicación por medios micromecánicos no elimina la patología, simplemente la traslada hacia otra enfermedad que a partir de ahí será más virulenta, o si no posibilita la aparición de una enfermedad nueva, como por ejemplo el sida en la década del ochenta.

CAMPOAMOR. --¿La erradicación de la viruela causó el sida?

CORNEJÍN. --La erradicación de la viruela por medios micromecánicos hizo que su patología se trasladara, pero no sé hacia dónde (36).

CAMPOAMOR. --Todo esto es demasiado especulativo. Un poco de conjetura no está mal, pero aquí te vas de rosca...

CORNEJÍN. --Pruebas le pedían también a Darwin; le decían que buscarse a un animal que pariese a otro animal de distinta especie, que ahí sí le creerían eso del transformismo. Y yo, como Darwin, sigo especulando y haciendo caso omiso de tal búsqueda de pruebas imposibles, pero el carecer de pruebas concretas no indica que mis especulaciones carezcan de base: a mí me bastan, como le bastaban a Darwin, unos cuantos indicios vehementes para levantar sobre ellos una teoría. Dios (la intuición) los cría y ellos (los indicios vehementes) se juntan.

CAMPOAMOR. --Karl Popper decía que la teoría darwinista es irrefutable y que por eso mismo no es en verdad una teoría científica, pues lo que no es susceptible de refutación no puede aspirar a semejante rango. Lo mismo podría decirse de tu doctrina sanitaria.

CORNEJÍN. --Darwin escribió en una carta que "la modificación de las especies no puede probarse directamente", que es algo parecido a decir que no puede refutarse, así que concuerda con Popper en este punto; en lo que no concuerda con él, y yo tampoco, es en que el valor de una teoría se juzgue de acuerdo a esta

posibilidad de ser refutada. "Mi teoría se vendrá a tierra, o subsistirá, según que esté en condiciones de agrupar y de explicar los fenómenos. Es asombroso cuán pocos hay que la juzguen de esta manera, la única verdadera". Una teoría que agrupa y explica fenómenos es ya por eso digna de ser lo que es: una teoría hecha y derecha, independientemente de si puede o no ser refutada por un acontecimiento puntual. Estrictamente hablando, el darwinismo (tomando este vocablo sólo como indicativo de su idea principal: el transformismo, dejando de lado las demás hipótesis accesorias), el darwinismo es perfectamente refutable. ¿Acaso no sería refutado si dentro de un millón de años no hubiese surgido ninguna especie nueva? Para refutar (o confirmar) al darwinismo sólo hace falta tiempo, el mismo que hace falta para confirmar o refutar mi teoría sanitaria. Entretanto, y mientras sigan agrupando y explicando fenómenos, tendrán todo el derecho de seguir llamándose teorías, nada más ni nada menos que teorías (ni tanto como leyes ni tan poco como mitos), ¡y que Popper se revuelque en su tumba! (37). Ah: la cita de Darwin la tomé prestada de la *Historia de la filosofía moderna* de Harald Höffding, tomo II, libro noveno, sección C,1b.

CAMPOAMOR. --Los fenómenos que agrupa y explica (o intenta explicar, fallidamente) la teoría de Darwin son por todos conocidos; ¿cuáles son estos fenómenos en lo que respecta a tu teoría sanitaria?

CORNEJÍN. --Mi teoría (que no es mía del todo, pues está inspirada en gran parte por la postura del escritor que estamos analizando, debido lo cual la llamaré "teoría de Fernández-Cornejín"), mi teoría en globa la totalidad de los fenómenos patológicos humanos, tanto los corporales como los mentales, y explica (o intenta explicar, no sé si fallidamente) por qué el cociente *personas enfermas/personas sanas* es, si no más alto, al menos igual en esta época que en siglos anteriores, siendo un hecho evidente que las terapéuticas de todo tipo se han masificado como nunca en nuestros días. Teniendo entonces en cuenta que este cociente no varió sustancialmente, y que sí aumentaron y en forma descomunal (sobre todo a partir del siglo pasado) tanto las medidas de orden higiénico (acceso masivo al agua potable, recolección y limpieza sistemática de residuos, asepsia personal, mejor selección y control de los alimentos y mayor variedad en su consumo, etc.) como las terapéuticas, y considerando totalmente descabellada cualquier hipótesis que intente vincular, en relación directa, la higiene con la enfermedad, aparece como bastante viable la hipótesis que afirma que todos los esfuerzos que han hecho los higienistas por reducir las enfermedades, si bien fueron en sí mismos efectivos, no redundaron en una mejora sanitaria mundial debido a que la terapéutica micromecánica, desde Jenner hasta hoy, se ocupó de contrapesar todos y cada uno de los beneficios que la *sana medicina* (parece redundante pero hay que decirlo así), es decir la higiene y las terapias macromecánicas, introdujeron en el mundo. ¿Le parecen de poca monta los fenómenos que agrupa e intenta explicar mi teoría? Y otro detalle, que pesa y mucho en nuestro destino sanitario: las terapias micromecánicas tienden a incentivar lo que podría llamarse "pereza higiénica". Es más fácil y más barato, por ejemplo, vacunar contra tal o cual enfermedad a una población relativamente aislada del África, que proveerla de una red de agua potable, de cloacas, de alimentos inmunizantes (frutas y verduras frescas) y de una educación completa que haga de la higiene un ídolo a venerar. La medicina de hoy se ocupa de vacunarlos prolijamente, y después ¡que los negritos se pudran en su

inmundicia y en su ignorancia!... Y así les va a los pobres negritos, sitiados hoy por la malaria, mañana por el cólera, pasado por el ébola y así *ad infinitum*; y así le va a la medicina, cada vez con más enfermos que curar, al punto que algún mal pensado podrá sospechar si no es eso lo que buscan los laboratorios, curando por un lado y descurando por el otro, si no están actuando como se dice que actúan algunos mercaderes de productos piojicidas, que al tiempo que venden su remedio van a las escuelas y a las plazas públicas a desparramar liendres. ¿Qué pensaríamos de la policía si, conociendo la manera de terminar con el delito, no la divulgase por el hecho de saber que si se acaba el delito los policías se quedan sin trabajo? Un policía que al ver que el delito se extingue lo fomenta para mantener su empleo es difícil de imaginar, mas no es tan difícil de imaginar un laboratorio multinacional que haga lo propio con el concepto de enfermedad.

CAMPOAMOR. --Visto está que repruebas de plano la farmacología; ¿harás lo mismo con la herboristería?

CORNEJÍN. --La farmacología que repruebo de plano, vale aclararlo una vez más, es la que fabrica remedios que trabajan micromecánicamente alterando nuestras moléculas. Y respecto de las plantas medicinales, si no han sido sometidas a ningún proceso artificial (cocción, agregado de vitaminas o minerales, etc.) y la experiencia muestra que en verdad tienden a curar o aliviar cierto tipo de dolencia, no tengo motivos para desecharlas, pues las encasillo dentro del grupo de los alimentos pro-higiénicos, que si bien actúan micromecánicamente alterando nuestra estructura molecular, las alteraciones que producen son en general constructivas y no destructivas como las de la medicina artificial.

CAMPOAMOR. --¿Te parece que vayamos cerrando el tema?

CORNEJÍN. --Cómo no. Me queda un último consejo sanitario de Macedonio, consejo de los más sabios que nos ha dado --que no han sido pocos--, aunque no por eso pierda su carácter relativo:

En cierto modo el secreto de la salud es la fatiga, voluntaria, y el secreto del recobre de la salud es el descanso. Con Schopenhauer estoy en esto y con el hondo y elegante decir de Bacon: en la enfermedad el cuidado y en la salud la acción. Encarece Schopenhauer arrostrar fatigas y cambios cuando nos sentimos sólidamente sanos, pero cuidarse de tal cuando enfermos, pues entonces «los órganos no son susceptibles de endurecimiento», es decir, añadiré, de fortificarse por ejercicio y fatiga sino, al contrario, sólo de sanarse por sabio reposo (p. 213).

Ejercicio, y ejercicio violento, para evitar enfermedades, y el más absoluto descanso posible para reponerse de ellas: he ahí la más sustanciosa prescripción médica. Y ahora que terminamos con Macedonio Fernández, le recuerdo por qué fue que lo traje a colación: porque coincidía conmigo en eso de que el dolor es absolutamente necesario al bien vivir, salvando así, racionalmente (y aunque él no se propusiera esto específicamente), la aparente contradicción que algunos ven en la existencia de un Dios bueno y todopoderoso que no impide que sus criaturas sufran. Creo haber dicho todo lo que tenía para decir en relación a este particular; sin embargo, y aun a riesgo de ser reiterativo y cansador, me permitiré llamar al estrado, en defensa de esta idea, a un último pensador, que ya por el calibre de su nombre, y porque además de pensador era un auténtico filósofo, hará que muchos de los que reniegan de Dios por este motivo empiecen a pensar un poco más seriamente

sobre la infinita sabiduría que hay detrás de cada miseria humana. Este señor, al que con orgullo califico como uno de mis grandes maestros, se llama Epicteto, quien en el libro I, capítulo VI de sus *Pláticas* (escritas por su discípulo Arriano) se planta frente a un hipotético melindroso, de esos que hoy son legión, que se le queja porque "se me cae la moquita", y le responde: "Entonces, ¿para qué tienes manos, esclavo? ¿No será para que te suenes tú mismo?" Y aquí viene el retuque ateo-filosófico del quejoso: "¿Luego es razonable que haya moquita en el mundo?", a lo que contesta Epicteto con esta espléndida disertación:

¿Y cuánto más te valiera sonarte que no quejarte? ¿O qué piensas que fuera de Heracles, si no llega a haber semejante león y la hidra y el ciervo y el jabalí y ciertos hombres malhechores y bestiales a quienes él expulsó y barrió? ¿Pues qué hiciera, si no llega a haber nada de eso? ¿No es evidente que, bien arropado, se estuviera durmiendo? Y así, en primer lugar, nunca habría sido Heracles, en gran regalo y sosiego dormitando la vida entera; y aunque lo hubiera sido, ¿para qué aprovechara? ¿Para qué sirvieran aquellos brazos y toda aquella fuerza y constancia e hidalguía, si no llegan a sacudirle y ejercitarle unas ciertas circunstancias y objetos? Entonces, ¡que! ¿Cumplíale a él aparejarse eso y mirar de traer de otra parte a su tierra un león, un jabalí, una hidra? Vaya necedad y locura. Mas supuesto que existían y se hallaron, útiles fueron para revelar y ejercitar a Heracles.

Ea, pues, también tú, que sientes todo eso, contempla las facultades que posees y, habiéndolas mirado, di: «Ponme de veras, o Zeus, en las dificultades que quieras: pues poseo una disposición que me has dado y recursos para ilustrarme con lo que me sobrevenga». No; sino que os quedáis mano sobre mano, temblando porque tal cosa no suceda, o bien pesarosos, llorando y gimiendo por lo que sucede; luego a los dioses recriminaréis. Pues ¿qué otra cosa puede seguirse de tamaña cobardía e impiedad? Y, sin embargo, Dios, no sólo nos dio estas facultades con las cuales podemos sobrellevar cualquier suceso sin quedar humillados ni quebrantados por él, sino que, como buen rey y padre verdadero, todo eso nos lo dio exento, incoercible, desembarazado, totalmente lo puso bajo nuestra dependencia, sin reservarse el ello poder ninguno para prohibir ni estorbar. Tales facultades poseyendo libres y vuestras, no usaréis de ellas ni os das cuenta de que habéis recibido, ni de quien lo recibisteis, sino que os estáis ahí llorando y gimiendo, los unos, con respecto a Quien os lo dio, como ciegos e ignorantes de tal bienhechor, los otros, por ruindad distanciándose en censuras y quejas contra Dios. Y, sin embargo, para la longanimidad y la hombría yo te mostraré cómo posees esos recursos y disposición; en cambio, para censurar y quejarte cuáles recursos poseas, eso muéstramelo tú.

Y un poco más abajo en ese mismo libro I, en el capítulo XXIX, completa la idea mientras exhorta a los aprendices de estoicismo que ya casi egresan:

... Porque un mozo salido de la escuela y cara a las dificultades es como aquel que se aplicó a resolver silogismos, que como se le proponga alguno fácil, dice: «Prefiero que me pongáis alguno bien complicado para que así me ejercite». También los atletas con los entrenadores ligeros se

disgustan: «No me levanta», exclaman. No; sino cuando, en vez de un ejercicio de entrenamiento, al encararse con un efectivo contrincante o con una dificultad práctica en la vida, ha de llorar y decir: «Quisiera aprender aún». ¿El qué? Si no aprendiste esas cosas para poderlas mostrar por obra, ¿para qué las aprendiste? Yo pienso que alguno de los aquí sentados ha de andar consigo mismo como de parto y decir: «¿Que a mí ahora no me acuda dificultad semejante, como la que a éste le vino? ¡Yo ahora consumirme sentado en un rincón, pudiendo ser coronado en Olimpia! ¿Cuándo será que alguien me anuncie un tal certamen?» En esta disposición debíais hallaros todos vosotros. Más entre los gladiadores del César los hay que se irritan porque nadie los saca ni los empareja y hacen votos a Dios e importunan a los encargados pidiendo singular combate; en cambio, entre vosotros, ¿ninguno se mostrará así?

¿Le quedan a usted ganas, señor Campoamor, después de haber escuchado esto, le quedan ganas de decir que la existencia del dolor, y los horrendos y deliciosos combates que éste promueve, no son, para un creyente, susceptibles de ser explicados racionalmente?

CAMPOAMOR. --Me reservo mi opinión. Ahora te pregunto: ¿no te caería bien, después de tanta cita hedonista y optimista, una buena dosis de pesimismo?

CORNEJÍN. --¡Qué!, ¿me va a citar a Schopenhauer?

CAMPOAMOR. --No, a su alma gemela italiana: Giacomo Leopardi.

CORNEJÍN. --Me encantaría escuchar las ideas (no los poemas, pues no sé italiano) del señor Leopardi, aunque estoy cierto de que ni un pelo me moverán hacia el pesimismo. Perdóneme usted, pero debo volver aquí a Macedonio:

... En cuanto a las lacrimosidades indeciblemente tontas y aburridas de Leopardi (redimidas sólo por sus versos, y exquisito estilo) consistentes casi siempre en un interminable lamentarse de la iniquidad y villanía de los hombres --género de pesimismo el más pueril e insufrible-- nadie las ha refutado, mas no por irrefutables, seguramente (p. 49, siempre del tomo III de sus *Obras Completas*).

Espete nomás al poeta, don Ramón, que tal vez sea yo el primero que lo refute.

CAMPOAMOR. --Antes que nada te aclaro que yo tampoco soy un pesimista, pero no por eso me privo de solazarme con los grandes literatos que adhieren a esta doctrina. Y digo grandes literatos y no grandes poetas porque Leopardi, como versificador, para mí no valía gran cosa. Todos los escritores que no tienen en su lira más que un bordón, desde Tirteo, pasando por Lucano y Herrera, y acabando en Leopardi y en Quintana, ocultan en la grandilocuencia de la forma la vacuidad del fondo*. Pero dejemos en paz al Leopardi poeta y metámonos con el prosista. Comenzaré citándote algunos de sus pensamientos aforístico hallados entre sus manuscritos de Nápoles. Los extraje de un compendio titulado *Obras de Leopardi*, y el número de página que te detallaré corresponderá con este volumen, pero también te anotaré de la numeración original que el propio Leopardi le dio a cada uno de estos pensamientos. El número VI, por ejemplo, figura en la p. 71 y dice así:

La muerte no es un mal: porque libera al hombre de todos los males, y

*Cf. Las *Obras completas* de Ramón de Campoamor, tomo III, página 24.

junto con sus bienes acaba con sus deseos. La vejez es el sumo mal: porque priva a los hombres de todos los placeres, dejándole los apetitos; y trae consigo todos los dolores. Sin embargo los hombres temen a la muerte y desean la vejez.

CORNEJÍN. --La vejez no nos priva de todos los placeres, sino sólo de los sensitivos y de los que dependen del ejercicio violento, y aun de los sensitivos no nos veda la totalidad: los viejos comen y beben con tanto placer como nosotros. Impide sí la vejez --aunque no en todos los casos-- el amor carnal y las emociones que de aquí derivan, pero el amor espiritual es con mucho más placentero, y la facultad de experimentarlo no tiene por qué perderse si el viejo ha sido durante su vida higiénicamente responsable y por ende ha llegado a sus postrimerías con perfecta salud y sin chocheras. Respecto de los apetitos, los que no encuentran satisfacción son mucho más numerosos en los adultos que en los viejos (los apetitos sensuales van atenuándose, y si no se atenúan es porque el viejo aún está en condiciones de satisfacerlos); y en cuanto a que la vejez "trae consigo todos los dolores", esto es verdad sólo para los que han sido negligentes durante su vida en el cuidado de su cuerpo y de su espíritu.

CAMPOAMOR. --Leopardi te contestaría que tú crees que la vejez no es más dolorosa que la adultez simplemente porque tienes la esperanza de que tu propia vejez no será demasiado conflictiva.

Téngase por axioma general que, salvo por tiempo muy corto, el hombre, no obstante cualquier certidumbre y evidencia de las cosas contrarias, nunca deja entre sí y sí, y aun escondiendo esto a todo los demás, de creer verdaderas aquellas cosas cuya creencia le es necesaria a su tranquilidad de ánimo, o por decir así, para poder vivir. [...] no hay cosa en el mundo tan falsa ni tan absurda que no la tengan por verdadera los hombres más sensatos, toda vez que el ánimo no encuentra forma de acomodarse a la cosa contraria, o de conformarse. No dejaré de notar que los viejos se hayan menos dispuestos que los jóvenes a abandonar las creencias en que se apoyan, abrazando las creencias que le ofendan: porque los jóvenes poseen mayor osadía para afrontar el mal y más aptitudes para sostener su conciencia o perecer (LIV, pp. 83-4).

Según esto, tú estás obstinado como un viejo en creer que tu vejez será feliz.

CORNEJÍN. --¿Sabe por qué Leopardi fue un hombre desdichado? Porque no abrigaba esperanzas. Sean fundadas o infundadas, las esperanzas ya son por sí mismas una fuente de placer.

CAMPOAMOR. --Sí, pero nos exponen al doloroso desengaño...

CORNEJÍN. --El desengaño sólo es posible ante sucesos puntuales y definidos, como por ejemplo un amor no correspondido; pero desengañarse de las bondades de nuestra vejez, si es que no se presentan, no será tan doloroso, pues la vejez no nos asalta de repente: llega tan de a poco que apenas nos enteramos de que se somos viejos. Sin embargo, si al fin y al cabo nuestra vejez termina siendo dolorosa el desengaño mal que mal existirá, por lo que es aconsejable no quedarse sólo con la esperanza infundada: hay que fundarla en razones condicionantes y luego guiar nuestra vida de acuerdo a ellas. Mi razones condicionantes me dicen que, si las sigo, mi vejez será feliz. No descarto que esto sea nada más que una ilusión, un

absurdo; pero ya como ilusión es una fuente de placer, y si es contrarrestada por el desengaño, no lo será como para decir que este dolor, en el balance final, pesó más que los goces que me procuran mis ilusiones agerásicas.

CAMPOAMOR. --Lo que pasa es que las esperanzas individuales, y sobre todo las esperanzas colectivas, quiero decir las esperanzas que uno abriga respecto de los demás, encuentran una barrera difícil de traspasar en las conciencias de los individuos de carácter misantrópico, tal como parece que lo fue nuestro Leopardi, a pesar de que se defiende de esta acusación con su pensamiento LXXXIX (p. 92):

Aquel que poco se comunica con los hombres, rara vez es misántropo. Verdaderos misántropos no se los encuentra en la soledad, pero sí en el mundo; porque la práctica de la vida y no ya su filosofía, es lo que hace odiar a los hombres. Y si en tales condiciones uno se retira de la sociedad, la misantropía desaparece.

CORNEJÍN. --Me parece que hay algo de razón en este aforismo. Creo que lo correcto, si es que odiamos a los hombres (¡y quién no los ha odiado alguna vez o los odia en determinadas circunstancias!), es retirarse a la soledad para evitar que este odio crezca, y, una vez en soledad, condición necesaria para el diálogo con Dios, nutrirnos con una dosis suficiente de amor como para volver a la sociedad sin el temor de volver a odiarla. Y si se nos acaba este amor, por poco que haya transcurrido el tiempo, ¡a volver a nuestro retiro! No es bueno convivir con gente a la que odiamos, o peor, a la que guardamos rencor.

CAMPOAMOR. --¡Es que es tan difícil amar hoy día!...

CORNEJÍN. --¿Por qué?

CAMPOAMOR. --¿Cómo que por qué? ¡Porque la gente se burla de los hombres amorosos! Aquí le doy la razón a Leopardi:

Para aquellas cosas que le convendría admirar el mundo ríe; y censura, como la zorra de Esopo, aquellas que envidia. [...] una costumbre generosa, una acción heroica, deberían ser admiradas: pero si los hombres las admirasen especialmente en los semejantes, se sentirían humillados; y por lo mismo, en cambio de admirar, ríen (CVI, p. 97).

CORNEJÍN. --Ahora comprendo por qué la gente se ríe de los vegetarianos...

CAMPOAMOR. --Te propongo ahora que nos internemos en los cuadernos de apuntes de Leopardi, de donde también sacaremos jugosas reflexiones. Como ésta:

Durante mis paseos solitarios por la ciudad suele despertarme placenteras sensaciones y hermosísimas imágenes la vista del interior de las habitaciones que yo observo desde la calle, a través de las ventanas abiertas. Esas habitaciones nada me despertarían de observarlas estando dentro de ellas. ¿No es ésta una imagen de la vida humana, de sus estados, de los bienes y de los gozos suyos? (p. 4421 del manuscrito de Nápoles, p. 124 del compendio que yo leí).

CORNEJÍN. --Certera, veraz realidad metaforizada que indica, entre otras cosas, que los medios, al menos hedónicamente, tienden a ser más importantes que los fines.

CAMPOAMOR. --No veo la relación.

CORNEJÍN. --Véala entonces aquí: los placeres producidos por el sentimiento estético se potencian con la furtividad, con el carácter sorpresivo de la contemplación, con la contemplación no explícita y debido a una cierta predisposición del alma que no es dable alcanzar en los museos o en cualquier otro sitio al que uno vaya movido por un deseo preprogramado de goces estéticos.

CAMPOAMOR. --Ahora sí la veo. Pero aunque Leopardi se extasiara observando habitaciones sin entrar en ellas --que es lo mismo que tú recomiendas-- , esto no era suficiente para convencerlo de la realidad del placer:

Todas las cosas a su modo padecen necesariamente, y necesariamente no gozan, porque el placer hablando con propiedad, no existe. Y siendo así, ¿cómo no asegurar que el existir en sí es un mal? (p. 4174 (p. 137)).

CORNEJÍN. --Y si el existir es en sí un mal, todos los hombres son infelices aunque crean lo contrario, ¿no cierto?

CAMPOAMOR. --

Y no tan sólo los hombres, sino el género humano fue y será siempre infeliz por necesidad. Y no sólo el género humano, sino todos los animales. Y no los animales solamente, sino todos los otros seres, a su manera.

CORNEJÍN. --¿Todo, absolutamente todo es malo en este mundo?

CAMPOAMOR. --

Todo es mal. Es decir, todo lo que es, es mal; que toda cosa exista es mal; toda cosa existe para el mal; la existencia es un mal y se halla ordenada para el mal; la finalidad del universo es el mal; el orden y el estado, las leyes, la marcha natural del universo, no son otra cosa que mal, ni dirigidas a otro fin que el mal. No existe otro bien que el no ser: lo mejor es lo que no es; las cosas que no son cosas; todas las cosas son malas (p. 4174 (p. 136)).

CORNEJÍN. --¿Vio que cuando un hombre común se martilla por accidente un dedo putea y reputea a Dios y a María santísima? Bueno: cuando el dedo machucado es de un pensador filosófico, en vez de una puteada nace un pasaje similar a ese. Y es que no me parece inteligente querer convencer a los demás de que son infelices sólo por el hecho de que nosotros lo somos; esa es una persuasión, como dije, hija de un martillazo, o tal vez de un calzoncillo demasiado ajustado.

CAMPOAMOR. --El dolor es para Leopardi la única realidad, pero hay un consuelo:

Sobre cada dolor de cada desventura se puede reposar.

Con la sola excepción del remordimiento:

En el remordimiento no hay reposo ni paz, y por esto es la mayor y la más agria de todas las desgracias (p. 466 (p. 142)).

CORNEJÍN. --Existe un reposo también para el remordimiento: la creencia en el determinismo.

CAMPOAMOR. --¡No empecemos con eso!... Vayamos a un punto en el que Leopardi coincide con nuestro ya citado Macedonio Fernández, y también contigo:

El recuerdo del placer puede ser parangonado a la esperanza, y produce después de poco tiempo los mismos efectos. Como la esperanza, ese recuerdo agrada más que el placer: es mucho más dulce recordar una satisfacción (nunca experimentada, pero que desde lejos parece haberse experimentado), que el gozarla, como es más dulce el esperarla, porque desde lejos parecemos que la podremos gustar. La lejanía favorece igualmente al hombre en cualquiera de las dos situaciones (p. 1044 (p. 143)).

CORNEJÍN. --Cierto es: la añoranza y la esperanza no sólo agrandan los placeres pasados y futuros, sino que a veces hasta inventan placeres que nunca existieron o nunca existirán. Estas dos bendiciones del alma humana pueden potencialmente llegar a emotivizar placeres puramente sensitivos, pero su mayor fuerza, lejos, radica en la capacidad de potenciar placeres ya de por sí emotivos. En esto los *playboys* tienen una gran ventaja sobre los pajeros como yo, pues como bien dijo el poeta Wystan Auden: "La desgracia de la masturbación es que no puede ser sentimentalizada".

CAMPOAMOR. --Bueno, bueno; no toquemos temas tan impudibundos, indignos de las alturas racionales desde donde teorizamos. A propósito: ¿serán las teorizaciones lo menos importante de la filosofía? O aun peor para nosotros: ¿se oponen antitéticamente los espíritus teóricos a los espíritus filosóficos? Leopardi parece creerlo así:

Sucede en general que los más filósofos por teoría son en la práctica los menos filósofos, y que los menos dispuestos mentalmente para la especulación filosófica son, en efecto, los más filósofos (p. 4160 (p. 147)).

CORNEJÍN. --Esta cuestión hay que plantearla de manera similar a esta otra: ¿es verdad que la mayoría de los pensadores no son poetas, y que la mayoría de los poetas no piensan con gran despeje? A estas dos proposiciones me respondo que sí, que son verdaderas, pero de esto no se deduce que sea *deseable* que el pensador sea sólo pensador y el poeta poeta, o que alguna de estas cualidades sea más valiosa que la otra. Es verdad que en general los teóricos de la filosofía no se comportan como filósofos, y que los que viven filosóficamente casi nunca se distinguen por sus racionios, pero esto no hace más que evidenciar los defectos por carencia que ambos grupos presentan. Podría decirse, parafraseando un poco a mi amigo Einstein, que quien piensa la filosofía y no la actúa es un filósofo cojo, y que quien la practica sin pensarla es un filósofo ciego.

CAMPOAMOR. --¿Epicteto no era cojo?

CORNEJÍN. --Cojo de pierna, pero no de voluntad filosófica.

CAMPOAMOR. --Bien. Vayamos a una curiosidad:

El placer es más vale una privación o una depresión del sentimiento que un sentimiento, y mucho menos un sentimiento vivo. Casi es una imitación de la insensibilidad y de la muerte, un acercarse lo más que se pueda al estado contrario de la vida, porque la vida por su naturaleza es dolor. De donde constituye placer el vernos privados en todo lo posible de

ella, sin dolor y sin otro padecimiento que nazca o sea arrastrado a esta privación. Por lo tanto el placer no es verdaderamente placer, no posee cualidad positiva, no siendo otra cosa que privación, aun más, disminución simple de desplaceres, que es su contrario. Tales son por lo menos los mayores y más veraces placeres (p. 4074 (p. 149)).

CORNEJÍN. --¿De qué curiosidad me habla? ¡Esto es lo mismo que decía Schopenhauer!

CAMPOAMOR. --Y ahí está precisamente lo curioso. ¿Dónde dijo esto Schopenhauer?

CORNEJÍN. --En su obra capital: *El mundo como voluntad y representación*.

CAMPOAMOR. --¿Y de qué fecha data esa obra?

CORNEJÍN. --1818.

CAMPOAMOR. --Pues lo que acabo de citar fue escrito el 19 de abril, lunes de Pascua, de 1824, por lo que Schopenhauer no pudo haber plagiado a Leopardi.

CORNEJÍN. --Entonces fue al revés.

CAMPOAMOR.-- Difícil: según el filólogo alemán Karl Vossler, Leopardi desconocía el idioma alemán; y además en 1824 a Schopenhauer no lo conocía ni su abuela. Todo hace suponer que ambos pensadores llegaron a la misma conclusión independientemente del otro, y esto no digamos que prueba, pero sí refuerza el argumento, pues resulta difícil creer que una idea errónea y específica pueda surgir, casi al mismo tiempo, de la mente de dos hombres bastante separados culturalmente como Schopenhauer y Leopardi. Este tipo de coincidencias se dan más bien cuando el concepto es verdadero, como sucedió con el cálculo infinitesimal, descubierto al mismo tiempo por el alemán Leibniz y el inglés Newton.

CORNEJÍN. --Espérese, don Ramón, no apresure la conjetura. *El mundo como voluntad y representación* data, ciertamente, de 1818, pero esa fue la primera versión, la cual ha sido considerablemente aumentada por el autor en el año 1844, publicándose en esa fecha un tomo complementario al original.

CAMPOAMOR. --Es verdad, y cuando dice Schopenhauer que "sentimos el dolor, la inquietud, el miedo; pero no sentimos la ausencia de dolor, la tranquilidad", lo dice precisamente desde el capítulo XLVI de estos complementos; pero cuando dice que "toda satisfacción, o lo que comúnmente se llama felicidad, es, por su naturaleza, siempre negativa, nunca positiva", lo dice esta vez desde el párrafo 58 del primer tomo, o sea que esto último fue escrito allá por 1818.

CORNEJÍN. --No necesariamente. Recuerde que hubo, de esta obra y sus complementos, una tercera edición (1859) durante la vida de Schopenhauer, y él mismo nos aclara, desde el prólogo a esta última edición suya, que "el lector no echará nada de menos en esta tercera edición de lo que la segunda contiene; al contrario, la hallará considerablemente aumentada, puesto que, debido a las adiciones introducidas, compone, en igualdad de impresión, 136 páginas más que la segunda". ¿No se habrá colado aquí, en alguna de esas 136 páginas, el pensamiento leopardiano de la negatividad del placer? Las obras completas de Leopardi fueron publicadas por primera vez en 1846 (en Florencia, editada por Le Monnier bajo la supervisión de Antonio Ranieri, su amigo y albacea); Schopenhauer tuvo trece años para leerlas y meditarlas... y tal vez para plagiarlas.

CAMPOAMOR. --Puede ser. Sólo nos restaría leer la edición original de la hora de Schopenhauer para develar el misterio. Dejemos, pues, esta curiosidad y vayamos a una contradicción:

Desear la vida en cualquier caso y en toda la extensión de este deseo no es en suma otra cosa que desear la infelicidad; desear vivir es lo mismo que desear ser infeliz (p. 829 (pp. 150-1)).

CORNEJÍN. --¿Con qué se contradice esto?

CAMPOAMOR. --Con lo escrito en un apunte ocho años posterior (data del 31 de mayo de 1829, y el anterior era del 20 de marzo de 1821):

Es necesario proponer un fin a la propia vida para vivir felices (p. 4518 (p. 154)).

CORNEJÍN. --Ocho años son más que suficientes como para que cualquier contradicción se diluya en la dinámica, en la evolución del pensamiento que casi todos los humanos experimentamos; pero igual me parece que no hay aquí contradicción aunque las dos aserciones sean dichas una detrás de la otra, sin solución de continuidad temporal. Desear vivir es, para Leopardi, desear ser infeliz; por eso recomienda, a los que desean ser felices, no desear la vida como fin en sí misma, sino como medio a través del cual llegar a un fin que no esté, al menos directamente, relacionado con el mero deseo de vivir y gozar la vida. "Desear vivir -- es decir, desear gozar de los placeres de la vida-- es desear ser infeliz". Esto me recuerda a lo dicho por (o atribuido a) Jesús: "El que quiera salvar su vida, la perderá, y el que quiera perderla la salvará", y más notorio aún es el parecido de esta sentencia leopardiana con aquella otra que Diógenes Laercio le atribuye al semicínico Bion de Borístenes y que dice que "el hombre más desgraciado es el que con más ardor desea la felicidad".

CAMPOAMOR. --Ahora lo veo todo más claramente; no hay aquí contradicción. Por lo demás, los ideales que recomienda Leopardi adoptar, por heroicos y altruistas que fueren, no serían nunca demasiado valiosos:

Tales fines poco valen en sí, pero mucho valen los medios, las ocupaciones, las esperanzas, el imaginárselos como grandes bienes a fuerza de hábito, de pensar en ellos y de darse a su conquista. El hombre puede y tiene necesidad de construirse por sí mismo bienes de esa manera (p. 4518 (p. 155)).

CORNEJÍN. --Se lo adelanté cuando la metáfora de las ventanas: los medios, tanto para Leopardi como para mí, son más importantes que los fines. Los fines son los medios necesarios para darle un sentido a nuestra vida y ser así relativamente felices, de modo que lo que comúnmente se llama fin (ideal) es estrictamente hablando el medio, y los comúnmente llamados medios terminan siendo en verdad los fines. Esto en el terreno hedónico, de donde nunca se aleja Leopardi en estos pasajes; si aquí nos vamos a la ética ya la cosa cambia, pues entonces sí los comúnmente llamados fines son más importantes que los medios empleados para intentar alcanzarlos. Sean éticos o inéticos, el hecho de alcanzar estos ideales tal vez no nos haga más felices (por eso estoy de acuerdo con Leopardi en considerarlos, bajo este aspecto, ilusorios); pero si hará más felices --o infelices-- a

las siguientes generaciones, y eso es en definitiva lo trascendente.

CAMPOAMOR. --Salvamos la contradicción, y enhorabuena; pero ¿cuándo fue que Leopardi se convenció vivamente de que la felicidad es posible? Debió de ser bastante después del 30 de agosto de 1826, fecha en la que apuntó lo siguiente:

Felicidad no es otra cosa que alegría del propio ser y del propio modo de ser, satisfacción, amor perfecto del propio estado, cualquiera sea ese estado, y acaso también el más despreciable. Entonces, de esta sola definición puede comprenderse que la felicidad es por su naturaleza imposible en un ente que se ame a sí mismo, sobre toda cosa, como lo son por naturaleza todos los seres vivos, los solos capaces, por otra parte, de felicidad. Un amor de sí mismo que no puede cesar y que no tiene límites, es incompatible con la alegría, con la satisfacción. Cualquiera sea el bien de que goce un ser viviente, siempre se deseará un bien mayor, porque su amor propio no cesará, y porque aquel bien, por grande que sea, siempre será limitado, y su amor propio no puede tener límites. Por agradable que sea vuestro estado, os amaréis a vos mismo antes que a vuestro estado, por lo mismo desearéis un estado mejor. Por lo mismo jamás estaréis contento. Jamás en un estado de satisfacción, de perfecto amor de vuestro modo de ser, de perfecta complacencia con el mismo. Por lo mismo no seréis jamás ni podréis ser felices, ni en este mundo ni en el otro (p. 4191 (p. 151)).

CORNEJÍN. --¡Esto me pasa por salir de abogado defensor de un monomaniaco del pesimismo! ¿Y de dónde deduce, mediante los citados argumentos, que no podremos ser felices en el otro mundo?

CAMPOAMOR. --No lo sé. Parece ser que para Leopardi los hombres, al igual que los demás seres vivos y a pesar de lo que dirá después, en 1829, respecto de que "el hombre puede y tiene necesidad de construirse por sí mismo" bienes que dependan de un fin no directamente hedónico; parece ser que para el Leopardi de 1826 los hombres están impedidos estructuralmente de apuntar su vida hacia otro fin que no sea el goce individual, tanto aquí en la Tierra como en el cielo, y como desear gozar es la clave para ser infeliz, de aquí deduce que los muertos también son infelices.

CORNEJÍN. --¿Dijo Leopardi que los hombres no pueden tener ideales que vayan más allá del mero goce personal?

CAMPOAMOR. --Sí señor, lo dijo el 28 de noviembre de 1826 desde la p. 4228 del manuscrito de Nápoles (pp. 151-2 del compendio):

Muy impropriamente la cuestión del sumo bien ha sido llamada cuestión de los fines. La finalidad del hombre es manifiesta y conocida a todo aquel que se interroga a sí mismo: un placer perfecto, no digo en sí, sin importar tampoco si supremo o no, pero perfecto con respecto a ese hombre; un placer que lo satisfaga plenamente. Esta es nuestra finalidad, conocida por todos, si bien después no se llegue a conocer de qué naturaleza sea o pueda ser este placer perfecto, no habiéndolo jamás experimentado nadie; y como consecuencia qué cosa o de qué naturaleza sea o pueda ser la felicidad humana. Si la virtud o la voluptuosidad del cuerpo, u otras cosas semejantes, pueden procurar al hombre el placer

perfecto; o cuál de ellas más, o, para terminar, dónde el hombre puede o debe conseguir el placer perfecto que él desea, y que es su finalidad, puede ser cuestión o problema de cada uno de los hombres; pero siempre será una cuestión de medios y no de finalidad. La finalidad es certera, el medio se ignora, y la causa de esta ignorancia es manifiesta. La causa, digo, está en que el medio o los medios de obtener esta finalidad --que nadie jamás obtuviera-- no existen en el mundo; que, por consecuencia, el sumo bien, que pueda o deba darnos el placer perfecto que buscamos, no se encuentra, es una imaginaria, como lo es este placer perfecto en sí mismo, en cuanto a su naturaleza; y que, en fin, el hombre sabe y sabrá siempre bien qué cosa desear, pero no sabrá jamás qué cosa buscar, es decir, el medio, qué cosa puede satisfacerle ese deseo, alcanzarle el placer perfecto, es decir: qué cosa sea el sumo bien del cual habrá de nacer su felicidad.

CORNEJÍN. --El hombre se propone como finalidad última su mayor bienestar o su menor malestar individual cuando actúa movido por su razón; pero los grandes ideales, los grandes fines, no les llegan a los grandes hombres por medio de su razón sino por intuición, la cual desdeña el hedonismo individual y por eso mismo es capaz de hacer felices justamente a estos que no se lo proponen, precisamente porque no se lo proponen.

CAMPOAMOR. --Y estos que son felices sin proponérselo, ¿nunca sufren?

CORNEJÍN. --Por supuesto que sufren. Ya he dicho que la felicidad, o al menos la dosis de felicidad que a cada uno nos toca en este mundo terrenal, no es incompatible con el sufrimiento.

CAMPOAMOR. --Pues entonces también a estos bienaventurados les servirá el cultivo de la paciencia como analgésico contra los dolores corporales, según lo recomienda Leopardi:

¡Cuánto ayudas paciencia para mitigar y hacer más fácil, más soportable, y también de verdad más ligero, el mismo dolor corporal! Cosa experimentada y observada por mí durante aquella conmoción nerviosa que sufriera el 29 de mayo de 1826, en Bolonia, en que el dolor acrecía efectivamente con la impaciencia y la inquietud. Consiste en una no resistencia, una resignación de ánimo, una cierta quietud del ánimo en el sufrimiento. Y podrá despreciarse a esta virtud cuanto se quiera, llamársela vil, pero ella es tan necesaria al hombre, nacido y destinado inexorablemente, inevitablemente, irrevocablemente a sufrir, a sufrir siempre y con contados intervalos (p. 4239 (pp. 152-3)).

CORNEJÍN. --Sí, yo sabía de este consejo leopardiano y llegué a ponerlo en práctica una vez, cuando después de jugar un partido de fútbol con mis amigos tuve la desafortunada ocurrencia de fumarme varios cigarrillos. La cosa no pasó a mayores sino hasta que llegue a mi casa y me dispuse a dormir; ahí comencé a sentir una terrible presión en los ojos y un dolor no agudo pero difícilmente tolerable para quien, como yo, no había tenido nunca este tipo de malestar ocular. Estuve así bastante tiempo, un par de horas más o menos, alternando entre la desesperación y la resignación, y me parece colegir que aquellos momentos en que verdaderamente

me armaba de paciencia y me decía: "¡Vamos, Cornelio, aguantá! ¿Sos bostero o sos gallina?", me parece que aquellos momentos eran justamente los de menor sufrimiento. ¡Cuánto más nos convendría, a nosotros en particular y al mundo en general, adoptar la postura de San Francisco de Asís, ese ser que tanto sufrió (y tanto gozó) y que cuando veía venir una nueva oleada de esos tormentos corporales que tan a maltraer lo tenían, lejos de desesperarse le abría la puerta al dolor, lo invitaba a pasar y lo llamaba "hermano"! ¿No es esta táctica no ya de resignarse, sino de amar verdaderamente al dolor, la que más contribuye a disolverlo? Leopardi tenía en común con Francisco sus enfermedades y dolores corporales, pero se diferenciaba del santo en que nunca sintió verdadero amor hacia los seres y las circunstancias, y eso fue lo que lo convirtió en pesimista mientras que aquel menesteroso, expuesto a iguales o mayores dolores, fue el hombre más optimista que haya visto el universo después del judío Jesús.

CAMPOAMOR. --Pongamos entonces a la paciente resignación estoica, y, un escalón más arriba, al amor cristiano, en la categoría de auténticos analgésicos represores del dolor corporal. Y ¿cuál será el analgésico que mitigue nuestras inquietudes más elevadas, las espirituales? Leopardi dice tener la respuesta:

Si se quiere vivir tranquilo, es necesario hallarse exteriormente ocupado. Es un error el que yo quiera hacer una vida toda y solamente interna, a fin y con la esperanza de sentirme tranquilo. Cuanto más libre me hallaba de trabajos y ocupaciones exteriores, de cualquier preocupación de fuera, hasta de la necesidad de hablar para pedir lo que necesitara (tanto que me pasaba días sin proferir una sílaba), tanto menor era mi quietud de ánimo. Un insignificante accidente que turbase mi modo de ser y mis hábitos (y todos los días sucedían, porque tales minucias son inevitables), acababa con mi quietud. [...] Hay una gran diferencia entre la fatiga y el trabajo y las preocupaciones y diligencias mismas, y la inquietud. Una gran diferencia entre la tranquilidad y el odio. Las personas, sobre todo si poseen cierta imaginación, que son por ella muy trabajadas en los negocios en la vida activa o simplemente social, y muy irresolutas [...], y que por eso mismo tienden al método y a la fuga de la acción y de la sociedad, y a la vida solitaria, cometen un gran error. Más que los otros, ellos tienen, para vivir tranquilos, necesidad de huir de sí mismos, y por lo mismo suma necesidad de distracción y ocupaciones exteriores. Aunque les aburra. Se aburrirán para estar tranquilos. Aunque con aflicción y con angustias. Mayores serían aquellas que, sin ningún fundamento real, crearíales inevitablemente la imaginación en la soledad, interior, metódica. Quien por naturaleza se siente impulsado amorosamente al método, a la soledad, a la quietud, huya de estas cosas más que los otros o preocúpese en atemperarlas con los contrarios, si de verdad desea estarse tranquilo (p. 4259 (pp. 153-4)).

CORNEJÍN. --¡Pero es que yo no quiero estarme tranquilo! Yo quiero perturbarme y perturbar a los demás, y si la filosofía no está para eso, ¡maldito para lo que sirve! "¿Por qué quiere excluir de su vida una inquietud, un dolor, una melancolía, no obstante ignorar cómo trabajan en usted esos estados de ánimo? Por qué lacerarse con la pregunta: ¿de dónde puede provenir todo eso y adónde

quiere ir? Usted bien sabe que se encuentra en evolución y que nada desea tanto como transformarse. Si alguno de sus procesos es enfermizo, piense que la enfermedad es el medio por el cual un organismo se libera de lo que le es ajeno. Entonces, es preciso ayudarlo a estar enfermo, a sufrir íntegramente su padecimiento y a hacer que éste irrumpa, pues constituye su progreso". Rainer María Rilke, *Cartas a un joven poeta*, carta VIII (1904).

CAMPOAMOR. --¿No buscas tú la ataraxia, como tu amigo Epicuro, o la apatía como tu amigo Epicteto?

CORNEJÍN. --Busco la ataraxia respecto de los bienes materiales; busco la apatía respecto de los sucesos que no está en mí modificar. Pero no busco ni la ataraxia ni la apatía espirituales; eso sería buscar el autoaniquilamiento, el nirvana, y yo no soy ningún budista en ese sentido. Al hombre de negocios, al hombre de mundo, lo mueven y angustian fuerzas exteriores a su ser, como la nieve que no pudiendo moverse por sí misma, se desquita moviéndose con la avalancha; en cambio al filósofo solitario las avalanchas del tráfigo cotidiano le pasan por encima sin que por eso se inmute en lo más mínimo, como un gigantesco y grueso árbol en medio de la ladera nevada. Y como buen árbol que es, parece no moverse en absoluto, ni por avalanchas ni por fuerzas internas; pero se mueve. Se mueve cuando crece. Y se mueve hacia arriba, hacia el cielo, hacia el Sol. Y se mueve por causa de su crecimiento, o, mejor, crece porque se mueve, crece porque se inquieta. Y los dolores que devienen del crecimiento del árbol son mucho más angustiantes que la fatiga de la nieve, tal como los dolores de una parturienta son más punzantes que los de un maratonista. Pero parir un hijo, aun con todos sus dolores, ¿no es infinitamente más placentero que ganar una medalla olímpica?

CAMPOAMOR. --Buena te ha salido tu apología de la ermita, aunque no sé si la metáfora se corresponde con los sentimientos del ermitaño.

CORNEJÍN. --Momentito, que yo nunca hice alusión a un ermitaño, ni tampoco a un misántropo. Mencioné a un filósofo solitario, los cuales no viven necesariamente apartados de la gente, ni mucho menos la odian. No se alejan de la gente en sí, sino de las ambiciones materiales, de los vicios y de las frivolidades que la gente tiene; y no odian a la gente en sí, sino estas ambiciones, perversiones y frivolidades que son casi su vida toda y que hay que odiarlas con el más hondo y primitivo de los odios, que para eso fue que Dios puso el odio sobre la Tierra, no para que lo utilicemos contra los seres, sino contra sus imperfecciones, disparando contra ellas sin dañar a sus portadores tal como Guillermo Tell reventaba la manzana sin siquiera salpicar a su hijo con el jugo. Existen dos clases de moralistas: los que odian a los hombres malos y desean aniquilarlos (o aislarlos, pero no curarlos), y los que odian *la maldad* de los hombres malos y a ésta, y no a los hombres mismos, pretenden aniquilar. Los de la primera clase se agrupan a su vez en justicieros y misántropos; los justicieros son los que se ocupan activamente de luchar contra los malos, mientras que los misántropos se alejan de su compañía y los odian desde una prudencial distancia (no pudiendo aislar o aniquilar a los malos, se aíslan y aniquilan ellos mismos). Y con respecto a los de la segunda clase, a los Guillermo Tell de la ética, debo decir que siguieron el camino correcto, mas no el más sencillo, pues una cosa es estar convencidos de que no queremos dañar al muchacho y otra muy distinta es acertarle la manzana. Entonces, si no queremos que nos pase lo que a William Burroughs, que mató a su esposa de un

tiro en la cabeza por querer darle al vaso que, a modo de manzana, lucía sobre ella, si no queremos que nos pase esto debemos, además de estar convencidos de que no queremos dañar al sujeto, entrenar a conciencia nuestra puntería para no errar, lo que en ética significa estudiar y razonar pacientemente hasta dar con el principio más valedero, y sobre todo significa llevar uno mismo una vida decente, una vida de amor a la virtud y de odio al vicio. ¿Acaso no fue el vicio, el del alcohol o el de la morfina, lo que le impidió a Burroughs apuntar correctamente?

CAMPOAMOR. --¿Estás, pues, en contra del consejo de Leopardi a los solitarios para que huyan de su soledad? Dame una respuesta concreta, no me vengas con anécdotas protagonizadas por escritores pederastas.

CORNEJÍN. --Lo más que les puedo recomendar, no a los solitarios en sí, sino a los pensadores introvertidos, es que no cedan a la tentación de atarearse por las mismas estupideces que atarean a la mayoría de los hombres de ciudad, pero que tampoco cedan a la tentación de no atarearse en absoluto. Ya lo dijo el chino Chang Ch'ao, y esto lo tomé del epígrafe del libro de Lin Yutang *La importancia de vivir*: "Solamente quienes toman sosegadamente aquello por lo cual se atarea la gente del mundo pueden atarearse por aquello que la gente del mundo toma sosegadamente".

CAMPOAMOR. – Y ¿cuál será el atareamiento más productivo para el hombre de letras?

CORNEJÍN. --¿Leer?

CAMPOAMOR. --Puede ser; pero en relación a su estricta función de escritor, lo que recomienda Leopardi es algo en lo que tú te especializas: el egotismo:

Yo sostendré siempre que los hombres grandes cuando hablan de sí mismos se vuelven aún más grandes que lo que son; y los pequeños se hacen presentes, siendo éste un campo en donde las pasiones y los intereses y el profundo conocimiento, etc., no dejan lugar para la afectación y la sofistería, es decir, a la corrompedora mayor de la elocuencia y de la poesía; no pudiendo recurrirse a los lugares comunes cuando se habla de cosa propia, donde necesariamente dicta la naturaleza y el corazón, y se habla de corrido y con la plenitud del corazón. De aquí que aquello que se dice de la utilidad que deriva a los escritores el tratar de materias presentes, con mejor derecho debe decirse del tratar de sí mismos, aunque parezca a primera vista, que el hablar de sí no debe interesar al auditorio; cosa de mucha falsedad (p. 29 (p. 175)).

CORNEJÍN. --"Permitidme que hable de mí mismo: soy el hombre que tengo más a mano". Miguel de Unamuno, p. 9 de *Almas de jóvenes* (38).

CAMPOAMOR. --Dejemos, si te parece, los cuadernos de apuntes de Leopardi para ir al encuentro de un par de pasajes extractados de una carta que con fecha del 30 de abril de 1817 le enviara a un tal Pietro Giordani. En uno de ellos, Leopardi explica por qué, siendo que considera indispensable para fortalecer su precaria salud física (y, según sabemos, su tranquilidad espiritual) el salir de su encierro bibliotecario, en realidad no sale:

Bien veo yo que para poder continuar mis estudios necesitaría interrumpirlos a cada paso, y entregarme un poco a aquellas cosas que llaman mundanas: pero para lograr hacer esto, yo deseo un mundo que

me alegre y me sonría, un mundo que resplandezca (aunque sea con luces falsas), y que tenga tanta fuerza que me haga olvidar por algunos instantes, sobre todo, aquello que llevo en el corazón; no un mundo que me haga retroceder apenas le encuentro, y me repugne y haga nacer en mí la rabia y me entristezca y me fuerce a recurrir, para consolarme, a aquello de lo cual deseaba apartarme (p. 212).

CORNEJÍN. --Si Leopardi deseaba fortalecer su salud física no necesitaba entregarse a las ocupaciones mundanas: con sólo un poco de ejercicio muscular y una buena dieta frugívora se habría sentido muchísimo mejor. Y si deseaba recuperar su esforzada visión, debió consagrarse a leer sólo aquellas obras merecedoras del esfuerzo en vez de saturarse con cuanto libraco cayera en sus manos.

CAMPOAMOR. --Esto último, después de haber pasado su niñez y adolescencia leyendo indiscriminadamente, terminó por comprenderlo:

Yo no me preocupó ya sino de leer y ver tan sólo aquello que me puede ser verdaderamente útil, porque el tiempo es corto y la mies abundante (p. 218).

Y terminaré de citar a este gran pesimista con la declaración extractada de una carta que con fecha del 28 de enero de 1823 le escribiera a su hermana Paulina; con ella volveremos, por última vez, al a esta altura manoseado por demás problema de la posible compensación hedónica:

La felicidad y la infelicidad de cada uno de los hombres (excluidos los dolores del cuerpo) son absolutamente iguales a la de cada uno de los otros, cualquiera fuese la condición o situación en que se encuentre aquél o éste. Y por lo tanto, hablando con propiedad, tanto goza y tanto pena el pobre, el viejo, el débil, el burdo, el ignorante, cuanto goza y pena el rico, el joven, el fuerte, el hermoso, el docto: porque cada uno en su estado se fabrica sus bienes y sus males; y la suma de los bienes y los males que cada hombre puede fabricarse es igual a la que se fabrica cualquier otro (p. 233).

CORNEJÍN. --Esto indica, ni más ni menos, que Leopardi, espiritualmente hablando, se consideraba tan dichoso como desdichado, y que los que hicieron que su metafísica se tornara ultrapesimista fueron sólo sus dolores corporales (39). Pero guardémonos de querer extrapolar este su pesimismo, totalmente subjetivo, al terreno de las ideas objetivas; o, sin ir tan lejos, guardémonos de hacer generales estas conclusiones particulares de un alma torturada.

CAMPOAMOR. --¿Y acaso tú no haces, si bien a la inversa, lo mismo que hace Leopardi? ¿No generalizas, no ontologizas tu particular optimismo?

CORNEJÍN. --Todo sistema de ideas, toda ideología filosófica depende hasta cierto punto del temperamento particular de cada pensador; es verdad, pues, que siendo así las cosas, estas ideologías, si son expresadas con sinceridad, como es el caso de Leopardi y el mío propio, poco nos dicen ontológicamente y mucho nos dicen acerca de la personalidad del individuo que la sostiene. La filosofía, más que los insondables misterios universales, lo que tiende a revelarnos es la psicología de los pensadores filosóficos; un consuelo, para mi gusto, nada desdeñable: ante la

impotencia del conocimiento por adentrarse en los misterios profundos del universo, los pensadores y los filósofos nos facilitan el análisis de su propia psiquis, de la psiquis humana en su más alto punto de desarrollo. Y al fin y al cabo, la psiquis humana, ¿no configura el mayor misterio, el misterio más profundo del universo?

CAMPOAMOR. --El misterio más profundo del universo es el misterio divino, no el humano. Pero volviendo al punto anterior, ¿debo concluir que ningún pesimismo ni optimismo es válido en su forma ontológica, y que nada más dependen del carácter y el humor con que los pensadores se han levantado el día que escribieron acerca del tema?

CORNEJÍN. --Toda ideología filosófica, le repito, depende *hasta cierto punto* del temperamento del individuo que la esgrime. La dependencia termina (o, si bien se mira, lo que termina no es esta dependencia sino la engañifa ontológica) cuando el dueño de una ideología logra equilibrar lo suficiente sus raíces temperamentales. Ahí es cuando las afirmaciones particulares tienden a cobrar una valoración más general, hasta llegar al punto de total equilibrio del temperamento, imposible de alcanzar en la práctica, en el cual las creencias subjetivas coinciden absolutamente con la estructura objetiva del mundo.

CAMPOAMOR. --Y ¿qué pensador fue o será lo bastante equilibrado como para que podamos estudiar sus ideas sin riesgo de caer en el error de objetivizar lo meramente subjetivo?

CORNEJÍN. --El riesgo existirá siempre, y desde ya le digo que el noventa por ciento de los pensadores filosóficos han carecido y carecen de un mínimo equilibrio temperamental que nos permita objetivizar sus ideas sin temeridad. Empero, hay una regla que a veces se cumple: quien propugna una idea objetiva que es contraria a su diario vivir subjetivo es más digno de confianza que aquel en que lo subjetivo y lo objetivo coinciden, excepción hecha de los sabios, santos y revolucionarios, en los cuales lo subjetivo y lo objetivo coinciden necesariamente. Leopardi, que evidentemente no era ni sabio ni santo ni revolucionario, tenía ideas objetivas que coincidían con su subjetividad, y eso las hace por lo menos sospechosas. En cambio yo, que tampoco soy ninguna de esas tres cosas, me inclino hacia el optimismo metafísico en clara oposición a mi actual vivencia, bastante incierta y preocuposa, y esto sitúa mi teoría eudemónica un escalón más arriba que la de Leopardi en cuanto a su credibilidad.

CAMPOAMOR. --Los primeros cristianos también juzgaban miserable su vida, lo que no les impedía ser optimistas en vistas al futuro, al más allá.

CORNEJÍN. --Lo que habla muy bien de la posibilidad de que algún más allá exista y muy mal de la idea que esos hombres tenían de lo que es una vida miserable, pues cualquier vida, por dura y sufrida que sea, nunca es miserable si rebosa en ella la esperanza.

CAMPOAMOR. --Entras en un círculo vicioso, querido Cornelio: tu presente no es de los mejores, pero tu optimismo metafísico te llena de esperanzas alegres y conservadoras... que levantan tu estado anímico tanto como la desesperanza bajaba el de Leopardi. Tus creencias subjetivas en la perfectibilidad humana no son ni más ni menos objetivas que los desvaríos de Giacomo. Seremos perfectos, sí; nuestros temperamentos estarán tan equilibrados como se te antoje. Pero esto no sucederá aquí en la Tierra, sino en el Cielo.

CORNEJÍN. --¿Considera usted que no hemos llegado a ninguna conclusión relevante sobre la cuestión de la compensación hedónica, y que ya hemos agotado el tema?

CAMPOAMOR. --El tema no sé, pero yo sí estoy agotado de tanto parloteo pesimista y optimista en el sentido mundano de ambos términos.

CORNEJÍN. --Muy bien, dejemos entonces a un lado tanto el pesimismo como el optimismo y centrémonos en el egoísmo, que así se llama el libro de Félix Le Dantec del cual declamaréle, seguidamente, algunos pasajes, siempre que usted no se oponga. El título completo de la obra es *El egoísmo, única base de toda sociedad*, y data del año 1912.

CAMPOAMOR. --¿No era este Le Dantec aquel que defendía a capa y espada al ateísmo, al punto de publicar un libro cuyo título era precisamente ése, *El ateísmo*?

CORNEJÍN. --El mismo que viste y calza. Pero *El ateísmo*, a pesar de su prometedor título, no es tan rico en sugerencias filosóficas, y por eso es que no traeré a colación este libro.

CAMPOAMOR. --Ni tampoco citarás ningún otro libro suyo si no quieres que te tilde de blasfemo. ¡Nunca oséis provocar la santa y justa indignación de un muerto católico apostólico y romano!

CORNEJÍN. --¡Vamos, don Ramón, no me venga con pruritos a estas horas, que se nos viene la noche! Si no se hizo problema cuando cite a Tolstoi...

CAMPOAMOR. --¡Anarquista!

CORNEJÍN. --... o a Bernard...

CAMPOAMOR. --¡Cientificista! ¡Sabio de temporada!

CORNEJÍN. --... o a Unamuno...

CAMPOAMOR. --¡Protestante! ¡Hijo de Lutero!

CORNEJÍN. --... no sé por qué se agita frente a un mero positivista como Le Dantec. ¿Teme, por ventura, no poder refutarlo?

CAMPOAMOR. --Lo único que temo es perder el tiempo escuchando sandeces. Pero bue'..., si tú insistes...

CORNEJÍN. --Insisto, porque es un escritor que, ya verá, merece ser tenido en cuenta, y yo deseo rescatarlo del anonimato en que ha caído y en el que incluso vivió, pues me atrevo a decir que ni siquiera su mismo pueblo, el francés, que por otra parte coincidía con él en eso de simpatizar con el ateísmo, ni siquiera su mismo y contemporáneo pueblo gustó de sus escritos en forma masiva.

CAMPOAMOR. --Lo que según Bion de Borístenes --aquel cínico que citaste hace unos minutos-- habla bien de tu admirado escritorzuelo, pues decía que es imposible gustar a la multitud, a no ser que uno se transforme en merengue o jarabe. Y Leopardi --permíteme volver a él por un instante-- agrega desde su pensamiento LIII (p. 83) que "este imposible, mientras sea uno mismo el estado social de los hombres, será siempre perseguido, aun por aquellos que dicen, y también por los que algunas veces creen que no lo buscan".

CORNEJÍN. --Todos los escritores que publican sus obras o desean que se publiquen en el futuro buscan popularidad; la diferencia entre los grandes escritores y los pequeños radica en que estos últimos buscan popularidad temporal, buscan ser famosos y masivos en su propio tiempo, en su propia contemporaneidad, mientras que los grandes escritores se ocupan solo de la masividad futura, de

aquella fama que no disfrutarán en vida. Al escritor transformado en merengue o jarabe lo saborean multitudes circunscritas a un reducido intervalo de tiempo que nunca va mucho más allá de la fecha en que tal escritor (o mejor dicho escribidor) fallece: el merengue tenía fecha de vencimiento. Muy otra cosa sucede con los grandes escritores, quienes, a pesar de no transformarse nunca merengue, son seguidos y admirados por verdaderas multitudes, sólo que esta multitudes no se hallan circunscritas a un determinado intervalo de tiempo, y por eso no hacen el ruido tan característico y emblemático de los chupadores de melaza. Los seguidores de Sidney Sheldon hacen más ruido y son más numerosos, hoy en día, que los que leen a Platón, pero espere un par de siglos y los verá mermar hasta casi desaparecer, mientras que a Platón todavía lo seguirán leyendo, bien que un grupo reducido de gente durante cada época, pero la cual, sumada generación tras generación, da una multitud muchísimo más grande, y más grande en todo sentido, que la que compra los *best-sellers* del antedicho novelista estadounidense. A esta preocupación por la posteridad, a este deseo de gloria posmortem que ostentan los grandes escritores le cabe como anillo al dedo esta sentencia de Almafuerde: "Lo humano es lo remoto, lo lejanísimo, lo que no ha de llegar sino después de todo; esto es: el deseo de lo remoto, el anhelo de lo lejanísimo, la intuición siempre temblorosa y siempre arraigada, de eso que tiene que realizarse remotamente..." (*Obras inéditas*, p. 217). Lo humano, lo sublimemente humano, es el arte, y el artista verdaderamente interesado en crearlo se ve poco menos que impedido de interactuar con quien consumirá esa arte debido a los morbosos mecanismos que, al menos hoy en día, es necesario franquear para masificarse, mecanismos que si no terminan torturando al artista mismo, tenga usted por seguro que influirán, a través de él, en su arte, bastardeándola por completo. Ya lo dijo Aldo Pellegrini en el primer párrafo de "El ilustre desconocido", ensayo incluido en su libro *Para contribuir a la confusión general* (p. 93): "Cuando se examina la estruendosa farsa, con el mecanismo fraguado de la gran tramoya que crea un hechizante escenario donde se invierten los valores, y las comparsas se convierten en histriones engolados que declaman frente a una concurrencia extasiada por el hedor cadavérico que cada uno de los presentes, y hasta de los ausentes, despide a su modo, resulta imposible concebir cómo un artista auténtico puede encontrar espacio para establecer algún contacto con un público auténtico. La poderosa y maligna estructura establecida en todo el mundo por la gran internacional de la mediocridad, utilizando los elementos fundamentales de presión y de poder: el dinero y el poderío político (elementos de igual signo y por lo tanto intercambiables), destinada a la sistemática destrucción de la calidad humana y del espíritu creador, torna casi imposible que un verdadero artista pueda llegar a ser conocido".

CAMPOAMOR. --Yo fui muy nombrado y leído en mi propio tiempo...

CORNEJÍN. --No se ofenda, pero estamos hablando de verdaderos artistas...

CAMPOAMOR. --¿Y yo acaso no lo fui?

CORNEJÍN. --Sincerémonos, don Ramón: como poeta usted fue bastante malo. No creo lo mismo de su prosa, a la que considero como una de las más brillantes, si no la más, de la España del siglo XIX (a Unamuno lo meto en el XX); pero como usted me dijo hace un rato que la prosa no es arte, de aquí debo concluir que don Ramón de Campoamor no fue un verdadero artista.

CAMPOAMOR. --Sí, ya en mi tiempo Clarín (el crítico español, no el diario

argentino) se había empeñado en hacer creer a las gentes que yo escribo muy bien en prosa. Pero esta es una lisonja que no merezco, pues, como no existen reglas fijas de construcción, siempre que enlace algunas oraciones se me ocurren después veinte maneras de hacerlo mucho mejor. ¿Sucede esto con la forma poética? No. Porque el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto.

CORNEJÍN. --Yo no cambiaré veinte veces cada uno de mis versos, pero a veces cambio algo en alguno: ora modifico la sintaxis, ora sustituyo una palabra por otra de parecido significado..., lo que prueba que el lenguaje versificado también es perfectible.

CAMPOAMOR. --Algunos pocos poetas, y algunos muchos críticos literarios te reprocharían ese procedimiento aduciendo que coartas con un esteticismo racional a tu virginal inspiración...

CORNEJÍN. --Poco me importarían esos reproches: yo soy de la escuela de Poe, o sea que no me considero un versificador inspiracionista. Mucho mejor que escribir un poema por inspiración divina es escribirlo racionalmente y luego despertar estos divinos influjos en quien lo leyere*.

CAMPOAMOR. --Quiero volver al tema de mi prosa. ¿Tú opinas que los buenos prosistas son tan artistas como los buenos versificadores?

CORNEJÍN. --Sí señor, y es por eso que, pese a lo que le manifesté recién, ciertamente lo considero a usted como un artista.

CAMPOAMOR. --¡Pero te repito que yo fui muy famoso en mi época, y tú dices, junto con ese Pellegrini, que es casi imposible que un verdadero artista cobre fama en vida!

CORNEJÍN. --Su siglo no es mi siglo, don Ramón: el capitalismo antipoético aún no ponía sus sucias manos en España cuando usted vivía. Hace cien años a los argentinos nos deslumbraba la generación del '98, ahora nos deslumbra la Telefónica. ¡Pero basta de digresiones! ¿Quiere o no quiere que le cite a Le Dantec?

CAMPOAMOR. --Adelante, si eso te hace feliz.

CORNEJÍN. --No me hace feliz pero me calma los nervios, como dicen los sandios respecto del dinero. Ahí va la primera cita, que tiene que ver también con el arte:

Desconfío de las nociones metafísicas, las cuales me asustan desde hace tiempo, porque no podía asimilármelas, y me extrañaba oír a personas, cuya buena fe aprecio, decir que las hallaban prodigiosamente claras.

Le Dantec hace referencia principalmente a la metafísica de Bergson. Continúo el párrafo:

Hace algunos meses he comprendido, por fin, que los metafísicos son artistas y que sus opiniones son personales, como las apreciaciones estéticas. Entonces he comprendido que los que dicen comprender la obra de un metafísico están respecto de él en la misma situación que un aficionado de arte que aprecia las producciones de un pintor o de un escultor. Es asunto de gusto y no tiene ninguna importancia científica. Este descubrimiento me consoló al principio, pero hoy estoy más asustado que antes de mi incomprensión. En efecto, si las opiniones

*Cf. La "Filosofía de la composición" de Edgar Poe (ensayo incluido en sus *Obras en prosa*).

estéticas tienen poca influencia en los destinos de los pueblos, en cambio las ideas metafísicas gobiernan el mundo. Y el creer que la metafísica es un arte me quita toda confianza en la posibilidad de una inteligencia entre los hombres (pp. 20-1).

Esta es una posición similar a la que adoptara Rodolfo Carnap cuando...

CAMPOAMOR. --¿Te refieres a Rudolf Carnap, el lógico del Círculo de Viena?

CORNEJÍN. --¡Lógico! Él entendía, a la manera positivista, por proposiciones metafísicas, "las que pretenden representar el conocimiento de algo que está por encima o más allá de la experiencia". Todo lo que sea averiguación de ciencias, de cosas en sí, de lo absoluto, es para Carnap metafísica, y, por ello, no es filosofía. De la misma manera, según él tienen que ser eliminadas de la filosofía las proposiciones de la ética. Sea, por ejemplo, la proposición ética "matar es un mal". Aparentemente, nos hallamos ante una proposición que afirma algo. Pero según Carnap no afirma nada, no se refiere a ninguna situación; no indica ningún hecho, de ninguna naturaleza: de lo que se trata, en esa y en todas las proposiciones de la ética, es de expresiones de deseo, o de órdenes disimuladas. Los llamados juicios de valor se traducen mediante conjuntos de palabras que tienen la forma de los conjuntos de palabras mediante los cuales afirmamos algo, pero no son afirmaciones, pues carecen de contenido teórico. Prosiguiendo de esta manera su análisis, Carnap llega a la condena de toda filosofía. "Rechazamos toda las cuestiones filosóficas, ya sean de metafísica, de ética o de epistemología" decía en representación de sus cofrades del Círculo. Progresivamente, las ciencias, que en un principio estaban englobadas bajo la denominación general de filosofía, fueron independizándose. Lo único que aún le queda a la filosofía es la lógica. Basta quitársela para dejarla constituyendo una confusión de falsos problemas. Así, todas las proposiciones metafísicas, éticas, epistemológicas deben ser condenadas en virtud de que son conjuntos de palabras que no *representan* nada, aunque *expresen* algo. Un gesto, un movimiento, una carcajada, pueden expresar alegría. En ninguno de esos casos diremos que se trata de algo verdadero o falso. Ni el gesto, ni el movimiento, ni la carcajada, son verdaderos ni falsos. Carecen de contenido teórico o representativo. "Estoy alegre" puede, también, expresar mi alegría; pero en este caso las palabras tienen contenido teórico: representan una situación de hecho, y son, por ello, una proposición, verdadera o falsa. "¡Ay!" es una palabra que expresa dolor, pero no representa nada. "Me duele el brazo" es, en cambio, un conjunto de palabras que representa algo. El lenguaje poético sólo tiene valor expresivo. Sea un poema cualquiera. Tomemos un ejemplo vulgar:

**Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos a colgar.**

¿Qué sentido tienen estas palabras del poeta? ¿Se trata de una afirmación, de un anuncio de lo que habrá de suceder en el futuro? ¿Quiere el poeta hacer saber que las golondrinas han de volver a colgar sus nidos en el balcón? No. Acaso el poeta sepa que las golondrinas nunca han colgado sus nidos del balcón al que se refiere; pero se sorprendería si se le dijese que las golondrinas no pueden volver a colgar sus nidos, ya que no los habían colgado nunca. O sea, que el poeta se sorprendería si se le dijese que lo que en sus versos afirma es *falso*. El poeta no afirma nada con respecto a ninguna situación; sus palabras no tienen más

pretensión que la de expresar algo. Con las proposiciones filosóficas, en general, sucedería lo mismo: no representan nada; expresan simplemente un estado de ánimo, un deseo, una orden, un tipo de temperamento. Las proposiciones filosóficas están, como la poesía, fuera del campo de conocimiento. Son, dice Carnap, "como la risa, como la música, como la lírica", simplemente expresivas. La diferencia de las proposiciones filosóficas con respecto a las poéticas reside en que éstas expresan estados emocionales pasajeros, en tanto que aquéllas suelen expresar disposiciones o tendencias permanentes. Las grandes posiciones filosóficas no son sino expresiones, y nada más que expresiones. Por ejemplo: el monismo metafísico es la expresión de un modo de vida "apacible y armonioso"; el dualismo, expresión del estado emocional de quien vive la vida como una lucha continua; el realismo, expresión de los extravertidos, que se caracterizan por la facilidad con que establecen relaciones entre las cosas y los hombres; el idealismo, expresión de los introvertidos, que establecen relaciones entre sus propios elementos subjetivos, o entre personas, como saltando o queriendo saltar por encima de las cosas. Metafísica y lírica tendrían esa semejanza que en vano pretenderán disimular los filósofos: las dos carecen de contenido teórico. Y hay entre ellas una diferencia: la metafísica parece poseer contenido teórico; la poesía, no. Por eso se engaña el lector de libros de metafísica, y se engaña también el autor. Los poetas ni se engañan ni quieren engañar. Un poeta no declara falsos los versos ajenos; los declara, simplemente, malos. El metafísico debería hacer lo mismo con las proposiciones ajenas; pero, como se engaña con respecto al contenido teórico de sus propias proposiciones, y las cree verdaderas, declara falsas las ajenas. Y por eso los metafísicos entablan discusiones inútiles, que se vienen prolongando a través de los siglos. Esto --atenúa Carnap-- no significa negar todo valor a la metafísica. Lo tiene, como lo tiene la poesía. Lo que hay que señalar es el aspecto engañoso de la metafísica: su pretensión de aparecer como lo que no es. La metafísica nos engaña porque nos da la ilusión del conocimiento, sin darnos conocimiento alguno. Y eso se debe exclusivamente a su lenguaje. La filosofía es una enfermedad del lenguaje, que consiste en confundir la función expresiva con la representativa. Por eso el Círculo de Viena comenzó declarando que el único método de la filosofía es el análisis de la estructura formal del lenguaje, o sea la sintaxis lógica, que aspira a inmunizarnos contra esa enfermedad. Podríamos decir que, según esta posición de Carnap y de los hombres del Círculo de Viena, los filósofos hacen, sin saberlo, poesía. Si no todos, muchos filósofos pueden ser leídos con el mismo espíritu con que se lee a los poetas. Lo que interesa al lector no es, en muchos casos, el contenido teórico de esos filósofos. Platón tiene una presencia continua, como la de Dante o Shakespeare, no afectada por los progresos que los filósofos posteriores hayan logrado en el esclarecimiento de sus mismos problemas. El poeta Shelley no leía y traducía a Platón con espíritu de estudiante de filosofía, o de filósofo. No hay ningún filósofo "superado", como hay, en cambio, grandes hombres de ciencia superados y a quienes no se vuelve sino por preocupaciones históricas. Podemos, debemos, atenernos a la ciencia actual: su contenido teórico ha superado al de la ciencia pasada. Pero no podemos, no debemos atenernos a la filosofía actual, como no podemos ni debemos atenernos a la poesía actual. Esa "presencia" de los grandes sistemas acerca, también, la filosofía a la poesía. El poeta actual vive de la experiencia poética pasada, como

vive de la experiencia filosófica pasada el filósofo actual. El hombre de ciencia puede, en cambio --aunque, naturalmente, dependa de, por ejemplo, Euclides, o de Copérnico--, prescindir de ellos en el sentido de no necesitar volver a ellos como fuente original.

CAMPOAMOR. --¿Y qué opinas tú de todo esto?

CORNEJÍN. --Opino que Carnap y Le Dantec tienen razón en decir que la metafísica es un arte. Carnap considera incluso a los escritos éticos como manifestaciones artísticas, y tampoco le ha pifiado aquí. En donde le pifia, y de un modo grosero, es en su afirmación de que no existe la falsedad en el arte. Dice que es correcto declarar malos o buenos los versos de un poeta, pero incorrecto considerarlos falsos o verdaderos. Pero ¿por qué es correcto lo primero e incorrecto lo segundo? Yo puedo considerar buenas, es decir bellas, las *Rimas* de Bécquer, y de cierto os digo que algunas de ellas me encantan...

CAMPOAMOR. --¿Consideras buenas a esas bagatelas infilosóficas?

CORNEJÍN. --A muchas de ellas. Y le pido que no me interrumpa más, que tengo a este razonamiento agarrado con pinzas y se me está disipando. Le decía que yo considero buenas algunas rimas de Bécquer, pero existe gente, como usted por ejemplo, que las considera malas. ¿Quién de los dos está objetivamente en lo cierto? Ninguno, responderá Carnap: las apreciaciones artísticas son puramente subjetivas. Bien; vayamos entonces al terreno de Carnap. Al terreno científico. ¿Es verdadera, le preguntaremos, la proposición que afirma que la Tierra es más o menos redonda? Sí, nos contestará, no hay prácticamente dudas de ello. ¿Y por qué es verdadera? ¡Pues porque así nos la muestra la empiria!, responderá indignado por la trivialidad de la pregunta. Entonces nosotros contraatacaremos: ¿de modo que si se pudiese probar empíricamente que los versos de Bécquer son buenos cabría decir que son buenos en un sentido objetivo similar al que utiliza usted cuando afirma que la Tierra es más o menos redonda? Supongo que sí, creo que contestaría; pero mientras esta demostración empírica de la poética no se lleve a cabo, los versos de Bécquer seguirán siendo buenos o malos según el gusto de cada uno. ¿Ah sí?, me agrandaré yo: ¿entonces si un cavernícola, anterior a toda la civilización terrestre, hubiera dicho en algún momento, quizá medio en joda, que la Tierra es más o menos redonda, habría hecho una proposición puramente subjetiva, una proposición que *expresa* algo pero que no *representa* nada? Yo no sé qué me habría contestado aquí Carnap, porque no podría creer que me contestase que el cavernícola no enunció una proposición objetiva (aunque el enunciadore no estuviera al tanto de tal objetividad); y si me dice que sí, que a pesar de su ignorancia empírica la proposición sigue siendo objetivamente verdadera, Rodolfo queda con el arco desguarnecido ante mi remate: entonces los juicios estéticos, le diría, pueden ser tan verdaderos y objetivos como el del cavernícola, pues el admirador de una obra de arte se halla hoy en día en una posición análoga a la del antedicho troglodita: afirma que la obra es buena o mala aun careciendo de pruebas empíricas que avalen su postura.

CAMPOAMOR. --Ante tal acorralamiento, me imagino que Carnap retrocedería un poco sobre lo dialogado para negarte algo que medio a regañadientes te había concedido, a saber, que es teóricamente posible probar empíricamente la belleza o fealdad de una obra artística.

CORNEJÍN. --¿Me espetaría Carnap la proposición siguiente: "Es imposible

probar empíricamente la belleza o fealdad de una obra artística"?

CAMPOAMOR. --Él no dudaría en espetártela.

CORNEJÍN. --Pues entonces caería en su propia telaraña, porque ¿qué representa este aserto? Según su teoría no representa nada, porque no tiene contenido teorético, es decir, no es ni un suceso puntual ni una ley derivada de sucesos puntuales. Es un aserto puramente expresivo: expresa el deseo de Carnap de que el arte, la ética y la metafísica no puedan aspirar al rango lógico que todos les concedemos a las ciencias físicas. Si me atuviese yo a la propia ideología carnapiana tendría que considerar a esta su proposición como estrictamente metafísica, y por lo tanto no podría tildarla de falsa o de verdadera. Sin embargo la juzgo falsa de arriba abajo, primero porque no soy carnapiano y segundo porque contradice mi principio (según Carnap, metafísico, y si es así a mucha honra) que afirma que tanto los juicios de valor como los estéticos y metafísicos son susceptibles de ser demostrados (al menos parcialmente, vale decir, estadísticamente) valiéndose de la empiria y del razonamiento. Pero un juicio de valor que se jacta de ser verdadero o estadísticamente verdadero no suele presentarse con la brevedad y simplicidad del ejemplo que da Carnap: "Matar es un mal". Hay muchas ocasiones en las que matar es un bien (por ejemplo, cuando sacrificamos a un animal malherido, o mismo al aplicar la eutanasia a un enfermo que la solicita) (40); son demasiadas las excepciones a la regla como para poder afirmar que es estadísticamente correcto que matar sea un mal. Luego, "Matar es un mal" no es una ley de la ética, y si se quiere saber si este aserto es verdadero o falso hay que aplicárselo a un asesinato en particular y estudiar todos los factores de importancia implicados en él.

CAMPOAMOR. --Me parece que te estás disipando, tal como te lo temías.

CORNEJÍN. --¡Y para no disiparme tratando con la ética, la estética, la metafísica y la lógica a la vez!

CAMPOAMOR. --Yo no he querido intervenir en esta disputa, aunque bien sabes que no le voy a Carnap. Sin embargo, ¿qué es eso de que se puede llegar a demostrar empíricamente la metafísica? ¿Acaso te has convertido al tomismo?

CORNEJÍN. --Yo no niego el poder de la intuición, pero tampoco niego que existan hechos palpables a partir de los cuales pueda deducirse tal o cual proposición metafísica. La parapsicología, ¿no trata de fenómenos físicos? Y sin embargo, si mal no colijo, de esta ciencia ya surgen o surgirán las pruebas más irrefutables de la existencia de la metafísica. Pero vamos a atenuar un poco los palos que le estamos dando a Carnap. Ya dije al principio de mi análisis que había una que otra verdad en el discurso de este lógico: los escritos metafísicos, así como los éticos, son manifestaciones artísticas tal como él lo suponía. Y junto a ésta existe otra gran verdad por él enunciada: la de que las grandes posiciones filosóficas dependen, al menos en gran parte, del tipo de temperamento de quien las enuncia.

CAMPOAMOR. --¿Otra vez con eso? ¿Quieres volver al mismo subjetivismo que criticaras en Carnap?

CORNEJÍN. --Yo nunca me fui del subjetivismo, nunca renegué de él. De lo que se trata no es de refutar el subjetivismo, sino de compatibilizarlo con el objetivismo. Los monistas, dice Carnap, tienden a un temperamento apacible, mientras que los dualistas son en general más luchadores; el realismo (materialismo) es la tendencia

de los pensadores extravertidos, mientras que el idealismo (ideísmo) es frecuentemente sintomático de la introversión. Ahora bien; si las verdades metafísicas poseen objetividad, ¿cuál de éstos, me preguntará usted, es el temperamento adecuado para encarar estos problemas y al cual se adecuan las respuestas verdaderas? ¿Hay más espíritu de verdad en un temperamento apacible que en uno luchador? ¿Dónde hay más certeza, en la introversión o en la extraversión? Aquí radica, mi estimado Campoamor, el quid de la cuestión metafísica, porque ninguno de estos temperamentos, por el solo hecho de predominar notoriamente una componente temperamental por sobre las otras, tiende a la perfección, perfección que sólo es vislumbrada por los individuos temperamentalmente equilibrados. Y si el individuo predominantemente introvertido es tan imperfecto como el predominantemente extravertido, y si tanto el monismo como el dualismo, así como el materialismo y el ideísmo dependen de estos seres imperfectos para subsistir, la conclusión salta a la vista: todas estas son falsas posturas metafísicas; las cuestiones a estudiar por la metafísica del futuro no tendrán nada que ver con estos postulados en pugna.

CAMPOAMOR. --¿El dualismo es, pues, falso?

CORNEJÍN. --Es falso en tanto se opone al monismo, pero es verdadero si en vez de oponérsele lo complementa. Y lo mismo para el materialismo y el ideísmo.

CAMPOAMOR. --Y ¿cómo complementar estas doctrinas que casi todo los pensadores, hasta el día de hoy, han considerado incompatibles?

CORNEJÍN. --¿Sabe por qué tenemos dos ojos? Para poder mirar en perspectiva. Si hubiese dos tuertos ante un prisma rectangular de base cuadrada, uno de los cuales estuviese de frente a una de las caras rectangulares mientras que el otro se situase por encima del poliedro, nuestros tuertitos nos dirían, el uno, que ve un rectángulo y sólo un rectángulo, y el otro que no divisa otra cosa más que un cuadrado. Y sin embargo están viendo el mismo objeto. Si agregasen una nueva dimensión a sus visiones, o si se movilizasen un poco, abandonando sus rígidas posturas, comprenderían que tanto el rectángulo como el cuadrado son sólo caras de un elemento más complejo, caras que se complementan entre sí para darle forma. Creo que queda claro que el tuerto que mira sólo en derredor de las cosas es el tuerto monista-materialista, y el que mira las cosas sólo desde arriba es el tuerto dualista-ideísta. ¡Intercámbiense los ojos, metafísicos tuertoides, y verán que Dios es algo mucho más grande que el mundo de los fenómenos y mucho más complejo que un viejo barbicano sentado en una nube!

CAMPOAMOR. --Con esta declamación no haces más que acercarte peligrosamente a la herejía panenteísta.

CORNEJÍN. --Si es así, tendré que hacer el esfuerzo de intentar comprender a Krause.

CAMPOAMOR. --Tú afirmas que todas estas doctrinas son falsas o complementarias de sus contrarias, pero nunca verdaderas de por sí. ¿Cuál será entonces la doctrina metafísica por excelencia, la que no dependa de los volubles temperamentos humanos sino, por así decirlo, del inmutable temperamento divino?

CORNEJÍN. --No lo sé. Para saberlo debería tener un temperamento mucho más equilibrado que el que tengo. Ya ve usted que siempre, necesariamente, las concepciones metafísicas dependen del temperamento del que las concibe: si el temperamento es desequilibrado las concepciones metafísicas serán también

desequilibradas (falsas); si el temperamento tiende el equilibrio, la metafísica será equilibrada (verdadera). El subjetivismo no cede terreno en ningún instante, pero esto no le impide al objetivismo hacerse presente.

CAMPOAMOR. --Metámonos un momento en la estética. ¿Cómo es eso de que una obra de arte puede ser, además de bella, verdadera?

CORNEJÍN. --Quien admira una obra de arte está en la misma situación que quien lee un escrito ético o metafísico: si su temperamento está en concordancia con el espíritu de la obra dirá que tal obra es bella, en el caso del arte, o que es verdadera en el terreno ético-metafísico. Pero las grandes concepciones ético-metafísicas, ¿no serán también bellas, es decir, no serán susceptibles de conmover a los temperamentos afines que se interesaren en ellas? Hay, pues, belleza en el terreno ético-metafísico (belleza subjetiva siempre, pero también objetiva cuando los temperamentos del pensador y el receptor tienden al equilibrio); y asimismo, cuando un artista logra dotar a su obra del equilibrio estético suficiente para conmover al receptor temperamentalmente equilibrado, hay el derecho de decir que tal obra es bella para quien sepa captar su belleza y que además es verdadera para todos, sea que capten o no su belleza sentimentalmente. En este respecto, el artista sólo se diferencia del pensador en que éste, si quiere dar a luz concepciones ético-metafísicas equilibradas, debe ser él mismo una persona equilibrada temperamentalmente, mientras que el esteta puro no necesita ser él mismo equilibrado para concebir un arte verdadero.

CAMPOAMOR. --Sigo sin entender con qué criterio se debe considerar verdadera a tal o cual obra de arte. Tomemos el ejemplo de los versos de Bécquer citados por Carnap: *Volverán las oscuras golondrinas/ de tu balcón sus nidos a colgar*. ¿Dónde radicaría, según tu punto de vista, la verdad estética de este fragmento, si la tuviere? ¿Tendrá algo que ver con que efectivamente ciertas golondrinas hayan colgado alguna vez sus nidos en el balcón de la amada de Bécquer y con la posibilidad de que la profecía lanzada se cumpla?

CORNEJÍN. --¿Sabe que sí? Carnap se reiría de esto, pero si no es cierto que las golondrinas colgaron alguna vez sus nidos en el balcón de la amada de Bécquer, estos versos son falsos, o sea que son versos que no se limitan a expresar algo (como son todos los versos según Carnap): tienen, además, contenido teórico, en este caso falso si es que la sentencia, *real o metafóricamente*, no tiene visos de verificarse. Es importante que se entienda lo del sentido metafórico. Puede ser que cuando Bécquer alude a las golondrinas que colgaron sus nidos en el balcón de su amada no se refiera específicamente a estas aves y al hecho de la colgadura de nidos. Puede que nos haya dado una metáfora en lugar del hecho concreto. Pero sea el hecho literalmente especificado, sea una metáfora representativa de otro hecho, para que estos versos sean verdaderos la profecía que hay en ellos debe poder verificarse. En otras palabras, la poesía, y la literatura toda, si aspiran a ser verdaderas deben narrar hechos, pensamientos o sentimientos que se correspondan, literal o metafóricamente, con hechos verdaderamente acaecidos o con visos de acaecer (profecías), y con pensamientos y sentimientos verdaderamente experimentados por el artista.

CAMPOAMOR. --¿Quieres decir que las novelas, por ejemplo, son falsos objetos artísticos?

CORNEJÍN. --Sí, con la salvedad de algunas novelas históricas y futuristas y

aquellas que representan una metáfora de una historia realmente acaecida, aunque la metáfora magnifique un tanto los sucesos reales.

CAMPOAMOR. --Pero ¿cómo puede una persona de este siglo conocer detalles de la vida íntima de, digamos, Giordano Bruno, detalles indispensables para la ejecución de toda novela histórica verídica?

CORNEJÍN. --Creo que me expresé mal. La obra literaria, para ser verdadera, no debe narrar necesariamente los hechos realmente acaecidos, sino los hechos tal cual el artista *cree* que han acaecido. Del mismo modo, la novela futurista verdadera no es aquella que acierta con la profecía, sino la que expresa la concepción futurista personal del autor, aunque después ésta no se verifique.

CAMPOAMOR. --Este concepto tuyo de literatura verdadera no sería tan polémico si se limitase a la definición que acabas de otorgarle sin inmiscuirse en el terreno propio de la obra artística, es decir en la cuestión de la belleza. Pero hete aquí que tú dices que la belleza objetiva, que sólo es percibida cuando el temperamento del receptor está suficientemente equilibrado, está indisolublemente ligada al carácter de verdad que hay en la obra, ¿no afirmas eso?

CORNEJÍN. --Lo afirmo.

CAMPOAMOR. --Y entonces ¡qué! ¿Vas a negarle toda belleza objetiva a *El principito* de Saint-Exupéry o a *El alquimista* de Paulo Coelho, siendo que las consideras como dos grandes creaciones artísticas?

CORNEJÍN. --En primer lugar, yo no soy lo bastante equilibrado temperamentalmente como para poder captar gran parte de la belleza objetiva de las obras de arte que la poseen; tal vez me esté engañando, y lo que juzgo bello en estas dos obras no es más que belleza puramente subjetiva. Pero por otra parte bien pueden estas novelas participar de la belleza objetiva, pues son, cada una a su modo, metáforas de la vida, de los pensamientos y de los sentimientos de sus respectivos autores --si bien metáforas magnificadas en exceso, sobre todo *El alquimista*.

CAMPOAMOR. --¡Ahora te vas al otro extremo!... ¿Cómo hacer para discernir cuándo una novela es una metáfora de algo real y cuándo no?

CORNEJÍN. --El método empírico-racional que favorezca este discernimiento no se ha descubierto aún. Por el momento, sólo la intuición de los temperamentalmente equilibrados puede hacer el distinguo.

CAMPOAMOR. --¿Y qué hay de la literatura que no tiene ni pretende tener contenido teórico?

CORNEJÍN. --Es falsa. Falsa por carencia.

CAMPOAMOR. --Esto en cuanto a la literatura, pero ¿qué pasa con las otras manifestaciones artísticas? ¿Cómo puede, por ejemplo, tener contenido teórico la música instrumental?

CORNEJÍN. --No lo sé, señor. Yo sólo hablo por la literatura, que es la única arte que más o menos conozco como creador. Hay, me parece, también una falsa música, una falsa pintura y así, pero los códigos que nos permitirían detectarlas creo que son diferentes para cada disciplina.

CAMPOAMOR. --Siendo así, retornemos a la literatura. Hay algo que parece desprenderse de tus asertos y que me aterra, y es la idea de que toda historia verídica, por prosaica y burda que sea ella y su forma de contarla, es arte verdadero.

CORNEJÍN. --No señor. Yo no dije que la literatura que narra hechos, pensamientos o sentimientos que se corresponden... etc. etc., sea necesariamente literatura verdadera, yo sólo dije que esa es la única literatura que *puede aspirar* a ser verdadera. El anterior es un requisito necesario, pero no suficiente. Además de a él, el arte debe adecuarse al gusto ético del individuo equilibrado, o sea que debe adecuarse la ética a secas, que es siempre objetiva. "En el ser --dice Nicolás Fernández Naranjo-- se *equilibran* perfectamente dos propiedades: aquella que se adecua a nuestra inteligencia y es fuente de *verdad*, y la que atrae a nuestra voluntad, en cuanto *bien*. El equilibrio de verdad y bien, causa *armonía*: esta armonía es la belleza" (*Preceptiva literaria*, p. 8). Pero aún falta otra cosa, si es que nos referimos a la belleza literaria; falta la forma. Pero la forma, la verdadera forma de la literatura, nace de su fondo, por lo que no cabe agregar dogmáticos preceptos en este sentido. Sólo rescataré uno: la verdadera poesía, la poesía que aspira a la inmortalidad, debe ser rimada y ritmada. El ritmo y la rima le facilitan el trabajo a la memoria de la posteridad. "Poeta es --dice Roberto Prudencio desde las pp. 40-1 de la *Preceptiva literaria* de Fernández Naranjo--, poeta es el que tiene el divino don de saberse expresar, de traducir en la magia de la palabra los instantes fugitivos de su existir y retenerlos para vivir de nuevo, para en ellos revivir en forma más esencial y depurada. Ser poeta no es tanto crear irrealidades como plasmar en vocablos su propia realidad y poder contemplarla objetivamente. Es revelar su intimidad, y, en esa revelación, en cierto sentido perpetuarla. Es trocar el propio ser en canto y verter la pasión en música y en ritmo". Definición bastante acertada, ¿no le parece?

CAMPOAMOR. --Volvamos mejor a Le Dantec, así terminamos de una vez con él.

CORNEJÍN. --De acuerdo, no sin antes aclarar que la síntesis que le acabo de discurrir acerca de la posición antimetafísica de Carnap se la plagué casi textualmente a Vicente Fatone de su libro *Filosofía y poesía* (1954), pp. 42 a 45. Y para cerrar por ahora este vasto y complicado tema en el que, lo admito, han quedado casi todos los asuntos a medio tratar, permítame citar, contradiciendo lo dicho hace un rato respecto de que no traería a colación a *El ateísmo*, un pasaje de este libro en donde Le Dantec, respondiéndole a su ex maestro julio Tannéry, explica cuál es la "utilidad" que tienen según él las controversias metafísicas:

... Entretanto, estamos convencidos usted y yo de que nos entregamos en este instante a una discusión científica; y sin embargo, su inutilidad resulta evidente; nosotros mezclamos en ella la lógica, la metafísica y aun la moral, y esto es muy agradable; hay precisión de hacer funcionar su mecanismo, y existe mucha metafísica en el nuestro, como existen patas en un caballo. Nosotros nos divertimos con ella como un potro se divierte con sus patas galopando en un campo; y está averiguado que es muy útil a un potro hacer cabriolas, porque con ellas se desarrollan sus músculos y le transforman más tarde en un caballo vigoroso. ¿Por qué negar análoga utilidad a las especulaciones filosóficas? ¡También ellas nos entretienen a nosotros, y esta diversión no es vana, como decía el buen Renan, porque siempre vale más que las discusiones políticas, que son probablemente tan vanas, y en el curso de las cuales suele verse uno llevado a detestar a sus adversarios, acaso por creer en su utilidad! (Pp.

318-9).

Y a párrafo siguiente va una afirmación que, con leves modificaciones, bien podría yo dirigírsela a usted:

Resultaría aburrido filosofar sin tener contradictor; no se puede jugar sólo al ajedrez. Luego no me apenará mucho, mi querido maestro, que no estemos de completo acuerdo; quizá le tendré mayor cariño por tales diferencias.

CAMPOAMOR. --¿Qué habrías hecho tú, en esta soleada y calurosa jornada en Mburucuyá, si no te hubieses topado conmigo?

CORNEJÍN. --No lo sé... ¡Dios sea loado por haberme obsequiado de sus huestes a este magnífico adversario!

CAMPOAMOR. --No hables así, que me sonrojo.

CORNEJÍN. --¿Se sonrojan los muertos?

CAMPOAMOR. --¡Como que tienen sentimientos!

CORNEJÍN. --Eso ya lo había notado, pero no pensé que en los muertos, al igual que en los vivos, estos sentimientos se tradujesen en alteraciones fisiológicas.

CAMPOAMOR. --Yo no tengo fisiología, tengo metafisiología. Y también estoy contento, como tú, de haberme topado con un adversario de tan bohemia erudición.

CORNEJÍN. --¿Disfrutó incluso nuestros choques más vehementes, como el que nos separa en el tema de la propiedad por ejemplo?

CAMPOAMOR. --Lo disfruté bastante.

CORNEJÍN. --Querrá continuarlo entonces...

CAMPOAMOR. --Mmm...

CORNEJÍN. --Eso lo tomo como un sí, por lo que vuelvo la carga con una cita de *El egoísmo*, pp. 257-8, en donde Le Dantec reafirma mi postura respecto de la magna influencia que sobre la conducta humana tiene hoy en día el instinto de apropiación excluyente:

Hoy el mundo produce bastante para que todos los hombres coman; y, sin embargo, hay gentes que no tienen qué comer, o, por lo menos, no tienen bastante que comer. Eso se debe a que todos tenemos un instinto de propietario, que es casi tan fuerte como nuestro instinto de conservación.

Yo diría, con Keyserling, que es más fuerte aún. Y aquí va un análisis sapientísimo de lo que el derecho legal a la propiedad exclusiva, o cualquier otro derecho legal, implican en detrimento de la real (no apariencial ni superficial) cohesión social:

A partir del momento en que el derecho de propiedad fue inscrito en los códigos y en las mentalidades de los hombres (y era imposible que eso no sucediese), el sueño de la fraternidad humana resultó una pura utopía. Desde el momento en que un hombre cree tener un derecho, y que este derecho está protegido por la ley, defenderá seguramente ese derecho contra los demás hombres, aun si el ejercicio de ese derecho le es perfectamente inútil. Desde el punto de vista de ese derecho, del que tiene el sentimiento, y que el Código protege, el hombre es fatalmente el enemigo de todos los demás; cuando se tiene un derecho, es contra sus congéneres; la palabra derecho no puede tener otra interpretación (pp. 259-60).

La idea de un derecho, de un derecho absoluto como este de la propiedad exclusiva, viene anexada a la idea de justicia absoluta, o sea a la idea de un juez divino. Por eso

la idea de justicia absoluta falta al ateo, y no porque la idea de justicia venga de Dios; todos los dioses que se han venerado desde que el mundo está habitado, son soberanamente injustos; todos tienen preferencias y pasiones, como los hombres; pero la creencia en un Juez es necesaria a la idea humana de justicia; el ateo no puede creer en estos residuos hereditarios de errores de nuestros antepasados (*El ateísmo*, p. 106).

La idea de justicia falta al ateo consecuente, pero también falta en el creyente que no cree en un dios remunerador y castigador, como yo por ejemplo. Y es así como estos dos grupos, si fuesen consecuentes con esta negación del derecho y la justicia, deberían desembocar en el más inerte y amoroso pacifismo.

El ateo propiamente dicho --dice también desde *El ateísmo* (p. 100), e incluyo aquí a mi grupo de "creyentes cosmológicos"--, **el ateo razonador que va hasta el fin de las consecuencias de su ateísmo, es un ser desarmado en la lucha universal: no podría ser ni juez ni conductor de hombres; bastante trabajo tiene con conducirse a sí mismo, no creyendo en su personalidad y no teniendo el sentimiento de sus derechos. He oído exponer por un profesor de filosofía este razonamiento sutil, muy conocido probablemente en el mundo de los filósofos. Quien tiene deberes, tiene por esto mismo derechos; el derecho, por lo menos, de investigar lo que es preciso hacer para cumplir sus deberes. El verdadero ateo reconoce los derechos de los demás y no se concede ningún derecho, aunque tenga el sentimiento del deber; es un ente mal equilibrado y que no resulta perjudicial más que para sí mismo.**

Es un anarquista, pero un anarquista a lo Jesucristo, porque

los anarquistas [políticos], digan ellos lo que quieran, no son ateos, pues si lo fuesen estarían desarmados en la lucha; su amor a los desheredados no los arrastraría a odiar al propietario egoísta; si fuesen ateos, ¿cómo harían para atribuir un valor absoluto al principio de justicia en nombre del cual obran? Si no hay Dios, la justicia no es más que un residuo de la herencia de los antepasados, como la bondad y la lógica.

Recién aquí, en esta última oración, nos distanciamos los creyentes cosmológicos de los ateos, pues si bien negamos que Dios sea justo, no negamos que sea bueno y lógico, o sea que la ética y la lógica, para nosotros, son absolutas.

CAMPOAMOR. --No veo por qué rara discriminación atribuyes a Dios una infinita bondad y una infinita lógica y no una infinita justicia.

CORNEJÍN. --Porque yo sé, más o menos, cuándo estoy actuando con bondad y cuándo con lógica, pero nunca colijo en qué momento estoy actuando con justicia. "Hemos oído hablar de la justicia. ¿Hay alguien que sepa lo que es la justicia? Ningún hombre puede medir ni calibrar la justicia. ¿Podemos mirar a alguien y decir lo que se merece?: ¿que le ahorquen o que le encarcelen para toda su vida o durante treinta días, o que le den una condecoración? La mente humana ciega a todos aquellos que intentan considerar este problema desde dentro y a la mayoría de los que lo contemplamos desde fuera. La justicia es algo sobre lo que el hombre sabe muy poco. Es posible que sepa algo sobre la caridad, la comprensión y la

compasión, y debe aferrarse a ellas todo lo que pueda" (Clarence Darrow, citado por John Hospers en *La conducta humana*, p. 680). ¿Usted cree en el derecho de herencia?

CAMPOAMOR. --Por supuesto.

CORNEJÍN. --Entonces no cree en la justicia divina, o se burla de ella.

CAMPOAMOR. --¿Cómo así?

CORNEJÍN. --¡Qué! ¿Acaso no ve que el traspaso generacional de las fortunas es la causa principal de la indigencia y la incultura de las masas? ¿Acaso no ve que recibir una herencia es uno de los más graves pecados, que Dios castigaría con saña divina si fuese un dios justiciero? No, usted no puede verlo, porque su sed de justicia está eclipsada por su instinto de apropiación excluyente, y este cáncer ha hecho metástasis en su espíritu y ha tomado hasta su lógica, que, maltrecha y purulenta, no se da cuenta de la incoherencia en que ha caído.

No es la primera vez que hallamos una contradicción entre dos nociones igualmente fundamentales en el hombre; aquí la contradicción es evidente. Cada uno de nosotros está penetrado, por una parte, de la idea del mérito y de la justicia, y por otra, del instinto de propietario que, a pesar de toda justicia, hace necesaria la herencia. Felizmente, la bienhechora hipocresía permite la coexistencia de esas dos ideas contradictorias. Nuestro egoísmo fundamental se manifiesta aquí también, conduciéndonos a hallar legítima, cuando somos beneficiarios, la herencia que nuestra envidia declara inmoral cuando favorece a uno de nuestros congéneres. La parábola de la paja y la viga es de aplicación corriente en la historia de la humanidad. Aquellos [como usted, don Ramón] a quienes atormenta la idea absoluta de justicia olvidan renunciar a sus herencias que crean una injusticia flagrante en su favor; o bien son santos, pero los santos no andan por las calles, y cuando se encuentra uno, nos burlamos de él (*El egoísmo*, pp. 262-3).

La causa principal de la indigencia y la incultura es el derecho de herencia; pero no es ésta, sin embargo, la principal causa generadora del odio más extendido en el planeta, del odio del pobre para con el rico. Aquí, más que el dinero en sí, influye la sexualidad o instinto sexual, lo que no quiere decir que en instinto de apropiación exclusiva merme su influencia y ceda el paso al sexual, no señor; pasa que en nuestras actuales civilizaciones en instinto sexual está subordinado al de apropiación, y cuando deseamos una mujer no la deseamos para gozar con ella los placeres del amor, de la conyugalidad o del mero sexo: la deseamos para poseerla, como quien posee un coche o un departamento. Y así como los coches y los departamentos lujosos son exclusividad de los ricos, las mujeres hermosas lo son cada vez con más frecuencia, incluso las de origen proletario, y esto es lo que más indigna al pueblo: que lo despojen hasta de sus correligionarias apetecibles. La situación fue muy bien intuida y descrita por Le Dantec en la p. 270 de *El egoísmo*:

La belleza de las mujeres desarrolla en los machos deseos feroces que hacen reaparecer al troglodita bajo el barniz de civilización del hombre del siglo XX; ahora bien, las mujeres gustan de lo que brilla, y se dejan tentar fácilmente por las seducciones de la fortuna, de manera que las que son guapas, y que, nacidas en la clase obrera, podrían ser compañeras de sus camaradas obreros, prefieren a menudo ser mancebas

de los burgueses ricos. Y eso hace nacer entre las clases más odio que el que resultaría naturalmente de la diferencia de las condiciones económicas (41).

¿Cómo era esa dolora suya? "*Para querer a un rico...*"

CAMPOAMOR. --

**Para querer a un rico que es un necio,
por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, de desprecio;
si ha sido por amor..., ¡te lo perdono!**

De todos modos, quien ha tenido la suficiente inteligencia como para granjearse una buena fortuna, merece a su lado una mujer guapa.

CORNEJÍN. --¿Y si la heredó?

CAMPOAMOR. --¿A la mujer guapa?

CORNEJÍN. --¡No, a la fortuna!

CAMPOAMOR. --¡Ah! Ese también es inteligente. Hay que poseer gran inteligencia tanto para enriquecerse como para mantener las riquezas heredadas al resguardo de los infaltables rapiñadores.

CORNEJÍN. --Evitar la rapiña sin dejar de ser caritativos, ¿no es eso?

CAMPOAMOR. --Tú lo has dicho: es de almas nobles ser solidario con el que menos tiene.

CORNEJÍN. --Claro..., y así no peligra el *statu quo*...

La caridad, reconocida por todos los hombres en el fondo de su conciencia, porque todos tienen el sentimiento de la propiedad, mantiene las diferencias de clases (p. 272).

La caridad aminora la indignancia por un lado y la incentiva y potencia por el otro. No es con caridad (entiéndase, con caridad burguesa) que haremos desaparecer o mermar la miseria del mundo. Ni tampoco, claro está, con revoluciones políticas:

Los gobernantes hallan fácilmente el medio de excitar contra los burgueses el odio natural de los desgraciados, pero no modifican por eso la naturaleza humana, y si una revolución cambia la riqueza de unas manos a otras, los nuevos propietarios se reconocerán, como los antiguos, derechos sagrados; darán limosna a su vez, y esperarán agradecimiento de los que han impedido morir de hambre. Recíprocamente, los propietarios, que se entienden hoy contra los pobres para defender los derechos sagrados de la propiedad, serán pobres llenos de envidia y de odio, si una revolución les desposee (p. 273).

CAMPOAMOR. --¿Y por qué será que las revoluciones políticas nunca llegan, a la larga, a cumplir su promesa?

CORNEJÍN. --Porque destruyen antes de crear.

Los agitadores, que preparan la revolución y dan que hacer a los legisladores, no se preocupan más que de destruir; el edificio social les parece malo, porque no está en concordancia con la jerarquía de los principios que han adoptado ellos mismos momentáneamente, ya por sentimiento, ya por necesidad. Empiezan, pues, a destruir en nombre de los principios sublimes de igualdad, sin pensar sobre qué bases se va a reconstruir luego, ni aun si se reconstruirá siquiera.

La naturaleza les da, sin embargo, una lección de cosas, de la que, más clarividentes, sacarían acaso partido. La naturaleza construye siempre antes de destruir. Cuando un órgano se ha hecho inútil a un animal, en condiciones nuevas de vida, los órganos necesarios a las circunstancias actuales se construyen primero, y como el funcionamiento de estos órganos nos hace inútiles los antiguos, no adaptados, éstos desaparecen enseguida, poco a poco, por desuso (pp. 295-6).

Así desaparecerá, mis queridos pseudoanarquistas, el gobierno coactivo-coercitivo: por desuso, no por dinamita. Además, que yo sepa ningún movimiento político-revolucionario estableció en su programa básico la idea de modificar ciertos instintos humanos, o sea que ya se vislumbra su fracaso en la misma teoría, sin necesidad de que lo corrobore la práctica.

El instinto de propiedad es tan poderoso en los hombres, que ninguna ley que restrinja el enriquecimiento posible de los individuos podrá ser adoptada nunca. La nivelación momentánea de las fortunas no tendrá día siguiente. Me parece, pues, probable que habrá una serie de revoluciones, ninguna de las cuales conducirá a la edad de oro soñada por los utopistas (p. 322).

¡Y esto lo dijo en 1912! ¡Pavada de profecía! Sin embargo, la embarra inmediatamente con un "mientras haya hombres, serán competidores, rivales, enemigos". Debió decir "mientras haya hombres con instinto de apropiación excluyente y sentimientos justicieros", porque si bien la historia ya está escrita, nadie ha visto nunca ningún documento que certifique que los instintos y sentimientos del hombre actual permanecerán inalterados con el correr de los milenios.

CAMPOAMOR. --Le Dantec era uno de los pocos positivistas que descreía del poder de la ciencia cuando de aumentar la felicidad humana se trata, ¿no es cierto?

CORNEJÍN. --Correcto. La *pax científica*, ideología tan de moda en su época, a Le Dantec no le movía un pelo, y la consideraba tan absurda como la utopía comunista.

El sueño de los pacifistas se expresa en frases muy nobles e impresionantes. El hombre despreocupado de la guerra completará, dicen ellos, la obra magnífica de la ciencia, a la que el siglo último ha dado un brillo prodigioso. Nadie ama la ciencia más que yo, pero nadie aprecia tampoco más claramente la impotencia de la ciencia para modificar al hombre. Las conquistas de la ciencia son bruscas, y la evolución del hombre es lenta, si no se ha parado del todo. En lugar de acariciar con los pacifistas el sueño de una humanidad ennoblecida por la ciencia, temo el bastardeamiento fatal de una humanidad a la que la ciencia hubiera proporcionado las delicias de una comodidad exagerada. Y me entristece pensar que la ferocidad de nuestros antepasados de las cavernas se perpetuará en esa humanidad bastardeada, en su forma más inferior y menos digna de admiración: la envidia y el odio disimulados bajo las apariencias de una hipocresía fraternal (*El egoísmo*, párrafo final).

CAMPOAMOR. --Tú me dijiste, cuando acabé de citar a Leopardi, que dejaríamos por un momento de lado al pesimismo, ¡y ahora te despachas con esta

cita apocalíptica!

CORNEJÍN. --Perdóneme. ¡Pero no va a negarle a Le Dantec la frescura y festividad de su estilo! ¡Qué diferencia con el sombrío Leopardi!

CAMPOAMOR. --¿Quieres apartar definitivamente la sombra y el pesimismo y hablar de placeres, y de placeres sublimes si los hay?

CORNEJÍN. --¡Por favor, se lo pido por lo que más quiera!

CAMPOAMOR. --Entonces presta atención, que voy a citarte al higienista y antropólogo italiano Paolo Mantegazza desde su ensayo *Placeres del entendimiento* (1854). Y comencemos dejando en claro el postulado principal de la obra, que es una verdad que Leopardi desconocía, porque si no no habría sido tan desdichado:

Hay tanta voluptuosidad en el trabajo de la mente, que puede alegrar toda una existencia o consolarnos de todas las miserias grandes o pequeñas que nos pinchan o hieren durante nuestro camino (p. 37).

Y la remata con un

no puedo callar que el placer de pensar, aunque independientemente de cualquier objeto, de cualquier premio, es uno de los más grandes de la vida. Las sensaciones nos llegan de todas partes y apenas llegan a nosotros se transforman en ideas. El movimiento empieza activo y ordenado y de todas partes un nuevo estremecimiento nos advierte que un nuevo mecanismo se ha puesto en movimiento. Aquí una idea, tropezando con un diente de la rueda que abre los archivos de la memoria, suscita por analogía una idea histórica; allí una combinación de juicios ha hecho brotar un rayo de luz o una centella. La luz que ilumina el gran taller se colorea de pronto con los colores del iris que se reflejan sobre todas las maquinarias y los obreros. Y todos estos accidentes de un taller, trabajados, se reflejan en el espejo de la conciencia, donde el yo mira y sonríe. No vayáis a creer que yo exagere o haga el poeta. No todos los que piensan con voluptuosidad agotan de la misma manera el placer que prueban, pero todos sienten que es un placer indefinible, que nunca acaba y siempre se renueva; que es acaso frío y calmo, pero que se puede amar como un placer del corazón (pp. 37-8).

¿A ti te ha sucedido el experimentar estas voluptuosidades intelectuales?

CORNEJÍN. --En el momento de pensar o de escribir casi nunca, pero sí en los instantes posteriores, generalmente de regreso a mi casa después de largas horas en la biblioteca, caminando con paso de murga disimulado y música mis oídos. Esto me ocurría frecuentemente allá por el '97, cuando estaba dando mis primeros pasos en la concepción de una filosofía teórica propia. Transcurrido ese año, desgraciadamente, rara vez volvió a suceder.

CAMPOAMOR. --

Entre todos los fabricantes de productos intelectuales, los que por lo general disfrutan más que otros del placer de pensar son los filósofos y los literatos; los que menos disfrutan de él, los eruditos (p. 39).

¿No será que en ese año te dedicaste verdaderamente a la filosofía y a la literatura, y que después te volcaste a la mera erudición?

CORNEJÍN. --Puede ser; pero a mí me late que lo que la filosofía hizo conmigo fue darme el dulce al principio, para hacerme adicto, y ahora quiere cobrármelo a

precios exorbitantes. Es como dice la canción de Los Twist: "El primero te lo regalan, el segundo te lo venden".

CAMPOAMOR. --¿Por eso titulaste al libro cuarto de tu diario "Adicción a los pensamientos filosóficos"?

CORNEJÍN. --Por eso, y también en homenaje a Diderot, que tanto hizo por despegar de mi espíritu religioso la costra de la superstición.

CAMPOAMOR. --¡Y dale con los ateos!... Mejor volvamos a Mantegazza.

CORNEJÍN. --¡Como si Mantegazza no hubiera sido ateo!

CAMPOAMOR. --Si fue ateo, al menos no se jactaba de ello. Escucha ésta, que te vas a sentir aludido:

Hay individuos que sin ser hombres mediocres, no pueden de ninguna manera seguir un pensamiento, aunque sólo fuera por pocos instantes, mediante los signos estenográficos de la mente, pero deben recurrir a la palabra hablada o escrita para poder seguir el hilo de las ideas o crear otras nuevas. Se dice, en broma, que muchos hablan sin pensar, lo que es absolutamente imposible, mientras podríamos decir con más verdad que muchos no saben pensar sin hablar (p. 44).

CORNEJÍN. --Es verdad: yo no sé pensar sin escribir. Es como si mis ideas, que moran en mi subconsciente (como las ideas de todo el mundo), necesitasen de la intermediación del papel y la lapicera para pasar de allí hacia mi conciencia. Si me encerrasen por diez años en una estrecha y solitaria celda, dándome previamente cantidad suficiente de estos materiales, tal vez fuese yo un hombre relativamente feliz; pero si me encierran sin lápiz ni papel ninguno de donde atenazar mis pensamientos, ¡loco me volvería en unos pocos meses! (42)

CAMPOAMOR. --¿Serías feliz sin hablar con nadie por diez años?

CORNEJÍN. --Eso no me perturbaría: la elocuencia oral no es lo que se dice uno de mis fuertes.

CAMPOAMOR. --

Hay individuos que hallan tan difícil encontrar las palabras y ordenarlas, que el trabajo telegráfico de la elocuencia queda a cada instante interrumpido y no pueden, ni siquiera una vez, probar el placer de hablar (p. 45).

CORNEJÍN. --¡Ese soy yo!

CAMPOAMOR. --¿Rehuyes las conversaciones?

CORNEJÍN. --No lo haría si me diesen tiempo, entre frase y frase, para organizar bien organizada mi sintaxis fonética; ¡pero la gente habla tan deprisa!... Amén, por cierto, de que casi todos los temas que se tocan en una conversación normal a mí me importan un pepino.

CAMPOAMOR. --Uno no puede estarse todo el día hablando de filosofía...

CORNEJÍN. --¿Por qué no? No digo hablar *de* filosofía, sino hablar filosóficamente. ¿Por qué nadie lo intenta, ni siquiera un momento?

CAMPOAMOR. --¿Lo intentas tú?

CORNEJÍN. --Ya le dije que soy torpe de lengua. Pero si me incitasen y me hablasen pausado...

CAMPOAMOR. --Conmigo no has tenido problemas en soltar la parla...

CORNEJÍN. --¡Es cierto! ¿Por qué será?

CAMPOAMOR. --Bien; volvamos a Mantegazza y a sus placeres. He aquí uno que tú consideras de los más deliciosos: el de la añoranza:

Aquel que ignora los tesoros del pasado y de los recuerdos, se priva de uno de los más delicados y suaves placeres que estremecen al hombre. Los hechos más vulgares, las personas más insignificantes e indiferentes, los más pequeños placeres, se elevan y sublimizan pasando al mundo de los recuerdos, donde parece que la fantasía echa su espléndido manto para cubrirlo todo. Es un misterio que aun los más vulgares observadores notan.

CORNEJÍN. --Si lo noté yo...

CAMPOAMOR. --Déjame continuar:

Hay algunos placeres que hemos disfrutado con la mayor indiferencia y que, evocados, resucitan un placer más vivo e intenso. Hasta muchos atroces dolores, cuando se exhuman de una profundidad muy honda y cuando el tiempo, que todo lo petrifica, los ha fosilizado, pueden despertar en nosotros una suave melancolía. Todo lo que pasa a través del tiempo y el espacio se purifica y envejece; los muertos se vuelven mejores que los vivos, los que están lejos, más grandes que los que tenemos cerca; todo lo que pertenece a la historia, más poético que lo contemporáneo; y así ha de ser en efecto. La memoria no nos conserva más que un bosquejo nublado e incierto de nuestros placeres y de nuestros dolores, y la fantasía, para suplir al vacío que existe, pone sus más espléndidos adornos y su joya más preciosa. Por otra parte, todo lo que es incierto y oscila, que más bien se adivina que se ve, que más bien se siente que se entiende, siempre tiene un peculiar atractivo que nos conmueve y seduce. Puede ser que el placer no sea más que una oscilación... (pp. 53-4).

CORNEJÍN. --¿Escucho esto último? ¡Es lo que yo digo: el placer no es más que una oscilación!

CAMPOAMOR. --Sigo con los goces intelectuales:

Hay quienes sienten un placer tan grande en copiar algunos fragmentos de los libros que leen, o en hacer su resumen, que leen únicamente para poder abandonarse a su pasión (p. 83).

CORNEJÍN. --Qué pasión enfermiza, ¿no?

CAMPOAMOR. --Hay gente para todo. Lo único difícil para un intelectual es ser un artista puro y un puro razonador a la vez.

El literato puede ser filósofo, y éste puede ser poeta e historiador, pero raramente el matemático o el mecánico saben escribir poesía o ser elocuentes en sus discursos. Sólo en pocos hombres se reúnen todos los poderes mentales, pero también en éstos siempre predomina un orden de facultad. Goethe quiso ser naturalista, pero los botánicos apenas si lo consideran. Haller fue poeta, pero sus versos no valen gran cosa. Galileo fue literato, pero sus escritos apenas si son conocidos por los eruditos. Leibniz, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Voltaire y otros pocos más, abrazaron gran parte de la sabiduría humana, pero no fueron grandes igualmente en cada ciencia, ni seguramente en todas las artes (pp. 85-6).

CORNEJÍN. --Yo sabía que Voltaire había abrazado a una que otra cortesana, pero que había abrazado gran parte de la sabiduría humana, eso me resulta difícil de creer. ¿Cómo iba a abrazar a la sabiduría si ni siquiera abrazó a Rousseau, teniéndolo tan a mano? Juan Jacobo, y no Voltaire, fue el verdadero sabio del siglo XVIII.

CAMPOAMOR. --¿Rousseau sabio? ¡Si ese fue más panteísta que Serveto!

CORNEJÍN. --¡Y qué! ¿Los panteístas no pueden ser sabios?

CAMPOAMOR. --No, no pueden.

CORNEJÍN. --¿Quiere que hablemos de su compatriota Miguel Servet, si ya terminó con Mantegazza?

CAMPOAMOR. --De Servet tengo sólo una anécdota, y es ésta: que en el calor de una disputa con su inquisidor Calvino, éste, dando con el pie en el suelo, le preguntó: "¿Y esto también es Dios?" Y contestó Servet: "¿Y quién lo duda?"*.Con eso tengo bastante.

CORNEJÍN. --Yo tengo otra:

En 1546, Servet inicia una correspondencia con Calvino planteándole cuestiones que éste contestó, al principio, con calma y claridad. Servet, no satisfecho, intenta incluso adoctrinar a Calvino. La polémica fue en aumento. Calvino le señala que como sus opiniones están en su obra «La Institución Cristiana» y no dispone de tiempo, le envía un ejemplar de la misma. Servet se lo devolverá lleno de correcciones marginales. Aparte, le enviará una copia manuscrita de «Christianismi Restitutio», lo que será argumento definitivo en la denuncia que sufrirá siete años después, y en la condena (Fernando Solsona, *Miguel Servet* (1988), p. 36).

¡Imagínese, recibir un libro de Calvino de sus propias manos... y devolvérselo lleno de correcciones marginales! No me va decir que no era un personaje...

CAMPOAMOR. --Era un personaje antipático para todos, tanto para los protestantes como para los católicos. Dios sabrá lo que pensaba este impío respecto de su hijo Jesucristo.

CORNEJÍN. --Eso se lo contesta Solsona en la p. 87:

Para Servet, Jesucristo es, ciertamente, hijo de Dios, pero no Hijo eterno; dijo siempre hasta su muerte que Cristo era Hijo de Dios eterno, pero no Hijo eterno de Dios, y que es ciertamente hijo de María. Para Servet, Cristo es escultura o efigie de Dios, es hombre histórico y real; Cristo es Dios sin dejar de ser hombre («según la carne es hombre; y por el espíritu es Dios»). La Palabra de Dios, es decir, su manifestación, se constituye al mismo tiempo en Hijo de Dios; antes existía como Palabra, no como Hijo; por eso no es Hijo eterno. Esta diferenciación la mantuvo Servet hasta su propia muerte. El Verbo es eterno, pero si la Encarnación tuvo lugar en el tiempo, ya no es eterna. Aquí muestra Servet una vez más su extremado sentido de la lógica, expresión radical de su aragonesismo intelectual.

antagonismo entre humanidad y divinidad. El Verbo era eterno, pero el nom Para Servet, Cristo podía ser Dios sin dejar de ser hombre, porque no haybre del Verbo conviene a la preencarnación; por esto, el Verbo era eterno, pero Jesús no lo es.

Yo digo, ¿se justifica quemar viva a una persona por estas sutilidades? ¡Cuánto comprendo a Carnap, al punto casi de ponerme de su lado, siempre que leo un pasaje como éste!

CAMPOAMOR. --Sin embargo, algo de bueno tenía Servet, y es que creía en el libre albedrío, no como esos perdidos de Lutero y Calvino.

*Cf. Las *Obras completas* de Ramón de Campoamor, tomo III, página 435.

CORNEJÍN. --Ya que menciona de nuevo el tema capital del libre albedrío, y visto y considerando que me ha dicho que ha disfrutado de nuestras polémicas más encendidas, agregaré algo sobre el tema. Se trata de la posición del pensador argentino Coriolano Alberini...

CAMPOAMOR. --¿Corioqué?

CORNEJÍN. --Coriolano Alberini, quien hace un análisis de la génesis y alcances del concepto de responsabilidad moral en su artículo "Determinismo y responsabilidad" (1910), incluido en un compendio suyo que se dio llamar *Escritos de ética*. Cito textualmente:

Los juristas metafísicos, cuyo pensamiento domina en gran parte a la moderna legislación criminal a medida que avanza la evolución jurídica, van siendo cada vez más generosos en punto a irresponsabilidad. Actualmente, por ejemplo, nos hablan de una responsabilidad atenuada. Ya hemos dicho que semejante responsabilidad dejaría perplejo a cualquiera que no tenga una educación filosófica llena de vaguedad metafísica. Sólo un concepto vago y sumamente esquemático de la vida mental autoriza a tal graduación de la responsabilidad. El dilema es este: o somos responsables o no lo somos. No caben términos medios.

En los primeros estadios de la evolución jurídica la esfera de la responsabilidad es absoluta. El antropomorfismo de los espíritus primitivos veía la responsabilidad por doquiera. Los mismos muerden al palo que los hiere.

Y no sólo los espíritus primitivos. El mismo Jerjes mandó azotar con cadenas al mar que devoraba sus naves. El agricultor maldice a los nubarrones. Hoy mismo un espíritu inculto, en un arranque pasional, reniega de su mala estrella. El destino suele cargar con la culpa de muchos de nuestros males.

Es siempre el instinto utilitario de la defensa el generador de la idea de la responsabilidad. Ya lo dijo Letorneau: «El instinto reflejo de la defensa es la raíz biológica de las ideas de derecho, de justicia, puesto que él es evidentemente la base misma de las leyes, de la ley del Talión».

Si bien se mira, el derecho y la moral, la ética, en una palabra, no es sino el producto de nuestras sensaciones. El principio biológico de la adaptación es su fundamento (p. 87).

Aquí, en estas últimas dos oraciones, sabrá usted que discrepo. El derecho y la moral sí, pero la ética no es un producto de nuestras sensaciones. O mejor dicho sí, pero no de nuestras sensaciones sensitivas o emotivas, sino de nuestras sensaciones intuitivas. Pero vayamos hacia la parte final del ensayo, que es en donde coincido plenamente con este pensador:

A medida que el pensamiento evoluciona, la justicia de individual se transforma en social. Del mismo modo, la idea de responsabilidad va desapareciendo, o mejor dicho, restringiéndose. En un comienzo alcanza a todo lo existente; luego a los seres animados; después a los individuos normales, únicamente; y, por último, en la mentalidad determinista a nadie, porque dadas las causas que determinan el

fenómeno, quieras que no, éste se produce necesariamente.

El determinismo dice: tales y tales condiciones provocan tal fenómeno; variando las condiciones se producirá otro fenómeno. De modo, pues, que en el terreno psicológico no puede admitirse con Ribot que el libre albedrío sea un problema metafísico.

Entiendo que el concepto de libertad es algo que no se comprende, y, por mi parte, creo que no debe identificarse metafísica con cosa que no se comprende. Me parece que es hora de acabar con ese horror automático hacia la metafísica. La metafísica se ocupa del ser incondicionado, de la esencia de las cosas, de que más nos valiera no ocuparnos, puesto que, según revela lo poco que sabemos de criteriología, hay algo que no podemos conocer, dada nuestra constitución intelectual (p. 88).

CAMPOAMOR. --¿Coincides con este sujeto en que "más nos valiera no ocuparnos de la metafísica"?

CORNEJÍN. --Y no le han mentido. Yo no me ocupo de la metafísica; me ocupo de la ética, de esclarecerla y sobre todo de intentar ponerla en práctica, y después, gracias a esta llave, las cuestiones metafísicas aparecen en mi conciencia sin que me haya ocupado de dilucidarlas.

CAMPOAMOR. --¿Aparecen resueltas?

CORNEJÍN. --No, porque no soy lo bastante santo. Si lo fuese, aparecerían resueltas; sólo por ese impedimento ético es que "hay algo que no podemos conocer, dada nuestra constitución intelectual".

CAMPOAMOR. --Y en eso de que el problema del libre albedrío y el determinismo no es metafísico, ¿coincides también?

CORNEJÍN. --Sí. Antes mi posición era un tanto ambigua, pero he decidido jugarme y ponerme del lado de Alberini:

El problema que nos ocupa nada tiene de metafísico, no se trata de inquirir esencia alguna. El determinismo es algo empíricamente practicable. Estamos en plena psicología científica al probar la inexistencia del libre albedrío. [...] el determinismo psicológico es un hecho. La psicología científica dispone de medios suficientes para demostrar que la libertad del querer es una ilusión, ilusión que se explica en virtud de la complejidad de nuestra vida psicológica. Las fluctuaciones de la voluntad, el choque de tendencias encontradas, el pretendido poder de elección, nos dan la ilusión de la libertad. Precisamente sobre el sentimiento de libertad de la voluntad fundan los libres arbitristas la conciencia de su existencia. Pero cabe preguntarse: ¿tener conciencia de una cosa equivale a demostrar su existencia? De ningún modo. El alucinado tiene conciencia de la existencia de algo que carece de realidad objetiva. El delirante egocéntrico puede tener conciencia de ser un Dios (p. 89).

Y al fin concluye su brillante artículo diciendo que

el empirismo grosero de los antiguos creó el sistema geocéntrico. Tenían conciencia de que estaban en la verdad, y, a pesar de tanta conciencia, ¡cuán grande era la equivocación!

En lo único en que me distancio un poco de Alberini es ese excesivo dogmatismo; yo no creo que la psicología científica haya demostrado irrefutablemente que "el determinismo psicológico es un hecho". Por lo demás, yo admito que tanto el determinismo psicológico como cualquier otro determinismo puedan tener causaciones metafísicas, pero sólo en el sentido de que un suceso físico trascienda el espaciotiempo y descargue así sus efectos en un lugar o momento que no es el que le correspondería de acuerdo a las leyes de continuidad y contigüidad de la física. Esta causación, pues, no implica la intervención de un ente metafísico; sólo tomo aquí a la metafísica como una especie de atajo o de pasadizo secreto por el cual podrían inmiscuirse ciertos sucesos físicos para egresar al mismo mundo físico de donde surgieran, pero en otras coordenadas espaciales y/o temporales (43). El hecho de que una piedra levite hoy en Malasia puede deberse a que un parapsicólogo, hace un año (o dentro de un año) y situado en Bolivia (o en otra galaxia), se concentró mentalmente para efectuar ese suceso; bien se ve que la causa estricta de la levitación es puramente física (concentración mental), si bien se "trasladó", se "movilizó" metafísicamente.

CAMPOAMOR. --¿No podría Dios causar un suceso por su cuenta y cargo, sin tener que arrancarlo de algún tiempo y espacio fenomenológicos?

CORNEJÍN. --Si así fuera, se quebrantaría la ley de conservación de la materia-energía en el espaciotiempo.

CAMPOAMOR. --¿Entonces qué papel juegan las leyes metafísicas, siendo que tú mismo admitiste su existencia?

CORNEJÍN. --Lo que hacen las leyes metafísicas es retrotraer o futurizar --en el tiempo-- o desplazar --en el espacio-- ciertos sucesos que, de haber permanecido en sus espaciotiempos estrictamente físicos, habrían causado ciertos dolores que Dios, en su infinita sabiduría, juzga inconvenientes o innecesarios para el correcto funcionamiento del mundo en general y para la correcta evolución del ser humano en particular.

CAMPOAMOR. --Pero si Dios elige, por su propia voluntad, cuáles sucesos se manifestarán según el orden espaciotemporal regular y cuáles no, ¿no estamos, ante cada una de estas elecciones, en presencia de una quebradura del estricto determinismo que tú postulas?

CORNEJÍN. --"Yo quiero encender mi pipa y efectivamente la enciendo", decía Einstein para graficar que él no dudaba de que pudiese hacer lo que quería: sólo dudaba de que pudiese *no querer* lo que quería. Ahora bien; salvando las distancias --que por cierto no son muchas-- entre Albert Einstein y Dios, lo mismo que le sucedía al científico le sucede a la divinidad: quiere evitar tal o cual dolor y efectivamente lo evita, pero no por estar dotado de libre albedrío, sino porque no puede no querer evitarlo.

CAMPOAMOR. --¿Dios no puede algo? ¿Es impotente?

CORNEJÍN. --El verdadero Dios, mi querido Campoamor, el auténtico Dios, es el Destino. Lo que usted siempre y yo a veces llamamos Dios, no es otro que el Ser metafísico, el Ser que está más allá del mundo fenomenológico y que es el que hace de intermediario entre Dios y el mundo físico. Este Ser metafísico, como su nombre lo indica, se rige por leyes metafísicas y por lo tanto no es libre; no puede optar entre amar y no amar a sus criaturas físicas: las ama fatalmente, porque Dios así lo dispuso. Y cuando este Ser metafísico mete su mano en las

leyes físicas que rigen nuestro mundo no introduce junto con su mano ninguna energía extramundana, es decir, extraespaciotemporal. Podrá mover una montaña si Dios así se lo ordena, pero la energía necesaria para esta tarea no surgirá del Ser metafísico, no la creará él: será energía que Dios, a través del Ser metafísico, habrá "chupado" o chupará de algún rincón de nuestro universo.

CAMPOAMOR. --Este Dios intermediario tuyo no hace más que delegar el problema, pero no lo soluciona: si no es el "Ser metafísico" quien opta libremente por mover la montaña, si es Dios quien ordena que se mueva, el determinismo, digámoslo así, no se quiebra metafísicamente pero sí ontológicamente, pues Dios es incausado, no se puede ir más atrás en busca de supuestas causas.

CORNEJÍN. --Veo que no me entendió. Dios es el Destino (44). El Destino, ciertamente, no admite causa, pero tampoco admite libertad. Cuando yo digo que el Destino le ordena al Ser metafísico mover una montaña estoy hablando en lenguaje figurado, como cuando digo que mis preceptos éticos me ordenan evitar los alimentos cárnicos. En ningún caso hay un ser que impele; las que impelen son las apetencias.

CAMPOAMOR. --¿Y de dónde surge la apetencia de mover la montaña?

CORNEJÍN. --¡Pues de algún ser humano!, ¿de dónde más? El ser humano se concentra y se decide a mover la montaña (o se lo pide a Dios, que es una forma diferente de buscar concentración) y entonces el Ser metafísico, con la venia del Destino, capta energías desde algún rincón del universo espaciotemporal y las vuelca sobre la dicha montaña, haciéndola mover. Ni Dios ni el Ser metafísico causaron este asombroso suceso. Lo causó un ser físico, como todo lo que ocurre en nuestro mundo. Lo que no impedirá que este hombre, si se lo pidió al Ser metafísico, esté convencido de que fue el Ser metafísico, y no él, quien movió la montaña, y se lo agradecerá infinitamente como quien le agradece un gran favor a un amigo, lo que no está nada mal en absoluto. Si hay algo objetable, inmoral, es más el pedido que el agradecimiento. Sabio es quien, en la desesperación, no logra ver en el Ser metafísico más que un ente abstracto, ente que se concretiza, que se personaliza, conforme la desesperación da lugar a la alegría.

CAMPOAMOR. --No hay dudas: la parapsicología de Crookes y sus compinches te ha pegado duro.

CORNEJÍN. --¿Le parece?

CAMPOAMOR. --Te descuajeringó las ideas, lo mismo que si te hubiesen propinado un violento martillazo en medio del occipucio.

CORNEJÍN. --¿Quiere hablar de parapsicología, de telepatía por ejemplo?

CAMPOAMOR. --Yo sería incapaz de concentrarme para enviar un mensaje telepático a otra persona.

CORNEJÍN. --No es necesario concentrarse. "En telepatía --dice William G. Roll-- es común que las ideas y pensamientos sean transmitidos sin que la gente tenga conciencia de enviarlos. Para explicar la telepatía, H. H. Price, el filósofo de Oxford, sugiere que una vez que una idea se ha formado en la mente tiene, «por así decirlo, una vida individual independiente [...] ya no está más bajo el control total de la conciencia que le ha dado origen. Aunque inicia su carrera en la conciencia, persiste fuera de ésta (en el inconsciente, como solemos decir). Puede volver o no de tiempo en tiempo a la conciencia. Supondremos, además, que cada

idea está dotada de una *eficacia causal*, y que no sólo existe sino que también actúa independientemente, separada de la conciencia en la que se ha originado». Extraje esta cita del ensayo de Roll titulado "Investigación de la supervivencia: Problemas y posibilidades" (1974), incluido en el libro *Parapsicología de lo desconocido*; el pasaje antedicho figura entre las pp. 262-3 de esta última obra.

CAMPOAMOR. --Esto viene a refutar al espiritismo, ¿no?

CORNEJÍN. --No al espiritismo en sí, sino a la idea de que hay un ser vivo detrás de los mensajes que perciben los mediums. Y tampoco refuta esta idea en un sentido cabal, sólo propone una nueva explicación a tan extrañas percepciones. Como bien dice Roll en la p. 264, "el hecho de que una persona haya muerto y que pueda proporcionar información sobre su existencia terrestre, sus actitudes y otros aspectos similares no nos permite suponer que existe como ser consciente, incluso sufriente. Puede haber comunicaciones mediumnísticas sin que haya nadie que comunique". "En otras palabras --dice en la p. 267 --, el espectro de una persona puede sobrevivir a su muerte sin estar habitado por su conciencia. En algunas tradiciones orientales a este fenómeno se le ha dado el nombre de *forma pensada*". Los espiritistas dan por sentado que la personalidad de los muertos puede sobrevivir, pero "los indicios de que la personalidad sobrevive como un todo más o menos integrado no nos autorizan, sin embargo, a inferir que esté animada por la conciencia, y aun en el caso de que lo esté, que esa sea la conciencia que «perteneció» a la persona mientras estaba viva". "La posibilidad de que una réplica o imagen del cuerpo físico y del conjunto de recuerdos, emociones y otros sentimientos que constituyen la personalidad humana pueda sobrevivir a la muerte nos resulta muy interesante, de la misma manera que es interesante que una persona pueda «sobrevivir» en fotografías y cintas grabadas. Pero esta posibilidad no es, ni con mucho, tan interesante como la posibilidad de que pueda sobrevivir la conciencia. Ya que la supervivencia de la conciencia plantea la posibilidad de la continuación de las experiencias reales, mientras que la supervivencia de una imagen del cuerpo, de los recuerdos y de otros aspectos similares de la personalidad no implican necesariamente esa continuación" (pp. 272-3). Quienes creen ver en los fenómenos espiritistas una prueba irrefutable de la inmortalidad de las conciencias individuales... deberían tomar muy en cuenta estas palabras de Roll.

CAMPOAMOR. --La inmortalidad de las conciencias individuales es un hecho demostrado por la fe, no por la ciencia ni por el esoterismo.

CORNEJÍN. --Si usted lo dice...

CAMPOAMOR. --Lo digo y lo repito.

CORNEJÍN. --Bien. Terminaré de citar a Roll con un párrafo que memoricé desde la p. 277 y en el cual apoya la doctrina pampsiquista del escatólogo Ramphastus Dicolorus.

CAMPOAMOR. --¿Quién es ése?

CORNEJÍN. --¿No conoce a Ramphastus, el polémico filósofo ecuatoriano? Yo tuve el gusto, el año pasado en El Palmar, de dialogar mano a mano con él. Parte de este diálogo está documentada en los dos apéndices del libro cuarto de mi diario.

CAMPOAMOR. --¿No dijiste que hoy en día ya no quedan filósofos?

CORNEJÍN. --Me equivoqué. Queda uno, y se llama Ramphastus Dicolorus.

Pero déjeme citar el párrafo de Roll que le prometí: "La experiencia que una persona tiene de su yo puede quedar limitada a su cuerpo físico. Pero parecería que en la PES [percepción extrasensorial] otros pueden aprehender directamente los contenidos de su conciencia y hasta pueden identificarse con ellos hasta el extremo de sentir que son partes de sus propias conciencias. Esto sugiere que la conciencia no es algo privado de alguien sino que es pública. En la misma forma en que el campo gravitacional de un objeto material es parte del campo de gravitación de la Tierra, la conciencia de una persona parece formar parte de una conciencia más amplia, de la que puede tener o no conocimiento". Esa conciencia más amplia sería, según Ramphastus, la conciencia divina, o la conciencia del Ser metafísico.

CAMPOAMOR. --¿Tendrá también algo que ver con el inconsciente colectivo de Jung?

CORNEJÍN. --Puede ser, pero no se lo aseguro, pues no leí, en forma completa, ningún libro de este autor. Me atraen sus ideas, ¡pero su estilo es tan desgraciado!

CAMPOAMOR. --¿Y tu estilo cómo es?

CORNEJÍN. --Yo, más que un estilo, tengo un estilete. Ésta se la robé a Piolín de Macramé, pediatra y escritor argentino que se hacía llamar Florencio Escardó.

CAMPOAMOR. --A mí me gustan los estilos claros y sencillos.

CORNEJÍN. --Entonces tengo un escritor su medida para citarle: Eduardo Galeano. Pero antes, una última de Macramé: ¿sabe qué gusto tiene la soda?

CAMPOAMOR. --No.

CORNEJÍN. --La soda tiene gusto a pie dormido.

CAMPOAMOR. --¿Eso pretendió ser un chiste?

CORNEJÍN. --No, fue tan sólo una metáfora sinestésica.

CAMPOAMOR. --Pues así de mala la prefiero a lo que me pueda decir Galeano. ¡Me prometiste que no citarías más anarquistas!

CORNEJÍN. --Eduardo Galeano no es anarquista sino comunista. Pero no se preocupe: le prometo que estas citas no tocarán el tema de la propiedad privada.

CAMPOAMOR. --¿Y de qué hablarán entonces?

CORNEJÍN. --De todo un poco, pero siempre en torno al consumismo y al ecologismo, denigrando al uno y ensalzando al otro, como corresponde. El mismo título de la obra desde la cual lo citaré nos sugiere un replanteo de estas dos cuestiones, que desde ya están estrechamente ligadas. El libro se llama *Usélo y tírelo*, y data de 1994.

CAMPOAMOR. --En mi época nadie se interesaba por la profilaxis ecológica. ¿Por qué ahora están tan desesperados por ese tema?

CORNEJÍN. --¡Porque la basura ya nos llegó al cuello! Y si nosotros, los tercermundistas, siguiésemos el ejemplo de los países desarrollados, este mundo se convertiría en un suculento banquete para las pestes y los carcinomas. Por eso es que

los gobernantes de los países del sur que prometen el ingreso al Primer Mundo, mágico pasaporte que nos hará a todos ricos y felices, no sólo deberían ser procesados por estafa. No sólo nos están tomando el pelo, no: además, esos gobernantes están cometiendo el delito de apología

del crimen. Porque este sistema de vida que se ofrece como paraíso, fundado en la explotación del prójimo y en la aniquilación de la naturaleza, es el que nos está enfermando el cuerpo, nos está envenenando el alma y nos está dejando sin mundo. Extirpación del comunismo, implantación del consumismo: la operación ha sido un éxito, pero el paciente se está muriendo (p. 10-1).

CAMPOAMOR. --¿El capitalismo es culpable del delito de lesa ecología?

CORNEJÍN. --¿Y quién si no? ¿Cuál es, por ejemplo, el símbolo máximo de la cultura norteamericana?

CAMPOAMOR. --Tengo entendido que las hamburguesas y la Coca-Cola.

CORNEJÍN. --¿Ve lo que le digo?, pues

cada hamburguesa cuesta nueve metros cuadrados de selva centroamericana (p. 14).

CAMPOAMOR. --Y los que manejan el poder en los Estados Unidos, ¿no se hacen eco de los reclamos ecologistas?

CORNEJÍN. --Aclaremos, primeramente, que los que manejan el poder yanqui no son los políticos sino los banqueros, y de éstos dice Galeano, irónicamente, que

han abandonado la usura para consagrarse a la ecología, y la prueba está: el Banco Mundial otorga generosos créditos para la forestación. El Banco planta árboles y cosecha prestigio en un mundo escandalizado por el arrasamiento de sus bosques. Conmovedora historia, digna de ser llevada a la televisión: el destripador distribuye miembros ortopédicos entre las víctimas de sus mutilaciones.

En estas nuevas plantaciones madereras, no cantan los pájaros. Nada tienen que ver los bosques naturales aniquilados, que eran pueblos de árboles diferentes abrazados a su modo y manera, fuentes de vida diversa que sabiamente se multiplicaba a sí misma, con estos ejércitos de árboles todos iguales, plantados como soldaditos en un fila y destinados al servicio industrial (pp. 14-5).

CAMPOAMOR. --Pero ¿no es tan útil el oxígeno que brindan estos bosques artificiales como el que proporcionan los bosques naturales? La queja de Galeano, ¿es una queja meramente estética?

CORNEJÍN. --Eso se lo contesta Galeano a punto aparte de la cita anterior:

Las plantaciones madereras de exportación no resuelven los problemas ecológicos, sino que los crean, y los crean en los cuatro puntos cardinales del mundo. Un par de ejemplos: en la región de Madhya Pradesh, en el centro de la India, que había sido célebre por la abundancia de sus manantiales, la tala de los bosques naturales y las plantaciones extensivas de eucaliptos han actuado como un implacable papel secante que ha acabado con todas las aguas; en Chile, al sur de Concepción, las plantaciones de Pinos proporcionan madera a los japoneses y proporcionan sequía a toda la región. El presidente del Uruguay hinchó el pecho de orgullo: los finlandeses están produciendo madera en nuestro país. Vender árboles a Finlandia, país maderero, es

una proeza, como vender hielo a los esquimales. Pero ocurre que los finlandeses plantan en el Uruguay los bosques artificiales que en Finlandia están prohibidos por las leyes de protección a la naturaleza.

Decía usted que gustaba de los estilos claros; más claro que esto, imposible.

CAMPOAMOR. --Puede que lo de las plantaciones de bosques sea cierto, pero no me negarás que hay al menos un poderoso sector de la industria, como lo es el de la agroquímica, que se preocupa seriamente del problema ecológico, dando impulso por ello a esa bendita nueva ciencia que se dio en llamar biotecnología.

CORNEJÍN. --Esa ciencia, al menos por ahora, actúa sólo como fachada, como una miserable y demagógica fachada contenedora de protestas ambientalistas. Y es que

en el gran baile de máscaras del fin del milenio, hasta la industria química se viste de verde. La angustia ecológica perturba el sueño de los mayores laboratorios del mundo, que para ayudar a la naturaleza están inventando nuevos cultivos biotecnológicos. Pero estos desvelos científicos de los grandes laboratorios no se proponen encontrar plantas más resistentes, que puedan enfrentar las plagas *sin ayuda química*, sino que buscan nuevas plantas capaces de resistir los plaguicidas y herbicidas que esos mismos laboratorios producen. De las diez empresas productoras de semillas más grandes del mundo, seis fabrican pesticidas (Sandor, Dekalb, Ciba-Geigy, Pfeizer, Upjohn, Shell, ICI). La industria química no tiene tendencias masoquistas (p. 17).

CAMPOAMOR. --¿Serán los pesticidas y herbicidas tan perjudiciales para la salud humana como lo afirman los ecologistas? ¿No estarán exagerando estos muchachos?

CORNEJÍN. --Escuche este dato y después me cuenta:

En su edición del 21 de marzo de 1994, la revista Newsweek informó que en el último medio siglo el esperma masculino se ha reducido a la mitad en los Estados Unidos, al mismo tiempo que se ha multiplicado espectacularmente el cáncer de mama y el de testículo. Según las fuentes científicas consultadas por la revista, los datos disponibles indican que la intoxicación química de la tierra y el agua tiene la responsabilidad principal en estos desastres, y esa intoxicación proviene, en gran medida, de ciertos abonos y pesticidas industriales (pp. 17-8).

CAMPOAMOR. --El progreso siempre tiene su precio. Y si la población del tercer mundo quiere acercarse al nivel de vida de los norteamericanos tendrá también que ofrecer algo a cambio, por insalubre que sea el trueque en un principio.

CORNEJÍN. --Los Yanquis no permitirían que nos acercásemos a su estilo de vida: a pesar de sus "ayudas" financieras, simplemente tiene miedo de que lleguemos a consumir tanto como ellos.

Fin del siglo, fin del milenio, tiempo del miedo. El Norte tiene pánico de que el Sur se tome en serio las promesas de su publicidad,

como el Este [la ex Unión Soviética] se creyó la invitación al Paraíso. Un sueño imposible: si el ochenta por ciento de la humanidad pudiera consumir con la voracidad del veinte por ciento, nuestro pobre planeta, ya moribundo, moriría. Si el despilfarro no fuera un privilegio, no podría ser. El orden internacional, que predica la justicia, se funda en la injusticia y de ella depende.

No es por casualidad que *la industria del miedo* ofrece los negocios más lucrativos del mundo actual: la venta de armas y el tráfico de drogas. Las armas, productos del miedo de morir; y las drogas, productos del miedo de vivir (p. 25).

CAMPOAMOR. --Un poco de desigualdad económica está bien: sin proletarios no habría aristócratas; pero si las cosas son así como la pinta Galeano, me parece que a estos muchachos del norte se les está yendo la mano...

CORNEJÍN. --Yo no sé si, como usted dice, un poco de desigualdad económica está bien, pero que "el seis por ciento más rico de la humanidad devore un tercio de toda la energía y un tercio de todos los recursos naturales que se consumen en el mundo" (p. 122) me parece algo repugnante, algo vomitivo.

Según revelan los promedios estadísticos, un solo norteamericano consume tanto como cincuenta haitianos. [...] ¿qué pasaría si los cincuenta haitianos consumieran súbitamente tanto como cincuenta norteamericanos? ¿Qué pasaría si toda la inmensa población del Sur pudiera devorar al mundo con la impune voracidad del Norte? ¿Qué pasaría si se multiplicaran en esa loca medida los artículos suntuarios y los automóviles y las neveras y los televisores y las usinas nucleares y las usinas eléctricas? ¿Qué pasaría con el clima, que está cerca del colapso por el recalentamiento de la atmósfera? ¿Qué pasaría con la tierra, con la poca tierra que la erosión nos está dejando? ¿Y con el agua, que ya la cuarta parte de la humanidad bebe contaminada por nitratos y pesticidas y residuos industriales de mercurio y plomo? ¿Qué pasaría? No pasaría. Tendríamos que mudarnos de planeta. Este que tenemos, ya tan gastadito, no podría bancarlo.

El precario equilibrio del mundo, que rueda al borde del abismo, depende de la perpetuación de la injusticia. Es necesaria la miseria de muchos para que sea posible el derroche de pocos. Para que pocos sigan consumiendo de más, muchos debe seguir consumiendo de menos. Y para evitar que nadie se pase de la raya, el sistema multiplica las armas de guerra. Incapaz de combatir contra la pobreza, combate contra los pobres, mientras la cultura dominante, cultura militarizada, bendice la violencia del poder (pp. 122-3).

CAMPOAMOR. --Galeano plantea muy bien la situación, pero no da respuestas. Dice que los países en desarrollo consumen muy poco, pero que si consumiesen más, el equilibrio ecológico se derrumbaría definitivamente. ¿Qué he de hacer entonces? ¿Le doy o no le doy al pobre la posibilidad de que consuma más?

CORNEJÍN. --Galeano no lo dice explícitamente, mas yo se lo diré con toda

las letras, y encima en verso:

**¿Qué he de hacer?, preguntan todos; mas todos, de todos modos,
ya conocen la respuesta: destronar al consumismo.
¡Basta de frases gastadas, de morales recicladas!
¡Basta de mentes ancladas! ¡Gocemos del ascetismo!**

Creo que quedó claro: más que darle al pobre la posibilidad de que consuma más, sería deseable darle al rico la posibilidad de que consuma menos.

CAMPOAMOR. --La misma condición económica del pobre le impide consumir más, pero ¿qué le impide al rico consumir menos?

CORNEJÍN. --Su carácter. Los marxistas pretenden arreglar el problema equilibrando las economías, yo lo arreglo equilibrando los temperamentos.

CAMPOAMOR. --Menudo trabajo tendrás...

CORNEJÍN. --Del que saldré airoso, con la ayuda de Dios y la eugenesia. Tengo ahora dos cuentitos de Galeano. ¿Quiere que se los recite?

CAMPOAMOR. --Si son pintorescos...

CORNEJÍN. --Son pintorescos y, como decía Carnap, tienen contenido teorético.

CAMPOAMOR. --¡Adelante, pues!

CORNEJÍN. --

Alaistar Reid escribe en *The New Yorker*, pero va poco a Nueva York.

Él prefiere vivir en una perdida playa de la República Dominicana. En esa playa había desembarcado Cristóbal Colón, algunos siglos antes, en una de sus excursiones al Japón, y desde aquellos tiempos nada ha cambiado.

De vez en cuando, el cartero asoma entre los árboles. El cartero viene doblado bajo la carga. Don Alaistar recibe montañas de correspondencia. Desde los Estados Unidos, lo bombardean las ofertas comerciales, folletos, catálogos, lujuriosas ostentaciones de la civilización de consumo exhortando a comprar.

Una vez, entre el mucho papelerío, llegó la propaganda de una máquina de remar. Don Alaistar la mostró a sus vecinos, los pescadores.

--¿Bajo techo? ¿Se usa bajo techo?

los pescadores no lo podían creer:

--¿Sin agua? ¿Se rema sin agua?

No lo podían creer, y no lo podían entender:

--¿Y sin peces? ¿Y sin sol? ¿Y sin cielo?

Los pescadores dijeron a don Alaistar que ellos se levantaban cada noche, mucho antes del alba, y se metían mar adentro y echaban sus redes mientras el sol se alzaba en el horizonte, y que esa era su vida, y que esa vida les gustaba, pero que remar era la única parte jodida de todo el asunto:

--Remar es lo único que odiamos-- dijeron los pescadores.

Entonces don Alaistar les explicó que la máquina de remar servía para hacer gimnasia.

--¿Para hacer qué?

--Gimnasia.

--¡Ah! Y gimnasia, ¿qué es?

CAMPOAMOR. --Brevedad y simpatía: dos grandes virtudes en el género cuentístico.

CORNEJÍN. --El segundo es un poco más breve y un poco menos simpático:

Es madrugada y estoy lejos del hotel, bien al sur de la isla de Manhattan. Tomo un taxi. Doy la dirección en perfecto inglés, quizá dictado por el fantasma de mi tatarabuelo de Liverpool. El chofer me contesta en perfecto castellano de Guayaquil.

A poco andar, el chofer me cuenta su vida. Se lanza a hablar, y no para. Habla sin mirarme, con la vista clavada en el río de luces de los automóviles en la avenida. Me habla de los asaltos que ha sufrido, y de las veces que lo han querido matar, y de la locura del tránsito en esta ciudad de Nueva York, y me habla del vértigo, compre, compre, úselo, tírelo, sea comprado, sea usado, sea tirado, y aquí la cosa es abrirse paso a pecho limpio, que aplastas o te aplastan, te pasan por encima, y él está en esto desde que era niño, así como ve, desde que era niño chico recién llegado del Ecuador --y me dice que ahora se le fue la mujer.

La mujer se le fue después de doce años de matrimonio. No es culpa de ella, dice. Entro y acabo, dice. Ella nunca gozó, dice.

Dice que es por culpa de la próstata (pp. 139 a 42).

CAMPOAMOR. --No cabe la menor duda: Galeano, al igual que tú, es un utopista. Pero seamos pragmáticos: ¿para qué sirve la utopía?

CORNEJÍN. --Eso se lo contesta Galeano, a modo de despedida, desde la última página de su libro:

--Ella está en el horizonte --dice Fernando Birri--. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.

¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar.

Dígame: ¿no se le puso la piel de gallina mientras escuchaba esto, tal como se me puso a mí mientras lo decía?

CAMPOAMOR. --Lamento decirte que no.

CORNEJÍN. --Entonces no cabe la menor duda: usted no es un utopista. Lo compadezco.

CAMPOAMOR. --No, yo te compadezco a ti. Dime una cosa: ¿tus actitudes utopistas se deben a que crees en el utopismo o tus creencias en el utopismo se deben a que actúas utopísticamente?

CORNEJÍN. --¿Qué? ¿Lo qué?

CAMPOAMOR. --¿No leíste el ensayo del sociólogo italiano Vilfredo Pareto intitulado *El comportamiento alógico* (1916)? Voy directamente hacia la p. 18:

Sean C una creencia y D ciertas acciones. En lugar de decir simplemente: «Ciertos hombres hacen D y creen C», el lenguaje vulgar agrega algo y expresa que «ciertos hombres hacen D porque creen C».

Si la entendemos rigurosamente, esta proposición opuesta: «Ciertos hombres creen C porque hacen D» también es legítima; pero también quedan muchos casos en que sólo cabe decir: «Ciertos hombres hacen D y creen C».

CORNEJÍN. --¿Está usted sugiriendo, como lo sugería Unamuno, que no son las creencias las que determinan las acciones de los hombres sino las acciones las que determinan sus creencias?

CAMPOAMOR. --Yo no sugiero nada, simplemente me limité a citar a Pareto:

También se puede quitar el rigor lógico del término *porque* usado en la primera de las proposiciones anteriores, y excluir que establezca, en esa proposición, una relación de causa a efecto entre C y D; por lo tanto se dirá: «Podemos considerar que ciertos hombres hacen D, porque tienen una creencia C mediante la cual se manifiestan precisamente los sentimientos que los impulsan a hacer D»; es decir (véase la fig. 1), porque tienen un estado psíquico A, manifestado por C. Bajo esta forma, la proposición se acerca mucho a la verdad.

CORNEJÍN. --Me dice usted que vea la figura 1, pero yo no la diviso por ningún lado.

CAMPOAMOR. --Aquí te la dibujo en la tierra:

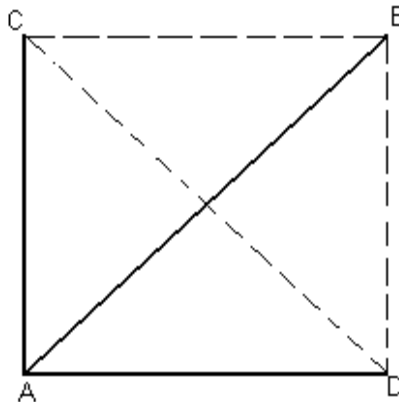
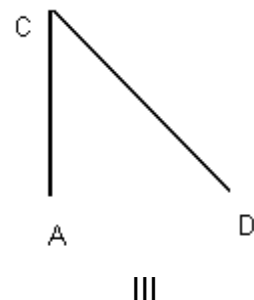
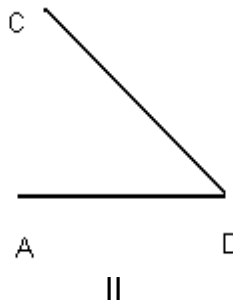


Fig. 1

Esta figura puede descomponerse, según Pareto, en estas otras:



En la I, "el estado psíquico A produce la creencia C y los actos D, que no tienen entre ellos ninguna relación directa. Este es el caso expresado por la proposición: «Ciertos hombres hacen D y creen C»". En la figura II, "el estado psíquico A da origen a las acciones D, y éstas producen la creencia C. Este es el caso expresado por la proposición: «Ciertos hombres creen C porque hacen D»". Por último, en la figura III "el estado psíquico A da origen a la creencia C, y esta es causa de las acciones D. Este es el caso que expresa la proposición: «Ciertos hombres hacen D porque creen C»".

CORNEJÍN. --¿Y cuál de estas tres opciones es la que más se aproxima la verdad?

CAMPOAMOR. --Pareto explica (pp. 19 y 21) que

si bien el caso III no es el único ni tampoco el más frecuente, los hombres están inclinados a creer que es general y a confundir con él los casos I y II, a los que quieren conceder poca o ninguna importancia. El lenguaje vulgar, con su carencia de precisión, favorece el error, porque enuncia explícitamente el caso III, mientras que, sin caer en la cuenta, se piensa también en los casos I y II. Además, también sucede a menudo que haya mezclas de estos tres casos, en distintas proporciones.

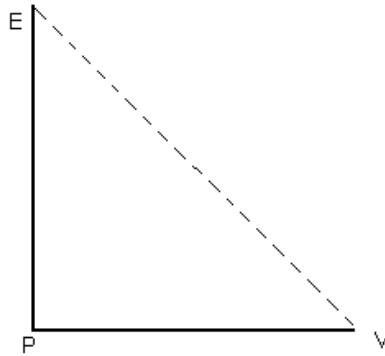
CORNEJÍN. --¿Quiere que le diga lo que a mí me parece que sucede?

CAMPOAMOR. --Estoy ansioso.

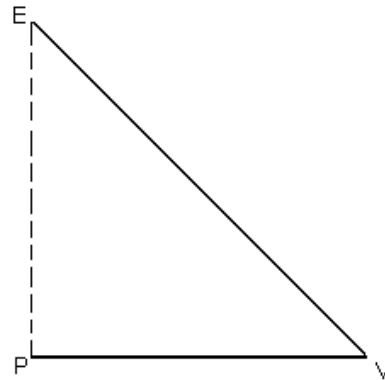
CORNEJÍN. --Pues ocurre que según el temperamento de cada persona, éstas se determinan, mayormente, o bien por sus creencias en el caso de los individuos predominantemente cerebrotónicos, o bien por sus acciones en el caso de los predominantemente somatotónicos o bien por sus estados afectivos en el caso de los viscerotónicos.

CAMPOAMOR. --¿Se determinan a qué?

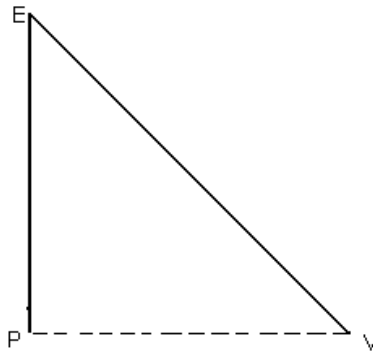
CORNEJÍN. --Hablemos con propiedad. En los individuos predominantemente cerebrotónicos, las voliciones y las emociones están en general determinadas por los pensamientos; en los predominantemente somatotónicos, las creencias y las emociones están en general determinadas por los instintos; y en los viscerotónicos, las creencias y las voliciones están en general determinadas por los estados afectivos. En el estado psíquico, como lo llama Pareto, se originan todas las determinaciones (tanto las humanas como las no humanas), pero este estado psíquico suele recostarse sobre alguna de estas tres naturalezas: estado psíquico racional, estado psíquico instintivo y estado psíquico afectivo. El reino animal no humano se recuesta claramente sobre su estado psíquico instintivo, el reino vegetal se recuesta sobre su estado psíquico racional y reino mineral se recuesta sobre su estado psíquico afectivo. En el hombre, el predominio psíquico se reparte según el temperamento de cada cual, y así puede decirse que en los cerebrotónicos, determinados predominantemente por sus pensamientos, las voliciones, en general, no están directamente relacionadas con las emociones:



mientras que en los somatotónicos son los pensamientos los que, en general, no se relacionan directamente con las emociones:



y en los viscerotónicos no suele haber relación directa entre los pensamientos y las voliciones:



¿Está claro?

CAMPOAMOR. --Como claro, está claro, pero de ahí a que sea verdadero... ¿Cómo puedes decir, por ejemplo, que las plantas se determinan principalmente por sus pensamientos? ¿Con qué prueba, inductiva o deductiva, fundamentas este aserto?

CORNEJÍN. --No tengo pruebas empíricas o lógicas que avalen esto de que las plantas piensan; pero si es verdad que, como dicen los físicos, la naturaleza ama la simetría, entonces la razón debe de estar de mi lado, porque ¿quién niega que los animales se rijan por sus instintos y los minerales por sus emociones?

CAMPOAMOR. --Esto último lo niega casi todo el mundo.

CORNEJÍN. --Pero yo no, y eso me basta para que mi simétrica

consecuencia me dicte que los vegetales razonan, amén de una que otra intuición o seudointuición que me surge cuando pienso en los árboles y relaciono el concepto de magnitud con el de magnanimidad.

CAMPOAMOR. --Siempre te las rebuscas para terminar hablando de magnitudes, ¿no?

CORNEJÍN. --Las mediciones me apasionan, y creo que ya me estoy arrepintiendo de haber concordado con usted en eso de que las ideas de grandeza moral, a diferencia de las de grandor físico, no son susceptibles de ser llevadas al terreno algebraico.

CAMPOAMOR. --¿Crees tú, por Júpiter, que el amor, que el miedo, pueden aritmetizarse?

CORNEJÍN. --Me parece que sí. Permítame recitarle al respecto unos párrafos de nuestro ya conocido Carnap, extractados de su libro *Fundamentación lógica de la física* (1966):

Abordaremos ahora una cuestión que ha sido planteada muchas veces por los filósofos: ¿es posible hacer mediciones de todo aspecto de la naturaleza? ¿Es posible que ciertos aspectos del mundo o cierto tipo de fenómenos sean, en principio, no medibles? Por ejemplo, algunos filósofos pueden admitir que en el mundo físico todo es medible (aunque otros nieguen aun esto), pero creen que en el mundo mental esto no es así. Algunos hasta llegan a sostener que nada mental es medible.

Un filósofo que adopte este punto de vista podría argumentar de la siguiente manera: «La intensidad de un sentimiento, de un dolor corporal o del grado de intensidad con el cual recuerdo un suceso pasado, en principio no es medible. Puedo sentir que mi recuerdo de un suceso es más intenso que mi recuerdo de otro, pero no puedo decir que uno es intenso en el grado 17 y el otro en el grado 12,5. La medición de la intensidad del recuerdo es, pues, imposible en principio».

En respuesta a este punto de vista, consideremos primero la magnitud física del peso. Recogemos una piedra. Es pesada. La comparamos con otra piedra mucho más liviana. Si examinamos ambas piedras, no llegaremos a ningún número ni encontraremos unidades discretas que puedan ser contadas. El fenómeno mismo no contiene nada numérico, sino solamente nuestras sensaciones particulares de peso. [...] sin embargo, introducimos el concepto numérico de peso estableciendo un procedimiento para medirlo. Somos *nosotros* quienes asignamos números a la naturaleza. Los fenómenos mismos sólo representan cualidades que nosotros observamos. Con excepción de los números cardinales, que pueden ser correlacionados con objetos discretos, todo lo que es numérico lo introducimos nosotros cuando concebimos procedimientos para medir.

La respuesta a nuestra pregunta filosófica original debe ser ésta, creo yo. Si en un ámbito de fenómenos encontramos suficiente orden como para hacer comparaciones y decir que, en algún aspecto, una cosa está por sobre otra, y ésta, a su vez, por sobre otra, entonces hay,

en principio, la posibilidad de efectuar mediciones. Es cuestión nuestra idear reglas mediante las cuales sea posible asignar números a los fenómenos de una manera útil. Como hemos visto, el primer paso consiste en hallar reglas de comparación; luego, si es posible, hallar reglas cuantitativas. Cuando asignamos números a los fenómenos, no tiene ningún sentido preguntarse si son los números «correctos». Simplemente, construimos reglas que especifican cómo asignar números. Desde este punto de vista, no hay nada que no sea medible en principio.

Hasta en la psicología hacemos, de hecho, mediciones. La medición de sensaciones fue introducida en el siglo XIX; quizás el lector recuerde la ley de Weber-Fechner en lo que se llamaba por entonces el campo de la psicofísica. Primero se correlacionaba la sensación que se quería medir con algo físico; luego se establecían reglas para determinar el grado de intensidad de la sensación. Por ejemplo, se hicieron mediciones de la sensación de presión sobre la piel de diversos pesos, de la sensación de altura de un sonido, de la intensidad del sonido, etc. Una manera de medir la altura del sonido -- aquí nos referimos a la sensación, no a la frecuencia de la onda sonora -- es construir una escala basada en una unidad que sea la menor diferencia de altura que sea posible percibir. S. S. Stevens, en una época, propuso otro procedimiento basado en la identificación por el sujeto de una altura a la que considerara exactamente intermedia entre otras dos alturas. Así, de maneras diversas, hemos logrado construir escalas de medida para ciertas magnitudes psicológicas. No es cierto, pues, que existe en principio una imposibilidad fundamental para aplicar el método cuantitativo a los fenómenos psicológicos (pp. 90-1).

CAMPOAMOR. --¿Y me vas a decir que tú coincides con la postura de este execrador de la metafísica?

CORNEJÍN. --Las ideas de un hombre no debe juzgarse, todas ellas, de acuerdo a la veracidad o falsedad de su idea central. Yo descreo de la veracidad de los argumentos antimetafísicos de Carnap, que ocupan el centro de su pensamiento (o al menos el centro de su legado intelectual), pero adhiero a su concepción panaritmética del mundo espaciotemporal, aunque con una reserva: no somos nosotros, como él dice, quienes asignamos números a la naturaleza. Si la naturaleza no fuese ya de por sí numérica, si no mantuviese inalterables sus cantidades mensurables, mal podríamos asignarles números a las cosas, pues éstas no se comportarían regularmente y no sería posible establecer ningún tipo de ley aritmética. Bien sabemos que quien llama uno a la unidad, dos a la unidad doble y así, somos nosotros, pero esto no es asignar números a la naturaleza, sino asignar nombres a los números inmanentes a ella. Me preguntará usted por qué cayó Carnap en tan ingenuo error, y yo le diré que lea, de este mismo libro, el capítulo 22, en donde habla del determinismo y el libre albedrío y pretende, infructuosamente, como todos los que lo intentan, conciliarlos. Decir que la naturaleza es numérica y decir que es mecánica es poco menos que lo mismo, y por eso el albedrista Carnap se guarda muy bien de afirmar lo primero. Ahora bien;

¿por qué un lógico empedernido como Carnap, que considera medibles todos los sucesos y procesos del mundo espaciotemporal, es albedrista ? ¡Qué diferencia con Le Dantec, que inmortalizó en su libro *Ciencia y conciencia* al señor Medida como paradigma del sabio y que era más determinista que Spinoza, Einstein y yo juntos!

CAMPOAMOR. --¿No será porque...

CORNEJÍN. --¡Sí, acertó!: Carnap, al rechazar el determinismo, se estaba comportando, o bien como un somatorótico, que tiene la sensación instintiva de ser libre y ésta determina su creencia, o bien como un viscerótico, cuyos arranques emotivos igualmente determinan la creencia en la espontaneidad de las acciones. Sólo los individuos predominantemente cerebrotónicos, o los que se cerebrotonizan al plantearse esta cuestión, son capaces de concebir como válida la idea del determinismo universal, porque sólo ellos juzgarán el problema mediante su estado psíquico racional, que es independiente de las determinaciones emotivas e instintivas que siempre, cuando son la base del estado psíquico, admiten como una vivencia indiscutible la existencia del libre albedrío. A mí me parece que Carnap, como la gran mayoría de los pensadores filosóficos de todos los tiempos, era predominantemente cerebrotónico, pero por alguna razón su cerebrotonía se opacaba cuando tocaba el tema capital de la ética. Supongo que algo debió de influir en este proceso el entorno sociocultural que eligió para vivir: ser determinista en los Estados Unidos y en el siglo XX equivalía a ganarse la animadversión de casi todos sus conciudadanos, tan imbuidos en el concepto de justicia como ningún otro pueblo lo ha estado jamás.

CAMPOAMOR. --Einstein también vivió en los Estados Unidos...

CORNEJÍN. --¡No hay punto de comparación! Einstein decía lo que pensaba, y pensaba sin interferencias de instintos, emociones o tradiciones ideológicas.

CAMPOAMOR. --Perdona que interrumpa el hilo de tu discurso, pero ¿cómo es eso de que los norteamericanos son los individuos más justicieros que haya visto la historia?

CORNEJÍN. --Bueno, más justicieros no: más legalistas. ¿Se acuerda del capítulo veintidós del primer *Quijote*? ¿Se acuerda de las palabras que el Caballero de la Triste Figura pronunció frente a los custodios de aquel grupo de condenados? Se las refresco: "Señores guardas, estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello".

Siempre he sabido --dice Borges en un artículo que data de 1933--
que estas tan decentes palabras eran un secreto que los hombres de nuestra América sólo podemos compartir con los hombres de España.

Con los españoles y sólo con los españoles, pues el resto de las naciones occidentales, y en especial los Estados Unidos,

padecen una extraña pasión: la despiadada y fingida pasión de la legalidad. El individuo, en ellas, se identifica sin esfuerzo con el estado. Entiéndase: con el estado en sus mínimos accidentes: con las ordenanzas municipales, con el personal de las oficinas públicas y comisarias, con las multas por exceso de velocidad, con las

disposiciones sobre numeración de las casas del municipio, con las Comisiones de Higiene, [...] con la Oficina de Estadística, con el decreto que hace obligatorio el uso de bozal de los perros, con la nomenclatura de ataúdes, con la Mesa de Multas. Con la policía, principalmente. En algún número atrasado del "American Mercury", Goldberg, el hispanista, cuenta su infancia callejera en uno de los barrios bravos de Boston, y la primera historia que frangolló: El relato de un chico, que denuncia a un ladrón a la policía y lo hace detener. ¿Qué muchacho de La Paternal o Barracas iba a soñar siquiera en glorificar a un delator gratuito, a un joven voluntario de la denuncia? El sudamericano (y el español) saben (o mejor dicho, sienten) que no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, según lo formuló don Quijote. El norteamericano, en cambio, es básicamente estadual. No cumple su destino, como la vasta mayoría de nosotros, al margen o a pesar del gobierno. [...] su héroe natural es el polizante --mejor si aficionado--, el hombre honrado que es verdugo de los otros hombres no yéndole nada en ello. Lo conmueven el espionaje y la delación. En su cinematógrafo (que es un documento genuino, en cuanto se refiere a los sentimientos del público) los personajes preferidos son la mujer que tienta con su amor a un criminal para sonsacarle un secreto, y el periodista que confunde su empleo con el de un vigilante. La superioridad numérica de la policía lo entusiasma, también sus motocicletas y escudos. Es hombre tironeado por dos pasiones, ya formuladas y sufridas una vez por Apollinaire: la aventura y el orden.

En cambio a nosotros, a los sudamericanos y a los españoles, la legalidad no nos apasiona; tampoco lo ilegal. [...] sabemos que lo definitivo es lo que una persona es, no lo que hace. Sabemos lo que don Quijote ya había: que allá se lo haya cada uno con su pecado, con su humano, seguro, natural y humilde pecado.

No propongo una ética trabajada ni quiero invalidar la tradicional. Digo la verdad de mis sentimientos, de nuestros sentimientos, del sentimiento que he creído escuchar entre las agitaciones y maniobras novelísticas de Cervantes.

Yo sí, estimado Campoamor, propongo una ética trabajada y quiero invalidar la moral tradicional en lo que tuviere de invalidable. Por eso es que denuncio (no a la policía, desde luego) la inmoralidad que lleva implícita toda denuncia que se realizare con fines punitivos, y alabo la valiente decisión de Don Quijote de liberar a los galeotes, pues "allá se lo haya cada uno con su pecado". Es más: me animaría a decir, si me apuran un poco, que la delación con fines punitivos, o mismo la delación que sin finalidad punitiva por parte del que le efectúa, propicia igual un castigo al acusado, digo que estas delaciones son más inmorales que la mentira misma, aclarando que siempre es posible conciliar un encubrimiento con una frase feliz y verdadera. Por ejemplo: vemos a un ladrón que, perseguido por la policía, se esconde detrás de un automóvil estacionado. La policía se nos acerca y nos pregunta si hemos visto al sospechoso. Si fuésemos norteamericanos, no

dudaríamos en decir: "¡Sí! Está escondido detrás de ese auto". Si fuésemos sudamericanos o españoles sin pruritos de faltar a la verdad, diríamos: "No, no he visto a nadie". Pero si fuésemos lo que realmente nos gustaría ser, hombres hechos y derechos, verdaderos santos, sabios y revolucionarios seres humanos, diríamos sin pestañear: "Sí, lo he visto, pero no les diré por dónde porque no me gusta delatar a la gente".

CAMPOAMOR. --Conociendo a los policías, sobre todo a los policías argentinos, me parece que este sujeto hecho y derecho va a terminar con varios chichones en sus parietales...

CORNEJÍN. --Y también irá preso por encubrimiento, pero ¿qué le importará todo eso a nuestro héroe? Se ha comportado noblemente y ya; lo demás es puramente anecdótico.

CAMPOAMOR. --¿Es anecdótico perder la libertad?

CORNEJÍN. --Si hubiese delatado al delincuente habría perdido la libertad del alma, y eso es mucho más trágico que perder la libertad del cuerpo (45).

CAMPOAMOR. --Es curioso que te hayas valido de un texto de Borges para llegar a estas conclusiones. ¿No decías tú, respecto del estilo borgiano, que era el arte de no decir nada de la forma más elegante posible?

CORNEJÍN. --Son asertos generalizadores, don Ramón. No es que Borges no hay escrito nada interesante, es simplemente que de todo lo que escribió, la mayoría no me interesa ni le interesa a la mayoría de los argentinos, no digamos ya al mundo en general. Pero este artículo que acabo de citar parcialmente sí que es interesante. Si lo quiere leer completo, deberá esperar hasta el mes de abril del 2002; la editorial Emecé de Buenos Aires publicará para esa fecha un volumen de *Textos Recobrados (1931-1955)* del afamado escritor que son prácticamente desconocidos. El artículo lleva el título de "Una sentencia del Quijote".

CAMPOAMOR. --Los escritos de Borges no interesan a la mayoría de la gente porque el mismo Borges no estaba deseoso interesarla: las obras de este escritor apuntan a una elite intelectual, no apuntan al ciudadano común.

CORNEJÍN. --Cierto. Y es por eso que no me agradan demasiado, a pesar de ser el fruto de una desmedida y hasta cierto punto enfermiza pasión por los libros, pasión que comprendo y justifico, porque yo también la tengo. Las obras de Borges son todo lo contrario de "Lo que deberá ser el arte del porvenir", título éste que mi amigo y ya recontratado conde Tolstoi le proporcionó al capítulo XVIII de su ensayo intitulado *¿Qué es el arte?* (1898), capítulo que citaré (extractado) de inmediato y que usted disfrutará y valorará, siendo como es o habiendo sido en vida un poeta que escribía para el pueblo.

CAMPOAMOR. --No te descolgarás con algún párrafo anarquistoide de esos que abundan en Tolstoi, ¿verdad? Me prometiste que no volverías...

CORNEJÍN. --... a citar escritores anarquistas, lo sé. Pero descuide, aquí Tolstoi no se mete con la política.

CAMPOAMOR. --Siendo así...

CORNEJÍN. --

Se habla del arte del porvenir imaginándolo un arte nuevo, refinado con exceso, y derivado del arte contemporáneo de las clases superiores de nuestra sociedad. Pero un arte así no nacerá jamás, no puede nacer. El arte de nuestras clases superiores hállase ya ahora en un callejón sin

salida. No puede dar un paso más.

El arte del porvenir, según Tolstoi,

no ha de ser la prolongación de nuestro arte, sino que manará de otros principios sin comunidad alguna con los que informan el arte actual de las clases directoras.

El arte del porvenir, destinado a ser sentido por todos los hombres, no tendrá ya por objeto expresar sentimientos que sólo puedan comprender algunos ricos, sino manifestar la más alta conciencia religiosa a las generaciones futuras.

Por eso los artistas del porvenir

no pertenecerán, como ahora, a una clase determinada del pueblo; todos los que sean capaces de creación artística, aquéllos serán artistas. Todos podrán entonces ser artistas: no se pedirá al arte una técnica complicada y artificial que exige gran pérdida de tiempo, se le pedirá tan sólo claridad, sencillez y sobriedad; cosa que no se adquieren por una preparación mecánica, sino por la educación del gusto.

Se me objetará que si se suprimen las escuelas artísticas especiales, se debilitará la técnica del arte. Sí, se debilitará, si se entiende por técnica el conjunto de vanos artificios que hoy se designa con tal nombre. Pero si por técnica se entiende la claridad, la sencillez y la sobriedad, no tan sólo se conservará esa técnica, sino que se elevará a un grado superior. Todos los artistas de genio que ahora quedan ocultos en el seno de los pueblos, podrán entonces participar del arte y ofrecer modelos de perfección, que serán la mejor escuela técnica para los artistas de su tiempo venidero.

Otra de las diferencias entre el arte contemporáneo a Tolstoi --que no ha cambiado mucho respecto al arte actual-- y el arte del porvenir, será que

no lo practicarán artistas profesionales pagados por su arte y que sólo se cuidan de él, sino que lo practicarán todos los hombres que sientan deseos de ello, y sólo cuidarán de él cuando se les antoje.

Se dice en nuestra sociedad que trabaja mejor el artista cuanto más segura es su situación material. Esta opinión bastaría para probar que lo que se toma por arte sólo es vil remedo de él. Es cierto que para hacer zapatos o panes la división del trabajo ofrece grandes ventajas: el zapatero o el panadero que no se ve obligado a hacerse la comida, ni a partir leña, puede hacer así mayor número de zapatos o de panes. Pero el arte no es un oficio, sino la transmisión del sentimiento que experimenta el artista. Este sentimiento no puede nacer en un hombre si no vive la vida natural y verdadera de los hombres. De modo que asegurar al artista la satisfacción de todas sus necesidades materiales es dañar a su capacidad artística, pues librándole de las condiciones de la lucha contra la naturaleza por la conservación de su propia vida y la de los otros, se le priva de conocer los sentimientos más importantes y naturales de los hombres. No hay posición más detestable para la facultad creadora del artista, que esta seguridad absoluta y este lujo que hoy nos aparecen como condición indispensable del buen

funcionamiento del arte.

¿No es como para poner en un marquito esta última oración? Sigue disertando Tolstoi:

El artista del porvenir vivirá la vida ordinaria de los hombres, ganando el pan con un oficio cualquiera. Y conociendo así el lado serio de la vida, se esforzará en transmitir al mayor número posible de hombres los frutos del don superior que la naturaleza le habrá concedido: esta transmisión será su alegría y su recompensa.

Y finalizo esta glosa con una profecía que ¡por todos los santos, por Júpiter y por el perro Diógenes! espero que se cumpla:

Hasta que se haya arrojado a los mercaderes del templo, el del arte no será templo. Pero el primer cuidado del arte del porvenir será arrojar a aquéllos.

CAMPOAMOR. --Dime una cosa: ¿Tolstoi no cobraba ningún dinerillo por sus novelas?

CORNEJÍN. --Señor: yo estoy juzgando las ideas de Tolstoi, no a Tolstoi mismo. Si la artista era o no consecuente con sus ideas es algo que no viene al caso en este momento. Las ideas de Tolstoi que acabo de exponer son, a mi juicio, sabias y en gran parte verdaderas. Y esta sabiduría y esta veracidad poco y nada se empañan si el que las expuso no ha sido lo suficientemente voluntarioso como para practicarlas (46). Tolstoi simpatizaba con el vegetarianismo, y sin embargo no se hizo estrictamente vegetariano sino hasta una edad avanzada de su vida. ¿Habla mal esto del vegetarianismo en sí? De ningún modo, sólo habla mal de la fuerza de voluntad del conde. (Por otro lado, cuando Tolstoi decidió hacerse vegetariano lo hizo de golpe, de un día para el otro, sin haber acostumbrado a su organismo durante varios meses al cambio alimenticio radical que lo aguardaba. Esto perjudicó algunos aspectos de su salud y dio mala fama a su nueva dieta entre sus allegados.)

CAMPOAMOR. --Eso de comer nada más que verdura se me hace tan artificioso...

CORNEJÍN. --¿Artificioso? ¡Si no hay nada más natural! Somos vegetarianos por naturaleza, y la prueba está en que, como decía Thomas Huxley, "antes que el hacha y el fuego, estuvo el hombre, por lo tanto no podía ser carnívoro".

CAMPOAMOR. --¿Y tú te hiciste vegetariano nada más que porque supones que los primeros hombres lo eran?

CORNEJÍN. --No señor. "Yo soy --digo junto con Alberto Einstein-- un ferviente seguidor del vegetarianismo por principio. Más que nada por razones morales y estéticas, yo creo firmemente que un orden de vida vegetariano, ya sea simplemente por los efectos físicos que se obtienen, influirá sobre el temperamento del hombre de una manera tal que mejorará en mucho el destino de la humanidad". Y también soy vegetariano por prescripción sanitaria, pues como decía el doctor Paul Carton, "en lugar de trabajar por la degeneración humana usando inmunidades artificiales, lo que ha de hacerse, para asegurar el progreso humano, es conservar y cultivar las inmunidades naturales que son cualidades innatas", y esto sólo puede lograrse consumiendo vegetales y nada más que vegetales. Por otra parte, yo me dedico sobre todo a pensar; y siendo

que, como decía Pitágoras, "la carne no sólo es un alimento malsano, inmoral y antiestético, sino que además embota el entendimiento", tampoco le conviene a mi cerebro que la consuma. "¡Oh, hombres, hermanos míos! --declamaba este gran filósofo presocrático--. No contaminéis vuestros cuerpos con alimentos pecaminosos. Nosotros tenemos maíz, tenemos manzanas que doblan las ramas con su peso y uvas que crecen exuberantes sobre las viñas. Existen hierbas de dulce aroma y vegetales que se pueden cocinar y suavizar al fuego. Tampoco podéis ignorar la leche o la miel con aroma a tomillo. La tierra ofrece una abundante provisión de riquezas, de alimentos inocentes, y os ofrece banquetes que no involucran derramamiento de sangre ni matanza; únicamente las bestias satisfacen su hambre con carne, y ni siquiera todas ellas, pues los caballos, las vacas y las ovejas viven de hierba".

CAMPOAMOR. --¿Crees tú que los hombres del futuro serán vegetarianos?

CORNEJÍN. --"No dudo --digo al unísono con mi amigo Thoreau-- que una parte del destino de la raza humana, en su gradual perfeccionamiento, lo constituye el dejar de comerse a los animales". El hombre del mañana será vegetariano, y ayunará por lo menos una vez al año para liberar de impurezas a su cuerpo y también a su alma.

CAMPOAMOR. --¿Tú ayunas todos los años?

CORNEJÍN. --Mi primer ayuno fue en el mes de mayo del '96 y duró tan sólo treinta y seis horas. Ese mismo año, en el mes de diciembre, ayuné tres días completos, y ni bien finalizado el carnaval del año siguiente batí ese récord ayunando durante cuatro días consecutivos. Un año después, en el '98, ayuné durante cinco días, y en el '99 realicé mi última y más prolongada suspensión alimenticia, que duró nada más y nada menos que seis jornadas. Circunstancias fortuitas hicieron que abortase un par de intentos de ayuno el año pasado, y este año tampoco he ayunado por el momento.

CAMPOAMOR. --Ni lo harás. Pero sí el año que viene, en el mes de febrero, y batirás tu propio récord a ayunando siete días seguidos.

CORNEJÍN. --¿Cómo sabe usted eso?

CAMPOAMOR. --Ya te dije que antes de venir aquí anduve por el futuro. Dispongo incluso de información detallada de tu experimento dietético venidero; ¿quieres que te la suministre?

CORNEJÍN. --Con mucho gusto, pero... ¿y la paradoja?

CAMPOAMOR. --¿Qué paradoja?

CORNEJÍN. --"No es conveniente --decía el doctor Brown de la película *Volver al futuro*-- saber demasiado acerca de nuestro destino, pues queremos modificar lo malo que nos sucederá y se podría producir por ello una paradoja que destruya la totalidad del universo".

CAMPOAMOR. --Has visto demasiado cine, Cornelio. ¿Quieres o no quieres que te pase los datos?

CORNEJÍN. --Pásemelos, si usted dice que no hay peligro.

CAMPOAMOR. --Dentro de un año y seis días, el 18 de febrero del 2002, te limitarás a comer frutas durante toda la jornada para limpiar tus intestinos. Ese día tu peso (vestido) será de 73,400 kg y tus pulsaciones en reposo (sentado, leyendo un libro) de 72 por minuto. Al día siguiente comenzarás el ayuno. He aquí el cuadro completo:

DIA	CONDICIÓN	PESO (VESTIDO)	PUSACIONES POR MINUTO
18/2	día frugívoro	73, 400 kg	72
19/2	1° día de ayuno	71, 300 kg	70
20/2	2° día de ayuno	70, 800 kg	84
21/2	3° día de ayuno	69, 300 kg	76
22/2	4° día de ayuno	67, 500 kg	86
23/2	5° día de ayuno	67 kg	70
24/2	6° día de ayuno	66, 600 kg	72
25/2	7° día de ayuno	66 kg	88
26/2	1° día de desayuno	66 kg	82
27/2	2° día de desayuno	67, 900 kg	74
28/2	3° día de desayuno	70, 400 kg	76
1/3	4° día de desayuno	71, 100 kg	70

CORNEJÍN. --¡Bien por mí! Y entre nosotros, don Ramón, ya que conoce el futuro, dígame: ¿llegaré alguna vez a los cuarenta días de ayuno que se le atribuyen a Jesús?

CAMPOAMOR. --No te engolosines, muchacho.

CORNEJÍN. --¿Con los ayunos o con los agüeros?

CAMPOAMOR. --Con ambos dos. ¿De dónde sacaste --si puedo preguntar-- las citas vegetarianas que me espetaste?

CORNEJÍN. --Del libro *Alimentación y salud del nuevo hombre* (1998), escrito por Flor de Ciruelo. Y no me pregunte si Flor de Ciruelo es un hombre o una mujer, porque no lo sé.

CAMPOAMOR. --Si es cierto que las plantas piensan como tú dices, tal vez sea una flor.

CORNEJÍN. --Todo lo citado figura entre la p. 87 y la 90 inclusives, y hay en la 87 un listado de famosas personalidades que según Ciruelo han sido vegetarianas. Allí hay nombres que yo nunca relacioné con el vegetarianismo, como por ejemplo Homero, Cervantes, Spinoza, Newton, Voltaire, Rousseau, Darwin y Nietzsche. Sería deseable que algún erudito confirmase si toda esta gente ha sido en verdad vegetariana. No son personajes menores, y este dato contribuiría en mucho al esclarecimiento de la historia de la ética.

CAMPOAMOR. --Y en ese polémico listado... ¿figura Jesús?

CORNEJÍN. --¿Y cómo no va a figurar? ¿Usted se imagina al Barbeta cuereando un becerro? Por cierto, también figura Henry David Thoreau, que fue la última personalidad de la cual cité una sentencia y a la cual recitaré, o sea, volveré a citar, a partir de su ensayo *Una vida sin principios* (1855) y del prólogo que lo acompaña, escrito por el señor Juan José Coy.

CAMPOAMOR. --¿Thoreau era naturista o naturalista?

CORNEJÍN. --Las dos cosas. "En cierta ocasión --cuenta Coy en la p. 22-- en que uno de los habitantes de Concord le detuvo en la calle para preguntarle por qué no disparaba contra los pájaros ya que le gustaba tanto el estudiarlos, su respuesta fue inmediata: «¿Crees que debería disparar contra ti por mucho que yo deseara estudiarte?»".

CAMPOAMOR. --Si no les disparaba a los pájaros, es de los niños. ¿Recuerdas aquel lejano momento en que nos conocimos?

CORNEJÍN. --Lo recuerdo perfectamente: estaba usted cazando pájaros... como quien pesca con una caña sin anzuelo. Y no fue tan lejano el momento: ocurrió hace tan sólo diez horas.

CAMPOAMOR. --¿Diez horas ya? ¡Cómo pasa el tiempo!

CORNEJÍN. --¿En qué quedamos?

CAMPOAMOR. --"A las personas que no se aburren de sí mismas -- parafraseo a Maine de Biran--, los minutos y las horas se les escapan con gran velocidad, y en cambio los meses y los años parecen a sus ojos caminar muy lentamente. Con las personas que se aburren de sí mismas ocurre exactamente lo contrario".

CORNEJÍN. --Esa es una gran verdad. Pero volvamos a Thoreau, quien, si bien se parecía a usted en eso de que no le gustaba matar pájaros, no se parecía tanto a la hora de conciliar, como usted lo hizo o pretendió hacerlo, el arte con el mercantilismo: "De acuerdo a mi experiencia, nada se opone tanto a la poesía como los negocios, ni siquiera el crimen" (p. 22). Esto lo entiendo yo así: puede haber poetas criminales, porque las musas no discriminan moralmente, pero no puede haber poetas mercaderes, porque los mercaderes, cuando no están comerciando, están pensando en cómo comerciar mejor, y entonces las musas, si bajan a visitarlos, no son atendidas.

CAMPOAMOR. --¿Y le bajaban las musas a él, a él, un hombre de vida tal rústica y simplona?

CORNEJÍN. --Thoreau, sin llegar a serlo, fue lo más parecido a un filósofo que vio el siglo XIX; y siendo que los grandes filósofos han llevado por lo general una vida simple y sencilla, él hizo todo lo posible para imitarlos en este sentido. Pero guarda el hilo, que me parece que usted considera sinónimos los términos simplicidad y simplonería, y no es tan así. "Existen dos géneros de simplicidad -- aclara Thoreau desde la p. 30--. Uno está muy próximo a la estupidez; el otro, a la sabiduría. La forma de vida del filósofo parece simple solamente en lo exterior, pero interiormente es compleja. La forma de vida del salvaje primitivo resulta simple en ambos sentidos, exterior e interiormente". En su libro *Walden*, Thoreau...

CAMPOAMOR. --El libro *Walden* es una lectura fundamental, pero muy perversa y pagana. La moral práctica que se desprende de la obra parece ser que si un hombre está dispuesto a transformarse en una marmota, puede vivir tan barato como ese cuadrúpedo; pero después de todo, yo prefiero caminar sobre dos piernas.

CORNEJÍN. --Eso mismo dijo John Whittier, versificador norteamericano contemporáneo de Thoreau, cuando le preguntaron qué opinaba de la obra capital de este controvertido sujeto. La cita figura en las pp. 13-14 de *Así era Henry David Thoreau*, ensayo biográfico escrito por Eduard Wagenknecht. En todo caso --y esto se desprende de la cita última de Thoreau--, nuestro autor se parecía a una marmota sólo por fuera, no con otros, que no viven "tan barato" como las marmotas sin dejar por ello de ser bien marmotas por dentro. Y es que vivir marmoteando --marmoteando exteriormente-- tiene mucho de placentero para quienes tienen la convicción de no ser marmotas. "Resulta sorprendente comprobar cuánto gozo puede haber en no tener nada definido, tan sólo el

profundo sentido de estar vivo. Cómo me sonrío cuando pienso en mis vagas, difusas riquezas. Nada puede desvirtuarlas, porque mi riqueza no consiste en poseer, sino en gozar", decía la marmota Thoreau desde la p. 32 de *Una vida sin principios*.

CAMPOAMOR. --¿Y cómo iba a poseer riquezas materiales si era un vago que huía del trabajo?

CORNEJÍN. --Huía del trabajo, sí, y hasta llegó a decir que "habría que invertir el precepto divino y llegar a trabajar un día para descansar los otros seis" (p. 31), pero se refería al trabajo profesional, al trabajo por dinero, no a todo tipo de trabajo. ¿O acaso pensar, escribir, caminar por el bosque no es también trabajar? A ese tipo de trabajos habría que dedicarse durante la semana, y el trabajo insalubre de ganar dinero debería circunscribirse sólo a los domingos.

CAMPOAMOR. --¿Y la educación? ¿Cuándo funcionarían las escuelas, un día por semana tan sólo?

CORNEJÍN. --Thoreau fue maestro durante unos meses, y eso le bastó para comprender la inutilidad de toda enseñanza desfasada de la práctica. "¡Qué inútil resulta tratar de enseñarle a la juventud, o a cualquiera, la verdad!", se queja desde la p. 32, y concluye: "Nadie aprende nada si no es por propia experiencia, y cuando le llega el momento".

CAMPOAMOR. --¿Estaba en contra de las instituciones educativas?

CORNEJÍN. --Estaba en contra de *toda* institución: "Al igual que se forman los ventisqueros cuando cesa el viento, asimismo cuando cesa la verdad surge una institución. Pero la verdad sigue soplando por las alturas y al final acaba por destruirla" (p. 105). El palo va por igual hacia todos lados, y alcanza también a las instituciones políticas y a las muy de moda hoy en día instituciones periodísticas: "Eso que llaman política es algo tan superficial y poco humano que en la práctica nunca he reconocido que me interesara. Los periódicos, según veo, dedican varias columnas gratuitamente a la política o a los asuntos de gobierno y esto, diría yo, es lo que los salva. Pero como yo amo la literatura y en cierto modo también la verdad, no leo nunca esas columnas. No quiero embotar hasta ese punto mi sentido de la justicia" (p. 105). Si Thoreau viviese coincidiría con José Luis Aranguren, y por cierto también conmigo, en que "la política nunca me ha importado, de verdad, sino desde el punto de vista ético. Los temas últimamente capitales para mí son los sociales y morales, los culturales en general, los religiosos en particular, y muy poco los estrictamente --estrechamente-- políticos. A cada uno lo suyo, y lo mío, ciertamente, felizmente también, *no* es la política" (*Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, prólogo a la edición de 1980).

CAMPOAMOR. --¿Has terminado con Thoreau?

CORNEJÍN. --Me queda sólo una cita, que viene a ratificar su marmoterismo exterior y su divina pereza: "Si yo pudiera disponer de la riqueza de todos los mundos levantando un dedo, no pagaría semejante precio por ella" (p. 79).

CAMPOAMOR. --No me gustan ese tipo de frases. Son demasiado revolucionarias, no se condicen con mi temperamento. Yo soy conservador hasta por organización, pues el hecho revolucionario, aunque sea hijo legítimo de una idea, me es insoportable por lo antiestéticamente que se suele realizar.*

*Cf. *Op. Cit.*, t. III, p. 215.

CORNEJÍN. --¿Subordina usted la ética a la estética? ¡Bienvenido al club! Pero desde ya le digo que los hechos revolucionarios que ambos rechazamos por antiestéticos derivan de las llamadas revoluciones políticas, nunca de la revoluciones interiores del espíritu, y son éstas, y no aquéllas, la revoluciones que propone Thoreau. Pero... ¿qué es eso? ¿Lo escucha? Haga silencio...

CAMPOAMOR. --Escucho como pasos, como alguien que se acerca. ¡Avemariapurísima!: ¿no será el jaguar? Dicen que al atardecer sale de cacería...

CORNEJÍN. --Muerto miedoso, ya le dije que por esta zona los jaguares se extinguieron. Además, son como pasos humanos...

VICENTE GAOS. --¡Buenas taaardes!

CORNEJÍN. --Buenas tardes, señor. ¿Es usted turista o lugareño?

CAMPOAMOR. --¡Yo le conozco!

CORNEJÍN. --¿Le conoce qué?

CAMPOAMOR. --A él.

CORNEJÍN. --Entonces se dice: yo lo conozco.

CAMPOAMOR. --Se llama Vicente Gaos, y desde hace dos décadas vive con nosotros, en el cielo.

GAOS. --Soy Vicente Gaos y González Pola, para lo que guste mandar.

CORNEJÍN. --¿Usted es Vicente Gaos? ¿Usted es el que escribió estos versos?:

**Oh, sálvame, Señor, dame la muerte,
no me amenaces más con otra vida...
Dame la muerte, oh Dios, dame tu Nada.**

GAOS. --¡Shhh! No los recites tan alto. Mejor acuérdate de éstos, que son los primeros que escribí:

**¡Creo en Dios tan firmemente!
Hoy más que nunca lo siento,
ayudándome, de intento,
en lo que fuera imposible
sin su ayuda, ardientemente
os doy mil gracias, Señor.
Misericordia y amor
sois, pero hacedme sufrir,
porque así sabré vivir
para otra vida mejor.**

CORNEJÍN. --Muy instructivos versos. ¿Le refresco ahora unos cuantos de esos que hablan de la niebla?

Gaos. --¡No, por favor! ¡No me pongas en evidencia! Yo sé que, mientras vivía en la Tierra, circulaban por mi mente una buena cantidad de ideas más o menos fuertemente contradictorias, pero es que esos elementos, como bien dijo de mí mi amigo Dámaso Alonso en la p. 678 del tomo VIII de sus *Obras completas*, "estaban constantemente moviéndose, en un sentido u otro, dentro de su ánimo. No es impiedad o blasfemia lo que a veces le lleva en un sentido negativo. Es que está allí, oculta, una fe inmensa por Dios. Es esta ansia por Dios lo que produce en su espíritu tantas convulsiones, contradicciones, mezclas,

interferencias. Por debajo, veo un amor a Dios constante, y muchas veces oculto, pero existente siempre".

CAMPOAMOR. --Además, se ganó al que te dije cuando le dedicó su poema "Abjuración". Ni bien lo leyó mandó al arcángel Gabriel a que lo llamase.

CORNEJÍN. --Me gustaría escucharlo.

CAMPOAMOR. --¿Al arcángel o al poema?

CORNEJÍN. --A los dos, pero por ahora me conformaría con el poema.

CAMPOAMOR. --Recítaseló, dolape, y no te me trabuques.

GAOS. –

**No sé, Señor, si mi obra, engendrada en el orgullo,
escrita a ciegas,
ha sido motivo de confusión y piedra de escándalo.
No sé si ha sido interpretada correctamente o abominada por justo
[motivo.**

.....
**Si por mi culpa me creyeron ateo y blasfemo,
que ahora me crean también vocado no a la poesía, a la obra mal hecha,
sino llamado por ti, Supremo Hacedor, poeta por antonomasia,
único creador verdadero.**

.....
**Tú, Señor, sabes que en el fondo de todas mis paradojas, heterodoxias
[y negaciones,
estabas siempre presente, aunque acaso distante,
justamente ofendido, pesaroso, llamándome de continuo a tu gracia,
crucificado por cada palabra temeraria mía,
anhelante de verme al fin rectificar y dar buenos frutos.
Pues, aunque mi intención fuese buena,
la intención es estéril si no va acompañada de buenas obras.**

**Tú sabes
que cuando escribía *nada*, quería escribir *creación*,
cuando te pedía que no me amenazases con otra vida,
estaba sediento de ti, de más vida (eterna).
Que cuando --insensato de mí, temerario más allá de la raya, pobre
[criatura--
te exigía oscuridad, te estaba pidiendo luz.**

**Cuando osaba llevarte la contraria,
volver del revés las Bienaventuranzas o el Padre Nuestro,
con ignorantes o baldías contradicciones, presumiendo de ingenio,
[como jugador de ventaja,
era un desdichado...**

**Pequé contra ti, y tal vez conturbé
a mis semejantes,
a mis hermanos.
Padre, Padre, ahora que, lento a la ira y rico en clemencia,**

**me has recibido de nuevo en tu casa, me has perdonado y te has
[regocijado,
ahora que, al fin, me has mostrado
sin lugar a dudas
lo que era evidente,
quitándome la venda de los ojos y el orgullo del corazón;
ahora que me has recordado lo que no debí olvidar nunca,
que Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida,
recuérdamelo, cada día, incesantemente...**

**Dame lo que quieras en esta vida...
y otórgame al fin la otra...
danos la vida que no acaba
sino en ti,
en la abierta, en la misericordiosa eternidad de tus brazos.**

Poco tiempo después de escrito esto me morí de un ataque al corazón, rápido e imprevisto.

CAMPOAMOR. --Eso es para que vayas aprendiendo, Cornelio. ¿Cuando abjurarás tú de tus herejías? Espero que no sea demasiado tarde.

CORNEJÍN. --Cuando sienta o Dios me haga sentir que estoy en un error, abjuraré. Nunca he sido terco para desprenderme de pretéritas creencias que ya no considero mías. Y ahora, si se puede saber, ¿nos podría decir qué lo trae por estos lejanos, silvestres y mundanos parajes?

Gaos. --Vengo a decirle al señor Campoamor que ya estuvo demasiado tiempo en la Tierra, que ya es hora de volver.

CAMPOAMOR. --¿Ah sí? ¿Vos y cuántos más me van a sacar de acá, eh? ¡¿Eh?!

GAOS. --Yo sólo cumplo órdenes. Fue Él quien me dijo que le avisara.

CAMPOAMOR. --Ah..., siendo así... Pero vos no me toquéis, alcahuete diz que poeta.

CORNEJÍN. --¡Pero don Ramón!... ¿Por qué trata tan despreciativamente a este celestial caballero que ha venido en su busca?

CAMPOAMOR. --¿Que por qué lo trato así? ¿Y por qué no le preguntas a él cómo me ha tratado en sus críticas literarias?

GAOS. --Al menos no lo traté como César Barja, quien llegó a escribir que "tiene, como se ve, el humorista asturiano sus complicaciones poéticas. Tiene también sus complicaciones filosóficas [...]. A la verdad, lo que con Campoamor ocurre es que todo su idealismo y todo su espiritualismo son bien poca cosa comparados con su epicureísmo, o digamos mejor, con su *burguesismo*. En sus divagaciones metafísicas y poéticas podrá remontarse tan por lo alto como se quiera; de hecho, como hombre, hállese siempre a flor de tierra" (*Libros y autores modernos*, pp. 267 a 70)*.

CAMPOAMOR. --¿Lo ves? Sigue maltratándome trayendo a colación no sólo a críticos de mi obra, sino a críticos de mi propia vida.

*Cf. Vicente Gaos, *La poética de Campoamor*, p. 146.

GAOS. --Cito a Barja, pero no para ofenderlo a usted sino para que sepa que no estoy de acuerdo con él. Barja no lo toma a usted en serio y, desde luego, lo entiende mal. Aunque en tono de burla, admite que las "divagaciones" del "humorista asturiano" no son tan simples como podría creerse, pero decide no tomarlas en cuenta. ¿Por qué? ¿Qué quiere decir que "de hecho, como hombre, hállase siempre a flor de tierra"? ¿Es que usted no es tan hombre y escritor en sus tratados de prosa como en sus poemas? ¿Es que sus teorías no son un *hecho* tan digno de consideración como su obra poética? A Barja, por lo visto, no se lo parece*, y esta actitud le priva de sacar partido alguno a su constatación de que en sus teorías hay una elevación y complejidad que... que...

CAMPOAMOR. --... que se echan de menos en mis poesías, ¿no es eso?

GAOS. --Sí, es eso: su prosa es muy superior a su verso. Usted fue, para mi gusto, un gran prosista, uno de los mejores de su época. Lo que no pudo lograr en su poesía, lo consiguió en su prosa; escribir con vigor y naturalidad, en forma inconfundible, apartándose por igual de los defectos que se observan en los prosistas del Realismo: la vulgaridad descolorida y la retórica palabrera**.

CAMPOAMOR. --¡Pero es que yo no quiero pasar a la posteridad como prosista, sino como poeta!

GAOS. --Lo siento. Será lo que deba ser... o si no no será nada. Y así como el Abate Brémond dijo de Valéry que fue "un poeta a pesar suyo" (*La poesía pura*, p. 52), así digo yo que usted es un prosista pesar suyo, y como tal será recordado.

CAMPOAMOR. --¡Nadie se acuerda de mí aquí en la Tierra, y los que lo hacen se ocupan de mi prosa y no de mis versos! ¡Triste destino para este humilde poeta que he sido y que todos, en mi época terrícola, coincidían en que lo era!

GAOS. --Los juicios que su obra mereció en su época no son de fiar. No sólo, ni principalmente tal vez, por la falta de perspectiva histórica, sino por muchos otros motivos, ya se sabe con cuánta desconfianza hay que acoger lo que de cualquier autor dicen sus contemporáneos. En su caso, nos hallamos ante ditirambos promovidos por un entusiasmo tan exagerado como falto de atisbo alguno de crítica, o ante diatribas partidistas, que tampoco explican gran cosa. La generación del '98 no era de esperar que fuese objetiva con usted. Toda generación es injusta --acaso tiene el deber de serlo-- con el que la precede. Y, de entonces acá, el prejuicio contra la época realista (heredado de la generación del '98) y la consiguiente falta de interés por sus autores, ha motivado que nadie se acercase a su obra con deseos de esclarecerla. Durante todo este tiempo no hemos hecho más que repetir mecánicamente todo lo que aprendimos contra usted, dándolo por bueno. Este desinterés y esta inercia están justificados en gran parte: ¿Qué curiosidad podía ofrecer lo que pensara sobre poesía un poeta cuyos versos empiezan por invitar a abandonar la lectura apenas comenzada? Era lógico suponer que ese pensamiento estaría a la altura de los poemas***.

CAMPOAMOR. --Esos individuos infilosóficos comenzaron execrando mis poemas y terminaron desdeñando mis ideas...

*Cf. *ibíd.*, p. 146.

**Cf. *ibíd.*, p. 149.

***Cf. *ibíd.*, p. 151.

GAOS. --Y si bien sus versos, o la mayoría de ellos, son desdeñables, sus ideas no podemos ni tomarlas a broma ni pasarla por alto, sobre todo las relacionadas con la poética. En el panorama de la teoría literaria española, usted debe ocupar uno de los puestos más destacados. Fueron muchos los que se ocuparon de poética en el siglo XIX, pero la suya es, en mi opinión, la más importante, con mucho, desde la célebre de Luzán. A diferencia de la mayoría de las restantes, no es una preceptiva rutinaria, no se limita a repetir inertemente las fórmulas y lugares comunes de las poéticas y retóricas tradicionales. Usted piensa de un modo independiente y original, muy raro en España, en su época y fuera de ella. Habla de la poesía como quien la conoce por dentro. Nos ofrece la filosofía del fenómeno poético, pero, sobre todo, un estupendo análisis técnico de sus procedimientos y métodos. Es, a la vez, obra de pensador y de poeta. Claro está que no todas las ideas relacionadas con la poética se las ha sacado de la cabeza, ni de su experiencia creadora. Aunque no he intentado analizar las fuentes de su pensamiento, es seguro que determinados puntos de vista los ha recogido de otros autores, especialmente de los estéticos alemanes del Romanticismo y de sus inmediatos continuadores. Sea mucho o poco lo que deba a estos y otros autores, usted ha fundido sus propias ideas y las ajenas en un sistema que le pertenece a usted sólo. Y ahora cabe una pregunta: ¿Por qué, si tenía talento y sus ideas poéticas no eran tan desacertadas ni vulgares como se cree, escribió usted una poesía tan detestable?*

CORNEJÍN. --¿No será, sencillamente, que Campoamor no era poeta?

GAOS. --¿No era poeta? Muy posible --aunque esto no resuelve nada. Porque el problema no consiste principalmente en que la poesía de Campoamor carezca de calidad, sino en que, buena o mala, responde escasamente a la dirección que pretende imprimirle. Sin intentar dar una respuesta categórica, creo que el dualismo de Campoamor no puede aclararse mediante explicaciones de carácter puramente personal: falta de capacidad creadora, ceguera autocrítica. En mi artículo "Campoamor, precursor de T. S. Eliot", escribí ya: "Tomemos a Campoamor. Su poesía, que antaño arrebató por igual al lector ingenuo y a un Rubén Darío, ha quedado arrumbada. Yo creo que la posteridad confirmará en definitiva la opinión que actualmente nos merece Campoamor y atribuirá a su obra lírica pocas excelencias. Pero estoy seguro de que, cuando lo estudien serio, su juicio negativo, aunque venga a coincidir con el nuestro de hoy, se basará en motivos y argumentos bien diferentes de los que en la actualidad escribimos. Actualmente creemos que era imposible que Campoamor pudiera haber hecho buena poesía con las ideas que sobre ésta tenía. Y éste es nuestro error. De Luzán acá no sé de escritor alguno --Bécquer incluido-- que haya pensado acerca del fenómeno poético con la originalidad, el vigor y el tino con que lo hizo Campoamor. Su *Poética* es una obra que revela un Campoamor completamente distinto del buen don Ramón, autor de tanto verso pedestre. El estudio que Campoamor reclama no habrá de dar por resultado el de revalorar su poesía --poco susceptible de revaloración--, pero sí el de comprender las causas --extrapersonales, históricas-- que determinaron que un hombre dotado de sensibilidad, con decidida vocación poética y que caló en la poesía --en su

*Cf. *ibíd.*, pp. 153-4.

misterio esencial lo mismo que en su problemas técnicos de ejecución-- con hondura y acierto sorprendentes, pudiera desdeirse de sus principios tan contradictoria y lamentablemente a la hora de versificar. Cuando se estudia la *Poética* de Campoamor es forzoso rectificar el juicio de que nuestro autor tenía un concepto equivocado de la poesía, y por eso no pudo hacerla buena. Lo más que cabría pensar es que no era poeta, y por ello, pese a saber teóricamente en qué consiste la verdadera poesía, no logró escribirla. Pero yo creo que en Campoamor había madera indudable de poeta, lo que complica el problema y obliga a hallarle explicación, según apunto, en causas ajenas a Campoamor mismo que podrían enunciarse sucintamente (no puedo discutir este asunto ahora) así: hay épocas -- la realista es una de ellas-- de signo general antipoético. Campoamor fue víctima del *contratiempo* histórico de pertenecer a la época realista, en el mismo sentido en que Ortega ha hablado del *contratiempo* que le impidió a Dilthey elaborar una metafísica**.

CORNEJÍN. --¿Y cómo fue que se las ingenio Bécquer, contemporáneo de Campoamor, para crear sus *Rimas* --obra cumbre de la lírica castellana de todos los tiempos de acuerdo a mi modesto entender-- en esa época de signo general antipoético?

GAOS. --Esta regla tiene sus excepciones; no podemos meter a todos los poetas en la misma bolsa. Bécquer fue..., fue...

CORNEJÍN. --... un aborto de la naturaleza --en el buen sentido de la expresión.

GAOS. --Sí, fue un poeta privilegiado.

CORNEJÍN. --Son personas que se independizan sin dificultad del molde sociocultural que las engloba, algo así como lo que dije de Alberto Einstein hace un rato. Pero entiendo muy bien lo que usted afirma, y es que en esta época ultracapitalista que a mí me tocó en suerte hay un signo antipoético aún más acentuado que el de la época realista. Yo creo que ni siquiera Bécquer, de haber nacido hace veinte o veinticinco años, sería capaz de escribir poesía en estos tiempos...

CAMPOAMOR. --Momentito; vamos a poner algunas cosas en claro. Que mi poesía no sea genial, vaya y pase, ¿pero que sea *detestable*? ¿Y que las *Rimas* de Bécquer sean la obra cumbre de la lírica castellana? ¡Dios mío, las cosas que me haces escuchar! ¡Ten piedad de este pobre inmortal y retrotráelo a tu seno!... Pero ¿quiénes son, después de todo, ustedes todos en materia de poesía? ¿Qué me importa la opinión de sendos desconocidos cuando tengo detrás, apoyándome, los elogios de un verdadero prócer de la versificación como lo fue Rubén Darío? Este poeta llegó incluso a escribir un ensayo titulado "La coronación de Campoamor", en donde se lee, entre otros elogios, que "su música es personal, inconfundible en toda la vasta orquesta de las musas castellanas"***.

GAOS. --Sí, hay algo en usted --no sólo la poesía, la "música", sino también el modo de pensar-- que se aparta de lo característico español. Nuestra literatura, por lo general, se mueve desacompañadamente entre extremos y siente una invencible tendencia hacia el verbalismo, hacia la retórica aderezada. La literatura

*Cf. *ibíd.*, p. 154.

**Cf. *ibíd.*, p. 156.

española se pierde muchas veces por hablar --o por escribir--. Es una literatura de fuerte estilización y, con frecuencia, de escasa profundidad y estrecha gama temática. Una poesía como la que quiso hacer usted hubiera sido difícil de llevar a cabo en cualquier país. Mucho más en el nuestro, donde carecía en absoluto de tradición. Porque "poesía realista" no es una antinomia, pero, de todos los géneros literarios, la poesía es el que, por naturaleza, si se puede decir así, está más inclinado a ser siempre "romántico". Poesía y realismo no son incompatibles. Se puede hacer poesía que sea "realista", sin dejar de ser poesía, pero la empresa no es fácil. No lo es ahora y no lo era tampoco hace siglo y medio. Bien mirado todo esto, no es tan extraño que usted fracasara*.

CORNEJÍN. --Sin embargo, hay varias cosas que yo rescato de sus versos. Por ejemplo, el haber respetado rajatablas todo lo atinente al ritmo y a la rima tradicionales. Yo creo que la música es un elemento inmanente a toda buena poesía.

GAOS. --Discrepo. El contenido semántico del poema depende de su exactitud y perfección formales. El ritmo y la rima no existen en la poesía por la finalidad primordial de darle musicalidad. Con la música a otra parte. Son las imágenes y las ideas las que piden el ritmo y la rima. Y los piden porque desean eternizarse en el alma del lector**.

CAMPOAMOR. --Los versos rítmicos y rimados se agarran a la memoria de las gentes como los recuerdos de las personas queridas, y, sean tristes o alegres, son siempre inolvidables, como los sonidos de las campanas de nuestra aldea***.

GAOS. --Tal es la función de los elemento métricos: preservar del olvido al poema, hacerlo perdurar. Si consiguen su propósito es porque el ritmo y la rima no son recursos artificiosos, expedientes mecánicos, sino que impalpablemente acarician en el espíritu del hombre su zona más recóndita y oriunda. El verso, con sus sílabas contadas, sus rimas, sus reglas acentuales, ofrece la impresión de ser una elaboración totalmente artificiosa, junto a la naturalidad de la prosa. "Nadie habla en verso", se dice. Muy cierto. Pero conviene saber si hablar es un acto más característico de la naturaleza del hombre que escribir versos. Lo único seguro --y eso es todo-- es que es más frecuente. Si los hombres no hablan en verso es porque sus menesteres cotidianos únicamente expresan lo más rutinario, mecánico y superficial de su espíritu. El verso no es un lenguaje artificial, en el sentido corriente de esta palabra; es, al contrario, el tipo de expresión más apto en que el hombre puede revelar lo verdaderamente profundo y característico de su espíritu. No sabemos cómo empezó el hombre a hacer versos, pero podemos estar seguros de que no comenzó por idear formas métricas para vaciar después en ellas su alma, sino que alguna misteriosa necesidad le hizo expresarse métricamente****. En su hermoso libro sobre Jorge Manrique, Pedro Salinas se expresó en sentido semejante, escribiendo estas penetrantes palabras: "Un poema es algo que quiere no pasar. Una resistencia a pasar, que toma en hechura de palabras, forma de lenguaje. Cuando la poesía previene su arsenal, apresta

*Cf. *ibíd.*, p. 156.

**Cf. *ibíd.*, p. 135.

***Cf. las *Obras completas* de Campoamor, t. III, p. 394.

****Cf. Gaos, *op. cit.*, p. 136.

sus ritmos, repasa sus metros, y manda formar a las rimas, es que está preparando facilidades a la memoria, forjándose áncoras que sujeten los poemas al fondo del tiempo. El poema es recuerdo; estuvo siempre en nosotros, hasta ese día en que se sale de nuestro propio olvido. Apenas apalabrado lo siente el que lo inventó como recuerdo, decible, aprehensible, de aquel misterioso temblor que era antes de nacer. Y cada lector, en su lectura, recuerda al poema, que se está, tendido en el blanco olvido de la página, esperando que lo recuerden. Patética criatura del sentimiento agónico, entre todos los lenguajes, el lenguaje de la poesía. Su milagro es velarnos, entre las formas más ligeras y graciosas a veces, la angustiosa ansiedad por no morir que le palpita dentro. Más cuesta quedarse en la memoria con catorce renglones de prosa que con un soneto. Y de las redes calculadas y firmes de la forma poética se escapan las alas del tiempo menos rápidas que del párrafo del prosador. La argucia de la métrica, clásica o libre, antigua o moderna, no es primor de artesanía, gratuito trovar, lúdico capricho: es arte de mejor recordar, y por eso camino de salvación. Aparentemente todo eso de los acentos, de las rimas y los pies medidos, y las sílabas contadas, es mecanismo, formas mecanizadas; en verdad cabos que echa el poeta desde la orilla del tiempo para que no se las lleve el caudal tan pronto a las invenciones de su alma, que quiere poner a salvo" (*Jorge Manrique, o tradición y originalidad*, pp. 231-2). Bien podría darse así esta definición: "Poesía es memoria".

CORNEJÍN. --Y a los que afirman que el ritmo y la rima esclavizan al poeta, les responde Antonio Machado:

**Verso libre, verso libre.
Líbrate mejor del verso,
cuando te esclavice.**

GAOS. --Esos mismo versos utilicé como epígrafe del primer soneto de mi primer libro, *Arcángel de mi noche* (1944), soneto en el cual niego que la métrica ortodoxa torne a encadenarme:

**No me encadenas, me desencadenas,
órbita, estrella mía, libre cielo,
amor, errantes astros, sabio vuelo,
música de la sangre por las venas.**

CORNEJÍN. --Yo siento, como buen determinista, cadenas por todos lados; pero hay cadenas y cadenas, y la del ritmo y la rima, si es una cadena, es cadena divina. ¡Dichoso masoquista quien goza encadenándose a las divinidades del Parnaso!

GAOS. --Es como decir que nuestra común pasión por los libros nos encadena a las bibliotecas...

CORNEJÍN. --Yo estoy encadenado a las bibliotecas, pero nunca me alejo de ellas lo suficiente como para sentir el tirón. Y ya que hablamos de bibliotecas, quiero aprovechar esta oportunidad única, que jamás, seguramente, se me volverá a presentar --digo, la de tener ante mí, atendiendo a mis palabras, a dos reconocidos versificadores, que incluso están ya muertos--, quiero aprovechar esta singular ocasión para recitar un humilde poema de mi autoría que se intitula "De casa a la biblioteca y de la biblioteca a casa". ¿Puedo?

GAOS. --Por mí está bien si es breve, que ya perdí mucho tiempo aquí, no sea que al regresar me reciba el Quía con uno de sus sermones alusivos a la impuntualidad. ¡Qué aburridos son!

CAMPOAMOR. --Estate sosegado, Vicente, y apréstate a escuchar; y aguanta, así como tus amistades aguantaron todos y cada uno de tus recitados públicos, estoicos y firmes, para darte el gusto, gusto del que sospecho eras adicto, para su pesar. Porque recitar poesía es un vicio, y bien dijo Leopardi en su obra ya citada, pensamiento XX, pp. 72 y 74, que

si tuviese yo el ingenio de Cervantes, escribiría un libro para acabar, como él hiciera en España con la caballería errante, así yo en Italia, y, aun más, en el mundo civilizado, con un vicio que, comparado con la dulzura de las actuales costumbres, y también de otra cualquier manera, no es menos bárbaro que cualquier despunte de la ferocidad de aquellos tiempos medioevales que fustigó Cervantes. Hablo del vicio de leer o recitar a otros los propios engendros: el cual, siendo antiquísimo, aun en los siglos anteriores fue una miseria tolerable porque rara; pero hoy que todo el mundo escribe, y que la cosa más difícil es dar con una persona que no sea autor, volvióse flagelo, calamidad pública y nueva tribulación para la vida humana. [...] y este vicio que digo, tan bárbaro y tan ridículo, y contrario al sentido de criatura racional, es de verdad un morbo de la especie humana: porque no hay pueblo tan gentil, ni condición alguna de hombres, ni de siglos, en donde no sea común esta calamidad. Italianos, franceses, ingleses, alemanes; hombres encanecidos, sabios en otras cosas, llenos de ingenio y de valores; hombres de mucho tacto social, finos de modos, amantes de hacer notar las boberías y de amonestarlas; todos vuélvense niños crueles en el instante de recitar sus cosas. Y así como es éste vicio de nuestros tiempos, así lo fue de los tiempos de Horacio, a quien ya parecía insoportable; y de los de Marcial, que al interrogarle un poeta que por qué no le leía sus versos, respondióle: por no escuchar los tuyos; y así también lo fue en lo mejor de Grecia, cuando, como se cuenta, Diógenes el Cínico, hallándose en compañía de otros amigos, todos moribundos de aburrimiento, en uno de eso recitales, y viendo en las manos del autor, al final del libro, aparecer el blanco del papel, dijo: --¡Coraje, compañeros, que veo tierra!

Y se quejaba Leopardi (pp. 74-5) de que

hoy la cosa ha llegado a tal punto que los auditores, aunque forzados, a duras penas alcanzan para todos los autores. Algunos amigos míos, hombres industriosos, considerando este punto, y persuadidos de que el recitar los propios engendros sea una de las necesidades de la naturaleza humana, pensaron proveerla, y a un tiempo enderezarla, como se hace con todas las necesidades públicas, hacia una utilidad particular. A cuyo efecto dentro de poco tiempo abrirán una escuela o academia o ateneo de escuchandos; en donde a cualquier hora del día o de la noche, ellos, o personas pagadas por ellos, escucharán a quien quiera leerles, a precios convenidos: para la prosa, la primera hora un escudo, la segunda, dos, la tercera, cuatro, la cuarta ocho, y así

creciendo en progresión geométrica. Para la poesía el doble. Para cada trozo leído, en queriéndolo volver a leer, como sucede siempre, una lira por cada verso. Si el escucha se durmiere, el lector recuperará la tercera parte de lo asignado. En prevención de convulsiones, síntomas y otros accidentes ligeros o graves, que acontecieren de una u otra parte durante la lectura, a la escuela se le suministrarán esencias y medicinas, que se administrarán gratuitamente. Así, haciéndose materia de lucro una cosa hasta hoy infructífera como son los oídos, se abrirán nuevos caminos a la industria, con aumento de la riqueza general.

CORNEJÍN. --Ahora no recito nada.

CAMPOAMOR. --¿Qué pasó? ¿Se ofendió el inofendible? ¿Se indignó el inindignable? ¡Vamos, amigo Cornelio! La chanza no era para ti, que no has recitado nunca nada en público desde los tiempos en que ibas a la escuela primaria, y aun ahí te disgustaba hacerlo y te ponías tan nervioso que se te olvidaba lo que tenías que decir... No es a ti a quien chanceo sino a Vicente, que tenía la desagradable costumbre de prorrumpir sus poemas hasta en las colas de los bancos... Recita el tuyo y ya, que yo ya te recité bastantes versos míos y tú los has acogido con gran interés, al menos exteriormente. Y en lo que respecta a tu preocupación, Vicente, te garanto que el recitado será breve, pues Cornelio nunca escribió un poema extenso como por ejemplo *El drama universal* de mi autoría. Lo intentará el año que viene, cuando a su vez intente desgajarse de su tan vapuleado sedentarismo, y digo intentar porque no quiero dar agüeros demasiado precisos que propicien...

CORNEJÍN. --... ¡la paradoja! ¿Vio como era cierto?

GAOS. --Aquí nos tienes, pues, en calidad escuchandos y *ad honorem*, así que recita. Y no le diga usted más, Campoamor, acerca de su futuro, que no fue para correveidile que le permitió bajar un rato. Además, no le conviene saber...

CORNEJÍN. --¿No me conviene saber qué?

GAOS. --Que si no recitas ahora tu poema nos iremos prestamente al cielo y te quedarás sin auditorio.

CORNEJÍN. --De acuerdo, de acuerdo; no se esponjen, muchachos. Ahí va. Comienzo con el epígrafe, en donde cito, parafraseándolos, unos muy logrados versos de Quevedo:

DE CASA A LA BIBLIOTECA Y DE LA BIBLIOTECA A CASA

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con muchos y muy doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.
Parnaso español, CXV*

**Vivo en Samperio, y por Herrera
llego a la calle en donde un puente se levanta;
su rostro argento mira y espera
a este peatón que ante su porte se agiganta.**

**La plaza España cruzo gustoso
(aquella plaza que está enfrente del loquero),
y veo a un loco no peligroso
a quien libró bajo caución su carcelero.**

**Tomo Entre Ríos a paso firme;
doblo en Alsina y ya se ve la del Congreso.
Entro gustoso: vuelta a exprimirme
como si fuese una naranja mi buen seso.**

**Libros de Russell, Freud, Juan Jacobo;
libros delgados, gruesos, arduos, placenteros...
tientan mi apeto de lector lobo
que a todos muerde aunque no a todos trague enteros.**

**Y si un cordero por mí anhelado
no forma parte de los de este pastizal,
tomo mi bolso y salgo apurado
a degustarlo en tierras de la Nacional.**

**Allí se cuentan ya por millones
los ejemplares que se pueden consultar.
Tiene uno a mano tantas opciones
que con frecuencia yo no sé por do empezar.**

**"¡Eso no es vida! --me gritan todos--.
¡Siempre encerrado con amigos de papel!"
¡Seguid de largo, tristes beodos!
¡Yo me emborracho con cultura, vos con hiel!**

**Finos licores que no empalagan,
tiernos corderos que me saben a saber...
¡Tomen y coman, que si se embriagan
no habrá resaca sino un dulce amanecer!**

CAMPOAMOR. --Formalmente, perfecto.

CORNEJÍN. --¿E informalmente?

GAOS. --Vámonos ya, don Ramón, no hay tiempo para más críticas literarias.

CAMPOAMOR. --Ufa, está bien.

CORNEJÍN. --¿Por qué "ufa"? ¿No quiere volver al cielo?

CAMPOAMOR. --No es eso, muchacho. Es que te tomé cariño. Eres como el hijo que siempre soñé y nunca tuve... ¿No quieres venir conmigo?

CORNEJÍN. --No, no se moleste...

CAMPOAMOR. --¡Si no es molestia, hombre! Lo que allí sobra es lugar, y bien sabes lo que dice el refrán: donde suben dos, suben tres.

GAOS. --Un momento, señor Campoamor. ¿Está usted autorizado a decidir en estas magnas cuestiones?

CAMPOAMOR. --¡Qué autorizado ni autorizado, si con el Quía somos como culo y calzoncillo!

GAOS. --Insisto: debería usted tener una orden firmada.

CAMPOAMOR. --¡Burócrata!

CORNEJÍN. --No se peleen por mí, señores; al cabo que no quiero ir (por ahora). Todavía tengo unos cuantos asuntos que terminar aquí abajo.

CAMPOAMOR. --Si esa es tu voluntad, y siendo que es libre --a pesar de lo que tú creas-- para decidir lo que quieres hacer, quédate aquí entonces. Pero arrímate a tu campamento, que me late que en estas espesuras hay miríadas de jaguares esperando que yo me vaya para comerte vivo.

CORNEJÍN. --Lo dudo, pero por si acaso vayansé, que a poco va a caer la noche y no he traído mi linterna.

GAOS. --Adiós, Cornelio, que la dicha te acompañe. Y no te olvides nunca de azucar en tiempo y forma a ese misterioso deseo que nos lleva a convertir la vida en palabras.

CORNEJÍN. --Y usted no se olvide nunca, don Vicente, de lo que ha dicho en favor del ritmo y de la rima.

CAMPOAMOR. --Adiós, querido amigo. ¡Cómo voy a extrañar nuestros contrapuntos! ¡Allí arriba nadie discrepa con nadie!

CORNEJÍN. --Vaya con Dios, don Ramón.

CAMPOAMOR. --Eso hago, ¿no lo ves?

CORNEJÍN. --Está usted... ¡levitando! ¡Y usted también, don Vicente!

CAMPOAMOR. --¿Y qué suponías, que vendría un vuelo charter a buscarnos? ¡A ver si así te convences de lo de la resurrección de la carne y de los demás dogmas de la Santa Iglesia!

CORNEJÍN. --En eso va usted errado, mi querido Campoamor.

Una sola demostración --dice Denis Diderot desde el apartado L de sus *Pensamientos filosóficos*--, **una sola demostración me afecta más que cincuenta hechos. Gracias a la extrema confianza que tengo en mi razón, mi fe no está a merced del primer saltimbanqui. Pontífice de Mahoma, endereza a los cojos, concede la palabra a los mudos, devuelve la vista a los ciegos, cura a los paralíticos, resucita a los muertos, restituye incluso a los lisiados los miembros que les faltan, milagro que aún no se ha intentado, y ante tu asombro mi fe no será conmovida en absoluto. ¿Quieres que sea tu prosélito? Abandona todos esos privilegios y razonemos. Estoy más seguro de mi juicio que de mis ojos.**

Si la religión que me anuncias es verdadera, su verdad puede ser puesta en evidencia y demostrarse por razones invencibles. Encuentra esas razones. ¿Por qué importunarme con prodigios cuando no tienes necesidad para abatirme sino de un silogismo? ¡Entonces! ¿Te será más fácil enderezar a un cojo que iluminarme?

CAMPOAMOR. --Terco eres, amigo Cornelio. Pero despreocúpate: igual le hablaré bien de ti, pese a tus herejías.

CORNEJÍN. --Dios lo oiga, don Ramón. ¡Hasta siempre!

Notas

1. (Nota añadida el 11/8/3.) Quienes sí parecen entenderlo son los hindúes, según se desprende del siguiente pasaje tomado de uno de sus textos sagrados: "Aquello que está en la tierra pero no es diferente de la tierra, que la tierra no conoce, que tiene a la tierra por cuerpo y la rige desde adentro: eso es tu Alma, el Regente Interior, el Inmortal. Aquello que está en el agua pero es diferente del agua, que el agua no conoce, que tiene al agua por cuerpo y la rige desde adentro: eso es tu Alma, el Regente Interior, el Inmortal. Aquello que está en el fuego pero es diferente del fuego, que el fuego no conoce, que tiene al fuego por cuerpo y la rige desde adentro: eso es tu Alma, el Regente Interior, el Inmortal" (*Brihad-áranyaka Upanishad*, 3.7.1-23, citado por Geoffrey Parrinder en *La sabiduría del bosque*, XVI). Y también el taoísmo sería panenteísta: "Tao no es la Naturaleza, por cuanto puede ayudarla, sino que es, más bien, una fuerza creadora, indeterminada e indeterminable, pero que se encuentra en el principio de todos los fenómenos" (Juan Marín, *Lao Tszé*, p. 29).

2. (Nota añadida el 3/1/9.) Ciertamente que la Iglesia tenía mucho que condenar de lo dicho por este pensador. Como muestra citaré un trozo de la crítica que una revista ultracatólica tributó a don Ramón en ocasión de la publicación de una de sus obras: "... Prescindiendo de los errores políticos y filosóficos (que no nos incumbe examinar), la llamada *Filosofía de las leyes* contiene proposiciones contrarias a la doctrina católica, erróneas o inductivas a error, falsas, inmorales y ofensivas e injuriosas a nuestra religión y a sus santas instituciones; por todo lo cual es libro cuya circulación debe impedirse [...] por el peligro de que beban el veneno de la mala doctrina esa turba de jovenzuelos ignorantes e infatuados que [...] reciben con idolátrica veneración cuanto le place dogmatizar al primer escritor advenedizo que halaga las pasiones y fomenta el orgullo desmedido de la generación actual". "Para fallar en cuestiones delicadísimas de teología, filosofía y jurisprudencia es necesario estudiar antes a fondo estas facultades: el que no las ha saludado [...], es juez incompetente y debe callar por su honor propio. Haciéndolo así no se dirían, acaso sin saberlo, tan enormes dislates" (revista *La Censura*, Madrid, junio de 1846, número 24, pp. 187 a 189).

2'. (Nota añadida el 17/7/9.) "El contentarse con la fe llamada implícita [...]; el atenerse al «creo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia», apartándose de examinar lo que la Iglesia enseña y cree, por flojera o más bien por temor de ver que no hay tal fe, eso es la más grande de las mentiras" (Miguel de Unamuno, "¿Qué es verdad?", ensayo publicado en marzo de 1906 en *La España Moderna*, año 18, número 207).

3. (Nota añadida el 26/5/3.) El jurisconsulto alemán Karl David Roeder publicó en 1846 un ensayo titulado "Fundamento jurídico de la pena correccional". Allí se leen cosas como ésta: "La *coacción física mediata*, el temor a la pena, obra en la prevención de los delitos mucho menos de lo que algunos suponen, y menos todavía cuando no se aviva el sentido moral. Todo lo más a que puede aspirar una legislación fundada en amenazas penales, es a servir de protección y ayuda a una voluntad débil, pero de modo alguno a la voluntad ya corrompida. [...] El temor a la pena será siempre remedio incompleto y débil paliativo de delitos futuros, y en vano se contará con él en la mayoría de los casos" (incluido en sus *Estudios sobre derecho penal y sistemas penitenciarios*, p. 148). Ese mismo año publicó Campoamor su memorable *Filosofía de las leyes*; resulta para mí evidente la influencia que nuestro poeta recibiera de éste o de algún otro escrito de Roeder, a pesar de que la doctrina correccionalista de derecho penal que Roeder defendía se oponía directamente a la doctrina absolutista o expiatoria, que era la que la Iglesia Católica consideraba (¿y aún considera?) más compatible con el cristianismo. Fue un mal católico Campoamor en este punto (como en tantos otros), y estoy persuadido de que coincidía con el gran Roeder cuando éste

consideraba el concepto de la pena-mal como "torcido y desdichado" por responder "al mal con el mal y con la injusticia a la injusticia", profetizando que algún día "concluirá ese derecho penal enmohecido, propio de una edad bárbara, y amanecerá el día de instituciones saludables y verdaderamente humanas en esta esfera, que correspondan a la civilización actual" (*Las doctrinas fundamentales reinantes sobre el delito y la pena*, citado por Manuel de Rivacoba en *Krausismo y Derecho*, pp. 167-8).

4. (*Nota añadida el 18/4/3.*) Campoamor me había dicho que "aunque la sociedad no tuviese ningún código penal, se cometerían pocos más crímenes que los que se cometen". Esta es la verdadera opinión del poeta, puesto que coincide textualmente con lo expresado en su *Filosofía de las leyes* (tomo II de sus "Obras completas", p. 234). Debo admitir, por lo tanto, que aquí me falló la memoria y que nada me habló don Ramón de situaciones caóticas derivadas de la carencia de punición gubernamental.

5. (*Nota añadida el 28/2/4.*) Aquí va otra de Schopenhauer en alusión a su mayor enemigo filosófico: "Nada es más fácil que escribir de manera que no haya quien lo entienda, al igual que nada es más difícil que expresar pensamientos de peso de modo tal que nadie pueda decir que no los entiende. Lo ininteligible está emparentado con la carencia de inteligencia y, en todo caso, es infinitamente más probable que esconda una mistificación que un pensamiento muy profundo" (*Paralipomena*, parágrafo 283). Más claro y más certero, imposible.

6. (*Nota añadida el 22/7/3.*) Un famoso crítico italiano, Francesco de Sanctis, coincide con Campoamor en haber nacido en el mismo año... y en despreciar olímpicamente la filosofía hegeliana: "¿Queréis idiotizar a un joven, volverlo inepto para pensar? Ponedle en las manos un libro de Hegel. Y cuando lea que el ser es la nada, que lo infinito es lo finito, que lo General es lo particular, que la historia es un silogismo, terminará yendo al manicomio..." (Francesco de Sanctis, *Ensayos críticos*, p. 21). Y ahora, siendo el día 2/10/5, me permito agregar la siempre criteriosa opinión del conde Tolstoi, que no por nada era gran admirador de Schopenhauer: "Hubo un tiempo en que los doctores hegelianos enseñaban solamente a la muchedumbre; en el que la muchedumbre creía ciegamente en todo lo que el hegelianismo decía [...]. Pero llegó un momento en que se gastó la teoría; [...] y la multitud, dirigiendo una mirada a los santuarios misteriosos de los sacrificadores, se percató de que allí sólo había palabras muy oscuras y muy absurdas" (*El destino de la ciencia y del arte*, cap. I).

7. (*Nota añadida el 1/5/3.*) Según una nota publicada en la revista del diario *La Nación* del 20/4/3, el banco del Vaticano cuenta con reservas "estimadas en unos 11.000 millones de dólares". Y esta es la cifra oficial; quién sabe si los verdaderos fondos no duplican esa suma. ¿Qué pensaría Jesús si se enterase de que, para gloria suya, se acumulan semejantes capitales?

En la foto de tapa de esa misma revista pueden observarse algunas prendas de la vestimenta oficial del Sumo Pontífice, entre las que destacan varios pares de pantuflas barrocammente afiligranados en oro; hay uno, incluso, que muestra en su superficie ¡incrustaciones de piedras preciosas! ¿Dónde quedaron las sandalias del pescador? Esto ya no es ostentación: es una simple y clara tomadura de pelo. Es reírse a carcajadas de la humildad y la simplicidad recomendada por el Evangelio.

Mi hermano Gustavo, ateo recalcitrante, al ver esa postal sintió deseos de besar los pies de Su Santidad... y arrancarle a dentelladas todo el ornato que le cupiere dentro del buche.

8. (*Nota añadida el 4/10/5.*) Aquí va el descargo sublimemente contrito de Tolstoi: "... Pero, se me objetará, si cree usted que no hay vida prudente fuera del cumplimiento de la doctrina cristiana, ¿por qué no la cumple usted? Yo contesto: Soy culpable, y merezco que me desprecien. Pero añado, no tanto para justificarme como para explicar mi inconsecuencia: Comparad mi vida anterior con la de hoy y veréis que trato de vivir según la ley de Dios. No he hecho ni una milésima parte de lo que hay que hacer, y me siento confuso por ello; pero he dejado de hacerlo, no porque haya querido, sino porque no he podido. Enseñadme cómo puedo sustraerme de las tentaciones que me rodean, auxiliadme, y cumpliré los mandamientos". "Acusadme si queréis. Yo mismo me acuso; pero no abominéis del camino que sigo, y que indico a los que me preguntan por el camino

recto". "Si conozco el camino que conduce a mi casa, y lo sigo tambaleándome como un hombre ebrio, ¿quiere decir esto que el camino sea malo? Indicadme otro, o sostenedme por el verdadero, como yo estoy dispuesto a sosteneros. Pero no me rechacéis, no os regocijéis al ver mi falta, no gritéis con alegría: «¡Mirad, dice que va a su casa y cae en el lodazal!» ¡No, no os alegréis, ayudadme y sostenedme!" "Auxiliadme; mi corazón se desgarró al pensar que todos estamos extraviados, y cuando yo realizo cuantos esfuerzos puedo para salir de tal situación, vosotros, a cada uno de mis tropiezos, en vez de sentir compasión, me señaláis con el dedo, gritando: «¡Ved, cae en el mismo lodazal que nosotros!» He aquí cómo entiendo la doctrina cristiana y el modo de seguirla. Hago cuanto puedo para lograrlo, y a cada falta, no sólo me arrepiento, sino que pido ayuda para repararla, y veo con alegría que hay quienes siguen el mismo camino que yo, y de quienes escucho los consejos" (párrafos finales de su libro *Placeres crueles*).

9. (*Nota añadida el 29/11/2.*) Ramón de Campoamor murió el 12 de febrero de 1901; diez días después, el 22 de febrero, la Iglesia Ortodoxa rusa emitió el decreto oficial de excomunión, el cual fue colocado en las puertas de todas las iglesias del país. Si estos dos hechos, tan aproximados cronológicamente, poseen o no conexión causal, júzguelo el lector y no yo, que ya no sé qué pensar. Para quien esté interesado en el asunto, citaré a continuación la parte más sobresaliente de aquel documento: "Dios ha permitido que en nuestros días aparezca un nuevo falso doctor, el conde León Tolstoi. Escritor de reputación mundial, ruso de nacimiento, ortodoxo por el bautismo y la educación, el conde Tolstoi, engañado por su orgullo, se ha levantado con insolencia y audacia contra Dios, contra Cristo y contra su santa herencia. Abiertamente y delante de todos, ha renegado de la madre que lo alimentó y educó: la Iglesia ortodoxa, y ha consagrado su actividad literaria y el talento que Dios le ha dado a esparcir entre el pueblo las doctrinas contrarias a Cristo y a la Iglesia, y a destruir, tanto en el espíritu como el corazón de esas gentes, la fe de sus padres, la fe ortodoxa que consolida al universo, en la que han vivido y logrado su salvación nuestros antepasados, y gracias a la cual la Santa Rusia se ha mantenido fuerte hasta hoy. En sus obras y en sus cartas, [...] predica con el ardor de un fanático la abolición de todos los dogmas de la Iglesia ortodoxa y la esencia misma de la fe cristiana; niega al Dios vivo y personal glorificado en la Santa Trinidad, Creador y Providencia del universo; impugna a Nuestro Señor Jesucristo, Dios hombre, Redentor y Salvador del mundo [...]; impugna la Inmaculada Concepción en la humanidad de Cristo Señor, lo mismo que la virginidad antes y después de la Natividad de María, madre de Dios, muy pura y siempre virgen; no admite ni la vida futura ni la recompensa después de la muerte; impugna todos los misterios de la Iglesia así como su acción benéfica; e, insultando los artículos más sagrados de la fe del pueblo ortodoxo, no teme burlarse del más grande de los misterios, de la santa Eucaristía... Es por eso que la Iglesia no le reconoce más como uno de sus miembros, y no podrá reconocerlo como uno de ellos hasta tanto no se haya arrepentido y no haya restablecido su comunión con ella". Esta declaración la extraje del tomo III, pp. 176-7, de la monumental biografía de *Tolstoi* escrita por Henri Troyat, quien afirma maliciosamente --y yo me adhiero a su afirmación-- que nuestro entrañable conde "había recibido la excomunión con una sensación de profundo bienestar. Era una medida que lo convertía en mártir con poco esfuerzo".

10. (*Nota añadida el 11/2/2.*) De seguro Campoamor no habría estado de acuerdo con este tipo de más allá; pero un contemporáneo suyo, el alemán Gustav Theodor Fechner, tal vez sí lo habría encomiado. Lo digo en razón de una cita que encontré de él en la p. 110 (nota al pie) del libro *La filosofía en el siglo XIX* de August Messer. La cita, según Messer, proviene del libro de Fechner titulado *Sobre la vida después de la muerte* (1836), y afirma que cuando el cuerpo pierde la vida, las percepciones, "tal como en la vida psíquica humana, renacen y perviven como recuerdos". Esto es lo único que sé respecto de la posición escatológica de Fechner, pues ni el libro antes citado ni ningún otro de este autor (en español) están presentes en las tres grandes bibliotecas porteñas (Nacional, del Congreso y de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires).

11. (*Nota añadida el 23/12/8.*) El mejor abogado que pudo conseguir Nietzsche para dejar bien parado su estilo aforístico fue Jorge Luis Borges: "Algunos ven en el carácter fragmentario de

la obra de Nietzsche una demostración de su incapacidad para componer. A ese motivo (que no es lícito excluir y que no es importante) podemos agregar otro: la vertiginosa riqueza mental de Nietzsche. Riqueza tanto más sorprendente si recordamos que en su casi totalidad versa sobre aquella materia en que los hombres se han mostrado más pobres y menos inventivos: la ética" (*Textos recobrados (1931-1955)*, p. 181).

12. (*Nota añadida el 21/7/5.*) Según Donald Spoto (*Francisco de Asís*, cap. 13), a finales de 1221 el propio Francisco redactó una regla que ha llegado a nuestros días como la Regla no bulada y en la cual figura el siguiente artículo: "Guárdense los hermanos, dondequiera que estén, en eremitorios o en otros lugares, de apropiarse ningún lugar ni de defenderlo contra nadie". ¿Cómo es posible el colectivismo bajo estos términos?

13. (*Nota añadida el 7/8/3.*) ¡Y por un judío, este libro fue escrito por un judío! Ahora me vengo a enterar, para mi sorpresa, de que Max Scheler era "hijo de una familia judía que en su adolescencia, a los catorce años, se hizo bautizar como católico por la influencia de un sacerdote que enseñaba en el colegio al que él asistía" (Oscar Caeiro, prólogo a *Muerte supervivencia* de Scheler).

Me vienen a la mente aquellas palabras que, medio en broma, pronunciara Daniel Halévy: "Si no tuviera sangre judía en las venas, yo sería antisemita".

14. (*Nota añadida el 22/5/3.*) La idea de que el amor obstaculiza el normal desenvolvimiento del intelecto la expuso Jules Renard en su *Diario* en forma de aforismo: "El amor mata la inteligencia. El cerebro y el corazón forman una clepsidra. Se llena el uno para vaciarse el otro". Quien desee ver refutado este aserto no tiene más que abrir no el diario de Renard sino el mío propio en la entrada correspondiente al 20/7/97, en donde figura el complemento de una explicación esbozada el 6/1/96.

15. (*Nota añadida el 24/8/5.*) Otro que acertó en la interpretación fue Tolstoi: "Para vivir honradamente hay que luchar siempre, extraviarse, debatirse, detenerse, lanzarse de nuevo, luego detenerse otra vez, y batallar eternamente para reconquistar lo que se ha perdido. La tranquilidad es una deshonestidad del alma" (carta a la condesa Alejandra Tolstoi, octubre de 1857, citada por Francois Porché en *Tolstoi*, cap. X).

16. (*Nota añadida el 17/2/9.*) El tema de la injerencia de los deseos y los sentimientos en el campo del conocimiento es analizado con mayor rigorismo en las entradas de mi diario correspondientes al 23 y 25/7/8, en donde se ofrece un punto de vista que difiere notablemente de lo que aquí se vislumbra.

17. (*Nota añadida el 30/6/3.*) Otro Premio Nobel de medicina y fisiología, el histólogo español Santiago Ramón y Cajal, coincide con Carrel en esta cuestión: " Los potentados que educan a sus hijos en los vicios elegantes, o en la suavidades del dulce *far niente*, trabajan inconscientes por la degeneración de su raza. Al modo de los monstruosos reptiles de la época secundaria, la descendencia de los millonarios está destinada a tener por cerebro una simple y menguada prolongación de la médula espinal, a menos que la esposa no aporte la compensación mental indispensable. El ocio, tolerado criminalmente por el Estado, suele sufrir sanción irremisible en la Naturaleza" (*Charlas de café*, cap. VIII).

18. (*Nota añadida el 14/6/3.*) Dice al respecto el número uno de nuestros humoristas gráficos: "Nunca entendí por qué hay que levantarse tan temprano para ir a la escuela. Yo tengo la teoría de que los movimientos revolucionarios latinoamericanos empezaron por eso: porque obligaban a los chicos a levantarse temprano. Te queda un rencor de ahí en más hacia la sociedad, que decís: «Acá hay que cambiar algo»" (Roberto Fontanarrosa, p. 39 de la revista del diario *Clarín* del 20/2/0). ¡Juicio y castigo a los despertadores!

19. (*Nota añadida el 24/3/6.*) Ya que andamos criticando a la democracia, me permito citar a Henri Amiel: "El gobierno democrático postula que casi la totalidad de los electores son ilustrados,

libres, honrados y patriotas. Pues bien, esto es una quimera. La mayoría está compuesta necesariamente de los más ignorantes, de los más pobres y de los menos capaces; de donde se infiere que el Estado se encuentra a merced del azar y de las pasiones, y acaba siempre por sucumbir en alguna ocasión a las condiciones temerarias a que se ha sometido su existencia. El que se condenase a vivir en pie sobre una cuerda tendida, caería irremisiblemente; no es preciso ser profeta para predecir este resultado (*Diario íntimo*, 20 de marzo de 1865).

Hoy, que se cumplen treinta años del golpe de estado más antidemocrático y sanguinario de la historia de nuestro país, yo predigo lo mismo: la democracia caerá. O más que una predicción, es una expresión de deseo: *quiero* que caiga, toda vez que siga utilizándose como fachada del capitalismo.

20. (*Nota añadida el 18/6/3.*) El ejemplo de la precognición o adivinación no estuvo muy bien elegido como ilustración de la posibilidad de la existencia de causas posteriores a los efectos que ellas mismas provocan. Mejor sería, en este sentido, tomar el caso de una piedra que algún parapsicólogo del siglo XXV retrotrajo hasta esta época y con la cual tropezó un desprevenido transeúnte. La causa del tropiezo es la aparición de dicha piedra, y la causa de la aparición de la piedra es el proceso neuro-metafísico iniciado en el cerebro del parapsicólogo. La causación futura es aquí total y manifiesta, sin transigir con la causalidad ortodoxa como en el caso de la precognición.

Vemos así que "el materialismo más cerrado" sí que es incompatible con este tipo de parapsicología.

21. (*Nota añadida el 25/7/5.*) "Yo soy el Capital, el rey del mundo. Yo soy escoltado por la mentira, la envidia, la avaricia, el embrollo y el crimen. Yo llevo la desunión a la familia y la guerra a la ciudad. Por doquiera que paso siembro el odio, la desesperación, la miseria y las enfermedades. Yo soy el Dios implacable. Me complazco en medio de las discordias y los sufrimientos. Yo martirizo a los asalariados, y no perdono los capitalistas, mis elegidos. El asalariado no puede sustraerse a mi poder: si por huir de mí atraviesa las montañas, me encuentra al otro lado de ellas; si franquea los mares, yo le aguardo en la orilla donde desembarque. El asalariado es mi prisionero; y la tierra, su prisión. Yo lleno a los capitalistas de un bienestar pesado, estúpido y rico en enfermedades. Yo castro corporal e intelectualmente a mis elegidos: su raza se extingue en la imbecilidad y la impotencia. Yo colmo a los capitalistas de todo lo que puede desearse y los privo de todo deseo. Yo inundo sus mesas de bocados apetitosos y suprimo el apetito. Yo proveo sus lechos de mujeres jóvenes y duchas en caricias, y emboto sus sentidos. Todo el universo les cansa, aburre y fastidia; su vida es un bostezo" (Paul Lafargue, *El derecho a la pereza* (1883), pp. 228 a 30).

22. (*Nota añadida el 18/6/3.*) Muchos han acusado a Carrel de simpatizar con los alemanes durante la ocupación francesa; otros, como el doctor Robert Soupault, niegan esta versión ("a Carrel no le gustaban los alemanes, no era de aquellos que se dejan seducir por ciertos rasgos del alma alemana", p. 416 de *Alexis Carrel*). A mí no me consta que Carrel haya traicionado a sus compatriotas, pero esto de ejecutar a los borrachos y de negarles auxilio a los débiles y a los defectuosos... es digno del más impiadoso edicto policial del nazismo.

23. (*Nota añadida el 24/8/5.*) El conde Tolstoi opinaba parecidamente al Cusano en este punto: "Dios es Dios --decía-- precisamente porque no puedo figurarme su ser entero. Por lo demás, no es un ser. Dios es ley y potencia" (entrada de su *Diario* correspondiente al día 1º de febrero de 1860, citado por Francois Porché en *Tolstoi*, cap. X).

24. (*Nota añadida el 4/1/2.*) Esta crítica es a todas luces injustificada. Es cierto que Bernard nunca nombra a la inducción, pero al decir que todo se fundamenta, que todo comienza con la observación de los fenómenos, la existencia del razonamiento inductivo queda sobrentendida. Perdón por el arrebató, Claudio.

25. (*Nota añadida el 18/6/3.*) Parece ser que Bernard heredó su notoria impiedad --al menos en parte-- de su maestro Francois Magendie, uno de los fundadores de la fisiología experimental.

Este fisiólogo, según Jesús Mosterín, "era un vivisector entusiasta y desorganizado. Daba sus clases a base de rajar y descuartizar animales vivos (cachorros de perro) sin parar y sin el más mínimo empacho. Tuvo una poco envidiable fama de sádico" (*¡Vivan los animales!*, p. 233). A la muerte de Magendie (1855), Bernard lo sucedió en la cátedra de fisiología del Colegio de Francia. "Miles de perros abandonados --cuenta Mosterín-- era llevados a su laboratorio, donde eran sometidos sin anestesia a experimentos a veces terriblemente dolorosos. No todos estaban convencidos de su necesidad. Su ayudante George Hoggan escribió que la mayoría eran innecesarios y no estaban justificados" (*idem*, p. 234). La inescrupulosidad de Bernard fue tal que "en un momento en que se encontraba sin «material» a mano, llegó a viviseccionar al perro de su hija. Sus hijas y su mujer odiaban sus experimentos, que denunciaron repetidamente, y se compadecían de los animales. Su mujer acabó separándose de él en 1869 y sus hijas, como reparación a las barbaridades de su padre con los perros de laboratorio, contribuyeron con mucho dinero a las sociedades antiviviseccionistas". Por último, citaré una anécdota entre divertida e indignante ocurrida ese día que "tuvo la mala suerte de que un perro en medio del experimento, se le escapó con la cánula acusadora del fisiólogo en el vientre. Bernard fue citado el mismo día a la policía. Interrogado si era el que había colocado aquel instrumento en el estómago del animal, supo, no sin sorpresa, que el perro que él había comprado de un vendedor ocasional, pertenecía al comisario de la policía. Afortunadamente, el comisario era un hombre comprensivo. Bernard retiró la cánula del estómago del perro y éste quedó en pocos días perfectamente curado" ("Claude Bernard: Historia de un espíritu", ensayo escrito por Desiderio Papp y publicado en el número 419 de la revista *Atenea* de Santiago de Chile, editorial Universitaria, enero-marzo de 1968, p. 196). Algunos fisiólogos de aquella época --comenta Papp en esa misma página-- "jamás practicaban la vivisección en un mamífero; como Johannes Müller, el gran maestro de la fisiología alemana que prefirió renunciar a la investigación fisiológica al convencerse de que los progresos exigirían la experimentación vivisectoria". Aplaudo a rabiar a este científico que comprendió muy bien lo que Bernard nunca comprendería: que el verdadero mal de este mundo está en la carencia de compasión y no en el deficiente conocimiento de nuestras funciones orgánicas.

26. (*Nota añadida el 11/2/2.*) Curioseando sobre el pensamiento de mi amigo Fechner, descubrí que él, junto con su compatriota Ernst Heinrich Weber, enunciaron un principio clave de la psicofísica de su tiempo, la llamada ley de Weber-Fechner (1850), la que afirma que "la sensación experimentada por un organismo frente a un estímulo es proporcional al logaritmo de la intensidad del estímulo que la provoca". No estamos hablando exactamente de lo mismo, pero mi curva es tan parecida a la curva que sugiere esta ley (ley que no conocía cuando la tracé) que no me parece descabellado establecer este paralelismo como semiplena prueba de que mi postulado (que de por sí es imposible de demostrar empíricamente) tiene algún viso de certidumbre, y esto aunque la dicha ley no haya resultado, a fin de cuentas, tan exacta como lo suponían sus creadores.

27. (*Nota añadida el 20/3/8.*) Hablando con mayor propiedad, éstos no son bienes sino valores éticos. Los bienes son cosas valiosas, cosas que poseen algún tipo de valor. Agradezco a Max Scheler, que me ha hecho notar este distinguo a través de su *Ética*.

28. (*Nota añadida del 25/9/7.*) Immanuel Kant, el afamado pensador de Königsberg, coincide con Macedonio en considerar a la salud como un bien eudemónico dudoso: "¿No ha sucedido muchas veces que la flaqueza del cuerpo ha evitado caer en excesos que se hubieran cometido de tener una salud perfecta?" (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, cap. 2, p. 68).

29. (*Nota añadida del 25/9/7.*) Kant es más pesimista todavía: "Nadie es capaz de determinar, por un principio, con plena certeza, qué sea lo que lo haría verdaderamente feliz, porque para tal determinación fuera indispensable tener omnisciencia"; y "no es posible [...] un imperativo que mande en sentido estricto realizar lo que nos haga felices, porque la felicidad no es un ideal de la razón, sino de la imaginación, que descansan meros argumentos empíricos" (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, cap. 2, p. 68).

30. (*Nota añadida el 7/12/3.*) Hubo muchos pensadores filosóficos que, al igual que

Macedonio, entendieron que la vida de los hombres, estadísticamente hablando, tiende a equilibrar los dolores y placeres percibidos por cada quien sin importar su condición económica, su salud, belleza, etc. Sin embargo, ninguno propuso una explicación tan convincente acerca del porqué de estas compensaciones como la que da el argentino Alberto Fresina en *Las leyes del psiquismo*. Es éste un libro que ha pasado desapercibido incluso en su país de origen, así que me veo casi en la obligación de publicitar íntegra su teoría. Vayan entonces aquí las seis primeras secciones del capítulo 5 de esta obra, en donde además se sugiere qué camino eudemonológico adoptar para intentar quebrar --hasta donde sea posible-- tal compensación y procurar un superávit de placer:

"1. Substrato neurofisiológico del placer y displacer

"Aunque el sistema nervioso central es bastante complicado como para delimitar en él la base de determinadas funciones psicológicas, encontramos en la neurofisiología un dato que es de gran importancia. Esto es la existencia, en la base del cerebro, de áreas neuronales que al entrar en actividad producen como efecto vivencial estados placenteros o displacenteros. En pacientes eventualmente sometidos a intervenciones quirúrgicas, que se ofrecen para la prueba, se observa que la aplicación de estímulos eléctricos (de muy baja intensidad) en determinadas áreas de la base del cerebro (sistema límbico) tiene como efecto estados placenteros o displacenteros en el sujeto según la zona estimulada. Tales efectos vivenciales se repiten cada vez que el estímulo se presenta con la misma intensidad y en la misma zona. Por lo tanto, a diferencia de otras funciones psicológicas, la actividad neuronal responsable de las vivencias placenteras o displacenteras parece ser localizada.

"Esto es factible de ser así, puesto que no se trata de las complejas funciones superiores de la corteza cerebral, en donde en general se hace arbitrario hablar de localizaciones, sino de las reacciones anímicas básicas, compartidas por los diversos animales, y cuya base neurofisiológica parece encontrarse en las zonas más arcaicas o primitivas del sistema nervioso, en las cuales sí habría cierta tendencia a la localización de funciones.

" En otros experimentos con animales se habría logrado localizar, inclusive, núcleos neuronales particulares responsables de las necesidades más primarias, o sea, núcleos neuronales localizados que al entrar en actividad producirían hambre, sed, etc. Por ejemplo, al estimular con cierta continuidad en el «núcleo del hambre», el animal no para de comer y engordar rápidamente, a diferencia de otros animales de igual camada que se hallan en condiciones normales. Luego, si se impide la actividad a ese núcleo del hambre, el organismo pierde todo interés por el alimento. También, en similares experimentos se comprueban claras reacciones displacenteras o placenteras en el animal según la zona estimulada, lo cual se observa en las manifestaciones externas que evidencian uno u otro estado anímico.

"Estos datos no son suficientes para creer que las neuronas responsables de las vivencias placenteras o displacenteras tengan una localización muy marcada. Es probable que sólo muestren una tendencia a la localización, distribuyéndose en áreas difusamente diferenciadas. De todas formas, tomaremos como hipótesis de trabajo lo que estos datos nos sugieren, y en adelante hablaremos, resumidamente o para simplificar, de *neuronas del placer y del displacer*.

"2. El sistema nervioso y la contradicción psicológica básica

"Estamos en condiciones ahora de mirar la contradicción básica desde un plano diferente. La lucha, en rigor, se plantearía entre la fuerza que tiende a producir la estimulación de las neuronas del placer e inhibir la actividad en las del displacer, contra las fuerzas contrarias, responsables de la estimulación de las neuronas del displacer y de la negación del trabajo en las del placer. Se trata de los respectivos «objetivos» de las fuerzas en lucha, este sería el mecanismo esencial del funcionamiento psíquico. La naturaleza creó una serie de complejos mecanismos neurofisiológicos, que en su funcionamiento autónomo se encargan de estimular las neuronas del displacer e inhibir la actividad en las del placer; mientras que las fuerzas neurofisiológicas «legales» a la ley general tienden a producir la estimulación de las neuronas del placer y a negar dicha estimulación en las del displacer.

"Sabemos que las vías fundamentales de entrada al placer están dadas en los núcleos de satisfacción de los impulsos. Por ello, las vías nerviosas estimuladas por los objetos de satisfacción de los impulsos son las únicas que tienen una «afluencia» significativa en las neuronas del placer. Por ejemplo, en la cavidad bucal se encuentran los receptores o terminales nerviosos que son estimulados durante la ingestión del alimento o en el acto de beber. La actividad nerviosa comenzada en la cavidad bucal asciende hasta el cerebro, y según las condiciones tiene vía libre

para terminar desembocando en las neuronas del placer, a las que hará activar.

"Las vías nerviosas de acceso a las neuronas del placer se hacen especialmente restringidas y solamente abiertas a la estimulación nerviosa producida por los objetos adaptativos y en condiciones adaptativas útiles a la vida. Esto no sólo sucedería con las vías nerviosas que ascienden de determinadas zonas del cuerpo. Cuando el objeto de satisfacción es un hecho ocurrido en el plano simbólico o de la abstracción (satisfacción del impulso de curiosidad por ejemplo), se produciría, según las condiciones, un descenso de la actividad nerviosa desde la corteza hasta la base del cerebro, donde se hallaron las «neuronas anímicas».

"Los objetos de satisfacción de los impulsos no sólo produce la estimulación de las neuronas del placer, sino que la vez son las únicas vías que concluyen en la inhibición de la actividad de las neuronas del displacer o necesidad.

"En la contradicción o lucha continuas entre la ley general y las fuerzas contrarias, la actividad de la corteza cerebral que subyace la intencionalidad inteligente se encuentra siempre al servicio de la ley general. Toda la actividad *intencional* del cerebro tiende a lograr los objetos-situaciones que son las vías de entrada a las neuronas del placer, y que a la vez inhiben la actividad de las neuronas de la necesidad o displacer. Sin embargo, por más poderosa que sea la fuerza de la intencionalidad inteligente, nunca puede lograr un triunfo absoluto contra el enemigo, es decir, nunca puede conseguir que se dé sólo placer y se extinga totalmente el displacer. Al respecto cabe la pregunta: ¿qué sucede si alguien sólo tiene motivos de placer y ha logrado suprimir completamente todo los motivos de displacer? Es muy común que los individuos que se aproximan a esas condiciones de vida excepcionalmente favorables presenten cuadros de frecuentes y duraderos estados de displacer, que aparecen sin motivo justificable para el dominio subjetivo, ejemplo: ansiedad, angustia, disconformidad general, etc. Este fenómeno de la ansiedad «sin motivo» ha desconcertado a la psicología y otras ciencias ocupadas del tema, además de desconcertar «más seriamente» al sujeto que la vive.

"3. El sistema de mantenimiento autónomo

"La explicación de este raro fenómeno compensatorio estaría dada por lo que sigue. Una de las leyes más generales de la fisiología, y que es un axioma de dominio popular, nos dice que todo órgano que no funciona con normalidad tiende a atrofiarse o degenerar. Las neuronas no están exentas de esta ley. Por el contrario, son de las más propensas a degenerar por la falta de actividad normal. Por lo tanto, si el sujeto no tiene ningún motivo productor de displacer por mucho tiempo, esto quiere decir que las neuronas del displacer estarían durante todo ese tiempo sin actividad alguna. A causa de ello comenzarían a atrofiarse hasta degenerar. Esto parece un peligro. Pero la naturaleza está siempre «atenta» a tales situaciones. Por eso, existiría en los organismos un sistema o homeostático especial, cuya función sería la de asegurar el buen mantenimiento de la capacidad estructural y funcional de todos los órganos. En aquellos órganos que no hayan tenido un adecuado monto de actividad por estímulos externos o normales, dicho sistema actuaría promoviendo la estimulación autónoma de sus órganos, a fines de su mantenimiento. De tal modo, en el caso que nos ocupa, este sistema sería el responsable de la estimulación autónoma de las neuronas del displacer, a fines del mantenimiento de su buen estado, lo cual tendría efecto en la vivencia, siendo ésta la *ansiedad* o angustia «sin motivo».

"El sistema de mantenimiento autónomo se hallaría generalizado en el organismo, controlando que todos los órganos se encuentren en buenas condiciones. Ejemplo, las contracciones estomacales que se producen cuando el organismo lleva mucho tiempo sin ingerir alimento serían controladas por este sistema, que sometería a la musculatura del estómago a su obligatoria «sesión de entrenamiento». Si esa musculatura se mantuviera en reposo absoluto durante los muchos días que el organismo eventualmente puede estar sin comer, quedaría en malas condiciones de rendimiento. El estómago no se encontraría preparado para cuando el animal logra ingerir gran cantidad de alimento. Aquí la digestión supone un estómago en buenas condiciones, y para ello debe entrenarse, entretenerse con contracciones de mantenimiento mientras espera el alimento. También encontramos la presencia del sistema de mantenimiento autónomo en la fase del sueño llamada sueño paradójico (momento en el que se vivencian los sueños), caracterizada por una actividad eléctrica del cerebro similar a la de vigilia, y que cumpliría la función de impedir que sea muy prolongado el reposo de la formación reticular y demás áreas del sistema nervioso central que se hallan prácticamente sin actividad durante el sueño profundo.

"Habría más para decir sobre el sistema de mantenimiento autónomo, pero significaría un

viraje hacia la fisiología general [...]. Lo que nos interesa aquí es que en el caso visto más arriba, de aquel que no tiene motivos de displacer, este sistema sería el responsable de la estimulación forzosa de las neuronas correspondientes, a fines del mantenimiento de su buen estado, lo que tendría como efecto aquella «ansiedad autónoma» en la vivencia.

"Es evidente que esa no sería la única causa de la ansiedad. Pero sí lo sería en los casos como en el ejemplo visto, dado que si un sujeto logra evitar todo motivo de displacer, ejemplo: come ante el menor indicio de hambre, bebe sin sentir sed, descansa sin cansarse antes, no tiene motivos de preocupación o temor, y así con todas las necesidades, las neuronas responsables de producir con su actividad: hambre, sed, cansancio, temor, no pueden estar mucho tiempo sin trabajo. Por tanto, llegará un momento en que el sistema de mantenimiento autónomo provocará la actividad conjunta de todas esas neuronas, dando forma a la ansiedad (necesidad indiferenciada), o a la angustia (ansiedad intensa matizada con temor).

"Con respecto a las neuronas del placer, ocurría algo parecido. Cuando alguien se encuentra en una situación muy problemática que le lleva vivir tres o cuatro días seguidos de continuo displacer, llegará un momento en que las neuronas del placer ya no «soportarán» la situación de un reposo tan prolongado y darán comienzo a su «agradable» sesión de entrenamiento. Por su parte, las neuronas del displacer, que han tenido una actividad intensa e ininterrumpida, deben pasar a reposo para restablecer sus energías. Es aquí el momento en que el individuo cambia de actitud ante sus dificultades; comienza a ver que todo se aclara y que no es «para tanto»; aparece una sensación reconfortante y de gran tranquilidad, cuando sus problemas siguen siendo objetivamente los mismos, o quizá más graves aún. Una vez que las neuronas del placer cumplieron su sesión de entrenamiento, y cuando las del displacer recuperaron sus energías, estas últimas reinician su dolorosa tarea y vuelve la oscuridad de la situación a la conciencia del sujeto.

"La conclusión que obtenemos por el momento es que los núcleos o áreas neuronales responsables del placer y del displacer tendrían siempre aproximadamente el mismo monto global promedio de actividad, a pesar nuestro. Quizás no sea exactamente constante el promedio de actividad de cada grupo de neuronas; pero debe ser cercano a ello, puesto que un trabajo a «media máquina» produciría una atrofia parcial, y el organismo necesita tener siempre a punto y en buen estado esos órganos nerviosos si pretende sobrevivir.

" Aunque el volumen global promedio de trabajo de cada grupo de neuronas no sea exactamente el mismo, al menos lo sería en relación al efecto de su mantenimiento estructural y funcional. La prueba de ello es que jamás se deteriora la capacidad de tales centros nerviosos de producir placer o displacer como efecto de su trabajo.

"La situación es bastante curiosa. La intencionalidad o ley general busca que trabajen solamente las neuronas del placer y que no trabajen las del displacer, cuando eso es imposible y una «pérdida de tiempo».

"Este es un aspecto que muestra la contradicción objetiva del psiquismo. Pero es claro que no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sino que profundizaremos en los pormenores de esta situación «psicoabsurda».

"4. La constancia del trabajo neuronal

"Un argumento en contra de la hipótesis sobre la constancia objetiva del promedio de trabajo de aquellas áreas neuronales lo da el hecho de que a veces se viven épocas de felicidad y otras de infelicidad. Tal objeción es importante, ya que la hipótesis de la constancia es que en tres o cuatro días se emparejaría el total de actividad promedio de cada grupo de neuronas. Por tanto, si vivimos dos meses con un cierto bienestar promedio y otros dos meses con malestar promedio, esto contradice la hipótesis de la constancia. Pero hay una respuesta a la objeción, y consiste en la consideración de los factores: intensidad y duración, como componentes de la masa total y constante de trabajo neuronal. Así por ejemplo, si el total del trabajo neuronal tiene una magnitud: 100, su composición puede ser: intensidad 10 – duración 10 ($10 \times 10=100$), o bien intensidad 20 – duración 5, o intensidad 5 - duración 20, etc. En todos los casos el volumen global de trabajo es 100 por igual.

"Tomemos un espacio de tres días en los cuales tendría lugar necesariamente ese total de trabajo de cada grupo de neuronas; o sea, en cualquier «corte» de tres días seguidos que tomemos la cantidad global de trabajo neuronal es la misma. El sistema de mantenimiento autónomo procuraría sólo mantener el monto global promedio, pero no le «interesa» la relación duración-intensidad, puesto que ello no afectaría el resultado del adecuado mantenimiento de las

neuronas. Sin embargo, el efecto vivencial no sería el mismo con una u otra distribución de duración-intensidad de ese trabajo neuronal. Para la vivencia resultaría mejor cuando el monto necesario del trabajo de las neuronas del displacer se reparte en la máxima duración y mínima intensidad. Mientras que en relación al placer sería a la inversa; habría un mejor resultado anímico cuando las neuronas del placer tienen la máxima intensidad y mínima duración consecuente en su actividad.

"Esto parece erróneo, es decir, con una u otra distribución el total evidenciado tendría que ser el mismo también. La explicación de que no sería lo mismo para la vivencia es algo intrincado pero finalmente claro de comprender. En principio, para que aparezca el efecto vivencial hace falta un mínimo de intensidad de la actividad nerviosa que lo haga surgir. En otras palabras, si se estimula una sola neurona, ínfima e invisible, por ejemplo del displacer, no habrá efecto vivencial alguno. Si se estimulan diez o treinta neuronas tampoco habrá efecto vivencial. Si seguimos aumentando el número de neuronas estimuladas, de modo que sumen mil, diez mil, tampoco tendremos efecto. Pero en algún momento el efecto aparecerá, ejemplo arbitrario: el efecto displacentero surgirá cuando las neuronas del displacer estimuladas superan el número de un millón. (En realidad la intensidad no surge sólo de la cantidad de neuronas que trabajan, sino del producto de la cantidad de neuronas más la frecuencia de los impulsos nerviosos de cada una. Pero supongamos constante la frecuencia de los impulsos nerviosos de cada neurona, de modo que la intensidad sólo esté dada por el número de neuronas estimuladas.)

"Tenemos entonces que la actividad de un millón de neuronas solamente sirve para alcanzar el umbral vivencial, pero no tiene ningún efecto. Sólo tiene efecto en la vivencia el trabajo de las neuronas que exceden la cifra de un millón. Ello significa que mientras más tiempo trabajen las neuronas del displacer, será mayor la pérdida del efecto de ese trabajo constante equivalente a un millón de neuronas, siendo poco lo que asome al efecto vivencial en relación a todo lo que se pierde en lo subumbral. En cambio, si la masa global constante del trabajo de las neuronas del displacer se distribuye en la máxima intensidad y mínima duración, será poco lo que se perderá en lo subumbral y la mayoría de ese trabajo pasará al efecto vivencial. Gráficamente:

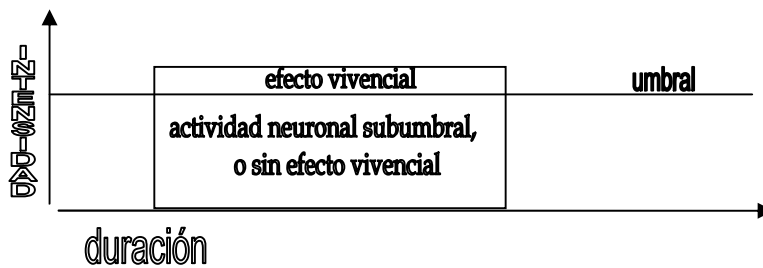


Gráfico 1: actividad de las neuronas del displacer en la máxima duración y mínima intensidad

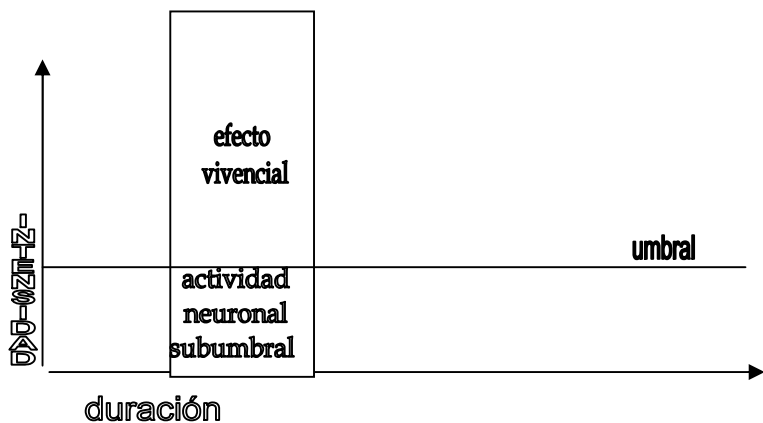


Gráfico 2: actividad de las neuronas del displacer en la máxima intensidad y mínima duración

"En ambos gráficos encontramos la misma masa global de trabajo neuronal, representada por la superficie total de la figura. En el gráfico 1 vemos que el efecto de displacer vivencial es mucho menor que el quantum de displacer vivencial del gráfico 2. Sin embargo, en ambos casos es el mismo total de trabajo neuronal. Toda la diferencia reside en la mayor pérdida, en el primer caso, del trabajo subumbral de un millón de neuronas en cada instante sucesivo. Esto es por el hecho de distribuirse la masa de trabajo en la máxima duración y mínima intensidad.

"En el caso de las neuronas del placer se da la misma situación. Claro que en vez de obtener una barra horizontal que haga perder todo el efecto, deben presentarse numerosas y frecuentes barras verticales altas y finas.

"Veamos una analogía sencilla de otro campo de la realidad, que nos demostrará la universalidad de estas relaciones y nos ayudará a comprender mejor la naturaleza del fenómeno. Supongamos que tenemos un gran camión estacionado y contamos con 30 hombres de la misma fuerza muscular cada uno para empujarlo. El efecto que consideramos es el movimiento del camión y el quantum de su movimiento. Supongamos que el vehículo ofrece una resistencia cuyo poder es equivalente a la fuerza de empuje de 13 hombres. Por tanto, la fuerza de 13 sujetos aplicada al camión sólo sirve para equilibrar la resistencia, pero no es suficiente para provocar el efecto del movimiento. Sin embargo, en esa situación de equilibrio el menor soplo ya lo mueve. Establezcamos que cada uno de los 30 sujetos sólo puede aplicar sus fuerzas máximas durante cinco segundos. Así, la fuerza o energía total con que contamos es la fuerza máxima de 30 hombres aplicada durante cinco segundos.

"Observemos dos formas posibles de distribuir ese total de energía. En la primera prueba dividimos en 2 grupos de 15 cada uno. Hacemos empujar los 5 segundos al primer grupo, y medimos la energía dinámica transmitida al vehículo, como expresión de la cantidad de su movimiento. Hacemos lo mismo con el otro grupo de 15 y volvemos a medir la energía dinámica transmitida, que será la misma. Finalmente sumamos los dos productos parciales y nos dará un producto x como resultado de la primera prueba. Luego, en la segunda prueba hacemos empujar a los 30 juntos durante los 5 segundos. No hay dudas de que la energía dinámica transmitida al camión, en la segunda prueba, será mayor que la suma total de la primera. Esto por lo siguiente: la resistencia del vehículo equivale a la fuerza de 13 hombres. Por ello, en cada uno de los dos intentos parciales de la primera prueba, la fuerza de 13, de los 15 que empujaban, sólo sirve para equilibrar la resistencia, aprovechándose el efecto de la fuerza de 2. Por lo tanto, en el total de la primera prueba se pierde el efecto de la fuerza de 26 hombres en equilibrar la resistencia del camión y solamente se aprovecha el efecto de la fuerza de 4. En cambio en la segunda prueba, al empujar los 30 juntos, sólo se pierde el efecto de 13 sujetos en equilibrar la resistencia, aprovechándose el efecto de los otros 17.

"Vemos entonces que en ambas pruebas se utiliza la misma cantidad de trabajo muscular. Pero en el primer caso su distribución fue: intensidad 15 (hombres) \times duración 10 segundos (dos tandas de 5 segundos) = 150; y en el segundo: intensidad 30 \times duración 5 segundos = 150. Sin embargo, el efecto logrado es muy distinto en uno y otro caso.

"Traduciendo esto a lo que ocurre con el trabajo de las neuronas del placer o displacer en relación al efecto vivencial, encontramos que así como la fuerza de 13 hombres se pierde en equilibrar la resistencia del camión, la energía del millón de neuronas en actividad se pierde sólo en alcanzar el umbral de la vivencia, o bien en equilibrar la resistencia que se opone al efecto vivencial.

"Entonces, si el volumen total de trabajo de las neuronas del displacer es constante en aquellos tres días, será mejor repartirlo todo lo posible, para que la energía del trabajo subumbral equivalente a un millón de neuronas se pierda durante el máximo tiempo posible, y sea poca la proporción que asome como efecto vivencial displacentero. En cambio con respecto a las neuronas del placer, lo mejor es que empujen reiteradamente todas las neuronas juntas para aprovechar al máximo el efecto vivencial, y no haya pérdida subumbral inútil de ese monto de actividad asignado.

"Existen algunas razones para creer que el área ocupada por las neuronas del displacer es mayor que en el caso del placer. En principio, la experiencia subjetiva nos muestra que el placer

casi nunca es más que irrupciones esporádicas y breves, mientras que el displacer suele ser muy duradero y no menos intenso. Luego, según el criterio de adaptación para la sobrevivencia sería más útil que fuera así, de modo que el organismo se vea más obligado a conseguir lo que necesita. Por otro lado, los datos experimentales que proveen los sondeos realizados por la neurofisiología en las distintas áreas del cerebro, parecen demostrar también que sería mayor el área ocupada por los centros neuronales responsables de las vivencias displacenteras. Por último, todos sabemos que ser infeliz es algo de lo más «fácil». Supondremos entonces que las neuronas del displacer son el doble que las del placer. Por ejemplo, si en aquellos tres días seguidos el total de la energía generada por el trabajo de las neuronas del placer es 100, el total en las del displacer es 200. Por supuesto que es una relación arbitraria, pero aceptemos la hipótesis y recordemos que hablamos del trabajo de las neuronas sin tener en cuenta la vivencia.

"En base a esa diferencia de magnitud, podemos suponer que aunque esos 200 de trabajo de las neuronas del displacer se distribuyan en la máxima duración y mínima intensidad, igual asomaría en forma de efecto vivencial displacentero una proporción; es decir, si durante aquel espacio de tres días las neuronas del displacer trabajan con la máxima duración y mínima intensidad, se perdería el efecto de 150 por ejemplo, de ese trabajo, y 50 de displacer es lo que se registraría en total en la vivencia. Luego, si las neuronas del placer, cuyo trabajo total es 100 en esos tres días, se estimulan con la máxima duración y mínima intensidad, prácticamente se perdería todo, sin asomar nada o casi nada al efecto vivencial. Esto porque al ser menos, y al «estirarse» todo ese trabajo en la máxima duración, la intensidad no alcanzaría el efecto vivencial. Por eso, las neuronas del placer deben tener la máxima intensidad y mínima duración de su trabajo. En tal caso, del total de 100 de la energía del trabajo de las neuronas del placer, asomaría a la vivencia, por decir, el efecto de 90, perdiéndose sólo 10. Por su parte, si las neuronas del displacer trabajan con la máxima intensidad posible y la mínima duración consecuente, del total de 200 se «sienten» en la vivencia unos 180 y se pierde el efecto de sólo 20.

"De tal manera, la máxima felicidad objetiva, o sea el trabajo de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración, y las del displacer a la inversa: máxima duración y mínima intensidad, implicaría un producto vivencial total de placer 90 y displacer 50. Pero la máxima infelicidad, que es el hipotético monto invariable del trabajo de las neuronas del placer en la máxima duración y mínima intensidad, y las del displacer en la máxima intensidad y mínima duración, daría un producto vivencial de displacer 180 y placer 0. Obsérvese que esa diferencia abismal entre la máxima felicidad y la peor infelicidad no afectaría en absoluto el hecho de que tanto unas neuronas y otras tengan, cada grupo, la misma masa total de trabajo en cualquier distribución. Ello les permitiría su adecuado mantenimiento estructural y funcional, que es lo que a las neuronas les «interesa». Pero si a ellas les da lo mismo una distribución u otra, para nosotros, que somos los destinatarios del efecto vivencial, es muy distinta una forma de distribución u otra, es la diferencia entre el paraíso y el infierno.

"Si relacionamos esto con la contradicción básica del psiquismo, veremos que aunque sería fatal una resolución absoluta de la lucha, donde uno de los contrarios anule totalmente al otro, puede no obstante haber una resolución relativa de la contradicción. Se trata de una lucha más amplia y abarcativa, donde está en juego el promedio general del dominio en la vivencia. Así, si triunfa la ley general logra como efecto: la felicidad, y negar obviamente la infelicidad. Mientras que el triunfo de las fuerzas contrarias, en ese nivel, significa la afirmación de la infelicidad como efecto y la negación de la felicidad. En otros términos, se da un dominio por medio de una de las fuerzas sobre la otra, sin por ello detenerse la lucha, y las victorias esporádicas del contrario.

"Es probable que el volumen global de trabajo promedio de cada grupo de neuronas no sea exactamente constante. Por ejemplo, la masa total de 100 del trabajo promedio de las neuronas del placer tal vez pueda agrandarse o comprimirse un poco, o sea, quizás pueda variar entre 90 y 110, y no obstante lograrse el adecuado mantenimiento neuronal. Sin embargo, no podría alejarse mucho del promedio. Probablemente nos cueste creer que exista una tendencia homeostática al automantenimiento del promedio de actividad de las neuronas por el hecho de que las miramos desde la manifestación vivencial, que es lo que nos afecta. Pero si olvidamos la vivencia y observamos el cerebro material, focalizando dos grupos de frías neuronas, viéndolas como *células* sometidas a todas las leyes fisiológicas, se hace más aceptable la existencia de un simple mecanismo regulador que tienda a promediar su actividad.

"Aunque el total de trabajo de cada grupo de neuronas puede comprimirse o agrandarse

más de lo que recién suponíamos, sin afectar el buen mantenimiento neuronal, encontraríamos de todos modos un mínimo y un máximo del total de actividad. En el caso de las neuronas del *displacer*, por ejemplo, aunque sea solamente ese mínimo, saldrá en forma de ansiedad, etc., cuando las neuronas del *displacer* han tenido un reposo absoluto. Por ello, aunque fuera más variable el promedio total del trabajo neuronal, sería igualmente válida la consideración de los factores duración-intensidad, al menos como elementos parciales determinantes del mayor o menor placer o *displacer* vivenciales. En tal caso, la «fórmula» para la felicidad objetiva solo tendría un agregado: «para la máxima felicidad objetiva, las neuronas del placer deben trabajar con la mayor intensidad posible y la mínima duración consecuente, a lo que se agregaría que el volumen global, así distribuido, sea el máximo posible; y las neuronas del *displacer* deben trabajar en la máxima duración y mínima intensidad, agregando que la masa de trabajo sea la mínima posible». Por supuesto que sería preferible la posibilidad de una amplia variación del volumen de trabajo neuronal. Pero es bastante más probable que de existir alguna diferencia en la masa total de actividad neuronal, la misma no se alejaría significativamente del promedio. Todo alejamiento del promedio sería acercarse a la degeneración neuronal (cuando se acentúa el reposo), o a la fatiga neuronal y el consumo de las reservas energéticas (cuando tiene lugar la sobreactividad).

"5. La forma de actuar el sistema de mantenimiento autónomo

"El placer o *displacer* «autónomos», como efectos de la actividad neuronal de mantenimiento, casi nunca surgirían por sí mismos, separados de los motivos psicológicos. Lo que sucedería con más frecuencia es que a medida que se aproxima la estimulación autónoma, que responderá al reposo muy prolongado de las neuronas, se van requiriendo estímulos externos o psicológicos internos cada vez más leves para desencadenar el efecto de la actividad neuronal; es decir, los estímulos leves, que en otro momento no tienen efecto, cuando aumenta la proximidad de la estimulación autónoma estarían en condiciones de desencadenar lo que ya viene empujando solo. Esta situación sería comparable a lo que sucede en relación a la causa de la muerte. Si no se presenta ningún motivo desencadenante del deceso, igual llega la muerte natural por ley. Pero a medida que se aproxima ese momento, motivos cada vez más pequeños en poder, que en otros casos no producirían el efecto, aquí lo desencadenan. Por ello, cuando un solo motivo insignificante nos angustia, y ese mismo motivo en otra oportunidad no nos afecta, entonces, la *causa* de aquella angustia no es tanto el motivo, sino que muchas veces sería el eventual estado de las «mareas fisiológicas», que hace necesario el trabajo de las neuronas responsables, con o sin motivos. Un ejemplo de esto estaría dado en la conocida «angustia del domingo». El motivo desencadenante no diferiría mayormente con respecto a lo que sucede en cualquier otro día de la semana. Dicho motivo (en aquellos lugares donde se descansa sábado y/o domingo) sería básicamente el fin del descanso o la proximidad de la jornada de trabajo del día siguiente. Pero la diferencia consiste en que las neuronas del placer tuvieron durante muchas horas el máximo trabajo posible, mientras que las del *displacer* prácticamente suspendieron su actividad desde el viernes o sábado al mediodía. Por lo tanto, llegado el domingo al atardecer las neuronas del placer caen «agotadas» luego de su sostenida tarea, y las del *displacer* comienzan a «empujar las puertas» exigiendo entrar en actividad como respuesta a su prolongado reposo. Tales condiciones neurofisiológicas serían las responsables de que el menor motivo psicológico desencadene con facilidad el estado *displacentero*.

"Por otra parte, es evidente que si la presencia de estímulos o motivos externos, o psicológicos internos, es adecuada o se adapta al volumen promedio del trabajo necesario de las neuronas, el sistema de mantenimiento autónomo, aunque esté virtualmente presente, no interviene en absoluto.

"Con respecto a la actividad anímica ocurrida durante el sueño, se produciría cierta acentuación compensatoria de la actividad de las neuronas del placer o del *displacer*, según el grupo de neuronas que necesite actividad. El trabajo más pronunciado de unas u otras tendría su manifestación en los contenidos placenteros o *displacenteros* del sueño. Sin embargo, el papel del sueño como equilibrador del trabajo promedio de las neuronas anímicas sería sólo parcial, dado que es escaso el tiempo total en que hay «sueños». Por su parte, el estado de sueño profundo muestra un acentuado reposo en la base del cerebro, por lo que habría ausencia de actividad vivencial. Por ello, la actividad autónoma de mantenimiento tendría lugar principalmente durante la vigilia.

"Para finalizar, la ansiedad autónoma no sería solamente un mero efecto vivencial derivado

del trabajo de mantenimiento de las neuronas del displacer o necesidad, sino que tal ansiedad sería aprovechada naturalmente para mantener en movimiento al organismo durante las épocas de ocio, empujándolo al juego o a la práctica de cualquier actividad. Si no existiera esa ansiedad autónoma, y donde aquellas neuronas tuvieran otra forma de mantenimiento de su buen estado, sin efecto vivencial, en las buenas épocas, donde todo está al alcance de la mano y no hay prácticamente motivos externos de displacer, el animal o el hombre primitivo estaría mucho tiempo sin movimiento, produciéndose el deterioro de las capacidades y habilidades globales. Y así, cuando cambia la suerte y hace falta la aplicación de las máximas capacidades, el organismo se hallaría desentrenado y torpe, siendo exterminado en la lucha por la vida. En base a esto, vemos que ese tipo de ansiedad sería un refuerzo para la función del impulso recreativo. Tanto el aburrimiento (necesidad del impulso recreativo) como la ansiedad autónoma empujan naturalmente a «hacer algo» para salir de allí, lo que termina en la seguridad de la continua actividad del organismo.

"6. Formas de vida y actividad de las neuronas

"Nos dedicaremos ahora a observar la relación entre lo dicho acerca de las neuronas, y la actividad de los impulsos. Hasta ahora tenemos que la tendencia absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general, se ramifica en los impulsos ya presentados (más unos pocos microimpulsos), que son las formas obvias particulares en que se manifiesta en el hombre esa tendencia general a afirmar el placer y negar el displacer. Por otro lado, vimos que la felicidad objetiva tendría un fundamento psicofisiológico definido. El criterio subjetivo de lo que implica la felicidad puede variar infinitamente de un sujeto a otro, pero el criterio objetivo está dado en el promedio favorable de placer-displacer vivenciales. Como hemos observado, el promedio favorable al placer dependería, en última instancia, de una relación específica de duración-intensidad de la actividad de las neuronas del placer y del displacer.

"La satisfacción regular de todos los impulsos o necesidades primarias sería una condición necesaria para la felicidad, aunque no suficiente. Necesaria porque la insatisfacción prolongada del impulso, cuando está movilizad su necesidad, produce frecuentes e intensos estados dolorosos surgidos de esa frustración, así como estados de angustia y ansiedad, atribuibles en este caso a dicha insatisfacción que somete fácilmente a la infelicidad. Luego, la satisfacción regular de los impulsos, decíamos, no sería condición suficiente, porque si alguien tiene todo «a mano», tiende a satisfacer las necesidades antes de que aparezcan, es decir, no alcanza a desarrollar el estado de necesidad, previo a la satisfacción. Así, al no lograrse el placer intenso, se insiste repetidamente en la búsqueda de objetos o situaciones placenteros, lo que lleva a vivir horas enteras con placer casi continuo pero de muy poca intensidad. Paralelamente, el trabajo postergado de las neuronas del displacer va comenzando a «pedir turno», asomando poco a poco. Eso hace que se busque contrarrestarlo con otros objetos y situaciones placenteros. Con ello se lograría mandar nuevamente a reposo a las neuronas del displacer, mientras se consume todo el volumen de trabajo de las neuronas del placer que queda. Una vez que ya nada produce placer, al sucumbir las neuronas correspondientes al reposo obligado, comenzarían a subir lentamente las aguas de la ansiedad. El sujeto usará todas sus estrategias personales para huir de ella, pero ya está derrotado. Es el momento en que la profunda angustia, la disconformidad general, los temores y la ansiedad dominarán su estado de ánimo. La duración de tal situación anímica depende de los requerimientos de «práctica» de las neuronas del displacer, pero en general sería de dos a tres horas.

"Hasta ahora vimos dos modelos de actividad de los impulsos que llevan a la infelicidad como promedio anímico. El tercer modelo de infelicidad es la combinación de los dos anteriores. El primero era el sufrimiento promedio a causa de la prolongada frustración de los impulsos. Allí no se logra el placer por no lograrse los objetos de satisfacción. En cambio se obtiene el displacer de la dolorosa necesidad insatisfecha, más los picos del sentimiento de frustración. En el segundo modelo, si bien están presentes los objetos de satisfacción, no aparece el placer intenso al no haber necesidad previa que lo haga posible; pero sí se hace presente el displacer intenso, que es causado por la estimulación autónoma de las neuronas del displacer, en forma de ansiedad, depresión, angustia. El tercer modelo, que es la mezcla de esto, sería el más común y generalizado. Consiste en que algunos impulsos se hallan indefinidamente insatisfechos y frustrados, mientras que en los otros, donde hay satisfacción, no hay desarrollo previo del estado de necesidad. En otros términos, en algunos impulsos la satisfacción es demasiado fácil y en otros

es extremadamente difícil. Por un lado, el placer de los impulsos insatisfechos obviamente no tiene lugar. Por otro, el placer de los que son fáciles de satisfacer no tiene la menor intensidad al no desarrollarse el estado de previa necesidad. En cambio, el *displacer* tiene vía libre por los dos flancos: 1- el sufrimiento por los impulsos insatisfechos o frustrados. 2- la ansiedad causada por la actividad de mantenimiento de las neuronas del *displacer*, que reemplaza a las necesidades no sentidas de los impulsos prematuramente satisfechos.

"Los tres modelos vistos serían los esenciales, y marcarían las «fórmulas básicas» para la infelicidad. En resumen, la infelicidad se logra con estados de pronunciada insatisfacción de las necesidades o impulsos y/o con una excesiva comodidad que libre de todo esfuerzo o problema.

"Habrían también tres modos generales de lograr un mejor promedio anímico, y las tres suponen primero que nada la *satisfacción regular de todos los impulsos*. Al hablar de satisfacción o insatisfacción de los impulsos, se trata de una noción grosera de toda la «nube» de impulsos, descontando que se entiende la noción global que se intenta transmitir. [...]

"La primera forma de lograr un mejor promedio anímico se refiere a la situación de tener todas las facilidades, agregando la «administración» de ello. Consiste en permitir que se desarrolle el estado de necesidad de cada impulso antes de darle satisfacción abrupta y con sabor a saciedad. De tal forma, la actividad total de las neuronas de la necesidad o *displacer* se repartirá durante gran parte del día, cubriendo aproximadamente el monto necesario de actividad neuronal, por lo que no haría falta la intervención del sistema de mantenimiento autónomo y su estimulación sobre esas neuronas. También ello permitiría que la satisfacción de los impulsos provoque un placer más intenso.

"La segunda forma se basa en tener una mediana dificultad para la satisfacción de cada impulso. Habíamos dicho que es perjudicial, a fines del promedio anímico, tener una excesiva facilidad o excesiva dificultad para lograr la satisfacción de los impulsos. Pero si se da una mediana dificultad en todos, de manera que «cueste» pero que se logre finalmente la satisfacción regular, ello hará que mientras el sujeto se ocupa de satisfacer un impulso, ya ha comenzado el desarrollo de la necesidad de otro. Al lograr la satisfacción de éste, ya ha nacido la necesidad de otro, y así sucesivamente. Tal situación hace que la satisfacción de cada uno sea intensa, a lo que se agrega la frecuente e igualmente intensa alegría anticipatoria por el logro de las metas parciales que preceden al placer concreto de la satisfacción. Por otro lado, no aparece el *displacer* autónomo, al haberse consumido aproximadamente la totalidad del trabajo de las neuronas del *displacer* o necesidad.

"Por último, la tercera forma, que rescata en cierta manera lo positivo de las dos anteriores, sería la mejor de todas. Las dos anteriores en realidad sólo aliviarían la infelicidad, o bien rondarían la neutralidad. En cambio este último modelo permitiría la felicidad o el promedio favorable en la vivencia. Consiste en tener en principio todas las facilidades materiales para la satisfacción de los impulsos, pero el interés se vuelca a actividades sociales tales como el juego, el deporte, el trabajo cuando es entretenido, campamentos, excursiones, actividades artísticas, etc.; es decir, actividades o situaciones con una gran variedad de estímulos, que mantengan durante todo el tiempo un constante tono emocional y *entusiasmo*, esto es, un continuo estado de expectativa, incertidumbre, suspenso, deseo, concentración, interés, más la presencia de frecuentes e intensas reacciones placenteras. En tal sentido, además de aquellas actividades y de algunas otras situaciones, habría que agregar, por ejemplo, lo que significa el estado de enamoramiento, que también promueve en buen grado el característico tono emocional del entusiasmo.

"El estado de *entusiasmo*, traducido al sistema nervioso, sería aquel donde auténticamente se daría el trabajo de máxima duración y mínima intensidad de las neuronas del *displacer*. El deseo, expectativa, suspenso, en realidad son estados de necesidad o *displacer*, pero tan leves en intensidad, que se hacen sumamente livianos para el sujeto. Aquí la intensidad del trabajo de las neuronas del *displacer* sería la mínima, asomando apenas a la vivencia. Pero la duración, cuando aquel estado anímico es sostenido, haría consumir el monto de trabajo necesario de esas neuronas. A la vez, durante el entusiasmo promovido por aquellas actividades o situaciones es cuando se producen los estados de placer más intensos y frecuentes, que se manifiestan en profundas alegrías o estados de júbilo y gozo, y que tienen lugar a través de la satisfacción intensa y reiterada de los impulsos que participan en la actividad y la sostienen. Luego, una vez finalizada la larga jornada de diversión y entusiasmo, encontramos que se han desarrollado la sed, el

cansancio, el calor, el hambre. Así, además de haber disfrutado el largo lapso de la entretenida actividad, se encuentra vía libre para la intensa y saludable satisfacción del resto de los impulsos.

"Esta tercera forma, que se basa en la actividad, principalmente de carácter social, no sólo permitiría el mínimo displacer vivencial, sino también el máximo placer, ya que además de los frecuentes e intensos placeres de los impulsos que participan en la actividad, se suman los del resto de impulsos, cuya necesidad se fue movilizándose con el desarrollo de las actividades.

"El hecho de ser esta forma la mejor, no sería algo casual. Se trata de la forma esencial de vida de los hombres primitivos. La casi totalidad del día de la tribu primitiva era sin duda actividad conjunta, sea laboral o de entretenimiento. Es evidente que dado lo útil a la sobrevivencia, de la unidad y actividad del grupo, debía ser la condición de vida en que los primitivos se sentían más a gusto. Así como, en términos naturales, sólo produce placer concreto lo útil a la vida, de la misma forma, en un plano más abarcativo, las condiciones o situaciones de vida concebidas en extensión de tiempo que sean útiles a la sobrevivencia de la tribu debían provocar en sus miembros un promedio anímico favorable al placer. Es por ello que la sensación natural, en base a esas situaciones de actividades sociales, indispensables para la sobrevivencia grupal, «moldeó» la distribución del trabajo de las neuronas del placer y displacer, para que tales situaciones sean, en el balance, del agrado de los miembros de la tribu. De lo contrario, la ley general haría evitar dichas actividades, pereciendo la tribu toda a causa de los efectos negativos que tal inactividad tendría. Por esa razón, los mecanismos más generales del funcionamiento psíquico se encuentran adaptados para que el psiquismo se despliegue de la mejor manera en el marco de actividades sociales con gran riqueza de estímulos y matices, entre las que se destaca fundamentalmente el trabajo en su forma natural, es decir cuando la actividad laboral de los primitivos, dadas sus condiciones generales de vida, era para ellos, además de trabajo, un juego, un deporte, una escuela, un arte, una aventura al mismo tiempo.

"Como se podrá deducir, la felicidad supondría, entre otros elementos, la transformación del contexto social, de modo que posibilite el desarrollo de actividades sociales capaces de provocar un estado de profundo entusiasmo por ellas. La pasión por las actividades a realizar (junto a cierta seguridad de satisfacción para todas las necesidades primarias o impulsos) es la base de la felicidad. La actividad, y en especial el trabajo, es el marco que envuelve la vida normal del hombre. Si no existe entusiasmo por la actividad que se realiza, o si no se realiza actividad alguna, es prácticamente sinónimo de infelicidad.

"Como conclusión, serían dos las condiciones generales para la felicidad social, y en el orden en que aparecen:

"1 - Seguridad material para la satisfacción de todos los impulsos o necesidades primarias en todos los individuos.

"2 - Condiciones adecuadas para el entusiasmo general por el trabajo y las actividades sociales".

31. (*Nota añadida el 26/7/3.*) Aquí me olvidé de un detalle fundamental: las intuiciones. Existen individuos intuitivos que van hacia el dolor *sin haber deliberado conscientemente* sobre la conveniencia o inconveniencia de enfrentarlo. Según mi definición anterior, estos sujetos no entrarían en la categoría de valientes, pues si bien (a diferencia de los animales) son conscientes de los potenciales peligros a los que se enfrentarán, no son conscientes (y en esto sí se asemejan a las bestias) del motivo que los impulsa a comportarse de esa manera. Cambiaré, pues, mi definición: *Los individuos valientes son aquellos que van hacia un potencial dolor sin experimentar ningún tipo de miedo y sabiendo hacia dónde se dirigen, siendo indiferente que conozcan o no la causa, motivo, razón o circunstancia que ha determinado que así se comporten.* Según esto, seguirán siendo valientes quienes arrostran el peligro previa deliberación consciente, pero también lo serán quienes van hacia él intuitivamente (siempre y cuando, claro está, hayan tenido tiempo de "caer en la cuenta" de que se dirigen hacia un potencial sufrimiento). En cambio no son valientes ni los animales ni los iracundos (ni los animales iracundos) debido a que sus instintos y sus emociones, respectivamente, les nublan el entendimiento cabal del peligro al que se exponen (aunque puede atribuírseles algún grado de valentía en ciertos casos en que los instintos y las emociones no se imponen con exclusividad en la conciencia, permitiendo un sí es no es de discurrimiento que yo nunca le he negado ni a los animales superiores ni mucho menos al ser humano emocionado). Quien va hacia el dolor porque cree (piensa) que personalmente le conviene

ir, ese es un valiente racional; quien lo hace por "deber" (no confundir con el imperativo categórico kantiano: este deber es totalmente inconsciente), quien va hacia el dolor por deber es irracionalmente valiente. No es su razón, sino la razón de Dios la que lo incita.

32. Ver la nota anterior.

33. (*Nota añadida el 16/7/8.*) Esto de negar un antídoto al que agoniza mordido por una serpiente, o lo de negarle la insulina farmacológica al que la necesita imperiosamente, es fundamentalismo ético. Lo rechazo y me avergüenzo de haber llegado a tales extremos.

34. (*Nota añadida el 5/6/3.*) Si lo que afirma Stuart Hameroff, anesthesiólogo de la Universidad de Arizona, es correcto (cf. *El fin de la ciencia* de John Horgan, p. 227), entonces todas las anestésias, tanto las locales como las generales, actúan micromecánicamente. Esto convertiría en un acto inético el hecho de, por ejemplo, pedir al dentista que nos anestésie antes de comenzar su trabajo.

Seguiremos investigando.

35. (*Nota añadida el 15/10/8.*) Macedonio pergeñó estas teorías en la primera mitad del siglo XX. En esos años, la manía de la medicina consistía en extirpar órganos o trozos de órganos sin razón justificada. Esto movió al pensador argentino a desconfiar de las bondades de toda cirugía y a escribir textos humorísticos como el que sigue:

El señor Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el vaso, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar. El doctor Terapéutica examina detenidamente el pie y «meneando con grave modo» la cabeza resolvió: «Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano».

Citado por Álvaro Abós en *Macedonio Fernández*, p. 190

Después está el concepto suyo de curación por antojos, que ya no tiene nada de gracioso porque lo escribió en serio y es escandalosamente falso. Por suerte, a nadie se le ocurrió creerle:

Mujer de 30 años, con cáncer al pulmón. No se sabe lo que tiene, pero se asegura su fatalidad; se le calcula dos meses de vida.

Siendo yo el dictador de su salud y en su casa, yo salvaría a esa persona preguntándole --y proporcionándole correlativamente-- lo que apetece en todo el orden de la sensorialidad: fricción; masaje; presión; calor; frío, muy intenso o leve; reposo absoluto; alimentos y combinaciones de alimentos y condimentos; temperatura de esos alimentos; té o agua hirviendo, o helada; no comer; no dormir; comer; movimientos; variedad; silencios; soledad; cigarrillos; café; vino; licores; pimienta; mostaza; dulces; salados; amargos; álcalis; conservas; estiramiento de brazo o cuerpo o cuello o pies; distensión; tensión; baño turco; baño de hielo; caminar descalza en el barro; mucho calor en el aire y en la habitación; perfumes; carcajadas; bostezos; respiración profunda; etc. Cualquier enfermedad desaparecería con este procedimiento.

Obras completas, tomo IX, p. 174

Digamos por último que Macedonio fue perdiendo sus dientes poco a poco hasta quedar completamente desdentado (cf. Álvaro Abós, *ídem*, p. 188). Esto le sucedió por incluir en su *odium medicus* a los dentistas --que trabajan con métodos macromecánicos y por ende son aceptados dentro de mi sistema higiénico-- y por su ignorancia supina --imperdonable para un higienista-- de los principios dietéticos elementales, sobre todo de aquellos relacionados con el consumo de alimentos refinados.

36. (*Nota añadida el 31/1/4.*) El naturópata Robert Masson aporta un dato y una conjetura interesantes: "En África, el sida «ha explotado» después de las campañas masivas de vacunación

[contra otras enfermedades]. ¿Se trata de una coincidencia o bien las defensas inmunológicas han sido monopolizadas para la elaboración de anticuerpos contra el alérgeno de la vacuna y por eso el sistema no ha podido controlar el virus o los virus del sida que se encontraban en estado latente en el organismo? La pregunta está en el aire" (*Mitos y falsedades de los regímenes clásicos y de las dietéticas naturales*, sección 72). Sea de una forma o de otra, la vacuna siempre termina perjudicando a la humanidad en general, aun cuando a veces beneficie a uno que otro individuo en particular.

37. (*Nota añadida el 13/2/3.*) En apoyo mío y de Darwin, cito a Le Dantec: "Es preciso [...] admitir que la acumulación de las pequeñas variaciones, cuya aparición podemos ver en el curso de observaciones relativamente cortas, puede, en el transcurso de un lapso de tiempo suficiente, franquear los límites de la especie. Esta proposición no está, en verdad, demostrada sino por el absurdo de cualquiera otra interpretación de los descubrimientos paleontológicos; pero debemos contentarnos con esta demostración por el absurdo, aunque sea un procedimiento inferior de demostración" (*Las influencias de los antepasados*, p. 10). Ahora, en descargo de Popper, digamos que cuando él decía que la hipótesis darwinista es incontrastable no se refería tanto al tema del transformismo sino al concepto de selección natural complementado con el concepto de mutación puramente azarosa, los cuales a mí también se me antojan --sobre todo el primero-- irrefutables (aunque susceptibles de crítica racional). Para una mejor comprensión de la postura evolucionista popperiana, ver mis anotaciones del 5/2/3.

38. (*Nota añadida el 24/3/6.*) Hay más opiniones en favor del egotismo: "Siempre me he considerado como materia de estudio, y lo que me ha interesado más en mí es la satisfacción de tener un hombre a mi alcance, una persona cuyas metamorfosis, cuyos secretos, pensamientos, cuyas palpitaciones y cuyas tentaciones, podría seguir sin importunidad y sin indiscreción, como una muestra auténtica de la naturaleza humana. Impersonal y filosóficamente se fijó mi atención en mi persona. Nos servimos de lo que tenemos, y hacemos flechas con nuestra madera" (Henri Amiel, *Diario íntimo*, 13 de diciembre de 1866).

39. (*Nota añadida el 19/8/2.*) Error. Leopardi no afirmaba que la felicidad e infelicidad espirituales están perfectamente compensadas en todos los hombres, sino que todos los hombres gozan y sufren, espiritualmente, en la misma proporción, sin importar su temperamento, condición económica, etc.. Es obvio que Leopardi no creía en ninguna supuesta compensación hedónica; para él los hombres, tanto espiritual como corporalmente, sufrían durante su vida mucho más de lo que gozaban. Pido disculpas por no haber leído ese párrafo leopardiano con la debida atención.

40. (*Nota añadida el 15/8/7.*) Según la ortodoxia católica, no nos está permitido matar a un ser humano *bajo ninguna circunstancia*, porque "sólo Dios es el Señor de la vida y de la muerte. Es una arrogación inaudita que el hombre se comporte como si fuese señor de la vida y de la muerte" (Dietrich von Hildebrand, *Ética*, cap. 19, sec. 8). Esto podría refutarse tangencialmente argumentando que si Dios es el Señor de la vida y de la muerte, también es el Señor de la salud y la enfermedad, y entonces sería un pecado el hecho de curar a un enfermo. De cualquier modo me parece que hay en el sufrimiento un componente divino por excelencia, así que, por ahora, suspendo mi juicio y no me pronuncio ni a favor ni en contra de la eutanasia: yo lo decidiría de acuerdo a cada caso.

41. (*Nota añadida el 22/10/8.*) Borges afirmaba que la belleza femenina es "cultivable", y pretendía que un argumento válido en apoyo de esto era la escasez de mujeres hermosas en los barrios carenciados (cf. Adolfo Bioy Casares, *Borges*, p. 57). Le Dantec vio mejor la situación y comprendió que dicha escasez tiene como causa principal la emigración y no la desidia en el acicalamiento de las muchachas pobres.

42. (*Nota añadida el 5/9/3.*) Al antológicamente pasado de rosca Marqués de Sade interpretado por Geoffrey Rush en la película *Letras prohibidas* (*Quills*, 2000) lo encerraron en un manicomio y le negaron tinta y papel. ¿Qué hizo el hombre? Escribió, al principio, en las sábanas de su cama con su propia sangre, y cuando ni esto pudo hacer ¡escribió en las paredes con su

dedo como pluma y su mierda como tinta!... Escribía liviandades, claro está, pero no puedo menos que identificarme con este personaje a la hora de graficar mis ímpetus literarios.

43. (Nota añadida el 23/11/3.) Según Peter Michelmores, Albert Einstein había concebido, allá por 1947, mientras se hallaba en la búsqueda de la teoría del campo unificado, "una nueva idea fantástica: descartar el principio de «ninguna acción a distancia». Dicho de otro modo, suponer que un hecho físico puede afectar directamente a hechos lejanos así como a sus alrededores inmediatos en el espacio y en el tiempo". Dice Michelmores que "al principio, estaba seguro de que se hallaba en la pista correcta. Luego ya no estaba tan seguro" (*Einstein*, cap. 13). Yo creo que Alberto estaba en verdad en la pista correcta, sólo que su negación de toda metafísica le impidió llegar a buen puerto en esta su más revolucionaria conjetura.

44. (Nota añadida el 24/8/3.) Si no se quiere caer en la abstracción de igualar a Dios con el destino, podrá suponerse que la divinidad es el Ser metafísico... encadenado por propia voluntad a las leyes que ha creado. Este es el punto de vista que adopta Séneca en su escrito *Sobre la providencia* (cap. V, parág. 8): "¿Cuál es el deber del alma virtuosa? Abandonarse al destino. Gran consuelo es ser arrastrado junto con el universo. Cualquiera que sea la ley que nos impone la vida y la muerte, es la misma necesidad que obliga a los dioses; un curso irrevocable lleva con igualdad las cosas humanas y las divinas. El autor y gobernador del universo ha escrito el destino, pero ha quedado sometido a él; ordenó una sola vez, mas obedece constantemente". Entre un dios abstracto y un dios automaniatado yo me quedo, por ahora, con el primero.

45. (Nota añadida el 1/6/3.) Cito, una vez más, a don Miguel de Unamuno: "Al decir Jesús «¡no juzguéis!» quiso decir «no acuséis», que el acusar, aunque oficio necesarísimo en una república bien ordenada civilmente, es diabólico, ya que diablo (*diábolos*) quiere decir acusador" (*Visiones y comentarios*, p. 88). Según esto, Jesús era de los míos en este sentido, como no podía ser de otra manera. Pero ¿por qué dice Unamuno que el oficio de acusador "es necesarísimo en una república bien ordenada civilmente"? Yo no creo que tengamos necesidad de echar mano de lo diabólico a la hora de ordenarnos civilmente; o si la tenemos, prefiero quedar fuera de tan mefistofélica civilización.

He de decir, sin embargo, que el principio de la no delación no me parece ya tan absoluto como me parecía cuando escribí este diálogo. La historia de unos malandras que producían videos pornográficos en los que aparecían niños inocentes violados y torturados hasta la muerte --y no estoy hablando de ficción-- me hizo recapacitar sobre la deseabilidad ética de realizar la denuncia policial en el caso de que conociese yo el teatro de operaciones en donde se produjesen estas vejaciones. Lo ideal en sí no sería la delación sino el rescate por mis propios medios de aquellos infortunados infantes, dejando a los delincuentes librados a su propia suerte. Esto, empero, resultaría improbable de no contar con el auxilio de la policía, de modo que la única solución -- solución de compromiso-- que se me ocurre pasaría por acudir la policía, sí, pero antes de informarla del domicilio de los malhechores tendría yo que pedirle al titular de la seccional una declaración por escrito en la que constara que el procedimiento policial a que daba lugar mi denuncia tendría no como fin prioritario, sino como *único* fin el rescate de los menores, dejando en entera libertad a los captores. El comisario, claro está, se negará de plano a escribir tal documento, o si lo escribe romperá su palabra ni bien el procedimiento haya finalizado; pero esto ya cae dentro del ámbito ético del comisario y no en el nuestro. Nosotros habremos hecho todo lo que estaba en nuestras manos a los efectos de ser consecuentes con nuestro ideal, que aborrece tanto la justicia expiatoria como la carencia de compasión activa. Habremos actuado, pese a la delación, correctamente --siempre y cuando mi visión de la ética sea más profunda que la visión que ostenta la justicia ordinaria, cosa en la que creo, pero de la que no estoy nada seguro.

46. (Nota añadida el 12/4/2.) Me acabo de topár, leyendo las *Biografías relámpago* de Dale Carnegie, p. 104, con la siguiente afirmación: "Tolstoi había renunciado a sus derechos de autor en favor del pueblo ruso, sin exigir jamás un solo centavo de la venta de sus difundidas obras". Si esto es cierto, la consecuencia de Tolstoi, al menos en eso de arrojar a los mercaderes del templo, ha sido impecable.

Textos citados

- Campoamor, Ramón de: *Obras completas*; Madrid, San Rafael, 1901 (tomos I, II y III).
--*Doloras y humoradas*; Barcelona, Luis Tasso, 1900.
- De Sanctis, Francesco: *Ensayos críticos*; Buenos Aires, Losada, 1945.
- Tolstoi, León: *El destino de la ciencia y del arte*; Barcelona, Bauzá, s/f.
--*La salvación está en vosotros*; Barcelona, Maucchi, 1902.
--*¿Qué es el arte?*; Barcelona, Maucchi, ¿1913?
--*Placeres crueles*; Barcelona, Maucchi, s/f.
- Troyat, Henri: *Tolstoi*; Buenos Aires, Emecé, 1968 (tres tomos).
- Chesterton, Gilbert: *Ortodoxia*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946 (2°).
--*San Francisco de Asís*; Buenos Aires, Excelsa, 1943.
- Dawkins, Richard: *El gen egoísta*; Barcelona, Salvat, 1985.
- Messer, August: *La filosofía del siglo XIX*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942 (2°).
- Borges, Jorge Luis: *Textos recobrados (1931-1955)*; Buenos Aires, Emecé, 2003.
- Spoto, Donald: *Francisco de Asís*; Buenos Aires, Vergara, 2004.
- Sociedad argentina de defensa de la tradición, familia y propiedad: *¿La propiedad privada es un robo?*; Buenos Aires, TFP, 1973.
- Palumbo, Carmelo: *Doctrina Social de la Iglesia*; Buenos Aires, CIES, 2000 (3°).
- Giaquinta, Carmelo: *Todo es común*; Buenos Aires, Patria Grande, 1984.
- Read, Herbert: *Arte, poesía, anarquismo*; Buenos Aires, Reconstruir, 1955.
- Scheler, Max: *El resentimiento en la moral*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938.
--*Muerte y supervivencia*; Buenos Aires, Goncourt, 1979.
--*Amor y conocimiento*; Buenos Aires, Sur, 1960.
--*Ética*; Buenos Aires, Revista de Occidente, 1948 (2°) (dos tomos).
- Rousseau, Jean-Jacques: *Confesiones*; Buenos Aires, Jackson, 1953 (3°).
--*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*; Buenos Aires, Aguilar, 1956.
- Renard, Jules: *Diario*; Buenos Aires, futuro, 1944.
- Unamuno, Miguel de: *Soliloquios y conversaciones*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
--*Inquietudes y meditaciones*; Madrid, Afrodísio Aguado, 1957.
--*Soledad*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946.
--*Viejos y jóvenes*; Madrid, Espasa-Calpe, 1968 (5°).
--*La dignidad humana*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949 (3°).
--*Mi religión, y otros ensayos breves*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
--*Visiones y comentarios*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949.
- Porché, Francois: *Tolstoi*; Buenos Aires, Losada, 1958.
- Carrel, Alexis: *La incógnita del hombre*; México, Editores Mexicanos Unidos, 1982 (3°).
--*La conducta en la vida*; Buenos Aires, Kraft, 1952 (4°).
- Ramón y Cajal, Santiago: *Charlas de café*; Madrid, Espasa-Calpe, 1966 (9°).
- Amiel, Henri: *Diario íntimo*; Buenos Aires, Ediciones Modernas Luz, 1933.
- Lafargue, Paul: *El derecho a la pereza*; Buenos Aires, Longseller, 2003.
- Wagenknecht, Eduard: *Así era Henry David Thoreau*; Buenos Aires, Fraterna, 1985.
- Aranguren, José Luis: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*; Madrid, Alianza, 1980.
- Alonso, Dámaso: *La poesía de Vicente Gaos*; Madrid, Gredos, 1985 (tomo VIII de sus *Obras completas*).
- Barja, César: *Libros y autores modernos*; Los Angeles, Campbell, 1933.
- Brémond, Henri: *La poesía pura*; Buenos Aires, Argos, 1947.
- Salinas, Pedro: *Jorge Manrique, o tradición y originalidad*; Buenos Aires, Sudamericana, 1947.

Epicteto: *Pláticas*; Barcelona, Alma Mater, 1958 (tomo I).

fatone, Vicente: *Filosofía y poesía*; Buenos Aires, Emecé, 1954.

Yutang, Lin: *La importancia de vivir*; Buenos Aires, Sudamericana, 1963 (25°).

Carnap, Rudolf: *Fundamentación lógica de la física*; Madrid, Hyspamérica, 1985.

Rilke, Rainer : *Cartas a un joven poeta*; Buenos Aires, Errepar, s/f

Hospers, John: *La conducta humana*; Madrid, Tecnos, 1964.

Carnegie, Dale: *Biografías relámpago*; Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1946.

Pellegrini, Aldo: *Para contribuir a la confusión general*; Buenos Aires, Leviatán, 1987.

Almafuerte: *Obras inéditas*; Buenos Aires, Losada, 1997.

Le Dantec, Félix: *El ateísmo*; Madrid, Librería Gutenberg, 1908.

--*Las influencias de los antepasados*; Madrid, s/e, 1907.

--*El egoísmo, única base de toda sociedad*; Madrid, Librería Gutenberg, 1913.

--*Ciencia y conciencia*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948.

Gaos, Vicente: *La poética de Campoamor*; Madrid, Gredos, 1955.

Fernández Naranjo, Nicolás: *Preceptiva literaria*; La Paz, juventud, 1967.

Soupault, Robert: *Alexis Carrel*; Buenos Aires, Kraft, 1953.

Nicolás de Cusa: *De Dios escondido*; Buenos Aires, Aguilar, 1965.

Jennings, Herbert y otros: *Aspectos científicos del problema racial*; Buenos Aires, Losada, 1946.

Dunn, L.C.y Dobzhansky, t.: *Herencia, raza y sociedad*; México, Fondo de Cultura Económica, 1950 (2°).

Bernard, Claude: *El método experimental y otras páginas filosóficas*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.

Mosterín, Jesús: *¡Vivan los animales!*; Madrid, Debate, 1998.

Ruiz de Gopegui, Luis: *Cibernética de lo humano*; Madrid, Tecnos, 1983.

Abós, Álvaro: *Macedonio Fernández*; Buenos Aires, Plaza y Janés, 2002.

Fernández, Macedonio: *Obras completas*; Buenos Aires, Corregidor, 1974 (tomos III y IX).

Bergson, Henri: *La evolución creadora*; Madrid, Espasa-Calpe, 1973.

Keyserling, Alexandre von: *La vida íntima*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1953 (5°).

Russell, Bertrand: *Los problemas de la filosofía*; Barcelona, Labor, 1928.

Hume, David: *Diálogos sobre la religión natural*; Buenos Aires, Aguilar, 1973.

Kant, Immanuel: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*; Madrid, Espasa-Calpe, 1981 (7°).

Horgan, John: *El fin de la ciencia*; Barcelona, Paidós, 1998.

Höfdding, Harald: *Historia de la filosofía moderna*; Madrid, Daniel Jorro, 1907 (tomo II).

Leopardi, Giacomo: *Obras*; Buenos Aires, Los Amigos del Libro Italiano en la Argentina, 1937.

Bécquer, Gustavo: *Rimas y leyendas*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938.

Schopenhauer, Arthur: *El mundo como voluntad y representación*; Buenos Aires, El Ateneo, 1950 (dos tomos).

Hildebrand, Dietrich von: *Ética*; Madrid, Encuentro, 1983.

Bioy Casares, Adolfo: *Borges*; Barcelona, Destino, 2006.

Mantegazza, Paolo: *Placeres del entendimiento*; Buenos Aires, Caymi, 1965.

Solsona, Fernando: *Miguel Servet*; Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1988.

Alberini, Coriolano: *Escritos de ética*; Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1973.

Michelmores, Peter: *Einstein*; Barcelona, Labor, 1966.

Séneca: *Sobre la providencia*; Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.

Mitchell, Edgar y otros: *Parapsicología de lo desconocido*; Buenos Aires, Horme, 1983.

Galeano, Eduardo: *Úselo y tírelo*; Buenos Aires, Planeta, 2000 (4°).

Pareto, Vilfredo: *El comportamiento alógico*; Buenos Aires, Eudeba, 1968.

Flor de Ciruelo: *Alimentación y salud del nuevo hombre*; Mar del Plata, Tien-Tao, 1998.

Thoreau, Henry David: *Una vida sin principios*; León, Universidad de León, 1995.

--*Walden, o la vida en los bosques*; Méjico, Navarro-México, 1959.

Diderot, Denis: *Pensamientos filosóficos*; Madrid, Sarpe, 1984.

Boutmy, Emile: *Psicología política del pueblo inglés*; Buenos Aires, Elevación, 1946.
Poe, Edgar: *Obras en prosa*; San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1956.
Parrinder, Geoffrey: *La sabiduría del bosque*; Buenos Aires, Lidiun, 1983 (2°).
Marín, Juan: *Lao Tszé*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952.
Rivacoba, Manuel: *Krausismo y Derecho*; Santa Fe, Castellví, 1963.
Roeder, Karl: *Estudios sobre derecho penal y sistemas penitenciarios*; Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1875.
Zurita, Marciano: *Campoamor*; Barcelona, Agencia Mundial de Librería, s/f.
Fresina, Alberto: *Las leyes del psiquismo*; Godoy Cruz, Fundar, 1999.
Masson, Robert: *Mitos y falsedades de los regímenes clásicos y de las dietéticas naturales*; Barcelona, Paidotribo, 1996.
Sáenz Hayes, Ricardo: *Miguel de Montaigne*; Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1946.
Diógenes Laercio: *Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*; Madrid, Sucesores de Hernando, 1914.

corneliocornejin@hotmail.com